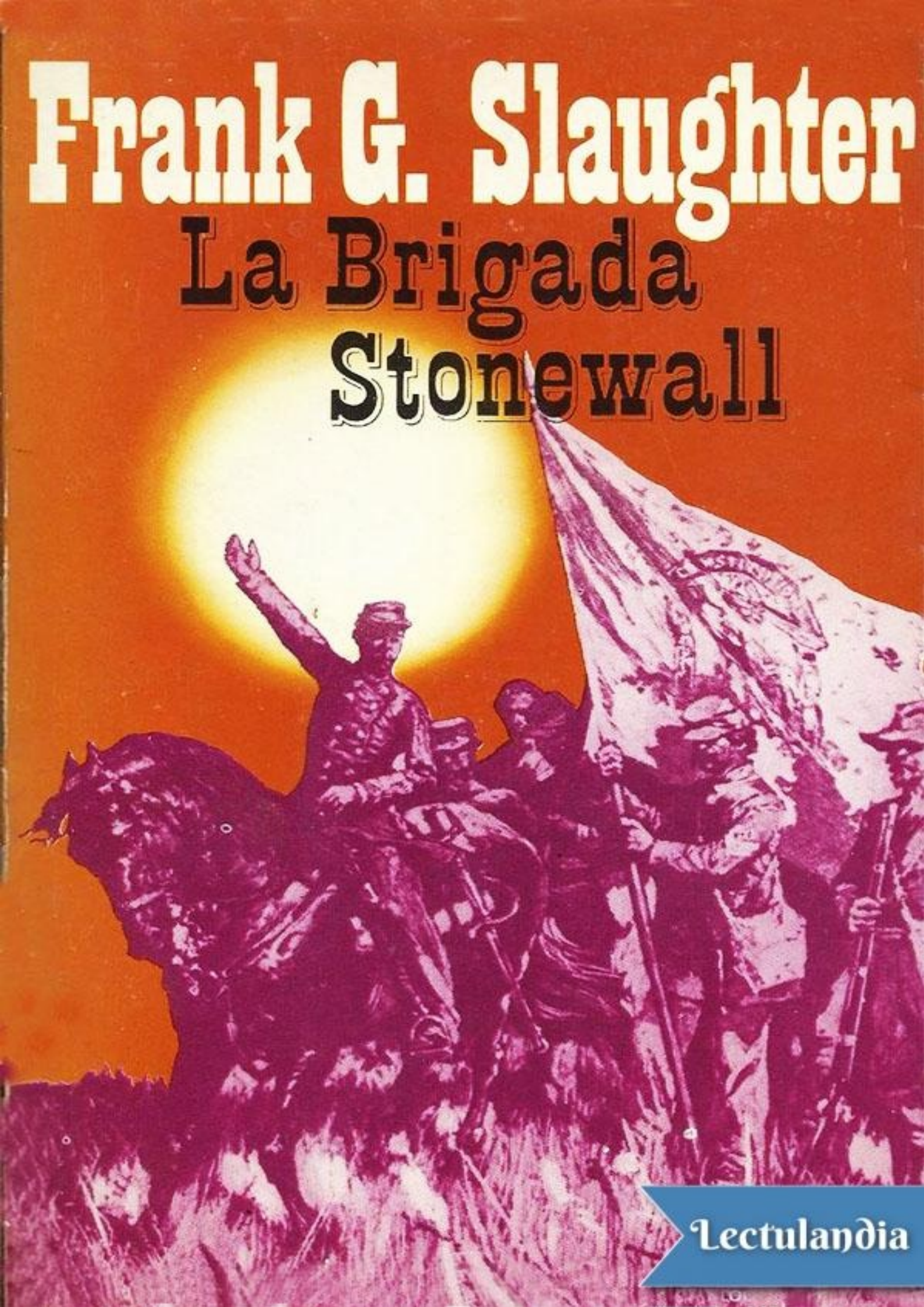
Frank G. Slaughter

La Brigada Stonewall



Lectulandia

La Brigada Stonewall era la unidad que mandaba el general Jackson durante la Guerra de Secesión americana. La brigada estaba compuesta por gentes de Virginia y participó en las batallas de Sharpsburg, Gettysburg, Chancellorsville, siempre bajo el mando de Jackson, hasta la muerte del general. Sobre esta base histórica, Frank G. Slaughter escribió una novela en la que se conjugan dos de los aspectos característicos de su obra literaria: la capacidad para la recreación histórica y la temática centrada en el mundo de la Medicina, que Slaughter, prestigioso cirujano, director de un barco-hospital durante la Segunda Guerra Mundial, conoce perfectamente. La espada y el bisturí, Epidemia, Con el corazón de otro y Esposas de médicos son testimonio de esta doble dedicación, la Medicina y la Literatura, de un escritor que ha visto repetidamente su nombre a la cabeza de las listas de *bestsellers* de todo el mundo. En *La brigada Stonewall*, la figura del protagonista se agiganta sobre el fondo histórico de la Guerra de los Estados y sobre la magistral recreación de ambiente en la que Slaughter, autor también de novelas históricas de amplísima difusión, parece haberse especializado. La historia del Dr. Preston, el médico pacifista envuelto en los de una guerra sangrienta y enamorado de azares de una guerra sangrienta y enamorado de una joven india *cherokee*, centra un relato apasionante en el que cruzan, con toda su gigantesca dimensión humana, las figuras de Lincoln, el general Lee y, sobre todo, Thomas J. Jackson, el hombre que por méritos propios se incorporó a la tradición épica de los Estados Unidos. Pero Slaughter, pese al rigor de sus reconstrucciones históricas y a la amplia base documental en que se apoya es, sobre todo, novelista, y como tal, capaz de construir una trama cautivadora, de evocar un mundo que tiene para los americanos la dimensión profunda de 9U forja como nación, y de presentar ante el lector unos personajes convincentes, con la complejidad psicológica de seres arrancados de la realidad.

Se han añadido mapas de la versión original inglesa que en la española no existían.

Frank G. Slaughter

La brigada Stonewall

ePub r1.0
Titivillus 07.01.2021

Título original: *The Stonewall Brigade*
Frank G. Slaughter, 1975
Traducción: Ramón Margalef Llambrich & Pablo Mañé Garzón

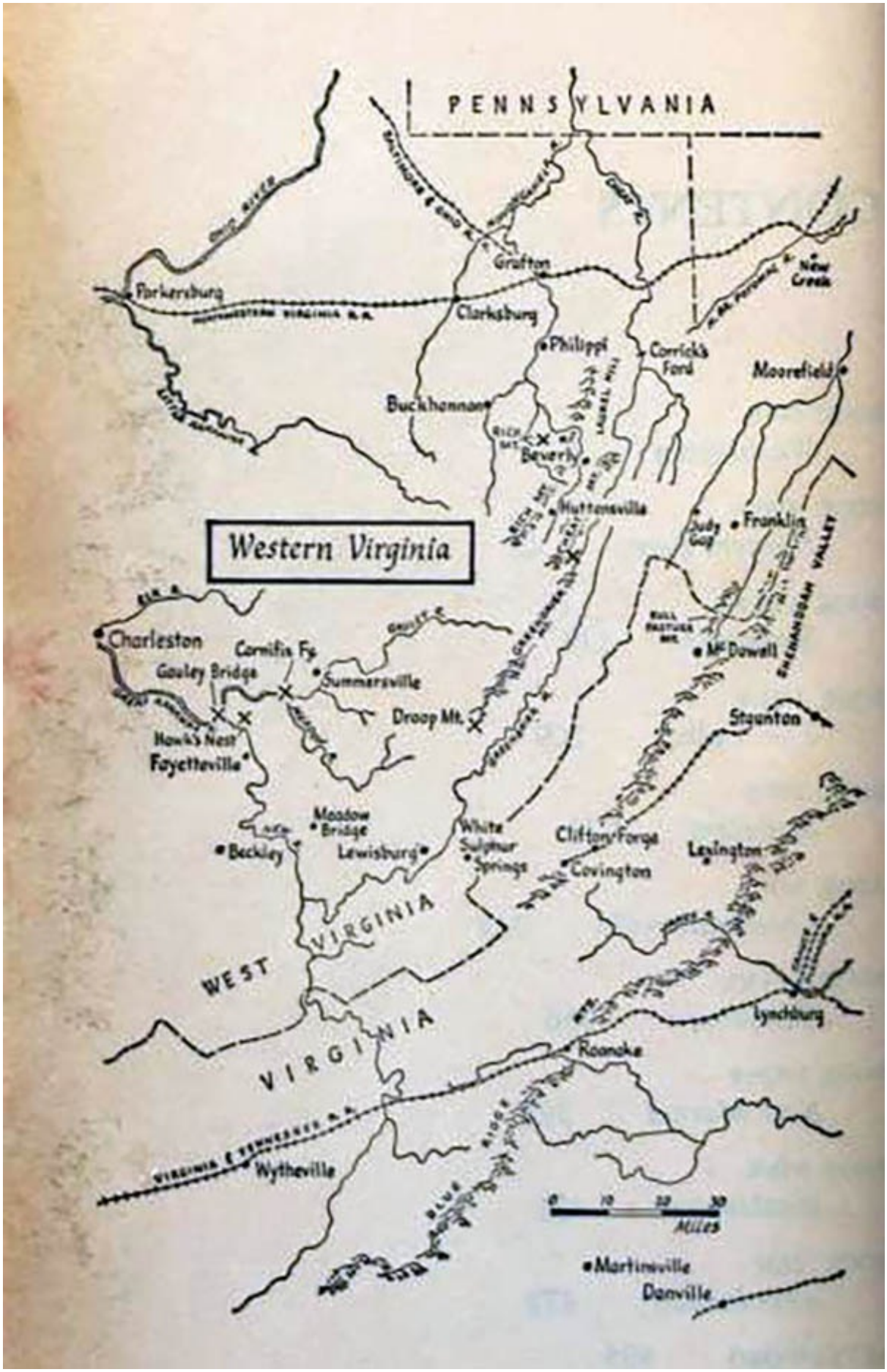
Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Este libro está dedicado a la memoria de mi abuelo, Stephen M. Slaughter, y a mi tío-abuelo, Richard T. Slaughter, quienes combatieron como jóvenes toldados por el Sur, así como a otro de mis ascendientes, Solomon G. Slaughter, quien dio la vida por la Confederación y se halla enterrado en el Cementerio Nacional de Petersburg, Virginia.

Y los hombres contarán a sus hijos,
Aunque otros recuerdos se desvanezcan.
Cómo combatieron junto a Stonewall Jackson,
En la vieja «Brigada Stonewall».

JOHN ESTEN COOKE,
Stonewall Jackson and the Old Stonewall Brigade,
por autorización de The University of Virginia Press.

Mapas


PENNSYLVANIA
Western Virginia
Grafton
Parkersburg
Clarksburg
Philippi
Corrick's Ford
New Creek
Moorefield
Buckhannon
Beverly
Huttonsville
Judy Gap
Franklin
Shenandoah Valley
Charleston
Cornfix Fy
Gauley Bridge
Summersville
Droop Mt.
Hawk's Nest
Fayetteville
Mt Dowell
Staunton
Meadow Bridge
Beckley
Lewisburg
White Sulphur Springs
Clifton Forge
Covington
Lexington
Lynchburg
Roanoke
WEST VIRGINIA
Wytheville
Martinsville
Danville
Miles


PENNSYLVANIA
MARYLAND
WEST VIRGINIA
Chambersburg
Gettysburg
Hanover
Cumberland
Hagerstown
Emmitsburg
Williamsport
Martinsburg
Boonsborough
Sharpsburg
Frederick
Shepherdstown
Harper's Ferry
Baltimore
Romney
Charles Town
Monocacy
Winchester
Berlin
Leesburg
Edwards Ferry
Middletown
Strasburg
Fisher's Hill
Front Royal
Bull Run
Centreville
Washington
Annapolis
Alexandria
Warrenton
Manassas Jct.
Bristoe Sta.
Brandy Sta.
Rappahannock Sta.
Port Tobacco
Culpeper C.H.
Barboursville
Cross Keys
Fort Republic
Orange C.H.
Gordonsville
Wilderness
Fredericksburg
Stanton
Spotsylvania C.H.
Trevilian Sta.
Waynesborough
Charlottesville
Louisa C.H.
Beaver Dam Sta.
Hanover Jct.
Hanover C.H.
Goochland C.H.
Orbanna
West Point
Richmond
Lynchburg
Appomattox C.H.
Appomattox Sta.
Farmville
Harrison's Lake
Williamsburg
Amelia C.H.
Jetersville
Petersburg
City Point
Prince Edward C.H.
Burke's Sta.
Five Forks
Globe Tavern
Dinwiddie C.H.
Nottoway C.H.
Ft. Monroe
Norfolk
Reams' Sta.
Portsmouth
Virginia
Suffolk
Clarksville
NORTH CAROLINA
Weldon
Miles

LIBRO PRIMERO

WASHINGTON

I

EL sol se ponía sobre las severas casas de rojos ladrillos y tas calles delimitadas por árboles de Georgetown cuando David Preston —Doctor en Medicina por el Jefferson Medical College de Filadelfia y capitán médico del ejército estadounidense, por designación del Presidente de los Estados Unidos — salió del hospital. Conocido también con el nombre de Washington Infirmary, el lóbrego edificio se hallaba emplazado en un bloque situado al norte del City Hall, en las calles Quinta y E de la capital norteamericana. La brisa vespertina de abril arrastraba desde Potomac Flats un «perjudicial efluvio». Denominado por algunos observadores menos inclinados a la poesía como un «pestilente hedor», el cual flotaba sobre la ciudad durante casi todo el día. Este olor fue percibido por aquel hombre de elevada estatura cuando bajaba por la calle 14, en dirección a su cruce con Pennsylvania Avenue.

Embutido en sus pantalones, de un tono azul claro, y una guerrera más oscura que le llegaba casi hasta las rodillas, provista de dorados botones, distribuidos en dos filas, cortadas por la faja carmesí. David Preston, había que reconocerlo, aparecía ante los ojos de todos como un hombre sumamente apuesto. Su perfil, enérgico, hacía pensar en el de un asceta. Tenía la mandíbula prominente y firme, y los páratelos salientes. Sus ojos eran grisáceos, pudiendo resultar severos para los miembros de su profesión que se atrevían a poner en peligre la vida de sus semejantes por efecto de la ignorancia o la pereza, peto también sabían reír alegremente al mirar a sus amigos.

Todo en el porte de Preston revelaba la serena elegancia y la confianza en sí mismo del aristócrata virginiano que en realidad era. Se hallaba en posesión de un apellido tan ilustre como el de los Adams de Massachusetts. Los Preston se habían sentado en la House of Burgesses en Williamsburg, suscitando frases de aclamación al decir Patrick Henry: «Si esto puede ser considerado una traición, sacad el mayor partido posible de ella». Los Preston, también, habían tomado parte en acciones bélicas por los fértiles valles de los ríos Shenandoah y James, en el marco de la turbulenta frontera virginiana occidental, en el Blue Ridge, en el curso de la guerra contra franceses e indios. En cada generación había habido siempre, por lo menos, un Preston que había llegado a ser médico o sacerdote del riguroso credo presbiteriano, llegado al sur con los emigrantes, casi dos siglos antes, por obra

de rudos germanos y pobladores con sangre de escoceses e irlandeses en sus venas. Por el camino de Filadelfia, se había extendido hasta las Carolinas y los escondidos valles de las Montañas Great Smoky, que delimitaban las tierras de la nación *cherokee* por aquellos tiempos.

Un año de estudios en el extranjero, tras haberse graduado en Jefferson, había permitido a David recibir el bautismo de fuego en el campo de batalla, ejerciendo su profesión de cirujano, en el curso del último conflicto europeo, cuando Giuseppe Garibaldi y Víctor Emmanuel II, apoyados por Napoleón III, se enfrentaran con las fuerzas austríacas, que trataban de oprimir a los italianos con sus normas autocráticas.

A su regreso a la patria, en 1860, año de elecciones, ganadas por Abraham Lincoln, quien ascendió a la Presidencia de los Estados Unidos, David Preston aceptó su asignación al pequeño ejército estadounidense, así como la relativamente modesta misión —para un médico de sus dotes y preparación— de cuidar de los familiares y personas dependientes de los hombres de los cuadros militares y navales que prestaban sus servicios en la capital de la nación.

Hubo quien calificó aquel nombramiento como una especie de retroceso en su carrera. No obstante, a Preston eso le tenía sin cuidado. Antes bien, le agradó la oportunidad que se le deparaba de practicar algunas de las enseñanzas que en el campo de la medicina había asimilado en Viena, Budapest y otras capitales europeas. El resultado de tal actitud había sido magnífico: las esposas y las hijas de los oficiales y los militares situados en puestos clave, reclamaban su atención continuamente. Sobre todo, después de haber promovido una *cause celebre* al afirmar en una conferencia recogida en las columnas del agresivo *Evening Star* que la mayor parte de los casos de fiebres de sobreparto que se presentaban en los hospitales de Washington provenían no de las fétidas miasmas generadas en el Potomac sino del descuido de médicos, enfermeras y comadronas, que tenían la mala costumbre de no lavarse las manos antes de reconocer y auxiliar a las parturientas en su trance.

Había pasado la hora anterior ocupado con un alumbramiento especialmente difícil. David se había visto obligado a recurrir a todas sus particulares habilidades. Al salir del hospital estaba seguro de que ni la madre ni el niño habían de temer el ataque de la fiebre puerperal. Tenía muy buenas razones para pensar así: había seguido rigurosamente una técnica antiséptica que recomendaba la aplicación del cloruro de cal disuelto, técnica desarrollada quince años atrás en Viena por el doctor Ignaz Philip

Semmelweis. David había estudiado con Semmelweis en Budapest. El médico húngaro —amargado porque es Viena habían sido rechazadas sus revolucionarias teorías sobre los orígenes de las infecciones observadas en madres, recién nacidos y heridas quirúrgicas— enseñaba allí obstetricia y cirugía, dedicándose igualmente a la práctica de la medicina.

Satisfecho por haber salido airoso de lo que se había presentado como un problema, contento por haber conseguido la realización de un milagro médico de menor cuantía, los pensamientos del joven doctor se concentraron en la grata perspectiva de un par de buenos *whiskies* en el bar del Hotel Willard. Y para rematar el día le aguardaba una deliciosa cena a base de *tête de veau en tortue*, un plato exquisito, al que se había aficionado decididamente durante sus viajes por Francia… y en el establecimiento de *Monsieur* Cruchet, que en Washington pasaba por ser el primero de todos los *chefs de cusine*.

Hacía más emocionante aquella perspectiva la probabilidad, es la tarde del 18 de abril de 1861 —cinco días después de la caída de Fort Sumter y la rendición de su guarnición federal en Charkston, en Carolina del Sur, frente a un ataque de las fuerzas confederadas— de que él abandonara pronto Washington y tales delicias culinarias, trocándolo todo por los rigores de la guerra, pero esta vez vistiendo el paño gris de la Confederación en lugar del azul de la Unión.

Pocos eran los lazos que ataban al capitán David Presión a ésta relativamente joven capital de unos Estados Unidos algo menos que centenarios, ya que, puestos en lo mejor, Washington no era todavía una metrópoli muy prometedora. El plan original, fundado en unos límites marcados por el río Potomac, al sur, el río Anacostia, al sudeste, Rock Creek, al oeste y Boundary Street, al norte, arrancaba de la idea de crear una ciudad de «grandiosas distancias», habiendo sido gastadas grandes cantidades de dinero ya en los cimientos de unos pretenciosos edificios gubernamentales.

Pero tanto la ciudad como sus estructuras habían sufrido un parón de muchos meses, debido a las facciones del Congreso. Ahora, el bien proyectado plan de vías públicas era en su mayor parte un laberinto de charcos cenagosos. Efectivamente, cualquier hombre podía recorrer todo Washington en una tarde… siempre que estuviera dispuesto a dedicar media hora después a la limpieza de sus botas, impregnadas a buen seguro de barro tras la mencionada excursión.

Incluso el mismo Capitolio, construido para ser el centro de la nueva ciudad, resultaba anticuado y excesivamente colosal. Sometido por aquellos días a radicales alteraciones, veíase con la cúpula original suprimida,

haciendo que el viejo edificio de piedra del centro apareciera extrañamente desnudo y desangelado.

Únicamente estaba acomodada en su sitio la base de la nueva cúpula de hierro fundido, más el andamiaje y la alta grúa que colocaría los elementos restantes en sus puntos respectivos. A uno y otro lado del Capitolio, habían comenzado a extenderse hacia fuera las alas de mármol, pero éstas también se hallaban inacabadas, sin contar siquiera con las escalinatas. Y las columnas marmóreas necesarias para la terminación de los pórticos estaban aún sin rematar. Bajo el cálido resplandor de la luz solar de abril, aquéllas se veían extrañamente desnudas e incompletas.

En medio de todo aquello se destacaba la impresionante estatua de George Washington, con el torso al aire, pero con las extremidades inferiores discretamente ocultas bajo unos mantos más adecuados para un dios romano o griego que para el hombre que en el Valle Forge hiciera de un puñado de desastrados un ejército, el mismo que obligara al engreído general británico Cornwallis a doblar sus rodillas en Yorktown.

Un tributo mucho más ambicioso, a la memoria del primer Presidente, el Monumento a Washington, se encontraba enclavado en una zona algo pantanosa, casi al sur del Parque del Presidente y el palacio del Jefe del Estado. Pero como tantas otras cosas del Washington oficial, también se hallaba sin acabar. Abandonado, acortado extrañamente para quedar reducido a poco más de 46 metros, el truncado obelisco lindaba por un lado con el Potomac y por otro con las no menos fétidas aguas del Oíd City Canal, muy acertadamente descrito como una alcantarilla al aire libre.

En el cruce de la calle 14 con Pennsylvania Avenue, David Preston giró en dirección a la marquesina existente sobre la entrada del Willard. Ocupando la mayor parte del bloque de casas, el más popular de los hoteles de Washington quedaba, por supuesto, hacia el norte, hacia el lado más respetable, hallándose los edificios de Newspaper Row nada más doblar la esquina de la calle 14. La amplia vía de Pennsylvania Avenue, concebida originalmente como una explanada entre el Capitolio y el palacio del Presidente, era tan sólo un desordenado montón de piedras destinadas a la pavimentación. E incluso éstas eran escasamente visibles, a causa de que en la época más seca quedaban cubiertas con una capa de rojo polvo, que el viento elevaba parcialmente en forma de nubes; y cuando llovía aquello se transformaba en un mar de cieno.

En la parte sur de Pennsylvania Avenue había una serie de edificios desvencijados, chozas y puestos desastrados que componían el mercado de la

ciudad. En las inmediaciones existían varios establecimientos dedicados al juego y unos cuantos burdeles. Apartado de las elegantes tiendas, hoteles y restaurantes, el lado sur de la avenida hacía pensar en una desaliñada golfa que se levantara las enaguas para mostrar un desnudo pero utilitario trasero a las horrorizadas jóvenes y damas ricas, ricamente vestidas, que avanzaban por el lado opuesto de la vía para franquear la entrada del Hotel Willard, con su pródigo plan de funciones sociales desplegado sobre el tablero de avisos del vestíbulo.

Había un constante fluir de vehículos hacia allí cuando David Preston se aproximaba a la puerta. Se veían bonitos cabriolés, calesas, birlochos, coches de alquiler. Algunos, tirados por cuatro caballos, se presentaban cargados sobre todo de hombres, que inmediatamente se encaminaban al gran bar del Willard, territorio indiscutiblemente masculino.

Se detuvo en la esquina de la calle 14 con Pennsylvania Avenue, en el momento en que uno de los nuevos autobuses de Georgetown se paraba allí. Sus ruedas de hierro molieron la roja arcilla del piso contra los guijarros, levantando una asfixiante nube de polvo.

Del autobús se apearon unos cuantos funcionarios civiles de tipo medio, los cuales entraron en el hotel. Varias veces por semana saboreaban unas copas ante la famosa barra del Willard, mientras captaban todos los rumores sobre la serie de crisis que prometían transformarse en cualquier momento en una movida guerra entre el Norte Unionista y el rebelde —a los ojos de los yanquis— Sur, con motivo de la cuestión de la esclavitud. Luego, ya satisfecha su curiosidad, aquellos hombres se trasladaban al Restaurante de Harvey, mucho más económico, situado entre el Capítol y el palacio del Presidente.

Algunos oficiales a caballo —su número se había incrementado a lo largo de los días anteriores, a consecuencia de la llegada de cinco compañías de la milicia de Pennsylvania y de los pintorescos «Guardias Fronterizos», de la turbulenta Kansas, al mando del rimbombante Jim Lane, elegido para el Senado— avanzaban hacia las cuadras del hotel, situadas en la parte posterior del edificio. En los establos dejarían sus monturas para unirse en el bar del Willard a la marea vespertina de curiosos, congresistas, buscadores de contratos, jugadores, traficantes de guerra y periodistas. Unos se integrarían en los grupos formados junto al mostrador y otros conversarían discretamente con sus amigos sentados a las mesas colocadas junto a la paredes.

David compró un ejemplar del *Evening Star*, que estaba siendo voceado por un chico de sombrío gesto. «SE AFIRMA QUE LA MILICIA DE

VIRGINIA ESTÁ SIENDO MOVILIZADA», rezaban los titulares de la primera página. Estas palabras no tranquilizaron a David Preston precisamente.

El matutino *Intelligencer* había hablado de aquella acción el día anterior a la Convención de Virginia, recomendando mediante ochenta y cinco votos contra cincuenta y cinco la unión de la *commonwealth* con los otros siete estados —Carolina del Sur, Georgia, Florida, Mississippi, Alabama, Louisiana y Texas— que ya se habían separado de la Unión, anticipándose a las duras acciones emprendidas por el Presidente Abraham Lincoln sobre el problema de la esclavitud. Pero como el referéndum sobre la secesión para todos los virginianos quedaba todavía a un mes de distancia en cuanto a sus aplicaciones prácticas y en Washington se encontraban unos compromisarios que negociaban el hallazgo, a diario, de algún procedimiento honorable para hacer volver a los estados rebeldes al seno de la Unión, David no había sentido la inmediata necesidad de tomar una decisión final en cuanto a su personal rumbo.

Cualquier acción precipitada por parte de la Milicia de Virginia, especialmente si se daba antes del referéndum, podía modificar el camino a seguir por David, sin embargo, forzándole a escoger entre los Estados Unidos, cuya constitución había jurado defender al ingresar en el ejército, y la tierra nativa de Virginia, por la cual sentía un afecto todavía mayor. La rápida sucesión de los acontecimientos de aquella primavera de 1861 le habían hecho pensar que difícilmente se libraría de presenciar de nuevo los horrores de una guerra, igual que los había visto brevemente con las fuerzas de Garibaldi en Italia, un año antes.

El descontento político existente con motivo de la cuestión de la esclavitud, que se había extendido por los Estados Unidos desde que el Congreso prohibiera las importaciones de esclavos, en 1809, había llegado a su máxima expresión con la elección de Abraham Lincoln para la presidencia, en 1860. Los partidarios de Lincoln habían abogado porque la esclavitud continuara permitiéndose en aquellos estados en que existía de antaño tan arcaica institución, prohibiéndola, no obstante, en los nuevos que se fueran formando. Pero pocos eran los hombres del Sur que creían en tales promesas más allá de los primeros tiempos. Charleston había reaccionado inmediatamente después de la elección de Lincoln, votando el 13 de noviembre de 1860 por la constitución en Carolina del Sur de un cuerpo de voluntarios integrado por diez mil hombres. El 18 de noviembre, la legislatura de Georgia había votado un crédito de un millón de dólares para armar a ese

estado, y a esto había seguido, el 20 de diciembre, la secesión de Carolina del Sur.

Al tomar Lincoln posesión del cargo, el 4 de marzo de 1861, como decimosexto Presidente de los Estados Unidos, siete estados se habían separado ya de él para formar los Estados Confederados de América, escogiendo al exsenador Jefferson Da vis como Presidente, y estableciendo una nueva capital en Montgomery, Alabama, adoptando como bandera la de las barras y estrellas.

El discurso pronunciado por Lincoln en la ceremonia de la toma de posesión, el 4 de marzo, de tono apaciguador, por el cual aseguró a todos los estados que se hallaba dispuesto a no intervenir para nada en sus asuntos internos, produjo muy pocos de los efectos perseguidos en los hombres del Sur, si bien hizo, al parecer, que Virginia y Carolina del Norte se mostraran menos dispuestas a dar el paso final, al menos de una manera inmediata. Por entonces, sin embargo, ya habían sido conquistados varios fuertes por algunos exaltados miembros de la Confederación en muchos puertos del Sur. Estafetas de correos, arsenales y oficinas del Tesoro habían sido tomados en nombre de la nueva nación que estaba siendo creada en el Sur.

Solamente Fort Sumter, en el puerto de Charleston, Carolina del Sur, continuaba sitiado el 1.º de abril. El impetuoso general Pierre Gustave Toutant Beauregard, comandante de las tropas de Carolina del Sur, esperaba únicamente un pretexto para pasar al ataque. Así pues, el desenlace se hallaba próximo. Éste se produjo el 12 de abril, cuando los cañones confederados abrieron fuego sobre Fort Sumter. Al día siguiente se rendía el fuerte con toda su guarnición.

Mientras David Preston, ya dentro del bar del Hotel Willard, se abría paso entre la gente, pensó que allí no había nada que delatara la amenaza de una guerra inminente. A menos que hubiera que tomar en aquellos momentos por indicios reveladores un mayor número de uniformes de la Unión, los oscuros trajes de los hombres de negocios yanquis, lanzados a la búsqueda de provechosos contratos de guerra, y la relativa ausencia de políticos del Sur. Con sus arrugadas prendas de vestir y sus ladeados panamás, habían dado mucho color a Washington antes de que se marcharan apresuradamente, para cubrir altos puestos en la Confederación y en sus fuerzas militares.

Desde el vestíbulo había visto que muy pocas personas se hallaban instaladas en el comedor. Esta pieza, no obstante, se vería pronto atestada de gente también, ya que la cocina del hotel era elogiada en la población, no por su selectividad sino por la abundancia.

En los generosos desayunos era servido incluso el *pâté de foie-gras*, destinado a los poderosos estómagos que habían podido sobrevivir a las libaciones de la noche anterior. El almuerzo —denominado también comida — comenzaba a las once y media, cuando se dejaban ver las damas, y la cena —pues Washington era una ciudad meridional— duraba hasta las nueve. Tras la cena, buena parte de la clientela masculina regresaba nuevamente al bar, en cuyo mostrador, sobre bandejas, había todo un despliegue de carnes frías, almendras, cacahuetes, cangrejos hervidos y otras viandas similares.

David estaba saboreando su primer *whisky* con un poco de agua, que encontró menos satisfactorio que el destilado cerca de Fincastle, en su condado familiar, el de Botetourt, al sudoeste de Virginia, cuando notó que una mano caía bruscamente entre sus paletillas, desviando una porción del licor de su garganta para ir a parar a la zona respiratoria, donde, decididamente, el líquido no fue bien acogido.

—¿Quién diablos…? —se las arregló para articular entre continuas toses.

Una segunda palmada en la espalda pareció estabilizar las cosas ordenadamente y se volvió para asomarse a los alegres ojos de un joven oficial que calzaba las pulidas botas de la Caballería estadounidense, un teniente, concretamente. La sonrisa, en aquel rostro delgado y familiar, se extendía de oreja a oreja.

—¡Lachlan! —exclamó David, muy contento, pese a sentirse aún algo molesto—. ¡Lachlan Murrell!

II

—A tus órdenes —respondió el otro oficial, saludando marcialmente —. Pero, ¿cómo diablos te las has arreglado para ser ya capitán cuando yo todavía no he podido dejar las insignias de teniente?

—Apea el saludo, querido. Ya no estamos en la VMI. —David estrechó la mano del recién llegado con entusiasmo—. Mientras pido otro *whisky* para ti, ocúpate de localizar una mesa para que podamos dedicarnos a charlar sobre los viejos tiempos.

—¡Cuidado! —Los ojos de Lachlan Murrell danzaron en su rostro, quemado por el sol—. Va contra lo ordenado por la ley esto de dar alcohol a un indio.

—Pero no hay nada que se oponga a que yo invite a un camarada de armas del ejército de los Estados Unidos. —David hizo una seña al camarero para que le sirviera otro *whisky* con agua—. ¿Cuánto tiempo llevas en Washington, piel roja?

—El que necesitaba para tomar un buen baño, dormir en una cama de verdad y hacer una comida que no me recuerde para nada la carne de búfalo y los guisantes… ¡Ah! También me interesaba disponer de unos minutos para perderlos en este bar. ¿Y tú? ¿Desde cuándo estás tú aquí?

—Llevo en esta ciudad seis meses ya… Y he estado dedicándome a curar viruelas y a traer niños al mundo.

No había ninguna mesa disponible en el bar, de manera que, con sus vasos en las manos, se encaminaron al comedor, eligiendo una mesa apartada, en un rincón.

Lachlan tomó un largo sorbo de *whisky*, pasándose la lengua por los labios.

—Para ser el mejor graduado de la VMI, te han confiado una misión que no me convence mucho… Oye: esto es lo que se dice un buen *whisky*. Tú no puedes imaginarte la clase de porquería que te venden en los puestos militares, David. Esos mal llamados licores no son buenos ni para los indios de las llanuras… y menos todavía para un aristócrata *cherokee*.

—¿Dónde has estado destinado?

—En Fort Gibson, en medio de mis parientes. Sólo a los jefes del ejército estadounidense puede ocurrírseles ordenar a un indio que guarde a otro indio, a un *cherokee*, especialmente, que mantenga a raya a otro *cherokee*.

—Por lo que yo recuerdo, en ti hay sólo una octava o una décima parte de indio. El resto de tu sangre proviene de las Tierras Altas de Escocia. Te sucede lo que a mí.

—Sigo siendo un *cherokee*. —En la voz del oficial de caballería había ahora una inflexión de orgullo—. Y además soy un hombre del Sur.

—Entonces, ¿no vas a seguir vistiendo el uniforme azul?

—Ni siquiera ahora estaría vistiéndolo de no ser mi tío-abuelo, John Ross, el principal jefe de los *cherokees*.

—¿No está aquí, en Washington? Me parece recordar haber leído algo acerca de él.

—Mi tío John se encuentra en el National Hotel desde su inauguración. Ha hablado con el Presidente y otras personas sobre la cuestión de la neutralidad de la nación *cherokee*. Le acompañan tía Mary y mi hermana Araminta. En cuanto se reponga, seguramente, nos dirigiremos a territorio indio. En la Brigada Cherokee de Stand Watle me espera un puesto de capitán, dentro de la Confederación.

—Los *cherokees* han tenido siempre un tratado con el Gobierno de los Estados Unidos, en virtud del cual vosotros sois, casi, una nación independiente —recordó David a su interlocutor—. Entonces, ¿por qué has de incorporarte a la Confederación?

—¿Qué otra cosa puedo hacer teniendo como tenemos una plantación a orillas del río Arkansas, otra en Louisiana y algunos intereses navieros en Nueva Orleáns? ¿Y de ti qué me dices?

—Me iré con Virginia… cuando Virginia tome una resolución.

—A juzgar por los titulares del Evening Star, eso es algo que no se hará esperar mucho.

—Mucho me temo que estés en lo cierto.

—No te veo muy entusiasmado ante la perspectiva de incorporarte a las fuerzas de tu estado nativo.

Lachlan Murrell había escrutado rápidamente el rostro de su amigo.

—Estuve con las tropas de Garibaldi en los campos de batalla de Italia, como médico. Puedo asegurarte que en la guerra se encuentra escasa gloria…

—Tampoco la hay en lo de ordenar a un indio que mate a otros indios. Y por la manera de discurrir las cosas, eso es lo que puede ocurrir en las Cinco Tribus Civilizadas antes de que pase mucho tiempo. —Lachlan añadió—: Los *choctaws* se han incorporado ya al Sur y una facción de los *cherokees* desea llevamos a la guerra…

—Así pues, ¿crees tú que estallará una?

—Los hombres que conquistaron Fort Sumter, amigo mío, no disparaban con cerbatanas precisamente. De otro lado, la Milicia de Virginia se está movilizando, anticipándose al referéndum… Muy bien pudiera ser que en Richmond comprendiera alguien que un ataque por sorpresa es como llevar ganada media batalla.

David sonrió.

—Eso nos lo enseñó en el Instituto el profesor Thomas Jonathan Jackson… ya que no otras cosas.

—El viejo Jack es un estratega de primera clase, de acuerdo. Yo he visto cómo sus teorías daban resultado en esa guerra continua que libra la caballería de los Estados Unidos en la frontera. ¿Sabías que Jackson va a trasladarse a Richmond?

—¿Cómo comandante de la Milicia de Virginia?

—Bueno… Verás… Ese puesto se halla ocupado ya por el coronel Robert E. Lee.

—Lee es general desde ayer. La noticia viene publicada en el *Evening Star*.

—Virginia no perdió tiempo cuando se trató de reconocer el premio que le había tocado en suerte con Lee —manifestó Lachlan Murrell—. ¿Es cierto que el general Winfield Scott y el Presidente Lincoln le ofrecieron el puesto de general en jefe del ejército de los Estados Unidos?

—Es lo que se rumorea y yo estoy convencido de que es verdad.

Pero… ¿qué es eso que has dicho acerca de Jackson?

—Nuestros antiguos profesores se van a Richmond…

—¿Cómo te has enterado tú de tal cosa?

Lachlan esbozó una sonrisa.

—Todo lo que pasa en Richmond se sabe aquí veinticuatro horas después, o un poco antes.

—Yo sospecho que allí ocurre lo mismo, con respecto a esta población. Bueno, en fin de cuentas, las dos poblaciones se hallan separadas por una distancia de ciento cincuenta kilómetros, aproximadamente.

—Nuestros antiguos instructores actuarán como preparadores de la Milicia de Virginia —declaró Lachlan—. Lo cual significa que por su condición de Comandante del Regimiento de Cadetes, el viejo Jack, casi con seguridad, irá con ellos. Él y Lee se conocieron en México, además. Yo he oído hablar a ese hombre de una acción en la que participaron juntos. En consecuencia, Jackson podría dar a Lee algunos consejos adecuados referentes a ataques por sorpresa.

—Jackson sabe planear perfectamente una batalla sobre el papel, formulando los comentarios oportunos. Ahora bien, la lucha sobre el terreno constituye algo diferente. Hay que estar en una campaña real, como la que yo seguí en Italia, para comprender que son muchos los detalles que pueden fallar aun tratándose de los planes más sabiamente esbozados.

—Hay cosas que no pueden fallar, estoy seguro de ello. ¿Te acuerdas del fantástico equipo artillero de Lexington que solía participar en las maniobras de los cadetes?

—Naturalmente… Estás refiriéndote a la Artillería de Rockbridge. Su comandante es un ministro de Lexington llamado Pendleton.

—Y la mitad del personal son profesores. Nunca olvidaré la forma de mover sus piezas de campo durante las maniobras. Ni tampoco sus salvas.

—Nos convertían a nosotros, los cadetes, en simples aficionados, en *amateurs* de la milicia, es verdad —admitió David.

—Te apuesto lo que quieras a que si Lee esta noche metiera a la milicia, a los cadetes de ahora y a la Artillería de Rockbridge en unos cuantos trenes para llevarlos a Alexandria por Manassas, podría tomar Washington mañana por la mañana.

—Es posible.

—Ahora tendría que empezar a moverse en las últimas horas de la tarde —dijo el oficial *cherokee*—. El Sexto de Massachusetts es esperado aquí mañana, y no tardará mucho en seguirle el Séptimo de Nueva York… El lunes contará Washington ya con personal suficiente para defender la ciudad.

—¿Tú crees que John Ross podrá realmente mantener a la Nación *cherokee* dentro de la Unión?

—Las conversaciones han estado desarrollándose bien. Antes de que cayera Fort Sumter, tío John se disponía a abandonar el National Hotel para emprender el regreso a Tahlequah… Aquí se encuentran las plantaciones Ross y Murrell, cerca de Park Hill. Pero es que tío John cayó enfermo hace unos días y el doctor Thaddeus Wilson afirma que se muere…

—¿Qué es lo que padece?

—Según el doctor Wilson, lo suyo es una congestión pulmonar. Cameron, el Secretario de la Guerra, y W. P. Dole, el Comisario para los Indios, dispusieron lo necesario para que fuese atendido por el doctor Wilson. Nos han dicho que en Washington no hay otro médico de mayor competencia.

—Está muy considerado aquí… socialmente.

—¿Me estás sugiriendo que no es tan bueno como dicen desde el punto de vista profesional?

—No sé mucho acerca de Wilson, pero me consta que su consulta es frecuentada por personas importantes del gobierno y de la alta sociedad de Washington.

—A mí me parece, de todos modos, que no se equivoca con tío John —afirmó Lachlan—. Yo he visto que la hinchazón ha aumentado desde ayer.

—¿De qué clase de hinchazón me hablas?

Instintivamente, David se había puesto alerta.

—Es en los tobillos, principalmente. Se ha duplicado su tamaño desde la última vez que los vi. Tío John se pasa la mayor parte del tiempo durmiendo, pero incluso en esos momentos hemos de incorporarlo en el lecho para que pueda respirar bien. —Lachlan movió la cabeza, entristecido—. Pedí que me mandaran aquí para poder llevar a tío John a territorio *cherokee*, pero todo parece indicar que habrá de hacer el viaje metido en un féretro. Y desaparecido él, la facción del Sur se apoderará de la Nación *cherokee*.

—¿No es eso lo que deseas?

—Lo que yo desee no importa, David. Aquí lo que interesa es que venga lo mejor para tío John y la Nación. Él fue quien logró, casi solo, la implantación del sistema escolar que ha permitido que los jóvenes *cherokees*, ellos y ellas, puedan ir a centros como la Academia Militar de Yale y el Seminario Femenino de Mount Holyoke —del cual acaba de salir mi hermana Araminta, ya graduada—, entre otros. Abofa mismo, las dos cosas más importantes de mi vida son la salud de mi tío y su traslado, pero ninguna de ellas se presenta prometedora. Por otro lado, si tal como parece los *cherokees* se deciden por la Confederación, el Gobierno Federal podría decidir su retención como rehén, para garantizar la neutralidad de la Nación. Pues entonces es verdad que necesitas sacarlo de aquí con la mayor rapidez posible.

—Por esto estoy en Washington. —Lachlan vació por completo la última de las botellas de vino que pidieran para cenar, levantando su copa—. Por la victoria… Para que sea de quién se la merezca. A juzgar por lo que he visto por el camino, desde Fort Gibson hasta aquí, esta guerra no va a ser tan corta como la gente se figura.

—Yo nunca pensé que lo fuera…

—Tú, al menos, tienes la seguridad de que encontrarás un hogar al regresar al sudoeste de Virginia. Los *jayhawkers*[1] de Kansas llevan años intentando echar a los *cherokees* fuera del territorio indio, con objeto de apoderarse de nuestras tierras, a lo largo del río Arkansas. Ahora, probablemente, tendremos que establecer una línea de resistencia o dar con

otro «Sendero de las Lágrimas», hacia el Oeste, como ya hicimos en 1839, cuando Andrew Jackson nos obligó a descender por el río.

—Entonces, ¿por qué inclinarse por un bando u otro en esta guerra?

—Si gana el Norte, nosotros seremos empujados hacia el Oeste, viéndonos forzados a luchar por la posesión de las llanuras indias, indicadas tan sólo para plantar trigo o tabaco, o para ser dejadas como terrenos de pastos, simplemente. Si gana el Sur, se nos ofrecerá cuando menos la posibilidad de que el Gobierno de la Confederación se mantenga fiel a su palabra, decidiendo dejamos en paz.

—Yo diría que son opciones nada atractivas.

—Podremos salir adelante si disponemos como guías de hombres como John Ross. Lo malo es que ¿adónde hemos de dirigimos para encontrar otro igual si mi tío muere aquí, en Washington?

—Yo podría echarle un vistazo ahora mismo —sugirió David.

III

A la mañana siguiente, alrededor de las nueve, David dio fin a su diaria visita, en el hospital. Deteniéndose en el porche un momento, dejó que la brisa que soplaba desde Greenleaf Point, por donde el Anacostia se adentraba en el Potomac, se llevara los últimos e invisibles residuos de las miasmas interiores del centro. A continuación, cruzó la explanada de delante del hospital para dirigirse al poste en que había dejado atado su caballo. De pronto, vio a Jedediah Thorp, su ordenanza en el Washington Infirmary, que se le aproximaba al galope.

—El coronel Lawson desea que se presente usted inmediatamente en su despacho, doctor —dijo Jedediah, deteniendo su montura al lado de Preston —. Acaba de llegar al hospital un mensaje con el sello de «Urgente».

—Voy para allá —contestó David, cogiendo las riendas de su caballo y montando en éste con la agilidad de un consumado jinete—. Dígale a la enfermera jefe que me retrasaré un poco a la vuelta.

En el punto en que la Pennsylvania Avenue describía una curva en torno al palacio del Presidente, David cruzó el Parque siguiendo uno de los numerosos senderos existentes, para atar su caballo a uno de los postes que se veían frente al formidable edificio de ladrillos rojos, el del Departamento de la Guerra. Se encaminó luego hacia la planta en que se encontraban las dependencias del Medical Bureau, Un ordenanza le hizo pasar al despacho del coronel Thomas Lawson, jefe de los Servicios Médicos del Ejército, quien le dirigió una sombría mirada al corresponder a su saludo.

—Se ha tomado usted su tiempo para llegar aquí, capitán.

Lawson había insistido siempre en que a los médicos militares había que darles un rango de oficial. Siempre se les había llamado, simplemente, «doctores» antes de que él se las arreglará para lograr, mediante un decreto, en 1847, que les fuera asignado el rango de capitán, como mínimo. También podían ser comandantes. Esto dependía del tiempo de servicio y, lo que era más importante, de sus relaciones políticas en la capital. Con sus ochenta años de edad y su firme resistencia frente a cualquier cambio, Lawson se hallaba en la prehistoria si se establecía una comparación entre sus puntos de vista profesionales y los de David.

—Me encontraba en el hospital, señor. Dos nuevos casos de viruela…

—Yo ya tenía bastante, capitán, con este nido de avispas que Jefferson Davis ha removido… No necesitaba para nada una epidemia de viruelas a mí alrededor.

De pronto, la faz del viejo doctor se iluminó.

—Sin embargo, una pequeña epidemia podría ser algo así como una bendición si sirviera para alejar de la ciudad a esos contratistas que intentan dejar al departamento con sus arcas vacías… siempre y cuando no dejaran de llegamos sus vacunas.

—Vamos a necesitar muchos medicamentos y otras cosas de tipo sanitario cuando empiece la guerra, señor.

—Si es que hay guerra —puntualizó el coronel Lawson—. Al Presidente Lincoln no le faltan recursos para evitarla, poniendo no obstante a esos incendiarios de Charleston en el lugar que les corresponde al mismo tiempo. Alguien dijo en una ocasión que Carolina del Sur es demasiado pequeña para llegar a ser una nación y excesivamente grande para constituirse en asilo. Y a juzgar por la forma de conducirse sus gentes desde que Lincoln fue elegido Presidente, hay que convenir que sus límites se corresponden con lo último.

—En la guerra de Italia…

—Eso no fue una guerra, capitán, sino una escaramuza —declaró Lawson, severamente—. Hubiera debido vestir usted el uniforme tras lo de Santa Anna. —El anciano doctor revolvió unos papeles que tema encima de la mesa —. ¿Qué era lo que deseaba de mí, capitán?

—Usted me mandó llamar, coronel.

—¡Ah, sí! El Secretario de Estado desea que vea usted a ese jefe indio, a John Ross, que a toda costa desea mantener a nuestro lado, en consulta con el doctor Thaddeus Wilson.

—¿Fue requerida mi presencia a la cabecera del lecho del enfermo por el doctor Wilson, señor?

—¿Cómo? —Lawson soltó una sarcástica risita—. Wilson quería agarrar el techo con las manos, o poco menos, cuando se enteró de eso. Dice que Ross se está muriendo.

—Pero si sólo sufre una ligera congestión pulmonar…

Lawson levantó la vista bruscamente.

—¿Ha estado usted intentando ocuparse de Ross a escondidas del doctor Wilson, capitán? Usted sabe que no me gusta que los médicos del ejército trabajen particularmente, como civiles.

—El teniente Lachlan Murrell es sobrino del jefe indio, coronel. Fuimos condiscípulos años atrás y hacía casi cinco que no lo veía, hasta que nos

encontramos casualmente ayer por la tarde, en el bar del Willard.

—Puede ser entonces que usted no sea culpable de nada, pero la verdad es que no hace aún media hora que salió de aquí el doctor Wílson, hecho una fiera, declarando que no pensaba celebrar consulta con un médico del que nadie ha oído hablar.

—He de asegurarle que el teniente Murrell y yo no concretamos nada sobre la cuestión de la asistencia de su tío, señor.

—Es posible… Bueno, al parecer, el Jefe Ross está peor. Será mejor que vaya a verle inmediatamente. Veamos… Se aloja en… —Lawson rebuscó entre los papeles de la mesa-r—. Yo tenía sus señas por aquí…

—El teniente Murrell me notificó, señor, que su tío estaba en el National Hotel.

—¡Eso es! Esperemos que no se dé allí otra epidemia…

Cuando la proclamación del Presidente Buchanan, cuatro años antes, habíase declarado una grave enfermedad intestinal entre los huéspedes del atestado National Hotel. Los congresistas fervientes partidarios del Sur solían frecuentar el viejo edificio, emplazado en la calle Sexta y la Pennsylvania Avenue, por su bar. El *whisky* de Kentucky suponía una atracción de mayor orden allí. Algunos habían alegado que la enfermedad formaba parte de un complot urdido por los republicanos, que deseaban envenenar a los líderes del Partido Demócrata. Pero al final todo había sido atribuido a unas emanaciones del alcantarillado. Los guasones de la capital alegaron que sólo se trataba de un «producto secundario», tóxico, proveniente de la palabrería congresista, a que tan aficionados eran, según aquéllos, los fanáticos partidarios del Sur.

—¿Desea usted un informe detallado sobre Ross en cuanto lo vea, señor? —inquirió David.

—Yo no puedo perder el tiempo ocupándome de los indios que se meten en cuestiones políticas, capitán. Tengo otras cosas más importantes que hacer. Redacte un informe para el Secretario de la Guerra, pero envíeme una copia del mismo…

—¿Y otra para el doctor Wilson?

Lawson se echó a reír.

—Él se limitaría a romper el papel. Buenos días, capitán.

IV

EL tiempo era magnífico cuando David salvaba la distancia, de diez manzanas, que le separaba del National Hotel. La Pennsylvania Avenue se hallaba muy animada. Algunos congresistas se dirigían al Capitolio. Muchos hombres de negocios se encaminaban al Departamento de la Guerra, donde estaba estudiándose un revolucionario programa para hacer del minúsculo ejército regular de dieciséis mil hombres otro de respetables vuelos. Vendedores de los artículos más diversos iban de un lado para otro. Algunos ofrecían verduras y carnes, de las cuales las moscas se elevaban a nubes cada vez que el propietario del carrito trataba de alejar a las más obstinadas.

El recepcionista del National Hotel dirigió a David hacia las habitaciones ocupadas por el señor John Ross. Llamó a una puerta y ésta fue abierta por una joven. Nunca había visto Preston una muchacha más bonita que aquélla.

—Doctor Preston: yo soy Araminta Murrell —dijo la joven, con una cordial sonrisa—. Le estábamos esperando.

Ella parecía conocerle, pues… Y, evidentemente, había esperado de él una actitud semejante… Esto dejó a David desconcertado, momentáneamente. Cuando vio que la sonrisa se desvanecía rápidamente de aquel rostro, se dio cuenta de que había cometido una falta casi imperdonable al no reconocerla. Y sin embargo, pese a que sus rasgos se le antojaban levemente familiares, no consiguió situarla en su recuerdo…

—Entre, por favor —dijo la muchacha, fríamente—. En di dormitorio contiguo se encuentran los doctores Wilson y Temple con mi tío.

Mientras avanzaba tras ella, David rebuscaba ansiosamente en su memoria, tratando de dar con una respuesta al enigma planteado por la cálida acogida de la joven, pero no logró encontrarla. El esfuerzo mental, no obstante, no le impidió fijarse en que la joven era ligeramente más alta que el tipo medio de las mujeres que se veían por la ciudad, y extraordinariamente graciosa.

Consideró que tendría veintitrés o veinticuatro años. El tono de su piel le llevó a ver en ella, probablemente, una nieta o sobrina de John Ross. Los rasgos de su cara, un tanto aquilinos, la hacían asemejarse a uno de aquellos bellos camafeos que viera en Italia, siendo suficientemente sorprendentes para que se destacaran en cualquier parte. Los ojos eran oscuros y miraban muy

directamente; las largas pestañas le hicieron recordar las alas de un colibrí que una vez logró hacer caer en una trampa, y que soltó inmediatamente.

—Yo soy la hermana de Lachlan —dijo la joven, volviendo levemente la cabeza.

—Encantado de verla, señorita Murrell —replicó él.

David se fijó en que los labios de su acompañante se apretaban de nuevo con un gesto de enojo. Pero todavía no acertó a comprender por qué…

—Quizá se esté usted preguntando por qué razón ha sido solicitado su consejo con motivo de la enfermedad de tío John. Verá… Cuando Lachlan me dijo anoche que usted se hallaba en Washington, hablé con el señor Seward…

—¿El Secretario de Estado?

—El señor Seward nos ha visitado varias veces en nuestra plantación de Louisiana y nuestras familias hace tiempo que se mantienen en estrecho contacto.

En el instante en que Araminta alargaba una mano para asir el tirador de la puerta de una habitación, ésta se abrió, apareciendo en el umbral una mujer ya entrada en años. Sus ojos estaban enrojecidos de haber llorado, y entre los dedos de una mano llevaba un pañuelo. Mary Stapler Ross era mucho más joven que su esposo, que había cumplido ya los setenta años, cosa que David sabía perfectamente. Vio que la dama en cuestión poseía ese aire digno y seguro que en tantas aristócratas cuáqueras había tenido ocasión de descubrir cuando estudiaba medicina en Philadelphia.

—Cuando se refiere a usted, doctor Preston, Lachlan no sabe decir más que frases de elogio —dijo la señora después de haber efectuado Araminta las presentaciones—. Dios quiera que pueda usted ayudar a mi esposo.

—Sinceramente, espero tener ocasión de hacer algo por él.

—En estos momentos se encuentra en su dormitorio el doctor Wilson.

Mary Ross y Araminta Murrell entraron en la habitación y David siguió a las dos mujeres. El paciente parecía estar durmiendo. Un hombre de porte majestuoso, de unos sesenta y cinco años de edad, parecía estar aleccionando con ampulosos ademanes a otro mucho más joven.

—Le presento al doctor Preston, doctor Wilson —dijo Mary Ross graciosamente.

Wilson inclinó levemente la cabeza a modo de saludo, pero hizo caso omiso de la mano extendida de David.

—Lamento que el Secretario y el coronel Lawson se hayan puesto de acuerdo para molestarle en unos instantes seguramente muy saturados de

quehaceres para usted, por el hecho de estar preparándose para la guerra, capitán.

Wilson hizo sonar esta última palabra como un epíteto despectivo. David no pudo evitar una sonrisa ante su actitud, adoptada para satisfacerse a sí mismo y pensando también en la familia del dormido paciente.

—¿Conoce usted a mi ayudante, el doctor Temple?

—Hasta ahora no había tenido el honor de saludarle.

David estrechó la mano del joven médico.

—El Jefe Ross está durmiendo por efecto del láudano que le administré —continuó diciendo Wilson—. Mi consejo es que no se le despierte.

—No voy a hacer nada susceptible de causarle molestias —prometió David, colocando el pequeño maletín negro de que era portador encima de la mesita de noche—. ¿Cuál es la temperatura del enfermo, doctor?

—Está febril… naturalmente.

—¿No puede concretar más?

Wilson se quedó perplejo, abriendo mucho los ojos al ver que David sacaba de su maletín un tubo de madera de irnos treinta centímetros de longitud, con una hendidura alargada, en las que se veía un tubo mucho más pequeño de vidrio, que contenía mercurio. Echando a un lado la ropa que cubría el pecho de John Ross, David deslizó un extremo del termómetro clínico bajo el brazo del enfermo, subiendo el instrumento hasta la cavidad axilar. Luego, se aseguró de que el brazo quedaba bien pegado al cuerpo.

—Ahora, antes de que termine el reconocimiento, sabremos la temperatura exacta del paciente —explicó—. Indudablemente, usted, doctor Wilson, habrá leído los informes publicados por el doctor Joseph Skoda, de Viena, relativos al diagnóstico físico en unas condiciones que afectan al estado del corazón…

—Por supuesto. Sin embargo, no acierto a ver…

Wilson no siguió hablando porque David acababa de levantar el blanco camisón del enfermo para dejar expuesto el ancho y musculado torso de John Ross. La piel de éste, a diferencia de la de Lachlan, o Araminta, era oscura, y el hombre tenía una cara ancha, con los pómulos prominentes, características, todas ellas, que denotaban su ascendencia india. De mediana altura, debía de haber sido un hombre fuerte y de buena salud. Los músculos de su cuerpo se habían desarrollado perfectamente. La respiración del enfermo era ahora tranquila, pero poco profunda y algunas veces más bien acelerada.

Cogiendo una de las muñecas de Ross, David tentó el pulso. Con la mano izquierda, se sacó un reloj de la guerrera. Seguidamente, contó las pulsaciones

del paciente durante dos minutos.

—Ciento veinte pulsaciones por minuto —manifestó después.

—Un médico experimentado no necesita que un reloj le diga que ha aumentado el número de pulsaciones a consecuencia de la fiebre —replicó el doctor Wilson, obstinadamente.

—Desde luego. —El tono de David continuaba todavía inalterable—. Ahora bien, tentando su piel siento la duda de que la temperatura sea suficientemente elevada para dar lugar a tan rápidas pulsaciones. Además, observará usted que las venas del cuello están hinchadas y que la respiración es poco profunda.

—También se trata de indicios de pirexia —declaró Wilson.

David había apoyado ya el dedo corazón de su mano izquierda en el pecho de John Ross, golpeándolo suavemente con el mismo dedo de la otra mano. Desplazando ambos de un punto para otro del torso, notó variaciones en el sonido. Entonces, utilizando una pluma de ave que le entregó Araminta a petición suya, en unión de un tintero, que se encontraba en una mesita, empezó a trazar unas marcas. David, guiándose por éstas, dibujó una línea, y al ver la mirada del ayudante del doctor Wilson, cuyos ojos se habían dilatado, comprendió que era la única persona dentro de aquella habitación que se daba cuenta de la importancia de lo que estaba descubriendo.

—Entre los médicos europeos, el doctor Skoda pasa por ser un artista, ya que domina esta rara habilidad de la percusión con los dedos —señaló David, siempre en el mismo tono suave—. Pero creo que aquí esto no se practica mucho todavía.

Del maletín extrajo ahora una pieza de pulida madera en forma de cono, obra de algún artesano, sin duda. Los dos extremos se hallaban comunicados, formando un túnel estrecho. Preston aplicó el extremo más ancho de la pieza al sitio del corazón de John Ross, donde antes había estado golpeando con los dedos, acercando el oído a la otra punta. Luego, movió el instrumento de un lado para otro, imitando el recorrido anterior con las manos. Finalmente, ayudado por el colaborador de Wilson, dio una media vuelta al enfermo y auscultó su espalda.

Acababa de oír lo que buscaba, en la base de los pulmones: una serie de sonidos parecidos a los que producirían unos perdigones sacudidos dentro de una botella. David dejó el estetoscopio en su sitio y miró inquisitivamente al doctor Wilson, que se paseaba de un extremo a otro del dormitorio, delatando su impaciencia.

—¿Quiere usted oír los sonidos que produce la respiración del paciente? —preguntó Preston a su colega.

El viejo doctor hizo un movimiento denegatorio de cabeza, alejándose de él.

—¿Y usted? —inquirió David ahora, mirando al médico más joven.

Temple no necesitó que el otro insistiera. Desentendiéndose de la iracunda mirada de Wilson, estuvo escuchando un momento los significativos ruidos.

—¿Qué interpretación da usted a esto? —preguntó, casi en un susurro.

—Los estertores son producidos por la presencia de algún líquido en la base de los pulmones.

—¡Ah! —exclamó el doctor Wilson—. Una congestión pulmonar… Justamente lo que yo diagnostiqué.

David no dijo nada, limitándose a guardar el instrumento en su maletín. Seguidamente, se hizo con el termómetro que había colocado bajo la axila de Ross, examinando la columna de mercurio.

—La temperatura se ha elevado un solo grado —manifestó, guardando también cuidadosamente el termómetro en el maletín—. Ciertamente, no justifica un ritmo de ciento veinte pulsaciones.

—Entonces… ¿qué? —quiso saber el doctor Wilson.

Acercándose a los pies de la cama, David retiró las ropas y dejó al aire los fuertes tobillos del enfermo. Estaban muy hinchados, tal como Lachlan le notificara la noche anterior. Y al oprimir la piel con el dedo índice, el pequeño hoyo así formado no desaparecía.

Expresándose con idéntica serenidad que al principio, David procedió a tabular los resultados:

—Un pulso rápido… Apenas una elevación de temperatura… Un corazón dilatado y una respiración rápida aunque poco profunda…

Hay un edema en los tobillos, además, en un paciente que se acerca, claro está, a una situación *in extremis*…

—Un fallo cardíaco —respondió Temple, quien volviéndose hacia el doctor Wilson añadió—: Y a usted se le pasó eso, doctor. No llegó a verlo, en absoluto.

Wilson levantó una mano, como para golpear al joven médico. Finalmente, dio la vuelta.

—Ya puede usted recoger sus cosas, señor Temple, y salir de mi casa —ordenó Wilson secamente, de espaldas al joven, al abandonar la habitación.

Temple miró a David, esbozando una sonrisa de tristeza.

—Un asunto liquidado —comentó, encogiéndose de hombros.

—Siento haberle hecho perder su empleo, doctor.

—Bueno, lo que ha hecho usted ha sido soltar unos lazos que me mantenían atado, doctor Preston —dijo Temple, con una inflexión de gratitud en sus palabras—. De todas maneras, no creo que hubiera podido soportar mucho más tiempo a ese comediante. El Medical Bureau necesita profesionales para trabajar en las clínicas mientras no llega para ellos el momento de examinarse para el ingreso en el ejército. Pienso solicitar uno de esos puestos mañana mismo.

Araminta había estado siguiendo con la máxima atención la dramática escena que se acababa de representar en el dormitorio.

—¿Puede usted hacer algo por mi tío, doctor Preston?

Éste detectó en la voz de la joven una nota de terror. Su enfado de los primeros minutos se había desvanecido.

—En estos instantes hay una cantidad excesiva de sangre en su cuerpo y su corazón está muy débil para que pueda bombearla de un modo efectivo —explicó David—. La circulación sanguínea no es buena. En tales condiciones, el corazón redobla sus esfuerzos, no logrando otra cosa que debilitarse más y más.

—¿No se podría fortalecer el corazón recurriendo a las hojas de digital? —preguntó Temple.

—Ciertamente que sí. La digital es, junto con la amapola, que nos da el opio, una de las plantas más útiles desde el punto de vista de la medicina —contestó David—. Pero la *digitalis folia*[2] necesita tiempo para actuar, lo cual supone un inconveniente en un caso como el presente. Yo creo que será mejor disminuir la carga que opera sobre el corazón rápidamente. ¿Cómo? Extrayendo parte de esa plétora…

Preston miró a Araminta.

—¿Quiere usted traer un recipiente de tamaño regular? —inquirió—. Bastará con que quepa algo así como un litro de líquido.

—Sí, doctor.

A su regreso al cuarto, Araminta se encontró con que David había subido a Ross una de las mangas del camisón, desplazándolo hasta el borde del lecho con la ayuda de Temple. Después, procedió a atarle al desnudo brazo su pañuelo, por encima del codo. Seguidamente, introdujo por el nudo un lápiz, que hizo girar varias veces. Gracias al torniquete improvisado, las venas cercanas se hincharon un poco.

—Voy a necesitar que mantenga usted totalmente quieto el brazo pero habrá de apartarse cuanto pueda —dijo David a Araminta—. Voy a sangrar a

su tío. El doctor Temple se encargará de sujetar el recipiente. No quisiera manchar su vestido innecesariamente.

—Me he criado en una plantación, doctor. Aprendí bien de pequeña a no desmayarme a la vista de la sangre.

—Perfectamente. Esto ha de seguir igual de apretado que ahora, ¿eh? Pretendemos taponar las venas, para que se llenen de la sangre que retoma, pero no hay que obturar la arteria.

Mientras Temple colocaba en el sitio preciso el recipiente, para no moverse ya, David seleccionó un pequeño y bien afilado bisturí en un estuche que llevaba grabado el nombre de un famoso fabricante suizo. Ross intentó mover el brazo cuando David oprimió contra la carne el instrumento, con el fin de seccionar la pared de una de las grandes venas visibles. Preston, que esperaba la reacción, se lo impidió. Araminta respiró hondo al ver brotar del brazo de su tío un pequeño surtidor de sangre, que fue a parar al recipiente preparado. David levantó la vista. La joven apretaba los dientes, habiendo empalidecido, pero sus dedos permanecieron inmóviles.

En un cuarto de hora, David extrajo unos tres cuartos de litro de sangre del cuerpo del jefe *cherokee*. La sangre tenía un color rojo oscuro. Las pulsaciones, en las sienes, eran ya más lentas; la respiración se tomó menos acelerada, y la distensión de las venas era visible en el cuello.

—Es frecuente que en estos casos las sangrías produzcan espectaculares efectos —aclaró David al retirar el bisturí.

Aplicó a la herida un trozo de tela limpio en varios dobleces y procedió a vendar aquélla con los materiales que Araminta le facilitó. Luego, buscando en el fondo de su maletín, sacó un paquete de hojas secas de digital, que introdujo en una copa que contenía un poco de coñac, vertido por la chica previamente. A continuación, sujetando a John Ross por los hombros, le incorporó levemente. Una vez pegada la copa a los labios del enfermo, se encontró con que éste podía tragar, pese a hallarse aún medio inconsciente.

—¡Esto es un milagro! —exclamó la joven, cuyos ojos centelleaban—. No habíamos conseguido hacerle tragar nada desde anoche.

—Con un poco de suerte, habrá recobrado el conocimiento por completo dentro de unas horas, en cuanto se le pasen los efectos del láudano —aseguró David—. Cuando salga de aquí entraré en la primera farmacia que encuentre al paso para comprar unos paquetes de hojas de digital, que venden ya preparados, en dosis individuales. Así podrá administrar a su tío una cada cuatro horas, aproximadamente, durante el primer día.

—Pero usted volverá por aquí, ¿no, doctor Preston? —inquirió ella, rápidamente.

—Antes de la cena… Y más temprano aún, si me necesitan. —Hubo una pausa.

—Muchísimas gracias, doctor Temple —añadió David, mirando al otro médico.

Ya en la puerta de la *suite*, Preston se enfrentó con Araminta.

—A mi llegada aquí, usted esperaba que yo la reconociera, ¿verdad? —le preguntó.

—Sí. —De repente, los párpados de ella se agitaron, alumbrando una mirada traviesa—. Era lo que hubiera debido ocurrir.

—Pero es que yo…

—Lachlan insistió en que sería eso lo que sucedería, probablemente, de manera que al ver confirmado su pronóstico me sentí herida en mi orgullo. Por añadidura, he perdido la apuesta que crucé con mi hermano.

—¿Por qué no me da una pista?

—Fue hace cinco años…

—¡Ya caigo! ¡Cuándo Lachlan y yo nos graduamos! Usted era entonces…

—Una niña regordeta de dieciséis años, que lucía un vestido corto y calzaba unas botas altas. Llevaba además unas largas trenzas…

—Era, en verdad, una promesa… La niña anunciaba ya a la mujer de rara belleza que ahora es ya más que una realidad, una realidad superada.

Las mejillas de Araminta se tiñeron de carmín y sus ojos se iluminaron cálidamente.

—Bueno, a cambio de eso tendré que perdonarle.

—Ha perdido una apuesta, acaba de decirme… ¿No podría hacerla efectiva yo?

—Se trataba de una cena… en el Cruchet.

—Yo me alojo allí —manifestó David—. Tan pronto como su tío mejore, usted y Lachlan cenarán conmigo allí.

—¿Cree usted que saldrá con bien de esto? —La joven volvió a ponerse sería—. El doctor Wilson nos indicó que a tío John no le quedaban más de cuarenta y ocho horas de vida.

—Todavía está muy enfermo, pero guiándome por la forma en que reaccionó su corazón cuando le aliviamos de su pesada carga, mediante la sangría, creo que existen fundadas esperanzas de que podamos verte de nuevo como antes.

—Toda la Nación *cherokee* estará entonces en deuda con usted, Tío John es todo lo que queda entre nosotros y esta horrible guerra civil.

V

EL senador Simón Cameron no había sido precisamente el hombre que el Presidente Lincoln prefiriera para el puesto de Secretario de la Guerra… Y aquél lo sabía. Con una insurrección a gran escala frente al Gobierno Federal, una insurrección que podía estallar en cualquier momento, no era con seguridad una mano dura lo que se necesitaba en el puente de mando del desvencijado y considerablemente minado navío de la defensa nacional. Pero, como de costumbre, en la elección del hombre para el citado puesto habían pesado más las consideraciones de tipo político que la salud de la nación. Cuando Cameron capitaneó la grande e influyente delegación de Pennsylvania en la Convención Republicana de 1860, había señalado con toda claridad que insistiría en desempeñar aquel cargo, a manera de recompensa.

No era que en el verano de 1860 hubiese habido alguien que realmente esperara que los estados del Sur llevaran a la práctica su a menudo repetida amenaza de separarse de la Unión si Abraham Lincoln era elegido. Mucho más pertinente era el hecho de que el Departamento de la Guerra redactaba sustanciosos contratos que podían ser adjudicados a personas a las cuales había que agradecer unos servicios. Nada de esto, desde luego, constituía un secreto dentro del Washington político, igual que no lo era tampoco el carácter irascible de Cameron. No obstante, a David Preston le cogió un tanto de sorpresa la frialdad con que el Secretario correspondió a su amistoso saludo al presentarse antes del mediodía en su despacho, con objeto de informarle a cerca del estado del Jefe John Ross.

—Bien, capitán Preston —dijo Cameron—. ¿Qué es lo que tiene que decir usted de este asunto por sí mismo?

—No le entiendo, señor Secretario.

—No estará usted sordo, ¿verdad?

—No, señor. Supongo que lo que usted desea es que le informe sobre el estado de salud del señor John Ross.

El otro ocupante de la habitación no había hablado. David le reconoció inmediatamente: era W. P. Dole, el Comisario para los indios estadounidenses. Preston sabía que Dole se había desenvuelto muy bien en su difícil tarea de negociar con los frecuentemente espinosos líderes de las naciones mayores indias, en aquellos tiempos de tensión que vivían. Nada justificaba los irritados modales de Simón Cameron.

—¿En qué estado se encuentra exactamente el señor Ross, doctor? —preguntó Dole.

—Acabo de reconocerle, habiendo señalado luego el oportuno tratamiento, tal como me indicó el coronel Lawson. Aquí tiene mi informe, señor Secretario.

Cameron cogió la hoja de papel que Je tendía Preston, arrojándola sobre su mesa de trabajo, sin echarle siquiera un vistazo.

—Lo que yo quiero saber es con qué derecho solicitó usted atender a ese paciente cuando ya se hallaba encargado del caso un ilustre médico. Efectivamente, doctor —añadió Cameron— creo que por tal acción, completamente falta de ética, se ha expuesto a que le inhabiliten para la práctica de su profesión.

El Comisario Dole acababa de leer ahora el informe de David. Levantó la vista del papel, hablando antes de que Preston pudiera contestar.

—¿Es ésta una evaluación exacta del estado en que se encuentra en estos momentos el Jefe Ross, doctor? —preguntó.

—Según mis conocimientos médicos, sí.

David se volvió hacia el Secretario, conteniendo a duras penas su indignación.

—Mi superior, el Jefe de los Servicios Médicos, me ordenó que fuera a ver al señor John Ross a sus habitaciones del National Hotel, y que le informara posteriormente a usted, señor Secretario, sobre su estado —dijo marcando mucho las palabras—. Eso es, simplemente, lo que hice.

—Tales órdenes no le daban derecho a robar un paciente moribundo a uno de los médicos más acreditados de Washington.

—Yo…

—¿Es cierto que el señor Ross está muy grave?

—El señor Ross ha llegado a encontrarse en un estado de aguda gravedad a causa de que el doctor Wilson se equivocó al establecer su diagnóstico.

—¿Cómo se atreve a…?

El rostro de Cameron se había oscurecido a causa de la ira que sentía. Vaciló, no encontrando las palabras adecuadas… La serena voz del Comisario Dole llenó aquella pausa.

—Antes de que siga usted hablando, señor Secretario, le sugiero que lea el informe del doctor Preston.

Con estas palabras, Dole arrojó la hoja de papel sobre la mesa, delante de Cameron. El Secretario no tuvo más remedio ya que fijar la vista en el informe.

Hubo unos minutos de silencio en la habitación mientras Cameron leía… Cuando, finalmente, levantó la vista, sus manos temblaban visiblemente.

—¿Está usted completamente seguro de cuánto ha escrito aquí, capitán?

—Naturalmente. A causa del tratamiento inadecuado, cuando yo llegué a la cabecera del enfermo éste no tenía por delante más de veinticuatro horas de vida.

El Comisario Dole se apresuró a señalar:

—Y el caso hubiera podido desembocar en un grave conflicto con los indios por nuestra parte…

—Sin embargo, el doctor Wilson dijo que él…

El ruido de la puerta del despacho al ser abierta desde el pasillo inmediato hizo que Cameron callara de repente. David Preston, que se encontraba mirando hacia aquélla, se colocó en posición de firmes al reconocer inmediatamente la alta figura vestida de negro que se plantó en el umbral.

—Descanse, capitán —dijo el Presidente, muy cordial, con mirada cargada de humor.

David no había estado nunca tan cerca de Abraham Lincoln. Le impresionaron los bien delimitados planos de su cara, la saliente nariz, los prominentes pómulos, los hundidos ojos, bajo unas espesas cejas, la despejada frente y las grandes orejas, la estrechez del cráneo en general…

—¡Señor Presidente! —La voz de Cameron era untuosa al ponerse en pie —. Nos sentimos muy honrados con su presencia.

—Buenos días, senador… Bueno, debiera decir, señor Secretario, ¿no? — inquirió Lincoln—. Señor Dole… Esta mañana de primavera me pareció tan agradable que decidí dar un paseo, deteniéndome en la oficina del Comisario para preguntar por el Jefe John Ross. Me hicieron saber que se estaba muriendo.

—Le presento al doctor… al capitán… David Preston, de la oficina del coronel Lawson, señor Presidente —dijo el Comisario—. Esta mañana vio al Jefe Ross.

—¿Cómo está usted, doctor Preston? —dijo Lincoln.

—Me siento muy honrado, señor Presidente —contestó David con una reverencia—. Profundamente honrado.

—Hay personas aquí, en Washington, y también en otras partes, que no se mostrarían en absoluto de acuerdo con usted —declaró Lincoln con la sencilla cordialidad de antes—. No obstante, agradezco igual sus palabras.

Volviéndose hacia el Comisario Dole, Lincoln manifestó ahora:

—Yo creí que era el doctor Wilson quién atendía al Jefe Ross… Al menos, eso es lo que me dijeron hace menos de una hora.

—Entonces, señor, debe de haberse enterado también de que el doctor Wilson y yo no nos hallábamos de acuerdo en cuanto al diagnóstico y el tratamiento a seguir en dicho caso —se atrevió a decir David.

—Y que usted intentaba quitarle al doctor Wilson un paciente de categoría. —Las enmarañadas cejas de Abraham Lincoln se elevaron expresivamente—. Bueno, yo estoy seguro de que usted ya sabe con qué rapidez se propagan las noticias en Washington.

—Acababa de decirle al capitán, señor Presidente, que el doctor Wilson goza de una gran estima en la ciudad —señaló Cameron—. No se puede dar de lado así porque así un diagnóstico suyo, y menos aún uno tan particularmente importante como el establecido para el Jefe John Ross.

—Tenga la bondad, doctor, de explicarme en qué estado se encuentra el señor Ross, basándose en el reconocimiento que personalmente ha efectuado —dijo Lincoln.

David se refirió con todo detalle a la enfermedad del líder *cherokee*. Cuando hubo terminado de hablar, el Presidente hizo un gesto de asentimiento.

—Su informe suscita algunas esperanzas, sí, desde luego, es esperanzados capitán Preston. Su intervención en el presente caso, ¿no habrá sido decidida por el Secretario Seward?

—El teniente Lachlan Murrell es sobrino del Jefe Ross, señor. Nosotros fuimos condiscípulos antes de que yo me decidiera a estudiar medicina —explicó David—. Anoche nos encontramos, cuando ya llevábamos varios años sin vemos. Me dijo que su tío se encontraba muy enfermo. Me imagino que pidió al señor Seward que hiciera lo posible para que yo viera al paciente. El Secretario de Estado es un antiguo amigo de la familia Murrell.

—Y usted vio que el señor Ross se moría a consecuencia de un fallo cardíaco.

—Se estaba muriendo, señor…, pero no a consecuencia de la enfermedad diagnosticada por su médico.

—Yo siento ahora curiosidad por saber cómo se las arregló usted para dar con la verdad allí donde un médico de más experiencia había fallado.

—Tras haberme graduado en el Jefferson Medical College, pasé más de un año ampliando estudios en Europa, señor. Trabajé particularmente en las clínicas de los doctores Joseph Skoda e Ignaz Semmelweis, de Viena y

Budapest. El primero es, probablemente, la primera autoridad mundial en el campo del diagnóstico físico…

—¿El sistema de la percusión? —preguntó Lincoln.

—Y el de la auscultación… Se estudian los sonidos de la respiración en los pulmones y los del corazón, valiéndose del estetoscopio. El corazón del señor Ross se notaba considerablemente dilatado; bajo sus pulmones había comenzado a acumularse fluido; sus tobillos estaban hinchados. Habitualmente, estas cosas indican que la víscera cardíaca ya no es capaz de bombear la sangre por el sistema circulatorio de una manera efectiva.

—Muy ingenioso —sentenció Lincoln—. Y de sus hallazgos dedujo usted que el problema del señor Ross no tenía que ver realmente con sus pulmones y sí en cambio con su corazón.

Sí, señor Presidente. Pero si tenemos en cuenta el hecho de que aún son muy pocos los médicos que en este país se valen del método de la percusión, o de la auscultación, resultaba natural que el doctor Wilson se equivocara, estableciendo un diagnóstico de congestión pulmonar. Especialmente, si nos fijamos en que no utilizó el termómetro clínico, el cual le hubiera permitido apreciar que el Jefe Ross tenía muy poca fiebre.

—Es decir, que de haber existido una verdadera inflamación de los pulmones, la fiebre habría sido más elevada, ¿no?

—Exactamente, señor Presidente.

Dígame ahora, por favor, cómo actuó.

—En primer lugar, extraje del cuerpo del señor Ross algo más de medio litro de sangre, a fin de aliviar la carga que operaba sobre su corazón. Luego, empecé a administrarle digital en dosis regulares para reforzar el mismo y lograr que bombeara sangre por el sistema circulatorio con más efectividad.

—¿Qué pronóstico puede usted dar ahora, doctor?

—Mi tratamiento fue iniciado hace una hora y media o dos, señor Presidente. Pude observar una inmediata mejoría en el estado del paciente, pero ésta puede ser debida a la extracción de sangre. Supongo que dentro de veinticuatro o cuarenta y ocho horas sabremos si el corazón del Jefe Ross será capaz de recuperarse y hacer frente a lo que se espera de él.

—¿Pese a tratarse de un hombre de setenta años de edad?

—Pese a tal circunstancia, señor Presidente.

—Si usted tiene aquí los instrumentos de que me ha hablado, me gustar/a mucho verlos.

—Sí, señor.

Acercándose a una mesa, David abrió el maletín, sacando el termómetro y el estetoscopio. Luego, se desabotonó la guerrera, aplicando un extremo del estetoscopio a su pecho. Seguidamente, invitó al Presidente a aplicar el oído al otro. Lincoln hizo lo que él le señaló.

—Muy ingenioso, muy ingenioso —fue su comentario Confío en que deseará continuar ocupándose del Jefe Ross. ¿Es así, doctor Preston?

—Si ése es su deseo…

—Es mi deseo, sí —contestó Lincoln, con firmeza, mirando a Dole y Cameron, alternativamente—. No siempre hemos tratado a nuestros indios con la simpatía y consideración que ellos se merecen, e incurriríamos en una grave falta de negligencia si no hiciéramos objeto de nuestras mejores atenciones al Jefe Ross. Gracias por su interesante demostración, doctor Preston. Buenos días, caballeros.

VI

—ME siento tan feliz que me dan ganas de darle un beso —dijo Araminta a David, muy excitada, nada más abrir la puerta de la *suite* del hotel.

—Pues cuente con mi permiso —respondió él.

Ella, sin embargo, se limitó a asir una de sus manos, haciéndote entrar en un saloncito. La felicidad de que se hallaba poseída había arrebolado sus mejillas. David se confesó que no era posible que existiera en el mundo una cara más bonita que la que tenía delante en aquellos momentos.

—Sepa usted, doctor, que comparto la emoción de Araminta… Ahora bien, nosotros, los cuáqueros, estamos obligados a mostrarnos siempre muy reservados —manifestó Mary Ross con una cálida sonrisa.

—Nos deshicimos de las medicinas que prescribió el doctor Wilson —le aseguró Araminta—. Y tío John ha estado pidiendo semillas de esa planta milagrosa que le dio usted con el coñac. Quiere sembrarlas en Park-Hill, a fin de que los médicos *cherokees* la utilicen.

—Espero mucho de esa sangría que practicamos, a modo de efectos inmediatos.

David siguió a las dos mujeres, que entraron en el dormitorio contiguo al salón, uno de los dos de que constaba la *suite*.

—Aquí tienes al doctor David Preston, tío John —dijo Araminta—. Tú dormías cuando él se presentó aquí esta mañana, pero te salvó la vida.

—Le estoy inmensamente agradecido, doctor.

John Ross había sido incorporado en el lecho, apoyando la espalda en unas almohadas. Evidentemente, estaba mejor. David observó que sus ojos, eran azules, lo cual le sorprendió, recordando enseguida que pese a su oscura piel Ross tenía muy poca sangre *cherokee* en sus venas. Era indio por elección, más bien.

—Todos hemos contraído contigo una deuda de gratitud, David.

Estas palabras fueron pronunciadas por Lachlan Murrell, quien hasta aquel momento había estado sentado junto a la cabecera de la cama, poniéndose ahora en pie.

—¡Espero, señor Ross, que no le importará que lleve a cabo otro reconocimiento! —dijo David—. El Presidente Lincoln ha estado preguntándome por usted esta mañana…

—¿Viste al Presidente? —preguntó Lachlan.

Entró en el despacho del señor Cameron cuando yo estaba informando sobre el caso del señor Ross al Secretario y al Comisario Dole.

—No pierdes el tiempo, David —señaló Lachlan, sonriendo.

—Si no te pasaras las noches enteras jugando al póquer, tú también podrías entrevistarte con gente importante —dijo Araminta, acremente, a su hermano.

—Esta tarea de despojar a los yanquis ricos de su plata y billetes se merece todos los elogios, mi querida hermana —repuso Lachlan, imperturbable—. Supongo que no habrá nadie que espere que pueda vivir con la miseria que el gobierno estadounidense paga a los oficiales de caballería.

Poco después, Lachlan cogió el sable que había apoyado en el sillón que ocupaba antes de la llegada de David.

—Al otro lado del vestíbulo está mi habitación —manifestó, mirando a su amigo—. He ordenado que me preparen el baño para las cinco y media. He de estar dispuesto para la noche. Es la habitación número 215. Pósate por allí cuando salgas. Nos tomaremos unas copas.

—De acuerdo.

David se aproximó a la cama, asiendo una de las muñecas del jefe *cherokee*. Araminta salió para acompañar a su hermano y cerrar la puerta de la *suite*.

—Lachlan y Araminta son estupendos —manifestó Mary Ross—. El señor Ross es tío-abuelo suyo, pero ambos los miramos como si fueran hijos nuestros.

—Todo está mejor, señor —declaró David, después de haber efectuado el reconocimiento—. Espero que soportara con paciencia el medicamento que le estamos administrando. La verdad es que no sabe muy bien.

—Bueno, usted, doctor, no ha tenido ocasión de probar la Bebida Negra de los *cherokees*, ¿verdad? A mí, de momento, su medicina me sirve: no veo otro modo de tomar un poco de coñac. Las mujeres son muy tozudas y vienen negándose a dármelo de otra forma.

—Les diré que aumenten su ración alimenticia. Mañana o pasado recortaremos las hojas de digital, pero entretanto puede tomar algún coñac.

—Tengo que confesar otro vicio: me gustan mucho los puros. En Park Hill cultivamos tabaco, pero yo prefiero las hojas que importamos de Cuba. Y Araminta es una experta en la elaboración de mis cigarros, especialmente los finos, los que me gustan más.

—Podrá fumar de nuevo dentro de unos días… Moderadamente, por supuesto.

—Esta mañana, cuando ya estaba en todo su conocimiento —informó Araminta, que había vuelto a la habitación—, lo primero que pidió fue un puro. Yo no quise dárselo mientras usted no lo autorizara.

—No se deje usted arrebatar nunca el látigo por una mujer, doctor Preston —recomendó Ross, burlón y afectuoso—. Y menos si la mujer en cuestión es ésta…, turbulenta, pendenciera, dominante.

—Hermosamente rebelde, igual que la Kate de *La fierecilla domada*.

—El año pasado, la Sociedad Dramática del Seminario de Mount Holyoke puso en escena esa obra y yo representé precisamente el papel de Kate —explicó Araminta—. ¿Hemos de continuar con la medicación como hasta ahora?

—Al menos, hasta que vuelva yo por aquí, mañana por la mañana. Aumentaremos su dieta alimenticia con sopas y cosas blandas, pero procure escatimar la sal. Algunos médicos europeos creen que la sal no es buena en situaciones como ésta…

VII

LACHLAN se había bañado ya, e incluso estaba a punto de terminar de vestirse, cuando David Preston llamó a la puerta de su habitación • El oficial de caballería se había puesto un uniforme recién planchado y sus botas brillaban como dos espejos.

—¿Está tío John realmente tan bien como aparenta? —preguntó a David.

—Todo lo que sé de medicina me dice que sí.

—Entonces, podrá viajar dentro de poco, ¿no?

—Dentro de una semana, si no sufre ninguna recaída. Pero, ¿a qué vienen esas prisas?

—Mientras el Secretario Cameron y el Comisario Dole crean que tío John puede mantener a la Nación *cherokee* neutral, le dejarán ir y venir a su antojo. Pero si llegan a sospechar que es posible que no tenga fuerza para impedir que los *cherokees* se unan a la Confederación, podrían decidir retenerlo como rehén.

—¿Por qué había de elegir la Nación *cherokee* el Sur cuando fueron georgianos y tennesianos los que hablaron con Andrew Jackson para que vosotros fueseis transportados a territorio indio?

—Algunos de nosotros (los Murrell ya no) poseen esclavos todavía. Además, la Confederación se ha ofrecido a pagarnos para que nuestra tierra se mantenga neutral.

De pronto, Lachlan dejó de pulir sus botones. Se encaminó a la puerta, que abrió bruscamente. Antes de cerrarla, se asomó al pasillo, mirando a un lado y a otro.

—Hoy recibí una carta que me ha escrito un pariente que se encuentra en la Nación —dijo Lachlan, bajando la voz—. Me dice este familiar que al sur de Arkansas se extiende rápidamente el sentimiento confederado. Anoche mismo, estuve jugando al póquer con un oficial que cruzó la nación hace cosa de una semana, desde Fort Smith. Asegura que la milicia de Arkansas está en condiciones de apoderarse del fuerte cuando quiera. Esto llevaría a las Ciudades Bajas, cuando menos, junto a los confederados.

—Así pues, dentro de la Nación *cherokee* es inminente una escisión, ¿no?

—Tal vez no sea inminente… todavía. Pero Stand Watle y Elias Boudinot se hallan al frente de la facción confederada y la verdad es que ganan terreno a diario.

—Al parecer, te has hecho con muchas informaciones.

—Es por lo que yo quería que me mandaran aquí… Por eso y por la enfermedad de tío John. Si yo no le debiera mi educación y mi empleo, mañana mismo saldría en dirección a territorio indio. Pero la Nación todavía le debe más que yo… En consecuencia, tengo que ser yo quien se preocupe de que disponga de una oportunidad para decir al Consejo Nacional (el organismo entre nosotros equivale al Congreso estadounidense) lo que él cree que nosotros deberíamos hacer.

—Te veo como cogido entre dos fuegos.

—A cuál de los dos peor… Las propiedades de los Murrell en territorio indio y en Louisiana serán confiscadas si escogemos el Norte. Pero también tenemos nuestra flota de Orleáns, que transporta nuestro algodón a los telares y máquinas hiladoras de Nueva Inglaterra, y aquí topamos con una traba todavía mayor. Una vez comience la guerra, algún inteligente oficial de la Unión, en Missouri, sabrá ver, quizás la ventaja que supone bajar por la orilla occidental del Mississippi, cortando el Sur en dos e impidiendo todos los envíos confederados por vía fluvial. Por tanto, cualquiera que sea la forma en que el gato decida saltar, hemos de estar allí con un saco para atraparlo.

—¿No viene a ser eso algo así cómo barajar a los dos extremos para ir contra el centro?

—El indio que está habituado a tratar con blancos se vuelve pragmático… De lo contrario, estaría perdido. —Lachlan dio a sus pulidas botas un último toque con el paño—. Me voy… He de aliviar a algunos contratistas del gobierno de parte de su mal ganado dinero. —El joven cogió sus guantes—. Te diré, de paso, que me han asignado el mando de la milicia que custodia Long Bridge.

—¿El puente que hay al comienzo de la Maryland Avenue, la que lleva a Alexandria?

—Sí. El rumor que corrió sobre la movilización de la milicia de Virginia sembró el miedo en el Departamento de la Guerra. Ahora, puedes creerme: a mí me asustan más mis hombres que cualesquiera tropas de Virginia que se hubieran decidido a atacar Washington.

David se echó a reír.

—Te comprendo perfectamente. La milicia de Georgetown y Washington estaba haciendo algunos ejercicios en el Parque del Presidente esta mañana. Media hora más tarde, tuve que ocuparme de uno de aquellos soldados, a quien otro le había hecho una herida en La espalda con su bayoneta.

—Ése fue uno de los motivos de que yo escogiera el arma de caballería. El caballo te echa a tierra cada vez que se lo propone, pero al menos uno no corre el peligro de verse ensartado por las bayonetas de los propios subordinados.

Por la ventana abierta entraron unas voces dadas por un chico que vendía periódicos. Lachlan se acercó a aquélla. Permaneció escuchando un momento y luego se volvió hacia David, con el ceño fruncido.

—El Sexto de Massachusetts fue atacado en Baltimore esta tarde por unos simpatizantes del Sur —informó.

—Sin embargo, todo el mundo sabe que la inclinación por el Sur es muy fuerte allí…

—No es eso lo que a mí me interesa. Si los elementos sudistas se apoderan del Ferrocarril B&O, Washington podría quedar aislado del resto de la Unión. Entonces, aun cuando tío John fuese progresando gracias a tu tratamiento, no dispondríamos de transporte por vía férrea hasta el río Ohio.

—Siempre se dispondría del Canal C&C. Y estando Virginia Occidental contra la secesión, el ferrocarril, ciertamente, seguiría desplazándose por el oeste del canal terminal de Cumberland, en Maryland, incluso en el caso de que el terminal oriental fuese conquistado.

—Ése podría ser un camino —concedió Lachlan—. Siempre podríamos embarcar enseguida para ir a Nueva Orleáns. Luego, remontaríamos el Mississippi, en dirección a Arkansas. Ahora mismo, lo más interesante es saber cuánto tiempo habrá de transcurrir mea de que tío John se encuentre en condiciones de viajar.

—Yo diría que no menos de una semana. Diez días, probablemente.

—Confiemos en tu vaticinio —contestó Lachlan—. Especialmente, si nos acompañas hasta el río Ohio.

—Pero…

—Virginia se apartará, David. Todo se reduce a aplazar el referéndum… No pasará mucho tiempo antes de que te vayas con los tuyos, ocupando un puesto en el Servicio Médico Confederado. Por consiguiente, ¿por qué no has de venirte con nosotros?

—De momento, tengo que concentrarme en la tarea de lograr sacar al Jefe Ross de la cama —respondió David—. Puede ser que este asunto de Baltimore no tenga la importancia que parece tener.

Pero el Motín de Baltimore, como fue llamado aquello unas horas después de haberse producido, fue algo muy serio, según descubrió David mediante la lectura del Evening Star. Como ocurría en muchas ciudades servidas por dos

líneas de ferrocarril, las estaciones de Baltimore se hallaban separadas por una distancia de dos kilómetros, aproximadamente. Cuando el Sexto Regimiento de Massachusetts hubo dejado el Ferrocarril Central de Pennsylvania, en cuyos vagones habían viajado los hombres desde Nueva York, donde el día anterior habían desfilado brillantemente, la unidad se dispuso a cruzar Baltimore para trasladarse a la Estación B&O, en la zona occidental de la población, siendo en estos instantes atacada por una vociferante multitud. Primeramente, se dijo que cuatro soldados, por lo menos, y nueve civiles habían resultado muertos en la refriega, a cuyas bajas había que agregar un gran número de heridos. Los ánimos populares se excitaron peligrosamente en Baltimore. Los ciudadanos ultrajados exigieron de la legislatura de Maryland que expidiera inmediatamente una orden de secesión.

Otra columna, casi anulada por las grandes y negras letras de los titulares, contenía un relato telegráfico proveniente de Harpers Ferry, en Virginia, en el que se especificaba que diversos elementos de la milicia de Virginia se habían trasladado a ese importantísimo cruce de ferrocarriles y estación del canal, pisando los talones a la guarnición en retirada, que había estado custodiando el arsenal estadounidense.

Casi no se había producido ninguna lucha, se afirmaba en el relato, pero los invasores habían estado tan cerca de las tropas estadounidenses que la mayor parte de los incendios provocados con la intención de destruir las fábricas de municiones e impedir su utilización por parte de las fuerzas de Virginia, habían sido extinguidos, quedando un considerable número de rifles y grandes cantidades de municiones a disposición de los atacantes.

De los dos acontecimientos, el que más interesó a David Preston fue el de la captura de Harpers Ferry. Tomado el suceso por su valor nominal, por así decirlo, significaba que las autoridades de Richmond estaban seguras de que el inminente referéndum de Virginia relativo al tema del apartamiento de la Unión daría a conocer la inclinación del populacho por la retirada. Tan seguras de eso estaban las citadas autoridades que no habían tenido inconveniente en originar algo que había de pasar por una acción bélica, ni más ni menos.

Había otra cosa: la conquista del Ferrocarril B&O en Harpers Ferry, donde enlazaba con el de Winchester y Potomac, para dirigirse hacia el Sur, adentrándose por el fértil valle de Shenandoah, constituía un paso decisivo coa vistas a lograr el aislamiento de los condados de Virginia Occidental que se sabía eran opuestos a la secesión, impidiéndose así que perjudicaran al

importante estado de Virginia en su inevitable papel de cabeza de lanza de las fuerzas sudistas.

A la vista de estas acciones contra la Unión, el Presidente Lincoln no vaciló, respondiendo a las mismas inmediatamente. El 20 de abril de 1861, los diarios matutinos de Washington publicaron completo el texto de su proclama, la cual comenzaba así: «Una insurrección contra el Gobierno de los Estados Unidos ha comenzado en los Estados de Carolina del Sur, Georgia, Alabama, Florida, Mississippi, Louisiana y Texas…». El documento terminaba con la declaración del bloqueo naval de todos los puertos controlados por el Gobierno Confederado.

Éste seguía en Montgomery, Alabama. Pero poco después empezó a decirse que sus miembros estaban a punto de aceptar una invitación para trasladarse a Richmond, Virginia, a unos ciento setenta kilómetros al sur de Washington, nada más. Por otro lado, la de esta ciudad de la Comisión de Paz, que, apremiada por Virginia, había estado buscando durante meses desesperadamente un compromiso, más la dimisión del coronel Robert E. Lee, del ejército de tal Estados Unidos, parecían acabar con la última esperanza de los hombres prudentes empeñados en evitar la guerra.

VIII

JOHN ROSS se encontraba sentado en la cama, leyendo el periódico de la mañana, cuando David le visitó el sábado, en las primeras horas del día. Sus tobillos ya no estaban hinchados y en la base de sus pulmones no se notaba lo que al principio. La dilatación de las vísceras cardíacas había cedido rápidamente, confirmándose así el diagnóstico original de Preston. De no haber atacado éste enseguida el aumento de tamaño del corazón con el tratamiento oportuno, las consecuencias hubieran podido ser fatales.

Terminado el reconocimiento, David pasó al salón para dirigirse a la puerta de salida de la *suite*, localizando a Araminta junto a una de las ventanas. Los cristales se hallaban tan empañados, a causa del hollín y las impurezas provenientes de la chimenea del hotel que apenas podía divisarse nada a través de ellos.

—¿Qué es realmente lo que hay al otro lado de estos cristales? —preguntó ella, zumbona.

—Un hermoso día de abril. Las rosas están empezando a abrirse a lo largo de las orillas del río y el césped toma un color verde intenso…

—Y yo aquí, encerrada en esta prisión.

—Por poco tiempo ya. Acabo de decirle a su tío que dentro de unos días ya estará en condiciones de viajar.

—Dejaremos atrás Washington, lleno de intrigas por todas partes, trocándolo por la Nación, donde, probablemente, las cosas son aún peores.

David miró, sorprendido, a la muchacha.

—Yo creí que usted y Lachlan eran unos activos defensores de la causa de la Confederación…

—Lachlan no abriga ninguna duda. Él es como aquellos caballeros de la antigüedad que se lanzaban por los caminos a reparar injusticias…

—¿Y usted?

—Las mujeres *cherokees* se han sentido siempre muy independientes, David. Cuando vuelva a la Nación, me dedicaré a enseñar en nuestras escuelas… si es que la guerra, por entonces, no las ha destruido.

—Si su tío sigue adelante con sus planes, todavía estarán funcionando, a buen seguro.

—No vaya a hacerse la idea de que no estoy dispuesta a pagar lo que sea por la educación que he recibido, en las escuelas *cherokees* y en el Seminario

Femenino de Mount Holyoke. —Araminta sonrió de pronto. Cambiaba de maneras como los camaleones cambian de color al pasar de la sombra a la luz —. ¿Verdad que ése es un nombre terrible? Se trata de un colegio maravilloso, pero temo que la gente de South Hadley, en Massachusetts, no piense demasiado bien de mí.

—¿Por qué?

—Las tardes de los domingos solía alquilar un caballo en unas cuadras existentes cerca del centro, lanzándome al galope por la campiña, montando a pelo, gritando como un comanche. Los que me oían temían perder, probablemente, sus cabelleras.

—¿Le gustaría poder vivir eso de nuevo?

—Mount Holyoke es parte del pasado, exactamente igual que mi niñez —repuso ella, juiciosa ahora—. Lo mismo también que Carolina del Norte, donde habitaban los *cherokees*, antes del «Sendero de las Lágrimas». Se ven por allí altas colinas, coronadas por nubes, y valles tan verdes que las reses quedan medio ocultas en las hierbas. —Araminta se encogió de hombros—. Pero, ¿por qué suspirar por algo que no se ha de tener de nuevo? Es como la invitación que tenía para la recepción que daba la señora Lincoln esta tarde… Me había hecho un vestido para esa fiesta y por culpa del Motín de Baltimore ha sido cancelada.

David tuvo una repentina inspiración.

—Yo puedo proporcionarle, al menos, un motivo, un pretexto para estrenar el vestido en cuestión si me acepta una invitación para cenar conmigo en casa de *Monsieur* Cruchet. ¿No se acuerda que te lo prometí?

—¡Oh, David! ¿Podría ser eso?

—No sé por qué no… Su tío ya no está tan necesitado de cuidados como hace poco.

—¿No podríamos alquilar una calesa para dar un paseo primero? ¡Oh! Ir a Georgetown, por ejemplo… No he estado allí desde que nos vinimos a Washington.

—Desde luego… ¿Vengo a buscarla a las seis?

—Mejor a las cinco. Así, el paseo será más largo.

Araminta estaba esperándole cuando él llamó a la puerta del alojamiento de Ross en el National Hotel. Estaba muy bonita con su vestido de muselina rameada. Se cubría con una capa porque había pensado en el frío de las noches abrileñas. Lucía un sombrero que, por todas las trazas, había sido diseñado por un costurero francés. La multitud de todas las tardes llenaba ya el vestíbulo del National Hotel. Araminta, con mucho aplomo, se deslizó por

entre los hombres que la admiraban sin disimulo, y luego David la ayudó a subir a la calesa que había alquilado.

Hacía casi una semana que no había llovido y la Pennsylvania Avenue estaba muy polvorienta, según pudieron apreciar. Dejaron atrás el Palacio del Presidente, que miraba en dirección norte hada el Parque, con los sombríos edificios de unos cuantos departamentos oficiales alrededor, a una y otra parte. Directamente, al otro lado, quedaba la construcción de ladrillos en que se alojaba el Secretario Seward, con los tubos de sus cuatro chimeneas. No muy lejos, se veía la iglesia episcopaliana de St. John, con su campanario y la menuda cúpula. Los Lincoln habían asistido allí a las funciones religiosas, desde su llegada a Washington.

Dejaron atrás uno de los enormes vehículos que transportaban viajeros entre Washington y Georgetown. Araminta sonrió al percibir el coro de admirativos silbidos con que la acogieron los jóvenes asomados a las ventanillas del ómnibus. Más allá del Parque del Presidente, las calles venían a ser como unos caminos campestres, llenos de baches, y la población era una acumulación de viviendas casi sin orden ni concierto. Pero al llegar a Georgetown, después de pasar por un puente de piedra, sobre Rock Creek, Araminta contuvo él aliento, maravillada ante la visión de los saúcos, en plena floración por todas partes.

Había muchos niños jugando en las bien trazadas calles de Georgetown. Grandes macizos de jacintos, campanillas y lilas daban color a los macizos vegetales que bordeaban las casas de ladrillos rojos de la vieja y digna ciudad. Rebasaron los perfectamente cuidados terrenos de Georgetown College, cuyos muros albergaban por entonces unos setenta estudiantes tan sólo, tras la marcha de los del Sur, hacia sus lugares de procedencia.

Como era sábado, los hombres de la milicia no se hallaban dedicados a la práctica de sus ejercicios. Las bocas vacías de los cañones plantados en las alturas de Georgetown, desde donde se dominaba Arlington, eran lo único que hacía pensar allí en la guerra. Unos cuantos soldados de guardia en aquellos lugares se dedicaban a prepararse la cena sobre unas pequeñas hogueras.

Araminta gozaba con todo. Sus ojos centelleaban cada vez que descubría algo nuevo. David se mantenía exclusivamente pendiente de sus reacciones, sin apenas prestar atención a lo circundante. Hasta que al regresar al puente que había de llevarlos nuevamente a Washington, el avance de la calesa se vio entorpecido por una multitud congregada en torno a una plataforma elevada, a un lado de la vía. Por un momento, pensó que podían haber tropezado con un grupo de manifestantes… Cuando descubrió el verdadero carácter de la

reunión, su vehículo se encontraba ya rodeado por muchas personas, resultando imposible avanzar.

—¿Qué ocurre, David?

Araminta no estaba inquieta, si bien se había convertido en el centro de atención de numerosas personas. Otras muchas, miraban hacia la plataforma, levantada a unos quince metros de ellas.

—Se trata de una subasta.

Encima de la plataforma había un hombre y una mujer negros, con grilletes en los tobillos y en las muñecas. La piel de la mujer era más clara que la del hombre.

—Me parece que sólo podremos salir de aquí cuando todo haya terminado —añadió David.

—¿Y cómo es que ocurren estas cosas aquí, ahora, en Washington? El señor Lincoln juró acabar con la esclavitud, ¿no?

—Esto es Georgetown —recordó David a Araminta—. Además, el Tribunal Supremo ha dictaminado que el Congreso no tiene poder para prohibir la esclavitud en ningún estado si ya existe de antes.

—Eso lo estudiamos en el colegio… Es la decisión Dred Scott.

—El Presidente Lincoln ha prometido también no emprender ninguna acción con quienes tenían ya esclavos. Él se va a limitar a prohibir la esclavitud en los nuevos estados.

—¿Qué es lo que se puede pedir por estas manos, por este fuerte cuerpo?

La voz del subastador interrumpió la conversación de David y Araminta. Los dos siguieron con atención a partir de este momento la subasta.

Comenzó la puja. Todos se iban calentando. El hombre negro permanecía impasible. Había incluso un gesto de desprecio en su rostro. Finalmente/fue vendido por un millar de dólares a un tipo alto, de rasgos faciales muy acusados, que se tocaba con una chistera.

—Ése es Ebenezer Stroud, el más importante de los tratantes de esclavos en Washington —explicó David a Araminta—. Compra pensando en el mercado de Louisiana, y también en el de Mississippi. Los plantadores de algodón de esos lugares le darán por un fuerte trabajador mil quinientos, o dos mil dólares.

La mujer de la plataforma se había puesto muy pálida. Era bonita. El subastador la obligó a dar un paso adelante. En su voz, ahora, había una inflexión de ironía, una untuosa nota que significaba muchas cosas, las cuales no era necesario traducir en palabras.

—Un buen ejemplar de mujer, señores —anunció—. Sólo tiene dieciocho años y es virgen, de acuerdo con el certificado médico que se pone a disposición de los compradores. Está muy bien enseñada para ocuparse de las tareas domésticas y siempre ha obedecido fielmente a sus amos.

Estas frases fueron acogidas con unas risotadas por parte de tos oyentes. Se inició la puja. La joven fue vendida a una mujer de cabellos rojos, cuyas mejillas aparecían exageradamente recargadas de carmín y de polvos. Lucía un gran sombrero adornado con una pluma de avestruz. Ninguna de estas cosas llegaba a ocultar los estragos que en su cuello había producido el paso de los años.

—Mejor será que nos vayamos —manifestó David—. De haber sabido que Rose McCauley se encontraba aquí no nos habríamos detenido.

—¿Qué es Rose McCauley realmente?

—Pues… todo lo que haya oído contar la gente acerca de su persona. No obstante, tiene fama de ser muy buena con las chicas que compra. Y ciertas muchachas como ésa logran a menudo situarse bien.

—Yo las he visto en Nueva Orleáns en compañía de los hombres de más fortuna.

—¿Por qué no nos vamos ya a Cruchet? Reservé una mesa para las siete.

El Cruchet era un hotel que estaba mucho más de moda que el Willard. Los camareros se disponían a servir la cena ya. Uno de ellos, muy obsequioso, que saludó a David pronunciando su nombre, los acomodó en una mesa de reducidas dimensiones.

—A ti, decididamente, te conoce todo el mundo en esta ciudad —comentó Araminta, sentándose en su silla y quitándose los guantes.

Había estado tuteándole de una manera indirecta. Ahora lo hacía con franqueza, sin rodeos.

David decidió adoptar idéntica actitud. Había estado un poco ceremonioso con ella hasta aquellos instantes.

—Es que vivo aquí —explicó—. Además, durante el tiempo que estuve en Europa me aficioné a la cocina francesa y ahora entiendo algo de ella.

—Yo iba a visitar Europa este verano. Pero esta terrible guerra que nos amenaza y la enfermedad de tío John…

Monsieur Cruchet en persona interrumpió sus palabras. Se pasaron unos minutos discutiendo el menú para la cena. Araminta se inclinó por una especialidad de la casa, *canard á l'orange.*.. Dejó bien zanjada la cuestión de los vinos.

—Quiero saborear un rosado de Provenza con la cena —declaró—. Y luego, una copa de champaña. —Observando la expresión de sobresalto de David, la joven añadió—: En Louisiana solemos tener champaña cuando pasamos en esa plantación el invierno. No obstante, llevo ya algún tiempo ahora sin probarlo.

—Lo mismo me ocurre a mí —admitió él—. Mis quehaceres profesionales no me permiten alternar en sociedad, normalmente.

—Me siento muy a gusto aquí, David —dijo ella, paseando una mirada por el salón, lleno de gente elegante—. Ni siquiera me importa ya que el pato que me traigan esté quemado, ni que el champaña haya perdido toda su fuerza. Estoy decidida también a perdonarte definitivamente, por no haberme reconocido al llegar a la *suite* de mi tío la primera mañana…

—Llevaba cinco años sin verte —le recordó él—. Cinco años atrás ya eras una linda chica, pero ahora… —David levantó la mano que tenía apoyada en el inmaculado mantel de la mesa, llevándose las puntas de los dedos a los labios, expresivamente—. *Voilà! Une fille incomparable*[3]!

David observó en los ojos de Araminta una luz especial al hacer eso, algo indescriptible que aceleró los latidos de su corazón. Llegó el vino pedido a la mesa. El camarero llenó sus copas. Él levantó la suya, haciéndola tintinear contra el cristal de la de Araminta.

—¿Qué te parece? ¿Por quién brindamos?

—Brindemos por la Confederación… Y también porque la guerra llegue a su final enseguida.

La cena fue lo que *Monsieur* Cruchet les aseguró que sería. Araminta comió con el apetito natural en una joven de su edad. El champaña animó aún más los centelleos de sus ojos. Mientras la miraba, David se descubrió a sí mismo olvidando su propia incertidumbre a la vista de la firme convicción de ella, de su seguridad sobre el triunfo del Sur. Sí. Según Araminta, el Sur había de salir victorioso rápidamente de aquel conflicto, conquistando el derecho a seguir su destino como una nación aparte.

Finalizada la cena, se dedicaron a saborear el champaña en compañía de una delicada muestra de la repostería francesa, que *Monsieur* Cruchet envió a su mesa con sus cumplidos.

De pronto hizo acto de presencia en el centro del salón un hombre ya entrado en años, de anchas espaldas y fuerte armazón óseo, que vestía un uniforme resplandeciente, con brillantes botones y doradas charreteras. Un ayudante y un criado le estaban ayudando a acomodarse en su mesa. Tratábase de un tipo alto, voluminoso. Su corpulencia le hacía andar con

cierta vacilación o torpeza. Una vez sentado, se pasó un pañuelo de seda por la frente, cubierta de sudor.

—¿Quién demonios es ese hombre? —preguntó a David la joven, bajando la voz—. Me he dado cuenta de que *Monsieur* Cruchet le trata como si fuera un rey.

—Es el general Winfield Scott, general en jefe del ejército.

—Yo creí que Winfield Scott había muerto. ¿Qué edad tiene?

—Unos setenta y cinco, creo.

—Da la impresión de contar ochenta y cinco —manifestó ella con la franqueza propia de los jóvenes—. Tío John tiene setenta años, pero hasta que cayó enfermo en la presente ocasión estuvo moviéndose y trabajando con exceso todos los días, más que muchos hombres jóvenes de la Nación.

—El general se ha dado siempre la gran vida.

—Si ése es el hombre que va a mandar el ejército del Norte —manifestó Araminta, moviendo la cabeza lentamente, como si no pudiera creer todavía lo que estaba viendo—, estoy convencida de que el verano próximo sí que podré hacer mi proyectado viaje a Europa.

—El jefe de los Servicios Médicos cuenta ochenta años… El ejército está lleno de oficiales que hubieran debido ser retirados hace tiempo —explicó David—. Pero esta preponderancia de gente vieja no se limita al Norte. Lachlan me ha dicho que un antiguo profesor nuestro, el comandante Thomas Jonathan Jackson, va a ingresar en el ejército de la Confederación, y que hasta es posible que mande las tropas de mi zona nativa, en el Valle de Shenandoah. Si el hombre no supera como estratega sus calificaciones de profesor… me figuro a lo que estamos abocados…

—¿No era ése el profesor del centro que los cadetes tomaban siempre por blanco de sus chanzas?

—Había varios en idéntica situación que él.

—Cuando estuve en el centro, el día de la entrega de títulos a los graduados, Lachlan me enseñó al comandante Jackson. Vestía un uniforme no muy limpio, en el que faltaba un botón. Tuve ocasión luego de hablar con él un rato, durante la recepción, y me pareció una persona sumamente agradable y cortés. —La joven dejó de escudriñar la figura del general Scott—. ¿Cómo es que no ingresaste en el ejército después de haberte graduado en el Instituto, David?

—Por entonces, ya había decidido hacerme médico. Por otro lado, en aquella época, sólo una cuarta parte de los graduados del Instituto se inclinaban automáticamente por el uniforme.

—A Lachlan le gusta la vida militar. Especialmente, le entusiasma el arma de caballería.

—Esperemos que todo esto termine cuanto antes, de todos modos. Cuando tal cosa sea una realidad, me volveré a Preston Cove, al sudoeste de Virginia.

—¿Dónde estudiaste medicina? —preguntó la joven.

—En Philadelphia, en el Jefferson Medical College.

—Tía Mary proviene de Philadelphia, y yo me he detenido frecuentemente por allí, en mis idas y venidas hacia el Seminario de Mount Holyoke. ¿Es verdad lo que suele decirse de los estudiantes de medicina, es decir, que se plantan en los cementerios de noche, robando cadáveres enterrados para proceder a su disección en los centros de enseñanza? Siempre que pasaba por delante de aquel edificio apretaba el paso.

David se echó a reír.

—Creo que todo eso es un cuento.

—Pues en Inglaterra sí que lo hacen. Yo lo he leído en alguna parte.

—Me he dado cuenta de que Lachlan te llama alguna vez por otro nombre, Araminta. Es que… Me parece que no sé pronunciarlo.

—Sequoyah es un sobrenombre *cherokee*. En realidad, Sequoyah fue un gran erudito, que nos dio el primer alfabeto *cherokee*. En el colegio siempre ocupé los primeros puestos, de modo que mis familiares empezaron a llamarme así. —Araminta sonrió, cerrándose sus ojos levemente—. Y, desde luego, el hecho de que yo siempre he sido inquieta, traviesa, hacía aquel apodo apropiado, aun aplicado a una princesa.

—No sabía que los *cherokees* se sintieran inclinados hacia la realeza.

—Nuestro gobierno es de tipo republicano, pero yo desciendo de una auténtica reina: *Cofitachequi*[4].

—No me pidas que pronuncie ese nombre. ¿Quién era ella?

—Cuando los españoles, a las órdenes de Hernando de Soto, entraron en nuestro país, fueron guiados por la Señora de Cofitachequi, una reina entre los *cheraws*, que capturaran en Carolina del Sur. Era llevada en una litera, por mujeres esclavas, y guió a los hombres de De Soto por el Winding Star Trail, adentrándose así en la zona montañosa.

—Pero eso ocurrió hace trescientos años…

—Trescientos veinticinco, para ser más exactos. Leí el relato de la expedición de De Soto durante el último curso, en el colegio. Me enteré así de que el grupo abandonó las tierras de los *cheraws*, en Carolina del Sur, el mes de mayo de 1539. —En la voz de Araminta se notó a continuación un dejo de

amargura—. Trescientos años antes de que el Presidente Andrew Jackson obligara a los *cherokees*, como si hubiesen sido unas manadas de ganado, a cruzar el Mississippi para dirigirse a las tierras que hoy poseen.

—Vuestro pueblo tiene perfecto derecho a sentirse amargado —convino David—. Hallándonos en el Instituto, oí muchas veces a Lachlan hablar de ese desplazamiento.

—La Señora de Cofitachequi condujo a los hombres de De Soto a las montañas cuyas cumbres estaban cubiertas de nubes…

—Las que hoy son denominadas Great Smokies, ¿verdad?

—Sí. Habiéndose detenido la expedición en una aldea *cherokee*, para pernoctar (la aldea se llamaba Guasili, cerca de donde se encuentra hoy Franklin, en Carolina del Norte), la Reina de los *cheraws* pudo escapar. Tras la marcha de los españoles, sin embargo, abandonó su escondite, quedándose con los *cherokees*. Mi familia desciende de ella por el lado materno.

—Lo cual te convierte en una princesa…

De repente, la mirada de ella se tomó dura.

—¿Lo dudas?

—No me he permitido dudar de eso un momento. Yo he visto en Europa princesas, y reinas… Ninguna de ellas era tan bonita como tú.

—Nunca había oído, dirigidas a mi persona, unas palabras tan gratas, David.

Araminta pronunció esta frase con voz un poco enronquecida, que delataba su emoción.

—Pues me alegro mucho de haber sido yo quien las pronuncie.

La joven echó un vistazo al reloj de pared situado encima de la puerta del comedor.

—¡No es posible que sean ya las nueve! —exclamó.

—¿Tú crees que tía Mary se sentirá preocupada?

—¿Sabiendo que estoy contigo? Desde luego que no. No obstante, habremos de irnos…

Ante la puerta del alojamiento de Ross, en el hotel, ella le dio su llave, pero dejó caer una mano sobre el brazo de su acompañante antes de que éste la introdujera en la cerradura.

—He de darte las gracias, David, por esta noche. Nunca me había sentido más feliz.

Araminta se empinó sobre las puntas de sus zapatos para besar a David, pero lo que empezó siendo una caricia fraternal, de aprecio, se trocó de pronto en algo muy distinto.

—¡Oh! —exclamó ella, empujándole, abriendo mucho los ojos, arrebolada, más linda que nunca. Seguidamente, dejó oír una risita nerviosa —. Es mejor que te apresures a abrir la puerta, David. Las mujeres *cherokees* son muy impetuosas y si se presenta alguien por aquí y me ve en tus brazos se producirá un terrible escándalo.

IX

EL domingo por la mañana, David visitó de nuevo a John Ross, que continuaba mejorando. No tenía por qué visitarle a diario, pero lo que él buscaba era la oportunidad de ver nuevamente a Araminta. Tal perspectiva, asaltando su mente nada más abrir los ojos, por la mañana, le hacía experimentar la impresión de que se enfrentaba con una aventura subyugante.

—Voy a decir a sus enfermeras que le saquen del lecho varias veces al día, por espacio de una hora —anunció a Ross.

—Su tratamiento, doctor, ha sido magnífico.

—Tanto como el tratamiento, nos ha favorecido su constitución de hierro, me parece. Pocos son los hombres de su edad que posees su vigor, señor, incluso sin problemas de corazón.

—En estos tiempos de continuos y graves conflictos, doctor Presión, es muy importante para los míos que pueda mantenerme así por algunos años más. El futuro de la Nación *cherokee* y de las Cinco Tribus Civilizadas puede depender del rumbo que sigamos los próximos meses, hasta que la presente crisis haya terminado.

—Espero que sea cosa sólo de meses…

—Espera… No piensa que vaya a ser así.

—Yo, señor Ross, tengo poco de militar, pese a haberme graduado en un centro de tal carácter antes de estudiar medicina. Estoy convencido, sin embargo, de que las guerras son siempre más difíciles de terminar que de empezar.

Araminta me ha dicho que estuvo usted con los italianos cuando éstos luchaban contra Austria.

—Sólo durante seis meses. Tuve, no obstante, tiempo suficiente para comprobar que la guerra es lo más pobre de los medios cuando se trata de saldar diferencias existentes entre naciones. Pero todavía es peor cuando se da lugar a ella por causa de desacuerdos políticos internos en un país.

—Llevo más de treinta años diciendo a los míos todo eso, doctor Preston. Pero los *cherokees* siempre se han enorgullecido de su independencia…

—He oído decir que también las mujeres.

—Araminta es una muchacha muy decidida, muy animosa. Y es inteligente en grado sumo.

—Es tan inteligente como bella. Creo que me estoy enamorando de su sobrina, señor.

—Estoy seguro de que Araminta no podría elegir mejor… Tampoco usted se equivocaría. Los *cherokees* se han casado siempre libremente con blancos. Es un hecho aceptado el de que nuestros líderes presenten mezclas de sangres.

—Usted, señor, constituye una buena prueba de que su elección es acertada.

—La gente de mi nación me escogió como miembro del consejo regente cuando yo contaba diecinueve años, doctor Preston. He consagrado toda mi vida a incrementar la prosperidad y el bienestar de mi pueblo.

—¿Habría procedido usted de otro modo, en el supuesto de que hubiese podido elegir?

—En absoluto. —Ross miró a David con viveza—. ¿Me equivoco al imaginar que vive un período sobrecargado de difíciles decisiones?

—Muy difíciles, sí, señor.

—¿Sospecha ya cuál va a ser su decisión final?

—Soy de Virginia, señor, y me siento tan orgulloso de mi ascendencia como usted de la suya. Me sucede lo que a Araminta y a Lachlan, que se sienten muy satisfechos de ser *cherokees*. Si Virginia me necesita, mi deber es acudir en su ayuda.

John Ross asintió.

—Sospecho que habrá un puñado de hombres de buena voluntad, incapaces de tolerar la esclavización de un ser humano por otro, los cuales se verán forzados a participar en esta controversia por la misma fuerza en que usted basa sus motivaciones. Pero muchos hombres del otro bando se sentirán asaltados por las mismas ideas con respecto a la Unión, así que aunque, indudablemente, el hermano sea arrojado contra el hermano antes de que todo haya llegado a su fin, a nosotros no nos serán ofrecidas realmente muchas opciones.

—Mañana por la mañana comunicaré al Secretario Cameron y al señor Dole que usted se encontrará en condiciones de viajar al término de esta semana.

—Espero que podamos cruzar el río Ohio… No olvidemos el Motín de Baltimore ni la ocupación de Harpers Ferry.

—El Sur no puede ganar nada atacándole a usted —le aseguró David—. Y nos consta que las autoridades de aquí están deseosas de que se incorpore a la Nación *cherokee* lo antes posible. En consecuencia, suceda lo que suceda,

creo que habrá algún medio para lograr que efectúe su viaje de regreso sin novedad.

LIBRO SEGUNDO

HARPERS FERRY

I

FUE en las últimas horas de la tarde cuando el paciente tiro de mulas que avanzaba por el camino de sirga se detuvo al grito de «¡So, mulas! ¡So!», el cual, por cierto, formaba parte de una canción favorita de los hombres que trabajaban en el canal. La embarcación del Canal de Chesapeake y Ohio había llegado a su fondeadero en Harpers Ferry, al norte del Potomac, a unos sesenta metros de la taberna y hospedería que solía servir refrescos y descanso a los viajeros. Allí había una buena posibilidad de dormir en lechos más confortables que las literas que albergaba la más lujosa de las naves fluviales.

Ésta, que llevaba el nombre de *General Winfield Scott*. se desplazaba a una velocidad de seis kilómetros por hora, aproximadamente. Tenía veintiún metros de longitud y casi cuatro metros de anchura, moviéndose sin dificultad por unas aguas de un metro y veinte centímetros de profundidad media. Había cubierto el trayecto desde Washington (unos sesenta y cuatro kilómetros) en dos días, viéndose elevada en ruta mediante cierto número de esclusas, la más grande de las cuales era la de Great Falls, a la salida de Washington, precisa mente.

Lachlan Murrell y David habían estado sentados en la toldilla. Seguidamente, se trasladaron a la parte más alta de la embarcación para disfrutar de una mejor visión de la zona.

—Realmente, se siente uno a gusto sin ese caluroso uniforme azul.

Embutido en sus pantalones de piel de gamo, calzado con unas negras botas, luciendo una larga chaqueta de color marrón, una blanca camisa de encajes y una corbata de seda, Lachlan parecía un figurín presentado por uno de los mejores sastres de Washington.

—Pareces uno de esos jugadores profesionales que viajan en las embarcaciones del Mississippi —comentó David.

—Lo seré, lo seré… Por lo menos hasta que lleguemos a Arkansas. Por culpa de esos barcos armados que bloquean la boca del Mississippi por debajo de Nueva Orleáns, la Compañía de Transportes *cherokee* va a necesitar dinero en abundancia si quiere sobornar a los capitanes de buques yanquis y conseguir que miren hacia el lado opuesto.

—¿Vais a intentar entonces acabar con el bloqueo?

—Al menos hasta que la cosecha de algodón del otoño sea vendida. Mientras Abraham Lincoln ordene la formación de nuevas unidades militares cada vez que por el Sur circulen determinados rumores de que los telares ingleses seguirán funcionando incesantemente y el algodón meridional alcanzará grandes precios.

Unos hombres estaban dando los últimos toques a las amarras de la embarcación. El que se ocupaba de las pacientes mulas las desenganchó y condujo a los establos, apartados del camino de sirga. Araminta salió del camarote, trepando por una corta escalera hasta el sitio en que se hallaban los dos hombres.

—¡Oh! ¡Esto es precioso! —exclamó.

Con un movimiento del brazo derecho abarcó la profunda hendidura de la triple garganta en que el río Shenandoah, desaguando el fértil valle de Virginia de ese nombre hacia el sur, se juntaba con el turbulento Potomac, fluyendo en dirección este, a más de trescientos kilómetros de sus fuentes, en la parte occidental, en los Montes Allegheny.

—¿Estás contento de haber dejado atrás Washington? —preguntó David.

—Más que contento… Esto es ya como mi país.

Señaló la estrecha garganta por donde se deslizaba el río Shenandoah a través de las montañas.

—Ésa es la entrada a uno de los valles más fértiles del mundo, con las únicas excepciones, quizá, de los del Nilo y del Tigris-Éufrates.

Lachlan estudiaba la población con los gemelos de campo de David, fabricados por el Gobierno de los Estados Unidos.

—Yo creí que vuestra famosa milicia de Virginia había conquistado Harpers Ferry, David —dijo.

—Eso dijeron los periódicos. ¿Por qué hablas así?

—Desde aquí sólo acierto a ver como una docena de soldados vagando por el centro de la población… Una bandera ondea al viento en lo que parece ser la fachada de un almacén. ¿Tú crees que pueda ser éste, el cuartel de las tropas ocupantes?

—No me preguntes nada. Cuanto menos veamos a esa gente antes de reanudar el viaje hacia Cumberland, mañana, más a gusto me sentiré.

Desde el puente del ferrocarril, que llevaba sobre el Potomac desde Virginia y Harpers Ferry, en la orilla sur, a Maryland, al norte, llegó a sus oídos el lúgubre y prolongado silbido de un tren de carga. Pronto apareció ante su vista una gran locomotora, tirando de una larga fila de coches tolva, rumbo a Baltimore, Annapolis y Washington. Los vagones habían sido

cargados de carbón hasta los bordes, y el tren rugió al cruzar el puente sobre el Potomac, sin la menor intención, por lo que se apreciaba, de detenerse en Harpers Ferry.

—Apuesto lo que quieras a que ese carbón estará en las bodegas de los buques federales que bloquean los puertos del Sur antes de que haya terminado esta semana —declaró Lachlan—. Si la compañía B&Q continúa desarrollando sus actividades, llevando cargamentos de un lado para otro, ¿qué objeto tenía tomar Harpers Ferry?

—He dejado ya de hacerme preguntas sobre el porqué de las guerras, sobre las causas de que unas veces se ganen y otras se pierdan —manifestó David—. Antes de salir de Washington, ¿no te fijaste en que todo el mundo sigue atento a sus asuntos profesionales como de costumbre…?

Lachlan rió, burlón.

—Ahora surgen más negocios y más ganancias que nunca. Tienes razón… Lo más análogo a lo que hemos visto sería la figura de Nerón tocando el arpa mientras Roma ardía.

—Supongo que nadie quiere admitir que nos hallamos realmente frente a una guerra. Me consta que es así. —La mirada de Araminta se paseó por la faz de la ciudad, más bien deprimente, que se veía al otro lado del Potomac—. ¿Por qué construyó el gobierno un arsenal aquí, un lugar tan alejado de todo…? Supongo que nada tiene que ver con eso el hecho de que el encuentro de los dos ríos resulte tan espectacular.

—Tienes que asomarte al interior de esas montañas para ver y calibrar la razón —declaró David—. El Potomac, al encaminarse hacia el este, cae a plomo, de manera que ahí hay energía hidráulica en abundancia para la fabricación… Y desde los días de los indios, a lo largo de los afluentes, han sido emplazados altos hornos para la obtención de hierro.

—Nuestros hermanos *shawnee* y *tuscarora* hicieron acto de presencia en esa abertura más de una vez para procurarse unas cuantas cabelleras de alemanes y escoceses-irlandeses en el Valle de Shenandoah. Pero a pesar de aparecer desleal con respecto a mis ascendientes indios, David, me alegro de que no hubiera ningún Preston entre esa gente. —Lachlan se llevó de nuevo los gemelos a los ojos—. ¡Oh, oh! Los miembros de tu milicia de Virginia parecen haber dado fin a la siesta.

En el lado opuesto del río, en la porción más alta de una calle que conducía al sector principal de la población, una pequeña compañía de soldados que vestían el uniforme gris de los confederados estaba formando

frente al almacén, el edificio en cuya fachada ondeaba una bandera de Virginia que colgaba de un mástil improvisado.

—Esta treta de traer tropas aquí por ferrocarril antes-de que las fuerzas federales pudieran acabar de pegar fuego al arsenal y a las fábricas de municiones, fue una idea genial —señaló Lachlan—. ¿Quién pensaría en tal cosa?

—Si de ello se deriva un éxito, todo el mundo querrá atribuirse la paternidad de la idea —puntualizó David—. Y si se traduce en fracaso, no habrá nadie que quiera cargar con la culpa del mismo.

—¿Qué te parece, hermanita? —inquirió Lachlan—. No viajamos acompañados por un médico militar, sino por un hombre sabio.

—Un sabio extraordinariamente agradable, querido hermano —manifestó Araminta, dejando caer afectuosamente una mano sobre el brazo de David—. Y a ti lo que te pasa es que sientes envidia, porque no se te ha ocurrido decir eso…

En realidad —David lo sabía—, aquella conquista tan cacareada de Harpers Ferry por la milicia de Virginia y Carolina del Norte apenas podía ser considerada una victoria militar. Habiéndose enterado de su llegada, la pequeña guarnición federal había evacuado la ciudad poco antes de que se presentaran las fuerzas virginianas. Nada de soportar un asedio, que, además, habría terminado con una rendición. Sin embargo, como hito político y emotivo en el conflicto que tan rápidamente se acercaba, Harpers Ferry era muy importante a causa de su significación para el Sur.

Dos años atrás, aproximadamente, un abolicionista renegado llamado John Brown, con el apoyo de importantes personajes de Nueva Inglaterra opuestos a la esclavitud, había intentado alzar a todos los esclavos negros del Sur contra sus amos blancos, para destruirlos. Nadie le prestó mucha atención al principio, pero cuando Brown logró reunir una fuerza considerable de partidarios y se apoderó del arsenal federal de Harpers Ferry con la proclamada misión de armar a todos los negros e inducirlos a que acabaran con los blancos, un frenético ramalazo de alarma se apoderó del Sur, especialmente de Virginia.

El Presidente James Buchanan, cuyo período de mandato había terminado con el comienzo del de Abraham Lincoln, actuó rápidamente. Las tropas mandadas por el coronel Robert E. Lee se lanzaron a la busca de Brown, al que detuvieron enseguida, siendo juzgado y ejecutado. No obstante, el nombre de Harpers Ferry continuaba suscitando miedo y una gran indignación entre la población blanca del Sur. Por eso, la acción de la milicia

de Virginia, al tomar la ciudad —pese a que las tropas federales se habían ido ya y casi no se hicieron disparos—, tuvo una tremenda significación emocional para todo el Sur.

En realidad, Harpers Ferry había eclipsado casi la caída de Fort Sumter a los ojos del Sur, puesto que la acción del puerto de Charleston había sido realizada dándose ya un ambiente de reto a la Unión. De otro lado, la toma de Harpers Ferry marcaba la entrada de Virginia en la guerra, antes incluso de que el pueblo hubiese aprobado la resolución secesionista, y al mismo tiempo destruía la amenaza de las insurrecciones negras, las cuales, verdaderamente, no habían pasado de ser algo más que un mito.

No pocas cosas de éstas habían pasado por la mente de David durante el domingo siguiente al día de su cena en el Cruchet en compañía de Araminta. Aquella noche había dado el paso final, al redactar su dimisión. El lunes por la mañana se trasladó a las oficinas de los Servicios Médicos del ejército estadounidense, donde hizo entrega del documento que le hacía causar baja en aquél.

La toma de Harpers Ferry había ocupado el espacio dedicado antes al Motín de Baltimore en las columnas del *Intelligencer*, un ejemplar del cual adquirió al bajar a desayunarse. En el comedor, en torno a él, todos hablaban de ambos acontecimientos. Los dos eran desfavorables para la Unión, ya que el control de Baltimore por los simpatizantes sudistas bloqueaba el tráfico ferroviario procedente del Norte, y hallándose Harpers Ferry controlado por las tropas de Virginia, la línea B&O podía, igualmente, quedar anulada como arteria ferroviaria desde el Oeste.

Lo que el *Intelligencer* dejó de realzar fue que un hombre brillante, antiguo capitán del ejército estadounidense y veterano de la guerra mexicana en Cincinnati, Ohio, llamado George Brinton McClellan —que había renunciado a su rango militar para convertirse en ingeniero jefe, y luego vicepresidente del ferrocarril de Illinois Central, y más tarde presidente del de Ohio y Mississippi— acababa de ser nombrado comandante general al mando de las tropas del Estado de Ohio, por la Unión. Tampoco se hizo hincapié en que por ser un técnico ferroviario, además de un buen soldado, McClellan comprendería ciertamente la importancia de la línea B&O como ruta de ataque desde el oeste del Mississippi contra Virginia y, particularmente, contra el hermoso y fértil Valle de Shenandoah.

—Por supuesto, lamento mucho que se vaya usted, capitán —habíale dicho el coronel Lawson, de los Servicios Médicos, el lunes por la mañana, tras el Motín de Baltimore, al devolverle el documento redactado por David Preston, sobre su dimisión—. El Secretario desea verle en su despacho y como es él quien tiene que aprobar esto lo mejor será que le lleve el papel.

El Secretario Cameron andaba muy ocupado. Entraban y salían de su despacho muchas personas continuamente. Pero cuando le dijeron que David se encontraba fuera ordenó que le hicieran pasar inmediatamente.

—¿Qué es esto? —preguntó Cameron cuando David colocó el papel sobre su mesa.

—Mi dimisión. Quiero dejar el ejército.

—No me acordaba de que era usted virginiano, doctor. ¿Seguro que desea renunciar a su rango?

—No se trata de que yo lo desee o no, señor Secretario. Es el honor lo que me impulsa a hacer esto.

—¿Quiere que le diga una cosa? En esta guerra hay ya demasiado honor implicado y poquísima acción táctica, en cambio. Si los virginianos no hubiesen esperado tanto para empezar con el proceso de la secesión habrían podido tomar Washington por sorpresa en cualquier momento desde lo de Fort Sumter, conquistado hace una semana, casi sin disparar un tiro.

—Todavía podría intentarse una cosa así.

—La ocasión se esfuma progresivamente. Dentro de poco tiempo será imposible. Hacia el fin de esta semana estarán aquí dos nuevos regimientos: el Séptimo de Massachusetts y el Séptimo de Nueva York. No tardará en venir tampoco el Regimiento de Zuavos de Nueva York, que está al mando del coronel Ellsworth, y el brigadier general Benjamín F. Butler tomará el mando en Annapolis. Puede usted tener la seguridad de que Butler cerrará el camino de Baltimore y luego, con el coronel Mansfíeld aquí, en Washington, y el general Patterson en Pennsylvania, la situación estará perfectamente controlada. Pero, en fin, ya está bien de esto, doctor… El Presidente se imaginó que usted presentaría la renuncia a su empleo y quiere que le pida un favor…

—No creo que…

—Esto no implica ninguna acción desleal por su parte hacia Virginia. ¿Es verdad que el Jefe Ross se hallará pronto en condiciones de poder viajar?

—Hacia el fin de la semana, si es que no sufre ninguna recaída.

—Dada la incierta situación de la línea B&O, nosotros creemos que no debe utilizar el tren, desde Washington o Baltimore, al menos. Pero sucede

que las tropas de Virginia, apostadas en Harpers Ferry, no han mostrado todavía deseo alguno de interrumpir el tráfico del canal, por cuya razón confiamos en que usted se avendrá a aplazar su dimisión para actuar como escolta médica y militar del grupo Ross hasta Cumberland, en un desplazamiento por vía fluvial. Ellos pueden tomar un tren allí que les lleve a Parkersburg y un vapor, si bien sería mejor que usted continuara hasta el río Ohio con ellos, hasta verlos embarcados sin novedad.

—En todo caso, el teniente Lachlan Murrell podría ser quien…

—El teniente Murrell presentó su dimisión esta mañana, doctor.

Y puesto que Virginia Occidental es en su mayor parte leal a la Unión, opinamos que un oficial que vista el uniforme del Departamento Médico del ejército sería idóneo tratándose de asegurar el viaje sin incidentes del Jefe Ross.

—No aprecio ningún inconveniente en eso, señor… siempre y cuando sea aceptada mi dimisión tan pronto como el señor Ross ponga sus pies a bordo del buque en Ohio.

—Así se hará, pero tengo que informarle que el Presidente se quedó muy impresionado por sus conocimientos médicos y las cosas que usted ha aprendido en Europa. Si usted se decide a quedarse con la Unión, puedo ofrecerle el ascenso a comandante y la perspectiva no muy lejana del empleo de coronel.

David no había hecho la menor pausa al comunicar su decisión.

—Soy de Virginia, señor. Sólo se me ofrece una opción: servir a los míos.

—Todo parece indicar que vamos a disfrutar de cierta compañía.

Lachlan Murrell había estado estudiando la ciudad y el alojamiento militar a través de sus gemelos. Sus palabras sacaron a David de sus reflexiones, haciéndole volver a la realidad de aquellos momentos… Se preguntó qué decidirían las autoridades militares de Virginia con respecto a John Ross.

Valiéndose de los gemelos que acababa de alargarle Lachlan, David vio a tres jinetes de uniforme que descendían por la calle. El oficial era un tipo rubio, de aspecto fornido, que se sostenía encima de su caballo con cierta torpeza. Los otros dos hombres, evidentemente, estaban acostumbrados a montar.

—Los holandeses de Pennsylvania fueron siempre unos pésimos jinetes. Son demasiado anchos de caderas… —señaló Lachlan—. Jamás vi uno que se mantuviera un poco airosamente sobre su caballo.

—Visten uniformes virginianos.

—El valle está lleno de holandeses. Lo mismo pasa con la zona occidental de Pittsburgh, alrededor de Wheeling, aunque también ésa es tierra virginiana, ¿eh?

Los jinetes avanzaron ruidosamente por el largo puente sobre el Potomac, en el sentido de Virginia a Maryland, enfilando el camino de sirga para acercarse al embarcadero a que había sido amarrada la embarcación.

—¿No tienes amigos entre los miembros de la milicia de Virginia, David? —preguntó Araminta.

—Alguno habrá, probablemente. Ahora bien, técnicamente me encuentro todavía al servicio del Gobierno de los Estados Unidos, y visto el uniforme de su ejército.

—No hay ni qué decir lo que pasará ahora —convino Lachlan—. Me alegro de ser un civil.

—¿Quién puede beneficiarse y en qué reteniéndonos? —inquirió la joven.

—Una razón suficiente puede ser la de intentar disfrutar de la compañía de una mujer bonita —declaró Lachlan—. Y pensándoselo uno mejor, hermanita, es preferible que te encierres en el camarote.

—A mí no me dan miedo esos hombres.

Araminta hizo un mohín de desdén, encaminándose hacia la puerta del camarote, pero antes de que tuviera tiempo de franquear la misma se escuchó un rumor de inquietos cascos herrados en el embarcadero. Los jinetes se deslizaron por la plataforma de carga. Del cinturón del oficial colgaba una pistola enfundada y un sable. Se detuvo a unos metros de distancia. Al descubrir a la joven se irguió en la silla, como recomponiendo su figura, pensó David, comportándose en suma como un pavo a la vista de la hembra de la especie.

—Teniente Henry Kramer, de la Milicia de Virginia —anunció—. A su disposición, señorita.

—Gracias, teniente —contestó Araminta, grave—. Quizá podría hacemos usted un favor… Necesitamos disponer de alojamiento. Acompañamos a mi tío, que se encuentra enfermo, y a mi tía. Nos dirigimos a territorio indio.

—¿Son ustedes indios? —Poniendo atención, todos habrían podido percibir, tal vez, el rumor de los pensamientos que cruzaban alborotadamente por la rubia cabeza del oficial—. Seguramente…

—Esta joven dama es la Princesa Sequoyah Murrell, de la Nación *cherokee*, teniente. —David decidió que no perderían nada dejando impresionado a su interlocutor desde el principio—. El señor Lachlan Murrell

y yo hemos sido designados para acompañar al Jefe Roes y su esposa hasta territorio indio.

—¿Y ustedes quiénes son, por favor?

—Yo soy el capitán David Preston, del Departamento Médico del ejército de los Estados Unidos.

—¿Un yanqui?

El joven oficial escupió más que dijo la odiada palabra.

—Un virginiano —respondió David, tan seco como el otro—. Me propongo renunciar a mi empleo de capitán para incorporarme a las tropas de Virginia, en cuanto el Jefe Ross y sus acompañantes queden instalados sin novedad a bordo de un buque en Parkersburg.

El teniente Kramer continuó mirando con recelo a David. Evidentemente, no daba crédito a sus explicaciones.

—Usted y el teniente Murrell son ahora mis prisioneros, señor. —El jinete llevó una de sus manos al arma enfundada—. Les aconsejo que no opongan resistencia, si no quieren exponerse a morir.

—Cuidado, David —previno a éste Lachlan, en un susurro—. Estos holandeses son tan brutos como para disparar primero y dejar las preguntas para luego.

—Si tiene usted algo que decir, señor, puede exponerlo en nuestra oficina militar —manifestó el teniente, con acritud—. De momento, hagan el favor de acompañarme.

Araminta se quedó en la embarcación con John y Mary Ross. David y Lachlan subieron por la calle a cuyo final se encontraba el cuartel de las tropas virginianas. Se trataba de un edificio de rojos ladrillos que antes había sido un gran almacén. Un comandante fornido, cuyo rostro se le antojó a David algo familiar, los recibió sentado tras una mesa, repasando un montón de papeles, trabajo que daba la impresión de no ser muy de su agrado.

Cuando el teniente Kramer se puso firmes, haciendo chocar sus tacones, el comandante levantó la vista, obsequiando al trío con una mirada de amargura.

—¿Qué pasa ahora, Kramer?

—He de darle cuenta a usted de la captura de dos yanquis, comandante Stannard… Son oficiales del ejército de la Unión.

Pronunciadas estas palabras, Kramer obligó a David y a Lachlan a dar un paso adelante.

—¿Los capturó usted sin que nadie le ayudara? —preguntó el comandante Stannard, guiñando un ojo a los prisioneros.

—Se encontraban en uno de los barcos del canal, señor, y no opusieron resistencia. Los dos alegan estar efectuando un desplazamiento para llevar a territorio indio a un jefe piel roja.

—¿Cómo? ¿Qué dice?

—Ellos hablan del Jefe Ross, comandante. Pero yo creo que se trata tan sólo de un engaño. Lo que pretenden, sin duda, es entrar aquí para poder dar a conocer luego a los yanquis las tropas que se encuentran en Harpers Ferry.

—Pongamos primeramente en claro lo del jefe indio, teniente. ¿Usted lo ha visto? —inquirió el comandante.

—Pues no. —Kramer movió nerviosamente las manos, embarazado—. Y también se encuentra allí una princesa, la Princesa Sequoy…

—¿Una princesa en Harpers Ferry? ¿Una princesa india, por añadidura?

—Es lo que ellos han dicho. Sin embargo, nadie diría que la joven es india. Su aspecto…

—Mi hermana y yo somos *cherokees*, comandante, y mi tío John Ross es el jefe principal de la Nación *cherokee* —manifestó Lachlan—. El capitán David Preston ha estado cuidándole durante su enfermedad… Padece del corazón. Fue designado por el Presidente Lincoln para acompañarnos hasta Parkersburg, donde nos proponemos tomar una embarcación fluvial y por el río Arkansas encaminarnos a nuestras tierras.

—¿Y ambos son oficiales del ejército federal?

—Yo dimití hace varios días y ahora ingresaré en la Brigada *cherokee*.

—Yo espero dimitir también cuando hayamos alcanzado Ohio —añadió David—. El Presidente Lincoln y el Secretario Cameron me pidieron que acompañara al Jefe Ross hasta el lugar indicado porque ha sido mi paciente en Washington.

Al teniente Kramer iban a salírsele los ojos de las órbitas. Su asombro había sido enorme al oír mencionar aquellos nombres tan importantes en relación con uno de sus prisioneros.

—Bueno, comandante, no irá usted a dar crédito a una patraña semejante, ¿verdad? —protestó.

—Sucede, teniente, que John Ross es el jefe de la Nación *cherokee* —contestó Stannard—. Y hace cosa de una semana leí en un periódico que se hallaba en Washington, defendiendo la neutralidad de su pueblo. Ese periódico era de Richmond…

—Pero supongo que usted no dará por cierto que…

—Yo no voy a aceptar nada *motu proprio*, sin solicitar el dictamen de una autoridad superior. Nos trasladaremos a las Alturas de Maryland, donde están

construyendo unos blocaos para los piquetes que harán guardia allí. Después, el coronel Jackson…

—¿Anda Tom el necio por aquí? —preguntó Lachlan.

—Yo sabía que le había visto antes de ahora, señor Murrell. No es frecuente que en el VMI haya cadetes indios —contestó Stannard.

El asombro del teniente Kramer llegó a su expresión máxima.

—Era la clase del cincuenta y siete —explicó Lachlan—. El capitán Preston, aquí presente, fue cadete Primer Capitán aquel año.

—En efecto, señor —dijo David—. Después de haberme graduado en el Instituto, estudié medicina en Philadelphia. Luego, pasé un año y medio en Europa. Durante la mayor parte de este tiempo estuve con las fuerzas de Garibaldi, en Italia.

—Si hace lo que ha dicho, va a ser usted, probablemente, en toda la Confederación, el primer doctor con experiencia previa en medicina militar.

—¿Cuándo llegó aquí el comandante… el coronel Jackson? —preguntó Lachlan.

—Después de lo de Fort Sumter, se llevó a los cadetes mayores del VMI a Richmond, para que colaboraran en las tareas de preparación adecuada de la milicia —manifestó Stannard—. Llevó a cabo una excelente labor, pero él ansiaba pasar a la acción, de modo que el gobernador Letcher le hizo coronel, enviándole a Harpers Ferry, poco después de que la milicia se presentara aquí. Si viera usted lo que el coronel desarrolla aquí no se explicaría por qué los cadetes le dieron el apodo de Tom el necio en Lexington.

Stannard se puso en pie, cogiendo de una percha su gorra.

—Me haré cargo de estos dos hombres, teniente Kramer. Voy a trasladarme a las Alturas de Maryland para hablar con el coronel Jackson.

—El señor Ross lleva unos días enfermo, como usted sabe. ¿No se le podría buscar un alojamiento adecuado para pasar la noche? —inquirió David.

—Estoy convencido de que el teniente Kramer no tendrá ningún inconveniente en echar de la hospedería a algunos de los oficiales más jóvenes, con el fin de que el señor Ross y las damas tengan un sitio donde descansar. ¿Estamos, teniente?

Kramer se puso firme.

—Sí, señor.

—Usted, Kramer, podría mientras tanto también atender a la princesa. No es corriente que tengamos visitas por parte de las personas reales.

Una vez fuera del edificio, Stannard ordenó a los jinetes que habían acompañado a Kramer que echaran pie a tierra, cediendo sus caballos a David y a Lachlan.

Cruzaron el largo puente sobre el Potomac, por el que discurrían carromatos y otros vehículos. Luego, enfilaron una serpenteante carretera, en dirección a las cumbres de las colinas de Maryland, a bastantes metros por encima del río.

Desde aquellas elevaciones podía apreciarse en toda su belleza la hendidura en forma de Y en el punto en que el río Shenandoah se juntaba con el Potomac.

Remontando este río, se veían las turbulentas aguas del mismo en vivo contraste con las muy quietas del Canal de Chesapeake y Ohio, al lado. Desde las Alturas de Maryland se dominaba todo aquel escenario desde el norte. Al sur quedaban las Alturas Loudoun de Virginia, en tanto que detrás de la ciudad, por el oeste, estaban las denominadas de Bolívar.

—No necesito recordarles que Jackson enseñaba artillería en el VMI —dijo Stannard—. Está convencido que desde esta posición, con unos cañones del calibre seis puede acabar con la línea férrea B&O y bloquear el canal cada vez que se le antoje.

—Es posible —confirmó Lachlan—. Esos cañones tienen un alcance de cerca de dos mil metros.

—Toda esta zona es muy espectacular —añadió Stannard mientras continuaban subiendo—. El coronel juzga que no sería empresa fácil su defensa.

Lachlan asintió.

—Con sus pequeños cañones en las crestas, podría aplastar cuanto se le situara por los alrededores, incluyendo las fábricas de municiones y el puente de la vía férrea, si, por ejemplo, el general McClellan atacaba impetuosamente desde el oeste…

—Puede usted estar seguro de que el viejo Jack ha pensado en eso —declaró Stannard—. Pero, por fortuna, ningún ejército va a ser arrojado sobre nosotros en un futuro inmediato, estando como está Washington casi aislado y cogido entre Virginia por el sur y Baltimore por el norte. He aquí por qué se decidió Jackson por Harpers Ferry como segundo objetivo…

—¿Está usted diciendo que el Profesor Jackson planeó este ataque, comandante? —inquirió David.

—El día en que Fort Sumter se rindió, Jackson envió una carta a Lexington, dirigida al Gobernador Letcher, en Richmond, detallando cómo

las compañías de la milicia de Virginia y Carolina del Norte podían ser agrupadas y acomodadas en los vagones de las líneas férreas de Virginia Central, Orange y Alexandria.

—¿Incluyendo la artillería de Rockbridge? —preguntó Lachlan.

—Sí, ¿por qué?

—Era sólo una pregunta.

—El teniente Murrell se muestra sumamente modesto, comandante Stannard —manifestó David—. Hace unas semanas me describió ese plan para conquistar Washington.

—No olvides que yo estudié estrategia militar con el profesor Jackson —declaró Lachlan—. Siga, por favor, comandante.

—El Gobernador Letcher acertó a ver las posibilidades que ofrecía el plan y nos permitió su puesta en marcha. El comandante John Harman, el capitán John D. Imboden y yo nos encargamos de llevar a la práctica la parte del proyecto referente al ferrocarril. Todo salió a pedir de boca, excepto lo de nuestra llegada a Manassas Junction… Alguien dijo que esto se debió al temor de Jefferson Davis de que el plan resultara mal, y de que al llegar a Richmond a la semana siguiente, para establecer el Gobierno Confederado allí, Abraham Lincoln pudiera reunirse con él en las puertas de la ciudad. En consecuencia, nos obligaron a desviamos por la línea de Manassas Gap a Strasburg. Tuvimos que recorrer un corto trecho a pie para irnos hacia el Winchester y el Potomac, subimos a otro tren y nos plantamos aquí, donde descubrimos que los federales se habían ido.

—Usted ha dicho que Harpers Ferry era un objetivo secundario para Jackson —puntualizó David.

—Casi. Con los puentes de la línea B&O a través del río y el Canal C&O en nuestras manos, un ejército (si nosotros nos hacíamos uno a tiempo) podía desplazarse para penetrar en el corazón de Pennsylvania. Antes de que los yanquis se dieran cuenta de lo que estaba sucediendo, podíamos amenazar, e incluso tomar, a Philadelphia y Baltimore, dejando a Washington fuera, en un extremo. Luego, los personajes cautelosos del Congreso estadounidense habrían accedido a dejarnos en paz en el Sur y la guerra habría llegado a su fin.

—Siendo ése el plan de Jackson, ¿por qué no se encargó de realizarlo él desde el principio?

—Supongo que los políticos de Richmond temían que decidiera tomar Washington, por lo cual optaron por enviarlo a Richmond. Ahora, yo no sé

cómo se las arregló para convencer al Gobernador Letcher de que debía concederle el mando de Harpers Ferry.

—Sabe mostrarse muy fuerte, a veces —alegó Lachlan.

—Nunca olvidaré el día en que llegó Jackson —declaró Stannard—. Estaba la tarde ya avanzada y los generales y coroneles de esas unidades de la milicia (teníamos tantos casi como soldados) se encontraban participando en el desfile vespertino.

—¿Se habían retirado ya, quiere usted decir? —preguntó Lachlan.

—Hablo del desfile de las cuatro. Todas las tardes, a última hora, paseaban por las calles, montados en sus hermosos caballos, luciendo sus flamantes uniformes, haciéndose admirar por las damas antes de iniciar la sesión de bebidas de la noche. Todo el mundo lo pasaba a lo grande hasta que un día se presentó Jackson a lomos de un caballo de aspecto terrible. Yo no había visto nunca nada semejante. Debía de haberlo desenganchado de algún arado por el camino… Nadie quería creer que ostentaba el mando. Hasta que por fin sacó la orden del Gobernador Letcher, que le autorizaba a degradar hasta el rango de capitán a todos aquellos que ostentaran una graduación superior a este empleo. Quisiera que hubiesen oído ustedes sus lamentaciones camino de Winchester. Jackson no cedió lo más mínimo, sin embargo, y a la caída de la noche todavía nos quedaban algunos coroneles, pero habían desaparecido los generales. Yo era capitán entonces, pero habiendo hecho para Jackson, en Lexington, tiempo atrás, diversas gestiones de tipo legal, me ascendió al día siguiente a comandante, nombrándome, temporalmente, brigadier ayudante. Desde esas fechas ha andado muy ocupado, esforzándose por hacer un ejército de esta chusma.

Habían llegado ya a lo más alto de Maryland. Oyeron los golpes de las hachas y los gritos de los hombres coincidiendo con la caída de los árboles que talaban con el propósito de construir los blocaos. Desde aquel punto se dominaba perfectamente la garganta en que se encontraban los dos ríos. Cuando por último hicieron un alto, tuvieron ocasión de contemplar un sorprendente espectáculo.

Medio centenar de hombres, quizá, embutidos en toda clase de uniformes, desde el gris del Quinto de Virginia hasta el de tono marrón de ignorada procedencia, trabajaban como castores en compañía de voluntarios que ni siquiera uniforme poseían, vistiendo por tanto sus camisas y pantalones civiles. Unos se dedicaban a cortar leños, otros los iban colocando en las inmediaciones del sitio en que iban a ser utilizados; en un tercer grupo se

procedía al cortado de las puntas de los leños para que encajaran debidamente llegada la hora de tu montaje.

—Nunca vi a unos soldados trabajando de esa manera —declaró Lachlan —. ¿Cómo ha podido conseguir esto, comandante?

—De no obedecer, están expuestos a tener que presentarse ante el coronel.

—¿Y dónde está él?

—Allí, donde se procede a la colocación de los leños.

—¡Santo Dios! —exclamó Lachlan—. ¡Pero si viste el mismo uniforme que llevaba en el Instituto la última vez que lo vi, hace cinco años!

—Probablemente, está usted en lo cierto… Me inclino a pensar que ese mismo uniforme vestirá cuando haya terminado la guerra.

Al ver al coronel Thomas Jonathan Jackson por vez primera en un espacio de tiempo no menor de cinco años, David Preston se inclinó a mostrarse de acuerdo con el comandante. Jackson era un hombre de mediana altura, pero se mantenía siempre tan erguido, incluso cuando se encontraba sentado (y algunos aseguraban que procedía igual cuando dormía), que daba la impresión de destacar sobre los otros o de poseer su misma talla. Siempre había sido delgado. Ahora David lo veía más enjuto que nunca. Su uniforme, de un gris no muy limpio, tirando a azulado, estaba cubierto de fragmentos de corteza de pino y hojas. A la tela habíanse quedado adheridos también algunos trozos de resina.

El día era caluroso y la mayor parte de los soldados trabajaban con el torso al aire, pero Jackson continuaba con su guerrera puesta. David estaba seguro de que se tocaba con la misma gorra que llevara en el VMI, una gorra que tenía su leyenda. Se la echaba hacia delante, de forma que la visera le sombreaba los ojos, que sólo podían ser vistos cuando levantaba la cabeza.

A David le sorprendió en aquellos instantes lo mismo que te sorprendiera en tantas ocasiones anteriores ya lejanas: los ojos de Jackson reflejaban la firmeza del espíritu de su dueño, así como su cordialidad. Los ojos de Tom el necio, o el viejo Jack, puesto que con estos dos apodos era conocido el profesor entre los cadetes, suscitaban inmediatamente sentimientos de lealtad y profunda confianza. La frente, con la línea de los cabellos en retirada, se había hecho despejada; la barba, como la cabellera, se había tornado gris. Con todo, David identificaba perfectamente, pese al paso del tiempo y a los implacables cambios dictaminados por éste, a su viejo profesor con el comandante que tenía delante. En el fondo, Jackson no había cambiado.

Éste, auxiliado por una docena de hombres, procedía a la colocación de un largo leño destinado a formar parte de un muro. Aun que el comandante

Stannard se había detenido con su montura a unos metros del grupo, Jackson no hizo el menor gesto para denotar que había advertido su presencia. Para eso, Stannard tuvo que esperar a que el leño que los hombres tenían entre manos quedara colocado en su sitio.

Había algo allí que a David se le antojó raro. Primeramente, no acertó a concretarlo. Hasta que se fijó en que la brigada de trabajadores estaba compuesta de sudorosos irlandeses y estólidos alemanes, no oyéndose, sin embargo, ninguna maldición, ninguna blasfemia… Tal actitud constituía un tributo a la conocidísima aversión que Jackson sentía por el lenguaje fuerte, aquel que quebrantaba la prohibición bíblica de mencionar el nombre de Dios en vano.

Los tres hombres se apearon, esperando pacientemente a que Jackson se apartara del refugio en construcción para acercarse a ellos. Los tres se pusieron en posición de firmes, pese a que Lachlan no iba de uniforme. Jackson retomó el saludo puntillosamente, con militar cortesía: había sido una de las diversas cosas que enseñara en el Instituto.

—Lamento verle a usted, capitán Preston, vistiendo el uniforme del enemigo —dijo—. Y a usted, señor Murrell, de paisano.

El comandante Stannard sonrió al ver que los dos jóvenes se habían quedado boquiabiertos: al cabo de cinco años, casi, Jackson los reconocía sin dificultad.

—Estos caballeros, coronel, acaban de llegar desde Washington en una de las embarcaciones del canal. Fueron capturados como espías por el teniente Kramer.

—Me gustan los oficiales diligentes, comandante. Ocúpese de que el teniente sea mencionado en la orden del día por ello. —Una débil sonrisa iluminó ahora la palidez de las mejillas del profesor—. Por otra parte, la madre del teniente Kramer y la señora Jackson son íntimas amigas… ¿Puedo preguntarles, caballeros, qué es lo que les ha traído a Harpers Ferry?

—Yo he renunciado a mi empleo en el ejército regular, señor, —dijo Lachlan—, y acompaño a mi tío, el Jefe John Ross, que regresa a territorio indio.

—¿Tuvo éxito el señor Ross al concertar la venta de su Tierra Neutral al Gobierno de los Estados Unidos?

Lachlan Murrell miró, desconcertado, al otro. Momentáneamente, no supo qué contestar.

—No, señor, no tuvo suerte —declaró por fin—. Sin embargo, confía todavía en que la Nación se mantenga neutral en la guerra.

—Es una acción digna de elogio la suya, estoy seguro. No obstante, resultará considerablemente difícil para él mantener tal postura.

—Yo no comparto su decisión, señor —informó Lachlan—, pero es un familiar mío y he querido cerciorarme de que regresa sin novedad a su casa antes de incorporarme a las fuerzas de la Confederación.

—¿Y usted qué tiene que decir, doctor Preston?

—Yo tuve la fortuna de acertar en mi diagnóstico y de tratar al señor Ross con éxito durante su enfermedad, hallándose en Washington, coronel. El Presidente Lincoln y el Secretario Cameron me pidieron que le acompañara hasta Ohio. Tras esto, me propongo ofrecer mis servicios a Virginia… Deseo incorporarme a sus fuerzas, si ustedes me aceptan.

La sonrisa de Jackson era muy cordial.

—Usted fue en el Instituto un excelente cadete. Indudablemente, será un buen médico también. A su regreso, preséntese al doctor Hunter McGuire. Proviene de Richmond y será Médico Director de nuestras fuerzas aquí. Estoy convencido de que podrá hallar una plaza adecuada para usted.

—Gracias, señor. ¿Puedo suponer que no tendrá inconveniente alguno en que el Jefe Ross prosiga su viaje mañana?

—El comandante Stannard se ocupará de que no surja ningún obstáculo en ese sentido. Ahora bien, antes quiero presentar mis respetos a un hombre que ha sido el conductor de su pueblo por espacio de más de treinta años. Si me lo permiten, los acompañaré.

David había olvidado la extraña figura que Thomas J. Jackson componía a caballo, pero no se sorprendió al advertir que se mantenía todavía muy erguido en la silla, inclinándose un poco hacia delante, quizá. Y como el caballo que montaba no era muy alto (David, en efecto, no había visto jamás a Jackson a lomos de un animal de gran alzada), las piernas del coronel quedaban a escasa distancia del suelo, dando la impresión de que el jinete podía dejar deslizarse al noble bruto, quedándose plantado el primero sin más en tierra.

El descenso por la carretera, llena de curvas y con un piso en mal estado, fue algo más accidentado que la subida. En ningún momento hizo Jackson nada para adaptarse a las posturas de su caballo. Y cuando llegaron al nivel del embarcadero y se deslizaron por los tablones de madera, con algún estruendo, su delgado cuerpo continuaba tan rígido como al emprender la bajada.

Una vez en la embarcación, Jackson acogió con corrección el saludo de Kramer, a quien sorprendió en interesado coloquio con Araminta. Jackson se

había apeado de su montura con los torpes movimientos proverbiales en él, pero cuando David le presentó a la joven su reverencia fue más sincera y cortés que la que hubiese podido hacer un depurado *dandy*.

—Es usted una joven muy atractiva —dijo—. Me hubiera gustado que mi esposa se encontrara aquí, para conocerla.

—También a mí me habría agradado mucho verla.

—¿Quiere usted llevarme ante su tío? Deseo presentarle mis respetos.

Jackson ofreció su brazo a Araminta con un estilo más bien de otro tiempo. Con todo, allí, por su persona, parecía el suyo un gesto enteramente adecuado, pese a que se encontraban en una embarcación detenida junto a las sucias aguas del Canal C&C.

Cuando Jackson y Araminta entraban en el camarote de la embarcación, rasgó el aire cálido y tranquilo de la tarde el silbido de otra locomotora que tiraba de una larga serie de vagones tolvas, al cruzar el río, en la vía principal del ferrocarril B&O.

—Ése es el segundo convoy cargado de carbón que he visto pasar por aquí, con destino a los buques de la Armada estadounidense, comandante Stannard —dijo Lachlan—, y ¿cuánto tiempo van ustedes a dejar que sigan pasando tales trenes?

Stannard se encogió de hombros.

—Tendría que hacer esa pregunta al Alto Mando. Y el Alto Mando no suele revelar sus planes a todos los oficiales de buenas a primeras. En este sentido, actúa exclusivamente cuando se propone llevarlos a la práctica.

—Esta situación tiene que hacer muy difícil su tarea.

—Al menos, nuestros superiores consiguen que no lleguen a conocimiento del enemigo. Uno no se queja al coronel Jackson, optando por limitarse a hacer lo que él ordena. La cosa es descansada porque se piensa que él ha reparado o procurado reparar en los más ínfimos detalles. Por otro lado, no hay que perder de vista que si uno no quiere hacer lo que sea a su manera él siempre dará con otro que sepa complacerle.

—Así trataba a los cadetes —señaló David—. Pero ninguno dijo jamás que no obraba con justicia.

—Y aquí ocurre lo mismo con el personal. Con él siempre sabe uno a qué atenerse concretamente. Esto vale mucho.

Un joven oficial cruzó el puente desde Harpers Ferry, De cabellos rizados, guapo, encajado en su silla como un joven dios, no tendría más de veinte años.

—Kramer declaró haber hecho prisioneros a dos yanquis, comandante —manifestó el jinete—. Yo no di crédito a sus palabras, sin embargo.

—Tenía razón y estaba equivocado a la vez —contestó Stannard—. Capitán David Preston y teniente Lachlan Murrell… Teniente Alexander Pendleton…

—Caballeros —dijo Pendleton, rígidamente correcto.

—Sandie Pendleton es el ayudante de campo del coronel Jackson —explicó Stannard.

—¿Se encuentra su padre todavía al mando de la artillería de Rockbridge? —inquirió David.

Pendleton miró a éste sobresaltado. Después, se serenó.

—Ustedes dos estuvieron en el Instituto, ¿verdad? Me acuerdo del teniente Murrell porque…

—Porque nadie podía esperar que un piel roja formara parte del regimiento de cadetes del Instituto, ¿eh? —inquirió Lachlan con una sonrisa.

—No me refería a eso, señor. La verdad: usted no es de las personas que se olvidan fácilmente.

Lachlan hizo una reverencia.

—Acepto el cumplido, teniente. También a mí me costaría mucho trabajo olvidar la figura del rector de la iglesia episcopaliana de Gracia, en Lexington, predicando el domingo, investido de sus hábitos sacerdotales, para verle al día siguiente apuntando un cañón de la artillería de Rockbridge, en el curso de unas maniobras. Haga el favor de presentarle mis respetos, en su doble condición de sacerdote y artillero, teniente.

—Ya veo que es usted médico, capitán Preston —manifestó Pendleton—. Pero se ha equivocado de ejército, ¿no? Es decir, tratándose de un virginiano.

—Me propongo cambiar este uniforme azul de la Unión por el gris de los confederados tan pronto como de fin a la misión que me ha traído aquí.

—Espero que se decida por el 27.º Regimiento de Virginia, doctor Preston —dijo Stannard—. Buena parte de nuestros hombres son de Botetourt y Rockbridge. Es probable que entre nosotros tenga amigos, parientes incluso.

La aparición de Jackson con Araminta en la toldilla de la embarcación cortó la charla de los presentes. Al joven Pendleton parecieron salírsele los ojos de sus órbitas al ver a la joven. Su reacción había sido igual que la de Kramer una hora atrás.

—Gracias por haber traído más belleza a estos parajes, mi querida princesa —dijo Jackson, cortésmente—. Y cuide de su tío. Su salud es muy importante para gran número de personas, de uno y otro bando.

—Haré cuanto pueda por él, coronel. —Ella inclinó la cabeza en una leve reverencia… si bien David tuvo tiempo de sorprender una mirada burlona en sus ojos, al ver el gesto perplejo del joven Pendleton—. Buenos días, caballeros —agregó, grave.

—He puesto en manos del Jefe Ross un salvoconducto válido para todas las zonas cubiertas por tropas virginianas, capitán Preston —informó Jackson cuando bajaba por la plataforma—. Ya sabe que deseamos tenerle con nosotros a su regreso de Ohio.

—El teniente Kramer encontró dos habitaciones para nosotros en la hospedería en que se alojan normalmente los viajeros del canal —notificó Araminta a David y a Lachlan cuando Jackson y sus hombres se hubieron marchado—. Me temo que vosotros tendréis que dormir aquí.

—Es decir, que nosotros no tenemos nada que agradecer a Kramer —dijo Lachlan.

—El coronel Jackson es un hombre muy agradable, David. No sé por qué tenía que ser en el Instituto el blanco de vuestras travesuras. —Araminta abrió la puerta del camarote—. Nos llevaremos a tío John a la hospedería tan pronto esté listo para salir. Ya os llamaré.

—Hay personas que dan la impresión de no poder encajar bien en ninguna parte. Hasta que llega un día en que encuentran su particular acomodación.

Lachlan estaba mirando al otro lado del río. Jackson y sus acompañantes cabalgaban a lo largo del puente, cruzando el Potomac. El jefe de Harpers Ferry, metido en su uniforme gris, de un gris un tanto sucio, componía la figura chocante de siempre, que, sin embargo, no dejaba de resultar impresionante.

—Creo que ha sido necesaria una guerra para que Jackson diera con el sitio especial que le correspondía, David —añadió Lachlan Murrell.

—Siempre y cuando los demás accedan a dejarle aquí —convino Preston —. No obstante, me pregunto hasta qué punto las teorías sobre estrategia militar que nos enseñó en el Instituto darán buen resultado en las condiciones de la batalla real.

—La mayor parte de ellas fueron probadas sobre el terreno de la lucha, una, particularmente, hace tres mil años —alegó Lachlan—. ¿Te acuerdas de las explicaciones del viejo Jack cuando daba las razones que motivaron el triunfo de Josué en la batalla de Haai?

—Vagamente. Ten en cuenta que después de mi estancia en el Instituto concentré mi atención exclusivamente en la medicina.

—Jackson estaba leyendo siempre la Biblia, así que era natural que parte de su estrategia saliera de la Sagrada Escritura.

David movió la cabeza lentamente, burlonamente incrédulo.

—Me cuesta trabajo creer que un Don Juan y jugador profesional a la vez pueda hablar con cierta soltura de la Biblia.

—Las escuelas *cherokee* fueron fundadas por misioneros, moravos en su mayor parte… En consecuencia, todos los alumnos nos vimos obligados a estudiar la Biblia. Lo que más me interesó de ella fueron las batallas, principalmente, y algunas de las maniobras clásicas de estrategia militar realizadas por Josué, especialmente cuando atacó la ciudad de Haai.

—Creo que no me acuerdo de eso.

—Porque tú fuiste educado en el seno de la Iglesia Episcopaliana, siéndote enseñado únicamente el Libro de la Plegaria Común. ¿Te acuerdas de cómo Josué capturó Jericó, marchando alrededor de esta población siete veces, y armando tal estruendo con las trompetas que las murallas se desmoronaron?

David asintió.

—Eso sí que lo recuerdo.

—Bueno, pues de ese mismo modo habría caído Washington, de haber tenido las autoridades de Richmond valor suficiente para permitir que la artillería de Rockbridge disparara uno solo de sus cañones desde las Alturas de Maryland. Mediante una marcha nocturna a través de las montañas, Josué hizo que los hombres que componían el principal cuerpo de su ejército se escondieran tras unas elevaciones situadas cerca de Haai. Luego, al amanecer, asaltó las murallas con una pequeña fuerza y cuando el rey de Haai salió para acabar con el grupo el resto del ejército israelita abandonó su escondite para destruir a los soldados de Haai y saquear la ciudad.

—Un método ingenioso, pero no muy honorable.

—¿Y cuándo ha existido algo honorable en la tarea de acabar con el prójimo porque éste no se halla de acuerdo con nuestras convicciones políticas? —resopló Lachlan, irritado—. Si nosotros, los indios, hubiésemos continuado luchando como indios, todavía conservaríamos nuestras tierras de antaño en lugar de haber sido empujados hacia el Oeste más y más, primeramente por los georgianos y Andrew Jackson, y ahora por los *jayhawkers* de Missouri y Kansas, a quienes les disgusta vemos prosperar cuando no hacemos otra cosa que recurrir al trabajo arduo, al trabajo que ellos siempre han rechazado.

—¿Y creéis vosotros que la Confederación os protegerá?

—¡Al infierno con su protección! Todo lo que nosotros queremos son armas y permiso para exterminar a nuestros enemigos en nombre de la guerra. He aquí por qué Stand Watle está organizando la Brigada *cherokee*.

II

DAVID estaba sentado en una silla de lona, en la toldilla de la embarcación, a la mañana siguiente, cuando ésta empezó a deslizarse por las tranquilas aguas, arrastrada desde el camino mediante el largo cable del remolque. El cauce del río se orientaba hacia el norte después de haber salido de Harpers Ferry, quedando el ferrocarril al sur, y el canal seguía al Potomac. Unas ardillas se movían por entre los árboles que daban sombra a la corriente de agua. Un pájaro carpintero de roja cabeza producía su «rat-tat-tat» característico, como un rítmico *obbligato*.

Costaba trabajo creer que habían dejado atrás un escenario bélico.

Y que a causa del canal, del ferrocarril y, particularmente, del hecho de ser aquella zona un camino líquido abierto sobre las ricas tierras de Pennsylvania, al norte, la región, antes de que transcurriera mucho tiempo, conocería el tronar de la artillería, los estampidos de los rifles y los gritos y ayes de los heridos y moribundos.

Acogió con una sonrisa la presencia de Araminta, saliendo del camarote, dentro del cual John Ross hablaba de asuntos tribales con Lachlan. La joven ocupó la silla que estaba a su lado.

—¿Tenía el coronel Jackson realmente un plan para tomar Washington, en la forma explicada por Lachlan?

—El comandante Stannard aseguró que sí. Ahora bien, éste es la primera noticia que tengo sobre el particular.

—¿Es verdad que se decidió a ocupar Harpers Ferry en lugar de llevar a la práctica aquél?

—Según las manifestaciones de Stannard, Jackson no se sintió muy satisfecho con tal opción. Sin embargo, se trata de un buen punto de arranque con el pensamiento puesto en un ataque contra Maryland y Pennsylvania.

—Me gusta el coronel Jackson… Y no creo que tú y Lachlan seáis justos al considerarle un tipo estrambótico.

—Es un hombre extravagante, estimo.

—¿Qué clase de excentricidades son las suyas?

—Por ejemplo: Jackson lleva la cuestión de la puntualidad a sus máximos extremos. Todos los viernes, por la tarde, en el Instituto, redactaba con destino al superintendente un informe sobre los ejercicios de la semana. El informe había de ser entregado a las cinco, pero si por una razón u otra se

presentaba en el despacho de su superior antes de esa hora prefería esperar delante del edificio, yendo de un lado para otro, lloviera, tronara o granizara… Así hasta que daban las cinco en punto.

—Al menos, vosotros siempre habéis sabido a qué ateneros con respecto a él.

—Indudablemente. En otra ocasión, el coronel Smith llamó a Jackson cierto día, a última hora de la tarde, con no sé qué motivo. Jackson se sentó en una salita de espera mientras el coronel hacía otra cosa. Éste, finalmente, olvidó que Jackson estaba esperando y abandonó el edificio por otra puerta cuando hubo dado fin a sus tareas de la jornada. Al aparecer por el despacho a la mañana siguiente, el viejo Jack continuaba aguardándole en la sala de espera.

—Pero eso fue una crueldad…

—No premeditada, por parte del coronel Smith. Ahora, no creas tú que Jackson no era duro cuando se terciaba serlo. Si nos propinaba un vapuleo por haber cometido alguna infracción referente a las ordenanzas, sus efectos se sentían varios días después.

—Esos vapuleos, como tú dices, serían merecidos.

—Habitualmente, sí. Y ahora que pienso en ello caigo en la cuenta de una excepción. Un día, en clase, di a Jackson una solución de mi problema que no figuraba en el libro que estudiábamos. Me puse en evidencia ante toda la clase. Yo me sentía indignado, pero preferí no discutir, de manera que encajé sus comentarios sin más. Poco después de la medianoche, hallándome yo acostado, y haciendo un frió que pelaba (estábamos a varios grados bajo cero), me mandó al oficial de guardia sin otro encargo que el de despertarme para decirme que estaba en lo cierto en lo del problema y que me presentaba sus excusas.

—Tío John es de esa manera de ser. Los dos se entendieron nada más verse.

—Me figuré que ocurriría eso.

—¿Piensas realmente incorporarte a las tropas virginianas apostadas aquí? El coronel Jackson te invitó a proceder así…

—Es probable. Uno de los regimientos de Harpers Ferry, el 27.º de Virginia, se compone en su mayor parte de hombres procedentes de mi parte del valle. ¿Vas a echarme de menos?

—Desde luego que te echaré de menos. —Los ojos de Araminta brillaron por efecto de unas lágrimas repentinas incontenidas—. ¿Crees acaso que los indios no tenemos sentimientos?

—Yo conozco perfectamente los que me inspiras tú: te amo, Araminta.

—Entonces, ¿por qué no me los dices con más frecuencia?

—Se supone que las mujeres conocen tales cosas por intuición.

—Es verdad. No obstante, nos gusta su confirmación por medio de las palabras. —En los ojos de Araminta apareció ahora una mirada traviesa, que él había aprendido a identificar perfectamente, y que también amaba—. ¿Es ésta una oferta de matrimonio o estás intentando seducirme?

—Sabes que para ti y para mí prefiero lo primero.

Ella fingió enfadarse.

—Así pues, he de pensar que no soy lo suficiente atractiva para que tú consideres grata la perspectiva de hacerme caer en tus brazos…

—Para mí eso supondría el cielo… Pero es mejor que dejemos este tema. ¿Cuándo piensas casarte conmigo?

—En cuanto termine la guerra…

—La guerra puede durar mucho tiempo. Y, por otra parte, ya sabes lo que se dice de las ausencias. El amor puede cobrar unos vuelos insospechados con la distancia…, pero también es posible que apunte hacia nuevos objetivos.

—¿Es ése el concepto que tienes de mí? —preguntó ella con acritud—. En tal caso…

—Bromeaba, mujer…

—Si he podido esperar cinco años, sin saber siquiera dónde estabas, ni lo que hacías, ¿qué importancia ha de tener un año, dos más a lo su…?

—Un momento, un momento… ¿De qué cinco años me estás hablando?

—Pero, ¿por qué seréis los hombres tan torpes? —dijo Araminta—. Estoy enamorada de ti desde los dieciséis años.

—¿Me estás hablando de la época en que Lachlan y yo nos graduamos en el VMI?

—Desde luego. Cuando te vi a la cabeza del regimiento de cadetes, tocado con aquel elegante casco de plumas, empuñando tu espada, roe dije: «Me he de casar con ese hombre». —Los ojos de Araminta parecieron encenderse ahora—. Y luego, al verme de nuevo en Washington, ni siquiera me recordabas…

—Estoy justificado, querida. En el Instituto eras una niña preciosa, pero ahora te has convertido en una princesa. Uno tiene que sentirse muy seguro de sí mismo para ascender hasta la realeza.

—Vuelves a burlarte de mí.

—No es eso —aseguró él—. Sucede que no quiero que al pensar en mí veas al cadete rígido de las plumas en el casco. No soy más que un médico

corriente, destinado, probablemente, a pasarse la vida ayudando a llegar a este mundo a muchos bebés, y a aliviar los dolores en los viejos, hasta que queden definitivamente liberados de ellos.

—Algunos de esos bebés serán nuestros —señaló Araminta, bajando la voz—. Y llegará un día, quizá, en que tengamos ocasión de ver uno desfilando al frente del regimiento de cadetes. Sin embargo, nunca me sentiré ante él todo lo orgullosa que me sentí de ti hace cinco años.

David la besó y ella le correspondió apasionadamente. Era una mujer ya, en toda su plenitud. Estremecido por la idea de perderla cuando en verdad acababa de encontrarla, David la abrazó estrechamente… Ella, finalmente, lo rechazó con un suave gesto.

—Esto hará que me seas fiel en todo momento —dijo la joven, casi sin aliento.

—Voy a darte algo que en adelante servirá para recordarte que me perteneces —anunció David.

Éste extrajo de uno de sus dedos el anillo del VMI, intentando acomodarlo en cualquiera de los de la joven, sin resultado, pues eran demasiado pequeños. Por último, Araminta se soltó la cadenita de oro que pendía de su cuello, insertando en la misma la sortija. A continuación, volvió a ponerse la primera y el anillo se perdió en el escote de su vestido.

—De esta manera, querido, lo llevaré siempre junto al corazón, y te sabré seguro, junto a mí. Así hasta que termine la guerra. Y luego, ya no volveremos a separamos jamás.

Varios días más tarde, desde el muelle de Parkersburg, David veía cómo se alejaba lentamente la embarcación bautizada con el nombre de Belle of Vicksburg. La rueda de amplias palas del vapor fluvial removía las aguas cenagosas del Ohio. David abandonó el embarcadero cuando aquél, rumbo al sur, era tan sólo un oscuro punto en el horizonte. Incluso entonces, se hizo la ilusión de seguir viendo la esbelta figura de la joven, plantada en la cubierta superior, agitando un blanco pañuelo, en un adiós interminable, prolongado hasta el instante en que los dos dejaron de verse mutuamente.

—Quiera Dios que esta guerra termine pronto…

Había pronunciado él estas palabras en voz alta inconscientemente.

Un coche de alquiler le llevó a la estación del ferrocarril de Baltimore & Ohio, donde tomó el tren que había de conducirle a Harpers Ferry… y a cuanto le esperara más allá. Y mientras seguía con la vista, ensimismado, la interminable serie de vagones cargados de carbón que aguardaban la hora de ponerse en marcha, con destino hacia el este, para proveer a las necesidades

de la Armada estadounidense, que ya estrechaban el cerco por mar en torno a la Confederación, de acuerdo con el bloqueo ordenado por el Presidente Lincoln, en vigor en todos los puertos meridionales, le asaltó un sombrío pensamiento, diciéndose que podía ser que transcurriese mucho tiempo antes de que viera de nuevo a Araminta.

III

DESDE las inmediaciones de Martinsburg (Virginia), a unos treinta kilómetros de Hagerstown (Maryland), por el sudoeste hasta Point-of-Rocks, a orillas del Potomac, no lejos de Harpers Ferry, el ferrocarril B&O contaba coa una vía doble.

Cuando David Preston llegó a Martinsburg, en las últimas horas del día, después de haber visto partir sin novedad, a bordo del Belle de Vicksburg, a John Ross y los suyos, con destino a Tahlequah, en territorio indio, se sintió sorprendida al ver las vías férreas atestadas de vagones cargados de carbón hasta los topes.

—¿Qué es lo que pasa aquí? —preguntó al conductor del convoy, una vez lo hubo localizado.

El hombre se movía, impaciente, de un lado para otro, murmurando apagadas imprecaciones.

—Ese condenado coronel de la Confederación que está al mando de Harpers Ferry se quejó a la dirección del ferrocarril, alegando que los trenes que pasan por este lugar de noche le impiden dormir a causa del estruendo que arman. En consecuencia, nosotros sólo podemos llevar a cabo nuestros trabajos de día.

—¿Puede él parar el ferrocarril, legalmente?

—Haya procedido con legalidad o no, el caso es que lo ha parado; —saltó el conductor, bruscamente—. ¿Usted ha oído dar una razón más absurda que ésa?

—¿Y si la dirección del ferrocarril se hubiese negado a proceder en el sentido indicado?

El hombre se encogió de hombros.

—¿Usted se imagina lo que sería de la línea B&O si Jackson se decide a volar el puente de Harpers Ferry, doctor? La línea quedaría cerrada, todo se vendría abajo.

—¿Cuánto tiempo supone usted que es capaz de mantener las cosas como ahora están?

—Su suposición puede ser tan acertada como la mía. Los cables del telégrafo deben de estar echando humo, sin embargo. Las autoridades de Richmond saben que la voladura de la línea B&O podría llevar a Maryland a

los brazos de la Unión… Muchísimas de las acciones de la B&O pertenecen a gente del estado.

—Es probable que en la Confederación haya un número igual de accionistas. ¿Cree usted que Maryland se unirá al resto del Sur?

—Existe una fuerte tendencia en tal sentido. Si dejamos a un lado las ciudades que albergan fábricas, la mayor parte de sus pobladores viven de las plantaciones y muchos poseen esclavos. Pero la cuestión es ahora: ¿se halla impuesto de eso el coronel Tom Jackson, de Harpers Ferry?

—Yo me imagino que está informado plenamente acerca de las dos facetas de la cuestión.

—Tengo la impresión de que usted le conoce.

—Jackson fue uno de mis profesores en el VMI.

—Pues entonces usted tendrá alguna idea sobre sus propósitos inmediatos.

—De toda la vida, el profesor Jackson fue muy reservado. Y ahora que la guerra ha comenzado…

—Ahora tiene más razones que nunca para cerrar el pico —repuso el conductor del tren, asintiendo—. Bien sabe Dios qué cuánto sucede en un bando es conocido por el otro tan pronto como ocurre. De todos modos, mi trabajo consiste en llevar trenes de un lado para otro, y éste, con otros más, no va a ponerse en marcha hasta que llegue la mañana. Me dispongo a localizar un asiento en uno de los vagones, donde pueda dormir un rato. Y le aconsejo, doctor, que imite mi ejemplo.

A las seis de la madrugada, el convoy comenzó a moverse, rumbo a Harpers Ferry. Una larga fila de vagones vacíos apareció pronto, rumbo a las minas de carbón de Virginia Occidental, traqueteando sobre las vías férreas contiguas.

Era aquél un hermoso día de mediados del mes de mayo. El sol calentaba agradablemente cuando David se apeó de su vagón en la estación de Harpers Ferry. Mientras remontaba la calle que le llevaba al cuartel de la milicia de Virginia, divisó en las Alturas de Maryland, al otro lado del río, las negras bocas de los cañones colocados para conservar el control de la línea férrea, el canal y la ciudad. El comandante Joseph Stannard estaba trabajando ante la misma mesa en que David le viera la primera vez. Se puso en pie al verle, sonriendo y estrechándole la mano.

—Espero que esté en condiciones de unirse a nosotros ya, doctor.

—Si es que me necesitan…

—¿Que si le necesitamos? ¡Santo Dios! La mitad de la guarnición se encuentra indispuesta y el doctor Hunter McGuire no ha llegado todavía a

Richmond.

Stannard rebuscó en un montón de papeles, hasta dar con un impreso.

—Acerque usted una silla a la mesa y llene este impreso —dijo—. El coronel Jackson se encuentra al otro lado del río, en Point-of-Rocks, efectuando unas comprobaciones en la vía férrea, pero estará de vuelta dentro de una hora, más o menos. Entonces, refrendará su solicitud y le tomará el juramento.

—¿Cómo anda de salud el coronel?

David hizo esta pregunta al empezar a rellenar el inevitable impreso. Pensó que sin aquel papel y otros por el estilo era imposible poner en marcha un ejército.

—Como siempre… Todos los días se trae algo nuevo. La otra noche entré en su habitación, arriba, para que me firmara una requisitoria, encontrándomelo sentado en una silla, más derecho que una vela. Me explicó que estaba facilitando a sus órganos internos una oportunidad de reanudar sus relaciones normales tras haber estado montado a caballo la mayor parte de la jornada.

David sonrió.

—En el Instituto eran bien conocidas sus manías de tipo sanitario… Y también su predilección por los manantiales de aguas minerales.

—No ha perdido esa afición todavía. Anoche me hablaba de ir a Bath, para permanecer allí un par de días, a fin de tomar las aguas. No es que yo le reproche nada. La última vez que yo estuve en el hotel de ese lugar la comida era algo extraordinario…

Bath era una famosa estación termal (había más de una docena a lo largo de los montes Allegheny, componiendo la cara occidental del Valle de Shenandoah) ya en la época de George Washington, y su hotel, situado sobre una colina, dominando los famosos manantiales de aguas calientes, era un balneario de fama mundial.

—Hubiera podido llegar aquí ayer —explicó David—, pero nos vimos retenidos en Martinsburg. El conductor del tren me dijo que el coronel Jackson había dado la orden de que no circularan los convoyes de noche.

—He oído contar que los funcionarios del ferrocarril en Baltimore están fuera de sí. Los accionistas de la B&O, también, han armado un alboroto tremendo en el Congreso Confederado, de Richmond, a juzgar por los

telegramas que estamos recibiendo. En consecuencia, el coronel tendrá que tomar una determinación a no mucho tardar.

—¿Cuál será? ¿Tiene usted alguna idea sobre el particular?

—Es como si usted formulara esas preguntas a la Esfinge… Yo me figuro que habrá una solución intermedia. Richmond desea que se pongan en movimiento sólo los vagones de carbón indispensables, pero al mismo tiempo les inspira temor el hecho de acabar con la línea B&O principal.

—¿Por qué?

—Muchas acciones B&O se hallan en poder de un grupo de banqueros y grandes personajes del Sur. No se quiere enfadar a los accionistas de Maryland tampoco… Con respecto a Maryland, no lo olvidemos, la cuestión de la secesión aún se mantiene en el aire.

—Pero su legislatura acaba de votar la permanencia en la Unión…

—La mayoría de los miembros del cuerpo legislativo de Maryland proviene de las ciudades, pero en el campo se dan muchas simpatías por el Sur. Además, se sabe que el Presidente John Garrett, de la B&O, dispone de muchos apoyos entre los sudistas.

—Todo parece indicar que Jackson está reteniendo a un tigre por su rabo…

—El tigre es de los grandes —puntualizó Stannard—. Y cada vez que él ve uno de esos trenes cargados de carbón, sabiendo que el destino final del combustible son las bodegas de los buques federales, se le encoge el corazón. La treta le ha dado resultado, no obstante. Al limitar la circulación de los convoyes a unas cuantas horas, durante el día, Jackson ha reducido prácticamente el tráfico ferroviario a la mitad.

—¿Cree usted que podrá continuar así?

—No por mucho tiempo.

Jackson llegó en aquel momento. David se puso firme, en unión del comandante Stannard.

—Descansen, caballeros —dijo el antiguo profesor—. Bienvenido, capitán Preston. Espero que siga todavía con la idea de unirse a nosotros.

—Acabo precisamente de rellenar un impreso de solicitud de ingreso en el Departamento Médico, señor.

—¡Magnífico! —Jackson dio un vistazo al documento, garabateando sus iniciales al pie—. ¿Quiere comer con nosotros?

David estaba hambriento y lo que les sirvieron a la mesa resultó mejor de lo que Stannard le había insinuado. Jackson, sin embargo, comió poco.

Mientras masticaba un trozo de carne, se dedicó a estudiar un pequeño mapa. David descubrió que el mapa era en realidad una carta de la línea férrea B&O.

—Me imagino que habrá usted venido en tren desde Parkersburg, doctor Preston —dijo Jackson.

—Sí, señor.

—¿No observó nada extraño?

—Sólo una gran acumulación de vagones de carbón en Martinsburg, señor. El personal del servicio ferroviario no se sentía contento con eso precisamente.

—Nos tiene sin cuidado verles satisfechos o no, doctor. Lo único que yo quisiera es detener todo el tráfico entre Baltimore y Washington.

—Nosotros podríamos utilizar una buena cantidad de ese material rodante en la línea de Winchester y Potomac, señor, así como en torno a Richmond.

Quién acababa de hablar así era el comandante John Harman, jefe de los servicios de intendencia y transportes.

—¿Qué es lo que se le ha ocurrido a usted, comandante?

Jackson parecía tener mucha confianza en las opiniones del pelirrojo oficial.

—Hay menos de treinta kilómetros entre Winchester y Strasburg, y en Winchester existe un empalme con el ferrocarril de Manassas Gap —declaró Harman—. Si construyésemos puentes, dispondríamos de una comunicación directa por ferrocarril con el de Orange y Alexandria, en Manassas, y con Richmond por el Virginia Central.

—Su idea es de capital importancia, comandante. —Los oscuros ojos del ayudante de Jackson, Sandie Pendleton, centellearon—. Sería una daga apuntada directamente contra Washington.

—O contra Richmond —manifestó Jackson con cierta brusquedad, y el joven ayudante del coronel se ruborizó—. Me inclino a pensar que ninguno de mis condiscípulos del lado de la Unión pasarían por alto semejante ventaja, hijo mío.

—Pero, señor…

Jackson alargó una mano, dejándola caer sobre uno de los brazo del joven oficial. Viendo la afectuosa mirada del coronel, David comprendió que éste sentía un cariño paternal por el atrevido Pendleton.

—He aquí la forma de pensar que a nosotros nos agrada, teniente —declaró Jackson, volviéndose a continuación hacia David Presten.

Hubo una pausa.

—«Tengo entendido que usted adquirió alguna experiencia de tipo bélico en Italia, capitán Preston —prosiguió diciendo el coronel—. ¿Cuál es su opinión en lo concerniente a nuestras tácticas de entorpecimiento de la circulación ferroviaria?

—Está usted entorpeciendo el tráfico ferroviario, en efecto. Pude apreciarlo perfectamente en Martinsburg. Sin embargo, ¿cuánto tiempo cree que podrá prolongar semejante acción?

—Está usted poniendo el dedo en la llaga. Ahí está el problema —admitió Jackson—. Se dan presiones por los dos lados a fin de que sea levantada la prohibición de circular los trenes por las noches.

—Pero no existen órdenes de Richmond al respecto…

—Todavía no.

La voz de Jackson había perdido su inflexión cordial. Hablaba ahora en un tono que David recordaba muy bien de sus días de estudiante en el VMI. Era el que empleaba en sus reprimendas, cuando alguien había cometido una infracción de importancia secundaría. Evocando mentalmente la reacción de Jackson ante las indecisiones, esperó a que cayera el hacha, no sin cierto nerviosismo. Luego, decidió airear la idea que de pronto se le había ocurrido.

—Todo parece indicar que usted va a verse obligado a actuar antes de que lleguen tales órdenes.

—¿Qué sugiere usted, capitán? —inquirió Jackson, ahora en un tono de voz más que glacial.

—¿Ha cazado usted alguna vez perdices a caballo, señor?

La mirada sobresaltada que David sorprendió en los ojos de Jackson dio a entender a aquél que el viejo había captado inmediatamente la significación de sus palabras. No obstante, no hubo la menor alteración en su voz.

—He participado en unas cuantas cacerías de ese tipo, doctor, pero algunos de estos caballeros no se encuentran en mi caso. ¿Por qué no hace una descripción de ese método cinegético?

—Las perdices no temen a los animales y yendo uno a caballo el jinete puede hacerse con una bandada con la misma facilidad que si se tratara de una punta de ganado, sin alarmarlas lo más mínimo. —David se dirigió al grupo de oficiales (el estado mayor inmediato de Jackson) situados en torno a la mesa—. Para esta clase de caza se utiliza una red en forma de tubo cerrado por uno de sus extremos, con la boca ancha. Ésta se mantiene abierta mediante unas estacas clavadas en el suelo. Desde la boca hasta el extremo cerrado corren unas tiras de tela de quince a veinte centímetros de anchura, apoyadas en unos pernos.

—¿Cómo una red de pesca, aproximadamente?

Había formulado esta pregunta el capitán John D. Imboden, comandante de un grupo no regular de caballería, cuyos hombres habían sido reclutados en el sector de Staunton, por la parte septentrional del Valle de Shenandoah.

—Pues sí, se trata de algo muy semejante, capitán. Es frecuente en el sudoeste de Virginia que nuestros jinetes se hagan con grandes bandadas de perdices por este procedimiento. Todas acaban en la trampa. Finalmente, uno de los miembros de la expedición es el encargado de cerrar la red.

—Que me condene si… —saltó Imboden.

—Ciertamente, si no abandonas esa fraseología, John, acabarás condenándote —apuntó Jackson suavemente.

Bruscamente, cambió de tema de conversación.

—¿Cuánto tiempo se tardará todavía en acabar con el traslado de la maquinaria susceptible de ser usada, proveniente de las fábricas de municiones de diversos puntos, a Winchester, comandante Stannard? —preguntó.

—Unos días más tan sólo, coronel. Parte de los materiales sufrieron daños a causa del fuego cuando las fuerzas de la Unión se retiraron ante nosotros. Es difícil predecir eso con exactitud.

—Le voy a conceder dos días para que liquide ese asunto.

Jackson se puso en pie y los otros le imitaron. Cosa característica en él: no había preguntado a Stannard si iba a poder cumplir con su cometido en el plazo señalado. Stannard, que conocía perfectamente las maneras de Jackson, se abstuvo de insistir sobre el particular.

—El 27.º Regimiento de Virginia y la artillería de Rockbridge no tienen médico, doctor —manifestó Jackson cuando avanzaban por el vestíbulo de lo que había sido en otro tiempo restaurante, regido por un holandés de Pennsylvania, con algunos apoyos sudistas—. Va usted a quedar asignado a esas unidades y cuento con que podrá hacer algo por la disentería que sufren muchos de los soldados.

—Haré cuanto esté en mi mano, señor, para acabar con ella.

—¿Por qué diablos se ha hablado ahí de la caza de perdices a caballo? —preguntó Joe Stannard, mientras aguardaban en la calle, frente al restaurante, a que Jackson entrara en su alojamiento, encima del de la brigada—. Por un momento, pensé que el hombre iba a darle un salvoconducto para que siguiera su camino, doctor. Luego, de pronto, su rostro pareció encenderse…

David se lo explicó todo y el otro emitió un débil silbido.

—Es posible que usted se haya equivocado de especialidad, amigo mío. Debiera ser un oficial de tropa.

—Yo vi utilizar a Garibaldi el mismo truco en la península italiana. No me lo he inventado yo, por tanto. Por otro lado, carezco de valor para el combate.

—No es ése precisamente el caso de Jackson —manifestó Stannard—. El año pasado estuve hablando con un antiguo sargento del ejército regular, el cual sirvió con el viejo Jack en México, antes de que el coronel fuese nombrado profesor de artillería en el Instituto. Según las declaraciones del sargento, Jackson había sido citado varias veces por su valor en la orden del día. Una cosa parecida logró Robert E. Lee, siendo ellos los dos mejores oficiales de todas las fuerzas que luchaban contra México.

»Bueno, tengo que volver al condenado papeleo. Encontrará usted el campamento del 27.º Regimiento al pie de las Alturas de Loudoun. Se encuentra allí al mando de la unidad Jim Updike, ausente en estos momentos. El capitán Everett Sanders es el oficial ejecutivo y una excelente persona, pero si el 27.º Regimiento marcha como hasta hace poco, descubrirá a la mayor parte de sus hombres acomodados detrás de los matorrales, con los pantalones caídos hasta los tobillos. Sanders informó que una cuarta parte de sus soldados se encuentra en la cama, a causa de la disentería.

IV

EL cuartel del 27.º Regimiento de Virginia era un barracón situado al pie de las tres colinas (por el sur) que dominaban el Potomac, el Shenandoah, el ferrocarril y el canal, en Harpers Ferry. David observó mientras avanzaba por el sendero que conducía al barracón que el agua potable provenía de una fuente no muy lejana.

Los hombres vivaqueaban bajo cobertizos de hierbas o en tiendas provisionales, preparando sus raciones de tocino, judías y galleta en grupos de cuatro a ocho hombres, utilizando pequeños fuegos. Pero según pudo advertir mientras caminaba entre aquella zona y el alojamiento principal, no se habían hecho allí previsiones sanitarias. Los hombres, como el comandante Stannard le había advertido, hacían sus necesidades donde querían, detrás de los matorrales o en los sitios despejados, especialmente cuando se sentían afectados de repente por la dolencia casi común.

El capitán Everett Sanders, oficial ejecutivo del regimiento, era un hombre grueso y bajo, de cuarenta y tantos años de edad, con un vientre prominente y un gesto de preocupación en el rostro. Levantó la vista al entrar David en el barracón de leños que servía a la unidad de cuartel y correspondió al saludo del joven con un descuidado movimiento de su mano derecha.

—¿Quiere que le diga una cosa? Tiene usted suerte por el hecho de pertenecer al personal civil —manifestó Sanders—. Y en las ordenanzas militares no se especifica que usted tenga que saludarme obligatoriamente.

—Yo soy el doctor David Presten. Sucede que el coronel Jackson me ha conferido el empleo de capitán médico en la milicia de Virginia hace poco, no habiendo dispuesto por tanto de tiempo para proveerme del uniforme.

—Siga mi consejo, doctor: procure mantenerse mientras pueda lo más alejado posible de nosotros. Estoy pensando ahora en su saludo Usted debe de poseer alguna experiencia militar, sin duda.

—He pasado medio año en Italia, y otros seis meses en Washington, con nombramiento de la Jefatura de los Servicios Médicos oficiales.

—¿Y se ha dejado usted eso para ingresar en la milicia de Virginia? —La faz de Sanders revelaba una gran perplejidad—. Siga mi consejo y de marcha atrás. Aquí disfrutamos de un comandante qué es el propio diablo en persona. ¿Querrá usted creer que me obliga a mantener a nuestros montañeros en constante ejercicio, a razón de una instrucción que dura seis horas por día?

David sonrió al oír aquellas palabras, pronunciadas en un leve tono de desesperación.

—No es cosa de risa, doctor —manifestó ahora Sanders, irritado—. ¿Cómo voy a obligar a estos hombres a hacer la instrucción y las prácticas si cuando se trata de correr sólo tienen piernas para alcanzar el matorral más próximo y llevan una mano ocupada con el arma, mientras intentan con la otra soltar la hebilla de su cinturón?

—Conozco los métodos de Jackson, capitán. Estuve en el regimiento de cadetes del VMI durante tres años.

—Yo duré en el Instituto solamente seis meses. Me expulsaron por haber metido en el dormitorio a una chica cierta noche —explicó Sanders con cierto orgullo.

David se echó a reír.

—Al menos, usted tiene la satisfacción de haber hecho en el instituto algo que nadie hizo jamás… Y no creo que se haya repetido el episodio.

Sanders estaba radiante.

—Me consta que a mí en Lexington se me recuerda. ¿En qué puedo servirle, doctor?

—Soy su nuevo oficial médico.

—¡Magnífico! Espero que acabe usted con la disentería.

—Poseo alguna experiencia sobre tal dolencia. Es bastante común en muchas agrupaciones militares. ¿Qué tal andan ustedes de medicamentos y otras cosas sanitarias?

—En este aspecto, hemos tenido suerte aquí. Cuando los federales salieron de Harpers Ferry, andaban tan ocupados pegando fuego a las fábricas de municiones que no se acordaron de incendiar unos almacenes del ejército que estaban llenos de medicinas.

—¿Sabe usted si hay aquí píldoras de opio?

—El médico que estuvo atendiéndonos por unos días (se trataba de un doctor contratado) las utilizó en cantidad. Al hacer su visita a los enfermos, si las tripas del paciente se hallaban abiertas, le daba una píldora de opio. Y si estaban cerradas ponía en sus manos un terrón azul. El suministro de píldoras de opio se mantiene y, prácticamente, nadie necesita ahora lo segundo. Pero lo que no logro comprender es por qué se ha desatado esta dolencia entre nuestros hombres al llegar aquí, a menos que sea debido todo, como decía el médico, a alguna sustancia mineral particular que contenga el agua.

—La causa de todo, probablemente, es el agua, pero no los minerales. A propósito: ¿cuántos sumideros han sido abiertos aquí?

—El viejo Jack ordenó que fuera excavado uno por regimiento, como mínimo, así que procedimos de acuerdo con sus instrucciones. Pero los hombres se empeñan en no usarlos.

Para David, ésta era una historia muy conocida. En los campamentos, los médicos se veían constantemente luchando por vencer la resistencia que ofrecían los soldados (alentados a veces por el ejemplo de sus oficiales) a seguir los preceptos más elementales de tipo sanitario. La excavación de letrinas se hacía siempre entre continuas protestas, y se utilizaban a disgusto, excepto, naturalmente, cuando las órdenes eran extremadamente severas.

—Como ya le he indicado, teníamos a nuestro servicio a ese médico contratado —prosiguió diciendo Sanders—. Pero ayer mismo llegó una orden de Richmond: en lo sucesivo, todos los médicos habían de incorporarse como oficiales. El hombre no quiso saber nada de este asunto y se fue a casa. Ahora que caigo en la cuenta: seguramente, en estos momentos, usted es el único médico militar que puede encontrarse en la milicia de Virginia, doctor Preston. ¿De qué quiere ocuparse en primer lugar?

—Quisiera llevar a cabo una inspección sanitaria. ¿Dispone de tiempo para acompañarme?

—¿Hoy?

—Ahora mismo. La disentería que está dejando a sus hombres fuera de combate sin luchar sólo dejará de actuar cuando desaparezca la causa…, que hemos de proceder a eliminar enseguida.

—Usted es el médico —contestó Sanders, con un encogimiento de hombros—. En marcha.

David no tuvo que dar muchas vueltas para descubrir la respuesta a aquel problema. La zona donde el personal vivaqueaba había sido elegida inteligentemente. Ocupaba las laderas mejores de las Alturas de Loudoun. Numerosos robles y pinos proporcionaban agradable y amplia sombra. Del fondo de una ladera, entre rocas, brotaba un manantial de mediano tamaño. Se formaba así un arroyo de unos quince metros de longitud, que moría en una corriente de agua algo mayor. Esta última procedía de un punto de las Alturas, ya que David vio, levantando la vista, algunas pequeñas cascadas, antes de llegar al fondo y formar un estanque de dimensiones reducidas. En sus orillas, varios hombres estaban bañándose y secando unas prendas de vestir.

La letrina destinada a proporcionar a todo el campamento facilidades sanitarias había sido excavada en una zona de tierra blanda, casi carente de piedras, situada como a una docena de metros del manantial, por la parte de arriba, al otro lado de un seto natural de espesos matorrales.

—Las ordenanzas militares especifican que estas instalaciones quedarán dispuestas a alguna distancia del campamento, estando protegidas en lo posible desde el punto de vista de la observación —señaló Sanders, muy satisfecho—. Ya ha visto usted que nos hemos atenido a lo mandado.

—Excepto en una cosa.

—¿Cuál?

—Ya la verá usted, capitán. Supongo que entre los artículos del regimiento figurará alguna cantidad de azulete… ¿Sabe a qué me refiero? Le hablo de lo que las mujeres utilizan cuando lavan prendas blancas, con el fin de que éstas no se pongan amarillas.

—Probablemente, no hay aquí de eso. Pero, en fin, la tienda del intendente queda por aquí. Si hace falta, enviaré a un soldado a la población…

Antes de que la inspección terminara se presentó un soldado con el azulete solicitado por David.

El capitán Sanders observó con el ceño fruncido cómo David arrojaba el contenido de la cajita que habían puesto en sus manos en la letrina del regimiento.

—No acierto a ver qué puede usted probar procediendo así, pero… bueno, ya lo dije antes: usted es el médico.

—Finalicemos la inspección. Todavía pasarán unos minutos, seguramente, antes de que se produzcan los cambios que yo espero ver aparecer.

Una hora después, David se había hecho cargo perfectamente de la disposición general del campamento y también de la causa del característico hedor que se percibía dentro de él. La letrina, pese a haber, sido excavada de acuerdo con las ordenanzas, parecía ser utilizada solamente por quienes se encontraban cerca de ella. Las instalaciones en que eran albergados los animales, gallinas, cerdos y alguna que otra vaca o venado, quedaban en las inmediaciones del manantial, con objeto de tener más facilidades en cuanto al suministro de agua. Allí se sacrificaban dichos animales, cuya carne se distribuía entre los cocineros situados ante un centenar de pequeños fuegos. Y en aquel sector, los despojos, sin enterrar hacían la atmósfera casi irrespirable.

En conjunto, decidió David, lo que se veía en el campamento del 27.º Regimiento de Virginia no era ni mejor ni peor que lo que pudiera descubrirse en otras unidades semejantes. Siempre sucedía lo mismo a lo largo de los primeros meses de movilización de un ejército. Eran casi las cinco cuando

regresaron a la letrina del regimiento, advirtiendo entonces David que el azulete había desaparecido.

—Estoy sediento —dijo a Sanders—. ¿Por qué no nos acercamos al manantial?

—No me parece mal —respondió Sanders—. Ahora bien, yo había pensado en algo más fuerte en forma también de líquido.

—De acuerdo. No obstante, primero quisiera inspeccionar el abastecimiento de agua del regimiento.

Al pie del manantial había una pequeña balsa, de unos tres metros de longitud. Era perfectamente visible el punto, en las rocas, del cual brotaba el agua. David se movió en torno a la balsa, haciendo a Sanders una seña para que se le acercara. No tardó en ver en el agua una mancha azul que se fue esparciendo hasta desaparecer…

Sanders se arrodilló, estudiando atentamente el agua. Al levantar la cabeza, David vio que estaba muy pálido. Se alejó unos pasos, presa de unas náuseas terribles.

—¿Quiere usted decir, doctor, que nosotros hemos estado bebiendo eso?

—Acaba de enfrentarse con la prueba.

—¡Maldita sea! ¿Qué hemos de hacer ahora?

—Aumentar notablemente la distancia existente entre el manantial y la letrina, o, lo que es mejor, utilizar para el abastecimiento de agua otra de las fuentes, eligiéndola con cuidado para no perjudicar a las tropas acampadas en otro nivel.

—En las Alturas de Loudoun no hay más unidad que la nuestra.

—Magnífico. Estoy seguro de que antes de que hayan transcurrido cuarenta y ocho horas notará que sus hombres mejoran.

—Estoy dispuesto a creerme todo lo que usted me diga tras la experiencia del azulete —replicó Sanders—. En serio: si usted afirma que el ácido fénico es bueno para mi organismo, me apresuraré a procurarme el que haga falta para mezclarlo con mi *whisky*.

V

DOS días después de haberse presentado en el campamento del 27.º Regimiento de Virginia, David comprobó que el número de bajas por disentería disminuía de un modo espectacular. No había vuelto a ver al coronel Jackson, de quién se decía que pasaba la mayor parte del tiempo solo, absorto en sus pensamientos. Esto parecía hallarse justificado, toda vez que los acontecimientos que afectaban a las tropas que estaban al mando de Jackson en Harpers Ferry anunciaban la rápida aproximación de una crisis.

El ferrocarril funcionaba a diario, entre el río Ohio y Baltimore, de un modo restringido, conforme a las instrucciones dictadas por Jackson. Los periódicos que el convoy traía y la línea telegráfica, cuyos postes se extendían a lo largo de la línea férrea, mantenían al comandante de Harpers Ferry y a sus oficiales bien informado acerca de lo que pasaba en el resto del país. Los acontecimientos tomaban un rápido giro, revelando una intensificación del conflicto planteado entre el Norte y el Sur.

El día 10 de mayo, el Gobierno Confederado, desde Montgomery (Alabama), señaló al coronel Robert E. Lee —coronel en el ejército estadounidense, rango al que renunció para ascender a comandante general en el ejército de los Estados Confederados de América— como jefe supremo de todas las fuerzas confederadas de Virginia.

Aquel mismo día, en St. Louis, una de las mayores ciudades portuarias del Mississippi, así como la clave de los sucesos que habían de desarrollarse en el estado fronterizo de Missouri, hubo disturbios. Algunos elementos pro-Unión y numerosos individuos de procedencia alemana, al frente de los cuales estaba el capitán Nathaniel Lyon, del ejército de los Estados Unidos, conquistaron Camp Jackson, casi sin disparar un tiro. En Camp Jackson se entrenaban y hacían sus reuniones los miembros de la milicia que se inclinaban por la secesión. En la marcha posterior a través de St. Louis, sin embargo, unos elementos prosudistas que se hallaban entre la población presente provocaron un motín. Veintiocho o veintinueve personas resultaron asesinadas o heridas; entre las víctimas hubo un niño. El nerviosismo de la gente llegó a su punto máximo, presagiando una grave crisis.

Al día siguiente, 11 de mayo, se celebró en Wheeling un gran mitin pro-Unión. Wheeling era el punto más occidental de Virginia y una de las estaciones terminales del ferrocarril B&O. Y dos días más tarde, el 13 de

mayo, el brigadier general Benjamín F. Butler, jefe de la Unión, que anteriormente había ocupado la estación en que la línea principal del B&O empalmaba con el ramal de Washington, entró en Baltimore, ocupando esta ciudad.

Aquellos hechos colocaron al coronel Jackson en una torpe posición. Estaba al mando de cuatro o cinco mil hombres de la milicia de Virginia muy verdes militarmente, a caballo sobre la línea férrea vital de Harpers Ferry, con ambos extremos de ella en las manos de la Unión. Al mismo tiempo, gravitaban sobre Jackson las órdenes procedentes de Richmond, en el sentido de que no debía causar daños en la vía citada. El servidor personal de Jackson, un negro, llamado Jim, informó que el coronel se había pasado las dos noches anteriores rezando más de lo que tenía por costumbre. Esto, de acuerdo con las declaraciones de Jim, que llevaba al lado de Jackson mucho tiempo, suponía que estaba a punto de tomar alguna decisión de importancia.

El comandante Joe Stannard, ayudante de la 1.ª Brigada que agrupaba a las fuerzas de Harpers Ferry, asignado ya, aunque no oficialmente, al ejército del Shenandoah, había visitado el campamento del 27.º Regimiento, descubriendo los sorprendentes resultados de la actuación de David, en unos días, mediante un régimen estrictamente sanitario y un cambio en la dieta, incluyendo en la misma verduras, frutas y carne fresca. David ignoraba que sus medidas hubiesen llamado la atención de la autoridad superior. Hasta que un mensajero del cuartel puso en sus manos la copia de una orden oficial, breve y directa, como todas las redactadas por Jackson.

Ejército del Shenandoah
1ª. Brigada, 12 de mayo de 1861
Orden especial n.º 6
El Capitán David Preston, Médico, 27.º Regimiento, 1.ª Brigada, es nombrado por la presente orden Oficial Sanitario de la Brigada, puesto que sumará a los que ya esté desempeñando.

Por orden de Thomas J. Jackson, Coronel Jefe
Joseph A. Stannard, Comandante 27. º Virginia,
Ayudante, 1.ª Brigada

David se hallaba suficientemente habituado a la manera de ser de Jackson, como para no sentirse sorprendido ante aquella orden, pero no se hacía ilusiones en cuanto a los otros jefes del regimiento, a quienes no veía igual de receptivos que el capitán Sanders, por lo que a las órdenes del coronel

respectaba. Tan pronto como hubo terminado su visita sanitaria de la mañana en el 27.º Regimiento, se encaminó a Harpers Ferry y luego al cuartel de la 1.a Brigada.

El comandante Stannard apartó la vista de su inevitable montón de papeles.

—¡Enhorabuena! —exclamó.

—Enhorabuena… ¿por qué? ¿Porque me han dado más trabajo?

—Ya lo dice la Biblia: «Dios castiga al que ama». El coronel le ha dado más trabajo, sí, y debe considerar esto como algo positivo. Así pone él de relieve su complacencia por lo que lleva hecho.

—Y si hago esto de ahora bien, supongo que me asignará más responsabilidades, ¿no?

—Tal es la forma de actuar de un comandante en jefe perfecto. No tengo por qué revelarle los inevitables resultados.

—A medida que disminuye el personal va aumentando más y más el trabajo. Llevo en el ejército todo el tiempo necesario para advertir que las cosas son así dentro de él.

—¡Anímese, hombre! Va usted a disfrutar de una excelente ocasión para hacer ejercicio —manifestó Stannard—. ¿Qué tal monta a caballo?

—Me crié en un territorio en el cual la caza del zorro constituye algo muy común.

—Pues entonces, búsquese una montura, una buena silla, una manta y un impermeable. Va usted a unirse a mí tras la cena para dar un largo paseo a caballo. Pero llévese provisiones para el desayuno. Es por si no volvemos hasta mañana, ¿sabe?

—¿Adónde tenemos que ir?

—Ya le he dicho que… se trata de un paseo a caballo.

—¿Me llevo algún equipo sanitario?

—Ponga algo en sus alforjas. Pudiera ser que alguien se cayera del caballo… O que sufriera un accidente, por disparársele su propia arma. En cuanto haya anochecido se presentará en la zona occidental de la ciudad, en el camino de sirga.

David llevaba esperando media hora aquella noche cuando unos rumores de pisadas de caballos, procedentes de Harpers Ferry, le dieron a entender que se le acercaba Stannard en compañía de varios jinetes. La luna se destacaba muy por encima de las copas de los árboles. El piso del camino, a lo largo del canal, estaba endurecido a consecuencia del paso de las pacientes mulas, sin herrar, que tiraban día tras día de las barcazas de la vía fluvial. La carretera se

estiraba a lo largo de casi toda su longitud (unos trescientos kilómetros), desde Georgetown hasta Cumberland (Maryland). Joe Stannard levantó una mano a modo de saludo, sin llegar a inmovilizar la larga fila de hombres a caballo. David se situó a su lado. No le fue posible calcular el número de los expedicionarios, ya que los últimos se perdían en las sombras, a bastante distancia de ellos.

—¿Ha sido idea suya la de hacerme participar en este desplazamiento? —inquirió.

—Fue cosa del viejo Jack, pero yo me siento satisfecho de disfrutar de tan buena compañía. Llevamos órdenes secretas, bajo sobre sellado, cosa muy del gusto de nuestro hombre. Jackson ha tomado siempre muy en serio el precepto bíblico: no dejes que tu mano izquierda sepa lo que hace la derecha.

—¿No se figura usted siquiera adónde vamos?

—A mí se me ha ordenado que siga este camino hasta llegar a un sitio llamado Hedgesville. Después, tendremos que dirigirnos hacia el sudoeste, en busca de una aldea llamada Bedington. Aquí pasaremos el resto de la noche. Mañana por la mañana, nada más salir el sol, abriré el sobre que contiene las instrucciones especiales del coronel Jackson y actuaré de acuerdo con ellas.

—¿Qué es lo que hemos de hacer? ¿No tiene usted ninguna idea sobre el particular?

—Hemos de dedicarnos a la caza de la perdiz… ¿Qué otra cosa podíamos hacer? En fin de cuentas, la idea fue suya.

VI

NO había hecho más que amanecer cuando David fue despertado por el teniente Sharpless, segundo jefe del grupo. Horas antes, hacia la medianoche, habían acampado en una espesura alejada de toda carretera. Resultaba difícil que alguien advirtiera su presencia en el paraje. Por otro lado, el comandante Stannard había ordenado a su llegada al lugar que nadie encendiera ningún fuego. Nadie, pues, por aquel sector debía de saber que andaban por allí.

Apresuradamente, envueltos en una fina niebla mañanera, los hombres consumieron sus raciones del desayuno, consistente en galletas y magra de cerdo, frita y en frío, todo ello regado con agua de las cantimploras, o con un trago de *whisky* (por parte de aquellos que habían tenido la previsión de proveerse de él).

David no había dormido nada bien. Habría transcurrido un año, casi, desde la última vez que hiciera vida de campamento y aún no estaba acostumbrado a utilizar como colchón un montón de hojas de pino cogidas a ciegas, en la oscuridad de la noche. Se había envuelto de la mejor manera posible en su manta, pero…

—El comandante Stannard se dispone a abrir el sobre sellado de las órdenes, doctor —dijo el teniente, cuyas dos mejillas recordaban el color de las manzanas maduras—. Ha pensado que quizá usted deseaba leerlas.

Masticando un trozo de galleta (tanto más dura siempre cuánto mayor tiempo hubiera transcurrido a partir de su elaboración), David se unió a Stannard y Sharpless a la cabeza de la columna, estremeciéndose levemente a causa del frío de aquella hora primera del día.

Silenciosamente, Stannard abrió el sobre. Echó un vistazo al papel que contenía y alargó el mismo a David.

«Cierre la trampa y no la abra». Jackson se había limitado a garabatear estas siete palabras en la hoja.

—Bien —manifestó Stannard—. Todo lo que nos toca hacer ahora es cerrar el extremo abierto de la trampa.

—¿Qué supone usted que lleva entre manos Jackson en estos momentos?

—En estos momentos está viendo cómo John Imboden cierra el otro extremo de la sección de doble vía férrea en Point-of-Rocks, y explica a un grupo de desconcertados ferroviarios de la línea B&O que el ferrocarril

permanecerá inactivo durante algún tiempo. Ordene a los hombres que monten a caballo, teniente. Tenemos trabajo por delante.

Martinsburg no ofreció ninguna resistencia ante la llegada de más de trescientos hombres armados. Y una vez estuvieron seguros los habitantes de la población de que se trataba de tropas de Virginia, los soldados fueron acogidos jubilosamente. No ocurrió lo mismo con los ocupantes de los vehículos que en largas filas se extendían a un lado de la doble sección de vías férreas.

El tren se había detenido en una de las dos vías la tarde anterior, de acuerdo con las órdenes de Jackson, quien, como era sabido, permitía la circulación de los convoyes durante parte de la jornada. Ahora, los rifles de una escuadra, enfrentados con la primera locomotora, la que aguardaba el instante de tirar de los vagones hacia el oeste, suponían una grave amenaza para quienes se atrevieran a poner en marcha los trenes. El resto del grupo de Stannard iba colocando los troncos de árbol que sacaban de una serrería situada en las afueras de la ciudad, amontonándolos en las vías férreas adecuadamente, formando una barrera. Probablemente, en Harpers Ferry estaba sucediendo en aquellos instantes lo mismo que allí… Así pues, en lo sucesivo, ninguno de los trenes cargados de carbón seguiría llevando combustible al este, con destino a las bodegas de los buques enemigos; y los vagones vacíos, por otro lado, no podrían volver a las minas.

—Tal como usted describió la caza de la perdiz, David —señaló Stannard, terminado el trabajo—. Esto es como empujar a esos animalitos hacia una trampa.

—Sólo que aquí se actúa por partida doble.

—El viejo Jack tenía que dar a esto su toque personal. ¿Y si volviéramos a Harpers Ferry para ponerle al corriente de lo que ha pasado en este extremo?

David y Stannard llegaron a Harpers Ferry, dejando al teniente Sharpless al frente de la columna en Martinsburg, con objeto de que se ocupara de mantener las barreras en su sitio, sobre las vías férreas. Por entonces, el telégrafo había estado funcionando a marchas forzadas, hablándose en todos los mensajes cursados de la inteligente argucia estratégica de Jackson. A lo largo del camino, los jinetes se habían detenido como una docena de veces, en otras tantas elevaciones, para contemplar siempre el mismo espectáculo: unas largas filas de vagones de ferrocarril que no se movían en ninguna dirección.

—Estoy seguro de que jamás un mando militar se había atrevido a llevar a la práctica una treta como ésta —declaró Stannard cuando ya se adentraban en Harpers Ferry—. ¿Cuál habrá sido el botín de ese hombre, exactamente?

No pasó mucho tiempo sin que fuera conocida la respuesta a tal pregunta. La Confederación se hizo con cincuenta y seis locomotoras, con más de trescientos vagones, muchos de los cuales fueron enviados sobre la marcha a otras vías del Winchester y Potomac, para prestar servicios en el sudoeste. La primera de cuatro locomotoras más pequeñas estaba destinada a Winchester, pero, desgraciadamente, no era posible técnicamente su acomodación a los raíles de la línea W&P, más ligeros. Igual ocurría, lógicamente, con las macizas locomotoras que habían arrastrado numerosos vagones de carbón desde las minas hacia el oeste. Jackson, pues, se enfrentó aquí con un problema: había de decidir qué se hacía con parte del botín conseguido.

Como inspector sanitario del Ejército del Shenandoah, David comía ahora con los oficiales del estado mayor. Reinaba alrededor de las mesas mucho júbilo con motivo del acontecimiento de la mañana anterior, que había consistido, en resumen, en la captura, sin disparar un tiro, de una considerable parte del material rodante de la línea B&O.

Terminada la comida, a los oficiales les fue servido un café excelente. Esto tenían que agradecérselo, por raro que pareciera, a las tropas federales. Al evacuar Harpers Ferry, aquellos hombres no se habían olvidado de pegar fuego al depósito de intendencia. El fuego en cuestión había empezado a tostar el café almacenado. Las tropas de Virginia, por pura casualidad, habían extinguido las llamas del incendio en el momento preciso: cuando el tostado se hallaba en su punto justo.

Jackson se había mostrado alegre como nunca durante aquellas horas. Era ésta una faceta de su carácter que sólo sus amigos íntimos conocían… Luego, llegó un ordenanza de la brigada, que era portador de un telegrama. David, que estaba observando al coronel, vio de pronto que su rostro cambiaba de expresión. El gozo se había trocado en ira repentinamente. Jackson se puso en pie.

—Ustedes pueden seguir reunidos aquí, caballeros —dijo Jackson al ver que todos se disponían a abandonar sus asientos. Su ronca voz delató la súbita indignación que el mensaje había suscitado en el soldado, un hombre que habitualmente sabía disimular sus emociones—. Si me lo permiten, me retiraré a mi alojamiento.

Jackson salió de la habitación tras haber puesto el telegrama en manos de Joe Stannard. Una vez se hubo ido el coronel, Stannard echó un vistazo al mensaje, haciendo un gesto de incredulidad.

—¿Qué ocurre, Joe? —preguntó John Imboden—. ¿Se trata del fallecimiento de algún familiar?

—Es una cosa por el estilo, podría decirse. Escuchad esto: «Departamento del Ejército, Estados Confederados de América, Richmond, Virginia, 15 de mayo de 1861. Al coronel T. J. Jackson, Harpers Ferry, Maryland. Con esta fecha queda asignado el mando de todas las tropas de su distrito al Brigadier General Joseph E. Johnston. Fumado: Judah P. Benjamín, Secretario de la Guerra, Estados Confederados de América».

—¡El muy hijo de perra! —exclamó Imboden—. ¿Cómo ha podido ocurrir eso?

—Supongo que en Richmond, Atlanta y Birmingham hay demasiados banqueros que posean acciones de la línea B&O —contestó Stannard.

—También yo las tengo —saltó el comandante John Harman—. No obstante, no apruebo de ningún modo los desplazamientos de esos trenes para abastecer de carbón a los buques que luego procurarán asfixiar al Sur con un bloqueo. ¿Quién diablos hace aquí la guerra? ¿Nosotros o los políticos?

—Bueno, quejándonos no vamos a sacar nada en limpio —puntualizó Imboden—. ¿Qué os parece si telegrafiamos a Jefferson Da vis pidiéndole que deje en paz de momento a las tropas de Virginia y a Jackson?

—Eso no nos llevará a ninguna parte.

—¿Y si apeláramos al Gobernador Letcher?

—Lo más seguro es que él no pueda hacer nada acerca de este asunto. Jefferson Davis sostiene unas relaciones demasiado estrechas con la gente que ha de proporcionarle el dinero necesario para llevar adelante esta guerra. Además, hemos de evitar que el viejo Jack caiga en desgracia con los altos sectores financieros tan pronto, dentro del juego.

—¿Suponéis que Johnston se apresuraré a devolver el material rodante a la B&O? —inquirió John Harman.

—Eso sólo lo sabremos cuando se presente aquí, es decir, dentro de unos días —repuso Joe Stannard—. Entretanto, la mitad de aquél se encuentra ya en Winchester… o camino de Winchester.

De pronto, John Harman dejó su taza de café sobre la mesa, poniéndose en pie.

—Pues entonces lo que nosotros hemos de hacer es procurar que cuando Johnston llegue aquí todo esté en Winchester.

—Y el resto del material en el río. —Imboden dejó oír una irónica risita —. El coronel ordenó que esos vagones fueran enviados a Winchester con la mayor rapidez posible. Ciertamente, nada podrá objetar si nosotros actuamos con mayor rapidez de la prevista. En marcha, señores.

La improvisada reunión sobre cuestiones estratégicas se disolvió. David Preston se trasladó a su alojamiento, en la zona en que vivaqueaba el 27.º Regimiento. Se hallaba ya profundamente dormido poco antes de la medianoche cuando el oficial de guardia aquel día lo despertó sacudiéndole por los hombros.

—El coronel Jackson se ha puesto enfermo, doctor —explicó el hombre —. Jim acaba de presentarse aquí para pedirle que le atienda.

David se vistió rápidamente, comprobó el contenido de su maletín y recorrió la distancia que le separaba del alojamiento de Jackson. El coronel estaba tendido en su lecho, mostrándose visiblemente molesto. Su rostro se hallaba muy pálido y tenía la frente cubierta de sudor.

—Creo que me atormenta de nuevo mi dispepsia, doctor —dijo—. Llevo veinte años ya así.

—Asegurémonos primero. Vamos a ver con certeza de qué se trata — contestó David.

Inmediatamente, inició un reconocimiento en regla.

Ante todo, David le tomó el pulso. No registraba ninguna aceleración. Luego, le tomó la temperatura, que halló normal. Nada raro descubrió en el pecho, ni en los pulmones, con la ayuda del estetoscopio. Jackson no tenía un gramo de grasa de sobras en el cuerpo, cosa que no extrañó a David, a causa de que el coronel no comía nada prácticamente. Muy frecuentemente, una corteza de pan y un poco de leche constituían una de sus comidas.

El abdomen era otra cuestión, sin embargo. Aparecía dilatado y muy sensible al tacto, si bien Jackson trataba de disimular el dolor que sentía al oprimírselo David.

—Yo creo, coronel, que a usted le ha caído mal algo de lo que ha comido últimamente. Esto es una indigestión, probablemente. Voy a darle algo que servirá para aliviar los dolores que siente y atenuar la dilatación que observo.

Jackson era un paciente muy dócil. Ingirió sin protestar una generosa dosis de láudano y una mezcla de polvos Seidlitz, blancos y azules, que dio una espumosa bebida. Entretanto, Jim, en la cocina de la planta baja, había colocado un recipiente con agua sobre el hornillo tras encender el mismo. Cuando lo sacó del fuego se lo subió a David, quien arrojó al agua cierta cantidad de trementina.

—A veces, los fomentos de trementina son eficaces en los casos de dispepsia aguda —explicó.

Sumergió una pequeña toalla en la humeante solución y la aplicó directamente al abdomen del enfermo.

—La mayor parte de los médicos que me han visto a lo largo de los últimos años me prescribieron *elixir de pepsina*, pero yo nunca sentí que me fuera muy bien.

—¿Toma usted algo con regularidad, señor?

Jackson se permitió un largo eructo antes de responder.

—La hidroterapia es lo que me ha ido mejor siempre. Si dispusiera de tiempo pasaría unos cuantos días en Bath. Las aguas minerales me caen bien.

David cambió la ahora fría toalla por otra caliente. Jackson emitió un segundo eructo aliviador.

—Tengo que decirle, doctor Preston, que es usted un médico milagroso —reconoció En estas mismas circunstancias de ahora, nadie ha sido capaz nunca de procurarme un alivio tan rápidamente.

—Me alegro de haberle sido útil, señor.

—Creo que usted me ha dicho en algún momento que después de haberse graduado se trasladó a Europa… ¿Por qué procedió así?

—En varias capitales europeas, particularmente en Viena, se lograron progresos en el campo de la medicina que superaban a las realizaciones de aquí. Yo quería estudiar los nuevos métodos, especialmente con el fin de evitar las infecciones producidas en los partos y en las operaciones quirúrgicas. Atrajeron mi atención, en tal aspecto, los trabajos desarrollados por un médico húngaro llamado Semmelweis.

—¡Qué bendición sería poder evitar las infecciones de las heridas que se producen en los campos de batalla! —Jackson parecía haber olvidado sus dolores—. Durante la guerra de México tuve ocasión de ver cosas terribles. E, indudablemente, todos tendremos ocasión de verlas peores antes de que haya terminado la presente guerra.

—Lo mismo ocurrió en Italia, durante las campañas de Garibaldi. Las infecciones son siempre un grave problema, tanto si se presentan en las heridas como en los sobrepartos.

—Acaba de hablarme de un doctor húngaro… ¿A qué se dedica ese hombre concretamente?

—Semmelweis enseña a los médicos, a los ayudantes de clínica, y, especialmente, a los estudiantes de medicina, a lavarse las manos con cloruro de cal, y a hacer lo mismo con los instrumentos a utilizar antes de un parto o de llevar a cabo una operación quirúrgica cualquiera.

—¿A eso se reduce todo? Parece increíble.

—La solución a un grave problema resultaba tan sencilla que los doctores de Viena no daban crédito a aquélla. Al final, Semmelweis tuvo que volverse

a Budapest, viéndose mirado por todo el mundo con malos ojos.

—Generalmente, las respuestas sencillas son siempre las mejores. Como esa idea suya sobre la caza de la perdiz. Pero sería una desgracia, verdaderamente, que después de haber logrado nosotros cerrar la trampa tan limpiamente apareciera ahora alguien para abrirla y dejar a la presa en libertad.

Jackson guardó silencio mientras David escurría las toallas empleadas para aplicar los fomentos. Las dejó colgadas del toallero situado junto a un lavabo, en uno de los rincones de la estancia.

Cuando hubo terminado su tarea volvió la cabeza, experimentando la impresión de que el coronel se había dormido. David se acercó a la cama caminando de puntillas para no despertar a su jefe. Quería coger el maletín y salir de allí, dejando al coronel descansar, puesto que el dolor había desaparecido, aparentemente.

Pero Jackson volvió a hablar antes de que él abriera la puerta. Su voz ahora, libre ya de dolor, era más normal.

—¿En qué época del año estuvo usted en Europa, doctor?

—Salí de allí antes de Navidad, pero mi estancia en el viejo continente duró un año, casi.

—El verano del año en que murió mi primera esposa pasé una temporada en el extranjero. —Jackson tenía un gesto pensativo y en su voz se advertía una distante nota—. No fueron necesarios muchos días para que acabara enamorándome de las almenadas torres y castillos situados a lo largo del Rhin, ocurriéndome lo mismo con los viñedos de Pro Venza.

—Son lugares saturados de atractivos.

—No sabía qué me gustaba más: si aquella parte del mundo o las montañas de Suiza, o los canales de Venecia… ¡Qué orgía de pinturas y esculturas! El desfile era inacabable. La gente se me antojó feliz, llamándome la atención su alegría, la libertad que informaba sus reglas y costumbres.

—Los italianos, ciertamente, saben hacer un arte del vivir. Para mí, los campesinos italianos son tipos humanos inigualables.

—La bahía de Nápoles… Unas nubes de humo ascendentes ocultan la cumbre del Vesubio por la mañana.

Jackson era un hombre sensible a la belleza. Las personas situadas fuera de su círculo familiar no conocían tal faceta del coronel. Aquello no se avenía

del todo bien con un soldado que tenía el hábito de la rigidez, que sólo parecía interesarse por los asuntos tangibles, los que llevaba entre manos.

—Creo que no volveré a ver jamás nada tan bonito como aquello, ni siquiera en el Valle del Shenandoah, ni en Cumberland.

—Yo me crié en una ensenada situada cerca del James, señor, pero sí, estoy de acuerdo.

—¿Visitó usted el campo de batalla de Waterloo cuando estuvo en Europa, doctor?

—No me sentía muy interesado por los asuntos militares, señor. Andaba empeñado en ampliar mis conocimientos profesionales.

—El hombre debe acoger bien toda oportunidad que le permite ampliar sus horizontes. Sin eso, su visión de la vida está condenada a hacerse estrecha y rígida. —La delgada figura del lecho se agitó—. Me parece, doctor, que ahora va a serme posible conciliar el sueño. Gracias por haber venido en mi ayuda.

—Era mi deber y ha sido al mismo tiempo un placer haberle sido útil, señor.

Jim bajó con David hasta la calle.

—Esta noche ha hecho usted por el general más que puede haber hecho por él ningún hombre, doctor —manifestó el criado de Jackson—. Cuando sufre uno de sus ataques se siente terriblemente mal…

—Así pues, ¿es eso frecuente?

—El general padece mucho de dispepsia, sí. Dispepsia, le llama él… Y todo sale peor cuando le preocupa algo, como ha sucedido esta noche.

—Observo que tú, Jim, siempre le llamas «general».

—¿Y por qué no, señor? ¿No está mandando un ejército?

—No puedo discutirte eso, Jim.

—Espere y verá… Esos políticos de Richmond no siempre se saldrán con la suya, dando de lado al general. Terminada esta guerra, será él quien mande en el país…, él y el mariscal Robert E. Lee.

David no regresó a su alojamiento inmediatamente, pese a que eran más de las doce de la noche. Bajó paseando por la calle, hasta ver el canal junto al río y las vías férreas de las líneas de Winchester y Potomac, en el punto en que se juntaban con las de la firma R&O. Se desplazaban las luces de unas linternas por los carriles. Llegó a sus oídos el «chug-chug» de una locomotora, arrastrando una larga fila de vagones cargados de carbón. Se dirigía al sudoeste, hacia Winchester y el Valle de Shenandoah, en Virginia.

John Harman y Joe Stannard no habían perdido el tiempo, según apreció. La tarea de poner en movimiento el soberbio premio que representaba la maquinaria, el carbón, las locomotoras y otros elementos, todo ello de un gran valor para la Confederación, se hallaba en marcha. Al otro lado del río, en el Canal de Chesapeake y Ohio, David divisó vagamente las oscuras formas de unas barcazas. De una de ellas salió una risa de mujer que flotó en el aire tranquilo de la noche, llegando claramente a sus oídos.

En algún punto, dentro del río Arkansas, una joven estaría durmiendo en aquellos instantes. Sus negros cabellos se habrían quedado extendidos sobre la almohada en que apoyaba su cabeza; sus adorables hombros se encontrarían apenas cubiertos por el fino camisón que usaría aquella cálida noche de verano. Y recordando la viveza y ansiedad que había notado en sus labios, bajo los suyos, enfebrecidos, cuando la besó en un rincón del muelle de Parkersburg, al decirle adiós, una semana atrás, David se preguntaba en qué instante del futuro los azares de una guerra que no había hecho más que empezar les uniría de nuevo… Silenciosamente, rezó, pidiendo a Dios que aquel intervalo no fuera muy largo.

VII

JACKSON pudo ver algo extraño en la forma en que el comandante John Harman se las había arreglado para utilizar la mayor cantidad posible de hombres en la tarea de acelerar la transferencia de los vagones de carbón y el equipo ferroviario desde Harpers Ferry hasta Winchester. Sin embargo, el coronel no hizo ningún comentario.

Tampoco dijo nada —informó el comandante Joe Stannard a los otros oficiales— acerca de su inminente sustitución por el general Joseph E. Johnston, antiguo veterano del ejército estadounidense y ahora oficial de alto rango en el nuevo ejército confederado, recientemente ampliado para absorber todas las viejas unidades de la milicia del estado. En el resto del Sur, no obstante, los acontecimientos se precipitaban con asombrosa rapidez.

El 16 de mayo, jueves, Tennessee fue admitido como estado secesionista por el Congreso Confederado de Montgomery (Alabama).

Y aquel mismo día, el comandante John Rodgers, de la Armada de los Estados Unidos, recibió la orden de apostar una fuerza naval en los ríos del Oeste, bajo el mando del general John Charles Frémont.

David Preston acogió con especial interés la noticia publicada por los diarios de Washington, que llegaban a Harpers Ferry a diario, sobre la proclama, en territorio indio, del Jefe John Ross, anunciando que la Nación *cherokee* permanecería neutral en el conflicto que se iniciaba entre el Norte y el Sur.

Esta acción había estado esperándose. Ahora, David se enteraba de algo que revestía sumo interés para él: Ross y su grupo habían llegado a su destino sin novedad, y además que el movimiento secesionista dentro de la Nación india no había tenido la fuerza necesaria para llegar a desbancar al viejo como jefe.

¿En qué forma se sentirían afectados por el anuncio de Ross Araminta y Lachlan Murrell? Sobre este particular, David únicamente acertaba a hacer suposiciones, pero estaba convencido de que la joven seguiría al lado de su tío, impulsada por su lealtad y el afecto que sentía por el anciano. Lachlan tendría que decidir qué era lo mejor para él, y habría que hacerlo por sí solo, dentro de los límites impuestos por el estricto código del honor y la lealtad debida a John Ross y a la Nación *cherokee*.

Los virginianos, en general, habían celebrado la atrevida actuación de Thomas J. Jackson en el asunto de la línea B&O. Un periódico de Richmond, incluso, le daba el espaldarazo de su aprobación en un reportaje que aparecía en una brillante primera página:

El jefe de Harpers Ferry es digno de su sobrenombre. El propio «Old Hickory». (Viejo Nogal) no fue un hombre más decidido, ni de más nervio. Nacido en Virginia, formado en West Point, entrenado en la guerra de México, profesor desde entonces del Military Institute del Viejo Dominio, su vida entera ha sido una progresiva preparación para esta lucha.

Un oficial ha dicho de él: «¡No sabe qué es el miedo!». Por encima de todo es un devoto cristiano, y el más fuerte de los hombres se hace más fuerte todavía cuando su corazón es puro y sus manos están limpias.

Paradójicamente, esta serie de alabanzas apareció en la prensa el mismo día en que un pequeño grupo de altos oficiales, uniformados con las prendas grises de los confederados, nuevas, flamantes, que sirvieron para destacar más la descuidada indumentaria de Jackson, entró en Harpers Ferry por la carretera de Charles Town.

Jackson en persona recibió a los oficiales delante del almacén utilizado como cuartel. David estaba allí también. Acababa de dar una conferencia sobre temas sanitarios a los oficiales del grupo de Voluntarios de Virginia, que habían estado llegando al campamento por docenas una vez se hubo extendido la fama de Jackson sobre el escenario secesionista.

El hombre delgado y menudo de la barba gris y las estrellas de brigadier general en su cuello era, evidentemente, el nuevo jefe, Joseph E. Johnston. Johnston, que contaría por entonces unos cincuenta y cinco años, poco más o menos, había nacido en Virginia. Oficial veterano en el ejército estadounidense, había desempeñado el cargo de Intendente General de los Estados Unidos hasta el lunes, tras el Motín de Baltimore.

Estacionado en Washington, Johnston había presentado la dimisión aquel mismo día, trasladándose al Sur, donde no había tardado en ser nombrado brigadier general de la Confederación por los recientemente formados Estados Confederados de América, para ser enviado a no mucho tardar a Harpers Ferry, a fin de controlar a un extravagante coronel llamado Thomas Jonathan Jackson.

Jackson saludó a su nuevo jefe rígidamente. Luego, estrechó la mano de Johnston, a quien ya conocía de los días de juventud, en la guerra de México. Sus correctos modales no podían dar a entender que se hallaba al corriente de la causa de verse sustituido por un hombre de más edad, cuyos servicios

profesionales en los últimos años no habían tenido nada que ver con la táctica y la estrategia militaras, materias que Jackson había enseñado en una academia militar prestigiosa, la segunda del país en este aspecto. Allí había estado hasta hacía menos de un mes.

Dos coroneles acompañaban a Johnston, y con ellos Jackson se mostró mucho más cordial. Eran el coronel Bamard E. Bee y el coronel Richard Ewell, ambos de la edad de Jackson, aproximadamente, y viejos camaradas de armas en la aventura mexicana. Venía con éstos también un joven oficial de oscuros cabellos y bigote, con el perfil aguileño y el rostro delgado característicos de los aristócratas de Virginia. En su uniforme, nuevo, lucía la insignia del Departamento Médico del Ejército Confederado.

Instruido en su ciudad natal de Winchester (Virginia), y en la Universidad de Pennsylvania, el doctor Hunter McGuire era amigo de Jackson desde hacía tiempo. Este último le había animado para que se uniera a él en Harpers Ferry, cuando se hallaba en Richmond, con los cadetes del VMI, actuando como instructores de las tropas que estaban siendo preparadas allí.

Cuando los recién llegados penetraban en el improvisado cuartel, guiados por Joe Stannard, el comandante John Harman subió por la calle, deteniéndose junto a David Preston. Harman tenía la cara y las manos manchadas de carbón mezclado con su sudor.

—Daría cualquier cosa por ver a uno de ésos alimentando a una locomotora de carbón, como he estado haciendo yo hasta ahora —declaró—. ¿Cómo ha encajado la cosa el viejo Jack?

—Como un caballero y un soldado. ¿Qué esperaba usted de él?

—Eso, precisamente… Ahora bien, le conozco. Tiene que estar sintiéndose angustiado al pensar que un sector tan importante como éste quedará al mando de un simple intendente general.

—A su angustia le ha dado el nombre de dispepsia. Bueno, yo creo que puede servirle este nombre lo mismo que otro cualquiera. Anoche pasé un par de horas con él, haciendo lo posible para aminorar su justa irritación.

—Ahora ya sabe y comprende una de sus maneras de reaccionar, y por qué ciertas cosas le afectan tanto.

—Hubiera debido ser comprensivo en el Instituto ya, sobre todo a partir de la noche en que me buscó, cuando ya me había ido a dormir, sin otro fin que el de excusarse por haberme reñido injustamente, a causa de un problema que él creía que yo tenía equivocado. Tras su fachada alienta un ser humano cordial, lleno de vida.

—¡Diablos! —exclamó Harman—. Yo hubiera podido ponerle al corriente de eso hace tiempo. Desde luego, no puedo reprocharle que esté indignado ante la perspectiva de tener en el mando a un oficial de intendencia.

—Usted es oficial de intendencia…

—Pero no estratega… Ni quiero ser esto último. —Harman se pasó la bola de tabaco de mascar al otro carrillo, escupiendo hacia el polvoriento piso de la calle un poco de saliva oscura—. Yo ya tengo bastante con preocuparme de que los hombres que combaten dispongan de alimentos y municiones, haciendo marchar los trenes también… ¿Cómo voy a dedicarme a hacer cálculos sobre si conviene atacar o retroceder y cuándo? Claro que en lo de retirarse el viejo Jack no ha pensado nunca…

—No ha estado nada bien esto de mandar al general Johnston aquí después de haber salido Jackson airoso en una baza de la mayor importancia.

Harman se encogió de hombros.

—¿Cuánto tiempo ha servido usted en el ejército regular, David?

—Poco más de seis meses. He dispuesto de tiempo más que suficiente para darme cuenta de la facilidad con que las cosas más simples pueden complicarse.

—No permita usted que nadie diga en su presencia que el ejército de la Confederación no va a cometer errores como los del ejército estadounidense… Le hablaré de los de tipo ferroviario —manifestó el oficiar de intendencia—. Usted imagínese lo que supone tender esa línea de Winchester y Potomac con raíles tan endebles que una locomotora normal B&O los quiebre como si se tratara de los palitos de madera de los fósforos. En tales condiciones, me quedé con una máquina de maniobrar, para mover casi trescientos vagones tolvas, la mayor parte de ellos cargados de carbón, sobre una distancia de cuarenta kilómetros…

—Pero usted se salió con la suya.

—A base de sangre y sudor. Una cosa: ¿quién es ese oficial médico que acompaña a Johnston?

—El doctor Hunter McGuire. Su familia y la de Jackson son amigas. McGuire será el director médico.

—¿Pasa algo malo con el que tenemos ya…, digamos que usted? Por lo que aprecio, esta tarde, aquí, no es solamente el viejo Jack quién está sintiéndose ofendido.

David se echó a reír.

—No pierda el tiempo sintiéndose apesadumbrado por mi causa, amigo mío. El médico jefe de una unidad de la importancia de la 1ª. Brigada se pasa

la mayor parte de las horas del día entre papeles, cuando no se dedica a escuchar las quejas de los colegas asignados a los distintos regimientos o a la localización de hospitales en los cuales los soldados no corran el peligro de ser capturados por el enemigo. Me sentiré muy a gusto al aire libre, entre los soldados. En este terreno, ya poseo alguna experiencia.

—Creo que tiene razón, David. Pero si el viejo Jack logra conseguir el mando de una unidad más grande que la brigada, espero que me deje donde estoy. Bueno, quiero darme un buen baño y ponerme un uniforme limpio. A juzgar por el aspecto externo de los recién llegados se nos viene encima una era de «escupe y abrillanta». —El rostro de Harman se animó repentinamente —. También pudiera ocurrir que usted y yo estuviéramos de suerte y se nos permitiese hacer nuestra vida con los otros camaradas de segunda fila.

—No será verdad tanta belleza —repuso David—. Aquí viene Joe Stannard… Cinco contra uno a que nos va a decir que nos pongamos a tono con los visitantes para la cena. No sé si la mujer cuyos servicios contraté el primer día de mi llegada aquí habrá terminado mi uniforme…

El comandante Stannard sonreía al acercarse al sitio en que los dos hombres charlaban.

—Me han degradado —anunció—. De ayudante en el 27.º Regimiento de Virginia pasó a oficial ejecutivo…

—¿Y qué ha sido de Everett Sanders? —inquirió David.

—Él tiene un cuñado en el cuerpo legislativo, de manera que va para arriba, convirtiéndose en el Intendente Delegado de la Brigada. Al igual que pasó con este amigo, alguien descubrió que en otro tiempo rigió un almacén de comestibles en el campo.

—Me alegro de eso, hombre —comentó Harman—. El que tenemos ahora no sabe distinguir la sal de un arenque ahumado.

Stannard declaró con burlona severidad:

—Lo que quiero ahora es perder de vista cuanto antes ciertos pantalones caqui y la correspondiente camisa de color nogal, con objeto de que su dueño sustituya ambas prendas por nuestro uniforme normal.

—¿Y qué va a hacer ahora el viejo Jack? —preguntó Harman.

—Jackson se encuentra ahora al mando de la 1.a Brigada, y Sandie Pendleton regresará de Lexington dentro de uno o dos días para actuar como ayudante suyo. El capitán Hunter McGuire será el médico director de la 1ª. Brigada.

—¿Quién va a ser el nuevo ayudante?

—El coronel Barnard Bee… Y lo cierto es que el hombre no se siente muy satisfecho…

El cambio del protocolo militar, provocado por la presencia del nuevo comandante en jefe, se hizo evidente aquella misma noche, en la cena. Jackson se sentó a la derecha de Johnston, pero apenas tocó su comida. Había sido preparado para aquella ocasión un sabroso plato con pescado fresco y patatas, que fue rematado con un gustoso budín.

El resto de la plana mayor de la 1.a Brigada tomó asiento en el otro extremo de la mesa, y aunque se sirvió coñac al final de la cena, no se vieron ni oyeron expresiones de alegría, las cuales habían caracterizado aquellas reuniones en cuanto Jackson se retiraba a descansar. Por cierto que el nuevo comandante en jefe había ocupado su alojamiento. Jim, aquella tarde, había trasladado el parco equipo personal del coronel a una pequeña casa situada al pie de las Alturas Loudoun, donde la mayor parte de las tropas del Valle pertenecientes a la 1ª. Brigada estaban ya vivaqueando.

Finalizada la cena, Johnston y sus colaboradores más cercanos se pusieron a hablar de determinadas cuestiones estratégicas con Jackson, en tanto que David y el capitán Everett Sanders salían a la calle con otros oficiales.

—¿Qué opina usted del nuevo comandante en jefe? —preguntó el primero a Preston, en un aparte.

—Es demasiado pronto para emitir un juicio sobre su persona.

—¿Cree usted que Johnston es un jefe capaz de atreverse en determinadas circunstancias a asestar el golpe que supone el cierre de la línea B&O por ambos extremos?

—No, seguramente. Ahora, si usted me hace esa misma pregunta, referida a Jackson, tres años atrás, cuando estaba en el VMI, también le habría dado una contestación negativa.

—Ya. Nadie sabe lo que un hombre es capaz de hacer *a priori*. Hay que verlo en situación, generalmente. —Sanders consultó su reloj—. Al pie de la colina fue abierta ayer una nueva taberna. ¿Quiere que nos acerquemos a tomar unas copas antes de acostarnos?

—Esta noche no, gracias —contestó David—. Deseo escribir una o dos cartas.

—Hasta la vista, entonces.

Sanders se separó de él, echando a andar calle abajo.

No había hecho David más que girar para encaminarse cuanto antes a su alojamiento, al otro lado de la corriente de agua, cuando se abrió una puerta, plantándose ante él el doctor Hunter McGuire.

—¿Es usted el capitán Preston? —inquirió él.

—Sí, señor.

McGuire se le acercó más, saludándose los dos hombres con un apretón de manos.

—¿Por qué no me hace el favor de apear el tratamiento? Me parece que tenemos los mismos años.

—Yo tengo veintiséis.

—Los mismos que yo. Viendo su historial profesional esta tarde descubrí que estudió usted medicina en Philadelphia.

—Estudié en Jefferson y posteriormente en el extranjero.

—Mis estudios básicos los realicé en una pequeña escuela de medicina de Winchester, pasando después a la Universidad de Pennsylvania. Estuve en una unidad de las milicias, pero como el coronel Jackson y mi padre son amigos, cuando aquél abandonó Richmond para venir a Harpers Ferry, me pidió que me uniera a él en este lugar como médico director. Le aseguro que por aquellas fechas ni el coronel ni yo sabíamos nada acerca de su llegada.

—Tampoco estaba yo enterado de ella… Ocurrió que hace un par de semanas me presenté en Harpers Ferry, camino de Parkersburg, acompañando a un paciente, volviendo a trabar relación con Jackson —explicó David—. Él me invitó a incorporarme a la 1.a Brigada, diciéndome que vendría usted desde Richmond para ocupar el puesto de médico director.

—Nada más leer su historial profesional comprendí que usted se halla más cualificado para ocupar un puesto militar que yo.

David se echó a reír.

—Estuve en el ejército estadounidense el tiempo suficiente para descubrir que las tareas de los oficiales del estado mayor no me van. Además, pienso probar algunas ideas que he concebido sobre la medicina en condiciones especiales, las dictadas por la guerra real. Ciertamente, todo eso puedo llevarlo a cabo mejor como médico del regimiento.

—Pero usted querrá aconsejarme, ¿no? En lo que a la medicina militar concierne, soy un terrible ignorante.

—No es tan complicada, después de todo. Lo importante es ser un profesional capaz.

—Me consta que es usted inspector sanitario de la 1ª. Brigada —declaró McGuire—. He ahí un campo de actividad en el que, por supuesto, no poseo la menor competencia.

—Continuaré en ese puesto, si tal es su deseo.

—Magnífico. Me parece que vamos a hacer una buena labor juntos, doctor Preston.

—Llámeme David, como hacen todos mis amigos.

En la carta que escribió aquella noche a Araminta, a la luz de una lamparilla de aceite, le decía a la joven:

Nadie sabe con exactitud qué efectos producirá aquí el cambio que ha tenido lugar en las altas esferas. Por lo que a mi trabajo respecta, no creo que aquello se traduzca en alguna desventaja. El doctor Hunter McGuire, el nuevo Médico Director, parece ser un joven muy educado y un doctor competente. Es, además, hombre de muy buen ver, por lo cual estimo que tendrá mucho éxito entre las chicas de Harpers Ferry.

Pese a que andamos sumamente ocupados, tratando de convertir a unos campesinos en soldados, todavía queda tiempo para desarrollar algunas actividades de tipo social, en las que la población civil alterna con la militar. Casi todas las noches se celebran reuniones, y si tú estuvieras aquí estoy convencido de que llevarías de cabeza a los jóvenes oficiales. Pero lo bueno, realmente, con todos sus inconvenientes, es que no estés aquí, ya que en este lugar tengo una misión que realizar…, y soy sumamente celoso.

Me sentí muy complacido al saber por los periódicos de Washington, que llegan aquí a diario, por el canal, que el Jefe Ross ha logrado mantener a la Nación cherokee neutral, oficialmente, al menos. Pero como los periódicos cuentan también que Arkansas se ha unido a la Confederación, enviando representantes al Congreso Confederado de Montgomery, me pregunto si la Nación tendrá o no que enfrentarse con nuevas dificultades.

Como sé cuánto te gustan las montañas, estoy seguro de que disfrutarías mucho si estuvieras aquí ahora. Los cornizos, desde luego, han perdido sus flores, pero el laurel de la montaña se encuentra en plena floración en las partes bajas de los Apalaches, a nuestro alrededor.

Los campesinos de las tierras más hondas recogen ahora el heno. El ganado se cría gordo, sin perder las res es su esbeltez, gracias a los pastos. Las bermudianas parecen desarrollarse aquí mejor, dentro del Valle de Shenandoah de Virginia, mejor que en ninguna otra parte, he de decir. Estamos comenzando a abastecernos de verduras frescas, que los hombres necesitan en cantidad. Por otra parte, temo que sólo accedan a comer carne de cerdo frita y guisantes hervidos, en unión de alguna carne de buey, siempre que el servicio de intendencia pueda adquirirla. Y, desde luego, carne de pollo, cuando a nuestros soldados les sea posible robar algunos.

En esta parte de Virginia existe un profundo sentimiento prosecesionista, pero en los condados occidentales la gente se inclina fuertemente hacia la Unión. Todo lo cual, por supuesto, hace de Harpers Ferry una plaza importantísima, por lo que al futuro de la guerra respecta. Sé lo que el coronel piensa: que debe ser retenida a toda costa, especialmente como punto de arranque para una invasión de Pennsylvania, si es que las autoridades confederadas le facilitan los hombres necesarios y le dejan las manos libres. Y he oído decir que el general Lee, en Richmond, piensa de la misma forma. Ignoro, en cambio, qué opinará sobre este asunto el general Johnston. Me imagino que se dejará guiar por las ideas de Lee y Jackson, de quien Lee tiene un alto concepto por sus conocimientos de táctica y estrategia militares.

La otra noche tuve que atender al coronel Jackson, que había sufrido uno de sus ataques de dispepsia, a menudo muy dolorosos. A mi regreso de su alojamiento vi en el canal una hilera de barcazas. De una de ellas salió una risa de mujer. Enseguida me acordé de ti y de tus expresiones y gestos, que traslucen toda la alegría del vivir. Nadie sabe cuánto tiempo durará la trágica división de nuestro país, pero yo estoy seguro de que se prolongará muchos meses antes de que queden resueltas las diferencias entre la Unión y la Confederación. Yo lo único que puedo hacer es rogar a Dios que nuestra separación sea corta, que podamos vemos pronto para no separarnos jamás.

Muchos recuerdos para el Jefe Ross y también para tu tía Mary. Dáselos también a Lachlan, aunque supongo que a estas horas estará fuera de ahí, preparándose para la guerra. No sé por qué, al pensar en él le veo al frente de una unidad militar bautizada con un nombre fantástico: La Brigada cherokee.

Con todo mi amor, cariño,

DAVID

VIII

LA primera orden general dictada por el cuartel del general Joseph E. Johnston, al frente del ahora Ejército oficial de Shenandoah, señaló al coronel T. J. Jackson el mando de la 1.a Brigada, compuesta principalmente de unidades procedentes de la zona del Valle. El comandante R. L. Bradley, padre de almas y erudito bíblico de Lexington, que conocía a Jackson muy bien, apareció allí el mismo día, siendo nombrado edecán. El joven Alexander Pendleton, conocido en la brigada por Sandie, regresó para ser ascendido a capitán y nombrado ayudante. Su padre, el comandante W. N. Pendleton, ostentaba ya d mando de la artillería de Rockbridge, agregada, por el momento, al menos, al 27.º Regimiento. Era éste el puesto que él ostentaba antes de que la unidad pasara al servicio activo.

Una adición particularmente interesante, muy bien acogida, a las fuerzas de Harpers Ferry, fue el escuadrón de caballería mandado por el coronel Turner Ashby. Eran varios centenares de jinetes, quienes se habían procurado por sí mismos los caballos que montaban. El grupo quedó asignado a Jackson. Sus hombres actuarían como exploradores, en unión de otro grupo de caballería no regular, al mando del capitán John D. Imboden, que estaba equipado con varios cañones de gran movilidad. Era la «artillería a caballo». David Preston dejó de ser inspector sanitario de aquellas tropas y volvió a su puesto de médico del 27.º Regimiento de Virginia. La primera orden firmada por Jackson, sin embargo, le restableció en su anterior cargo de inspector sanitario de la 1.a Brigada.

Aunque designada técnicamente como el «Ejército de Shenandoah», las tropas de Harpers Ferry jamás superaron en efectivos humanos los 8000 soldados. Éstos fueron divididos en cuatro brigadas, cada una de las cuales comprendía de dos a cinco regimientos, según el número de hombres de los mismos. Había una gran variación de un regimiento a otro. Algunos de ellos estaban formados por las habituales cuatro compañías de unos 250 hombres cada una; otros eran unidades mucho más pequeñas, procedentes originalmente de los grupos de milicias.

Sólo más tarde las fuerzas del Sur estarían organizadas por divisiones y cuerpos de ejército, pero también en estas unidades hubo muchas variantes en cuanto a sus efectivos, especialmente después de una batalla y antes de que las bajas quedaran cubiertas por voluntarios y más adelante por reclutas. Por

añadidura, en ningún momento, durante toda la guerra, fueron iguales las unidades del Norte y del Sur que tenían la misma denominación.

Las cosas se movían con rapidez en Harpers Ferry. Y en todo el país se iban produciendo sucesivamente acontecimientos más sobresaltadores. Todos los días circulaban noticias sobre el progresivo estrechamiento del bloqueo mantenido por la Armada federal, que sufrían diversos puertos confederados, presagiando la escasez de muchos materiales imprescindibles para la guerra, como no tardó en verse.

Cuando la caída de Fort Sumter, el Sur tenía una población blanca de unos nueve millones de personas, en contraste con los diecinueve del norte. Pero también tenía que mantener, y custodiar, una población esclava de casi cuatro millones de seres. El Sur, en lo tocante a la producción industrial, anduvo radicalmente desde el principio detrás del Norte. El «valor del producto anual» era de 145 millones de dólares, cifra que no admitía la comparación con los casi dos billones del Norte.

En un aspecto, sin embargo, desbancaba el Sur al Norte, también desde el comienzo: los sudistas estaban convencidos de la legalidad de su Causa, hallándose enérgicamente decididos a no someterse a los dictados de los estados leales. La secesión de Carolina del Norte de la Unión, producida el 20 de mayo de 1861, y la decisión del Congreso sudista, en Montgomery (Alabama), de hacer de Richmond (Virginia) la capital de los Estados Confederados de América, marcaron el rápido fortalecimiento de la organización.

Cuando ya eran once los estados separados de la Unión, se esperaba inmediatamente la adición de Virginia, tras el referéndum a celebrar en mayo. Y con una ocasional llamarada de lucha real entre tropas federales y ciudadanos de mentalidad secesionista, en Kentucky y Missouri, un turbulento período se observaba en perspectiva para ambos estados, cuya integración en las filas confederadas no resultaba improbable más tarde.

El referéndum de Virginia, el 23 de mayo de 1861, produjo los resultados esperados; las secciones oriental y central se pronunciaron abrumadoramente en favor de la secesión, en tanto que los condados occidentales prefirieron quedarse dentro de la Unión. Indirectamente, aquella votación afectó a las acciones del mando de Harpers Ferry, ahora desbordante a diario a causa de la llegada de tropas de todas las clases.

La simple acción ideada para apoderarse de un ferrocarril perteneciente al Norte y situado en el territorio secesionista de Virginia, había ido a más constantemente, superando todas las esperanzas de Jackson, su inspirador.

Aquello era ya una amenaza: la de una daga en potencia apoyada en el blando bajo vientre de la Unión. El general Johnston, no obstante, parecía ver en aquella situación más una amenaza para él mismo y para su jefatura que para el enemigo.

Luego, el 24 de mayo, el Presidente Lincoln ordenó que fuera dado el paso que al principio había prometido evitar, pero que él no podía aplazar ya por más tiempo si quería que Washington fuese un lugar seguro, temporalmente, al menos. En las primeras horas de la mañana, las tropas federales se movieron para cruzar el río Potomac por sus fuentes, penetrando en territorio de Virginia. Sin encontrar apenas resistencia, ocuparon la ciudad de Alexandria y las Alturas de Arlington, desde donde Washington hubiera podido ser cañoneado por la artillería del Sur.

Virginia había sido invadida y la suerte estaba echada. Por añadidura, en una amplia maniobra para eliminar todo sentimiento sudista en el Norte, los policías de los Estados Unidos se hicieron con copias de todos los mensajes cursados entre las oficinas de telégrafos en el año anterior, con la esperanza de descubrir núcleos que constituyeran tierra abonada para el desarrollo de los impulsos sudistas y proceder a su contención, como hiciera en Baltimore el general Benjamín Butler al ocupar prácticamente la ciudad.

La indignación que provocó en el Sur la invasión yanqui de Virginia no fue nada comparada con la suscitada por el siguiente acontecimiento, dentro del trágico e inexorable progreso del conflicto hacia la lucha a escala total. El coronel Elmore Ellsworth, bien conocido en Washington como jefe de la famosa agrupación de zuavos, del 11.º Regimiento de Nueva York, había capitaneado una sección de aquélla, colocándose al frente de las fuerzas invasoras. Habiendo visto ondear una bandera de la Confederación sobre la entrada de la Marshall House, un hotel de Alexandria, Ellsworth y dos soldados subieron a la planta superior del edificio, con el propósito de destrozar la insignia. Cuando bajaban por la escalera, el dueño del establecimiento, James Jackson, mató a Ellsworth a quemarropa, siendo a su vez inmediatamente abatido por el soldado Francis E. Brownell.

Ahora tenía Virginia la prueba de lo que ella consideraba la perfidia de Lincoln, quien acababa de quebrantar su promesa de no invadir jamás el Sur. La Unión contaba con su primer mártir. Los dos acontecimientos revelaban que en sus discrepancias habían llegado ya lejos el Norte y el Sur. Casi no cabía pensar en la reconciliación.

Cuando el mando unionista de Fort Monroe detuvo a tres esclavos negros, que habían cruzado las líneas federales, como «contrabando», suscitándose

así nuevamente la cuestión de la posesión de esclavos —materia en la cual Lincoln también había prometido no intervenir—, fue añadido más fuego a la ya ardiente ira de los propietarios de esclavos y políticos del Sur. Aquel mismo día, también, en Missouri, un antiguo capitán del ejército estadounidense, llamado Ulysses S. Grant, ofreció sus servicios a la Unión…, sin recibir una réplica inmediata a su solicitud.

En vista de la rápida evolución de los acontecimientos sobre el escenario nacional, ya dividido, muchos de los soldados de Harpers Ferry estuvieron ocupados con labores rutinarias de cuartel, limitándose sus jefes a permanecer a la expectativa. En la 1.ª Brigada, las cosas no marcharon así. Impulsado por su vigor habitual, Jackson andaba muy atareado, haciendo de aquélla una unidad disciplinada y preparada para el combate, llegando hasta donde se podía llegar con soldados voluntarios, obrando casi siempre a disgusto de éstos.

Como siempre que se procedía al acuartelamiento de tropas bisoñas en el campamento se desarrolló una serie de epidemias sin consecuencias: aparecieron el sarampión, las paperas, la tos ferina… En un almacén se montó un hospital provisional. Tras su visita ordinaria, David se pasaba el resto del día allí. Algunas mujeres de la ciudad se prestaron a trabajar como enfermeras. Varias acudieron allí desde puntos tan alejados como Martinsburg, impulsadas por el deseo de ayudar a la Causa, aparte del aliciente que suponía la presencia de numerosos jóvenes oficiales solteros.

Una de ellas —Belle Boyd, había dicho llamarse—, tras haber pasado en Martinsburg un fin de semana, abordó a David el lunes, a primera hora. Esto ocurría en el mes de junio.

—Tengo que ver al coronel Jackson enseguida, doctor Prestan. —La mujer parecía hallarse muy excitada—. ¿Quiere usted llevarme hasta él?

—¿Qué ocurre?

—Las tropas federales se disponen a bajar desde Pennsylvania con el fin de entrar en Virginia y apoderarse de nuevo del ferrocarril.

La noticia, de ser cierta, justificaba que Jackson se viera molestado. David llevó a la señorita Boyd inmediatamente a presencia de su jefe, quien escuchó cortésmente las frases explicativas de su visitante, pronunciadas con voz entrecortada.

—¿Puedo preguntarle, señorita Boyd, cómo ha llegado usted a enterarse de eso? —inquirió Jackson.

—Un… un… pretendiente mío es alumno de la Academia de Mercersburg, en Pennsylvania, coronel. —La joven se ruborizó—. Regresaba

a su casa el sábado, con motivo de las vacaciones del verano, cuando vio que las tropas federales se estaban concentrando en Williamsport…

Jackson se volvió hacia su ayudante, que había estado sentado junto a él, frente a la mesa de trabajo. Había varios mapas sobre el tablero, pero los ojos del joven Pendleton estaban fijos en Belle Boyd.

—¿Por dónde queda Williamsport, capitán? —inquirió Jackson.

—Está a unos cuarenta kilómetros. —Pendleton estudió apresuradamente el mapa, localizando la población aludida—. Existe una vieja iglesia por las cercanías, en un lugar llamado Falling Waters. Mi padre ha predicado allí varias veces.

Jackson repasó el mapa durante unos momentos. Después, se volvió hacia Belle Boyd.

—Continúe, joven.

—Barney… mi pretendiente… dijo que en Williamsport vio pocos soldados de la Unión. Pero varias personas de la ciudad le informaron que se estaba esperando la llegada de miles de hombres.

—¿Averiguó quién los mandaba?

Belle Boyd arrugó el entrecejo.

—Creo que era el general Patterson, coronel.

Jackson asintió lentamente.

—Conozco al general Patterson.

—Su presencia tan cerca de Harpers Ferry podría significar un ataque, señor —manifestó Sandie Pendleton.

—Muy posible. Muy posible, ciertamente. —Jackson acompañó a su bella informadora hasta la puerta—. Ha procedido usted muy bien, señorita —le dijo, amablemente—. En mi informe a mis superiores aludiré a su colaboración.

Mientras estuvo plantado en el umbral, observando, aparentemente, la graciosa figura de Belle Boyd, bajando por la calle, en dirección al hospital, Jackson se quedó abstraído. Pero al girar en redondo y aproximarse a la mesa, sus maneras eran vivas, decididas.

—Ayer envié al coronel Ashby fuera, en misión de exploración. ¿Ha regresado ya? —preguntó a Sandie Pendleton.

—Todavía no, señor.

Jackson se sentó, estudiando otro de los mapas de la mesa durante largo rato antes de hablar de nuevo. Esta vez se dirigió a David Preston.

—Creo que usted acompañó al comandante Stannard hasta Martinsburg cuando el ferrocarril fue interceptado. ¿Es así?

—Sí, señor.

—Guiándose por la experiencia que adquirió en Europa, ¿podría usted decirme si se presta a intentar una defensa en regla el terreno de los alrededores de la población?

—Si las tropas federales han cruzado el Potomac por debajo de Hagerstown, tal como parece indicar la información de la señorita Boyd, probablemente no podría montarse una defensa contra una gran concentración de fuerzas, señor. En cambio, si se recurriera a la sorpresa…

—Ahí está la respuesta: en la sorpresa… —Jackson se puso en pie de pronto, como un muñeco de resorte. Sus ojos centelleaban—. El general McClellan ostenta el mando al oeste del Ohio, y no es ningún necio; servimos juntos en México y fue ascendido dos veces durante la campaña. Aunque se ha pasado los últimos cinco o seis años dirigiendo el ferrocarril de Illinois Central, McClellan tiene que recordar bastantes cosas sobre táctica y estrategia militares, y se habrá dado cuenta por tanto de la importancia que para la Unión tiene la apertura de la línea B&O hacia el Oeste. Pero hallándose McClellan ocupado, más allá del Ohio, y encontrándose el general McDowell interesado principalmente por la zona nordeste de Virginia, preparándose para una embestida con dirección a Richmond, tenemos una laguna, un espacio en blanco…

—El general Patterson está al mando del distrito de Pennsylvania, señor —puntualizó Sandie Pendleton.

—Patterson es ya un viejo y no esperará ninguna sorpresa. —Jackson cogió el mapa—. Voy a ir a ver al general Johnston enseguida. Acompáñenos, doctor Preston. Descríbame la zona a que aludí antes. Es por si el general precisa una información complementaria.

Ya en el edificio en que se alojaba Johnston, Jackson y sus oficiales tuvieron que esperar durante media hora, casi. Sin embargo, el jefe de la 1.a Brigada no se mostró impaciente ni molesto por el plantón. Aprovechó aquellos minutos para examinar de nuevo el mapa, dedicando algunos también a la reflexión.

Cuando, finalmente, pasaron a presencia de Johnston, vieron que éste se hallaba acompañado del comandante en jefe general y varios oficiales de su estado mayor. Aquél resultaba ser una figura verdaderamente impresionante con su impecable uniforme gris, en cuyo cuello sé veían las insignias de teniente coronel de caballería.

—El coronel Thomas Jackson… El teniente coronel J. E. B. Stuart —dijo Johnston.

—A su disposición, coronel.

Stuart saludó militarmente, estrechando luego la mano de Jackson.

El forro de la guerrera del oficial de caballería era de seda y lucía unas diminutas espuelas doradas en sus botas altas, que habían sido pulidas hasta conseguir que centellearan. En uno de los ojales de las solapas llevaba el soldado una rosa roja. Sus manos aparecían enfundadas en unos guantes de ante.

—El coronel Stuart se acaba de incorporar a esta fuerza procedente del Oeste, con trescientos hombres —explicó Johnston.

—Bienvenido a Harpers Ferry, coronel. —Jackson daba la impresión de hallarse algo aterrado ante el deslumbrante militar—. ¿Puedo preguntarle por qué parte cruzaron ustedes el Ohio?

—Por Ashland, en Kentucky, pero tuvimos que dar un rodeo hacia el sur debido a que una unidad federal se desplazaba sobre Grafton.

—Yo nací no muy lejos de allí —declaró Jackson.

—Pues entonces, indudablemente, se habrá dado cuenta de la importancia que tiene para la Unión.

—Por supuesto. Debido a eso, evidentemente, el general McClellan decidió desplazarse hacia el este.

—Acabamos de recibir noticias indicándonos que las fuerzas federales capturaron Grafton y que se están moviendo hacia esta plaza. —El temblor en la voz de Johnston delató su nerviosismo al añadir—: Me he enterado también de que otra fuerza sube desde Ohio por el río Kanawha, en dirección a Charleston.

—Como Virginia Occidental se ha pronunciado contra la secesión, McClellan, naturalmente, intentará aislar esa sección, a fin de retenerla para los unionistas, probablemente como un nuevo estado —manifestó Jackson, pensativo—. Pero puede ser que esté considerando la idea de lanzar una fuerza hacia el este, a lo largo de la línea B&O, para conquistar el Valle de Shenandoah. Esto supondría un desastre de capital importancia para el Sur.

—Esto es exactamente lo que acabo de comunicar al general Johnston —declaró Stuart, con un gesto de admiración—. Estando los condados occidentales bajo su mando, McClellan dispondrá de más de la mitad del tendido de la vía férrea B&O, aparte del tráfico en barcazas, por una gran sección del río Ohio y en toda la longitud del Kanawha.

—Además de un buen suministro de carbón para las lanchas armadas del Gobierno Federal que operan en el Mississippi —añadió el coronel Bamard

Bee, sentado junto a Johnston, dada su condición de ayudante para el Ejército del Shenandoah.

—Todo lo cual quiere decir que este mando ha de pasar a la acción de una forma u otra rápidamente —concluyó Stuart, puntualizando.

Johnston, pese a su puesto de comandante en jefe, había sido prácticamente ignorado durante la conversación, muy rápida, de los otros oficiales, y David Preston comprendió ahora que comparado con hombres como Jackson, Stuart e incluso Bee, el comandante de Harpers Ferry era tan menudo en lo que a habilidades militares se refería como de figura.

—Sí, pero ¿qué acción podríamos emprender? ¿Cuál? —inquirió Johnston, frenéticamente.

—Yo creo tener la respuesta a esas preguntas, general —contestó Jackson, serenamente—. El peligro ya no proviene, simplemente, del oeste; proviene también del norte.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Johnston, irritado.

Con las palabras justas, sin andarse con rodeos, Jackson explicó al grupo lo que Belle Boyd le había contado.

—¿Está usted seguro de que podemos confiar en esa mujer? —quiso saber ahora Johnston.

—No —replicó Jackson—. Ahora bien, desde el punto de vista militar resulta lógico el movimiento de McClellan desde el oeste combinado con el de Patterson desde el norte. Ayer me tomé la libertad de enviar al coronel Ashby a Martinsburg, al frente de una pequeña fuerza de caballería, con objeto de estudiar la situación allá. Estará de regreso, quizá, esta tarde, y entonces sabremos si la información de la señorita Boyd es correcta.

—Entretanto, telegrafiaré al general Lee, en Richmond, solicitando autorización para retirarnos de Harpers Ferry y pasar a Winchester —declaró Johnston.

—¿Retiramos? —La pregunta de Jackson fue como un trallazo—. De eso no hay ni que hablar, señor.

—La falta de municiones me obliga a ser precavido —confesó Johnston.

—Yo le garantizo a usted que dispondremos de tiempo para retirarnos si es preciso, general. Hemos de intentar oponer resistencia, sin embargo —insistió Jackson—. La caída de Harpers Ferry supondría la cesión de toda Virginia al enemigo.

—Y no digamos nada de lo que vale, en cuanto a la moral, atacar antes de vemos obligados a retroceder. —El tono de Stuart era, asimismo, apremiante —. Nosotros no podemos vencer oponiendo a una fuerza otra; los recursos del

Norte en cuanto a hombres y la producción de sus fábricas supera a todo lo que nosotros tenemos. Esto quiere decir que nuestra única esperanza radica en la consecución de una victoria rápida, cosa factible, porque nuestro *esprit de corps* es superior al de ellos y, además, nosotros podemos permitirnos ser más osados.

—Procederé de acuerdo con el consejo del general Lee y lo que nuestra caballería descubra, coronel Jackson —repuso Johnston, fríamente—. Buenos días, caballeros.

Fuera del despacho, Stuart se unió a Jackson y su grupo, en el que figuraba David Preston.

—Ha sido una buena cosa esto de que usted llegara a Harpas Ferry antes que nuestro tímido Joe, coronel Jackson —manifestó el deslumbrante oficial de caballería—. De no haber sido así, los trenes de la línea B&O todavía estarían transportando carbón a Norfolk, para que en ningún momento faltara carbón en las bodegas de los buques federales, para que también estuvieran abastecidas de él las fuerzas que se encuentran en Fort Monroe y en Newport News. Menos mal que Beauregard es quién ostentará el mando del ejército del Norte de Virginia.

Jackson se mostró sobresaltado.

—¿Eso es ya oficial?

—Es lo que oí decir en Kentucky.

Seis años mayor que Jackson, Pierre Gustave Toutant Beauregard había pasado por West Point cuatro años antes que él. Herido dos veces durante la guerra de México, y ascendido a comandante, Beauregard había sido nombrado superintendente de West Point en 1861, pero dimitió de su cargo al producirse la secesión de Louisiana. Había ostentado el mando en Charleston (Carolina del Sur), durante los días, saturados de tensión, en que Fort Sumter estuvo bajo asedio, y había dirigido el ataque final que condujo a la entrega del fuerte por su guarnición federal.

—Beauregard y usted son los dos únicos héroes *bona fide*[5] que esta guerra ha producido hasta ahora, coronel Jackson —dijo Stuart—. Es posible que trabajando juntos podamos crear todavía algo que sirva para mantener entretenidos en esta región a nuestros amigos del Norte. ¿Me da usted permiso para salir en busca de su hombre, Ashby, y ver qué es lo que ha descubierto?

—Usted no se encuentra a mis órdenes, coronel Stuart,

—Rezo a Dios para que pueda usted disponer de mí cuanto antes. Ahora bien, como el general Johnston no ha decidido todavía cuál ha de ser mi

destino y el de mis hombres, de momento pienso actuar de acuerdo con mi personal iniciativa.

Stuart había pronunciado las anteriores palabras mientras cogía las riendas de su caballo, hasta aquel instante atado a un poste, frente al alojamiento del comandante en jefe. Montó en aquél, con un movimiento lleno de gracia (que no tenía nada que ver, desde luego, con los torpes hábitos de Jackson al encaramarse a una montura), y saludó con la mano derecha perfectamente enguantada.

—Mis hombres han acampado por las inmediaciones, así que por ahora estaremos separados.

—Sea prudente, coronel —le dijo Jackson—. Tengo la impresión de que usted y yo hemos de vivir juntos algunas aventuras antes de que la guerra llegue a su fin.

Los hombres de Stuart estaban acampados al pie de la colina. Algunos andaban ocupados aseando a sus monturas, cubiertas de polvo. Los que tal hacían habían elegido un lugar despejado. Otros se habían sentado alrededor de un fuego, sobre el cual se veían unas cuantas cafeteras. Un soldado entretenía a sus compañeros tocando un banjo.

—Ése es Joe Sweeny, mi payaso particular —explicó Stuart, y oír viendo la cabeza y alzando la voz al echar a andar calle abajo—. Cuando mis hombres no combaten, Sweeny se encarga de entretenerlos con el café y el banjo, gracias a lo cual no tienen ocasión de meterse en líos por ahí.

La voz de Sweeny, una voz ronca a fuerza de *whisky*, seguramente, llegó hasta los oídos de ellos desde el cercano campamento. Cantaba la melodía que en unos cuantos meses sería el tema musical favorito de los confederados:

The years creep slowly by, Lorena,
The snow is on the grass again
The sun's low down the sky, Lorena,
The frost gleams where the flowers have been[6]

Cuando las quejumbrosas palabras murieron en el aire de la noche, el juglar del banjo hizo sonar una vibrante nota. Y al empezar a cantar de nuevo, las voces de los hombres que tenía a su alrededor corearon sus frases con evidente complacencia:

Just before the battle, Mother,
I was drinking mountain dew.
When I saw the Yanks a'mar chin'
To the rear I quickly flew[7].

—Ese estribillo parece ser el de Johnston —comentó Sandie Pendleton, riendo.

Sorprendido, David observó que Jackson exteriorizaba una risita.

—Es posible que podamos introducir algunas variaciones en esa cancioncilla —dijo. Y a continuación, añadió, en un tono más grave—. Con suerte y si tal es la voluntad de Dios.

IX

SUCEDIÓ que el teniente coronel J. E. B., a quien llamaban ya Jeb Stuart no tuvo que levantar el campamento aquel día, en Harpers Ferry. El coronel Turner Ashby, al frente de su pequeña unidad de caballería, regresó alrededor del mediodía, con la noticia de que Belle Boyd había dado una información correcta. Un pequeño número de soldados federales se encontraban ya en las inmediaciones de Williamsport, en Maryland, pero hasta entonces pocos habían sido los que cruzaran el Potomac, no pudiendo hablarse por tanto de una fuerza que pudiera ser considerada una amenaza contra Harpers Ferry.

Entretanto, Jackson había escrito a su amigo el general Robert E. Lee, que actuaba como consejero militar de Jefferson Davis en Richmond, rogándole la retención de Harpers Ferry. Lee se mostró de acuerdo con él, y Johnston, tan tímido como siempre, recibió instrucciones de Richmond en el sentido de mantenerse en la población durante todo el tiempo que él en rigor estimara pertinente. Y para asegurarse de que el Ejército de Shenandoah no se vería sorprendido, Stuart y los suyos fueron enviados a Martinsburg, como pantalla protectora.

Por el hecho de ser un jinete de mayor experiencia que los otros médicos, se confió la tarea de visitar Martinsburg dos veces por semana a David Preston, a fin de que los hombres de Stuart estuviesen atendidos sanitariamente.

Una mañana, cuando regresaba a Harpers Ferry, vio salir de detrás de uno de los árboles del camino a un soldado de desastrado aspecto, que vestía los pantalones de los confederados y una camisa de color marrón —uniforme nada raro en los voluntarios—, empuñando un rifle, con el cual le estaba apuntando.

—Lo siento, capitán, pero tendrá que cederme su caballo —dijo el soldado, con el típico acento de los habitantes del Valle.

—No estoy armado, como puedes ver.

—Lo sé. Sé también que es usted de los médicos que el Sur va a necesitar de veras antes de que esta guerra haya terminado, así que no haga ningún falso movimiento y no sufrirá ningún daño.

—¿Puedo quedarme con las alforjas? En ellas se encuentran todos mis instrumentos profesionales.

El desertor sonrió.

—Cójalas, doctor. No tengo el menor propósito de dedicarme a la práctica de la medicina.

Obediente, David desmontó. Separó las alforjas de la silla de su montura y se las echó al hombro.

—¿Te importará mucho que te pregunte por qué has decidido desertar?

—Ésta es mi manera de pensar, doctor: ingresé voluntario en este ejército y voluntariamente me salgo de él.

—Sí, pero ¿por qué?

—En primer lugar, no me explico cómo vamos a someter a los yanquis valiéndonos solamente de los rezos y la instrucción militar.

Y en segundo lugar, yo no soy un negro para que tengan que decirme a cada paso qué es lo que tengo que hacer y qué es lo que no me está permitido. Todo cambiaría si yo estuviese luchando contra los yanquis, matando yanquis. Pero el caso es que en nuestras tierras hay una cosecha por coger y me parece que allí seré de utilidad a mi vieja y a los pequeños. Yo no saco nada aquí de verme callos en las rodillas a fuerza de rezar, y también en las plantas de los pies, a fuerza de andar y andar, sin ir jamás a ninguna parte.

—Ten en cuenta que la deserción es un grave delito.

—También es un delito dejar que la esposa y los chicos se mueran de hambre cuando uno no hace nada bueno por el Sur, doctor —contestó el campesino al montar en el caballo—. Conozco a su gente de Botetourt; crecí no lejos de Preston Cove. Cuando llegue a casa, enviaré un recado a su madre, diciéndole que está usted llevando a cabo aquí un trabajo, para el viejo Jack, digno de muchos elogios. En el otoño, probablemente, cuando lo tengamos todo metido en casa y termine de matar mis cerdos, volveré. Para entonces, tal vez haya combates en los que un hombre pueda participar.

De vuelta a Harpers Ferry, con las alforjas sobre sus hombros, los pies cada vez más doloridos, a medida que cubría los kilómetros que le separaban de la población, David tuvo tiempo para pensar en lo que el desertor le había dicho. Y cuanto más cansado se sentía más sentido para él iban tomando sus palabras… Así hasta que la repentina visión de las altas montañas y la formidable belleza del escenario en que tenía lugar el dramático encuentro de las corrientes de agua borraron todo recuerdo de fatiga en su mente.

En más de una ocasión, tras su llegada a Harpers Ferry, había trepado hasta la cumbre de la elevación conocida con el nombre de Jefferson’s Rock. Y habiendo leído las «Notas sobre el Estado de Virginia», del tercer Presidente de los Estados Unidos, una vez por año, por lo menos, desde que

encontrara un ejemplar de aquéllas en la pequeña biblioteca de la escuela del condado de Botetourt (una cabaña hecha con leños), se hallaba en condiciones de recordar el pasaje palabra por palabra, casi:

El Potomac, al cruzar el Blue Ridge, da lugar a uno de los paisajes más bellos del mundo, sin duda. El espectador se planta en la cumbre de una gran elevación. A su derecha queda el Shenandoah, que ha recorrido un trecho de unos ciento sesenta kilómetros en busca de una salida. Por la izquierda, se aproxima el Potomac, también buscando un paso. En el momento de su conjunción, los dos se abalanzan contra la montaña, la dividen en dos y salen disparados hacia el mar.

Al contemplar esto por primera vez, arraiga en el espectador la impresión de que, creada la tierra un día, las montañas fueron formadas primero, empezando a fluir los ríos posteriormente. Se tiende a pensar que éstos fueron contenidos por el Blue Ridge, formando un océano que inundó todo el valle, y que al continuar la elevación de las aguas la masa de tierra y rocas se resquebrajó, partiéndose la montaña en dos, desde la cumbre hasta su base. Los peñascos a lado y lado, pero particularmente sobre el Shenandoah, y las claras huellas de la rotura y extirpación de sus lechos por los más poderosos agentes de la Naturaleza, corrobora tal impresión.

Pero el distante acabado que aquélla ha dado al panorama es de un carácter muy diferente. Es algo que se ofrece en tremendo contraste con lo precedente. Es una visión plácida, deliciosa, en la misma medida que resulta salvaje, tremenda. Y es que la montaña, al quedar partida en dos, presenta a los ojos del espectador, merced a la hendidura, un pequeño trozo de alisado y azul horizonte, a remota distancia dentro del país llano, invitando a aquél, con la voz turbulenta de las aguas, a deslizarse por la brecha, para alcanzar la calma que se descubre más allá.

Habiendo cruzado el Atlántico no hacía mucho, David estaba de acuerdo en todo con Thomas Jefferson. Pero aunque las montañas y los ríos seguían estando como cuando aquél los contemplara, seguramente, Preston estaba seguro de que ni siquiera el visionario creador de Monticello había llegado a soñar con contemplar la doble vía férrea de la línea B&O pegada a la orilla del río. Sin embargo, como visionario bona fide, Jefferson habría podido planear el sistema de diques y esclusas que permitía por el oeste la elevación del canal por encima del nivel de caída, haciendo posible la navegación hasta Cumberland. Lejos de él imaginar con todo que llegaría un día en que habría

allí no sólo ruedas movidas por la tumultuosa corriente, sino también fábricas destinadas a la producción de instrumentos de muerte y destrucción. Y ninguno más digno de ser citado que la famosa pistola Harpers Ferry, de calibre 54, un pequeño cañón, en realidad, que había de ser sostenida con las dos manos al ser disparada. No había otra arma más formidable en el país.

Descendiendo por una pendiente que le llevaría directamente a Harpers Ferry, a medio camino, David se vio detenido a la altura de un espolón rocoso por un flaco soldado que le apuntaba con un fusil. Era la segunda de sus experiencias de este tipo dentro del mismo día.

—¡Alto! ¡La contraseña! —solicitó el hombre, con un típico acento del sudoeste de Virginia.

—¿Qué contraseña?

—¿Dónde ha estado usted, doctor?

Aunque el soldado le había reconocido no abatió por eso el fusil. David no quería entablar ninguna discusión.

—Estuve en Marfinsburg, para atender a los enfermos del grupo de caballería del coronel Stuart —repuso, secamente.

—¿Tiene problemas Jeb?

—Hay allí una epidemia de sarampión.

—Es una lástima para mí haber pasado el sarampión antes de ingresar en el ejército. Ahora, gracias a éste, disfrutaría, quizá, de algunos días libres de servicio.

—Cuando yo salí, ayer, no se había establecido ninguna contraseña —declaró David—. ¿Cuándo ha empezado a ser exigida?

—Esta mañana, al decidir el general Johnston nuestra retirada al sur de Winchester.

—¿Nuestra retirada? ¿Por qué hemos de retirarnos de aquí?

El soldado se encogió de hombros.

—A mí no me haga preguntas, doctor. Pregunte al general.

Era una noticia inquietante, desde luego, ya que pese a haber sido estudiado el movimiento por el estado mayor no se había tomado ninguna decisión al ponerse en camino David la mañana anterior, y estaba seguro de que Stuart no tenía nada que ver con aquello. En efecto, al separarse del valiente jefe del grupo de caballería en Martinsburg, unas horas atrás, sus soldados se hallaban atareados, vigilando el movimiento federal hacia el Sur, desde Hagerstown y Williamsport.

—¿Va usted a darme la contraseña, capitán Preston? —preguntó el soldado.

—Yo no me encontraba aquí cuando fue dada esa orden. Lógicamente, no puedo conocer la contraseña, ¿verdad?

El soldado se rascó la cabeza, abatió el fusil y lanzó un escupitajo de jugo de tabaco contra un lagarto que en aquel instante se arrastraba por la roca inmediata a él. El animalito se perdió vertiginosamente entre unos matorrales.

—Calculo que tiene usted razón —admitió—. Y puesto que yo pertenezco al 27.º Regimiento y sé que es usted el médico de esta unidad, creo que debo dejarle seguir su camino.

—¿Se trasladan al Sur también los hombres de la., 1.a Brigada?

—¡Qué va! —La voz del soldado denotaba su disgusto—. Nosotros llegamos aquí los primeros y seremos los últimos en marchamos. Llevo en el ejército tiempo suficiente para darme cuenta de que las cosas dentro de él marchan así. A propósito… ¿Qué ha sido de su caballo, doctor? ¿Por qué lleva usted esas alforjas?

—Un desertor me quitó la montura. Me apuntó con su rifle y yo iba desarmado, de manera que no tenía objeto discutir.

—Ése habrá sido Jed Burnet. Cuando pasaron lista esta mañana, alguien dijo que se había marchado durante la noche. Pero Jed es de Botetourt también. Tenga la seguridad de que cuando llegue a su casa se acercará a la plantación de su madre, a la que hará entrega de su caballo.

Al pie de las Alturas de Loudoun, David pudo apreciar que en Harpers Ferry había mucho movimiento. A lo largo de la polvorienta calle se movían hombres, caballos y equipos militares, sin un objetivo concreto, evidentemente. Alrededor del sitio en que se alojaba Johnston se notaba una atmósfera de pánico. David frunció el ceño, Fue en busca de Joe Stannard, al que halló trabajando, redactando órdenes, en tanto que Sandie Pendleton, semejante a un dios griego dentro de su impecable uniforme gris de la Confederación, corría desde aquel despacho hacia la residencia de Jackson y viceversa.

—Estaba empezando a creer que había sido usted capturado por el enemigo —declaró Stannard—. ¿Dónde estuvo usted?

—Fui capturado… por un desertor. Me quitó el caballo y se fue hacia el Sur, a su casa… Vive en el mismo condado que yo.

—No es él solo. Una compañía del 5.º ha perdido veinte hombres en dos días.

—¿Piensa el general Johnston realmente dejar Harpers Ferry?

—Con la mayor rapidez posible. La orden fue dada esta mañana, a pesar de las objeciones formuladas por Jackson, a pesar de haber recibido un

telegrama del general Lee. Han sido puestos en marcha ya numerosos vehículos, que se dirigen a Winchester. Las tropas saldrán por la mañana, en cuanto hayan pegado fuego a las fábricas de municiones aquí existentes.

—Así pues, ¿se marcha todo el mundo?

—Excepto nosotros. Un regimiento de la 1.a Brigada cubrirá la retirada.

—Espero que sea el 27.º…

—Ha dado usted en el blanco. Somos la unidad más pequeña, de manera que disfrutaremos de tal honor.

—Lo que Se contempla ahí fuera tiene todos los visos de un descalabro militar. Presencié unos cuantos en Italia y todos se parecen…

—En México pasamos por unas cuantas experiencias semejantes. Son muy desagradables, tanto a la vista como para el olfato —convino Stannard —. No obstante, me figuro que Johnston no perderá el control por completo.

—¿Qué ha ocurrido aquí desde ayer para que el general haya pasado tan rápidamente a la acción?

—Digamos generales. Bee y otros dos de los que vinieron con Johnston fueron nombrados brigadieres generales efectivos ayer por la tarde, de acuerdo con unas órdenes telegráficas procedentes de Richmond.

—¿Y Jackson no?

—No.

—¿Por qué?

—Yo supongo que se trata de algo que ocurrió cuando el viejo Jack y Jefferson Davis pertenecían al ejército estadounidense. Parece ser que tuvieron un roce… A juzgar por lo que he oído contar, nuestro Presidente tiene una memoria muy feliz cuando arrastra un viejo rencor.

—¿Cómo ha encajado esto el coronel?

Stannard miró hacia la escalera que conducía al alojamiento de Jackson y bajó la voz al hablar de nuevo.

—Exteriormente, no ha habido ninguna reacción. Pero Sandie Pendleton, que se mantiene continuamente en contacto con él, que lo trata más de cerca que nadie, ha dicho que el viejo Jack ha estado a punto de sufrir un ataque.

—¿Puede reprochársele algo?

—¡Diablos! ¡No! Si nosotros hubiésemos esperado la llegada a esta población del Tímido Joe, por la línea B&O seguiría pasando todavía carbón día y noche y el Sur contaría ahora con un número mucho menor de vagones de ferrocarril y locomotoras.

—¿Y qué es lo que ha pasado para que Johnston se mueva como si le hubiesen puesto una carga de pólvora bajo los pies?

—Durante su salida en plan de exploración, Turner Ashby montó una de esas comedias que tanto le gustan… Esta vez se coló en el campamento yanqui emplazado al norte del Potomac, fingiéndose un veterinario ambulante, especializado en caballos. Ashby informó que el general Patterson ha estado diciendo a todo el mundo que va a cruzar el Potomac, empujándonos por el Valle arriba. Supongo que el Tímido Joe le creyó.

—Apuesto cualquier cosa a que no fue ésa la actitud que adoptó el viejo Jack.

—¿No ha observado usted, amigo mío, el ambiente de pánico que hay en torno a este edificio? Creo conocer bien a nuestro reservado jefe, y por eso pienso que ahora mismo está planeando convertir lo que se supone tan sólo una operación de cobertura de nuestro núcleo principal en un grave tropiezo para un general yanqui llamado Patterson.

Lo cual fue lo que sucedió exactamente. En el curso de la jornada siguiente, hacia el mediodía, la principal fuerza del general Joseph E. Johnston había desaparecido por el boquete en que el río Shenandoah, tras haber reptado a lo largo de la base de la pared oriental del Blue Ridge, durante unos ciento cincuenta kilómetros, buscando una salida, cortaba por debajo las Alturas de Loudoun para unirse al Potomac.

Antes incluso de que el último vehículo se hubiese perdido de vista en la carretera que conducía a Winchester, la 1.ª Brigada, que había sido dejada a retaguardia para cubrir la retirada, tomaba posiciones, esperando únicamente para emprender la marcha la ensordecedora explosión de las cargas de pólvora que los ingenieros colocaran bajo el largo puente de la línea férrea B&O, que cruzaba el Potomac, y el consiguiente desmoronamiento de la estructura, tan espectacular como eficaz.

Cosa característica en él: Jackson no había dicho a los oficiales ni a los restantes hombres lo que se avecinaba. Pero cuando empezó la marcha, en compañía de los vehículos de la artillería de Rockbridge, sus furgones y armones, rodando sobre ejes bien engrasados, ocupó su puesto, a la cabeza de la columna. Un escuadrón de caballería de Ashby exploraba el terreno situado ante ellos, y si había existido alguna duda en la mente de alguien acerca del camino que estaban siguiendo, se disipó rápidamente ahora.

La carretera que habían enfilado tras haber dejado a sus espaldas Harpers Ferry giraba bruscamente hacia el noroeste, formando el núcleo principal de la fuerza. La 1.a Brigada de Jackson se estaba retirando hacia adelante, en dirección al enemigo, una maniobra con la cual todos llegarían a familiarizarse ampliamente en el curso de los meses venideros.

X

CONSIDERADA rigurosamente desde el punto de vista militar, la Batalla de Falling Waters, librada en las cercanías de la orilla sur del Potomac, a unos kilómetros por debajo de Hagerstown, el 2 de julio de 1861, casi a la vista del puente de Williamsport, sólo puede ser tomada como una escaramuza, o poco más. Los dos bandos contendientes, en efecto, se atribuyeron la victoria, poniendo de relieve, en consecuencia, que no se habían destruido mutuamente.

La voladura del largo puente de la vía férrea, sobre el Potomac, en Harpers Ferry, impidió, desde luego, la utilización del ferrocarril por espacio de varios meses, perdiendo el Norte una posición ventajosa.

Y al moverse directamente sobre Martinsburg, los hombres de Jackson habían sacado fácilmente de la ciudad a las pocas tropas federales que en ella había, apoderándose limpiamente de los importantes talleres ferroviarios y otras instalaciones montadas allí por la firma B&O.

Tras la destrucción de esta zona, llevada hasta el extremo de arrancar los carriles de la línea y trasladarlos a una arboleda, cuyos troncos fueron aprovechados para doblar aquéllos, con una previa aplicación de calor, Jackson obedeció una orden del general Johnston, iniciando su retirada hacia Winchester.

Pese a continuar lamentando todavía la falta de agresividad de su superior, se llevó consigo, arrastradas por tiros de caballos, cierto número de locomotoras B&O, para que fuesen reparadas en los talleres de la Tredegar Iron Works, de Richmond, tras un largo desplazamiento hasta Strasburg, de donde por los caminos de hierro de Orange, Alexandria y Virginia Central, pasarían a la capital de la Confederación.

La caballería de los valientes Jeb Stuart y Turner Ashby, adentrándose unos cuarenta o cincuenta kilómetros en el territorio comprendido entre Winchester y el Potomac, volvieron en los últimos días del mes de junio con la noticia de que los federales empezaban a cruzar en masa por Williamsport. Johnston decidió finalmente mover sus fuerzas a lo largo del Valle Turnpike, en dirección a Darkesville, a medio camino, aproximadamente, entre Winchester y Williamsport. Dejado en libertad por último por su tímido jefe, Jackson se puso en marcha con sólo unos trescientos hombres del 27.º

Regimiento, más varios cañones de la artillería de Rockbridge, al mando del padre de Sandie Pendleton.

El centelleante cometa que cruzó el firmamento la última noche de junio fue interpretado por algunos como un signo de victoria, y por otros, los menos, como el anuncio de un desastre. Hubo cuatro hombres que lo consideraron muy significativo en sus respectivas vidas, dándole una interpretación distinta, sin embargo. La verdad es que todos se equivocaron.

Pierre Gustave Toutant Beauregard vio el cometa como el anuncio de un favor celestial. El Señor había acogido todos sus esfuerzos hasta entonces con una sonrisa, indudablemente… Se había convertido en un héroe del Sur de la noche a la mañana, sólo por haber estado al mando de Charleston durante el ataque contra Fort Sumter, aunque aquella victoria sólo había requerido unas armas más, unas municiones más y un poco de gente más que se impusiera a la pequeña guarnición unionista, integrada por un centenar de soldados.

Tras lo de Charleston pasó a mandar el ejército del Norte de Virginia, a principios del verano. Beauregard empezó a concentrar fuerzas en Manassas Junction, al noroeste de Richmond, con el propósito manifiesto de conquistar Washington. Orgulloso, pintoresco, impetuoso, lleno de energía, Beauregard, a sus cuarenta y tres años, se encontraba en la flor de la vida y en el pináculo de su carrera militar. En consecuencia, ¿cómo no iba a ser aquella irrupción del cometa en el firmamento nocturno un buen presagio, un anuncio de mayor gloria para su persona?

George Brinton McClellan, natural de Philadelphia, formado en West Point, había renunciado a su empleo de capitán en el ejército regular en 1857 para ocupar el puesto de ingeniero jefe en el ferrocarril de Illinois Central, de cuya compañía fue más tarde vicepresidente. Ascendido a comandante general en el ejército estadounidense en 1861, había dirigido el triunfal avance de las tropas federales en Virginia Occidental, enfrentándose con una oposición reducida, y preparando el terreno para la planeada separación de ese sector de Virginia, destinado a convertirse en otro estado dentro de la Unión. Hombre apuesto, gallardo, muy seguro de sí mismo, convencido de sus altos destinos, veía en el cometa un indicio del favor celestial, que así se centraba en una persona evidentemente nacida para los lideratos de la política y la milicia.

El comandante general Irvin McDowell, auxiliar ayudante general del ejército regular estadounidense, se había mostrado muy activo en la preparación de la batalla desde que la caída de Fort Sumter impulsara a unos cuantos estados indecisos, particularmente Virginia, a participar con más

viveza en la Confederación. Trabajando lo mejor que pudo a las órdenes, no siempre comprensibles, del anciano general en jefe de los Estados Unidos, Winfield Scott —que apenas podía andar, pero que se recreaba, sin embargo, en el planeamiento de campañas militares desde su lecho, señalando con un puntero en los mapas que le colgaban de las paredes de su habitación—. McDowell tuvo que vencer muchas dificultades desde el principio.

De la misma edad que Beauregard y en la misma clase que el orgulloso louisianiano en West Point, McDowell tenía poco del pintoresquismo de Beauregard, y nada, al parecer, de su audacia. Comandante al comienzo de la guerra, McDowell fue nombrado inmediatamente brigadier general de los voluntarios. Pero no era uno de los soldados favoritos del general Scott, precisamente. Hombre sensible, amante de la música y de la jardinería, con frecuencia distraído, aparentemente, McDowell no poseía condiciones adecuadas para encajar bien en la turbulenta vida de Washington inmediatamente después del comienzo del conflicto bélico.

Inspirado por una militar prudencia, McDowell había tomado la precaución de acelerar la ocupación de la orilla virginiana del Potomac desde Washington, haciendo del antiguo hogar del general Robert E. Lee, en las Alturas de Arlington, el cuartel general del ejército. Había andado ocupado, asimismo, a lo largo de la primavera y principios del verano de 1861, intentando consolidar las diversas fuerzas presentes dentro y en los alrededores de la capital, para conseguir disponer de un ejército homogéneo y apto para el combate. Esto, a pesar de las interferencias del Presidente Lincoln y de varios miembros del Gabinete, así como por parte de algunos «aficionados» del ejército de voluntarios con influencia política suficiente para autogarantizarse altos empleos, que raras veces merecían, por su falta de condiciones.

Hacia los últimos días de junio, McDowell había podido preparar un mapa de su proyectada campaña y presentarlo al consejo militar, el Presidente y el Gabinete. El plan constituía una osada aventura. McDowell se proponía penetrar directamente en Virginia Oriental, cortando el ferrocarril de Manassas Gap, hacia el Valle de Shenandoah, dejando aislada la ciudad de Richmond, donde su antiguo amigo y camarada de armas, Jefferson Davis, ocupaba el cargo de Presidente de una joven y todavía vacilante nación.

En relación con los preparativos emprendidos por McDowell sobre la guerra, una cosa había llamado la atención del gran público: un globo de observación relleno de aire caliente, preparado por el profesor T. S. C. Lowe. Instalados en su barquilla, los observadores podían situarse a bastante altura

sobre el campo de batalla, vigilando los movimientos de las fuerzas contrarias y telegrafiando las informaciones directamente por medio de un cable de arrastre que acababa en el puesto de mando.

Dentro de la mansión abandonada de Lee, su cuartel general, al mando de un ejército compuesto por treinta y dos mil hombres, muchos de ellos, verdaderamente, mal entrenados, el general Irvin McDowell tenía muchas razones para pensar, en los comienzos del mes de julio de 1861, que el cometa que había surcado los cielos la noche anterior auguraba la iniciación de una campaña tan relampagueante como aquél. Su triunfo le convertiría, en un héroe nacional en escaso tiempo, liquidando la guerra con la conquista de Richmond, el corazón de la rebelde Confederación, que aspiraba a convertirse en una nación separada.

Para un cuarto observador, llamado Thomas Jonathan Jackson, instalado en su campamento, dentro del delicioso valle existente, en la región septentrional de Martinsburg, con los laureles y los rododendros todavía en plena floración, en las laderas altas del Blue Ridge, el cometa sólo podía ser presagio de un descalabro. Con sus trescientos hombres, aproximadamente, del 27.º Regimiento de Virginia, y unos cuantos cañones a su disposición, Jackson no podía considerarse una amenaza, desde luego, para los millares de soldados del general Robert Patterson, bien calzados, perfectamente equipados y mucho mejor entrenados. Ellos eran con relación a estas tropas lo que las moscas importunas que zumbaban perezosamente en torno a los hombres dormidos y los caballos de la artillería de Rockbridge, pastando en aquellos momentos.

Pese a llevar ya tres meses en la guerra, Jackson era todavía coronel, aunque había capturado parte de una de las líneas férreas más importantes de la nación, sin disparar un tiro, además. Por añadidura, el antiguo profesor parecía estar destinado siempre a actuar como el lacayo del alto mando, moviéndose en la vanguardia del principal núcleo de tropas, para aguantar la embestida más peligrosa del primer ataque, y custodiar la retaguardia en las retiradas, siempre cediendo las recompensas y la fama a otros cuando todo llegaba a su fin.

Viendo a su superior sentado sobre un leño, con la cabeza erguida, como siempre, junto a la hoguera humeante, que más que nada servía para ahuyentar a las moscas, ya que aquella noche, la del 18 de julio, era cálida y sin brisas, David Preston percibió al mismo tiempo las susurradas palabras de una plegaria, comprendiendo que el viejo Jack andaba ocupado hablando con la única persona con quién parecía comunicarse a voluntad: su Dios. Pero

nadie, ni sus más íntimos compañeros, hubiera podido decir si rezaba por la victoria o por la salvación de su alma.

Eran las cuatro y media de la madrugada, y el sol no se había elevado por encima de las aserradas crestas de Blue Ridge, cuando Jackson ordenó al cometa que tocara diana, si bien en un tono muy bajo, por si del cuerpo principal de las tropas mandadas por Patterson se habían destacado algunos piquetes, en dirección al Sur. Por espacio de una hora hubo algún movimiento en el campamento, procediendo los cocineros a freír las raciones de cerdo… Muchos soldados sabían que, enfrentados con la posibilidad de una batalla, el mejor sitio para llevar aquéllas era el estómago.

Aunque habían sido sacadas algunas armas y municiones del parcialmente destruido arsenal y de las fábricas incendiadas de Harpers Ferry, los hombres de Jackson no se hallaban bien equipados para un combate en regla. Sus únicas armas, aparte de las bayonetas y cuchillos, eran los fusiles (sólo algunos de ellos de retrocarga), las carabinas, las escopetas y pistolas… Era grande la variedad en el armamento. Los macutos resultaban demasiado molestos o engorrosos para la marcha, de suerte que el equipo del soldado había quedado reducido, generalmente, no contando las armas y municiones, a una manta enrollada, cubierta con un trozo de tela impermeable, y a los artículos indispensables para el aseo, los mínimos, guardados dentro de aquélla.

Tras el desayuno, la columna inició su marcha hacia el norte. Los pocos jinetes con que se contaba desaparecieron nada más empezar a moverse todos. La caballería siempre había sido los ojos y los oídos de las tropas que se dirigían al campo de batalla. Las órdenes de Jackson relativas a la marcha eran muy simples: cada hora había un descenso de cinco minutos. Los hombres se dejaban caer, quedándose inmóviles allí donde les sorprendía el alto. David Preston avanzaba a caballo, como los restantes oficiales. Llevaba su equipo médico en una pequeña caja y sus herramientas de cirujano en las alforjas.

A las dos horas de haber abandonado la columna el sector donde había vivaqueado, el jefe de la caballería, el coronel Turner Ashby, apareció ante ellos inesperadamente. La columna se detuvo mientras Jackson, el comandante W. N. Pendleton, el teniente Sandie Pendleton, su hijo, y los dos jefes de las compañías conferenciaban separados del grupo.

Una vez finalizada la conferencia, Sandie Pendleton regresó con los jefes de las compañías y su padre, quien empezó a supervisar inmediatamente el

cambio del cañón, que había de ocupar un sitio alejado de la carretera, desde el cual poder tener el camino enfilado.

—El coronel Jackson quiere que monte usted inmediatamente un puesto de primeros auxilios, capitán Preston —dijo el joven ayudante.

—¿Qué ocurre, Sandie?

—Un grupo yanqui que precede a varios centenares de hombres se dirige hacia aquí. El coronel espera cogerles desprevenidos para abatirse luego sobre la columna principal. Falling Waters queda a no mucha distancia de este lugar.

Los soldados, casi todos ellos hombres de las montañas, acostumbrados a seguir a los venados y ciervos, habían empezado ya a dispersarse, invisibles, por el bosque. Cuando David hubo terminado de preparar sus cosas, nadie hubiera dicho que había tropas por los alrededores. Puesto que la batalla no había comenzado, fue a dar cuenta de que había cumplido la orden recibida.

El comandante W. N. Pendleton estaba supervisando el emplazamiento de su batería. Tenía que procurar barrer la estrecha carretera que quedaba delante. David se quedó sorprendido al ver a Jackson allí, hasta que advirtió que desde aquel punto se divisaba perfectamente la carretera. La blanca iglesia de Falling Waters quedaba sólo a unos centenares de metros de distancia.

—Quédese y eche un vistazo, doctor —dijo Jackson—. Usted ha estudiado algunos de los campos de batalla europeos y tal vez pueda damos algún consejo.

David se situó detrás de Jackson, pero puso buen cuidado en mantenerse lo más alejado posible del Pendleton mayor. Hombre taciturno, el sacerdote transformado en artillero apuntaba a un sitio y a otro, como si estuviera ejercitándose, con una Parrott, después de haberse echado por encima de la cabeza un impermeable, a fin de evitar que cualquier reflejo del sol en el metal revelara su presencia al enemigo.

Durante casi media hora no se oyó el menor sonido, salvo la cháchara de las aves y las ardillas en los árboles, un ocasional y distante grito y, por una o dos veces, el estampido de un disparo de rifle. Después, en una de las esquinas del cementerio de la iglesia aparecieron tres hombres a caballo, corriendo como si el diablo se hubiera lanzado tras ellos. David reconoció en el primer jinete al coronel Ashby, por su faz delgada y su barba puntiaguda.

—Ahí está el cebo, capitán Preston —dijo Jackson, en voz baja—. De un momento a otro veremos a nuestra presa ahora.

Más allá de la iglesia se oyó una descarga, buena prueba de que Ashby y sus acompañantes habían sido vistos. A1 desaparecer ellos en la arboleda que rodeaba el claro, el reducido y expectante grupo oyó el rumor de pisadas fuertes.

—Aquí vienen —señaló Jackson—. Mucha calma, caballeros. Hagan fuego cuando yo de la orden solamente.

Fijando la vista en el cañón, David no se sorprendió al ver junto a él, amontonados, unos sacos de metralla. A aquella distancia y hallándose las tropas concentradas en una pequeña zona, la metralla podía resultar terrible para los federales. Sus uniformes, de un azul brillante, y sus pulidas armas proporcionaban unos blancos muy definidos en la soleada mañana. Cuando los soldados cruzaron el claro, alrededor de la iglesia, David comprendió que allí había algunos del ejército regular, por su forma de extenderse. Las tropas bisoñas, en cambio, tendían a unirse instintivamente, en busca de protección, convirtiéndose, por tanto, en un blanco ideal para el fuego de cañón.

David comprobó que los soldados de la Unión se hallaban equipados con el rifle de seguridad Enfield, fabricado por numerosas firmas del Norte. Un fornido sargento, con las insignias denotado ras de su categoría militar en las mangas, capitaneaba a varios soldados. Estaban decididos a efectuar una detenida inspección de la iglesia. Ni un sonido ni asomo de movimiento llegó desde los árboles, por entre los cuales discurría el camino del suroeste, con un baño de luces y sombras, con un piso lleno de baches y trozos de arena muy poco firme.

Llamando a sus hombres, el sargento los condujo al claro.

Pendleton padre se inclinó sobre el cañón. Estaba en una actitud intensamente expectante. Los dedos con que sostenía el tirador, utilizado para el disparo de la pieza, se notaban temblorosos realmente.

Y cuando miró a Jackson, David observó que por vez primera su cuerpo no se mantenía erguido, sino que se inclinaba ligeramente también, con la cabeza cubierta casi por completo con el gorro cuartelero que utilizaba a todas horas y en todas las ocasiones, el cual le daba ahora el aspecto de un zopilote sobresaltado por un ruido extraño.

—¡Coronel! —Pese a su excitación, Sandie Pendleton supo mantener su voz en un susurro—. Fíjese en el arma del sargento.

Jackson volvió la cabeza y entonces David vio que sus hundidos ojos brillaban con una luz fantástica, como si su dueño se hubiese estado anticipando con vulpina satisfacción al disparo, del arma y a la granizada asesina de las sesenta o más bolas de hierro que componían la carga de

metralla dentro del cañón. Seguramente, había llegado a ver en el claro, de un modo casi tangible, la marea de la muerte, un poderoso soplo, guadañador de vidas humanas. David se dijo que aquélla sería sin duda la expresión de los espectadores de los coliseos romanos en la antigüedad, al inclinar sus pulgares para condenar a muerte al gladiador vencido.

—Se trata de un rifle Henry de quince disparos —manifestó Sandie Pendleton, hablando del rifle del sargento, sin levantar la voz ahora tampoco —. Se puede cargar el domingo, por ejemplo, y dedicarse uno a hacer disparos con él el resto de la semana.

—Vale lo que diez hombres bien apostados —convino Jackson—. Inmovilícelo, Sandie.

El joven oficial se estaba moviendo ya antes de que Jackson acabara de pronunciar estas palabras. La carabina Sharps que llevaba en su funda, delante de la silla, cuando montaba a caballo, se encontraba apoyada en un árbol, a no más de dos metros de distancia. Pendleton la cogió, examinando el detonante. Éste, al ser golpeado por el percutor, en el disparo, prendía fuego a la carga de pólvora, enviando la bala sobre el blanco.

La cinta de papel que cubría el detonante estaba seca, lo cual probaba que no había llegado a ser humedecida por el fuerte relente, en el desplazamiento de la noche anterior, desde el campamento hasta Falling Waters. Hincando una rodilla en tierra, apoyó el joven el cañón de la Sharps en el impermeable que cubría la Parrott que su padre se disponía a disparar, apuntando el arma sobre el ancho pecho del sargento que iba al frente del pequeño grupo. En aquel preciso instante, sin embargo, aparecieron unos cuantos uniformes azules más en la porción más lejana del claro, y Jackson alargó una mano rápidamente para contener a Sandie Pendleton.

—Un momento —dijo el viejo Jack, sorprendiendo a David por la serenidad que denotaba su voz en aquel importante momento—. Ya le avisaré yo.

El sargento yanqui había vuelto la cabeza para mirar a los recién llegados.

—¿Algún rastro de Johnny Reb? —preguntó uno de ellos, con un fuerte acento de holandés de Pennsylvania.

—¡No! —replicó el sargento, despreciativamente—. Esa gente huyó de esta parte del país en el momento en que unos cuantos auténticos soldados se lanzaron en su persecución, obrando de la misma forma que cuando 6u salida de Harpers Ferry. Vamos.

El grupo últimamente llegado allí estaba integrado por un par de docenas de hombres. Todos cruzaron el claro cuando el sargento volvió sobre sus

pasos. En el cementerio de la iglesia había congregados ahora unos cuarenta hombres, más o menos.

—¡Ahora, Sandie! —ordenó Jackson en otro susurro.

Con el estampido del disparo, una nubecilla de humo se escapó del arma, al incendiarse la pólvora, oscureciendo momentáneamente el objetivo. Esto era algo característico de todas las Sharps… El humo desapareció rápidamente, sin embargo, y unos segundos antes de que Pendleton padre hiciera fuego con su Parrott, David vio una mancha de color carmesí que aparecía como un diminuto sol en la guerrera azul. Inmediatamente después, el sargento empezó a inclinarse hacia adelante.

—¡Un disparo excelente, capitán Pendleton! ¡Magnífico!

Las siguientes palabras de Jackson fueron ahogadas por el tronar del cañón. La metralla se extendió por el claro, tumbando aquellas figuras del uniforme azul, barridas por el disparo como si hubiesen sido un puñado de bolos.

David sintió unas náuseas indescriptibles ante aquel salvaje espectáculo. Jackson, en cambio, sonreía, aprobador. La dotación de la pieza procedía sin pérdida de tiempo a limpiar el cañón valiéndose de una «esponja» hecha con un cilindro de madera recubierta de badana y puesto en la punta de una larga varilla. Tras haber colocado otra carga de pólvora, le llegó el turno a la metralla. Entretanto, el viejo Pendleton atornillaba el pequeño tubo de cobre, relleno de pólvora, de un cronometrador de fricción en el «fogón» de la pieza.

Los soldados escondidos entre los árboles comenzaron a disparar sus armas sobre los unionistas —menos de la mitad ahora eran capaces de mantenerse en pie—, que fueron abandonando el espacio despejado, buscando la relativa seguridad de los matorrales de los alrededores. Algunos de ellos, presas del pánico, arrojaron sus fusiles, huyendo. Dando gritos, los soldados de la Confederación se lanzaron tras ellos.

—Voy a ser necesario en mi puesto, coronel —dijo David.

—Desde luego.

La voz de Jackson sonaba distante ahora, mientras contemplaba sin el menor rastro de emoción en el rostro la carnicería de que era escenario el claro.

—El Todopoderoso se ha complacido hoy en damos la victoria, doctor. El enemigo necesitará de sus servicios mucho más que nuestros valientes soldados.

Mientras se deslizaba apresuradamente por entre los árboles, en dirección al sitio en que había instalado su sencilla enfermería, David se preguntó qué

clase de deidad podía ver con complacencia cómo se mataban entre sí los seres por ella creados. ¿Cómo iba a agradarle a Dios que se dieran muerte mutuamente aquellos que creara a Su imagen y semejanza, que perdían la vida en plena juventud, salvajemente destrozados por una granizada de bolas de hierro impulsadas por una mezcla de carbón, azufre y nitro? Y sin embargo, Jackson, un hombre piadoso, temeroso de Dios, estaba convencido de que eso constituía algo muy normal.

Antes de la batalla, había sido colgada de una rama de árbol que se proyectaba sobre la carretera que conducía a Falling Waters la bandera amarilla que indicaba el emplazamiento del puesto de socorros médicos. También había sido abierto un sendero, ladera arriba, a unos sesenta metros del camino, para que el puesto sanitario se desplazara y no quedara bajo el fuego de los contendientes al producirse alteraciones durante la lucha.

Nada más llegar David al puesto se presentó el primer paciente, un joven llamado Hal Perkins. Cojeaba terriblemente, y al avanzar se apoyaba en su arma. Su falta de experiencia la revelaba el hecho de que la misma se hallaba cargada. Precavidamente, David le quitó el fusil, dejándolo apoyado en el tronco de un árbol. Seguidamente, ayudó al chico a sentarse sobre una piedra, recostándolo contra aquél.

David no tuvo más que echar un vistazo al limpio orificio de la bota para comprender lo que había pasado. Este proceder había sido de carácter muy grave en Italia. Igual ocurría allí, en Virginia, al pie del Blue Ridge.

Pero recordando sus náuseas de minutos antes, al observar la carnicería de que eran objeto los soldados del uniforme azul, junto a la iglesia de Falling Waters, el joven soldado le inspiró simpatía. Su decisión de luchar se había derrumbado al llegar el momento de dar muerte al prójimo, llevándole esto a volver el arma contra sí mismo.

—¿De dónde eres tú, Perkins? —le preguntó David mientras le quitaba la bota.

El orificio era tan limpio por debajo como por arriba de la misma.

—De Winchester, doctor… Bueno, capitán, quiero decir. Estudiaba en la escuela de medicina de allí.

La herida se veía también muy limpia, encontrándose situada entre la base del dedo gordo y el contiguo. Un breve examen le permitió observar que el proyectil no había afectado a los huesos largos —los metatarsos— de ambos dedos. Ello constituía una prueba decisiva de que la herida había sido autoinfligida.

—¿Es grave, doctor? —preguntó el muchacho, con voz un tanto temblorosa.

—No. Pero vas a pasar un mal rato cuando te veas obligado a explicar esto ante un consejo de guerra.

—No sé qué me pasó, doctor. —El chico sentía la necesidad de justificarse porque creía que David simpatizaba con él—. Cuando cayó Fort Sumter nos alistamos prácticamente todos los de mi clase y…

—Hubieras debido quedarte en Winchester para terminar tus estudios. El Sur va a necesitar muchos médicos.

—Ahora lo comprendo… Pero el caso es que todos nos fuimos. La gente hablaba de que íbamos a tomar Washington y de que Abe Lincoln sería colgado… Decía también otras cosas por el estilo.

—Y esta mañana, por ejemplo, te has dado cuenta ya de lo que es realmente la guerra, ¿verdad?

—Yo estaba a menos de quince metros de ese sargento, doctor. Estaba apuntándole, pero no pude apretar el gatillo. —A Perkins se le quebró la voz por un momento—. Cuando la bala abrió en el pecho del hombre aquel gran agujero y empezó a salir la sangre… creo que perdí la cabeza.

—Ésa podría ser la explicación médica. —David inició el vendaje de la herida—. Pero los componentes del consejo de guerra no acogerán con mucha simpatía tus palabras, especialmente por el hecho de haberte tomado la molestia de cargar de nuevo tu arma.

—Me parece que cometí una estupidez. Sin embargo…

—Te figurabas que si no estaba cargada alguien sospecharía que te causaste tú mismo la herida, ¿no es eso?

Perkins asintió, secándose los ojos con el borde de la manga de su guerrera.

—Todo ello me hace aparecer como un cobarde a los ojos de los demás, ¿eh?

—Para algunos… sí, lo eres. ¿Cuántos años tienes, Hal?

—Diecinueve. Mentí en la oficina de reclutamiento.

—Entonces estabas dispuesto a…

David guardó silencio de pronto. Desde los matorrales cercanos acababa de llegar a sus oídos un crujir de ramas. Pensando en que se aproximaban nuevos heridos, terminó su operación con el pie de Hal Perkins, arrojando la bota acusadora entre la maleza, donde nadie pudiera verla. Estaba atando las puntas del vendaje cuando cesaron los crujidos de momentos antes y en ese instante levantó la vista para ver a menos de tres metros de distancia un

soldado de gran talla vestido con el uniforme azul. La sangre procedente de una herida que tenía en la cabeza se le derramaba por la cara. Sus ojos centelleaban a causa del dolor y el miedo.

—¡Maldita sea! ¡Rebeldes! —gritó, irguiéndose, para lo cual tuvo que apoyarse en un árbol.

Al mismo tiempo, se llevó a la cara el rifle Enfield de que era portador. David pudo ver perfectamente que acababa de echar hacia atrás el percutor con la mano derecha y que su dedo índice se ceñía al gatillo. Impresionado por la repentina y grave amenaza que suponía aquel rifle en manos del soldado de la Unión, David no hizo el menor esfuerzo por moverse, limitándose a esperar el impacto del proyectil que de un momento a otro acabaría con su vida. Rezó porque el movimiento de oscilación del cañón que le apuntaba fuese suficientemente violento, como para errar el blanco de su cuerpo. Cuando el sonido de la detonación llegó a sus oídos, no obstante, lo notó duplicado, como si hubiera sido seguido inmediatamente por su propio eco.

Aguardó una punzada dolorosa, que le dijera dónde había sido alcanzado. Pero no sintió nada… David se preguntó en virtud de qué milagro aquel hombre había errado el tiro disparando de tan cerca. Porque era un milagro, sí, aun tratándose de un soldado herido y atemorizado… Y entonces se dio cuenta de que la herida de la cabeza del yanqui se había ampliado, quedando expuesta la pulpa rezumante y roja de su cerebro.

Comprendió por fin. De una manera u otra, Hal Perkins se las había arreglado para coger el fusil, con tiempo para apretar el gatillo y alcanzar al otro soldado en la cabeza, una fracción de segundo antes de que se abatiera el percutor del Enfield. El cañón de esta arma se había elevado en el último momento, perdiéndose la bala, inofensiva, entre los pinos, al otro lado de la corriente de agua.

—No podía permanecer aquí tan tranquilo, viendo cómo lo mataban a usted, doctor. —Hal Perkins pronunció estas palabras en un tono de excusa, casi—. Después de haberme tratado tan bien habría sido un desagradecido…

—¡Me has salvado la vida, Hall!

En aquel instante, David se dio cuenta de lo que debía hacer. Tenía que actuar con presteza si pretendía evitar que el joven estudiante de medicina pagara con su vida haberse dejado llevar del pánico por unos segundos. Acercándose rápidamente al sitio en que había dejado sus alforjas, sacó una cajita que contenía tres bisturís, tres afiladas hojas del mejor acero sueco.

—¡Suéltate el vendaje del pie, Hal! —ordenó—. ¡Y a toda prisa!

El soldado Perkins no necesitó que le dijera aquello dos y veces.

Entretanto, David seleccionaba una de las brillantes hojas de acero de la caja.

—Voy a convertirte esa herida en otra. La voy a transformar de manera que dé la impresión de que pusiste el pie sobre la bayoneta del rifle de un soldado enemigo muerto —explicó—. Agárrate bien a algo, ya que lo que viene te va a doler.

David situó la punta del bisturí escogido en la entrada de la herida, sobre la parte superior del pie del chico. La hoja de acero miraba hacia abajo. Se hundió en la carne, desplazándola inmediatamente hacia los dedos de un golpe.

Perkins ahogó un gemido. David dejó que la sangre fluyera, recogiendo todas las partículas del vendaje que hubieran podido quedar. Luego, cogió el arma de Perkins, deslizándose entre la maleza, por la parte adonde había arrojado la bota. Atravesó ésta de parte a parte con la bayoneta, reproduciendo así en ella la herida que ya había «presentado» en el pie del chico.

La hemorragia producida por la nueva herida se había cortado ya cuando David acabó de destruir las pruebas que hubieran podido condenar a Hal Perkins. Entonces, procedió a colocar un nuevo vendaje. A menos que hubiera alguna infección, aquello curaría perfectamente.

—¿Cómo podré agradecerle esto, doctor? —dijo Hal Perkins, con la voz ronca, a causa de la emoción—. Probablemente, me ha librado usted de ser fusilado.

—Cuenta lo que te he dicho que cuentes. Quizá salgas sin novedad de este tropiezo.

—¿Por qué no me deja trabajar con usted cuando tenga la herida curada? Seré su esclavo, doctor…

—Tú podrías actuar como ayudante mío. Con el año que pasaste en la escuela de medicina más la experiencia que habrá ocasión de adquirir aquí antes de que transcurra mucho tiempo, quizá puedas superar un día el examen de practicante. Antes de que haya terminado esta guerra vamos a necesitar muchos auxiliares en los hospitales.

—Haré lo que usted diga, doctor.

Mientras trabajaba en el puesto, atendiendo a los pocos hombres heridos en el encuentro de Falling Waters, David pensó, guiándose por la intensidad de los disparos, hacia el norte, que la pequeña fuerza de Jackson, al parecer se las había tenido que ver con la avanzadilla del principal cuerpo de fuerzas

federales. No se sorprendió, pues, cuando vio a Sandie Pendleton, llegado de la carretera, con órdenes de Jackson: los heridos habían de ser acomodados en carromatos para ser inmediatamente transferidos a Darkesville. El propio Jackson hizo acto de presencia poco después a lomos de un indescriptible caballo alazán capturado al enemigo. Y antes de que se hubiera puesto el sol, el grupo que había efectuado la escaramuza volvía a su punto de procedencia.

Nada más llegar al campamento base temporal, David se puso a trabajar en el hospital provisional, montado cerca del cuartel de la 1.ª Brigada. Los vendajes y tablillas colocados apresuradamente tenían que ser ahora repasados y quitados. Uno de los soldados había sufrido una grave herida en la cadera, que afectaba al fémur. Hubo que amputarle la pierna, una operación siempre penosa, desagradable.

Esta intervención corrió a cargo del doctor Hunter McGuire, porque a él le correspondía realizarla. David le ayudó, y aunque McGuire carecía de experiencia dentro del campo de batalla, aquél advirtió que era un hombre competente, bien preparado.

Seguidamente, David limpió cierto número de heridas, retirando de ellas trozos de carne en mal estado e hilachas de los uniformes, utilizando con abundancia el agua caliente. Andaba atareado colocando una tablilla a otra pierna —otro caso de fractura, aunque, afortunadamente, no grave—, cuando oyó no muy lejos de él un rumor de pisadas.

Era el coronel Jackson, que se había plantado junto al fuego, donde hervía el agua de un recipiente, y habrían de ser colocados otros que contenían la sopa y el café destinados a los heridos.

—Siga con su trabajo, capitán Preston —dijo el coronel al ver que David se incorporaba para saludarle, desentendiéndose momentáneamente del enfermo que estaba atendiendo—. Es más importante ahora que los formalismos militares.

—Habré terminado dentro de unos minutos, señor.

—¿Qué es ese instrumento que está usted utilizando, doctor?

Jackson tenía el hábito de usar, indistintamente, este título y el referente a la graduación militar.

—Es una tablilla combinada, con objeto de aplicar un poco de tracción en los casos de fractura. Con la tracción se vence la tendencia de los músculos a contraerse, lo cual puede ocasionar el desplazamiento de los huesos.

—Ingenioso. Espero que ese dispositivo haya salido de 1 magín de algún médico de la Confederación.

—La tablilla fue ideada por el doctor Nathan Ryno Smith, de la Facultad de Medicina de Maryland, en la Universidad, hace ya algún tiempo, señor. El mecanismo para conseguir la tracción fue añadido por vez primera por un médico de Nueva York, el doctor Gordon Buck.

—A todos nos dice la palabra de Dios: «Aquellos que están sanos no necesitan un médico, sino quienes se encuentran enfermos». Así pues, yo estoy convencido de que nuestro Padre Celestial no quiere que le sea arrebatado a nadie el don de curar.

—En el juramento de Hipócrates, suscrito por todos los médicos, nosotros decimos: «En la medida que me lo permitan mis fuerzas y mi discernimiento, trabajaré para beneficio del enfermo, evitándole todo daño» —repuso David —. Nunca he experimentado la impresión de que existiesen discriminaciones entre el amigo y el enemigo.

—Nuestro Dios nos dijo una vez: «Amad a vuestros enemigos; corresponded con el bien a aquellos que os odian». —Una sonrisa dulcificó la normalmente dura línea de los labios de Jackson—. Pero en el calor de la batalla, me temo que no siempre tenemos esto presente.

—La misión de esta mañana fue brillantemente ejecutada, señor. Espero que sus resultados le hayan dejado satisfecho.

Jackson se acarició la barba por toda respuesta. Tardó tanto en contestar que David llegó a imaginarse que había hablado demasiado.

—Raras veces me dejan satisfechas las cosas que intento, capitán Preston. Hoy hemos hecho retroceder una avanzadilla y conseguido la paralización, casi, de momento, de una columna de unos catorce mil hombres…

—¿Tantos?

—Es lo que el coronel Ashby me notificó antes de iniciar la escaramuza. Cuando uno piensa que ha de atacar a catorce mil hombres contando con sólo trescientos y con tres cañones, inevitablemente se acuerda de David lanzándose contra Goliat, ¿no le parece?

—Es más que hacerse con todo el ejército filisteo, señor.

Jackson tornó a sonreír.

—Hicimos tres disparos y nos retiramos con cuarenta prisioneros de guerra, un centenar de rifles, quizá, de acuerdo con el capitán Pendleton, sufriendo a todo esto menos de una docena de bajas por nuestra parte.

—Yo consideraría eso una victoria, señor.

—No es una victoria exactamente, doctor. De haber dispuesto de tres mil hombres, en lugar de trescientos, y haber tenido treinta cañones, en vez de tres, hubiera podido enviar al coronel Ashby y al coronel Stuart, al frente de

su caballería, en un movimiento por el flanco, al puente de Williamsport, para que lo atacaran y destruyeran. Luego, me habría sido posible hacer retroceder al enemigo contra la barrera del Potomac, destruyendo la efectividad de sus fuerzas, probablemente, hasta la próxima primavera, lo cual me hubiera permitido ganar tiempo para entrenar y equipar a mis fuerzas, con vistas a la batalla real que habría de librarse.

Si se exceptuaban sus días de estudiante, David Preston no había tenido ocasión todavía de oír a Jackson explicando su filosofía de la estrategia militar. Jackson era considerado por sus oficiales un hombre taciturno y ellos se quejaban de no oír nunca nada de sus labios. David, indudablemente, les llevaba mucha ventaja ahora.

—Ahora bien —continuó diciendo el coronel—, eso habría supuesto comprender a toda la fuerza, con la probabilidad, si perdíamos, de que no pudiéramos contener al enemigo en su marcha hacia el Sur, por el Valle de Shenandoah, cortando las líneas del ferrocarril al oeste y flanqueando Richmond. En consecuencia, el general Johnston, probablemente, estaba en lo cierto al decidir que el ataque de esta mañana fuese solamente una escaramuza con la que tentar el empuje del enemigo.

David se fijó en el frecuente uso que hacía Jackson de la palabra «probablemente». Ahora, comprendió algo que no había visto antes: tras su grave aire exterior, tras unas rarezas y peculiaridades de carácter que hacían destacar a Thomas Jonathan Jackson de entre otros hombres, se escondía un corazón amante de la aventura, un individuo fulgurante y osado, con una personalidad propia, totalmente distinta de la de Jeb Stuart, el soldado de las pulidas botas, del emplumado gorro, de la guerrera con forro de roja seda.

—Buenas noches, doctor.

Cuando Jackson se volvió para encaminarse a su tienda, una figura familiar entró en el círculo luminoso proyectado por las brasas del pequeño fuego. Era el coronel Turner Ashby, y a juzgar por la animada expresión de sus ojos al saludar, evidentemente, era portador de buenas noticias.

—Nos desplazamos hacia el norte, en dirección a la línea telegráfica que une Martinsburg con Harpers Ferry, por lo cual el sargento Holbein, del Cuerpo de Comunicaciones, pudo entender el mensaje, coronel —declaró Ashby—. El general Patterson telegrafió al general Winfield Scott, en Washington, que usted atacó esta mañana al frente de 3500 soldados. Va a cruzar de nuevo el río, en Williamsport, para reagrupar sus fuerzas. Piensa hacerlo mañana.

Jackson rió, burlón.

—¡Imagínese usted! Un coronel de infantería al frente de tantos hombres…

En el claro resonó la risotada de Ashby.

—Nadie ha oído hablar nunca de una cosa semejante, señor. Holbein se ha mantenido más tiempo a la escucha, por si son cursados nuevos mensajes entre Williamsport y Washington. ¿No cree que deberíamos enviar al general Patterson uno firmado por usted, diciéndole que de aquí en adelante procurara mantenerse lo más alejado posible de Virginia?

—La tentación es grande, pero acuérdese de que en el Libro de los Proverbios se dice: «No pienses en el mañana con jactancia, pues no sabes qué puede traerte el día». Dé las gracias al sargento Holbein en mi nombre y manténgase en contacto con él por correo.

—He dado órdenes en tal sentido, coronel. Mañana, el telégrafo no va a parar un momento. Habrá, sin duda, numerosas comunicaciones entre el general Patterson y el Departamento de la Guerra. ¡Quién sabe! Quizá nos enteremos de muchas cosas.

—Espero averiguar algo sobre lo que el general Beauregard lleva entre manos al otro lado de la montaña. —Jackson estaba muy serio ahora—. Si yo fuera el general McDowell, atacaría sin la menor vacilación a Beauregard, antes de que éste tenga tiempo de concentrar un fuerte ejército entre Washington y Richmond.

XI

A la mañana siguiente, el Ejército de Shenandoah regresó a Winchester. Ambos oficiales, así como los hombres a sus órdenes, se hallaban sumamente satisfechos por la noticia de la retirada yanqui hacia el norte, a través del Potomac. Lo que al principio pareciera una incursión abortada en Falling Waters tenía ahora todos los visos de una victoria, una victoria sancionada por una orden procedente de Richmond, fechada el 2 de julio, anunciando el ascenso del coronel Thomas Jonathan Jackson al rango de brigadier general del ejército de los Estados Confederados de América.

En el mismo correo llegó una carta de Araminta Murrell para David. Se la llevó a su tienda, en la zona en que vivaqueaba el 27.º Regimiento, fuera de la población, de suerte que pudo leerla a solas, con toda tranquilidad.

Park Hill, Nación cherokee
14 de junio de 1861

Mí querido David:

Tu carta de Harpers Ferry llegó a mis manos dos semanas después, pero pudiera ser que ésta tardase más tiempo en alcanzar su destino, debido a que la situación aquí se vuelve cada día más confusa. Nuestro viaje desde Parkersburg a Fort Smith por vapor resultó cansado, pero tranquilo, sin novedad. Tío John ha mejorado mucho desde su regreso al hogar, pero tía Mary nunca ha andado muy bien desde que salió de su amada Philadelphia y está delicada casi siempre.

Desembarqué en Memphis, como tú me indicaste, y pude comprar una buena cantidad de digital en polvo en una gran farmacia de allí. El propietario del establecimiento me dio una reproducción de la planta a que tú aludiste, siendo ésta identificada inmediatamente por tío John. Me dijo que los médicos cherokees llevan muchos años usándola en forma de infusión que administran a los pacientes que sufren de hidropesía. Por esto, verás, que nosotros, los indios, no somos después de todo un pueblo tan primitivo como sostienen algunos.

David interrumpió la lectura de la carta para imaginarse a Araminta en el momento de escribirla, sentada ante un escritorio, con la cabeza inclinada sobre el papel y la pluma entre sus diestros dedos. No pudo evitar una sonrisa al asaltarle la idea de que pudiese haber alguien que tachase a la joven —o a

Lachlan— de persona «primitiva». Ella era el producto de por lo menos un millar de años de tradiciones y costumbres *cherokees* modificado, en mayor o menor grado, por su estancia de tres años en el Seminario Femenino de Mount Holyoke. Y Lachlan era a su vez un producto del VMI, donde los hombres de las mejores familias de la comunidad reforzaban su ascensión virginiana, pensando en las exigencias de la guerra y la política, nunca muy distanciadas realmente en la estrategia ni en los fines.

La lona que cerraba a medias la entrada de la tienda se agitaba a impulsos del viento… Y David entonces llegó casi a oír la risita irónica de Araminta al pensar en las pretensiones de los hombres blancos, que siempre se adjudicaban la supremacía en todos los dominios del conocimiento.

Lachlan se ha ido hacia el sur para procurarse su nombramiento e informarse acerca de la situación allí. Está interesado particularmente en conocer las intenciones de los agentes de la Confederación que se esfuerzan por que la Nación cherokee se decida por el Sur. Los señores Albert Pike, David L. Hubbard, el nuevo Comisario de Asuntos Indios de la Confederación, y el brigadier general McCulloch, de Texas, se presentaron en Tahlequah el 5 de junio, visitando Park Hill, e intentando convencer a tío John para que se comprometiera con el Sur. Pero él se mantuvo firme.

Tú me has oído hablar en más de una ocasión de las escuelas que fueron abiertas hace años, principalmente por obra de tío John y de otros líderes de la Nación cherokee. Cuestan mucho dinero y la Tesorería de la Nación lleva resintiéndose hace mucho tiempo por esta causa, así que tío John decidió vender al Gobierno Federal 320 000 hectáreas de la que nosotros denominamos Tierra Neutral, una faja de terreno de unos cuarenta kilómetros de anchura situada a ochenta de nuestros límites fronterizos por el norte. Pidió medio millón de dólares más intereses sobre ese importe desde 1835, año en que nos fue cedida la tierra por el Gobierno.

Los señores Pike y Hubbard aseguraron a tío John que el Gobierno Confederado se quedaría igualmente la Tierra Neutral, al precio convenido, con los intereses aludidos desde 1835, si se decidía a firmar un tratado con el Sur. Tío John les contestó que la Nación cherokee se mantendría neutral en esta guerra, pero yo me doy cuenta de que se halla preocupado por la gran cantidad de cherokees que aspiran a unirse a las otras Tribus Civilizadas en apoyo de la Causa Confederada. Opina que los indios sólo pueden salir perdiendo, gane quien gane, debido a que los gobiernos del Norte o del Sur jamás han hecho honor a los tratados firmados con nuestro

pueblo. Y yo amo a tío John lo suficiente para que dé de lado mis propios sentimientos cuando llega el caso. Le debo mucho.

Todo es bello aquí, en Park Hill, durante la primavera y principios del verano, casi tan bello como Nueva Inglaterra en la estación que ellos denominan allí Indian Sumner («verano indio»). Daría cualquier cosa porque todos pudiésemos estar juntos y en paz y sé que a ti también te agradaría esto, ya que me consta que amas mucho a tu tierra.

Te dije antes de separarnos en Parkersburg que me propuse convertirme en tu esposa la primera vez que te vi desfilando de uniforme en el VMI, cuando yo sólo contaba dieciséis años. Ahora estoy más decidida que nunca a lograr mi propósito, de manera que cuando esta horrible guerra termine volveré a Virginia para no separarme ya jamás de ti.

Cuídate mucho. Acuérdate de que me perteneces.

Con todo mi amor,

ARAMINTA

Al oír unos pasos en la entrada de la tienda, David dobló el pliego y guardó la carta en uno de sus bolsillos. Pero nada más ver en la oscuridad el punto luminoso de un cigarro, había adivinado ya por el olor a su propietario. Nadie en la brigada fumaba unos puros tan fuertes como los del comandante Joe Stannard.

—¿Se puede? —inquirió Stannard.

—Si sigue usted chupando ese cigarro, no. Prefiero salir. No quiero morir asfixiado.

—Por culpa del bloqueo federal, cada día es más difícil encontrar tabaco —declaró Stannard—. Sin embargo, pude hacerme en la ciudad de un poco de coñac. ¿Le apetece un trago?

—En eso sí que le acompañaré… de buen grado. —David se empinó la botella que el otro le tendía—. Ahora bien, procure que no le vea con esto el general Jackson.

—Jackson no es todo lo abstemio que a él le agrada parecer. Una vez le oí decir al doctor McGuire que se priva del *whisky* precisamente porque le gusta demasiado. Reacciona, creo yo, como un monje ante lo prohibido.

—Ciertamente, el general no suele ser muy complaciente consigo mismo.

David se sentó en una cepa, en tanto que Stannard se dejó caer sobre el suelo, apoyando la espalda en un árbol. El aire olía a pino quemado. No muy

lejos, un soldado entonaba una quejumbrosa canción referente a una chica a quien el amado dejaba sola por tener que irse a la guerra.

—Tengo una hija que, poco más o menos, contará la edad de esa chica de que habla la canción del soldado —explicó Stannard—. Sus cabellos son negros, como los de la princesa india con quien se presentó usted en Harpers Ferry.

—Hoy tuve carta de ella.

—¿Cómo marchan las cosas para la Nación *cherokee*?

—Según me dice Araminta, se ven un tanto complicadas. John Ross se esfuerza por mantener a los suyos fuera de la guerra, pero tropieza con innumerables dificultades.

—Siempre ha sido una tarea difícil impedir que la gente haga tonterías —manifestó Stannard, filosóficamente—. Si ese puñado de cultivadores de algodón y tabaco de Carolina del Sur y Alabama así como otros de Richmond, también, más Jefferson Davis, no hubiesen puesto a todo el mundo en pie de guerra, quizá habríamos podido solucionar el problema sin llegar a las armas. Después de todo, los agricultores del sudoeste de Virginia demostraron hace tiempo que la esclavitud en nuestros campos no resulta rentable.

—Nosotros vivimos la misma experiencia en el condado de Botetourt, más al sur.

—Sus ascendientes debieron de remontar el río James desde Tidewater, como los míos —informó Stannard.

—Hubo un Preston que fue *sheriff* en Botetourt, cuando el condado se extendía hasta el Mississippi por el oeste, llegando por el norte hasta lo que ahora es Chicago. La gente de John Ross andaba por esas tierras mucho antes que nosotros, ¿eh? ¿Cree usted que el hombre será capaz de mantener a los suyos unidos?

—Araminta opina que no. Afirma que se han definido ya las facciones pro Confederación y pro Unión dentro de la Nación *cherokee*, que están a punto de saltar unos sobre otros, de manera que puede estallar la lucha entre ellos de un momento a otro.

—Y un puñado de colonos blancos de las zonas fronterizas se verán afectados por el conflicto —remachó Stannard—. Creo firmemente que la chispa que realmente prendió fuego al barril de pólvora que condujo a la secesión fue el acto de John Brown y unos cuantos rígidos abolicionistas de Nueva Inglaterra, al intentar apoderarse de los rifles necesarios, con el asalto

al arsenal de Harpers Ferry, en 1859 para armar a los esclavos negros y llevarlos a que dieran muerte a muchos blancos.

—Igual que hizo Nat Turner en la insurrección de Southampton, de 1831, aquí, en Virginia. Pero Turner acabó muriendo ahorcado.

—Lo mismo que John Brown. Es una ironía del destino que un coronel llamado Robert E. Lee se hallara al frente de las tropas que entraron en Harpers Ferry y lo detuviera.

—Y el comandante Thomas Jonathan Jackson llevó a los cadetes del VMI al lugar de la ejecución para que presenciaran la misma y se aseguraran de que no se producía ninguna insurrección en Charles Town cuando Brown fuese ejecutado. Una cosa se suma a otra…

—Incidentalmente —convino Stannard—. Esto le demuestra a uno de qué manera tan confusa se mezclan las cosas cuando estalla la guerra civil dentro de un país. Y lo que es más, aquellos que han gritado más fuerte que nadie son luego los que más protestan cuando se ven en situación apurada.

—¿Por ejemplo?

—Beauregard, por citar un nombre. Éste colocó unas cuantas balas de cañón en Fort Sumter cuando la guarnición federal, con sólo unos días más, se hubiera rendido de todos modos, por falta de víveres. Por tal motivo, al afortunado Pierre le encomiendan la tarea militar más importante que hay a la vista, la de mantener a raya al ejército de la Unión mientras McDowell se hace a la idea de atacar Richmond. Sin embargo, es Robert E. Lee quien merece aquella distinción.

»En consecuencia, Beauregard se instala en Manassas Junction, debido a que es el cruce ferroviario más importante de toda la zona septentrional de Virginia, hallándose únicamente a treinta kilómetros, aproximadamente, de Washington, un hecho, incidentalmente, que el viejo Jack señaló hace unos meses. Y ahora qué McDowell, finalmente, parece haber hecho acopio de valor suficiente para lanzar al ejército de la Unión hacia Richmond, ¿qué hace el famoso francés? ¿Atacar como el viejo Jack hizo en Falling Waters?

—Considero que la respuesta es no.

—Y está usted en lo cierto. Beauregard grita, clamando porque el Ejército de Shenandoah corra en su ayuda, pero ¿qué diablos supone que hará Patterson con sus casi veinte mil hombres cuando descubra, como ha de descubrir, que el viejo Jack sembró el pánico en sus filas con sólo trescientos hombres en Falling Waters?

—Bajará como una exhalación por Valley Turnpike, a fin de mantener al Ejército de Shenandoah aquí, en Winchester, mientras McDowell hace a

Beauregard pedazos, pedazos suficientemente pequeños para que los louisianianos puedan condimentar esa especialidad culinaria llamada *bouillabaisse*, de la que tanto presumen.

—Para ser tan sólo un doctor de uniforme, coge usted las cosas con bastante rapidez. Y esto nos lleva a otra cuestión: ¿por qué razón no es usted Médico Director de la 1.a Brigada, siendo el único profesional que aquí posee experiencia militar? ¿Por qué ha tenido que ser nombrado para ese puesto un joven que nunca ha tenido ocasión de oler la pólvora?

—No menosprecie usted a Hunter McGuire, Joe. Es un médico muy bien preparado.

—¿Y qué tal es como organizador?

—Eso todavía tardaremos un poco en saberlo. Sin embargo, creo que está usted dando de lado el punto principal de este asunto. Yo soy médico, Joe… Y cirujano, además. No quiero ser otra cosa. Junto al general Jackson, McGuire será cada vez mejor administrador, organizador o funcionario, como quiera considerarlo. En cambio, como médico disfrutará, al lado de Jackson, de escasas ocasiones para manifestarse… Por tanto, no le envidio.

—Ascenderá más rápidamente.

—Yo ascenderé cuando me lo merezca. Jackson, por ejemplo, ha subido a causa de lo de Falling Waters.

—No creo… —repuso Stannard—. El viejo Jackson merece dos estrellas por haber asustado a Patterson, haciéndole pensar que en lugar de enfrentarse con trescientos hombres tenía que habérselas con tres mil quinientos, pero su ascenso fue decidido por los virginianos y los alumnos del VMI. Esta gente convenció a Jefferson Davis. Venció sus prejuicios en cuanto al ascenso del viejo Jackson porque tiene una gran influencia en el Gobierno Confederado.

—Jackson es brigadier general ya. Y merece el ascenso, lo haya conseguido de una manera u otra —dijo David—. Lo que yo tengo interés en saber ahora es qué va a pasar con Beauregard. Si es arrojado hacia Richmond tan pronto, cuando el juego no ha hecho más que empezar, la guerra puede darse por perdida.

—Lo peor es que si sucede eso yo no saldré muy bien parado. Y usted tampoco.

—¿Qué piensa hacer entonces?

Stannard se encogió de hombros.

—Luchar con todo ardor por Virginia… Haré lo que usted, que ha preferido esto a un puesto de comandante o coronel en las fuerzas de la Unión. De todas formas, hay un consuelo…

—¿Cuál?

—La presente cuestión quedará decidida en el curso de unas semanas. Beauregard no tenía por qué tomarse la molestia de infiltrar unos espías en Washington con objeto de descubrir los planes de McDowell. He oído decir que la ciudad está llena de ellos, y que el jefe de los mismos es una mujer: la señora Rose Greenhow.

—Yo la conocí en una reunión de carácter social cuando me encontraba en Washington. Es una mujer que disfruta de numerosas relaciones en las alturas.

—Y en los sitios más bajos, según mis informes: en los lechos de la ciudad, algunos de ellos, al menos. Según se rumorea, McDowell no puede cambiar de postura durante el sueño sin que Beauregard se entere de ello al llegar el día. Sin embargo, ¿qué saca en limpio de eso la Confederación? Le diré una cosa, doctor: si el viejo Jack estuviese al mando de ese ejército en Manassas Junction, hace tiempo que Lincoln habría iniciado el regreso a toda prisa a Illinois, o al sitio de dónde vino.

—La cuestión es: ¿están al tanto de eso las autoridades de la Confederación?

—De haber estado usted presente en la conferencia sobre estrategia de esta noche, aseguraría que ya han comenzado a enterarse. ¿Se acuerda de cómo fue tratado Jackson por Joe Johnston y sus oficiales cuando llegaron a Harpers Ferry?

David hizo un gesto de afirmación.

—Lo trataron como si hubiera sido un patán que no sabía dónde tenía la mano derecha.

—Eso se acabó, amigo mío, para siempre. Como en tantas ocasiones anteriores, nuestro glorioso jefe no revela a nadie lo que está pasando por su cabeza, pero si en la actualidad hay alguien capaz de lograr que el general Pierre Gustave Toutant Beauregard se quede con la cara vuelta hacia donde tiene ahora la espalda, ése es el brigadier general Thomas Jonathan Jackson. Y yo no quisiera dejar de ver cómo lo lleva a cabo a la vista de todo el mundo.

LIBRO TERCERO

MANASSAS

I

EN los últimos días del mes de junio, los componentes del Ejército de Shenandoah ansiaban pasar al ataque, y la parte que estaba más interesada en este aspecto era la 1.a Brigada, de Jackson, la más antigua de las unidades que integraban la fuerza mandada por Johnston en total de 12 000 hombres.

Un tímido movimiento de Patterson, del ejército de la Unión, había permitido a éste llegar hasta Bunker Hill, el 15 de junio, quince kilómetros al norte de Winchester, en el Valle Turnpike, solicitando entonces Jackson permiso para atacar con la 1.a Brigada. Era un movimiento lógico. Patterson había demostrado ya ser un timorato, y un vigoroso empujón podía llevarle al Potomac de nuevo, quedando suprimida así por muchos meses la amenaza que pesaba por parte de la Unión sobre el Valle de Shenandoah, y, lo que era aún más importante, de este modo las tropas del Valle quedaban libres para apoyar las abrumadoramente desbordadas fuerzas de Beauregard en Manassas Junction, a unos ochenta kilómetros al sudeste, al otro lado del Blue Ridge.

Con gran disgusto por parte de Jackson —según contó a David Preston el capitán Sandie Pendleton, a quien se le había infectado una herida en la cadera, que el primero le estaba tratando—. Johnston se había avenido solamente a autorizar unos ataques llevados a cabo por los jinetes de Jeb Stuart y Turner Ashby. No obstante, estos soldados, procediendo con su habitual audacia, convenientemente guiados por sus dos jefes, se bastaron y sobraron para inquietar a Patterson, enviándole hacia el este, con unos dieciocho mil hombres.

Patterson se detuvo cerca de Charles Town, a unos quince kilómetros de Harpers Ferry, por el oeste. Estaba convencido, al parecer, de que desde este punto podía controlar al ejército confederado del Shenandoah, impidiéndole desplazarse hacia el este para reforzar los efectivos de Beauregard en Manassas Junction. Las tropas del Valle necesitarían a toda costa, también, cuando fuese una realidad la proyectada arremetida de McDowell a lo largo de una evidente vía de invasión, el ferrocarril de Orange y Alexandria, desde el sur de Washington hasta Gordonsville, donde empalmaba con la línea de Virginia Central, que pasaba por Charlottesville, Staunton y Covington, en el corazón de la Virginia del sudoeste. Pero también en esto se equivocaba Patterson. En vez de «anclar» al ejército de Johnston en el Valle, al no atacar

lo dejó en libertad de intentar la rápida maniobra que Jackson y la 1.a Brigada deseaban iniciar.

Los informes llegados al cuartel general del Ejército del Shenandoah, en Winchester, indicaban que Beauregard se había enterado gracias a su femenina espía de Washington, Rose Greenhow, que el largo tiempo esperado ataque de McDowell, al frente de 35 000 soldados, contra Fairfax Courthouse —a unos veintitantos kilómetros de Washington— y Manassas Junction, a quince kilómetros de distancia, por el sudoeste, tendría lugar en la noche del 16 de julio.

Inmediatamente, Beauregard requirió la ayuda del ejército del Valle, pero teniendo a 12 000 soldados de la Unión a treinta kilómetros de distancia, o menos, Johnston vaciló al principio, no queriendo cruzar por la cumbre del Blue Ridge en una marcha de ochenta kilómetros para ayudar a defender Richmond. Convencido por fin por Jackson y sus oficiales de que la caballería de Jeb Stuart podría mantener a Patterson ocupado, Johnston, por último, dio las órdenes necesarias para emprender la marcha. Pero por insistencia de Jackson, a los soldados no se les dijo al comienzo de aquélla adonde se dirigían, por temor a que la noticia, por un medio u otro, llegara a conocimiento de los hombres del cuartel general de la Unión, en Charles Town.

El 18 de julio amaneció muy fresco y con jirones de niebla flotando sobre la cresta del Blue Ridge, todavía visible hacia el este. Los campos ofrecían a la vista de los hombres una vegetación lujuriante, intensamente verde; las espigas de cebada les llegaban a las rodillas; en los huertos, los manzanos aparecían cargados de verdes frutos, que serían cosechados en el otoño. Eran de un rojo brillante entonces, cuando las manzanas se ofrecían con toda su consistencia, listas para ser almacenadas y defendidas de los rigores invernales. Veíanse segadores en los trigales, y en las zonas bajas, a lo largo del río, se descubrían haces de trigo invernal colocados en filas, con una precisión castrense.

Quince kilómetros hacia el sur, se encontraban las elevaciones de Massanutten. Range, unas montañas que dividían el fértil Valle del Shenandoah longitudinalmente, a lo largo de unos cincuenta kilómetros. Ahora se destacaban claramente bajo el sol de la mañana.

La herida de Hal Perkins estaba ya casi curada. Por expreso deseo de David le habían designado ayudante suyo y conductor del carromato en que viajaban los elementos sanitarios del 27.º Regimiento.

David avanzaba a caballo, yendo de un lado para otro en la 1.ª Brigada, esperando que los hombres empezasen a sentirse afectados por, el calor, el cual aumentaba constantemente, conforme se adentraban en el sur. Los sudorosos e irritados rostros de los Emerald Guards —un grupo de irlandeses ya famosos por su destreza como combatientes y también por ser muy jaraneros y bebedores en los campamentos— le dijeron que aquella maniobra de alejamiento (aparente) del enemigo no era del agrado de los valientes guerreros.

—¡Eh, doctor!

Quién acababa de llamar su atención era un soldado que tenía la cabeza vendada, bajo la gorra. David le había tenido que dar unos puntos en el cuero cabelludo, abierto y sangrante a consecuencia de una pelea en una taberna de Winchester.

—¿Qué diablos se propone Joe Johnston al huir delante de un puñado de inútiles yanquis? —agregó el joven.

—El general sabe lo que se hace, O'Brien. Cuando esté listo para pasar a la acción te lo hará saber.

—No es que estemos preocupados por saber qué es lo que hace él —aclaró un soldado que avanzaba detrás del llamado O'Brien—. Lo que nos revienta es lo que Jefferson Da vis puede decirle que haga. Si no habla pronto, nos meteremos directamente en las elevaciones de Massanutten, y seguro que yo, por mi parte, no quiero destrozarme la cabeza contra ninguna roca.

—No sé quién lo pasaría peor: si la roca o tú —comentó un tipo que llevaba sobre el hombro una escopeta y, colgando de la cintura, un cuerno lleno de pólvora.

Los hombres de las inmediaciones se echaron a reír. Hal Perkins acogió a David con una sonrisa cuando éste se colocó junto al carromato de los servicios sanitarios, avanzando al ritmo de éste. Hal llevaba el carromato apoyando el vendado pie en una madera que tenía una perforación en la que se encajaba el mango del látigo cuando éste no se utilizaba.

—Si dispusiéramos de tiempo, capitán, nos acercaríamos a casa para dar buena cuenta de un desayuno a base de pan caliente y un plato de salsa roja con jamón y huevos de Virginia —dijo Hal—. La granja de mis padres está tan sólo a unos tres kilómetros de distancia del camino que hay al pie de las montañas.

—Quizá tengamos ocasión de detenemos allí a la vuelta. —David tiró de las riendas. Alguien acababa de dar una orden a algunos metros de ellos—. Atención, Hal. Seguramente, acaban de dar la orden de alto a la columna.

Los expedicionarios fueron deteniéndose, unidad por unidad, conforme fue corriéndose la orden, hacia atrás. Los hombres se apoyaban en sus fusiles, rifles o escopetas, descansando; otros sacaban pastillas de tabaco de mascar. David sabía que si la parada se prolongaba por una hora, no tardarían en recurrir al juego. Era el pasatiempo favorito de los soldados durante las marchas o en los campamentos. A los pocos minutos, el comandante Joe Stannard se aproximó a las filas del 27.º Regimiento, portador de una hoja de papel en las manos.

—He oído a algunos de vosotros diciendo que queríais saber adónde ibais. Oíd esto, pues —declaró Stannard Es la orden de marcha del general Johnston.

Stannard comenzó a leer en un tono fuerte, alto, para que todo el mundo pudiera oírle:

Los aguerridos soldados del general Beauregard se ven atacados en estos momentos por el enemigo, con efectivos muy superiores. Vuestro general en jefe espera que os portéis como hombres, renovando vuestros esfuerzos en una marcha acelerada para salvar al país.

Firmado: Joseph E. Johnston
Comandante General de los E. C. de A.
Ejército del Shenandoah.

—Todavía no se nos ha dicho adónde vamos, comandante —objetó alguien.

—Nos dirigimos al punto en que se cruza el ferrocarril de Manassas Gap con el de Orange y Alexandria —explicó Stannard—. Los yanquis se imaginan que podrán acabar allí con el ejército de Virginia septentrional, para terminar tomando Richmond. Hemos de ser nosotros quienes les impidamos tal propósito.

—Entonces, ¿qué diablos estamos esperando? —inquirió una voz con el acento característico de los habitantes de las Montañas Allegheny—. Por lo que he oído contar, los yanquis siempre beben mucho *whisky* cuando van a entrar en combate, así que cuanto antes vayamos en su busca y los limpiemos más pronto podremos calmar nuestra sed.

Un vítor resonó estruendosamente en las filas de la 1.ª Brigada cuando la familiar figura de Jackson, muy erguido, como de costumbre, sobre su pequeño alazán, Fancy, que se había convertido en su montura favorita desde la Batalla de Falling Waters, giró hacia el este, en dirección a Ashby’s Gap.

Se penetraba en la serie de elevaciones del Blue Ridge a una altura de 350 metros, aproximadamente, que no eran nada si se los comparaba con los 1200 de altitud a que quedaba la cresta de Stony Man, hacia el sur, a varias millas de distancia. A unos ochenta kilómetros, la entrada en el macizo montañoso se orientaba hacia el oeste, en busca de Washington.

Los hombres avanzaban por entre fértiles tierras de labor y de pastos. Se veían muchas reses pastando por las inmediaciones del río Shenandoah, en toda la extensión del Valle, que en tiempos prehistóricos había sido un lago. Las tierras, después de haber permanecido sumergidas durante un millón de años, resultaban extremadamente ricas y productivas.

El terreno era suavemente ondeante al pie del Blue Ridge, y la oscura masa de la Sierra de Massanutten, por el sur, iba haciéndose cada vez más confusa. Una nube comenzó a formarse sobre una de sus cumbres, bordeada por una tira de brillante oro por el sol, que centelleaba tras ella.

Desde una elevación del camino, David se recreó en la contemplación de las verdes esmeraldas de unos pequeños valles, por los que se estiraban perezosamente varios de los afluentes del Shenandoah, buscando a veces con rapidez las tierras más bajas. Después de trazar series de caprichosas eses, vertían sus aguas en la corriente principal. Una alta columna de polvo marcaba el avance de las fuerzas.

Las tropas caminaron hora tras hora, cruzando puentes tendidos sobre ríos cuyas aguas ofrecían un tono dorado a causa de les ácidos empleados en las minas de hierro y cobre, existentes más arriba. Luego, el camino se deslizaba por una estrecha garganta, dentro de la cual crecían algunos árboles, que formaban con sus ramas y hojas un boscoso túnel. Los rayos de sol se filtraban por ellas, dibujando en el suelo fantásticos encajes de luces y sombras.

Los jinetes de Ashby se apostaron delante de las fuerzas, a fin de formar un piquete móvil, atendiendo a la improbable posibilidad de que una avanzadilla federal hubiese llegado hasta allí, tan al sur, para prepararles una emboscada. La caballería de Jeb Stuart se había quedado a retaguardia para crear movimientos de diversión y convencer al general Patterson de que el Ejército del Shenandoah se encontraba todavía en el Valle del cual tomaba su nombre.

Numerosas chicas, vistosamente vestidas, obsequiaban a los expedicionarios con frutos de la tierra frescos, pan, dulces y otras viandas. Como muchos de los soldados eran de aquella parte de Virginia, había frecuentes intercambios de saludos, pero temiendo las iras del amado viejo

Jackson, nadie se atrevió a detenerse. Los hombres cogían, por ejemplo, un tazón de leche y después de apurar su contenido entregaban el recipiente al siguiente grupo de muchachas, o bien se llenaban la boca de dulces, que masticaban sobre la marcha.

Cada hora, Jackson ordenaba un alto de cinco minutos, para descansar. Y como la 1.a Brigada avanzaba delante y el resto de la larga columna no podía lanzarse sobre los hombres sentados junto a la carretera o extendidos por el centro, todos habían de reposar a la fuerza. En las últimas horas de la tarde, la larga línea de expedicionarios vadeó el río Shenandoah, con el agua hasta las axilas. Poco después, el camino se tornaba ascendente, haciéndose la marcha más penosa.

La artillería, a retaguardia, con los vehículos de los víveres, había sido organizada en tres baterías. Teóricamente, dos piezas formaban una sección mandada por un teniente. Pero como los oficiales de la milicia apenas habían sido entrenados —con excepción de los seleccionados que formaban el grupo de artillería de Rockbridge— los grupos de servidores de las piezas habían sido formados por simple designación y tendrían que aprender su cometido mientras combatían.

Cada pieza era arrastrada por un armón del que tiraban seis caballos. En cada armón había una caja que contenía las municiones. Otro de los armones llevaba un gran cajón con suministros y municiones adicionales. También aquí se contaba con un tiro de seis caballos. La pieza y el armón, más el cajón y su armón correspondiente, formaban una unidad denominada pelotón, al mando de un sargento, con una dotación de nueve hombres. Tres de éstos guiaban a los caballos por el lado izquierdo cuando las piezas eran llevadas de un sitio a otro.

La pieza de artillería favorita de Jackson era la denominada «Napoleón», de ánima lisa, fundida en bronce. La caña pesaba, aproximadamente, cuatrocientos cincuenta kilos, y el resto lo mismo, más o menos, de manera que no se trataba de una pieza ligera. Capaz de efectuar varios disparos por minuto, con un alcance efectivo de dos mil metros, era un arma versátil, principalmente a causa de su gran movilidad. Y esto era verdad especialmente cuando respaldabas una línea, lanzando una mortal granizada de metralla o una granada, directamente, sobre las cabezas de las tropas en el momento de avanzar y entre las filas del enemigo.

La subida por la empinada pendiente que conducía a la cresta del Blue Ridge, a la que había que trepar antes de alcanzar la zona más baja, alrededor de Manassas Junction, en la cara oriental, supuso una dura prueba para las

tropas, resultando todavía peor para la artillería. Poco antes de que la cabeza de la columna pasara por Ashby's Gap, e iniciara el descenso por el otro lado, empezaron a verse rezagados.

Algunos hombres, simplemente, se desvanecieron al amparo de la espesa masa de árboles que bordeaba el duro camino. Más familiarizados con este paisaje que con el de la carretera, desaparecerían igual que el desertor que robara a David su caballo al regresar a Harpers Ferry desde Martinsburg. Alejados de la columna, darían caza a algún conejo o ardilla, alimentándose con su carne tras haber encendido un fuego junto a cualquier arroyo. Luego, quizá, cuando la batalla hubiera llegado a su fin, se plantarían en la cara oriental del Blue Ridge para hacerse con despojos de la guerra, igual que las aves que se alimentan de carroñas.

La atención de David se concentraba exclusivamente en los hombres, muchos de ellos sin calzado, que estaban dispuestos a seguir marchando a pesar de que sus pies se hallaban cubiertos de llagas. Algunos tenían los músculos terriblemente doloridos, otros no de toser. La tos pertinaz era originada por la nube de polvo que envolvía a las fuerzas.

Se pasó la tarde en continuo movimiento, vendando llagas a las que había aplicado un ungüento previamente, que llevaba en sus alforjas; ayudando a un soldado que ya no podía andar a llegar hasta el carromato en que viajaban los heridos que se encontraban en aquellas condiciones, los cuales eran ya media docena, aparte de Hal Perkins.

Cuando se dio el alto para la cena, en la cumbre ya del Blue Ridge, David estaba cansado de la silla. Pero todavía tenía mucho trabajo por delante: había que hacer curaciones, era preciso atender a las dolencias menores que podían sufrir unos hombres sometidos a un duro esfuerzo, a una marcha en tiempo cálido y seco.

Finalizados momentáneamente sus quehaceres, percibió un tentador olor… Hal Perkins andaba ocupado friendo un trozo de magra. Había encendido un fuego junto a un arroyo que llegaba saltando por entre unas rocas. Y cuando David se acercó al fuego no le extrañó ver allí varias truchas de montaña, ya limpias, fileteadas y colocadas sobre una roca plana, al lado del fuego. Entretanto, la magra siseaba en la sartén y una cacerolita con guisantes entraba en ebullición sobre los carbones situados junto a la lumbre.

—No irás a decirme, Hal, que entre tus muchos talentos figuran también los del pescador y cocinero —comentó David, dejándose caer sobre una roca lisa muy próxima.

—Dentro de unos minutos podrá opinar usted sobre mis conocimientos culinarios, capitán. Nunca dispuse de mucho tiempo para pescar… Encuentro muy práctico el tridente.

El chico mostró a David una especie de lanza con tres puntas, la cual había unido a una caña de metro y medio de longitud.

—Con algo que quemar, y por aquí no falta, y este utensilio, puedo hacer una comida en cada una de las corrientes de agua de la montaña. Tendremos que arreglárnoslas con la galleta como pan, pero la pasaré por la grasa de la magra para ablandarla, en cuanto acabe de freír el pescado.

Hal procedió a colocar en la sartén después los filetes de pescado, que sisearon alegremente en la grasa.

—Si dispusiera de un huevo y unas cebollas prepararía un plato exquisito, unos *hush puppies*[8] que se le fundirían en la boca —añadió—. Tal vez pueda hacerme mañana con las cosas que necesito, cuando lleguemos a Piedmont, al pie de la montaña.

La cena resultó lo que habían anunciado ya aquellos aromas. Incluso la galleta estaba buena. Como la piedra, normalmente, quedó considerablemente ablandada mediante la inmersión en la cálida grasa de la magra. No habían hecho Hal y David más que terminar su refrigerio cuando sonó la corneta de órdenes. Había que reanudar la marcha. Entre los inevitables comentarios y refunfuños de los hombres, fatigados, se inició el descenso por la ladera oriental del Blue Ridge.

El descenso era más fácil que había sido la ascensión por Ashby’s Gap, tras haber vadeado el Shenandoah por la tarde. La artillería, en cambio, tropezaba con mayores dificultades. En muchos casos, los armones hubieron de ser frenados colocando haces de leña entre los radios de las ruedas, y uno de éstos se rompió, hiriendo a un artillero. El pie de otro había sido pisado por una de las ruedas y David, como solución provisional, entablilló los aplastados huesos, atando el pie a una tabla de cortas dimensiones que cogiera de una cerca inmediata a la carretera que habían recorrido.

Hacia la medianoche, la 1.a Brigada se detuvo cerca de una pequeña población llamada París. Antes de preparar su manta y su impermeable para tenderse a dormir, David aplicó una tablilla metálica, más efectiva que las otras, a uno de los heridos que viajaba en el carromato a cargo de Hal Perkins. Reinaba una gran quietud en el campamento cuando dio fin a la operación. Los extenuados soldados habían puesto sus armas en pabellón allí donde les sorprendiera el alto, tendiéndose a dormir seguidamente o buscando antes algún pajar con que hacer su descanso más confortable.

—¿Se ha enterado usted, capitán, de los detalles de la batalla librada cerca de Manassas Junction esta mañana? —preguntó Hal Perkins, mientras instalaban al artillero herido, para que se sintiera lo más cómodo posible dentro del carromato.

—¿Dónde?

—En varios puntos de una corriente de agua llamada Bull Run. Salimos victoriosos de ella, además.

—¿Y cómo puedes tú saber eso encontrándonos como nos encontramos todavía a unos cincuenta kilómetros de allí, o más?

—Llegaron dos hombres de allí esta noche, de vuelta a Carolina. Se presentaron poco después de haber acampado nosotros.

—Eran correos, ¿no?

Hal sonrió.

—No sé… Hicieron cuánto estuvo en su mano para que no los viera ningún oficial.

El castigo aplicado a los desertores era siempre muy duro, pero nadie podía evitar que algunos soldados huyeran cuando se les pasaba por la cabeza tal idea. Los hombres tenían que ceder ante ciertas exigencias naturales… Y con la dieta a que obligaban las marchas forzadas, a base de galleta, magra de cerdo y carne de buey en adobo, esas exigencias se presentaban con frecuencia. El individuo de turno se retiraba para dar satisfacción a sus necesidades y… ya no volvía a saberse de él. Además, muchos de los soldados eran voluntarios, habiendo firmado un compromiso de alistamiento para tres meses. Terminado o casi terminado ese período, ellos se consideraban libres, en mayor o menor grado, para ir y venir de un lado para otro conforme a sus deseos.

—¿Conocían esos deser… esos soldados detalles sobre la batalla en cuestión?

—Explicaron que nuestras tropas se retiraron de los alrededores de Fairfax Courthouse cuando los yanquis empezaron a ejercer cierta presión sobre ellas hace un par de días, estableciendo una línea de defensa a lo largo de esa corriente de agua denominada Bull Run.

Al parecer, el general Beauregard decidió establecer una línea de resistencia a lo largo del río, y cuando los federales enviaron una avanzadilla para tantear la solidez de aquélla se produjeron unas escaramuzas en un par de puntos de cruce. Esos dos tipos señalaron los de Mitchell’s Ford y Blackbum’s Ford.

—Yo no estoy familiarizado con este territorio para calibrar el valor estratégico de tales lugares. Ni siquiera puedo identificar los nombres —reconoció David.

—Esos hombres dijeron que, de acuerdo con las manifestaciones de algunos yanquis capturados, las unidades enemigas procedían de la división de Tyler y la brigada de Richardson. Sea lo que fuere, la brigada del general Longstreet los atrapó, haciendo pedazos a todo un regimiento yanqui.

Éstas eran unas noticias excelentes. Y no porque tuviera importancia una escaramuza en la que lo había pasado mal un regimiento, dentro del contexto de la batalla por Richmond, sino porque, probablemente, aquello representaba un día más con vistas al principal choque. Ahora, afortunadamente, el Ejército del Shenandoah podía unirse al de Virginia septentrional, a las órdenes de Beauregard, con tiempo para desarrollar una efectiva labor.

—¿Cree usted, capitán, que al viejo… al general Jackson, le gustaría estar informado de todo esto? —inquirió Hal,

—Seguro que sí. ¿Puedes decirme en qué unidad estaban encuadrados los hombres a quienes oíste hablar?

—De eso no hablaron…

El tono de Perkins era más bien cauto.

—¿Se encuentran todavía en el campamento esos individuos?

—Tomaron un bocado y desaparecieron, señor.

El tono de pesar con que Hal había pronunciado las anteriores palabras parecía sincero. Ahora bien, David llevaba ya bastante tiempo vistiendo el uniforme para no saber a qué atenerse respecto a ciertas peculiaridades psicológicas de los soldados: éstos nunca traicionaban a un camarada poniéndolo en evidencia ante un oficial.

—Voy a acercarme al cuartel de la brigada para ver si allí están informados sobre eso. Antes de acostarme, echaré un vistazo al paciente del carromato, así que cuando quieras, Hal, puedes irte a dormir.

En su camino hacia allí, empuñando una antorcha, la que habían estado utilizando para alumbrarse, David tropezó con varios oficiales que no habían querido esperar a que sus ordenanzas montaran las tiendas. Extenuados, habían optado por envolverse en sus mantas e impermeables, tendiéndose en el suelo, donde se habían detenido. Finalmente, localizó la durmiente figura del capitán Sandie Pendleton, el ayudante de campo de Jackson. Se disponía a sacarlo de tu sueño cuando oyó una voz que decía, en un susurro:

—¿Deseaba usted verme, doctor Presten?

Era el propio Jackson.

—Sí, señor.

David se desplazó hasta donde se encontraba Jackson, en aquel instante de pie, fuera de la única tienda levantada en el sector destinado al mando.

—No quería molestarle, señor, puesto que estaba descansando, pero es el caso que poseo una información que tal vez le interese conocer.

—Deje al capitán Pendleton que siga durmiendo, doctor. Acababa yo ahora de darme cuenta de que no había apostado ningún centinela por aquí, de manera que me decidí a cubrir tal servicio yo mismo.

—Sería para mí una satisfacción cubrir ese puesto.

—Si yo me tendiera a dormir después de haber estado montando a caballo todo el día, lo más seguro es que me despertara rígido como una tabla. Entonces, mis hombres habrían de encaramarme a la silla de mi montura…

David se preguntó si realmente aquel hombre que en la oscuridad dejaba oír una maliciosa risita era el grave Jackson.

—En tal situación no ofrecería un buen ejemplo a mis hombres, ¿verdad?

Rápidamente, David facilitó a Jackson la información recibida de Hal Perkins. Cuando acabó de hablar descubrió que el hombre se hallaba un tanto excitado por la forma en que echó a un lado la lona que cerraba la entrada a la tienda. Al salir de ésta, unos segundos después, era portador de un mapa.

—Ponga su antorcha en esta cepa, doctor Preston. Quizá podamos verificar lo oído por el joven Perkins.

David levantó la antorcha, sin dejarla, y Jackson extendió el mapa sobre un tronco.

—Creo recordar el curso del Bull Run gracias a la visita que hice a Richmond en mayo —dijo Jackson, aplicando un dedo a un punto del mapa —. Aquí tenemos dos vados con los nombres utilizados por los desertores. No sé mucho acerca del ejército del general McDowell, de modo que no puedo abrigar ninguna seguridad en cuanto a las organizaciones que mencionaron, pero serví con él durante la guerra de México y me consta que es un hombre muy cauteloso. Un jefe precavido consideraría la derrota de todo un regimiento como reveladora de la existencia de una fuerza superior opuesta, pensándoselo dos veces antes de lanzar a todo su ejército en un ataque frontal, aun tratándose de cruzar una corriente de agua de tan poca importancia como la que lleva el nombre de Bull Run. —Jackson continuaba estudiando el mapa —. En las presentes circunstancias, yo diría que lo más probable es que el general McDowell llevara a cabo una acción contra las fortificaciones que un enérgico y experto soldado como el general Beauregard levantaría a lo largo del curso del Bull Run, escogiendo otra zona para su principal arremetida.

—¿Consistente, quizá, en un ataque por el flanco, para intentar situarse detrás de nuestras tropas, con el propósito de evitar que pudieran ser reforzadas y avitualladas?

—Exactamente. No sabe usted lo que me alegra ver que todavía recuerda algunas de las cosas de que hablé en mi curso de estrategia en el Instituto, doctor. Un ataque así fue realizado por el capitán Robert E. Lee en Cerro Gordo, rodeando una posición mexicana con una columna y cortando la carretera nacional mientras mediante una acción frontal se mantenía a los defensores ocupados. Exploración, ataque por el flanco y persecución… Tal era la fórmula que utilizamos durante la guerra de México. Todavía no he dado con una operación militar que supere a aquélla…

—Viene ahora aquí la cuestión crucial. —Nuevamente, Jackson se inclinó sobre el mapa—. De hallarse usted en la piel del general McDowell, doctor, ¿sobre qué flanco operaría?

—Sobre nuestro flanco izquierdo, señor… Por el oeste —repuso David, sin vacilar.

—¿Por qué razón?

—Por un lado, señor, nuestro flanco izquierdo queda en la cara opuesta de Manassas Junction, desde Richmond, así que esperaría no estuviese tan fuertemente defendido por efectivos de la Confederación. Por otra parte, si el general McDowell consiguiera flanquear Manassas Junction por entero, no solamente cortaría la línea férrea de Strasburg en el Valle, por la cual podrían llegar refuerzos, sino que además lograría hacer lo mismo con la línea de Orange y Alexandria, por debajo del cruce ferroviario, llegando a situarse entre el general Beauregard y Richmond.

—¡Magnífico, doctor! Sin embargo, no ha considerado usted una cosa. ¿Qué me dice acerca del ejército del Shenandoah?

—Indudablemente, McDowell cree que nosotros seguimos en el Valle, bloqueando cualquier movimiento del general Patterson que apunte hacia el sur.

—Abriguemos la esperanza de que continúe pensando así durante un par de días, por lo menos. Recemos para que persista en tal idea. Y ahora, capitán, será mejor que se vaya a dormir. Nos pondremos en marcha muy temprano. —Jackson sacó de un bolsillo de su guerrera un gran reloj de oro—. Faltan unas pocas horas para eso.

—Usted ha dormido muy poco, general.

—Estaré muy ocupado hasta que toquen diana. ¿Tendrá usted la amabilidad de dejarme su antorcha?

Jackson no le había dado a conocer sus planes estratégicos, pero David sabía con bastante aproximación lo que se proponía. Un ataque violento y directo a través del Bull Run contra las tropas que defendieran la posición, las cuales presentarían cierta debilidad por el desplazamiento de fuerzas, dedicadas por McDowell al ataque de flanco contra los confederados, podía sembrar la confusión en el enemigo.

David tuvo la impresión de que no había hecho más que quedarse dormido cuando sonaron las cometas para que fuera levantado el campamento. No se quedó sorprendido precisamente cuando vio que la 1.ª Brigada se ponía en marcha inmediatamente mientras las otras tres unidades apuntaban a lo mismo, pero más parsimoniosa mente. Delante de ellos, en alguna parte, a menos de un día de marcha, tal vez, se estaba desarrollando la escaramuza preliminar que suponía una preparación para una batalla importante, y el viejo Jack abrigaba, evidentemente, la intención de verse envuelto en ella. El hecho de que según los informes recogidos las fuerzas federales duplicaran, aproximadamente, a las confederadas, no constituyó una razón suficientemente válida para hacer desistir de su empeño al jefe de la 1.a Brigada.

Cuando los hombres, malhumorados, refunfuñantes, cruzaban el valle que los separaba de la montaña Bull Run, una fila de elevaciones que quedaban por las fuentes de la corriente de agua del mismo nombre, David se situó a un lado de la carretera, deteniéndose. Esperaba ver el carromato de Hal Perkins, a la zaga de las veinte piezas que componían todo el contingente artillero del Ejército del Shenandoah. No era obra de la casualidad —estaba seguro de ello — que toda la artillería se desplazase con la maniobrera brigada de Jackson. Bajo el deslumbrante sol de la mañana apareció después el comandante Joe Stannard, quien no tardó en situar su montura junto a La de David.

—Esto de no saber uno adónde va no resulta agradable…

Stannard pronunció estas palabras con un dejo de amargura. David había observado ya tal reacción en otros jefes, a quienes Jackson no revelaba los planes que llevaba en la cabeza.

—¿Usted sabe algo de todo esto, David?

—Creo saber, sí…

Rápidamente, David dio cuenta a Stannard de la conferencia que había celebrado a medianoche con Jackson.

—En Piedmont, hacia el sudoeste, a poca distancia, hay una estación de ferrocarril. Recuerdo haber pasado por allí en el mes de abril, dirigiéndome a Strasburg y Harpers Ferry —manifestó Stannard—. Yo me imagino que

Jackson planea valerse del ferrocarril para llevar la brigada hasta Manassas y librar aquí la batalla.

—¿Y cree usted que sus cálculos son correctos?

—Si el viejo Jack dice que McDowell no atacará en Bull Run porque uno de sus regimientos fue hecho pedazos allí ayer, puede usted considerar casi seguro que las cosas sucederán de esa manera. —Stannard se frotó la barbilla —. Esa forma suya de predecir, casi sin margen para el error, lo que harán los otros, le hace a uno pensar que todas sus plegarias llegan a los oídos de Dios, ¿no cree usted?

David sonrió.

—Y si rodea con su brigada la próxima posición que ataque, haciendo sonar las cometas siete veces, como Josué, no me sorprendería nada que las murallas empezasen a derrumbarse.

Camino de Piedmont y la estación de ferrocarril, en la mitad del recorrido, empezaron a oírse vítores hacia la retaguardia de la larga fila de soldados. Las bayonetas de éstos centelleaban bajo la luz del sol. Los vítores se fueron corriendo por la columna, ganando en volumen a medida que los hombres advertían la causa que los motivaba. David cabalgaba junto al vehículo de los servicios sanitarios cuando comprendió lo que pasaba. Acababa de ver un jinete a lomos de un gran caballo. El oficial se cubría la cabeza con un sombrero de ancha ala, más bien corto de copa. La parte derecha del ala se hallaba cogida a ésta por una estrella de oro. Una gran pluma de avestruz se movía constantemente, pegada a aquel mismo lado del sombrero, conforme avanzaba el jinete a lo largo de la columna.

El recién llegado lucía un uniforme de color gris impecable, con el cuello y los puños blancos. Blancos eran también sus guantes de montar. La insignia de coronel que llevaba en la manga debía de haber sido pulida aquella misma mañana para que brillara como brillaba. Le seguía una tropa de caballería. Sus miembros agitaban los sombreros y gritaban insultos a los soldados de a pie.

La aparición de J. E. B. Stuart, una leyenda ya en el Ejército del Shenandoah, levantó los ánimos de los fatigados soldados como no hubiera podido hacerlo ninguna otra cosa…, de no ser la visión, quizá, de la larga fila de vagones de ferrocarril que les aguardaban en la estación de Piedmont, delante de los cuales resoplaba una locomotora, cortando el aire continuamente con sus blancos chorros de vapor.

Cuando los infantes comenzaron a encaramarse a los vagones-plataformas, con las piernas colgando por los lados y los rifles tumbados sobre los tablones, Sandie Pendleton fue en busca de David, quien en aquellos

instantes ataba su montura a la parte posterior del carromato sanitario. Éste se dirigiría a Manassas por carretera y él viajaría en el tren, por si se producía alguna escaramuza antes de que Hal Perkins se uniera a la brigada más tarde. Pendleton se colocó junto a David.

—El general Jackson ha querido que le dijera que el coronel Jeb Stuart interceptó un telegrama del general Patterson dirigido al general McDowell, ayer por la tarde —manifestó—. En él se indicaba que el Ejército del Shenandoah se encuentra todavía en el Valle, donde Patterson tiene inmovilizados a 25 000 hombres nuestros, cerca de Winchester.

II

AQUELLA tarde, a las cuatro, los hombres de la 1.a Brigada se encontraban formados junto a las vías férreas, a unos treinta kilómetros de Piedmont, por el este. El tren desaparecía progresivamente en dirección a su punto de procedencia, para transportar más tropas. Jackson se había adelantado para conferenciar con el general Beauregard, correspondiendo a los vítores de los soldados con el brazo derecho en alto, a modo de saludo, agitando uno de sus guantes.

La conferencia con Beauregard no duró más que media hora. David estaba seguro de que Jackson se había mostrado apremiante, incitando al louisianiano a un ataque directo por los vados, cosa que habían estado discutiendo la noche anterior, cerca de la pequeña población de París.

Pero cuando Jackson volvió del cuartel de Beauregard, la 1.a Brigada se situó entre los vados de Mitchell y Blackbum, vivaqueando en sus espesuras, poniéndose con ello de relieve que, de momento, al menos, los argumentos de Jackson habían sido ignorados.

Hal Perkins llegó con el carromato de los servicios sanitarios alrededor de la medianoche, tras unos cuantos vehículos que transportaban víveres y los de la sección de artillería. En la tarde del 20 de julio, tres de las cuatro brigadas del Ejército del Shenandoah se encontraban en reserva entre los vados de Mitchell y Blackbum, esperando detener cualquier embestida sería que se produjera desde el otro lado del cauce, si McDowell se decidía a llevarla a cabo, o iniciar su propio ataque si optaba por lo contrario. La 4.a Brigada de los regimientos de Alabama y el Mississippi, a las órdenes del general Kirby Smith, no había llegado todavía, ni tampoco el resto de las tropas del Valle. Decíase que esto era debido a la acción de un maquinista del tren, un traidor que había conseguido bloquear la vía férrea provocando un accidente con varios vagones.

Aunque el general Joseph E. Johnston, que a última hora de aquella tarde se había presentado en el teatro de operaciones, tenía más categoría jerárquica que Beauregard, era éste quién dirigía los movimientos de las fuerzas confederadas, por el hecho de estar más familiarizado con el terreno. Poco después de la medianoche, recibiéronse noticias de un espía que permitieron saber que McDowell, finalmente, había decidido, tal como había predicho David, el cruce por Sudley Ford y por Warrenton Turnpike para formar dos

arcos convergentes… El principal se hallaba a cargo del general Burnside; el segundo quedaba orientado hacia el oeste. McDowell, evidentemente, esperaba rodear a las fuerzas confederadas entre Manassas Junction y Bull Run, para destruirlas.

Para salir al paso del movimiento federal, Beauregard decidió finalmente atacar a los unionistas por el flanco izquierdo, tal como Jackson señalara insistentemente, arrojando a la 1.ª Brigada por los vados de Bull Run, creando un movimiento circular mediante el cual las tropas pudieran infiltrarse rápidamente en cualquier abertura que se presentara.

Con el fin de estar preparados, ya que las bajas serían numerosas, en cuanto comenzara el ataque, en la noche del 20 de julio, David y Hal Perkins situaron el carromato con los elementos sanitarios en las cercanías del camino del vado de Mitchell, planeando establecer una estación de primeros auxilios allí. Pero dos horas después de haber amanecido, no habiendo oído David ningún intercambio serio de disparos, se separó de Hal Perkins, trepando hasta la cumbre de una pequeña elevación próxima, con objeto de ver si podía averiguar qué estaba sucediendo.

David, nada más llegar a la cresta de la elevación, vio que la misma se hallaba ocupada… por un oficial, a quien no conocía. Se encontraba encaramado a una estructura de madera, una especie de torreta, de unos nueve metros de altura. Manejaba un catalejo grande, mucho más útil que los gemelos empleados por los oficiales que podían costeárselos. La torreta, por lo que se observaba, había sido elegida apresuradamente. Una caja que contenía varias banderas estaba pegada a la frágil barandilla que rodeaba la plataforma.

—Espero no ser un intruso —dijo David al oficial—. Soy el capitán David Preston, de la brigada del general Jackson.

—Capitán E. P. Alexander, oficial de comunicaciones del general Beauregard —contestó el observador, cortésmente—. Suba, si quiere, capitán. Podremos seguir el curso de las operaciones desde un lugar privilegiado, cuando comiencen éstas.

Paseando la mirada por el terreno que se divisaba desde la torreta del oficial de comunicaciones, David pensó que se parecía notablemente al mapa que había examinado tres noches antes, en compañía de Jackson, a la luz de una antorcha. El Bull Run tenía un curso serpenteante; allí estaban los vados, y el angosto Stone Bridge («Puente de Piedra»), por donde el camino a Warrenton cruzaba la corriente de agua. A no mucha distancia descubrió las tropas confederadas, moviéndose entre los árboles, divisando también varias

unidades que se desplazaban hacia el noroeste, una dirección errónea, de acuerdo con la última orden de batalla que había visto.

—¿A qué unidad ha dicho usted que pertenece, capitán? —inquirió el oficial de comunicaciones.

—Al 27.º Regimiento de Virginia.

—¿Del Ejército del Shenandoah, a las órdenes de Johnston?

—Sí. Brigada de Jackson.

—Ustedes se presentaron aquí con rapidez. El general Beauregard temía que el Secretario de la Guerra y el Presidente Davis se hubiesen retrasado demasiado en cuanto al envío de refuerzos.

—Veo algunas tropas hacia el noroeste —contestó David—. Sin embargo, la última orden que vi no indicaba una concentración en esa zona.

—El general Beauregard introdujo una variación en ella más allá de la medianoche. —El oficial cogió un mapa, señalando en él una gruesa línea negra que lo cruzaba, inclinándose ligeramente hacia el sur—. Éste es el camino de Turnpike, orientado hacia Gainesville…

—Nosotros pasamos por esa población, yendo en tren, antes de alcanzar Manassas Junction.

—Pues entonces estará familiarizado ya con la disposición general del terreno. —Alexander extendió el catalejo y una vez enfocado se lo alargó a David—. Céntrelo sobre Stone Bridge, en el extremo norte de Bull Run… Es fácil de ver…

David hizo lo que se le indicaba, localizando el puente de piedra, en el camino de Warrenton.

—A unos tres kilómetros de distancia podrá ver otro puente —prosiguió diciendo Alexander—. Según las nuevas órdenes, dos pequeñas brigadas, a las órdenes de Cocke y Evans, habrán de contener a los yanquis en ese punto, en tanto que los generales Ewell y Holmes, en el extremo izquierdo de nuestra línea, al este del vado de Blackbum, girarán para atacar el flanco derecho del enemigo.

—Ciertamente, ha habido una alteración en las órdenes…

—Una alteración de última hora. Apuesto cualquier cosa a que los hombres afectados por ella se quejan por tener que cubrir una distancia tan larga antes de emplearse en el combate.

—¿Y qué hay acerca del Ejército del Shenandoah?

—Sus tropas se encuentran todavía en las inmediaciones de los vados de Mitchell y Blackbum. —Alexander señaló el mapa—. Se supone que han de seguir a Ewell, una vez se aleje de la zona, moviéndose hacia el oeste.

—¿Y si el enemigo arremetiera con fuerza por Stone Bridge? ¿No podrían quedar nuestras unidades divididas?

—Por esto estoy yo aquí. Desde esta elevación, veo el terreno en una extensión de varias millas, en cualquier sentido. Pero, claro, mi campo de visión no es tan dilatado como el del profesor Lowe, allí, arriba…

Alexander señaló hacia el norte. Dentro del sector enemigo, flotaba en el aire un gran globo cautivo.

—Si los yanquis empiezan a moverse por el centro —continuó diciendo —, tengo que hacer señales dirigidas a los cuarteles generales de Johnston y Beauregard, con objeto de que su Ejército del Shenandoah pueda ser concentrado en el puente, reforzando las dos brigadas que se encuentran allí.

—Todo parece haber sido planeado muy bien.

—Perfectamente —convino Alexander—. Hasta ahora se ha producido una pequeña acción en el puente. Nada de particular, en suma. Lo que me preocupa es el hecho de que las tropas del general Ewell están tardando mucho tiempo para ocupar su posición y tratar de envolver al enemigo por su flanco.

—¿Observa usted algo que le haga pensar que las brigadas del Ejército del Shenandoah han empezado a ocupar sus puestos?

—Se mantienen todavía en reserva, listas para desplazarse hasta Stone Bridge si la acción se intensifica allí, o para apoyar a Ewell, sobre el flanco izquierdo cuando éste empiece a asestar golpes al enemigo.

—Yo no soy ningún estratega, capitán —manifestó David—. Pero he presenciado algunos combates en Europa y las maniobras complicadas efectuadas antes del comienzo de una batalla siempre me inspiran temor. Ha sido un error no hacerme saber a tiempo que mi regimiento puede combatir a alguna distancia de mi puesto sanitario, quedando sus hombres sin asistencia médica… De la misma manera, también podrían salir malparadas unas unidades que luchan en lugares distintos de los supuestos al principio.

—Comparto sus temores —dijo Alexander, frunciendo el ceño—. De acuerdo con el nuevo plan de batalla, Ewell debería estar lanzando ya su ataque, y ésta sería la señal para que las fuerzas del general Johnston le apoyaran. Pero no veo nada ahí de todo eso…

Mientras hablaba, Alexander había estado estudiando el terreno con el catalejo. El tubo de latón apuntaba hacia el noroeste. De pronto, se irguió.’

—Observo un movimiento del enemigo por las inmediaciones del vado de Sudley, pero no me es posible decir si se trata de tropas nuestras o del

enemigo. —El oficial pasó el catalejo a David—. A ver qué deduce usted de esto…

David enfocó la poderosa lente, hasta obtener una imagen clara, definida. A aquella distancia, sin embargo, por efecto de la calina de la mañana de julio, resultaba difícil distinguir entre el color azul del uniforme yanqui y grisáceo azulado del de los confederados. Luego, de súbito, localizó un hombre de gran talla con el catalejo. David pudo ver solamente, con todo, la mitad superior de su cuerpo. Era suficiente para identificarle sin lugar a dudas.

Solamente había una unidad, dentro de las fuerzas yanquis y las confederadas, en la que vistieran sus hombres guerreras rojas holgadas, tocándose con sombreros *bersaglieri*… Se trataba de un destacamento de Nueva York integrado por suizos, húngaros, italianos e individuos de otras nacionalidades, figurando también varios cosacos. Conocida con el nombre rimbombante de la «Guardia de Garibaldi», había sido la unidad más pintoresca entre todas las que tomaran parte en el largo desfile del día de la proclamación de Lincoln como Presidente, apenas seis meses atrás.

—¡Son tropas de la Unión! —exclamó David—. Las vi desfilar en Washington, en la primavera.

—¿Está usted seguro?

Alexander empuñó el catalejo, estudiando atentamente la móvil mancha de color señalada por David.

—Completamente seguro.

—Los zuavos de las unidades confederadas —repuso Alexander, vacilante — suelen vestir uniformes muy fantásticos.

—Ninguno se parece al de estos hombres. Ésa es la Guardia de Garibaldi, de Nueva York. Son en su mayoría una partida de rufianes. Ahora bien, si pelean en el campo de batalla como en 3as tabernas, han de resultar difíciles de vencer.

El capitán Alexander no opuso ya ningún argumento, dedicándose a rebuscar en el interior de su caja, donde guardaba las banderas de señales. Cada una de ellas tenía una varilla corta, para hacer fácil su manejo. Las banderas compusieron un llamativo cuadrado rojo en el centro de un fondo blanco, para que fuesen bien visibles. David no disponía de tiempo para ver cómo el oficial manejaba sus banderas, los elementos principales de aquel nuevo y extraño método de comunicación. Pero como Alexander deletreaba su mensaje verbalmente, mientras movía las banderas para entrar en

comunicación con el cuartel general de Beauregard, David comprendió la urgencia del mensaje:

C.U.I.D.A.D.O C.O.N N.U.E.S.T.R.O F.L.A.N.C.O I.Z.Q.U.I. E.R.D.O. E.L E.N.E.M.I.G.O O.S E.S.T.A E.N.V.O.L.V.I.EN.D.O.

El mensaje fue repetido varias veces, hasta que una distante señal indicó que había sido recibido.

—No tenía noticia alguna sobre la existencia de este sistema de comunicaciones —dijo David a Alexander, que sudaba abundantemente a causa de sus incesantes movimientos de brazos.

Las diferentes posiciones de éstos señalaban una numeración correlativa, que se correspondía con un código previamente establecido.

El oficial de comunicaciones guardó las banderas en su caja.

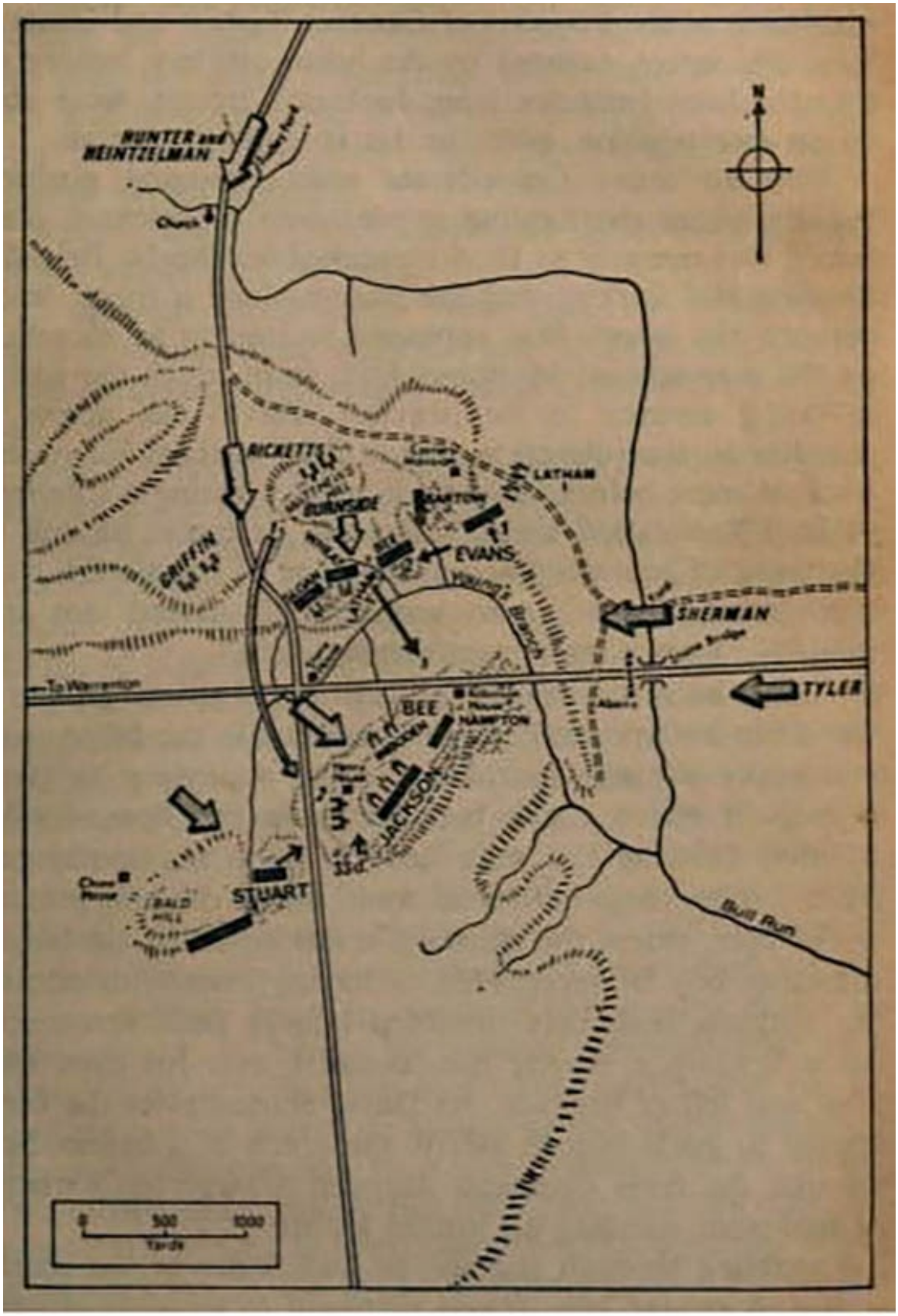
—Yo creo que no ha sido usado este sistema en América antes de ahora —explicó Alexander—. El profesor Lowe se las ha ingeniado para tener una línea telegráfica desde sus globos, poniéndose así en comunicación directa con el ejército de operaciones. Comparado con lo suyo, esto mío de aquí, el catalejo y las banderas para señales, no puede ser más primitivo. Es como si fueran comparados el arco y la flecha con el rifle Sharps.

III

LOS temores del capitán Alexander sobre la suerte final de las fuerzas empeñadas en la batalla quedaron confirmados casi, por culpa de las confusas órdenes surgidas del cambio de planes de Beauregard, en el último momento, hacia la medianoche del 21 de julio. Afortunadamente, hacia la hora en que David y Hal Perkins enganchaban a su carromato las dos mulas que tiraban de él, el coronel Evans, en Stone Bridge, había decidido que la arremetida en aquel cruce era una finta. Dejando cuatro compañías detrás, para defender el puente —como Horacio, de clásica fama—. Evans se puso a la cabeza de las diez compañías restantes que se encontraban a su mando, cruzando el Warrenton Turnpike a marchas forzadas, para arrojarlas contra la columna federal del coronel Ambrose E. Burnside, en el punto en que se efectuaba el ataque por el flanco, alrededor del vado de Sudley y Matthews Hill, por el sur, a corta distancia.

Muy por delante del ala izquierda principal del ejército confederado, las tropas de Evans sufrieron así el impacto del ataque cuando los federales intentaron envolver al ala confederada. Sus fuerzas fueron capaces de contener al enemigo al comienzo de la batalla, sin embargo, con la ayuda de las brigadas de los generales Bartow y Bee. Este último, ayudado por la artillería a caballo del capitán John Imboden, en la unidad de Jackson, pudo mantenerse en su posición con el otro, teniendo a la 1.a Brigada en reserva.

Habiendo tantas unidades confederadas que cambiaban de posiciones rápidamente, haciendo acto de presencia allí donde la lucha era más enconada, la confusión era grande cuando David trataba de localizar a la 1.a Brigada. Después de enviar a Hal Perkins con su carromato por un camino muy accidentado que discurría entre espesas arboledas, el cual parecía conducir a una elevación marcada en el mapa con el nombre de Matthews Hill, David cruzó un prado llevando sobre su espalda un equipo médico ligero. Tras cruzar un afluente del Bull Run llamado Young’s Branch, se encontró en el centro de la lucha, al borde de los bosques, rodeado de uniformes grises y azules, oyendo silbar a su alrededor las balas.



La batalla de First Bull Run Manassas
21 de Julio de 1861

Habiendo visto caer delante de él a un soldado con una gran herida en el brazo, se arrodilló a su lado, aplicándole un torniquete para contener la hemorragia. Mientras terminaba de dar instrucciones al hombre para que pudiera mantener el torniquete en su sitio hasta que llegara a un puesto sanitario, en la retaguardia, donde le habían ligado el vaso seccionado, David vio pasar junto a él a un chico, un tambor de los regimientos de Virginia, que avanzaba casi a ciegas, aplicándose un ensangrentado pañuelo a los ojos y a lo que le quedaba del rostro. Al lanzarse tras el muchacho, para tratar de guiarle hasta un sitio seguro, sintió por entre las copas de los árboles el paso de un proyectil de cañón. Una gran rama se desgajó de uno de ellos bruscamente, cayendo sobre el sitio ocupado por él momentos antes.

Cegado por el humo y las llamas de la batalla que se libraba a su alrededor, David pudo por fin asir al tambor por una de las mangas de su uniforme. Pero fuera de sí a causa del dolor y el miedo, el chico se resistió a ser ayudado. Hasta que, finalmente, una bala perdida se hundió en una de sus sienes. Muerto antes de empezar a caer, el muchacho fue a dar contra David, manchando su hombro y su manga de sangre mezclada con parte de los sesos de la desventurada criatura. Preston sintió unas náuseas incontenibles…

—¿Adónde debo ir, capitán? ¿Qué camino puedo seguir?

Ni siquiera se había dado cuenta David de que el soldado de la herida en el brazo había estado siguiéndole. Y le oyó cuando su voz resonó en sus oídos, apenas algo más que un grito de dolor y de pánico. Sus palabras sonaron apagadas por el fragor de la batalla y los aullidos de los heridos.

—No sé… —contestó David—. Los árboles y la espesa humareda no permiten que veamos el sol.

—Unos metros más atrás crucé una carretera —dijo el soldado, en el instante en que giraba rápidamente a un lado para eludir unas ramas que hubieran caído sobre él.

—Procure dar con ella, si es posible —contestó David—. Tiene que haber otros heridos por aquí.

Mientras así hablaba, sus pies tropezaron con un cuerpo. Un breve examen del mismo le permitió comprobar que aquél, embutido en un uniforme azul, no necesitaba ya ayuda médica. Un trozo de metralla le había alcanzado directamente en el pecho, destrozando casi por completo su torso.

—¡Doctor! —Vagamente, David recordó al soldado del brazo herido—. He encontrado la carretera. Queda por aquí.

Echó a andar por entre los árboles, en dirección ahora al sitio de procedencia de la voz, agachándose instintivamente para eludir, con un gesto

más bien infantil, las múltiples balas que surcaban el aire con silbidos amenazadores, consciente, sin embargo, de que su proceder no le hubiera valido de nada en el caso de encontrar en su camino un proyectil a la altura requerida, ya que en modo alguno hubiera tenido tiempo de esquivarlo. La carretera seguía siendo invisible. Ardían los matorrales y le envolvía una masa de humo espesa y mareante.

Al llegar al camino estuvo a punto de ser atropellado por las caballerías que tiraban de una pieza de artillería ligera. Unos segundos más y David hubiera podido ser destrozado por las patas de las bestias que tiraban de aquélla.

—¿Qué diablos está usted haciendo por aquí, capitán Preston? —inquirió una voz familiar.

David levantó la vista al tiempo que se incorporaba, enfrentándose con los ojos centelleantes del capitán John Imboden. Éste se detuvo, volviendo la cabeza para prevenir a los servidores de otra pieza que seguía a la anterior. David ya no corría peligro.

—Voy en busca del escenario principal de la lucha… —se oyó decir a sí mismo, con una voz que le pareció extraña, ajena a él.

—Se ha equivocado usted… Esto es una retirada. —Imboden asió a David por un brazo—. Suba… Colóquese detrás de mí antes de que los yanquis nos cojan.

El cabrito de Imboden estaba en movimiento ya. David se asió a la silla, pegándose al cuerpo del oficial.

—Estaba siguiendo a un soldado herido en un brazo…

—Se subió al armón que estuvo a punto de matarlo a usted. Los yanquis nos han hecho pedazos en Matthews Hill y el general Bee ordenó la retirada.

—¿Dónde paran Jackson y la 1.ª Brigada? —se las arregló David para preguntar, mientras procuraba por todos los medios ceñirse a Imboden para no ir a parar al suelo.

Se movían por un terreno muy accidentado y con la mayor rapidez posible…

—Sólo Dios puede saberlo. Y a mí me gustaría mucho que Él me lo dijera. Evans, Bee y Bartow fueron barridos en Matthews Hill cuando se encontraban a la cabeza del núcleo principal de las fuerzas. Si no surge alguien que ponga de una manera u otra coto a lo que aquí está ocurriendo, esto se va a convertir en un auténtico descalabro.

El grupo de las dos piezas artilleras fue a parar a un pequeño claro, detrás de la cumbre de una ladera cubierta de árboles. Cuando Imboden dio el alto,

David se dejó caer al suelo por uno de los costados de la montura. No le costó mucho trabajo identificar al oficial que a varios metros de distancia se mantenía muy erguido en la silla de su montura, en medio de dos filas de soldados que, evidentemente, se iban apostando en las inmediaciones de la cumbre de la elevación en que se encontraban.

—¡Maldita sea, general! —exclamó Imboden, irritado—. Esos yanquis nos han estado azotando a placer.

—No debe usted perder la serenidad, capitán —repuso Jackson, severo—. Prepare sus piezas. Pienso hacer frente al enemigo aquí, detrás de Henry House Hill.

En aquel preciso instante, el general Barnard E. Bee, que mandaba la 3.ª Brigada del Ejército del Shenandoah, a las órdenes de Johnston, se aproximó a Jackson. Bee empuñaba la espada y su uniforme estaba cubierto de polvo y cenizas. Había estado cabalgando por entre los árboles y los matorrales en llamas, donde todavía se luchaba. Detrás de Bee empezaron a aparecer algunos de sus hombres, muchos de ellos sin armas ni equipo. Ninguno se detuvo para saludar a los dos generales, buena prueba de que Imboden no se había equivocado al juzgar la situación como una derrota o poco menos.

—¡Nos persiguen en nuestra retirada, general! —exclamó Bee, dirigiéndose a Jackson.

—Pues entonces, señor, los recibiremos aquí, a punta de bayoneta —repuso Jackson calmosamente.

Seguía dando instrucciones a sus hombres, para que formaran una línea de resistencia por el borde oriental de la elevación. En una de sus vueltas, Jackson descubrió a David y, repentinamente, sus ojos centellearon.

—¡Capitán Preston! —exclamó, secamente—. ¿Dónde tiene usted su equipo?

—No lo sé, señor. Envié el vehículo a la carretera…

—La carretera queda al fondo de esta colina, detrás de nosotros.

Váyase hacia allí y prepare sus cosas, ya que no tardaré en recibir heridos.

David saludó y empezó a descender por la ladera. El general Bee se había unido a sus tropas en retirada. De pronto, le oyó gritar, dirigiéndose a uno de sus oficiales, en un tono que a David se le antojó más bien exasperado:

—¡Allí está Jackson, firme, dispuesto a aguantar la embestida, como si fuera un muro de piedra[9]! —Y luego, con aire resignado, Bee añadió—: ¡Que todos vayan situándose detrás de los virginianos!

Indudablemente, Bee estaba profundamente indignado por la negativa de Jackson a seguir retirándose. Pero solamente cuando localizó a Hal y el

carromato de los servicios sanitarios, al pie de la elevación, pudo David desplazarse hasta un punto desde el cual le era posible apreciar la posición que había provocado la exasperación de Bee.

La 1.a Brigada de Jackson se había movido para ocupar la cumbre de Henry House Hill. Sin torpes apresuramientos, aquél había ido distribuyendo sus hombres y la artillería por las inmediaciones de la cumbre de la elevación, contando con una protectora repisa de pinos. Había escogido para la batalla un lugar en el que disfrutaba de considerables ventajas sobre el enemigo. Parecía decidido a mantenerse allí hasta que los federales alcanzasen aquel punto y replicarles en unos términos semejantes a los suyos.

Mientras trataba de dar con un sitio protegido, en el que instalar su puesto de auxilio, David vio a Jackson a lomos de Fancy, tras la primera fila de soldados. Tan sereno como si estuviese participando en unas maniobras, el viejo Jack dirigía los trabajos de emplazamiento de la artillería de Imboden, alineándola con las de Rockbridge y Leesburg. Se avecinaba una batalla que podía decidir en el plazo de unas horas la suerte de los Estados Confederados de América.

Cuando terminó de contar las veintiséis piezas de artillería instaladas tras la cresta de Henry House Hill, donde aquéllas no podrían ser vistas fácilmente por los yanquis, David comprendió que en medio de algo que había tenido todos los visos de una gran derrota, Jackson, imperturbable, preparaba una trampa a los exultantes soldados enemigos, quienes se lanzarían a la conquista de la cumbre de Henry House Hill en cualquier momento, convencidos de su triunfo.

Jackson daba incluso instrucciones a los artilleros, a fin de conseguir que los proyectiles estallaran cerca de las tropas que avanzaban, tras haber sido disparados por encima de las cabezas de los soldados propios. David comprendió también por qué el general Bee se había mostrado exasperado por la insistencia de Jackson en mantener su posición preferentemente —haciendo de ella literalmente un muro de piedra—, en vez de seguir adelante para aliviar a las apremiadas tropas del primero.

Jackson levantaba la mano izquierda, abriéndola, en un gesto característico, al dar a los artilleros sus instrucciones. David vio al general echar de repente la mano hacia atrás, apareciendo en ella una mancha de sangre, y comprendió que estaba herido. Sin pensárselo dos veces, echó a andar para acudir en su ayuda. Jackson lo vio y su faz se oscureció a causa de la ira, espoleando a Fancy por la ladera abajo, en dirección al carromato del médico.

—Su puesto está en la retaguardia, cuidando de los heridos, capitán Preston —dijo acremente—. No se mueva de él.

—Está usted herido, general.

Jackson se encogió de hombros. En sus ojos, sorprendió David el mismo cálido destello que observara durante la breve lucha en la iglesia de Falling Waters.

—¡Bah! ¡Un rasguño! ¡Un simple rasguño!

Jackson sacó de uno de los bolsillos de su guerrera un pañuelo, con el que envolvió el dedo herido. A continuación, salió galopando hacia el punto en que acababan de quedar emplazadas las baterías artilleras.

Las baterías lanzaban su carga mortal casi al unísono y la tierra se estremecía. David se sintió extraordinariamente animado al comprender que el plan de Jackson estaba abocado a funcionar como una máquina bien lubrificada… Luego, se acordó del pequeño tambor del regimiento y del cuerpo destrozado del soldado de la Unión que había encontrado en los bosques. En aquellos instantes, los proyectiles artilleros, preparados convenientemente, estarían estallando casi en las caras de los federales que avanzaban, lanzando una furiosa lluvia de mortal metralla en todas direcciones.

Durante las siguientes horas, David anduvo demasiado ocupado con los heridos que llegaban por la ladera posterior de Henry House Hill para preocuparse de la marcha de la batalla. De vez en cuando, sin embargo, los soldados más levemente heridos le daban noticias sobre las horrorosas escenas que se desarrollaban en el lado opuesto de la elevación, lo cual le permitía imaginarse cómo iban las cosas.

En un momento crítico de la lucha por la posición estratégica, el 33.º Regimiento de Virginia, escondido hasta entonces en unas espesuras cercanas al extremo izquierdo de la línea de defensa, había atacado las baterías federales que estaban castigando la posición de Jackson. Sin saberse por qué, el enemigo había tomado a los virginianos por unidades propias, absteniéndose de disparar.

Profiriendo el grito de los rebeldes, calculado para sembrar el terror en los corazones enemigos, los soldados del regimiento, integrado principalmente por hombres de las zonas más remotas de los montes Allegheny, habían irrumpido en la colina haciendo fuego y atacando a la bayoneta mientras corrían. Y mucho antes de que pudieran disparar su cañón en defensa propia, los artilleros unionistas habían sido aniquilados, quedando la batería sin servidores.

Medio diezmadas por el fuego artillero de Jackson, así como por la devastadora carga de la caballería de Jeb Stuart, por el flanco izquierdo de las fuerzas confederadas, las tropas unionistas cedieron terreno. Pudieron éstas replegarse una vez, evitando ser arrojadas violentamente de la elevación, pero advirtiendo que lo que había estado a punto de ser una inminente derrota se convertía ahora en victoria, Beauregard ordenó un avance general. Y cuando los confederados pasaron a la carga de nuevo, las tropas unionistas cruzaron en desoís den el camino de Warrenton y el Young's Branch.

En el momento culminante de esta carga, Johnston y Beauregard aparecieron en el campo de batalla, según supo David más tarde, avanzando con los estandartes del 4.º Regimiento de Alabama junto a ellos. Entretanto, desde su posición en la cumbre de Henry House Hill, la artillería de Jackson continuaba machacando a las tropas federales en retirada. Este avance se detuvo brevemente por efecto de una audaz carga de los zuavos del 11.º Regimiento de Nueva York, ataviados con sus uniformes azules y rojos, tocados con blancos turbantes. Respaldados por dos piezas artilleras, con su desesperado contraataque aquéllos habrían podido paralizar el avance confederado de no haber hecho acto de presencia la caballería de Jeb Stuart desde el flanco izquierdo, rechazando a los zuavos en el instante en que el 33.º Regimiento de Virginia irrumpía con un griterío ensordecedor y la fuerza de las bayonetas.

Trabajando en su puesto, a menos de mil metros de distancia del centro principal de la lucha, David Preston percibió el fragor de la batalla claramente a lo largo de toda la tarde. Podía distinguir, desde luego, el nutrido fuego de fusilería de los estampidos de las pequeñas piezas artilleras, que Jackson se había preocupado de situar idóneamente para sus propósitos cerca de la cumbre de la elevación. Pero de no haber sido por los ocasionales estallidos en los bosques vecinos de algún que otro proyectil de cañón o de granada, David se hubiera podido creer a veces a mucha distancia del conflicto.

Por haber sido concentradas varias unidades de la 1.a Brigada en una posición, en virtud de su crucial papel en la misión de detener el avance federal, el puesto sanitario de David era el punto central para los heridos de toda la brigada. Otros dos médicos colaboraban, pero David, a causa de su considerable experiencia en el campo de batalla, que los otros no poseían, se había hecho cargo de la atareada unidad desde el principio.

Tan pronto empezaron a llegar heridos, uno de los médicos se había trasladado a la carretera que llevaba a la zona de auxilios sanitarios, al objeto de clasificar a los necesitados de atenciones inmediatas. Se daba prioridad a

todos los que podían volver a la lucha una vez vendadas sus heridas, ya que en las primeras líneas eran desesperadamente necesarios todos los hombres posibles. Los que con una cura provisional estaban en condiciones de andar pasaban a la enfermería de la brigada, bajo la dirección del doctor Hunter McGuire, en Manassas Junction, a poco más de tres kilómetros, hacia el sur. Atendidos aquí rápidamente, eran enviados a la retaguardia. Del tercer grupo, de los gravemente heridos, se ocupaba David. Eran aquellos hombres cuyas vidas peligraban, exigiendo sobre la marcha, sin dilaciones, el corte de una hemorragia, el ligamiento de una artería o cualquier otro remedio heroico. David tuvo que entablillar muchos miembros fracturados. Y cuando no podía hacer otra cosa, preparaba a los pacientes para el viaje en la ambulancia hasta la enfermería de la brigada.

En las últimas horas de la tarde disminuyó notablemente el número de heridos precisados de atención y David decidió investigar si era conveniente buscar otro emplazamiento más adecuado para sus servicios. Cabía la posibilidad de que les conviniera aproximarse algo más al centro neurálgico del combate. Proveyéndose de un equipo ligero con vendajes, medicamentos, unos cuantos instrumentos y ligaduras, dio la vuelta a Henry House Hill, dirigiéndose al punto en que la corriente de agua del Young’s Branch cruzaba el camino de Warrenton. Se vio entonces en el escenario de una sangrienta carnicería, algo jamás contemplado por David, ni siquiera en las más terribles escaramuzas de los partisanos de Garibaldi contra las tropas austríacas.

El suelo estaba materialmente alfombrado de cadáveres y de objetos de uso militar, pertenecientes lo mismo a los unionistas que a los confederados. Algunos hombres vagaban a ciegas de un lado para otro, tropezando con los cadáveres de sus camaradas, cayendo sobre ellos o sus equipos, arrastrándose cuando ya eran incapaces de incorporarse. En una pequeña hondonada había un puñado de soldados muertos, grises y azules, dispuestos en bien ordenadas filas. Era una macabra formación militar, espeluznante por lo desusada.

Enfrente y a lo lejos, hacia la izquierda, por donde entrara la caballería de Jeb Stuart, los caídos cuerpos de los zuavos de Nueva York, por los polícromos colores de sus uniformes, hacían pensar en una fantástica colcha, de grandes dimensiones. Cada uno de sus tonos venía a representar una vida humana que había llegado a su fin en un polvoriento campo de batalla situado a cuatrocientos kilómetros, más o menos, del escenario de su existencia regular. Todos aquellos hombres habían estado encuadrados en la Sección de Contraincendios de Nueva York.

A la derecha, más allá de Henry House Hill, David creyó distinguir algunos de los cañones de las baterías de John Imboden, que continuaban disparando. Se movió guiándose por sus estampidos, llegando así a una pineda cuyos árboles, evidentemente, habían estado haciendo de parapetos naturales a juzgar por los destrozos que se observaban en sus ramajes y troncos. Éstos aparecían chamuscados. David pensó en los efectos de un tornado, como el que conociera de niño, una vez, en el condado de Botetourt.

El fuego era todavía intenso en aquel sector. El sol moriría antes de una hora y los bosques estaban llenos de sombras oscuras y amenazadoras. Saltando sobre un cadáver uniformado de azul aquí y allá, notando entre los árboles más próximo que nunca el ocaso, David se quedó sobresaltado al descubrir frente a sí una pequeña extensión dotada de luz. Se encaminó hacia ella. Y cuando llegó a sus inmediaciones no se atrevía a dar crédito a sus ojos…

El claro —no habría allí más de media hectárea de terreno— hubiera podido tener originalmente una docena de aplicaciones. Seguramente, había estado dedicada la tierra en cuestión al cultivo de las patatas, del trigo, de la cebada, del tabaco… Tal vez hubiera sido un huerto, también. Ahora contenía un pequeño hospital, bajo la lona de una gran tienda, cuyas partes laterales habían sido enrolladas para que circulara libremente el aire, puesto que aquella tarde de julio era muy cálida. Una bandera de la Unión colgaba de una rama a la entrada de la tienda. Llenaban el espacio cubierto varias filas de literas, ocupadas por unas dos docenas de hombres heridos. Una segunda bandera, por debajo de la anterior, ostentaba la insignia de la unidad, que David no identificó.

Un oficial médico de la Unión se movía por entre las filas de heridos, vacilando a veces, como si se sintiera impresionado por el holocausto a que había sido llevada aquella unidad, inclinándose otras para dar de beber a alguien un poco de agua, o para ajustar un vendaje. En el borde del claro, David pudo ver varios vehículos de nuevo tipo, dotados de suspensiones desconocidas para él. Los caballos que, evidentemente, habían sido llevados hasta allí se encontraban atados a un poste sujeto entre dos árboles. Al cabo de unos momentos, el oficial médico de la Unión miró en dirección a David, levantando al mismo tiempo una mano.

—¡No dispare! —exclamó con voz que denotaba su cansancio, como si realmente le hubiera importado poco que fuese desoída su advertencia—. Soy oficial médico y no combatiente.

—¡Jesse Bayard! —contestó David.

—¡David Preston!

Los dos hombres habían sido condiscípulos en el Jefferson Medical College. Hacía dos años que no se habían visto.

—¿Qué diablos haces tú aquí? —preguntó Bayard cuando I00 dos se hubieron estrechado las manos.

—Pertenezco como oficial médico al 27.º Regimiento de Virginia,

—A esa unidad debe de pertenecer el grupo de rebeldes que se presentó aquí dando gritos hace un par de horas, forzando a nuestras tropas a emprender veloz carrera.

—Creo identificar por las señas a un puñado de combatientes irlandeses, a quienes denominan Emerald Guards. Pero, ¿qué es todo esto?

—Un nuevo hospital de campo, proyectado para ser montado detrás de las primeras líneas… Todavía no logro explicarme cómo diablos nos hemos puesto delante de todos sin movemos un centímetro. —El comandante Bayard se encogió de hombros—. Bueno, somos tus prisioneros, David. ¿Qué piensas hacer con nosotros?

—Mentiría si te dijera que lo sé… Una cuestión como la presente se sale de las instrucciones normales. Desde luego, podría correr un riesgo y aceptar tu palabra…

—¡Oh, no! —exclamó Bayard—. Por la forma de correr, nuestras tropas, ahora, no deben de encontrarse muy lejos de Washington. Estoy seguro de que antes de que pudiera llegar a nuestras líneas me matarían.

—¿Han sido atendidos todos estos hombres?

—Se han llevado a cabo las intervenciones quirúrgicas necesarias.

El comandante Bayard señaló con un movimiento de cabeza el montón de cosas desechadas que quedaba a unos metros de distancia de ellos. Había allí media docena de brazos y piernas, fruto de unas amputaciones…

Sentándose en una silla de lona pegada a un armario del hospital portátil, el doctor de la Unión rebuscó en el interior de éste, sacando una botella de *whisky*. Después de echar un largo trago, se la alargó a David, quien le imitó, tras lo cual se dejó caer en otra silla.

—¿Desde cuándo cuenta la Unión con esta clase de equipos? —inquirió.

—Ésta es la primera instalación de este tipo —explicó Bayard—. Poco tiempo después de haberme graduado, me matriculé en la Universidad de Pennsylvania, prestando servicio en su hospital, a fin de ampliar estudios. Cierto día leí algo acerca de estos hospitales móviles que los austríacos utilizaron en Italia…

—Tuve ocasión de ver unos cuantos durante la guerra.

—Me hubiera gustado sacar de éste el máximo provecho… Bueno, el caso es que cuando comprendí que estábamos abocados a un conflicto armado di los pasos necesarios para hacerme con una unidad sanitaria como la que estás viendo. El Departamento de la Guerra la aceptó provisionalmente… Ya sabes la lentitud con que procede la Jefatura de Sanidad cuando se trata de sancionar una innovación…

—A mí me parece que esto da resultado.

—Es un pequeño hospital, limpio y relativamente confortable. Funcionó perfectamente mientras dispuse de gente. Pero cuando los proyectiles empezaron a silbar por entre los árboles, alrededor del mediodía, la mayor parte de mi personal se fue, encaminándose al norte. Todos salieron corriendo, detrás de un periodista que se había presentado aquí con el propósito de hacer un reportaje.

—Su información sobre la unidad sanitaria se quedó en proyecto.

—Supongo que dejará de correr cuando haya dejado a su espalda el Potomac.

David se dedicó a examinar el instrumental quirúrgico, en una tienda contigua de reducidas dimensiones. Había allí una mesa de operaciones, lámparas de aceite con pantallas reflectoras para concentrar la luz en el campo operatorio, un hornillo para calentar agua, un armarito en cuyos estantes se veían diez o doce bandejas metálicas, que facilitaban el acceso a los instrumentos…

—Todo ha sido pensado para hacer posible la intervención quirúrgica lo más cerca posible de la línea de fuego —dijo Bayard—. Toda la unidad puede ser desmontada en una hora para su acomodación en esos vehículos especiales… siempre y cuando el personal no se sienta presa del pánico y opte por emprender la huida.

—¿Han sido construidos los carromatos para hacer también el papel de ambulancias?

—Sí. Las literas se deslizan por unos rieles a propósito.

—Desde luego, has hecho una magnífica labor.

—Vas a disponer de tiempo en abundancia para estudiarlo todo. —Bayard tomó a empinarse la botella de *whisky*—. Ahora la unidad os pertenece y yo soy vuestro prisionero.

—Me acompañarás. Tengo que hablar con el Jefe de Sanidad, a ver qué es lo que desea hacer contigo —contestó David—. Puesto que estuviste trabajando en la Universidad de Pennsylvania, seguramente conocerás al doctor Hunter McGuire.

—Naturalmente que lo conozco. McGuire ha sido uno de los doctores más brillantes entre todos los que han pasado por esa Universidad. ¿Por qué me has hablado de él?

—Es el médico personal del general Jackson. Y además el jefe de los servicios sanitarios de la 1.a Brigada.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Me quedaré con las tropas en el campo de batalla… Al frente de uno de estos hospitales, si puedo conseguirlo.

—Como ya te he indicado, éste os pertenece.

—Todavía he de convencer al Departamento Médico de Richmond que necesitamos disponer con toda urgencia de hospitales de esta clase.

—El presente conflicto, tal como se desarrolla, lo está poniendo de relieve… ¡Ah! ¿De qué lado se inclina en estos momentos la victoria?

—No creo que haya alguien que sepa a qué atenerse con respecto a tal cuestión.

—¿Por qué no nos quedamos aquí los dos hasta que ellos decidan quién de nosotros va a ser prisionero del otro?

La idea era como para echarse a reír, pero los dos amigos se quedaron muy serios al ver irrumpir en el claro un hombre más bien achaparrado, con una faz curtida, en la que brillaban unos ojos hundidos e inteligentes. John Imboden echó pie a tierra, atando su caballo a la rama de un árbol.

—Buenas noches, doctor Preston —dijo, tan imperturbable como si hubiera acabado de tropezar con David delante de su casa—. ¿Anda acaso necesitado de ayuda?

—El comandante Jesse Bayard… El capitán John Imboden —repuso David—. Jesse fue condiscípulo mío en la Facultad de Medicina, John.

Imboden estrechó la mano del oficial de la Unión.

—A mí me parece, comandante, que el uniforme que usted viste no es el que mejor conviene a este escenario en los momentos presentes —declaró—. Por hoy, la lucha ha llegado a su término, pero los hombres del 33.º Regimiento encontraron por ahí un carromato de los servicios de intendencia cargado de *whisky*. Otros afirman que el vehículo en cuestión es de propiedad particular, que lo trajo aquí un cantinero, en vista de que medio Washington se ha trasladado a estos parajes para asistir a la destrucción de las tropas confederadas por las unionistas y que había que disponer de algo de beber para celebrarlo…

—Anteayer tuve que apartar mis carromatos de la carretera media docena de veces para que pasaran otros tantos vehículos de senadores y amigos de

Abraham Lincoln —manifestó Bayard, resentido—. Puesto que su ejército ha capturado este hospital, cuánto hay en él les pertenece ahora…, conmigo. —Cogiendo otra botella de *whisky* del armario de antes, el doctor se la alargó al artillero—. ¿Quiere echar un trago, capitán?

—Nada mejor que un buen trago de *whisky* al final de una ajetreada jornada. —Imboden se empinó la botella, secándose los labios con el borde de su manga derecha—. Bueno, David, ha logrado usted capturar algo de gran importancia sin la colaboración de nadie. ¿Qué piensa hacer con todo esto?

—El comandante Bayard y yo acabábamos de decidir, cuando se presentó usted, que debíamos esperar aquí hasta mañana por la mañana. Entonces sabremos quién es el prisionero de quién.

—Creo que de momento nadie sabría dar una solución al problema —admitió Imboden—. Por ahora, parece ser que estamos ganando, pero nos vimos casi perdidos durante la primera fase de la lucha esta mañana, en Matthews Hill, al ser enérgicamente rechazadas las fuerzas del coronel Evans. El general Bee salió en ayuda de Evans y luego corrimos todos la misma suerte que éste… Fue cuando nos vimos en las primeras horas del día, David. Eso se habría convertido en un serio descalabro para nosotros de no haber optado el viejo Jack por establecer con la 1.a Brigada una línea de resistencia en la cumbre de Henry House Hill. La artillería no descansó entonces.

—Oí contar al general Bee, dirigiéndose a Jackson, la forma en que el enemigo estaba obligando a nuestras tropas a retroceder. Pero el viejo Jack se limitó a contestarle: «Si es preciso, señor, los recibiremos oponiéndoles nuestras bayonetas».

Imboden asintió.

—A Bee no le gustó que le sugirieran que sus tropas debían establecer una línea de resistencia. Sin embargo, logró hacer que se detuvieran.

—Oí a Bee formulando acusaciones contra Jackson, reprochándole que se empeñara en mantenerse como si fuera un muro de piedra en la cresta de Henry House Hill cuando sus propias tropas estaban siendo hechas pedazos —explicó David.

—Los hombres han empezado a llamarle Stonewall Jackson —declaró Imboden. A continuación, añadió, muy grave—: Lo malo es que no podremos saber nunca qué ideas pasaron por la cabeza del general Bee realmente. Le mataron esta tarde, a última hora.

—Mala suerte. Era un valiente.

—Por aquí han muerto en unas horas muchos valientes, pertenecientes a los dos ejércitos rivales. Hoy he realizado más amputaciones que podré hacer

el día de mañana trabajando en mi consulta a lo largo de un año —indicó el médico federal—. Lo peor del caso es que estoy seguro de que en Philadelphia, en mi hospital, hubiera podido evitarme la mitad de las amputaciones que aquí he practicado.

Imboden echó un vistazo a su alrededor.

—Yo me dirijo al cuartel del general Beauregard para informar en nombre del general Jackson —manifestó—. ¿He de llevar algún mensaje suyo, David?

—Puede usted hacer algo más que eso. —David acababa de dar con la respuesta a su problema. ¿Qué otra cosa podía hacer con su prisionero?—. ¿Tendría usted inconveniente en llevarse al comandante Bayard, para entregárselo a Hunter McGuire? Los dos son viejos amigos y McGuire hará lo necesario para que Bayard sea tratado con la máxima corrección.

—¿Y qué va a ser de usted mientras tanto?

—Yo me quedaré aquí. ¿No podría detenerse un momento en el puesto sanitario situado en Henry House Hill? Dígale a Hal Perkins que traslade todos nuestros efectos a este punto. Creo conocer bien a Jackson. Lo más probable es que piense atacar de nuevo por la mañana y éste es un lugar muy adecuado para mi trabajo.

—Algunos de mis pacientes deberían ser llevados a la retaguardia —señaló Bayard.

—Utilizaremos para eso dos de tus carromatos, si el capitán Imboden dispone de tiempo. Tú podrías encargarte de uno, Jesse, y así dispondríamos de más espacio para atender a otros heridos, en el caso de que se produjeran nuevas operaciones.

David se sintió muy solo mientras presenciaba la salida de los dos vehículos, desplazándose hacia el sur, a causa de que Imboden había tenido un aparte con él, antes de marcharse, para decirle que sería lanzado un ataque a gran escala poco después de las tres de la madrugada. Lo cual significaba que él mismo podía convertirse en un prisionero de la Unión antes de que transcurrieran unas horas.

David anduvo bastante ocupado a partir de aquellos momentos, atendiendo a los restantes prisioneros heridos. Se quedó maravillado al descubrir lo bien que había sido planeado aquel hospital de campo, dotado además de un equipo excelente.

El núcleo principal de la unidad era la tienda destinada a las intervenciones quirúrgicas, que ya examinara al principio, complementada con un depósito cubierto, más la «sala-tienda», que albergaba a treinta y seis

pacientes, pudiendo ser ampliada con la adición nada difícil de otras tiendas de similar tamaño. Todo había sido bien estudiado allí. Dos de los carromatos estaban cargados de alimentos desecados, que quedaban dispuestos para el consumo al añadir el agua necesaria, tras lo cual se calentaban en recipientes a propósito, en unos hornillos de campaña que consumían queroseno o leña asegurándose así una dieta alimenticia adecuada para los heridos.

IV

EL ataque de madrugada comenzó con las descargas de las piezas artilleras. El primer grupo de bajas llegó al amanecer. Se tenían ya noticias de que la lucha era muy enconada. Las tropas septentrionales del l.er Regimiento de Rhode Island, al mando del coronel A. E. Bumside, llevaron a cabo una peligrosa incursión. Una vez más, sin embargo, la artillería confederada, que se había evidenciado tan efectiva el día anterior, deshizo la ofensiva. Poco después, se supo que en todo el frente federal reinaba la confusión más absoluta.

Un proyectil confederado cayó encima de un puente sobre el Cub Run, uno de los afluentes del Young's Branch y del Bull Run, mediada la mañana, cuando pasaba por aquél un carromato, el cual quedó volcado, dejando bloqueado por algún tiempo el camino de la retirada. Aumentó la confusión general la presencia de muchos civiles que habían llegado desde Washington para presenciar la derrota de las fuerzas rebeldes, y lo que pudo haber sido una retirada ordenada del superior ejército de McDowell pronto se transformó en un descalabro. Mucho antes del mediodía, las fuerzas federales se retiraban en su totalidad a toda prisa, en dirección a Washington, completándose así el desastre.

Después de haber instalado el hospital de campaña en los carromatos especiales, David se trasladó a la retaguardia, presentándose en el cuartel general de Jackson, cerca de Centerville, solicitando se le autorizara a ostentar la jefatura del nuevo hospital de campaña para atender a la 1.ª Brigada, por entero. Aprobada su solicitud por el comandante Hunter McGuire y el general Jackson, su petición fue trasladada al general Johnston, que de nuevo mandaba el ejército de Virginia del Norte, ahora que la lucha en Manassas había terminado con una tremenda derrota para los unionistas.

En realidad, transcurrió un mes antes de que la autoridad superior sancionara la petición de David. Finalmente, recibió instrucciones: a causa de la escasez de médicos en las fuerzas confederadas, tendría que actuar todavía como doctor al servicio del 27.º Regimiento de Virginia, aparte de ocuparse del 1.er Hospital de Campaña de la 1.ª Brigada, en el Ejército del Shenandoah. Pero puesto que no se combatía ahora y solamente requerían atención las enfermedades de menor cuantía y las heridas de los soldados que vivaqueaban, no se irritó por el retraso.

Desde el campamento de las cercanías de Centerville, en Manassas Junction, David escribió a Araminta. Corrían los largos y calurosos días del mes de julio. David se alegró de que, al menos, el correo no pasase por la censuré, pudiendo así confiar al papel sus pensamientos más recónditos:

La primera gran batalla de esta terrible guerra ha terminado y mucho me temo que no haya servido para demostrar nada. Sólo, quizá, que el Sur cuenta con uno de los mis capaces estrategas de la historia militar, en la persona del general Jackson. Un oscuro profesor de ciencia y filosofía militares del VMI, es ahora el héroe de los dos ejércitos, del Norte y del Sur. No estoy del todo seguro en cuanto al motivo de que el general Bamard Bee le comparara a un muro de piedra, pero este sobrenombre se lo merecía Jackson. Por él será conocido el resto de la guerra, así como su 1.a Brigada, estoy convencido de ello.

Los periódicos de Richmond han publicado numerosas informaciones sobre la captura que llevé a cabo de material sanitario, haciendo hincapié en el hospital móvil de campaña. La verdad es que di con aquello casualmente y que tuve la gran suerte de tropezar con un condiscípulo mío de la Facultad de Medicina, a cargo del cual se encontraba la unidad, viéndome obligado a hacerle prisionero. Para mí, lo más interesante es que el hospital en cuestión ha quedado bajo mi custodia y cuidados, y que me encuentro en condiciones de prestar a los desventurados heridos de la guerra los servicios que para mí quisiera en el caso de ser una baja más.

La vida en el campamento resulta sumamente rutinaria. Ahora estamos esperando a ver dónde han de asestar otro golpe las fuerzas de la Confederación para corresponder al próximo ataque del enemigo. Siempre hay focos de malaria durante el verano en Virginia oriental y yo mismo he sufrido un poco de ella, levemente. Por fortuna, capturamos en Manassas un gran depósito de medicamentos, entre los cuales figuraba la quinina, y la uso con generosidad, así que nuestra media de enfermos de ese tipo no es alta. No quiero pensar en lo que ocurrirá cuando se nos acabe la quinina. Y es que se sufre ya un gran déficit de medicamentos en las unidades militares confederadas,

Pero dejémonos de enfermedades y medicamentos. Otra de las cosas que encontramos en Manassas fue una biblioteca circulante. He estado leyendo mucha poesía últimamente… ¿Habré de decirte que la poesía romántica me interesa más que ninguna otra? Es lógico… Su lectura me induce a pensar en ti con más intensidad todavía. ¡Cuánto me gustaría saber de sonetos, y de versos, en general, lo que sé de medicina! Daría

cualquier cosa por manipular la pluma en ese sentido con la familiaridad con que manejo el bisturí y el estetoscopio. Pero, ¡ay!, la Musa se niega a obedecer a mis mandatos, de manera que no tengo más remedio que limitarme a decir «Te quiero» una y otra vez, hasta cansarte.

Cuando me acuerdo de aquella tarde de sábado que pasamos juntos, en Georgetown, cenando en Cruchet's; cuando evoco el momento en que te besé por primera vez, frente a la suite de tu tío, en el National Hotel, me siento más y más deseoso de que llegue a su fin este conflicto sin sentido. Llegada la paz, en unas circunstancias todavía más plácidas, más gratas que las de aquella inolvidable velada, podremos dedicamos exclusivamente a la tarea de conocemos mutuamente. Mientras ese momento tan ansiado llega, puedes estar segura de la absoluta devoción que me inspiras.

Con todo mi amor,

DAVID

V

EN los primeros días del mes de agosto circularon noticias que sembraron la ansiedad en el campamento confederado, amodorrado bajo el sofocante calor de las cercanías de Centerville, a sólo treinta kilómetros de Washington. Los titulares del *Examiner*, de Richmond, proclamaron llamativamente: «GRAN VICTORIA EN WILSON'S CREEK, MISSOURI». El *Enquirer* dio un relato sucinto de la primera gran batalla librada al oeste del Mississippi. Nadie negó entonces que se había llevado a cabo una importante operación militar el 10 de agosto entre las ondeantes colinas situadas a varios kilómetros, por el sudoeste, de Springfield (Missouri) dentro de un catado considerado crucial para la Causa de la Confederación, finalizada con una derrota de los unionistas.

El aspecto más interesante de la información, según leyó David Preston en los diarios de Richmond, radicaba en la presencia, dentro del campo confederado, de un número regular da *cherokees*, a las órdenes del coronel Stand Watle, de quien Araminta y Lachlan habían hablado con frecuencia. Los indios de Watle, decían los despachos militares confederados, se habían batido notablemente bien, capturando una batería federal y presagiando el reforzamiento de la Confederación con la incorporación de las Cinco Tribus Civilizadas a la Causa del Sur.

Leyendo aquellos relatos, David se preguntó qué papel representado Lachlan en tal asunto, quedando gratamente sorprendido varias semanas más tarde, al recibir una carta de su antiguo condiscípulo en el VMI:

Araminta me escribió hace algún tiempo, haciéndome saber que eres ahora el médico del 27.º Regimiento de Virginia. Me encontraba en Nueva Orleáns, dando los pasos necesarios para efectuar un embarque de algodón a Nassau, en un buque británico, cuando tuvo lugar la Batalla de Bull Run, o de Manassas. El Times-Picayune, de Nueva Orleáns, contó que tu regimiento tuvo una importante participación en la victoria del viejo Jack allí. Así pues, todo parece indicar que nuestro antiguo profesor se cubrió de gloria en Manassas Junction. Lo cual, incidentalmente, es todo un triunfo en una batalla dirigida por ese osado héroe de Fort Sumter, el general P. G. T. Beauregard, quien parece tener un positivo genio cuando se trata de atraer la atención de los demás sobre su persona.

Ostento ahora el rango de capitán en la Segunda Unidad cherokee de Rifles Montados, mandada por el coronel Stand Watle, emparentado con las familias Ross y Murrell, pero mortal enemigo político de tío John. Yo no he intervenido en la política cherokee, pero lucharé por la Confederación, puesto que ésta parece ofrecer a los indios más que la Unión ha ofrecido nunca o piensa ofrecer.

Indudablemente, habrás oído hablar de nuestra pequeña escaramuza en Wilson's Creek, a unos quince kilómetros de Springfield (Missouri), por el este. Esto ocurrió entre los días 9 y 10 de agosto. La nuestra fue una operación de pequeña importancia comparada con la batalla de Manassas, pero, afortunadamente, el mando federal cometió muchos más errores que nosotros. Si la Unión hubiese tenido entre sus jefes uno del calibre del viejo Jack, sospecho que a todos nosotros nos hubieran dado un serio tirón de las orejas.

Los hombres de la unidad cherokee están siendo muy elogiados en las informaciones publicadas por los periódicos del Sur, por el hecho de haber capturado una batería artillera federal, la cual, en realidad, fue a parar a nuestras manos al retirarse el enemigo, tras una breve escaramuza. Creo que mis hermanos cherokees, por otro lado, se dejaron llevar de Sus entusiasmos bélicos, con la consecuencia de que a algunas de las bajas yanquis les faltaba la cabellera, según ciertos observadores.

David sonrió al leer estas últimas frases, qué eran todo un rodeó por parte de Lachlan. Se imaginó a su atezado amigo, frente a Una botella y un cigarro, contando con delectación los sangrientos detalles de la batalla. La carta continuaba así:

El bloqueo costero se toma cada vez más severo. No sé por cuánto tiempo nos será permitido dar salida a nuestro algodón por Nueva Orleáns. Desde luego, podríamos atravesar Texas con él para ir a parar al puerto mexicano de Matamoros, donde los compradores yanquis arrebatan a la gente de Nueva Inglaterra todas las balas que pueden, pero eso resultaría demasiado caro. Hasta ahora he podido arreglármelas para que las ventas a Inglaterra no sufran interrupción, merced a unos contactos con el Norte. Ahora bien, es posible que tan práctico dispositivo no dure ya mucho.

Presenta mis respetos al general Jackson, a quien te ruego felicites de mi parte por sus triunfos. Yo creo que él no me tuvo nunca en mucha estima como soldado, y que todavía me consideró menos como estudiante, pero la verdad es que me siento muy satisfecho de que sus indiscutibles dotes de líder militar estén siendo utilizadas en toda su amplitud por el Sur.

Con un cordial saludo de

LACHLAN

VI

STONEWALL JACKSON se sentía indignado ante lo que él consideraba una táctica dilatoria por parte del Presidente Jefferson Davis y el Secretario de la Guerra, Judah P. Benjamín, que no se decidían a reforzar los efectivos militares situados entre Richmond y Fairfax Courthouse, donde la 1.a Brigada había quedado estacionada aquel verano, con el fin de que Washington pudiera ser vigilado de cerca.

Jackson continuaba teniendo problemas con su dedo herido.

Sufría una especie de inflamación crónica. Por suerte, entre el equipo sanitario de que se había hecho David Presten, sin la ayuda de nadie, según era fama, había una bañera metálica en la que podía introducirse un brazo o un pie para llevar a cabo un tratamiento hidroterápico. El recipiente tenía en una de sus caras una rueda de paletas que giraba sobre un eje, hallándose éste unido a una polea por medio de una correa de transmisión. Cualquiera podía utilizar el aparato, haciéndolo funcionar con el pie.

La primera vez que Jackson visitó el hospital de campaña preguntó al ver aquel aparato si podía ser utilizado en el tratamiento de su dedo herido. Y cuando David añadió un poco de cloruro de cal al agua de la pequeña bañera, Jackson se sintió gratamente sorprendido al notar un alivio inmediato en el dedo. Desde entonces, había tomado la costumbre de acercarse por el hospital a diario, casi, con objeto de seguir aquel sencillo tratamiento.

No siempre se encontraba en el hospital David cuando se presentaba Jackson, por cuya razón aquél dio instrucciones a Hal Perkins para que tuviera el baño siempre preparado, guardando la solución en una damajuana. De llegar el general en su ausencia, el chico no tenía más que calentar el líquido, poniéndolo a la temperatura deseada por su jefe.

Por aquel tiempo, la 1.a Brigada vivaqueaba a kilómetro y medio de Fairfax Courthouse, y el 27.º Regimiento se había desplazado a Munson’s Hill, lo más cerca posible de Washington, sólo a unos ocho kilómetros del Potomac. Desde dicha elevación, con ayuda de unos gemelos, podía verse a la gente de la ciudad circulando por las calles, así como los piquetes apostados en la orilla sur del río, cotí los cuales intercambiaban a veces algunos disparos.

Aunque después de la Batalla de Manassas se le había concedido, provisionalmente, el ascenso a comandante, David tenía todavía la costumbre

de visitar la zona del 27.º Regimiento cada mañana, para pasar consulta, tras lo cual regresaba al hospital.

Cierto día, después de apearse de su montura, mientras ataba su caballo a un poste, se encontró a Jackson sentado, como en tantas otras ocasiones, junto a la bañera, con el brazo sumergido en la solución de cloruro de cal, mientras movía sistemáticamente con un pie el pedal del aparato.

—Siento no haberme encontrado aquí a su llegada, general —se excusó David cuando entró bajo el toldo de lona que protegía a Jackson del sol—. Espero que su dedo haya mejorado.

—Si ha mejorado ha sido gracias a su iniciativa, doctor. Ahora lo que me gustaría sería visitar el manantial de Bath. Sé que no tardaría en estar bien del todo con sus aguas. —Jackson levantó la vista—. Capitán: si a usted le dieran a elegir el lugar en que combatir más adelante, ¿cuál elegiría?

—El Valle del Shenandoah, por supuesto, señor. Pronto madurarán las manzanas y las pequeñas huertas de las granjas se verán llenas de sabrosos tomates…

—Al frente de veinte mil hombres —Jackson parecía estar ahora reflexionando en voz alta—, yo podría cruzar el Potomac por la parte superior y dirigirme al nordeste para atacar por el flanco la ciudad de Baltimore y conquistarla, obligando al Gobierno Federal a evacuar Washington por vía marítima. ¿Se ha enterado usted de que el general McClellan ha sustituido al general McDowell en el mando del ejército de la Unión en el Potomac?

—Lo leí en el *Enquirer*.

—Si McClellan sigue siendo el hombre de México, dedicará el tiempo que sea necesario a la tarea de formar un ejército de gran potencia antes de intentar la conquista de Richmond. Entretanto, nosotros podríamos internamos en Pennsylvania occidental para tomar Uniontown y hasta Pittsburgh, quizá, y si el movimiento se lleva a cabo antes de que llegue el invierno, el ejército podría mantenerse sobre el territorio. Cuando el general McClellan, en Washington, se dé cuenta de que se halla desbordado, Virginia Occidental, Kentucky y Tennessee quedarían aislados por completo del Norte. Esto supondría un grave revés para el enemigo, doctor, un grave revés, verdaderamente.

—Seguramente, el Presidente Davis advertirá eso, señor. En fin de cuentas, fue Secretario de la Guerra en el Gabinete del Presidente Buchanan antes de la ruptura de las hostilidades, y senador de los Estados Unidos con anterioridad a esto último. Asimismo, ha pasado por West Point, donde se graduó.

—El militar, cuando actúa como político, y especialmente si ocupa un puesto como el de Davis, tiende a comportarse de un modo extraordinariamente cauteloso. —Jackson sacó la mano de la solución de cal, estudiándola distraídamente—. ¿Sabe usted que en Fairfax Courthouse se celebró no hace mucho una conferencia sobre la guerra?

—No lo sabía, señor. ¿Y no fue usted invitado a ella?

Una fugaz y fría sonrisa alteró la expresión del rostro de Jackson.

—El jefe de una brigada no puede hablar nunca en nombre de una división ni de un ejército.

—Pero es que esa brigada, señor, salvó a la Confederación de una derrota en Henry House Hill.

—Aquélla fue una gran batalla.

La voz de Jackson sonó distante de nuevo, como si hubiera vuelto a encontrarse entre las filas de soldados, yendo de un lado para otro, poco antes de vivir una hora de gloria —y de tremenda carnicería— aconsejándolos, indicándoles que debían esperar la llegada del instante preciso para hacer fuego. De un modo parecido a como otro oficial llamado Israel Putnam, cuando avanzaba la oleada escarlata de los regulares británicos, previniera a sus tropas en Bunker Hill, con estas palabras: «¡Esperad hasta el momento en que veáis el blanco de sus ojos! Luego, ¡poneos en pie y abridles los vientres con vuestras bayonetas!».

—Bien… ¡Buenos días, comandante Preston! —saludó Jackson—. Y muchas gracias, una vez más, por haber pensado en este tratamiento hidroterápico para mi dedo.

El comandante Hunter McGuire entró en el hospital poco después de haberse marchado Jackson.

—¿Ha estado aquí el general? —preguntó—. No se encontraba en su alojamiento al detenerme en éste, a mi vuelta de Richmond.

—Se fue no hace mucho. ¿Qué noticias circulan por Richmond?

—El *Enquirer* publicó ayer una información, en la que se asegura que McClellan intenta convencer a Lincoln de que el próximo ataque contra Richmond debe ser realizado a lo largo de la península, entre el York y el James.

—Si se saliera con la suya… llegaría a poner un ejército en las puertas de Richmond.

—No teniendo buques en el James, el Sur tendría que atacar al ejército federal cuando éste intentara llevar a cabo un desembarco —declaró McGuire —. ¿Cómo se encontraba de animado Jackson esta mañana?

—Me pareció que estaba un poco deprimido. No le pregunté por qué.

—Así pues, ¿no sabe usted nada acerca de los ascensos?

—Tuve que ir a Munson's Hill. Volví de allí hace cosa de una hora.—

—El gobierno de Richmond ha anunciado los ascensos de Samuel Cooper, Albert Sidney Johnston, Robert E. Lee y Joseph E. Johnston. Ha sido confirmado el ascenso que sobre el Campo de batalla concedió Jeff Davis a Beauregard, en Manassas…

—Y para el pobre Jackson nada, cuando, quizá con la única excepción de Lee, es quien más merece tal recompensa.

—Eso es lo que pasa.

—No es de extrañar que estuviera tan deprimido y qué quisiera regresar al Valle. ¿Qué malas noticias podrán darle ya?

Pasaban los bochornosos días de agosto por el campamento de las inmediaciones de Centerville. Se enfrentaban ya con el mes de septiembre. El general Stonewall Jackson no era allí el único en pensar que estaban perdiendo un tiempo precioso. El Ejército del Shenandoah y el del Norte de Virginia tenían bajas a diario, a causa de las enfermedades y de los desertores. El malestar de Jackson afectaba a toda la Brigada Stonewall, siempre peculiarmente sensible a los estados de ánimo de su jefe.

Cuando Jefferson Davis se presentó en el campamento de las cercanías de Fairfax Courthouse para revisar con Beauregard determinadas cuestiones, el día 1.º de septiembre —un día después de haber sido anunciados los ascensos de los cinco generales—, Jackson buscó a Davis. El Presidente de la Confederación había revisado el l.er Hospital de Campaña, que mereció por su parte una cálida aprobación. David no pudo escuchar toda la conversación que sostuvieron Jackson y el Presidente, pero de lo que oyó dedujo el airé que había informado el resto del encuentro.

—¿Puedo preguntarle cómo marcha la guerra en Virginia Occidental, señor Presidente? —Inquirió Jackson, poco antes de que Davis abandonara el campamento.

—No muy bien, general Jackson, no muy bien.

—Yo nací y me crié en la región de Clarksburg —respondió Jackson, intencionado—. Mi primer trabajo, a la edad de Catorce años, lo tuve en el camino de Parkersburg-Staunton.

—¿Sí? Ignoraba eso, general.

—Teniendo a Morgantown, Virginia y Cumberland, de Maryland, en nuestras manos, quedaría amenazado el puesto federal en su totalidad en la Pennsylvania occidental. En efecto, sólo la amenaza de un posible ataqué por

el flanco, en dirección este, a través de Maryland y Pennsylvania, contra Washington, induciría al general McClellan a desplazar alguna de las fuerzas ahora concentradas para la siguiente embestida contra Richmond.

—Una interesante teoría, general.

Davis pronunció estas palabras a modo de comentario, sin querer dar a entender nada. Inmediatamente, se fue de allí, acompañado de sus oficiales.

David habló de la conversación de Davis con el más famoso de sus generales mientras cenaba aquella noche en compañía de Joe Stannard y John Imboden. Hal Perkins había realizado uno de sus peculiares esfuerzos culinarios y disponían para el final de una botella de buen coñac, el coñac que un desafortunado senador estadounidense había destinado a la celebración de la esperada victoria en Manassas. Stannard formuló una pregunta:

—Dígame, David: ¿ha pretendido Jackson indicar a Davis cómo debía montar la próxima fase de la guerra? Usted fue alumno del general durante tres años en el VMI y quizá esté en condiciones de aclarar tal cuestión…

David se echó a reír.

—Lo único que se puede esperar de Jackson es que, probablemente, haga lo más inesperado. Pero al analizar sus acciones más tarde, uno suele descubrir que la lógica presidía en todo momento sus pensamientos y que los árboles no dejaban ver el bosque.

—En realidad, todo esto se halla planteado como un juego de ajedrez. Hay ya una partida en marcha… —declaró Imboden—. Lincoln ansia tomar Richmond y dar fin a la guerra.

—Y Jackson pudo haber conquistado Washington hace un mes, después de lo de Bull Run —indicó Stannard.

—No podemos hablar de eso con seguridad. Por otro lado, ahora ya es tarde. McClellan ha organizado el ejército más poderoso de toda la historia de los Estados Unidos —manifestó el oficial de infantería—. Evidentemente, Lincoln ansia apoderarse de Richmond, pero teme exponer a Washington a un ataque… Y Jefferson Davis teme a su vez desencadenar una ofensiva en una parte u otra, porque ella implicaría ineludiblemente el debilitamiento de las fuerzas que defienden Richmond. Yo creo que nunca se ha dado una guerra grande hallándose las capitales de los bandos opuestos a una distancia, entre sí, inferior a los ciento sesenta kilómetros.

—De los dos Presidentes —dijo David—, es Jefferson Davis el menos seguro, puesto que sus fuerzas vienen a representar menos de la mitad de las colocadas a las órdenes de McClellan por Lincoln.

—Si el plan de batalla de la Unión es llevado a la práctica —convino Imboden—, Richmond será atacado por dos puntos y nosotros podríamos perder la guerra antes de la Navidad… A menos que Jefferson se las arregle para producir un milagro.

—Un milagro denominado Thomas J. Jackson podría sacamos del atolladero —apuntó David.

—Es posible —concedió Imboden—. Pero hay que tener en cuenta que Jackson es ya considerado un héroe por la gente de Virginia y Richmond. Davis no querrá proporcionarle la oportunidad de ser todavía más héroe echando por tierra los planes de McClellan antes de que los federales lancen su principal ataque. Mucha gente de la Confederación piensa que Jefferson Davis no era la persona más idónea para el cargo de Presidente… Yo figuro entre los que así piensan. Y de aparecer un Napoleón llamado Jackson, de repente, nuestro Presidente podría quedar relegado a un segundo término…, cosa que no está dispuesto a hacer.

—¿Qué va a pasar entonces?

—De hallarme yo en la piel de Jefferson Davis, realizaría una maniobra de diversión para asustar a Lincoln y llevarle a reservar un buen número de tropas para la defensa de Washington.

—Quizá con ese fin ha sido enviado Lee a Virginia Occidental.

—Probablemente. Ahora bien, al parecer, Lee no apunta a nada concreto. Lo que necesita Jefferson Davis realmente, en estos momentos —y también la Confederación—, es un ejército con un hombre al frente que sea capaz de amenazar a Washington por el oeste.

—Y ese hombre, ¡Dios lo bendiga!, espero que sea el viejo Jack —remachó Joe Stannard.

VIII

EL 7 de octubre de 1861, James Longstreet y Thomas Jonathan Jackson fueron ascendidos a comandantes generales. Y el 21 de octubre, el Secretario de la Guerra, Judah P. Benjamin, escribió a Jackson, notificándole que quedaba asignado al II Cuerpo. Era el tercero de los tres ejércitos resultantes de la reorganización del Departamento de Virginia del Norte, ostentando el mando supremo el general Joseph E. Johnston. Los dos primeros ejércitos eran los del Distrito del Potomac y Distrito del Aquia, cubriendo la Península hacia arriba, de la que McClellan proyectaba valerse para avanzar sobre Richmond. Constituyendo un dedo de tierra entre los ríos York y James, ambo# navegables desde la Bahía de Chesapeake casi hasta Rklunond, la Península era la retaguardia vulnerable de la capital confederada.

Sandio Pendleton, el ayudante de campo de Jackson, mostró a David la carta de Benjamín, por la que se designaba al antiguo profesor para el mando de las tropas del nuevo Distrito del Valle. La carta en cuestión decía lo siguiente:

Las peligrosas condiciones en que se halla la frontera de Virginia, entre el Blue Ridge y las Montañas Allegheny han sido motivo de preocupación por parte del gobierno. Las insistentes demandas de los habitantes de la región, solicitando la presencia de un oficial cualificado que atienda a su protección, han inducido al Departamento a formar un nuevo distrito militar, denominado el Distrito del Valle del Departamento de Virginia del Norte.

La elección, efectuada por el gobierno, ha recaído en usted. Han influido en tal decisión no sólo una justa apreciación de sus aptitudes para el mando, sino también otras consideraciones de peso. Su conocimiento del terreno, de su población y recursos, le hace a usted peculiarmente adecuado para el puesto.

Y aún hay algo más. Las gentes del distrito indicado, unánimemente, le han señalado a usted constante y urgentemente. Debido a la confianza que en usted tienen, todos han pensado allí que debe encargarse en tal lugar de la defensa del territorio.

La Orden General número 15 del Ayudante e Inspector General de Richmond, fechada el 22 de octubre, establecía el nuevo departamento, quedando Jackson al mando del Distrito del Valle, entre el Blue Ridge y las Allegheny. Al general Beauregard se le asignaba el Distrito del Potomac, en el centro del frente, y al comandante general T. H. Holmes, el Distrito de Aquia, al este. Se expidió una orden especial con fecha 28 de octubre, asignando a Jackson el Distrito del Valle, con instrucciones para ponerse en marcha el 4 de noviembre.

—Creo que podemos consideramos un par de buenos profetas —dijo Joe Stannard al sentarse al lado de David Preston en el comedor de oficiales, en la noche del 28 de octubre—. Usted indicó que Davis necesitaba disponer en Virginia Occidental de un ejército coa una figura al frente… La verdad es que aquél ha escogido al hombre más indicado.

—¿Cuándo se pondrá en marcha la Brigada Stonewall?

Inmediatamente, Stannard se puso muy serio.

—La brigada no se marcha… Únicamente salen Jackson y su estado mayor. Y cuando llegue al Valle dispondrá de menos de dos mil hombres, la mayor parte de ellos procedentes de la milicia y en posesión de armas no muy superiores a los fusiles de chispa.

—¿Qué va a ser de nosotros dos?

—Yo me quedo aquí con el 27.º Regimiento, y usted y su hospital quedarán asignados a la brigada… que también se queda. El comandante McGuire se irá con Jackson, desde luego, como médico director del nuevo distrito.

—Pues todo parece indicar entonces que el viejo Jack tendrá que recurrir a un milagro auténtico, haciendo algo a base de nada —manifestó David—. Con seguridad que me gustaría estar allí cuando el milagro se produzca.

VIII

MUY interesantes resultaron los acontecimientos de los meses de septiembre y octubre de 1861, con el ascenso de Jackson y su traslado al Valle, pero para David Preston hubo otro hecho que todavía revistió mayor interés, y que fue acogido con júbilo por la prensa confederada: la firma el 7 de octubre, en Park Hill, en territorio indio, de un tratado entre la Nación *cherokee* y el Gobierno Confederado. John Ross, según contaron las informaciones periodísticas de Richmond, firmó en nombre de la Nación, junto con un grupo de jefes principales.

David no se sorprendió al recibir una carta de Araminta un par de semanas más tarde. Lo que sí le extrañó fue su tono. Sabiendo cuán fuertes eran sus sentimientos hacia el Sur y su Causa, él había esperado frases cargadas de júbilo. Y se encontró con que en cada párrafo se traslucía una profunda preocupación por John Ross y el futuro de la Nación *cherokee*.

Park Hill, Nación cherokee
Territorio Indio, ECA
10 de octubre de 1861

Queridísimo David:

Seguramente estarás informado ya de que el 7 de octubre tío John no tuvo más remedio que firmar el tratado con la Confederación, cosa que hizo muy en contra de su voluntad. Efectivamente, él firmó solamente porque la parte leal de la Nación se hallaba en grave peligro de quedar a merced de la facción meridional capitaneada por Stand Watle y Elias Boudinot… así como los choctaws, chicksaws, los creeks de Lower Town y algunos indios de las llanuras.

No tienes más que echar un vistazo a un mapa para comprender que si la Nación cherokee hubiese permanecido neutral habríamos llegado a vemos sitiados por nuestra propia gente por el sur, y al oeste y al norte por los jayhawkers de Kansas y Missouri, que sólo son un puñado de ladrones, que viven del saqueo y el pillaje. Incluso antes de que se firmara el tratado, muchas de nuestras plantaciones habían sido atacadas. También nos robaron reses y caballos, al objeto de ser vendidos.

No es ningún secreto que Stand Watle y la facción Boudinot intentan apoderarse del gobierno de la Nación, respaldados por el general Ben

McCulloch, de las tropas confederadas, y la Brigada cherokee. En realidad, tío John se avino a firmar el tratado no por las simpatías que pudiera inspirarle la Confederación sino para parar a aquéllos los pies. Esperamos que reine ahora la tranquilidad en el Territorio, aunque las informaciones referentes a las victorias del Sur en Wilson's Creek, Missouri y Manassas, donde tú te encuentras, han hecho que muchos amigos nuestros se inclinaran por la unión con los confederados.

Por tal motivo, así como por otras razones, quienes apoyamos a tío John en todo lo que hace, hemos de tener mucho cuidado con lo que decimos o hacemos en público. No tengo la menor duda de que muy pronto nuestro correo se verá censurado, en busca de pruebas susceptibles de ser usadas contra nosotros cuando la facción Boudinot se considere suficientemente fuerte para formular un cargo de traición contra tío John. Los cherokees somos orgullosos y siempre hemos hecho honor a nuestra palabra al empeñarla. Es un golpe terrible, por tal causa, ver lo que sucede ahora, cuando se van desvaneciendo la lealtad y otros bellos sentimientos a medida que aumenta la desconfianza entre todos.

Los periódicos de Little Rock y Memphis, e igualmente el Times-Picayune, de Nueva Orleáns, nos han traído con regularidad noticias referentes al general Jackson y a la Brigada Stonewall. Me siento sumamente orgullosa cuando hago saber a la gente que tú perteneces a la valiente brigada que combatió con tanto valor en Bull Run. Lachlan sigue aún enviando algodón río abajo, a Nueva Orleáns, así que a veces llega a nuestras manos el Tribune de Nueva York y algunos de los artículos de Horace Greeley. Me sentí muy divertida al leer unas palabras suyas apremiando al Presidente Lincoln a «conquistar Richmond»… poco antes de la Batalla de Manassas. En cambio, tras la grave derrota sufrida por la Unión en la misma, la voz del señor Greeley se oía por encima de todas las demás, requiriendo una paz negociada.

Antes de que termine esta guerra estoy segura de que habrá muchos yanquis que se arrepentirán de no habernos dejado en libertad aquí, en el Sur, y rezo porque tú y otros seres que amo salgan con vida de este terrible conflicto. Al leer lo que la señorita Clara Barton y otras mujeres están haciendo en los hospitales del Norte quisiera verme entre los heridos de Richmond… Pero es que tío John me necesita aquí. No soy solamente su enfermera, la que le obliga a tomar sus medicamentos, a observar el descanso por ti prescrito… Soy también su secretaria, viéndome forzada a

escribir muchas cartas a diario, de modo que me encuentro constantemente ocupada.

Te amo,

Araminta

David se quedó ensimismado, con la mirada perdida en los ondulantes campos de trigo de Centerville. Menos de treinta kilómetros le separaban de la ciudad en que por vez primera viera a Araminta. Una semana atrás había estado con los piquetes de Munson's Hill, paseando la vista por Georgetown, donde presenciaran la subasta de esclavos un domingo por la tarde. Le parecía que había transcurrido mucho tiempo desde entonces.

Sin embargo, todo había cambiado, nada era igual ya. Los ingenieros federales habían transformado el acueducto que servía para que el Canal C&O cruzara el Potomac en un puente. Por éste había pasado el ejército, en su avance hacia Manassas. Por allí habían pasado también, en sentido inverso, numerosos soldados y civiles, impulsados por el pánico, al día siguiente, tras la irritante derrota sufrida por el ejército de la Unión.

Ahora le separaban dos guerras de la mujer que amaba. La grande había lanzado a unos hermanos contra otros, haciendo imperar la ley del fuego y la espada, arrasándolo todo. Y en estos momentos, a casi mil quinientos kilómetros de allí, se estaba incubando otro conflicto que podía estallar en cualquier instante, lanzando a unos indios contra otros, afectando eso plenamente a su amada.

—¿Por qué tan pensativo? —preguntó alguien.

La voz era familiar. David miró a un lado, viendo al comandante McGuire a unos metros de él.

—Acabo de recibir una carta… de mi prometida.

—No quiero interrumpirle…

—La he leído ya.

Hacía cinco meses que McGuire se había incorporado a las tropas de Jackson, en Harpers Ferry. Los dos médicos se habían hecho muy amigos.

—¿Se encuentra su prometida en el Valle? —inquirió McGuire.

—Está en el valle del río Arkansas, a muchos kilómetros de aquí.

—En territorio indio, ¿no?

—Mi prometida es india. —David no se sorprendió al observar una sobresaltada mirada en los ojos del comandante, añadiendo—: Es la sobrina de John Ross, Jefe de la Nación *cherokee*.

—Vi a. Ross en Philadelphia, en cierta ocasión. Creo que contrajo matrimonio con una dama cuáquera de allí, ¿no es así?

—Su segunda esposa se llama Mary Stapler, una aristócrata de Philadelphia. Ross es *cherokee* en octavo grado, lo mismo que Araminta.

—¡Qué nombre tan bonito!

—Se llama como una parienta de John Ross, pero mi Araminta es una Murrell. Se graduó en el Seminario Femenino de Mount Holyoke, de Massachusetts, la pasada primavera.

—Bueno, bueno… —McGuire se sentía embarazado, evidentemente—. Yo no he pensado nada que…

—Lo sé, lo sé, Hunter. —David dio a su amigo una afectuosa palmada en la espalda—. Nosotros, los virginianos, podemos presumir de llevar en nuestras venas la sangre más azul del país, pero los ascendientes de Araminta fueron jefes de la Nación *cherokee* centenares de años antes de que Colón desembarcara en San Salvador.

—Y ya se ve cómo los hemos tratado —contestó McGuire—. He venido para preguntarle si quiere cenar esta noche con el general Jackson y algunos de sus oficiales.

—Me sentiré muy honrado. ¿A qué hora?

—Nos reuniremos a las seis, en el alojamiento de nuestro jefe.

IX

RECIÉN afeitado y vistiendo un uniforme que Hal Perkins se había apresurado a planchar y poner en orden, David se presentó puntualmente, a la hora convenida, en el alojamiento de Jackson, siendo presentado al teniente Kyd Douglas, el miembro más reciente del estado mayor, y al brigadier general Charles S. Winder, a cuyo mando quedaría seguramente la Brigada Stonewall tras la partida de Jackson. Había otros hombres allí, que celebraban sus respectivos ascensos: los coroneles John Harman y John Imboden, el comandante Sandie Pendleton y el comandante Reverendo John L. Dabney, un sacerdote de carácter más bien severo, recientemente designado para ocupar el puesto de jefe del estado mayor de Jackson.

Jim, el ordenanza del general, un mulato, se había encargado de preparar la cena, con la cual consiguió un verdadero triunfo. Hubo pavo asado, ostras, patatas tiernas, tan blandas como la nieve del Valle en invierno, una salsa, panecillos calientes con mantequilla y miel… y, como postre, un sabroso pastel de chocolate. Se conversó ligeramente, un poco sobre todo, no hablándose en general de la guerra. Únicamente, Jackson hizo algunas alusiones a la campaña de México, en la que participara en compañía del capitán Robert E. Lee. Los dos tenían compañeros de armas de aquellos tiempos que ahora ocupaban altos cargos en los consejos militares de la Confederación; otros luchaban en las filas unionistas.

David descubría ahora una faceta de Stonewall Jackson que antes solamente había logrado atisbar. El general era un filósofo y un gran observador de la vida, que se interesaba por todo profundamente. Después de la cena, David acompañó a John Imboden hasta los alojamientos de la brigada. Al hacer mención de las dotes de Jackson como anfitrión, el otro sonrió.

—Todos sabemos desde hace mucho tiempo que era un auténtico Stonewall[10] —repuso el excelente jinete y especialista en artillería de campaña—. Pero el Jackson que obedece las órdenes de un superior al pie de la letra —aun cuando sea en contra de sus convicciones— y el hombre capaz de planear hasta el último detalle una maniobra, ejecutándola con rasgos propios, son dos personas diferentes. A menos que me equivoque radicalmente en mis apreciaciones sobre el general Jackson (y hay que tener

en cuenta que hace muchos años que lo conozco), creo que estamos a punto de ver emerger una gran figura militar.

—Si no es arrojado a los lobos federales enviándolo al Valle para impedir que McClellan concentre suficientes fuerzas con el propósito de realizar otra intentona contra Richmond, ¿verdad?

—He ahí una posibilidad —concedió Imboden—. Especialmente, si se considera que lo máximo de que dispondrá Jackson allí para combatir serán tres pequeñas brigadas y alguna milicia. Podremos consideramos afortunados si nos encontramos en el Distrito del Valle con que un hombre entre diez se halla armado con algo más que un fusil de chispa.

—Joe Stannard afirma que Jackson tendrá que ser prácticamente un hombre a solas con un ejército.

—No sería la primera vez que se desenvuelve de tal manera. Si el 18 de abril hubiese estado usted en Manassas Junction, nada más que seis días después de que fuese tomado Fort Sumter, habría visto tres trenes de tropas dirigidos hacia el norte, en la línea de Orange y Alexandria, llevando a los Rifles Albemarle, los Guardias Monticello, y soldados de la Milicia de Virginia, camino de Harpers Ferry. Trasbordamos en el cruce a la línea de Manassas Gap, encaminándonos a Strasburg, en el Valle.

—Seguramente, con anterioridad a esa fecha no hubo jamás en la historia de los Estados Unidos un movimiento de tropas de tal envergadura.

—No sé qué decirle acerca de eso… El caso es que durante dos días anduve muy ocupado con los presidentes de las compañías ferroviarias de Orange y Alexandria, Manassas Gap y Virginia Central, en el Exchange Hotel, de Richmond, dando los pasos necesarios para que las unidades de la milicia fuesen recogidas a lo largo de todo el camino, desde Carolina del Norte y sudoeste de Virginia, hasta Manassas Gap. Telegrafié a los comandantes de las unidades en todas las líneas alrededor del mediodía, veinticuatro horas antes de que sus hombres se instalaran en los vagones, consiguiendo que el primer tren se pusiera en movimiento hacia la puesta del sol. Aquella tarde hice que fuesen cargados los carromatos que transportarían las municiones y los víveres, desde el Arsenal 4e Richmond.

—Fue una operación completa en sí misma…

—En Manassas, todo quedó listo en la mañana del 18 de abril. Pasó algo que no teníamos previsto: tropezamos con un maquinista que no simpatizaba con nosotros. A unos ocho kilómetros de Manassas detuvo el tren delantero en una pendiente, decidiendo no seguir adelante… Hasta que Joe Stannard le aplicó el cañón de su pistola a la cabeza.

—¿Era el plan realmente de Jackson, como afirma Joe?

—En ningún momento le vi escribir nada, pero es lo que podía ocurrírsele al viejo Jack, sin lugar a dudas. —Imboden se quedó muy serio—. Espero que no haya perdido el hábito de discurrir nuestro hombre. A dónde vamos tendrá en qué pensar.

—Apuesto lo que sea a que sabrá salir airoso de ese cometido.

—No se olvide usted de que hasta Robert E. Lee, en Virginia Occidental, tuvo momentos de apuro cuando Jeff Da vis lo envió allí para echar a los federales de Cheat… Y él hubiera podido mandar el ejército de la Unión de haber decidido luchar en el otro bando. Pero yo cuento con que por un medio u otro Jackson logre componer un ejército en el Valle suficientemente grande para asustar a Abe Lincoln y George McClellan y atenuar en consecuencia la presión ejercida sobre Richmond.

—¿No está usted, pues, de acuerdo en que está siendo arrojado a los lobos?

Imboden soltó una breve risita.

—Allí donde se presenta Jackson surge pronto la acción. Si alguien ha de convertirse en lobo ése será él, y puede usted tener la seguridad de que antes de que llegue la primavera habrá un buen rebaño de ovejas despedazadas.

Unos días más tarde, quedó formada la 1.a Unidad Sanitaria u Hospital de Campaña con el resto de la Brigada Stonewall en la parte posterior del campamento del II Cuerpo en Centerville, y David pensó en lo que John Imboden había dicho sobre la posibilidad de asustar a Lincoln y McClellan y lo mucho que le habría agradado a Jackson llevar a la práctica tal idea. Mientras hablaba desde la silla de Little Sorrel, componiendo una figura descuidada, con la visera de la gorra ocultando casi sus ojos, se notó en su voz un dejo ronco de emoción.

Y no había un solo hombre en la brigada que no estuviese convencido de que lo que decía era lo que estaba sintiendo en aquellos momentos:

Oficiales y soldados de la 1.ª Brigada: no estoy aquí para pronunciar un discurso, sino, simplemente, para deciros adiós. Os conocí en Harpers Ferry, al principio de la guerra, y no puedo separarme de vosotros sin expresar la admiración que me ha producido vuestra conducta, desde entonces hasta ahora, lo mismo en las marchas que en las tierras en que hemos acampado, o en las ensangrentadas llanuras de Manassas, donde decidisteis la suerte de la batalla, conquistando una merecida reputación de valientes.

Allí donde habéis estado, a lo ancho y a lo largo del país, supisteis respetar los derechos y las propiedades de los ciudadanos, demostrando así que erais verdaderos soldados, capaces de defenderos ante el enemigo, protegiendo al mismo tiempo de muchas maneras a vuestros compatriotas.

Habéis conquistado una brillante reputación, muy merecida, dentro del ejército, dentro de toda la Confederación, y confío que en el futuro, mediante vuestras acciones en el campo de batalla, y con la ayuda de la Providencia, que se ha dignado favorecer a nuestra Causa, lograréis nuevas victorias y aumentaréis positivamente la fama de que hoy disfrutáis. Ocupáis en la historia de esta Segunda Guerra de Independencia un lugar de honor ya. Yo seguiré con gran interés vuestros próximos movimientos, y confío en que siempre que tenga noticias de la 1.ª Brigada sobre el campo de batalla, éstas serán para agregar a vuestra ejecutoria más nobles acciones e incrementar, en consecuencia, vuestra reputación.

Jackson hizo una pausa, pero de entre los millares de hombres que escuchaban las palabras de su jefe, al decirles adiós, no salió ningún sonido. Luego, él se irguió sobre los estribos de su montura, levantando la mano derecha, enguantada, con la palma vuelta hacia fuera, en un gesto característico, por todos conocido, familiar. Y cuando se oyó su voz nuevamente, se notó una inflexión apremiante en su voz, una promesa de eterno afecto por todos los presentes, desde el simple soldado hasta el oficial de mayor rango:

En el Ejército del Shenandoah ¡fuisteis la 1.ª Brigada! En el Ejército del Potomac, ¡fuisteis la 1.a Brigada! En el Segundo Cuerpo de Ejército ¡sois la 1.ª Brigada! Sois la 1.ª Brigada en el corazón de vuestro general. Y espero que en el futuro, por vuestras acciones, paséis a la posteridad como la 1.ª Brigada de nuestra Segunda Guerra de Independencia. ¡Adiós!

En el momento en que Jackson obligó a Little Sorrel a girar a un lado, los vítores de los hombres allí congregados compusieron una serie de estruendosos rugidos, que se prolongaron hasta el instante en que el jinete se fue perdiendo en la distancia.

Stonewall Jackson se encaminaba a la tierra de sus amores, al Valle del Shenandoah, en Virginia, por orden del alto mando de Richmond, pero dejando a su espalda su ejército personal: la Brigada Stonewall.

X

LA llegada del comandante general Thomas Jonathan Jackson a Winchester, cerca del extremo norte del Valle del Shenandoah, no fue acogida con tanto gozo por parte del núcleo militar confederado, ya formado en la Virginia del sudoeste. Había en aquellos instantes muchos voluntarios confederados que no se consideraban obligados a combatir fuera de los límites de sus estados. Aquéllos —en buena parte oficiales de la milicia— veían en Jackson un símbolo del poder otorgado a Jefferson Davis. La población civil, por otro lado, veía en él al salvador, frente a la concentración de fuerzas yanquis, de aquella importante «cesta del pan» desde el punto de vista de Richmond, así como la más vulnerable fuente de ataques federales.

El general Nathaniel P. Banks, una vez se hubo hecho cargo del mando en nombre de la Unión, hasta entonces en manos del anciano general Robert Patterson, que habíase visto tan desgraciadamente superado por Jackson y Jeb Stuart aquel verano, se preparaba para moverse desde Pennsylvania y atravesar el Potomac, a lo largo de la tradicional ruta de invasión del Valle del Shenandoah. En Virginia Occidental, sin embargo, Robert E. Lee había sido incapaz de convencer a Henry A. Wise y John B. Floyd, dos figuras políticas, de que debían colaborar en un esfuerzo para evitar la creación de un nuevo estado en aquella zona, ni siquiera teniendo a la vista una invasión por parte de los yanquis de Virginia. Allí, el entusiasmo por la esclavitud, en el referéndum de Virginia de la primavera anterior, había sido menos que tibio, y una nueva fuerza de tropas federales estaba congregándose para atacar desde el Oeste, así como a lo largo del valle del río Gran Kanaw, lejos, al sur.

Con la inminencia del invierno, las tropas montañeras de los regimientos de Virginia no encontraban justificado combatir en tan arduas circunstancias cuando las fuerzas de los alrededores de Richmond daban la impresión de estar dejando pasar el tiempo. Por tanto, varios eran los factores desfavorables con que se enfrentó Jackson. No obstante, empezó a realizar la misma tarea en que se empeñara seis meses antes en Harpers Ferry: la de convertir una masa de hombres carentes de entrenamiento, prácticamente, con muy diversos objetivos y ningún entusiasmo por la disciplina militar, en una fuerza efectiva, de combate. Y esto cuando el enemigo se hallaba ya en posesión del centro vital de Romney, justamente en las elevaciones orientales de los Allegheny,

desde el mismo Valle, con aquella fértil extensión, y sus poblaciones y ferrocarriles a escasos días de marcha.

Jackson, siempre enérgico, requirió el concurso de sus aliados, los miembros de la Brigada Stonewall. Y conocedor por los informes de Lee de que existía cierta desorganización en Virginia Occidental, Jefferson Davis permitió que la famosa unidad integrada por soldados del Valle acudiera en ayuda de su general. Cruzando el Blue Ridge y descendiendo hasta el bello y fértil Valle, la brigada fue pronto el factor central en una cabalgada rápida contra el enemigo, una maniobra típica de Jackson.

Internándose en la zona de Martinsburg, escenario de anteriores correrías, en enero de 1862, a pesar de los rigores del invierno, el pequeño ejército de Jackson, formado por unos 9000 hombres, castigó severamente el ferrocarril B&O en Martinsburg, destruyendo cierto número de diques suministradores de agua para el Canal de Chesapeake y Ohio, ahora una arteria importante de comunicación. Volviéndose hacia el sur, en lo más crudo del invierno, Jackson empujó fácilmente a las tropas federales que ocupaban Romney por la Virginia Occidental, conquistando la ciudad, un vital centro de transportes.

Para retener Romney y contribuir a la protección del Valle, Jackson colocó la población y el territorio de los alrededores al mando del general William W. Loring. Hecho esto, regresó a Winchester a fin de pasar aquí el invierno, pensando que tenía su flanco occidental ampliamente protegido por las fuerzas de Loring. Pero en esta ocasión el mayor de los defectos de Jackson estuvo a punto de hacerle una mala jugada. Había dejado de explicar al envidioso Loring la razón exacta y determinante de la importancia de Romney con vistas a la protección del vital Valle del Shenandoah contra los ataques provenientes del oeste.

Poco después ocurrió un extraño incidente, uno más de los de aquella guerra, plagada de malos entendidos. Estando en Winchester, Jackson recibió una orden perentoria del Secretario de la Guerra, Judah P. Benjamín, que se encontraba en Richmond: Loring y sus tropas habían de regresar inmediatamente a Winchester. En una carta privada dirigida por Loring a Benjamín, el primero explicaba que él y sus hombres habían sido objeto de una especial discriminación, hallándose estacionados en Romney para favorecer a la 1.a Brigada, principalmente porque en el Valle reinaba una temperatura más tolerable.

Stonewall Jackson era un hombre incapaz de desobedecer una orden, aun procediendo la orden de un funcionario del gobierno, un civil. Inmediatamente, Loring y sus hombres fueron transferidos a Winchester, y, casi en el mismo correo, Jackson envió una carta a Benjamín: tratábase de su dimisión. Le rogaba, además, le permitiese volver a la facultad del Virginia Military Institute, de Lexington.

La perspectiva de perder la colaboración del más conocido y efectivo de los generales de la Confederación produjo una gran impresión en los círculos militares confederados. Particularmente, cuando la información recogida por los espías en el campo de la Unión revelaba la existencia de un sólido ejército a las órdenes del general John Charles Frémont, el cual había empezado a desplazarse hacia el oeste. Su propósito era evidente: presionar sobre Jackson en el Valle, en tanto que Banks se lanzaba sobre él desde el norte del Potomac.

Ambas maniobras habían sido planeadas para impedir que Jackson acudiera en ayuda de los ejércitos que ahora defendían Richmond de un ataque efectuado por tres fuerzas: Frémont, desde el oeste; McClellan, desde la Península, donde se disponía a lanzar su invasión por vía fluvial, planeada desde hacía mucho tiempo, a lo largo de una ruta terrestre, entre los ríos York y James, y McDowell, cuyas fuerzas se habían apostado una vez más al sur del Potomac y Washington, ansiosas de borrar la mancha de su humillante derrota en Manassas, unos seis meses antes.

Por una vez, las decisiones políticas y militares coincidieron. Aunadas las fuerzas, éstas se mostraron diligentes. Unas cartas personales del general Joseph E. Johnston, al mando de todas las unidades, y del Secretario Benjamín, dentro del sector político, ablandaron al irritado Jackson, persuadiéndolo a que reconsiderara su decisión, en tanto que Loring era relegado al «cuarto trastero» militar. Entretanto, sin embargo, habíase perdido un tiempo precioso, en opinión de Jackson, que continuaba pensando en la preparación de la derrota del ejército de la Unión, cuyos jefes pugnaban por alejar a los confederados de la cara oeste del Blue Ridge.

En los primeros días del mes de marzo, David supo que su madre, quien vivía sola, sin otra compañía que la de los negros que trabajaban en la plantación de Preston’s Cove, se encontraba enferma. Habiéndosele concedido permiso para visitarla, se presentó en su casa, hallándola bastante mejorada, gracias a los cuidados del doctor Buxton, su médico de cabecera.

Desde allí, poco antes de reincorporarse a su destino de Winchester, escribió a Araminta:

Indudablemente, te sorprenderás al saber que estoy en Preston's Cove. Me dieron permiso para visitar a mi madre, todavía enferma. Está mejor, aunque muy débil, y yo partiré para Winchester mañana. La primavera está más avanzada en vuestro territorio que aquí, seguramente, pero me gustaría que vieras el aspecto que ofrece el Valle a comienzos del mes de abril. La nieve se ha fundido en las cumbres de las montañas y las corrientes de agua que van en busca del James se hallan saturadas de truchas. Ayer, precisamente, nuestro mayordomo negro, Jake, salió de pesca, volviendo con unas cuantas para nuestra cena.

Ésta es una de las más deliciosas épocas del año en Preston's Cove. Por todas partes se percibe la espléndida promesa de una hermosa primavera, que aún no vivimos en realidad. El amor que me inspiras me hace sentirme egoísta. Quisiera tenerte a mi lado para poder olvidar, juntos, por algún tiempo, los horrores de la guerra y los sufrimientos de la gente, que padece las privaciones de tantas cosas indispensables para la vida. Aquí, en Preston's Cove, somos más afortunados que los habitantes de Richmond y otras ciudades del Sur, donde comienzan a faltar artículos alimenticios, donde la carencia de ciertos medicamentos hace que determinadas enfermedades de poca importancia puedan ser estimadas fatales en potencia.

Ayer vi un ciervo, un animal de hermosa cornamenta, en compañía de su hembra, bebiendo agua en el manantial que brota de unas peñas cercanas a nuestra casa. Componían una estampa tan bella, tan perfectamente encajada en el hermoso panorama del Valle, en este Valle en que mis ascendientes levantaron su hogar, antes de la Revolución, que no tuve valor para disparar sobre ellos.

Un manto de nieve cubre la tierra ahora, y a la vista de tanta natural belleza, me entristece la idea de que con la llegada de la primavera, a unas semanas de distancia ya tan sólo, este suelo pueda quedar arrasado por la lucha, quedando manchado de sangre. Me atormenta también el pensamiento de que los pinos que cubren las laderas de las montañas con una alfombra perfecta de verdor queden destruidos y quemados por los implacables e inútiles fuegos de la guerra.

Jake, nuestro mayordomo, está casado con la joven Ellen, a la que encontré en difícil trance la noche de mi llegada aquí. May, la comadrona que me trajo al mundo hace veintiséis años; no sabía hacer frente al problema. Por fortuna, yo había traído mis útiles profesionales… Tuve que recurrir a los fórceps, pero ni la madre ni el niño sufrieron daño alguno.

Cuando el pequeño Jake lanzó su primer lloro pensé que la misión del médico es ésta, verdaderamente, la de dar vida, antes que tomar parte en un enfrentamiento armado que tantas muertes y sufrimientos origina… Sí, aunque nosotros en la guerra no tomemos parte en la labor de destrucción.

Dentro de unas semanas habrá llegado la primavera aquí. Para entonces, florecerán en las laderas los cornejos y los saúcos. Quiera Dios que el próximo verano pueda mostrarte esta belleza que tanto amo, que tú también llegarás a amar, conmigo, estoy seguro.

Con mi mayor cariño;

DAVID

LIBRO CUARTO

EL VALLE

I

LOS últimos días del invierno y primeras semanas de la primavera no representaron una etapa fácil para el general Jackson, ni para la Brigada Stonewall. En la Confederación faltaban muchos alimentos, así como prendas de vestir y equipos diversos. Algunos miembros de la brigada carecieron de calzado durante las semanas más frías del invierno. Al acercarse la primavera, naciendo con ella la certeza de otra campaña de la Unión en Virginia Oriental, el general Joseph E. Johnston, al mando de la zona norte de Richmond, pidió a Jackson que no perdiera de vista a las tropas federales que eran mandadas por el general James Shields, emplazadas al norte de Winchester, en el Valle. Esta medida de precaución tendía a impedir la llegada de refuerzos al ejército puesto ahora a las órdenes del general Irvin McDowell, al sur de Washington. Se esperaba también así que Lincoln se abstuviera de enviar más tropas a McClellan, con vistas a la Campaña de la Península.

Jackson, naturalmente, respondió con su arma favorita: el ataque. Informado por su eficiente jefe del grupo de caballería, el coronel Turner Ashby, de que buena parte de la fuerza federal de Shields se había desplazado hacia el este para, a través del Blue Ridge, unirse al general McDowell, dejando solamente un pequeño número de soldados de la Unión, de los mandados por el general Nathaniel P. Banks, al norte de Winchester, en el Valle, Jackson atacó el 23 de marzo la pequeña población de Kernstown, con tres mil quinientos hombres.

Esta vez, sin embargo, la información de Ashby resultó ser errónea, y Jackson se vio enfrentado con nueve mil federales. Viendo que se enfrentaban con un desastre irreparable para el Ejército del Valle, Jackson reemplazó al jefe de la Brigada Stonewall, el general R. B. Garnett, situándose en el punto en que la lucha era más intensa, y consiguiendo alentar a sus hombres, pese a que éstos tenían ante ellos fuerzas mucho más numerosas. Empleándose a fondo, los confederados lograron salir de la trampa en que ellos mismos se habían metido.

Mientras se retiraban hacia el sur, cada bando reclamaba para sí la victoria, pues los dos se hallaban igualados en cuanto al número de bajas. Considerado como simple enfrentamiento de fuerzas, aquél no fue ganado por

nadie. Ahora bien, si se tiene en cuenta el efecto causado sobre la estrategia de la Unión, Kernstown resultó ser una resonante victoria para el Sur, aunque se tardó bastante en dar con las pruebas de semejante afirmación.

En el curso de las semanas siguientes, el Ejército del Shenandoah, ahora conocido popularmente por el nombre de Ejército del Valle, fue retirándose lentamente hacia el sur. Entretanto, Ashby y su caballería hostigaban constantemente al enemigo, que avanzaba de un modo cauteloso. Shields llegó a notificar a Lincoln que en Kernstown habían quedado atrapados unos quince mil confederados, es decir, tres veces, aproximadamente, la cifra verdadera.

El 18 de abril, Jackson, finalmente, empezó a establecer su base de operaciones en Elk Run Valley, al este de Harrisonburg, a unos veinticinco kilómetros de distancia de este punto, con el empinado macizo montañoso de Massanutten entre él y Valley Turnpike. Por aquí, una carretera arterial cruzaba el Blue Ridge, por Swift Run Gap, permitiendo el acceso a Charlottesville y Culpeper, hacia donde la punta oriental del ataque federal, por parte de McDowell, era esperado.

En las inmediaciones de Conrad's Store, Stonewall Jackson estableció su cuartel general, dedicándose entonces a digerir pacientemente la masa de informaciones referentes a los movimientos del enemigo que le habían estado llegando durante las semanas de lenta retirada en dirección al sur, desde Kernstown. Entre esas informaciones figuraban las aportadas personalmente por Ashby en sus aventuras como veterinario ambulante, especialista en caballos, llegando hasta los destacamentos de los federales con objeto de ofrecerse a sus secciones de caballería. En tales situaciones era todo oídos.

Ashby se presentó en el puesto sanitario montado por David Presten cerca de Elk Run, al objeto de que le fuera curado un pequeño corte que tenía en una mano. Seguidamente, entregó a David un ejemplar del *Evening Star* de dos días atrás. Aquel diario era de Washington.

—He pensado que quizá le gustara tener en sus manos un periódico yanqui, comandante Preston. Son muchos los comentarios que se hacen acerca del relevo de Garnett del mando de la Brigada Stonewall por parte del general Jackson…

—A nadie ha satisfecho el episodio.

—¿Usted qué opina?

—La brigada peleó bien en Kernstown. El general Garnett dio la orden de retirada solamente cuando los hombres se quedaron sin municiones.

—Pero el viejo Jack quiso entonces que se lanzaran a bayoneta calada.

—¿Tres mil hombres peleando contra nueve mil? Se puede pensar en combatir en tales condiciones cuando se dispone de artillería, pero contando únicamente con las bayonetas de los soldados…

—Tuvimos muchas bajas ese día. En parte, por mi culpa, por haber cometido un error —declaró Ashby—. Y pudimos haber perdido más hombres todavía, si la brigada hubiese continuado la lucha sólo con las bayonetas. Jackson nunca había tenido que retirarse de un campo de batalla anteriormente, de manera que comprendo lo que sentía, pero me alegro de que anule sus acusaciones contra Garnett. Ello contribuirá a elevar la moral de la Brigada Stonewall, detalle sumamente importante en vista de las desigualdades en cuanto a efectivos con que nos enfrentaremos dentro de un mes.

Sandie Pendleton me notificó que el estado mayor está valorando el efecto final de lo de Kernstown. ¿Se ha llegado a una conclusión?

—Según las averiguaciones practicadas, la división de Williams, compuesta por ocho mil federales, al mando de Shields, llegó casi a Manassas Junction para apoyar a McDowell antes de la batalla de Kernstown… Al día siguiente del encuentro, se apresuraron a regresar a Winchester y el general Banks volvió para hacerse cargo de todo. La división federal del general Blenker, compuesta, aproximadamente, de diez mil hombres, fue señalada para unirse a McClellan en la Península, también, pero ha sido encaminada a Virginia Occidental con el fin de reforzar el ejército de Frémont.

—El cual avanza ahora hacia Staunton, según lo que he oído decir.

—Sospecho que ésa es la causa principal de que nos hayamos agazapado aquí en Elk Run Valley, donde el general puede estar preparado para arrojarse sobre Frémont, Banks o Shields, dependiendo la acción de la proximidad de uno u otro —señaló Ashby—. Kernstown vino a ser otra bomba sobre McClellan. Se suponía que McDowell enviaría treinta y siete mil hombres a la Campaña de la Península para asegurar la marcha de los federales, directamente, hacia Richmond, desde el sudeste. Ahora resulta que han sido retenidos para participar en la defensa de Washington.

David emitió un leve silbido de admiración.

—Tras la retirada de cuarenta y cinco mil bayonetas de la Península, me imagino que McClellan habrá estado a punto de sufrir un ataque de nervios.

—Nadie se tenía más merecido eso que él —dijo Ashby, alegremente—. Pero McClellan tiene en la actualidad otra razón para morderse los puños. Lincoln ha reorganizado de nuevo la defensa de Washington por parte de la Unión. Ahora, esa gente dispone de cuatro ejércitos independientes en

Virginia: Frémont en el oeste; Banks y Shields están al norte de nosotros, en el Valle; McDowell se encuentra en Virginia septentrional, y McClellan en la Península. Y todos ellos reciben órdenes de un par de civiles, llamados Lincoln y Stanton, el nuevo Secretario de la Guerra. De otro lado, nadie quiere debilitar sus fuerzas para acudir en ayuda de los otros.

—No subestime a Stanton. En Washington tiene fama de ser un hombre muy duro.

—Es posible, pero se mire por donde se mire la cosa, yo diría que el viejo Jack tiene motivos para sentirse orgulloso de lo que hizo en Kernstown al frente de sólo tres mil hombres.

II

DAVID se había dado cuenta de que Hal Perkins, durante su conversación con Ashby, se había mantenido cerca de ellos, donde podía oír sus palabras. El joven, luciendo ya las insignias de sargento, por su último ascenso, se acercó al lugar en que David se disponía a lavar sus instrumentos.

—Yo me encargaré de esto, señor —dijo Hal—. Uno de sus bisturíes, de todas maneras, necesita ser afilado de nuevo. Se estropeó al utilizarlo usted con aquel cabo de los Emerald Guards a quien le rompieron la cabeza la otra noche, durante una pelea en una taberna de Elkton.

Los Emerald Guards, irlandeses hasta sus tuétanos, constituían una prueba para un médico. Pero eran tan efectivos en el campo de batalla que costaba trabajo reñirles si armaban camorra en las tabernas de los pueblos vecinos, aun cuando Jackson les había permitido semejantes excesos.

—Pronto va usted a necesitar todos estos instrumentos, comandante —comentó Hal en el momento en que vertía agua caliente en una palangana—. Eso ocurrirá cuando el general decida que ha llegado el momento de atacar al general Frémont.

—¿Va a ser, pues, Frémont su blanco? —David no se sorprendió. No era la primera vez que Hal Perkins parecía conocer los planes de Stonewall Jackson antes de que todos los demás supieran atenerse a algo en relación con sus proyectos—. ¿Quiere decirme por qué?

—Yo leo mi Biblia, señor, y los planes de batalla del general Jackson, habitualmente, se ciñen a la Sagrada Escritura. ¿Recuerda usted la forma en que David utilizó la ciudad de los filisteos, Siquelag, a modo de base, de punto de arranque para espiar a sus enemigos?

—La verdad, Hal, yo nunca he sido un asiduo estudioso de la Biblia.

—Cuando el Rey Saúl intentó matar a David porque el profeta Samuel habíale designado rey de Israel, el segundo se vio obligado a huir. Se instaló en la ciudad filistea de Siquelag, en la frontera de Israel, efectuando incursiones relámpago en territorio enemigo desde allí-.

—Ya veo el paralelismo.

—Lo mismo que le ocurre al general Jackson. Estoy seguro de ello, señor. David procuró que las fuerzas del enemigo no se unieran produciendo ciertos desequilibrios en sus diferentes grupos. Es lo que ha estado haciendo el general Jackson en el Valle. En consecuencia, sería lógico desde su punto de

vista atacar a las unidades del general Frémont, pertenecientes al ejército de la Unión, que ahora se aproximan a Staunton desde el oeste.

—Oye, Hal: ¿no estarías mejor en el estado mayor que en los servicios sanitarios?

—¡Oh, no, señor! —La expresión de horror en el rostro del joven era casi cómica—. Mi sitio está a su lado… Nunca querré estar en otro sitio.

—¿Y me vas a decir tú que todo eso salió de tu cabeza?

Hal Perkins sonrió.

—El ordenanza del general Jackson, Jim, tiene un hermano que pertenece a mi familia. Cuando le pregunté qué parte de la Biblia estaba leyendo el general Jackson estos días, me lo dijo. —El tono de voz de Hal se tornó más severo—. Estoy seguro, señor, de que este regimiento representará un importante papel en la inminente campaña. Todo lo referente a David se describe en el capítulo vigésimo séptimo del Primer Libro de Samuel.

Pero cuando Jackson llevó a cabo su movimiento, todo parecía indicar —de momento, al menos— que Hal Perkins se había equivocado.

III

EL 19 de abril de 1862, el comandante en jefe de la Unión, en el Valle del Shenandoah, general Nathaniel Prentiss Banks, puso en marcha su ejército, en un enérgico movimiento tendente a cerrar una de las pinzas planeadas para ahogar al Ejército del Valle. Desplazándose hacia el sudoeste, desde Winchester y Kernstown, después de que Jackson se retirara en busca de la protección de Elk Run Valley, a unos noventa kilómetros en dirección sur, Banks confiaba en alcanzar sus objetivos basándose en que sus tropas representaban varias veces aquéllas de que disponía el adversario.

Por consiguiente, con toda tranquilidad, inició lo que se esperaba que fuese el comienzo del esperado gran plan de batalla por parte de la Unión. Y con McClellan camino de Richmond, a través de Yorktown, a lo largo de la Península, McDowell cerca de Manassas, al ataque, cruzando el río Rappahannock, Frémont amenazando la retaguardia de Jackson, por Lewisburg Turnpike, y Banks presionando desde el norte, Armageddon parecía una pérdida inevitable para las fuerzas confederadas al norte de las Carolinas.

El metódico movimiento federal produjo un efecto no deseado por ninguno de los generales de la Unión. Tampoco podían haberlo previsto, según revelaron luego los acontecimientos. Aquél dio lugar a una de las incursiones relámpago de Jackson, lógicamente apuntada —como Hal Perkins había señalado a David Preston— a las fuerzas de Frémont, que se desplazaban cautelosamente por el este, en dirección al Valle del Shenandoah, cruzando los montes Allegheny.

Gracias a las constantes audacias del coronel Turner Ashby y sus jinetes, Jackson sabía en todo momento dónde se encontraban exactamente las fuerzas de Banks y su potencia. Nunca más volvería Ashby a cometer el error de subestimar a los espías y los efectivos del enemigo.

Desde la elevación de Swift Run Gap, por donde la carretera que unía Harrisonburg, Stanardsville, Charlottesville e, incidentalmente, Richmond, cruzaba el Blue Ridge, Jackson, al frente de seis mil hombres, estaba pendiente de todos los movimientos de1 adversario. Además, estaba en constante comunicación con el general Richard E. Ewell y su división de ocho mil veteranos, acampados en las inmediaciones de Manassas, listos para moverse en uno u otro sentido, dondequiera que fuesen necesarios.

Entretanto, en Valley Turnpike, separado del escondite de Jackson en Elk Run Valley, solamente por el promontorio meridional da Peaked Mountain, en el extremo meridional de la cadena de Massanutten, el general Banks, con 19 000 soldados federales, se desplazó en dirección al sur, hacia New Market.

Movíase lenta y cautelosamente. Estaba impuesto de la capacidad de Jackson cuando se proponía asestar inesperadamente un golpe, pero planeaba continuar marchando hasta Harrisonburg, con la intención de situar al Ejército del Valle entre las fuerzas federales, el Blue Ridge y el único camino de emergencia al sur y hacia Staunton.

Y allí, la fuerza federal al mando del general Robert H. Milroy, una avanzadilla de 3700 hombres pertenecientes al ejército de Frémont, oponíanse a sólo 2200 soldados confederados, a las órdenes del general Edward Johnson. En consecuencia, Jackson tenía que pensar en la proporción de uno a dos, aun contando con la división de Ewell en reserva. Como de costumbre, sin embargo, no reveló a nadie sus planes.

Una hermosa noche de los últimos días de abril, el comandante Hunter McGuire se presentó en la tienda de David, situada en una espesura que quedaba cerca de una de las orillas del Elk Run. Hal Perkins había estado pescando aquella tarde y disponían de truchas para la cena, con *corn dodgers* (cebollas picadas con cereales y huevos), fritos en grasa de cerdo, con el pescado.

—De haber sabido que tendrías esta noche una cena auténticamente virginiana, David, me hubiera presentado aquí antes —dijo el médico director.

—Señala un día y procuraremos hacernos con una buena provisión de truchas para ti —replicó David—. Podrías traerte al general también…

—Estoy seguro de que no le disgustaría nada tu proposición —declaró McGuire—. He andado tan ocupado desde que evacuamos Kernstown que no he tenido tiempo de darte las gracias por la excelente labor que llevaste a cabo entonces, en el curso de la batalla.

Lo que sí hice fue preparar una carta de recomendación dirigida al Jefe de Sanidad Militar Moore, en Richmond. Y cuando pedí al general Jackson que la firmara, añadió una postdata.

—Mis hombres merecen ser distinguidos. Más que yo —protestó David —. Especialmente, Hal Perkins. ¿Te ha dicho el general qué planes tiene en cabeza ahora?

—No me ha dicho ni una sola palabra. Jim no sabe nada tampoco. A veces me pregunto si tendrá Jackson en realidad en estos momentos algún

plan.

—Claro que sí. Incluso en el VMI trazaba siempre su plan de acción… Con una sola excepción, quizá.

McGuire sonrió.

—Me dijo que había llegado a hacerte despertar una noche, con objeto de que supieras que se había equivocado.

—Lo más chocante del caso es que no cometió error alguno. El problema podía resolverse por dos procedimientos: con el mío se daba un rodeo, ofreciendo derivaciones que implicaban otros pasos. Pero la solución aportada por Jackson apuntaba directamente al corazón del problema… como siempre.

—Tiene el hábito de concentrarse en los elementos esenciales, como ocurrió en la carta que envió a Richmond acerca de ti.

McGuire extrajo de uno de los bolsillos de su guerrera una hoja de papel, que desdobló, leyendo:

El comandante Preston capturó un hospital de campaña de la Unión en Manassas, hospital que ha mejorado sensiblemente por efecto de su labor personal. Teniendo en cuenta que durante la primavera y el verano se realizarán importantes operaciones militares, que originarán muchas bajas, se sugiere la conveniencia de que el comandante Preston se traslade temporalmente a Richmond, con objeto de explicar sus métodos a los médicos que prestan sus servicios en la brigada y la división.

—¿Tengo que dejar la Brigada Stonewall? —preguntó David.

—Sólo por una semana o poco más. El general no quiere prescindir de ti definitivamente. —McGuire entregó a David la carta—. El general Johnston apoyó la indicación de Jackson, lo mismo que el general Lee. La orden está firmada ya. ¿No podrías salir de aquí mañana por la mañana?

—Al amanecer, de ser necesario. Me gustaría cumplir la misión que me habéis asignado antes de que Jackson decida sacarse algo de la manga para confundir al enemigo de nuevo.

—Esta vez será necesario que recurra a todos sus trucos —manifestó McGuire, muy grave—. Se asegura que McClellan ha llegado a concentrar cien mil hombres, para la Campaña de la Península, en Yorktown, y que McDowell, probablemente, dispone de otros cincuenta mil, listos para cruzar el Rappahannock. Si esos dos aparecen juntos mientras el general Banks nos mantiene aquí en el Valle…

—¿De veras crees que los yanquis pueden hacer estar al viejo Jack en algún sitio no escogido previamente por él?

—Es lo que estuvieron a punto de conseguir… en Kernstown. ¡Ah! Acaba de llegar un correo. Había una carta para ti en el paquete de la jefatura y yo opté por traérmela, por si te marchabas antes de que hicieran la distribución de la correspondencia por la mañana.

David no tuvo que abrir la carta, reconociendo enseguida los trazos alargados e inclinados de la letra de Araminta.

Cuando McGuire se disponía a retirarse ya, dijo a David:

—Si te es posible, aprovecha tu estancia en Richmond para hacerte con más medicamentos. Vamos a necesitarlos, en verdad.

Tan pronto como McGuire se hubo ido, David abrió la carta de Araminta.

Querido:

Por una información publicada en el Post-Dispatch, de St. Louis (se trata de un periódico de la Unión), me he enterado de la derrota sufrida por el general Jackson en Kernstown. Inmediatamente, consulté la lista de bajas que han publicado nuestros periódicos, pidiendo a Dios que no figurara tu nombre en ella.

Supongo que tú habrás oído hablar ya de la Batalla de Pea Ridge, librada a mediados de marzo en Elkhom Tavern, en Arkansas. Los periódicos de la Unión, particularmente el que publica Horace Greeley, en Nueva York, ensalzaron el comportamiento de las tropas indias, a las órdenes del capitán John Drew, viejo amigo y compatriota… Quizá aullaron como salvajes en medio de la batalla, y si utilizaron arcos y flechas en lugar de fusiles fue porque no les habían entregado armas modernas.

David hizo una pausa, recordando que hacía tan sólo unos meses.

Stonewall Jackson había pedido un millar de picas a Richmond con objeto de armar a los nuevos reclutas, que todavía no disponían de rifles. Y él dudaba de que el aullido de los indios resultara más atemorizador que el que había oído proferir más de una vez a los confederados cuando se lanzaban a la lucha.

Además, a los soldados cherokees no les habían dado uniformes. Tampoco habían recibido sus pagas. Tío John se enfadó mucho con el general Van Dorn y el comandante Pike, que se hallan al frente de las tribus indias que se han unido a la Confederación, por ordenar a nuestras tropas que salieran de sus territorios, donde se había convenido que desempeñaran el papel de simples guardianes del orden. Lachlan escribe, sin embargo, que los hombres de Stand Watle se portaron muy bien en Pea

Ridge. Hemos montado aquí un pequeño hospital y hacemos cuánto podemos para ayudar a las víctimas de algunos atropellos (realizados principalmente por los jayhawkers), y a quienes padecen hambre a consecuencia de la escasez de alimentos. Pero disponemos de pocas cosas aparte de lo que podemos recolectar en el campo, o de lo que es posible pescar en el río.

Hasta hace poco, Lachlan ha podido vender algodón a través de Nueva Orleáns y Matamoros, en México, a pesar del bloqueo. Aunque los yanquis se las dan de puros e idealistas, varios comerciantes de Boston han estado cargando el algodón en buques que pudieron burlar el bloqueo, llegando a las Bahamas o a las Bermudas, lugares en los cuales la mercancía es vendida de nuevo, con destino a las fábricas de tejidos de Nueva Inglaterra. Lachlan nos habla de bailes y de extravagantes cuestiones sociales de Texas y Arkansas, pero aquí, a orillas del río Arkansas, no conocemos nada de eso.

Cuando recuerdo las recepciones a que asistí en Washington y Boston, me siento, naturalmente, un poco nostálgica. Todo ello pertenece ahora al pasado. Luego, cuando veo a mi alrededor gente que padece hambre, que está enferma, que no puede conseguir los medicamentos que precisa, ni siquiera las prendas de vestir indispensables, me arrepiento, me avergüenzo incluso de mis pensamientos. En realidad, estoy mucho mejor que tú o que Lachlan, si bien he de decir que mi hermano tiene ahora lo que quiere.

Te acordarás de que he sido yo siempre quien le hacía los cigarros a tío John, aquellos que a él le agradan más. Milagrosamente, casi, Lachlan ha podido arreglárselas para hacerte con tabaco importado de Cuba, así que tío John no se priva de ese pequeño placer todavía. En el jardín cultivo ahora la planta digital. De medicamentos, en general, andamos escasos. Nos falta particularmente la quinina, que siempre hemos tomado en la primavera, que es la época del año en que se declaran las fiebres en esta región, habiendo mucha gente que sufre también de indisposiciones más o menos emparentadas con aquéllas. En los viejos tiempos, los Murrell nos trasladábamos a las montañas Great Smoky cuando empezaban las fiebres, pero creo que este año tendremos que arreglárnoslas aquí, como podamos.

Lachlan ha pasado unos días con nosotros, pero se irá dentro de unos minutos, por cuya razón he de dar fin a esta carta, para que pueda llevársela y echarla al correo en Fort Smith. Te envía muchos recuerdos. Lachlan, desde luego, ha sido siempre un romántico, y estimo que al principio le agradó vivir la experiencia de la guerra. Pero ahora, habiendo

visto ya qué es lo que representa para la gente inocente, que no es responsable de nada, sé que comprende la amarga verdad, que nadie gana nada realmente… con la única excepción, por supuesto, de los políticos, que salen de tales conflictos con más poder.

Y ésta es la razón, seguramente, de que se produzcan aquéllos.

No me queda ya más que decirte lo mucho que te amo y lo mucho que ansio estar a tu lado.

Siempre tuya,

ARAMINTA

IV

DAVID se despertó poco antes del amanecer, viendo confusamente una familiar figura silueteada por la luz de la luna, a la entrada de su tienda.

—General Jackson… —balbuceó, buscando a tientas sus ropas.

—Tómese el tiempo que necesite para vestirse, comandante Presión. —Jackson vestía su uniforme completo. Llevaba, como siempre, la gorra echada hacia delante, hasta el punto de que la visera ocultaba casi sus ojos—. Eso que está friendo el sargento Perkins huele muy bien. Le acompañaré en el desayuno.

Cuando David salió de la tienda, portador de unas alforjas en las que había guardado cuantas cosas precisaba para su desplazamiento a Richmond, vio que Jackson se había sentado en una roca plana de las inmediaciones. El general tenía un plato sobre las piernas y estaba dando buena cuenta de su contenido. Lo hacía con verdadera fruición. David se acordó de su dispepsia, que era su némesis. Con asombrosa rapidez, desapareció dentro de su barba la magra frita, las gachas de cereales y luego el café.

—Un desayuno definitivo, comandante Preston, definitivo —comentó Jackson en el momento en que David aceptaba un plato de manos de Hal, sentándose en otra roca—. Por si alguna vez se decide a desprenderse del sargento superior Perkins, sepa que tengo un puesto de cocinero o mayordomo en la jefatura.

Al oír la exclamación de sorpresa de Hal Perkins ante aquella repentina elevación de su rango, el general añadió:

—La Biblia dice, por medio de los labios de Job, que Dios puso fin a la oscuridad, buscando todas las perfecciones. ¿Por qué no subrayar esto con una nota de perfección si dispongo de poder para ello?

—El sargento Perkins y yo no podemos, desde luego, oponemos a ello, señor. Lamento, sin embargo, que no cenara anoche con nosotros. La trucha estaba deliciosa.

Jackson dejó a un lado su plato, apurando su café. Después, sacándose de uno de los bolsillos de su guerrera un sobre lo alargó a David.

—Esto es para el general Robert E. Lee —declaró—. Deseo que llegue directamente a él, no por los canales militares normales. —Del mismo bolsillo extrajo un papel—. Este papel le permitirá ver personalmente al general Lee.

Conocedor de la resistencia que ofrecía siempre Jackson a compartir con alguien sus planes de lucha, David pensó que, con toda seguridad, el sobre contenía un esbozo de las operaciones propuestas para el Ejército del Valle. Hallándose el general Joseph E. Johnston en la zona de Manassas-Rappahannock y el general James Longstreet en la Península, pidiendo más hombres, víveres, municiones y equipos, comprendía perfectamente el deseo de Jackson de entenderse directamente con Lee, si bien como consejero militar de Jefferson Davis la posición de aquél resultaba un tanto ambigua. Al enviar la carta por mediación de una persona como David, que no era ningún correo oficial, Jackson evitaba los recelos de los otros generales, que de esta manera no llegarían a enterarse de que se había puesto en contacto con Lee a espaldas de ellos.

—Partiré enseguida, señor —prometió David.

—Tome el tren de Virginia Central en la estación del río Mechum, comandante. Cuento con que usted va a entregar esta tarde la carta al general Lee.

Apenas acababa de oscurecer cuando David ponía los pies en Richmond. Su caballo se había quedado en una caballeriza de la estación del río Mechum, previo pago de la cantidad que solía cobrarse por tal servicio. Subió a un carruaje de alquiler, siendo conducido directamente al Capitolio. Una vez presentó el pase que le entregara Jackson fue llevado sin más al despacho del general.

En los primeros días de la guerra, el aristócrata virginiano había rechazado el cargo militar más elevado de la Unión para ocuparse del mando de la milicia de Virginia, viendo después cómo aquel puesto se desvanecía al ser colocadas las tropas locales bajo el control del nuevo Gobierno Confederado. Tras unas breves misiones en Virginia Occidental y en las Carolinas, sin embargo, Lee había sido llevado a Richmond, ahora como supervisor, junto a Jefferson Davis. Su habilidad al conseguir mantener en armonía a los distintos generales, personalidades brillantes, casi siempre, de humor muy mudable, a las que se confiaba el mando de las principales fuerzas confederadas, había empezado a borrar ya los ingratos recuerdos de los fallos en la campaña de los Allegheny. Sin embargo, el mando supremo de las tropas que defendían Richmond continuaba todavía en manos del general Joseph E. Johnston.

—Recuerdo haberle visto a usted una vez en Washington, comandante Preston —dijo Lee amablemente cuando David le presentó la carta de Jackson —. Recuerdo precisamente que se encontraba usted en compañía de una joven singularmente bella.

—Mi prometida, la señorita Araminta Murrell, señor. Es sobrina de John Ross.

—El jefe principal de los *cherokees*, ¿no?

—Sí, señor.

—Es un hombre muy notable Ross. A lo largo de muchos años ha trabajado infatigablemente por el bienestar de su pueblo. Espero que se encuentre bien.

—El jefe Ross padece una afección cardíaca que me ha sido posible controlar con una medicación adecuada.

Lee sonrió.

—Me acuerdo ahora de que el caso dio lugar a algunas discusiones. Fue antes de salir yo de Washington. El doctor Wilson tenía amigos en las altas esferas.

—Por fortuna, al jefe Ross le ocurría lo mismo.

—Somos muchos los que hemos tenido que escoger entre alianzas de tipo conflictivo, comandante, particularmente nosotros, los Virginianos, que nunca pensamos que la causa de la esclavitud nos obligara a recurrir a las armas. — Lee cogió la carta de que era portador David, pero sin abrirla—. Ya sé que usted, a juzgar por las órdenes que tiene, va a trabajar con Moore, el Jefe de los Servicios Sanitarios. ¿Dónde va a hospedarse?

—Desde la estación de ferrocarril he venido directamente aquí, señor, pero espero encontrar una habitación en el Spotswood Hotel.

—El Spotswood es un establecimiento muy popular, que habitualmente se encuentra lleno. Quizá pueda serle de utilidad; el director es un viejo amigo mío. —Lee escribió unas breves frases en la primera hoja de un bloc, que después arrancó y entregó a David—. Con esto, doctor, no creo que le cueste mucho trabajo conseguir una habitación. ¿Cuándo ha de pronunciar su primera conferencia?

—No lo sé, señor. Tendrá que decírmelo el coronel Moore.

—Le pediré que me tenga al corriente. La idea de un escuadrón médico volante me ha intrigado siempre. Adiós, comandante Preston.

La solicitud de alojamiento de Lee dio resultados inmediatos. Sin consultar siquiera su lista de reservas, el recepcionista presentó a David el libro de registro para que se inscribiera. Mientras avanzaba por el vestíbulo

del hotel, camino de su habitación, creyó encontrarse de nuevo en el Willard de Washington. Se veía allí la misma decoración, se descubrían los mismos grupos de hombres de negocios, tocados con chisteras y vestidos con trajes oscuros, y oficiales de uniforme. Ni unos ni otros, alineados ante el mostrador de nogal del bar, daban la impresión de pasar sed o hambre.

Ciertamente, allí los uniformes eran grises y no azules, pero las prendas resultaban muy adornadas y polícromas, como en el otro establecimiento. Se hablaba en voz alta, el *whisky* producía una gran locuacidad; aquí, el licor no escaseaba, a diferencia de lo que empezaba a observarse en los lugares en que se luchaba, donde aquél era considerado un medicamento favorito; se charlaba interminablemente de victorias logradas, aunque se notaba enseguida que no habían sido obra de quienes las pregonaban; se aludía a los contratos de suministros… En este aspecto, el Sur era un reflejo puro del Norte.

La perspectiva de saborear un vaso de *whisky* y una comida en regla, sin prisas ni improvisaciones, era sumamente atractiva, pero aún lo era más el baño. En consecuencia, David optó por éste. Después de haber borrado de su cuerpo toda huella del polvo del camino, recogido al atravesar el Blue Ridge, y la suciedad acumulada en el viaje por ferrocarril desde la estación del río Mechum hasta Richmond, se mudó de ropa interior, poniéndose una camisa limpia. Vestido de nuevo, decidió que se encontraba más presentable que a su llegada, si bien no podía compararse con los elegantes oficiales, cargados de medallas, que había visto en el vestíbulo del hotel, así como en el bar.

Ya en éste, se abrió paso entre dos oficiales que estaban intentando superarse mutuamente en los relatos de sus respectivas hazañas, pidiendo junto al mostrador un *whisky* con soda. Los dos oficiales se le quedaron mirando como si hubiera sido una criatura de otro planeta.

—Fue en Inglaterra donde me aficioné al *whisky*, ¿saben ustedes? —manifestó David, irónicamente.

Los dos jóvenes continuaron con los ojos puestos en él durante unos segundos más. Finalmente, hicieron sendas ligeras reverencias, dejándole más espacio junto al mostrador.

Cuando David hubo saboreado su *whisky* se trasladó al comedor, viendo que estaba casi lleno ya, pese a lo avanzado de la hora. En estos instantes, se hallaba preparado para lo que fuera, pues sabía que se encontraba en una ciudad de profundos contrastes. La cena —asado de gallina de Guinea, patatas rellenas, judías verdes de Georgia y bizcochos calientes, todo ello rociado con una botella de excelente *chianti*— no le defraudó.

Tras el desayuno, a la mañana siguiente, David subió las escaleras del hotel a fin de echar un vistazo a Richmond desde el tejado. Había de presentarse más tarde en la oficina del Jefe de los Servicios Sanitarios. Resultaba difícil creer que un ejército de la Unión de más de cien mil soldados —probablemente igual a todas las fuerzas confederadas de Virginia — vivaqueaba a corta distancia de allí, al este de la Península. Y había otro — que representaba la mitad de esas fuerzas— a menos de ochenta kilómetros, por el norte. Entretanto, la vida seguía su marcha en la capital de la Confederación, como si no pesara sobre ésta ninguna amenaza.

La brisa de la mañana había disipado buena parte de la niebla que, normalmente, se posaba sobre aquella ciudad de las siete colmas. Había quedado como residuo de la misma una atmósfera bochornosa, que se haría insoportable conforme avanzara el día. David pensó que aquél era el calor que traía la malaria. O bien produciría más fiebres intermitentes, la dolencia típica de las tropas que se movían en aquella zona. Era particularmente difícil de combatir la enfermedad, ya que la quinina escaseaba más y más, conforme el enemigo estrechaba su inexorable bloqueo en torno a la Confederación.

Fluían oscuras las aguas del James por su cauce en el extremo sur de la ciudad. Las del canal que discurría a su lado se ensuciaban poco a poco cuando se abrían las compuertas para acoger una serie de barcazas arrastradas por varias mulas. Veía ya algunas de ellas moviéndose. En sus comienzos, se había pensado que aquella vía de agua atravesara el Blue Ridge y los montes Allegheny, con objeto de unirse al río Gran Kanawha, en Virginia Occidental, llegando así las barcazas hasta el Ohio. Pero las obras se habían parado en Buchanan, al sur de Lexington, y a unos trescientos kilómetros de Richmond, por el oeste, a causa del rápido desarrollo de las líneas de ferrocarriles, mucho más efectivas.

Llegó a sus oídos la voz de un vendedor ambulante, pregonando, las verduras cultivadas en las ricas tierras situadas entre el James y el Rappahannock, y más al sur, hacia Petersburg. Desde media docena de chimeneas pertenecientes a la Tredegar Iron Works, se elevaban otras tantas perezosas columnas de humo, buscando los amplios espacios superiores. David había leído en la edición de la mañana del Enquirer, mientras desayunaba, que los cañones que anteriormente habían ocupado sitios de honor en las calles desde la Revolución habían sido quitados de ellas a fin de proceder a su fundición, con el propósito de elaborar las piezas artilleras de

ánima lisa que respondían a la denominación de «Napoleón», tan del agrado de Jackson y otros jefes militares al pensar en un respaldo adecuado para la infantería durante el combate.

Por entre las siete colinas y alrededor de ellas se extendía Richmond, saltando hasta la opuesta orilla del James. Varias islas tachonaban la corriente de agua aquí y allí y en una de ellas David pudo distinguir la estructura amplia de Belle Isle Prison. Estaba siempre llena de prisioneros —había leído — a pesar de que a diario se efectuaban intercambios. Esto ocurría desde el momento en que comenzara la lucha por Richmond —¿sería verdad que había pasado ya un año?—, con el sangriento episodio de Bull Run o Manassas.

Dentro de un cuadrilátero de cerca de cinco hectáreas de extensión, se veía el Capitolio, proyectado para asemejarse a la *Maison carrée*, que tanta admiración suscitara casi cien años antes en Thomas Jefferson, siendo representante de su país en Francia. Richmond era una ciudad agradable por muchos conceptos. Era una capital que poseía grandeza, indudablemente, tradición, una serena dignidad… Esto fue lo que pensó David mientras descendía por los peldaños que le dejarían en la planta baja del hotel. Pero por debajo de su belleza descubría una misteriosa tensión que afectaba a la ciudad en toda su amplitud.

El ejército azul de McClellan, moviéndose hacia el noroeste, a lo largo de la Península, desde la Bahía de Chesapeake, en tanto que McDowell cerraba lentamente otro brazo de las gigantescas pinzas de la Unión, desde el norte, justificaban el hecho de que Richmond se sintiera condenada. Pero el temor de ser conquistada no era la única amenaza que pesaba sobre la ciudad, a juicio de David. Éste había visto morir a muchos hombres a consecuencia de males internos, por efecto de una hemorragia, a causa de un ataque de apoplejía, destructor del cerebro, o de un cáncer, corrompiendo órganos vitales. Ahora se le antojaba que la población en que se encontraba agonizaba por culpa de un cáncer que no acertaba a identificar todavía… Los síntomas eran muy parecidos.

Salió del Spotswood Hotel y se encaminó al Departamento de la Guerra. David decidió efectuar aquel desplazamiento a pie, a fin de tomar mejor el pulso a la ciudad sitiada. Con gran sorpresa por su parte, vio muy pocos vehículos por las calles. Escaseaban incluso en Broad Street, la amplia vía que dividía a la ciudad en dos partes iguales, casi. No tropezó con las figuras de la noche anterior en el bar del Spotswood Hotel. Por las aceras no circulaban militares vestidos con uniformes relucientes ni enchisterados políticos y comerciantes. Por las calles sólo se veía gente corriente,

componiendo en aquellos momentos una multitud de rostros extrañamente sombríos, una multitud nada comunicativa.

Un trabajador metalúrgico, con la faz manchada por el carbón de las fraguas, después de haber trabajado, seguramente, durante toda la noche, caminaba muy serio, llevando en una mano la cesta de la comida. Una mujer joven se había echado un chal sobre la cabeza, de manera que pudiera cubrir con éste a su niño, de pocos meses. En la criatura, nada rolliza, David identificó las consecuencias de una nutrición defectuosa. Una ramera del nuevo burdel abierto frente al hospital, que acogía a soldados heridos, regentado por la Asociación Cristiana de Jóvenes, pasó junto a él, incapaz de renunciar a sus habituales y provocativos andares, pese a que en aquellos instantes no pretendía atraer a ningún cliente eventual. Algunos viejos arrastraban los pies por la calle polvorienta, con sus llorosos ojos fijos en la *Maison carrée*, majestuosamente plantada en uñó de los extremos de la amplia llanura que se extendía desde el río hasta el Capitolio. Un adolescente le seguía, un chico aún no en edad militar. Tal vez no acertara a ver nada que le atrajera en el ritual cotidiano de la escuela, por estar viviendo una etapa bélica.

Entre aquella multitud se destacaba una mujer gigantesca que llevaba sobre su vestido un delantal manchado de sangre. La sangre procedía de los bueyes y cerdos que había estado descuartizando, cuya carne, probablemente, no podía adquirir para sí ni para los suyos…

Desde las cumbres y las laderas de las siete colinas llegaban nutridos grupos de personas que convergían en el centro de la capital de un orgulloso estado y proyectada nación. Algunos hombres se detuvieron unos instantes para gritar unas cuantas frases obscenas frente a las puertas de hierro de la Mansión Ejecutiva, ocupada por Jefferson Davis, donde unos guardianes armados se mantenían vigilantes a razón de veinticuatro horas por día. Varios de ellos, incluso, lanzaron escupitajos sobre la cerca del edificio del Juez Supremo, construida en 1725 y ocupada ahora por el general Robert E. Lee y su familia. «Lee, el evacuador», habían llamado los periodistas al general, tras su fracaso en las montañas de Virginia Occidental. Muchos eran los que lo consideraban un simple lacayo de Jefferson Davis.

Cuando la multitud acabó de congregarse frente al Capitolio, los guardianes apostados allí contemplaron con ojos especulativos a los recién llegados. No sabían qué hacer: si intervenir en aquello o bien mantener una

actitud pasiva. Cuando bajo los tilos se hubo acumulado ya una cantidad impresionante de personas, los hombres empezaron a tocar sus fusiles con cierto nerviosismo. Se preguntaban, evidentemente, si tendrían valor para disparar sobre un puñado de mujeres, viejos y niños, naturalmente desarmados, en el caso de que se les ordenara que procedieran así.

La gente se mantenía silenciosa, sombría, moviéndose inquietó. Parecían no saber qué hacían concretamente allí; daban la impresión de no saber qué era lo que se esperaba de ellos. Pero hasta su incertidumbre constituía una amenaza, puesto que de actuar todos de acuerdo estaban en condiciones de desbordar a sus oponentes. Sólo cuando el rítmico sonido de los pasos de una formación se oyó en las inmediaciones y apareció a la cabeza de un pelotón de soldados un sargento, ante la puerta de hierro forjado, desplegando a sus hombres delante de la mansión, la multitud comenzó a convertirte en tangible —y atemorizada— horda.

—¡Pueblo de Richmond!

Sobresaltado por aquella voz, David volvió la cabeza para localizar a su dueño, encontrándose entonces con la enorme mujer del delantal de carnicero…

Venía a ser como aquella *Madame* Defarge que animara a sus revolucionarios en otra época y otras tierras, para conseguir la destrucción de sus opresores.

—¿Durante cuánto tiempo más vamos a seguir consintiendo que un puñado de oficiales alcohólicos y estafadores tocados con gorros de piel de castor nos roben nuestro pan y el pan de nuestros hijos, dejándolos morir de hambre?

—¡Basta ya! —gritaron algunos de los presentes.

Otros empezaron a decir machaconamente, como si se tratara de un estribillo:

—¡Abajo los especuladores! ¡Abajo el reclutamiento!

—¡Queremos pan para nuestros hijos! —chilló la mujer joven del niño desnutrido.

La alterada voz de la madre despertó a la criatura, que dejó oír un agudo y maullante lloro. Era como si no hubiera tenido fuerzas para llorar, cosa que determinó un recrudecimiento de las protestas.

—¿Durante cuánto tiempo más consentiremos que nuestros hijos sean asesinados para proteger a los malditos políticos que mantienen a Jeff Davis en su trono? —aulló la mujer del delantal—. ¿Durante cuánto tiempo más consentiremos que los generales coman como cerdos en el Spotswood Hotel

en tanto que nosotros hemos de pasar hambre para que ellos cobren sus sueldos?

—¡Pan! ¡Pan! —gritaron en otro punto de la multitud.

Los demás repitieron aquella palabra como un monótono cántico, con un ritmo que recordaba la amenaza que encierra la cadencia sistemática de una fuerza armada.

—¡Dinero! ¡Pan!

La mujer gigante levantó una mano. La multitud guardó ahora silencio.

David reconoció en ella la figura de un líder natural. Era una Judit que se presentaba para salvar a su pueblo del enemigo que alentaba dentro de él, a menudo más peligroso que el de fuera; era una Juana de Arco que resucitaba para incendiarlos a todos con la chispa de la rebelión.

—¿Vamos a consentir que los especuladores se hagan ricos mientras todos nosotros nos morimos de hambre? —inquirió la amazona.

La multitud profirió unos gritos de indignación.

—¡Pues entonces, en marcha!

Abandonando el poste al que se había encaramado para arengar a los allí congregados, la mujer echó a andar hacia la calle Novena echando a un lado de un empujón a uno de los guardianes del edificio, quien había intentado momentáneamente negarle el paso, amenazando a todos con disparar.

La multitud se vertió en la calle tras ella, solemne y con un propósito definido. Era aquélla una sombría marea de irritados rostros, y que fue haciéndose más y más grande, a medida que los que se habían mantenido un tanto ajenos al episodio fueron comprendiendo que se les daba la oportunidad de entregarse al saqueo.

En las ventanas del Departamento de la Guerra aparecieron caras de empleados y funcionarios de menor cuantía. Mucha gente había buscado ya la protección de sus hogares o las tiendas más cercanas. Detrás de la mujer del delantal ensangrentado corría la joven del bebé hambriento, que ya no profería ningún gemido, como si hubiese comprendido que, finalmente, iban a ser adoptadas medidas para calmar el hambre del populacho.

Hasta los viejos de llorosos ojos marchaban ahora orgullosamente, recordando, quizá, que en otro tiempo habían sido soldados. Un chico de cara muy pálida corría junto a la multitud, dando voces a los amigos que hallaba al paso para que se unieran a él. Y aunque su propósito había sido hacer acto de presencia en el Departamento de la Guerra y en la Jefatura de los Servicios Sanitarios, David se deslizó por la acera, hasta un punto desde el cual le sería posible asistir al desenlace del drama.

En aquel momento, la multitud cruzó la calle Main, adentrándose en Cary, donde se hallaban los almacenes frecuentados por aquéllos a quienes la guerra había enriquecido. Unos instantes después, todos se hacían de carretones, carretillas y de cuántos vehículos encontraban al paso. Seguidamente, derribaron las puertas de los establecimientos, apoderándose de cuanto quedaba al alcance de sus manos. Los jamones, los trozos de carne, la harina, los cereales y los quesos desaparecían rápidamente, camino de la calle. Parte del botín iba a parar a los vehículos, pero eran bastantes las personas que se detenían para calmar su hambre, hincando los dientes en las salchichas ahumadas, en la carne de buey seca, en las patas de cerdo curadas.

El escaparate de una panadería fue destrozado y la marea de gente invadió el establecimiento, cogiendo barras y hogazas, cajas de dulces, piezas de queso, todo lo que allí había. No sirvió de nada que los dueños de algunos locales se apresuraran a cerrar sus tiendas, ya que la enfadada multitud se apresuró a arrancar las piedras del pavimento, estrellándolas contra puertas y escaparates, haciendo posible el acceso al interior. Hubo quienes se cortaron con los cristales rotos, pero impulsados por un delirante frenesí, ignoraron sus heridas, saliendo a toda prisa de los establecimientos, y la sangre de sus heridas se mezcló con el polvo de la calle y manchó los objetos robados.

Era la primera vez que David presenciaba una escena semejante. Se quedó como hipnotizado, observando sus detalles. Tampoco hubiera podido retirarse de habérselo propuesto. Nada era capaz de detener a la gente, alocada, frenética. Veíanse hombres y mujeres portadores de piezas de tela o sombreros de plumas… El chico de la faz intensamente pálida se había embutido en un corsé, profiriendo demenciales risotadas, suscitadas por su propio aspecto.

El griterío ensordecedor hizo que nadie oyese un toque de cometa a cierta distancia de allí. Por último, un rumor de rítmicas pisadas hizo saber a todos que iba a ser emprendida una acción oficial para controlar el motín. No queriendo ser visto entre la multitud, vistiendo como vestía de uniforme, David ascendió por la escalinata de un pequeño hotel, donde se había congregado cierto número de curiosos.

—¿Han sido vistos los yanquis, comandante? —preguntó un hombre, evidentemente espantado, a juzgar por el tono de su voz.

—Esto es un motín y no una invasión.

—Pero… ¿por qué ha de amotinarse esa gente?

David miró al desconocido, desconcertado.

—He oído decir que tienen hambre.

El hombre movió la cabeza.

—Las tiendas están llenas de cosas de comer.

—Supongo que andarán necesitados de dinero, entonces.

David se acordó en aquellos instantes del discurso pronunciado por María Antonieta en otra situación no muy distinta, cuando dijera: «Dejadlos que coman pasteles». Sintió una punzada de remordimiento al recordar el suculento plato de carne de ave que le habían servido la noche anterior. Y el jamón, los huevos y los bizcochos calientes que habían constituido su desayuno parecieron amasársele ahora en el estómago, formando una pelota imposible de digerir.

En una esquina hizo su aparición una compañía de la Home Guard. Sus hombres avanzaban —aunque un poco intimidados— con sus fusiles bajos y las bayonetas caladas. La cometa sonó de nuevo y un hombre a quien David identificó gracias a las fotografías vistas en los periódicos —el gobernador Letcher—, trepó a un sitio elevado, dando voces para imponer orden. La porción de multitud que quedaba junto al gobernador obedeció, pero los alborotadores más alejados siguieron profiriendo gritos. Solamente se hizo el silencio total cuando el hombre dio una orden a los guardias. Sonó más fuerte que antes la corneta y… allí se acabó el motín.

—Proceda usted a dar lectura a la Ley sobre motines —dijo el gobernador Letcher al funcionario que le acompañaba, un individuo de gesto preocupado.

Pero nada más empezar el hombre la lectura, la multitud profirió una serie de silbidos y gritos de «¡Más alto, más alto!», que ahogaron la voz de aquél.

Sumamente irritado, Letcher chilló:

—¡Tenéis cinco minutos para dispersaros! Si no obedecéis, ordenaré a mis hombres que hagan fuego.

Todos se movían de un modo vacilante ahora, pero nadie parecía dispuesto a renunciar a su botín. La amazona que se había colocado a la cabeza de los insurrectos se abría paso entre los presentes, insultando al gobernador a medida que avanzaba. Detrás de ella se adelantó también un grupo de hombres y mujeres envalentonados por la actitud de su líder, que de aquella manera se atrevía a hacer frente a la autoridad. Se hallaban ya muy cerca de Letcher, con la evidente intención de atacarle, cuando dobló la esquina de la calle un carruaje. Una esbelta figura se hallaba de pie en él. La expresión enérgica de aquel rostro, contraído, la absoluta ausencia de temor o vacilación en el mismo, acobardaron a la amazona momentáneamente.

—¡Santo Dios! —gritó alguien en medio de la multitud—. ¡Es Jefferson Davis!

El carruaje se detuvo y el Presidente de los Estados Confederados de América se apeó. Abriéndose paso a codazos entre la gente, fue aproximándose a un vehículo cargado de mercancías recién robadas que estaba pegado a una acera. Encaramándose al mismo, Davis miró en torno a él, con aire retador.

—¡Esto es algo peor que una victoria yanqui! —Su voz sonó como un latigazo—. ¿Os habéis vuelto locos? ¡Os estáis robando a vosotros mismos!

—¡Pan! ¡Pan! —gritó una voz.

—¿Creéis acaso que habrá algún campesino capaz de traer sus reses y su harina a la ciudad si sabe que se va a quedar sin sus productos antes de que pueda percibir algún dinero por ellos? —La inflexión con que Davis pronunció estas palabras era de profundo desdén—. Lo que acabáis de hacer aquí no hará más que empeorar la situación.

—¡Esto no puede ser peor ya! Nuestros pequeños se mueren de hambre…

La amazona que se había erigido en líder de los amotinados se volvió a un lado, arrebatando a la mujer joven del niño en brazos su criatura. Inmediatamente, destapó el rostro enflaquecido de ésta mostrándoselo a Davis.

—¡Fíjese en este niño, señor Presidente! —gritó al tiempo que el pequeño comenzaba a proferir lloros quejumbrosos, semejantes a maullidos—. ¡Mírelo bien! La próxima vez que saboree tiernos cangrejos rociados con champaña en el Spotswood Hotel, el recuerdo de esta cara le llevará a vomitarlo todo.

—Si usted necesita algo, yo le proporcionaré lo que sea pagándolo de mi bolsillo. —Davis levantó una mano al iniciarse nuevamente los abucheos. La gente pareció comprender que era sincero, y guardó silencio—. Compartamos aquí las privaciones y los sufrimientos que experimentan nuestros bravos soldados en el campo de batalla.

La mirada de Davis vagó por la multitud, y se detuvo finalmente en la figura de David Preston, en la escalinata del hotel.

—¡Usted, comandante! —llamó—. ¿A qué unidad pertenece?

—A la 1.ª Brigada del Ejército del Shenandoah.

—¿La brigada del general Jackson? ¿La Brigada Stonewall?

—Sí, señor.

—Acabo de reconocerlo a usted, comandante. —La voz de Jefferson Davis se tomó cálida de repente—. Aquí tenéis a un auténtico héroe, amigos. El doctor Preston capturó sin ayuda de nadie un hospital de campaña del enemigo, en el curso de la Batalla de Bull Run, utilizando ahora esa unidad sanitaria para salvar las vidas de nuestros valientes soldados, aquellos que

pelean a las órdenes del general Jackson. ¿Queréis acaso que cuando vuelva con los suyos haga un relato a los que combaten por nuestra causa aludiendo a vuestras censurables acciones de hoy?

Hasta los que se habían agrupado momentos antes en torno a la amazona se sintieron acobardados en estos instantes. Davis tomó a hablar en un tono de voz más suave, como el que podría adoptar un padre enfrentado con un hijo rebelde.

—Volved a vuestros hogares, a vuestro trabajo. Tenéis mi promesa de que los; que estáis pasando hambre dispondréis de alimentos, de que los que estáis desnudos recibiréis ropas con que cubriros.

—Es una suerte que no haya por aquí una extensión líquida. De lo contrario, ese hijo de perra habría intentado pasearse por encima de las aguas —comentó alguien al oído de David.

Éste se volvió, riendo, para enfrentarse con un hombre de faz saturnina y nariz muy prominente.

—Ya juzgar por la forma en que liquidó este motín, sin ayuda de nadie, me inclino a pensar que quizá habría podido salirse con la suya en tal empeño —remachó el desconocido.

—Se necesitaba valor para hacer lo que ha hecho.

—Nadie ha dicho que el Pequeño Jeff careciera de él. En cuanto a que posea buen juicio… Yo creo que no, que no lo tiene. Lo del arranque es otra cosa muy distinta. —El desconocido tendió una mano a David, presentándose —: Soy Ed Mattox, del Enquirer de Richmond. Es posible que mi hermano Jake estuviera en el VMI en su época, doctor.

—Lo recuerdo perfectamente. ¿Dónde para Jake actualmente?

—Ha vuelto a su casa de Chase City, donde se pasa la vida en una silla de ruedas. Una bala minié le cortó el cordón espinal en Bull Run, haciendo de él medio hombre… o menos de medio hombre. —La voz de Mattox tenía un profundo acento de amargura—. Si Jeff Davis y el resto de los estados del Sur hubiesen dejado a los virginianos en paz, nosotros hubiéramos podido continuar viviendo con Lincoln en Washington. Ahora vamos a perderlo todo, a menos que, cuando haya terminado la guerra, el viejo Abe consiga anular a Stanton y a los demás hombres del Congreso que aspiran a destruimos y a quitarnos lo que nos quede. ¿Me permite que le invite a tomar una copa, doctor? En este hotel hay un bar.

—Es muy temprano para eso, señor Mattox… En otra ocasión, quizá. Me dirigía al Departamento de la Guerra por asuntos del servicio cuando tropecé con los amotinados. La gente de la montaña somos curiosos, por naturaleza.

—Ha sido una buena cosa hoy esa curiosidad natural —señaló el periodista—. Aquí hubiera pasado algo serio, tal vez, de no haber logrado el Pequeño Jeff acallar a su auditorio mostrándole a usted como un héroe de la guerra. En efecto, Virginia pudo haber perdido un gobernador y la Confederación un Presidente. A propósito… ¿dónde se hospeda usted?

—En el Spotswood.

Mattox sonrió.

—La alborotadora carnicera hubiera podido hablar sobre usted. Bueno, será mejor que me ponga a escribir el relato de lo sucedido aquí, en la forma que es del agrado de Jeff Davis. Acapara todas las noticias, actualmente. ¿Nos podríamos ver en el bar del Spotswood alrededor de las cinco y media? Ésta podría ser la ocasión a que aludió usted antes…

V

DAVID se encaminó al Departamento de la Guerra por unas calles cubiertas de basuras y cristales rotos. Se presentó al coronel Samuel P. Moore, Jefe de los Servicios Sanitarios militares dentro de la Confederación de Estados de América. El coronel Moore le dispensó una acogida no demasiado entusiasta.

—La verdad es que no veo del todo la utilidad de que usted hable a nuestros oficiales de un tipo de hospital que no estamos en condiciones de fabricar, probablemente, ahora. Habrían de pasar dos años, como mínimo, para eso, comandante Preston. Sin embargo, el general Jackson y el general Lee se interesan por dicha unidad sanitaria…

Moore se encogió de hombros y David comprendió que allí se le aceptaba de un modo provisional.

—El hospital ahora en nuestro poder fue proyectado por el comandante Jesse Bayard, condiscípulo mío en otra época, en el Jefferson Medical College, coronel. Resulta muy efectivo en el campo de batalla, aunque estoy experimentando dificultades debido a que no pueden encontrarse ruedas adecuadas a los vehículos empleados. Espero hacerme con unos ejes nuevos y ya veré más adelante cómo pueden sustituir a los mismos allí, en el Valle.

—Me gusta mucho la idea de utilizar carromatos intercambiables, que sirvan tanto para llevar equipos y víveres como para transportar heridos —declaró Moore.

—El asunto de las ambulancias constituye un grave problema, señor. El comandante Hunter McGuire se está ocupando ahora de esa cuestión.

—McGuire es una excelente persona —dijo Moore, que se había ablandado visiblemente—. Supongo que se llevarán ustedes bien.

—Su trabajo es administrativo en gran parte, en tanto que yo me ocupo de atender a los heridos, señor. Esta tarea se acomoda mucho a mis gustos personales.

—Tiene usted suerte, comandante —repuso Moore, pensativo—. Le hemos fijado tres conferencias para los cuatro próximos días. La primera está concertada para esta tarde, a las cuatro. He visto por su hoja de servicios que ha disfrutado solamente de un breve permiso en casi un año, así que me imagino que le gustará estar en Richmond y pasarlo lo mejor posible antes de reincorporarse a su unidad.

—Permaneceré en Richmond durante los días que usted estime conveniente, señor. Me gustaría, no obstante, volver a la Brigada Stonewall antes de que sea librada la próxima batalla.

—Cosa que no tardará en ocurrir, por lo que he oído contar. ¿Le satisface su alojamiento actual?

—Comparado con el que tengo en la unidad, señor, resulta de un lujo superior. He visto en Richmond cosas que me han dejado perplejo…

—Todo lo de Richmond me desconcierta, comandante. Usted vio no hace mucho una de las causas. —Moore dejó oír una seca risita—. Uno de mis oficiales le vio desde la ventana de un edificio, hace cerca de una hora, cuando le arrastraban los amotinados.

—Creo que pudo más que nada mi curiosidad, señor.

—La gente se muere de hambre, comandante, mientras los contratistas se hacen ricos. En consecuencia, los incidentes de esa clase irán haciéndose más y más frecuentes, a medida que los yanquis vayan haciendo más riguroso el bloqueo. Dentro de cuatro días daré las órdenes necesarias para que sea devuelto usted a su unidad. Esfuércese por conseguir, comandante Preston, que mis oficiales no se sientan demasiado descontentos con lo que les ha tocado en suerte. Buenos días.

—Buenos días, señor. Y gracias por todo.

Eran las cinco cuando David terminaba de explicar a un grupo de cincuenta médicos militares cómo funcionaba el l.er Hospital de Campaña de la Brigada Stonewall. Se produjo un breve y animado coloquio al aludir David a las prácticas antisépticas, gracias a las cuales se habían salvado en la guerra austro-italiana muchas extremidades. Contestando a preguntas muy incisivas, se vio forzado a admitir que durante las luchas en que él participara hasta aquella fecha el ritmo de afluencia de bajas había sido demasiado acelerado para que pudiera recurrir con frecuencia a los tratamientos médicos ideales. También tuvo que reconocer que a causa de los peligros de las infecciones en muchas heridas, la amputación del miembro afectado parecía continuar siendo el mejor método para salvar la vida al paciente.

Viendo la gente que se apretujaba en el bar del Spotswood Hotel, costaba trabajo creer que sólo tres horas atrás Richmond había estado a punto de sufrir los serios efectos de un motín popular. Estaba abriéndose paso David entre los presentes allí cuando alguien le tocó en un hombro. Al volver la cabeza descubrió la alta figura de Ed Mattox a su lado.

—Tengo una mesa en aquel rincón y todas las tardes, en esta época, me tienen preparados unos *julepes*[11], comandante —dijo el periodista—. Le

debo un par de invitaciones, por lo menos, por haber contribuido a que adoptara una decisión concreta.

—¿A qué se refiere usted?

Mattox no le contestó, limitándose a indicar a su invitado la mesa. Allí les esperaban dos vasos llenos de hielo picado, con una hoja de menta cada uno.

—Por nuestra amistad, comandante Preston. Y porque dure mucho.

—La verdad: me gustaría saber qué he hecho yo para merecer tantas atenciones por su parte.

—Usted me dio el valor que necesitaba para escribir mi última información en la forma exigida por Jefferson Davis y no como un relato fiel de los hechos. Eche un vistazo a estas instrucciones, dictadas por nuestro amado líder.

Máttox sacó una hoja de papel de un bolsillo y la extendió sobre la mesa:

A la Prensa de Richmond.

Caballeros:

Puesto que existe la posibilidad de que el desventurado episodio de hoy sea interpretado por algunas personas no familiarizadas con nuestra situación como prueba del descontento de unos cuantos sectores ciudadanos de los Estados Confederados, se solicita de ustedes que eviten, ahora y en el futuro, referirse a sucesos como el ya señalado, a menos que se desee prestar un servicio al enemigo y aumentar su moral.

De otro lado, la compañía telegráfica ha recibido instrucciones en el sentido de no permitir la transmisión de mensajes relacionados con hechos como el ya indicado.

JEFFERSON DAVIS

Presidente de los ECA.

—Lo que está usted viendo, doctor Presión, es una censura oficial de la peor clase —comentó Mattox, con amargura—. Hemos estado esperando una cosa así desde hace tiempo. Ya la tenemos.

—La guerra siempre da lugar al establecimiento de la censura, ¿no?

—Habitualmente… Pero la censura afecta a los generales, no al gobierno civil. No existe el periodista capaz de admitir que deben ser censurados los documentos que no contienen informaciones militares. Ahora, por estúpidos que seamos, hemos de reconocer que vamos escribiendo lo que Davis quiere, lo cual es tan malo como lo otro.

Mattox desplegó una hoja de papel de copia.

—He aquí lo que escribí, en parte, sobre el asunto de esta mañana… No sé si Davis permitirá alguna vez su publicación. Le dejo decidir. ¿Qué cree usted que es peor: no decir nada o enmascarar la verdad?

Solemnemente, Mattox leyó:

Un puñado de prostitutas, ladrones profesionales, brujas irlandesas y yanquis, carne de horca de todas las tierras menos de la nuestra, se congregaron en Richmond, capitaneados por una vendedora ambulante acostumbrada a comprar carne a cien para venderla luego a doscientos cincuenta en el mercado.

Lanzando imprecaciones, jurando y perjurando que habían de tener mercancías a los precios marcados por el gobierno, destrozaron media docena de zapaterías, sombrererías y estancos, llevándose todos los artículos, menos pan, claro, puesto que era lo que menos necesitaban.

Mattox levantó la vista del papel.

—¿No le dan ganas de vomitar, comandante?

—He de reconocer que está bien escrito…

—Pero… ¿es lo cierto acaso?

—No.

—Lo escribí todo esta tarde, doctor. Luego, fui a ver a mi redactor-jefe, rogándole que me mandara al Distrito del Valle como corresponsal de guerra.

—¿Por qué ha obrado así?

—Si Stonewall Jackson es un hombre capaz de ganarse la incuestionable lealtad de otros como usted me invitará a escribir la verdad… incluso cuando hable de sus fracasos.

—He de decirle que tiene pocos fallos.

—Tanto mejor. ¿Cuándo va usted a regresar al Valle?

—Dentro de cuatro días.

—Perfectamente. Cuatro son los días que necesitará el Departamento de la Guerra para acreditarme documentalmente como corresponsal. Si todo sale bien, podríamos hacer el viaje juntos.

—¿Admite usted la posibilidad de que le nieguen lo que ha pedido?

—No hice absolutamente nada por disimular mis opiniones en lo tocante a la censura, así que Jeff Davis sabe a qué atenerse con respecto a mí. Yo me imagino que se alegrará mucho de verme salir de Richmond.

—¿Está Richmond realmente en peligro?

—McClellan está remontando la Península, diciendo a cada paso a Washington que necesita más hombres, y McDowell procede igual mientras se desplaza para cruzar el Rappahannock. Por donde se mire, la situación

parece ser desesperada, casi, pero no hay que olvidar que un año atrás el Norte estaba convencido de que no tardaría más de dos días en conquistar Richmond…, hasta que surgió el viejo Stonewall al frente de sus tropas desde el Valle, salvando a Beauregard. Tal vez sea capaz de repetir su proeza.

—No creo que el pensamiento de Jackson esté puesto en Richmond en estos momentos —declaró David—. Frémont, Banks y Shields convergen sobre nosotros en Elk Run Valley… Vamos a estar muy ocupados, dentro de poco.

—Entonces, ¿por qué seguir tranquilamente allí? No es ésa la manera habitual de combatir por parte de Jackson.

—¿Usted ha visto alguna vez pelear a un francés?

—Creo que no…

—El francés asesta un golpe, da un manotazo, propina un puntapié. Yo me inclino a pensar que el viejo Jack está esperando a que los yanquis se sitúen a su alcance a fin de castigarlos desde todos los ángulos.

—¿Para vencer a un enemigo que cuenta con doble número de efectivos?

—La proporción es de uno a tres, o más, para ser exactos. No obstante, continúo apostando por Jackson.

—Hay mucha gente que piensa como usted —contestó Mattox—. Hágame saber, en su momento, la fecha de su partida. Quizá viajemos en el mismo tren, camino del oeste. Sentiré un gran alivio cuando pueda perder de vista ese globo de observación yanqui… Me hace experimentar la impresión de que alguien, a todas horas, está examinando algo por encima de uno de mis hombros.

VI

EL tren había salido de Richmond temprano aquella mañana, pero serían las doce del día cuando se detuvo en la estación del río Mechum, a unos quince kilómetros de Charlottesville, en la línea del ferrocarril de Virginia Central, la cual ponía en comunicación la capital de la Confederación con Staunton, en la parte meridional del Valle. Ed Mattox se había unido a David en el Spotswood Hotel, donde se desayunaron antes de trasladarse a la estación en un carruaje de alquiler. Camino de la estación del río Mechum, se habían visto obligados a esperar en varios apartaderos el paso de unos cuantos convoyes cargados con material de guerra.

—Será mejor que busquemos algunas provisiones —dijo David cuando se apearon del vagón en que efectuaran el desplazamiento—. Dejé mi caballo aquí, pero estoy seguro de que tropezaremos con algunas dificultades para encontrar una montura para usted. En el ejército de Jackson escasean más incluso que los medicamentos.

—¿Cómo consiguen ustedes entonces los caballos? —preguntó Mattox.

—Unas veces los pedimos prestados y otras los robamos… Esta última práctica afecta habitualmente a las unidades de caballería yanquis, cuando hay suerte. Desde luego, muchos hombres se alistan con las monturas que aportan, pero la adquisición de las mismas siempre constituye un problema. Se avecina el invierno, por añadidura, y el forraje va a escasear mucho, sin duda.

En el restaurante de la estación la comida era abundante… y buena. Cuando los dos hombres salían de allí oyeron rumores de pisadas de caballos fuera del edificio. Media docena de oficiales confederados estaban atando en aquellos instantes sus monturas a unos postes. Sus uniformes se hallaban cubiertos de polvo, como si hubiesen cabalgado a lo largo de muchas millas. Iba al frente del grupo un hombre más bien bajo, calvo, de ojos saltones y el truculento aspecto de un gallo de pelea. David no necesitó ver las dos estrellas indicadoras de su rango de comandante general para reconocer a Richard S. Ewell.

Había pasado por West Point seis años antes que Jackson. Ewell era un jefe de infantería que se ajustaba al molde clásico. Muy vivaz, valeroso, dotado de unos prominentes ojos, se le sabía capaz de efectuar rápidos movimientos y de atacar cuando era necesario. Muy aficionado a proferir

palabras gruesas, bisbiseante en los momentos en que estaba excitado, Ewell venía a ser la antítesis del frío, calculador e igualmente apasionado Jackson.

Cuando David se plantó ante él, saludándole, Ewell lo miró irritado por unos instantes. Después, correspondió a su saludo.

—El comandante Preston, ¿no? Le recuerdo de Manassas.

—Sí, señor.

—¿Por qué no está usted con el general Jackson, comandante?

—He pasado una semana en Richmond, señor… Presté servicio en las oficinas de Sanidad militar, dando conferencias sobre los hospitales de campaña.

—¿Le mandó llamar Jackson?

—No, señor. Pero regreso a Elk Run Valley.

—Jackson ya no está allí.

Sobresaltado, David preguntó:

—¿Está usted seguro, señor?

—No, no estoy seguro. —Los ojos de Ewell se veían ahora más saltones que nunca—. ¿Por qué otra razón hubiera podido cubrir cabalgando más de treinta kilómetros, desde Stanardsville, si no fuera para tratar de averiguar qué es lo que su chiflado general se lleva entre manos?

—No sé qué decirle, señor. El general Jackson raras veces hace partícipes a los demás de sus planes.

Ewell tuvo que hacer un esfuerzo para dominarse.

—Hace dos días, un teniente llamado Douglas… No me acuerdo de su nombre de pila…

—Usted se refiere, quizá, a Kyd Douglas, señor. Se incorporó hace poco al cuadro de oficiales del general Jackson.

—Ése era su nombre, general —apuntó uno de los ayudantes de Ewell.

—Ese teniente se presentó en mi campamento de las cercanías de Culpeper con una orden de Jackson: teníamos que desplazarnos hasta Elk Run Valley por Stanardsville y Swift Run Gap. Pero cuando llegué a Stanardsville anoche me dijeron que Jackson había sido visto aquí, en la estación del río Mechum.

El rostro de Ewell estaba congestionado de nuevo.

—En consecuencia, si todo el mundo en esta parte de Virginia sabe ya que Jackson fue obligado a salir de Elk Run Valley, comandante Preston, ¿tendría usted la amabilidad de decirme por qué diablos no me ha puesto él al corriente de lo sucedido? ¿O es que pretende atraerme hacia allí con objeto de que las tropas federales me tiendan una emboscada?

—Al general Jackson no se le echa fácilmente de ninguna parte, señor —repuso David—. Sospecho que se dirige a algún sitio y que ha mantenido en secreto su punto de destino con objeto de asestar a los federales un golpe por sorpresa.

—Es posible que el comandante esté en lo cierto, Dick —manifestó un brigadier general, mirando a Ewell—. En el mensaje-interceptado por el telegrafista de Jeb Stuart, cursado por el general Banks y dirigido al Secretario Stanton, en Washington, ayer por la mañana; se decía que Jackson huía…

—Probablemente, ésa era la impresión que el general Jackson deseaba crear, señor —añadió David.

—Pero es que yo tengo órdenes concretas: he de adentrarme en Elk Run Valley —dijo fuera de sí Ewell—. ¿Por qué ha de ser eso así si se propone presentar batalla en otra parte?

—Elk Run es un lugar de gran importancia, dotado de fortificaciones naturales —explicó David—. Yo diría que el general Jackson desea que usted se mantenga allí mientras él asesta un golpe en otro lado.

—Lo que usted sugiere, comandante, tiene algún sentido —concedió Ewell, cuya ira iba remitiendo para ser sustituida por la reflexión—. No obstante, me gustaría mucho saber adónde se encaminó Jackson.

—Antes o después, sabrá de él, téngalo por seguro.

—Pues tendré que contentarme con eso, supongo —contestó Ewell—. Vamos a tomar un bocado, caballeros. Esta tarde tendremos que emprender el viaje de regreso a Stanardsville. Gracias por su ayuda, comandante Preston. Espero que su general no me ponga en camino de utilizar personalmente ese fantástico hospital de campaña suyo, acerca del cual he leído algunas informaciones en los periódicos de Richmond.

—Ha tenido usted un largo intercambio con Ewell, ¿eh? ¿Sabe que le llaman «el gallo de pelea»? —manifestó Mattox cuando regresaban al tren—. El hombre estaba loco, fuera de sí.

David preguntó secamente:

—¿Qué palabras de las pronunciadas por Ewell oyó usted?

—Todas.

—¿Y cuáles recuerda?

Mattox sonrió.

—Ninguna.

—No se esfuerce por recordarlas, ¿estamos? Si le sorprendo en las inmediaciones de cualquier oficina de telégrafos antes de que el viejo Jack de

fin a lo que planea, le arrestaré yo mismo inmediatamente.

—No se preocupe —respondió Mattox—. Ya que Stonewall se dispone a hacer una de las suyas, lo que me interesa es participar a mi manera en el juego.

El tren no estaba listo para partir, así que los dos hombres decidieron estirar un poco las piernas dando una vuelta por la zona enarenada que servía de andén, a lo largo de la vía férrea. Se trataba de una extensión de terreno bastante amplia, con objeto de facilitar el acceso a los vagones de las tropas, o bien la descarga de los mismos. En uno de los extremos del andén, David se detuvo de repente, fijando la vista en un vagón desprovisto de ruedas y montado sobre unos bloques de madera.

—Esto parece ser un carro-hospital —dijo Mattox—. Echémosle un vistazo.

—Yo voy a volver al tren, para decir a esa gente que esperen, por si optan por partir antes de que usted averigüe adonde fue Stonewall y decide seguirle.

Incluso a cierta distancia, el carro le había parecido familiar. Y cuando David lo estudió más de cerca, los restantes elementos del rompecabezas referente a la visita de Jackson a la estación del río Mechum encajaron en sus respectivos sitios. David se encaminó al departamento de carga. El empleado que había allí, trabajando ante un pupitre, levantó la vista.

—¿En qué puedo servirle, comandante? —preguntó el hombre.

—Me ha gustado ese carromato abandonado de ahí fuera. ¿Usted sabe dónde podría hacerme con unas ruedas para él?

—Es difícil, comandante… Serían precisas unas ruedas yanquis.

—Supongo que el general Jackson lo dejaría ahí cuando sus tropas subieron al tren —señaló David con toda naturalidad.

—En efecto. Llegaron aquí ayer por la mañana con uno de esos nuevos carros-hospital, que apenas podía andar. Entonces, el sargento de servicio quitó las ruedas a ése y depositó las otras en el tren. —El empleado de la estación se quedó silencioso de pronto—. Esto es un secreto, comandante. Creo que me vería metido en un buen lío si alguien descubriera que he hablado.

—Soy médico y pertenezco a las fuerzas del general Jackson, hallándome encargado del hospital de campaña —dijo David para tranquilizarle—. He pasado una semana en Richmond y no sabía con exactitud el paradero de mi unidad. Ahora podré continuar viaje y unirme a ellos.

—Lleva usted más de un día de retraso, comandante. Las tropas subieron al tren, para Staunton, ayer, a primera hora. Se esperaba que llegaran allí antes

de que oscureciera.

El general Ewell y sus oficiales habían encargado ya su comida, pero nadie había empezado a servirles todavía cuando David entró en el comedor.

—¿Podría salir usted un momento, general? Deseo hablarle… —Ewell se levantó inmediatamente, pero ninguno de los dos pronunció una palabra hasta que se hallaron fuera del edificio de la estación; donde nadie pudiera oírles.

—¿Qué sucede, comandante? —inquirió Ewell—. Sepa que estoy hambriento.

—Sé a dónde se encaminó el general Jackson, señor. Y me figuré que le agradaría estar informado.

—¿Quiere usted decir que se ha decidido a revelármelo?

Ewell había pronunciado esta frase con cierta acritud.

—Acabo de descubrirlo…

—¡Diablos! ¿Cómo?

—Ése es uno de los carros de mi hospital de campaña —contestó David, extendiendo el brazo para señalárselo—. Hemos estado teniendo dificultades con las ruedas, y debieron de surgir algunos inconvenientes más al cruzar el Blue Ridge anteanoche. Cuando los expedicionarios llegaron aquí, mi sargento desmontó las ruedas buenas de ese vehículo, sustituyendo con ellas algunas de las otras.

—¿Son suyas todas esas deducciones, comandante?

Ewell había adoptado ahora una actitud menos truculenta.

—Uno de los empleados de la estación me ha ayudado bastante, una vez hube reconocido el vehículo, forzándole a decirme que el general Jackson hizo subir a los hombres del Ejército del Valle a los vagones ayer por la mañana.

—¿Para dirigirse a Richmond?

—No. A Staunton. El general debió de pensar que tenía que presentarse allí lo más rápidamente posible. De lo contrario, no habría hecho ningún movimiento el domingo.

Ewell asintió lentamente.

—Lo cual significa que las fuerzas de Frémont se mueven hacia Staunton y que el general Edward Johnson necesita que le ayuden.

Se oyó un agudo silbido procedente de la locomotora, cuyo maquinista gritó:

—¡Todo el mundo al tren!

—Tengo que irme, señor.

—No pierda su tren, comandante. —Ewell ofreció la mano a David, quien se la estrechó apresuradamente—. Dígale al general Jackson que yo retendré Elk Run Valley para él. Sin embargo, me gustaría más hacerle compañía, con el fin de lograr dar un buen susto a ese bastardo de Frémont.

VII

LA mañana del 8 de mayo de 1862 fue muy brillante y soleada. Habiéndose incorporado a su unidad dos días antes en Staunton, David se hizo cargo nuevamente del l.er Hospital de Campaña, con la Brigada Stonewall. La tarde anterior, el Ejército del Valle había avanzado a lo largo de Lewisburg Turnpike, al oeste de Staunton, en unión de las brigadas del brigadier general Edward Johnson, del Ejército del Noroeste, reforzadas por el 12.º Regimiento de Georgia, al frente de la larga columna.

Cuando Jackson se enteró de que Frémont había dividido sus fuerzas, moviéndose la brigada de Milroy hacia Staunton, y hallándose la de Schenck en Franklin —a unos cincuenta kilómetros, al norte—, permaneciendo una fuerza regular en Romney, demasiado alejada para ayudar a las otras dos, decidió atacar a los federales al oeste de Valley Turnpike.

La situación militar era la idónea para Jackson, que tanto gustaba de practicar su estrategia del «divide y vencerás». Los piquetes federales habían establecido contacto con él en la tarde del 7 de mayo, viéndose rechazados en dirección al pequeño poblado de McDowell, a unos kilómetros de distancia, donde las tropas del federal brigadier general R. H. Milroy —alrededor de tan sólo tres mil hombres, se pensaba— habían acampado.

Cuando las fuerzas confederadas se pusieron en marcha en las primeras horas de la mañana del 8 de mayo, llevando la 1.a Brigada a retaguardia, seguida por los cadetes del VMI, brillantemente uniformados, que llegaran de Lexington para incorporarse a la lucha, Hunter McGuire se fue en busca de David, quien cabalgaba junto a sus carromatos.

—El general Jackson quiere que te adelantes a fin de localizar un sitio a propósito donde emplazar el hospital —manifestó.

—Estaba empezando a pensar en eso. Ocúpate de mis cosas, Hal. No tardaré en regresar, seguramente.

En el momento en que los dos médicos llegaban a la cabeza de la columna, ésta se movía ya en dirección, a la cumbre de la montaña de Bull Pasture, en los Allegheny, que era el límite occidental del. Valle de Virginia. Bajando la vista, al fijarla en el reducido poblado de McDowell, con toda la fuerza federal acampada a su alrededor, David acertó a comprender la sabiduría que encerraba la extrema reserva de Jackson. Los jinetes del coronel Turner Ashby, le comunicó Hunter McGuire, se habían extendido como una

pantalla por el norte, donde esperaban las fuerzas del general Banks, en Harrisonburg. Hacían lo posible para evitar que el enemigo se enterara de que el núcleo principal de las fuerzas de Jackson intentaba lanzarse sobre las del general Milroy antes de que éste pudiera recibir refuerzos de Frémont.

David había referido a Jackson, en la noche de su llegada a Staunton, cuanto le dijera Ewell sobre el mensaje del general Banks al Secretario de la Guerra unionista, Stanton, interceptado por el telegrafista de Jeb Stuart. Jackson le había dado las gracias, pero sin abandonar su reserva.

—No estoy muy seguro de que usted nos haya hecho un favor al volver de Richmond acompañado por el señor Mattox, comandante Preston —declaró el viejo Jack.

—Le he advertido que yo mismo me encargaré de arrestarle en el caso de que se le escape algún secreto, general. Creo que podemos confiar en su palabra, ya que me ha prometido comportarse con la máxima discreción.

—En cualquier caso, doctor, le consideraré a usted único responsable de una cosa así —había sido el único comentario de Jackson.

Moviéndose a poca distancia de los dos generales y su estado mayor, David se preguntó cómo se estaría desenvolviendo Mattox como conductor de uno de los carromatos de los servicios médicos, trabajo para el cual se había ofrecido espontáneamente.

—Si nosotros nos aguantamos en la cumbre de la montaña y en Sitlington’s Hill, cerca del camino —puntualizó Jackson, dirigiéndose al general Edward Johnson, que marchaba a su lado—, debiéramos ser capaces de embotellar al general Milroy.

—Todo queda planeado perfectamente si podemos evitar que los federales se enteren de que usted se encuentra aquí también —convino Johnson—. Siempre y cuando Milroy esté convencido de que se enfrenta solamente con mis dos brigadas y las tropas de Georgia, todavía, cabe la posibilidad de que haga alguna tontería.

—Redoblaremos nuestros esfuerzos para incrementar tales probabilidades —dijo Jackson—. Y ahora, general, si usted sitúa a sus tropas en las posiciones acordadas, con la ayuda de Dios podemos conseguir una gran victoria aquí hoy.

El poblado de McDowell estaba situado en un estrecho valle atravesado por un afluente del río Cowpasture. David escogió un claro en la orilla de éste. Disponía así de agua a mano y de espacio para su hospital. Los carromatos se desplazaron desde la carretera hasta las cercanías del cauce, dedicándose él a supervisar el montaje de las tiendas de la unidad sanitaria.

Colaboraban en tales trabajos Hal Perkins, Mattox y media docena de hombres, muchos de los cuales se recobraban de sus heridas. Estos soldados habían quedado asignados a la unidad. Cuando daban fin a sus preparativos, se oyeron a lo lejos los rumores de unos disparos. La batalla, aunque todavía en su etapa preliminar, había comenzado.

Poco después de las cuatro de la tarde, el tiroteo se tornó más intenso. Pronto comenzaron a llegar heridos al puesto. Muchos de ellos eran hombres de Virginia, a quienes delataba su suave acento. El general Edward Johnson fue conducido hasta allí poco después de las cinco: una bala de fusil le había atravesado el brazo. David le puso una inyección de morfina, lavándole la herida con una solución de cloruro de cal. La herida en cuestión presentaba un orificio de entrada y otro de salida.

—Milroy estuvo a punto de ser más listo que nosotros —admitió Johnson mientras le vendaban la herida—. Intentábamos un ataque por el flanco, pero fue reforzado por parte de la brigada de Schenck. Esos soldados de Ohio y Virginia Occidental pelean como tigres.

—He visto muchas heridas de metralla —declaró David—. Tengo la impresión de que el enemigo está usando artillería de largo alcance.

—Así es… Y de una manera muy efectiva. El general Jackson ha intentado mantener nuestras fuerzas bajo la protección de la cumbre de la montaña.

—En Manassas recurrió a la misma estrategia…

—Aquí también hubiera dado resultado, de no haber sido por esos chicos de Georgia, que se abalanzaban hacia la línea del frente. Los yanquis consiguieron alcanzarles con los rifles Sharpa, voleando además proyectiles de largo alcance con esas Parrott que tanto utilizan. Los proyectiles venían explotando precisamente encima de la cresta de la elevación, rociándonos de metralla.

—Nosotros no vinimos a Virginia desde Georgia, general, para correr delante de los yanquis —declaró un soldado de alta estatura, el cual tenía la cabeza vendada, hallándose tumbado en una de las literas.

El espíritu marcial de estos hombres es magnífico —informó Johnson—. Ahora bien, es necesario también apelar al buen juicio…

—¿Cómo se halla planteada ahora la situación, señor? —preguntó David.

—Hay un compás de espera. Habiendo intervenido en la refriega los regimientos de la brigada de Schenck, los federales nos ganan ahora en número. Algo hemos conseguido, sin embargo. Si el general Jackson logra enviar una fuerza por un camino secundario que ha descubierto sobre la

marcha, con el fin de atacar a los federales por uno de sus flancos, éstos tendrán que retroceder.

—¿Cómo dio con ese camino?

—Poco antes de ser herido yo, llegó un explorador con información sobre la nueva ruta… Pero ésta exige una larga marcha forzada y en estas montañas no hay manera de orientarse en la oscuridad. El general se verá obligado a aguardar hasta el amanecer para guiar a esa fuerza.

—¿Habla usted de guiarla? Seguramente, no hará eso…

—A veces, doctor, a uno no le queda otra salida. Jackson no confía demasiado en los coroneles que mandan dos de las otras tres brigadas.

—Así pues, se pondrá al frente de sus hombres, afrontando el peligro…

—¿Qué otra cosa podría hacer?

—Es verdad —admitió David—. No obstante, creo que sus probabilidades de salir indemne de esta guerra aumentarían notablemente si de vez en cuando nos hiciera atisbar en él un poco de miedo.

Con la llegada de las sombras, el rumor de la lucha se redujo a alguna que otra explosión, debida al empleo de una de las arma& Parrott, las cuales podían hacer fuego, con alcance fijo, conteniendo así a las tropas del Sur. Por espacio de una hora no apareció ningún herido por el hospital. David aprovechó aquel paréntesis para hacer un ligero refrigerio a base de galleta y carne de buey seca. Hal Perkins consiguió preparar un estofado con patatas y cebollas hurtadas en alguna parte. Logró así un plato bastante apetitoso. Después de hacer diversas recomendaciones a Hal, trepó hasta lo alto de la colina, para visitar el puesto de mando de Jackson, allí instalado.

El teniente Kyd Douglas, el nuevo ayudante de campo de Jackson, estaba escribiendo una carta. Joven, bien parecido, abogado de profesión, Douglas, según había oído contar David, había nacido en Shepherdstown, en el punto en que un río se cruzaba con el Potomac, a unos doce kilómetros de Martinsburg, por el oeste. Douglas fue a ponerse en pie cuando vio que David se quedaba plantado junto a él.

—Siga, siga, teniente. Hace varios días, en la estación del río Mechum, sostuve con alguien una interesante conversación relativa a su persona…

—Sin embargo, comandante, yo sólo he estado allí en una ocasión, el domingo, cuando todos subimos a un convoy.

—Estuve hablando con el general Dick Ewell, quien intentaba averiguar adónde se dirigía el general Jackson.

Douglas se echó a reír.

—Quiso sondearme en Gordonsville. Ahora bien, yo mismo no conocía aquel dato, de modo que mal podía dárselo a conocer. Hizo grandes elogios de usted, no obstante.

—Supongo que yo debía de ofrecer el aspecto de Paul Revere al final de su viaje. En realidad, el mío fue un poco más largo… Tuve que ir a Gordonsville, que queda a una distancia de ochenta kilómetros de Elk Run, y volver en cuarenta y ocho horas.

—Estaría usted medio muerto sobre la silla.

—Parte de mi cuerpo, sí, en efecto. Estuvo lloviendo sin parar, y cuando llegué al cuartel general de Conrad's Store, en Swift Run Gap, la segunda noche, me hallaba calado hasta los huesos. Entré en la habitación del general para hacerle saber que había vuelto y lo encontré tendido en el suelo, sobre un colchón, envuelto en una manta. Incluso tuve que despertarle para facilitarle mi informe, pero todo lo que me respondió fue: «Muy bien. Llegó usted allí a su hora. Buenas noches».

Douglas dejó oír una risita.

—Creo que me comporté como un chico que esperara una recompensa y que el general debió de comprenderlo. A la mañana siguiente, me mandó llamar. Al presentarme a él se hallaba sentado en una banqueta, leyendo un despacho, junto a una pequeña hoguera. Empecé a formular unas excusas referidas a lo de la noche anterior, pero antes de que lograra dar con las palabras adecuadas me interrumpió.

—Señor Douglas —dijo—: el comandante Baylor me deja hoy para tomar el mando del 5.º Regimiento de la Brigada Stonewall. Quiero asignarle el cargo a usted de ayudante del inspector general aquí. —El joven oficial sonrió —. ¿Puede usted decirme, doctor Preston, cuáles son las obligaciones de la persona que ostenta ese puesto?

—No sé qué es lo que rezan concretamente las ordenanzas al respecto, pero en el Ejército del Valle eso significa hacer todo lo que el general Jackson diga… Es lo que les ocurre a los restantes oficiales.

—Ya me he dado cuenta de ello, y supongo que me tocará aprender más mañana, cuando le acompañe en ese movimiento de flanco.

Douglas miró a lo lejos por un momento, fijando luego de nuevo la vista en David.

—¿Ha entrado usted en fuego alguna vez, comandante Preston?

—En varias ocasiones.

—Con franqueza: estoy espantado.

—A todo el mundo le pasa lo mismo… Y no sólo la primera vez. Pero si va usted acompañando a Jackson saldrá del trance perfectamente, teniente. ¿Puede verse algo desde la cumbre de esta elevación? Anduve tan ocupado hoy que no dispuse ni de un instante para estudiar el terreno después de haber comenzado la batalla.

—Desde aquí se divisa todo —manifestó Douglas—. Iré con usted.

Desde la cresta de Sitlington's Hill echaron un vistazo a un vasto océano de sombras, moteado con las hogueras del ejército unionista, en el descanso de la noche.

—Los primeros informes situaron los efectivos del general Milroy por debajo de los tres mil hombres —explicó Douglas—. A juzgar por esas hogueras, ahí abajo podría haber medio millón de soldados. Hay que decir que son valientes, comandante. Si hubiera visto cómo trepaban esas tropas de Ohio por las laderas esta tarde… Pensé que acabarían por desbordamos, con seguridad, pero los muchachos de Georgia los rechazaron una y otra vez.

—Es lo que me figuré, guiándome por los heridos que acogíamos. Mañana, sin embargo, las cosas cambiarán. Cuando el general Jackson caiga sobre la retaguardia yanqui con ese movimiento de flanco, los federales tendrán que retirarse o dejarse hacer pedazos.

—Si llega a la retaguardia federal, querrá usted decir, ¿no, comandante?

—He aquí algo muy especial del Ejército del Valle, teniente. En lo concerniente a los planes del general Jackson, aquí nunca decimos sí, sino cuando… Le deseo buena suerte para mañana.

—Gracias, doctor. Creo que voy a necesitarla.

La verdad fue que el joven oficial no tuvo necesidad de ella para nada. Nada más salir el sol y desvanecerse la niebla de la mañana de los valles situados más allá de la montaña de Bull Pasture, todos pudieron contemplar los ennegrecidos residuos de centenares de hogueras, muchas de las cuales todavía humeaban. Las tropas federales se habían retirado de la zona en el curso de la noche, desplazándose hacia el noroeste para unirse a las mucho más poderosas fuerzas del general J. C. Frémont, teniendo entre ellas y el Valle del Shenandoah la barrera del baluarte oriental de los montes Allegheny.

Ed Mattox conducía uno de los carromatos utilizados como ambulancias, habiendo estado sumamente ocupado durante todo el día anterior. Cuando Mattox regresó al campo de batalla para llevarse los últimos evacuados, alrededor del mediodía, Hal Perkins estaba dedicado a su tarea favorita: freía unas truchas que había pescado en el afluente del río Cowpasture, en una de

cuyas orillas se hallaba instalado el hospital, valiéndose de gusanos y varios sedales montados en sitios estratégicos durante la noche. Invitado a compartir la comida con David y Hal, Mattox saboreó el plato con auténtica delectación…

—Usted, Hal, supera como cocinero al propio chef del Spotswood —comentó el periodista, tras haber dado entre lodos buena cuenta de los filetes de pescado, de las doradas patatas fritas y del café—. Si después de la guerra desea abrir un restaurante, organizaré en Richmond una campaña de publicidad en la prensa para darle a conocer.

—Yo voy a ser médico, señor Mattox.

—Es una lástima. Estos platos hacen más bien al estómago que una docena de doctores especializados. No obstante, creo que obra usted con mucho acierto. He oído decir que el colegio médico de Richmond ya a iniciar un curso intensivo a fin de formar más doctores en medicina para los ejércitos. —Mattox se volvió hacia David—. ¿Ha oído hablar del telegrama que Jackson cursó a los generales Lee y Johnson esta mañana?

—No. ¿No le advertí en su día, Mattox, que debía abstenerse de ir por la oficina de telégrafos?

—El operador de la estación de ferrocarril ha estado refiriendo a todo Staunton que él telegrafió: «Dios ha bendecido nuestras armas con la victoria lograda en McDowell ayer». A pesar de eso, Jackson no quiere que telegrafíe una palabra sobre ese tema.

—Quizá tenga buenas razones para proceder así.

Mattox miró a David incisivamente.

—Usted sabe algo que yo ignoro, ¿eh?

—No, pero podría darle una pista. Las tropas que nosotros derrotamos ayer constituían solamente una parte de las fuerzas federales del Valle o de cerca del Valle. Actualmente, hay apostados tres ejércitos a distancias no superiores a los ciento cincuenta kilómetros. Son los de Frémont, Banks y Shields.

—Ni siquiera Jackson puede pensar en derrotarlos solo…

—El general Jackson nunca pelea solo, señor Mattox —medió Hal Perkins—. ¿Se acuerda del telegrama cursado a Richmond?

—«Dios ha bendecido nuestras armas…». —Mattox movió la cabeza lentamente—. No es de extrañar que venza siempre. Un hombre que está asociado con el Todopoderoso no puede ser vencido jamás.

VIII

EL 16 de mayo de 1862, Jefferson Davis decretó un día de plegarias y acción de gracias por la victoria de McDowell. Bastante irónicamente, resultaba ser el día en que la nueva Ley de Reclutamiento colocaba bajo banderas a todos los hombres cuya edad estuviese comprendida entre los dieciocho y los treinta y cinco años, que no adujesen una razón satisfactoria para ser eximidos. Dicha ley fue firmada en Richmond por Davis de acuerdo con una disposición separada.

Las fuerzas de Jackson habían perseguido a los ejércitos federales, que se replegaban hacia Monterrey ante el avance de McDowell, por un maravilloso valle que a Davis le recordó una zona deliciosa de Suiza. Luego continuaron hacia el norte a lo largo de la rama meridional del Potomac, hasta llegar casi hasta Franklin. Pero, al saber que Frémont había colocado parapetos en esos alrededores, el ejército fue dirigido hacia el este, en dirección de Harrisonburg, sobre el valle Turnpike.

El 16 fue un día cálido y agradable; pero cuando David despertó en la zona del l.er Hospital de Campo, detrás de la Brigada Stonewall colocada ahora bajo el mando del brigadier general Charles S. Winder, sintió de inmediato que algo iba mal… y sabía dónde encontrar la causa.

—¿Qué pasa, Hal? —preguntó, al terminar de asearse en un arroyo vecino.

—Es en el 27.º Regimiento, señor. Se rumorea que algunas unidades rehusarán congregarse al ser convocadas mañana por la mañana.

—¿Por qué?

—Como el servicio obligatorio va a entrar en vigor, un par de compañías del regimiento consideran que la nueva ley las exime.

Un clarín sonó en aquel preciso momento y las unidades del 27.º Regimiento comenzaron a reunirse para la formación mañanera… excepto un grupo de cerca de cien hombres que permanecieron vagabundeando en torno a sus fogones, sin hacer nada por tomar los fusiles ni engrosar la formación.

—El coronel Grigsby se dirige ahora al cuartel general de la brigada —dijo Hal a un oficial de aspecto sombrío que ostentaba sobre su pecho la insignia de coronel y que atravesaba la zona del vivaque. Pero Grigsby no fue lejos. A poco se le vio volver con expresión más seria que nunca.

—Me pregunto qué le ha dicho el general Jackson —dijo Hal a un compañero.

—Sea lo que fuese, puedes apostarte que no ha sido nada agradable.

Del lugar donde el 27.º Regimiento estaba acampado llegó una sucesión de tajantes voces de mando, de modo que no tardaron en hallar la respuesta.

A lo largo y ancho de la zona del vivaque había jefes vociferando órdenes y las otras compañías del regimiento iban acudiendo, como es lo corriente, armadas con sus rifles. Sólo las dos compañías que se habían amotinado (no puede emplearse otro calificativo) se abstuvieron de acudir a obedecer órdenes y a congregarse para el informe matutino. El coronel Grigsby se mantenía a un lado, con el ayudante del regimiento frente a él y la espada desenvainada en su mano.

—Vosotros, los de allí —gritó, dirigiéndose a los que vagabundeaban—. ¿No habéis oído la orden de congregarse?

—Nuestro alistamiento expiró ayer, coronel —le respondió uno vestido con uniforme de montaña—. Nos iremos a casa de vuelta en cuanto se nos pague.

—Os ordeno que os reunáis a los demás.

—Nuestro tiempo de alistamiento terminó, coronel —dijo otro—. Ya se ocuparán otros de hacer la guerra de Jeff Davis por un tiempo.

—¡Presenten armas! —ordenó Grigsby a las tropas ya formadas.

—¡Oiga! —dijo el portavoz de los amotinados, visiblemente alarmado—. Usted no puede…

—¡Prontos para disparar!

—¡Santo Dios! —gritó el hombre—. ¿Se dispone usted a matamos como perros?

—No, como desertores.

Todos advirtieron la voz un poco alterada de Grigsby, de modo que los ojos se volvieron unánimemente hacia Jackson, quien había llegado sin que nadie se diese cuenta y se había detenido a unos diez pasos de Grigsby.

—Mire usted, mi general…

—¡Listos! ¡Apunten! —dijo secamente Grigsby.

Se produjo un momento de tensión y el clic de los gatillos se oyó con inusitada claridad en el mortal silencio, mientras varios centenares de rifles se erguían disponiéndose a apuntar a los hombres desarmados. Luego éstos se precipitaron hacia las armas que estaban en un montón y así se terminó el breve motín. A los dos minutos, todos los hombres estaban formados, cada uno con su arma al hombro.

—Pase revista a sus compañías —dijo el coronel Grigsby a los comandantes. De inmediato se procedió a pasar lista.

Al llegarse a las compañías amotinadas del 27.º Regimiento, sus integrantes respondieron con voz tan clara como los otros; más clara y alta, tal vez. Al terminar, el ayudante del regimiento se dirigió hacia Grigsby.

—Todos presentes y a la orden, señor.

—¡Rompan filas!

Cuando los comandantes dieron la espalda a los hombres, éstos rompieron filas. El coronel Grigsby extrajo un pañuelo de su bolsillo y se enjugó la frente, bañada por gruesas gotas de sudor que desafiaban el intenso frío de la mañana.

—¡Gracias a Dios! —se le oyó murmurar.

—Sería necesaria la intervención de la Divina Providencia para que Grigsby acudiera a pedir auxilio a Jackson en un caso tan insignificante —dijo una voz.

La voz resultaba familiar, de modo que David se dio la vuelta, para encontrarse con que quién había hablado era el coronel John Imboden, que se hallaba a su lado.

—¿Ha sido el general quién ha dicho a Grigsby que hiciera eso?

—Se lo ordenó hacer —dijo Imboden. Luego, al ver a Ed Mattox que se aproximaba tras haberse mantenido a cierta distancia contemplando la dramática escena, agregó—: Buenos días, señor Mattox.

—¡Hola, coronel! —dijo el periodista—. Creo que no le había visto a usted desde aquella mañana en que juntó unos trenes fuera de Richmond y los dirigió a Harpers Ferry.

—De eso hace ya mucho tiempo. Mucho, mucho tiempo.

—¿Cree usted realmente que el general Jackson hubiese hecho matar a esos hombres si se hubieran negado a obedecer la orden? —preguntó Mattox.

—Hubiese ordenado matar a cualquiera que se negara a obedecer una orden legítima, señor Mattox —dijo Imboden—. ¿No lo crees así, David?

—Sin ninguna duda.

—Estoy comenzando a entender por qué los soldados de Jackson le son tan leales —dijo el periodista—. No teme compartir con ellos el peligro, pero espera de la otra parte el mismo coraje y la misma adhesión a la causa.

Y consigue ambas cosas, no lo olvide usted —dijo Imboden—. Bueno, será mejor que me vaya. Hay mucho trabajo.

—Me pregunto si en este momento alguien en la Confederación advierte con exactitud cuánto hay que hacer —dijo Mattox con sencillez mientras,

junto a David, se encaminaba hacia la zona del hospital—. Tras un año cumplido de guerra, el ejército de Jackson es prácticamente el único en no hallarse en situación comprometida. El general Albert Sidney Johnston resultó herido en la batalla de Shiloh, en Tennessee, el mes pasado y su ejército barrido del campo. Nueva Orleáns ha sido capturada por las lanchas cañoneras de Farragut, quedando así cerrada la boca del Mississippi y la parte superior del río al norte de Memphis ya se encuentra en manos de los federales.

—Excepto la región de Vicksburg.

—Ulysses S. Grant no va a parar hasta que tome esa región también —dijo Mattox—. Aquí en el este, McClellan tiene a más de cien mil hombres que se dirigen hacia la península. Según el último informe que he recibido, está en White House, sobre el río Pamunkey, a veinte millas de Richmond. Y para colmo, McDowell tiene algo así como cuarenta mil soldados cerca de Fredericksburg, de donde puede caer sobre Richmond desde el norte o bien reforzar las posiciones de McClellan. Aparte de eso, las cañoneras federales han subido lo bastante el río James como para amenazar Richmond.

—¿Está usted tratando de decirme acaso que estamos ya derrotados?

—Sólo digo que Stonewall Jackson y el Todopoderoso tendrían que ponerse de acuerdo cuanto antes sobre la realización de algún milagro. De lo contrario, la capital de la Confederación tendrá que desplazarse hacia atrás y situarse en Montgomery. Y lo peor es que ese Jackson no me permitirá enviar una palabra de mensaje desde aquí a Richmond.

—Todo lo cual podría significar que ya está planeando cuál será su parte en el milagro de que usted acaba de hablar —dijo David.

IX

—¿NO le había dicho a usted que el viejo Jack sabe lo que está haciendo? —preguntó David a Mattox unos días más tarde. Como trataba de hacer cada sábado, Stonewall Jackson había dispuesto un alto para que sus tropas se tomaran un día entero de descanso en Mount Solon, que se halla a unas doce millas al sudoeste de Harrisonburg y a algo menos de esa distancia del valle Turnpike.

—¿Ha reconocido usted sin duda al oficial que acaba de entrar en el campamento, no?

—Dick Ewell no pasa desapercibido para nadie. Pero, ¿qué es lo que sucede?

—Banks ha empezado a evacuar sus tropas de Harrisonburg hacia Strasburg y Winchester. Sandie Pendleton me lo dijo esta mañana cuando llegaron los despachos del correo militar.

—¿Sería usted capaz de echar en cara a Banks el hecho de negarse a luchar tan lejos de sus bases de suministro, que están en Winchester y Harpers Ferry?

—Más bien no; pero si ha dicho la verdad, su ejército suma el doble de los de Jackson y Ewell. Así ha informado a Lincoln y a Stanton. Nosotros tenemos probablemente ahora unos quince mil hombres, de modo que Banks piensa que ha de enfrentar a treinta o treinta y cinco mil.

—Sumadas las fuerzas de Ewell y de Jackson.

—Usted puede ser un buen periodista, Ed, pero poco vale como estratega militar —dijo David moviendo la cabeza con gesto de burlona misericordia —. Le apuesto diez contra cinco que en este preciso momento Jackson y Ewell están madurando un plan que coloque a Banks entre los ejércitos de ambos.

—No hay apuesta —dijo Mattox—. Iré a meter los pies en ese baño que Hal recomienda. A menos que esté muy equivocado, la famosa «caballería de a pie» de Jackson tendrá que hacer una larga caminata en los próximos días.

Por la mañana, en la iglesia, el reverendo J. L. Dabney, capellán privado de Jackson, predicó su habitual sermón exaltado. Tras la comida del mediodía, cocinada y servida por Jim, ayuda de cámara personal de Jackson, Ewell y sus oficiales volvieron a dirigirse al este, hacia Conrad’s Store y el valle Elk Run.

La suposición de Mattox sobre la caminata resultó acertada: unas dos horas después de la salida del sol, el ejército del Valle comenzó a marchar hacia Harrisonburg entre las aclamaciones de la gente. Unos cuantos vagones de ferrocarril convergían hacia la ciudad, obviamente para servir de base de suministros para la nueva operación militar. Y cuando se dio la orden de depositar los bultos y efectos personales en el juzgado, una aclamación especial salió de las tropas veteranas.

—¿Qué significa todo eso? —dijo Mattox a Hal. Ambos se hallaban sentados en el vagón hospital en el que habían llegado hasta allí. Los pies de Mattox ya no querían saber nada más al pasar cinco millas más allá de Mount Solon.

—Cuando se da la orden de depositar los bultos personales, es que la batalla está próxima —explicó Hal.

A la tarde siguiente, ya tarde, el l.er Hospital de Campaña recorría el camino entre Harrisonburg y New Market. De pronto, una aguda banda de música empezó a oírse detrás y un poco después apareció una columna multicolor de hombres marchando con gallardía. Eran trescientos hombres saludables, vestidos con uniformes grises muy nuevos y llevando polainas blancas. Los últimos rayos del sol de la tarde relucían en sus bayonetas y avivaban los colores de sus estandartes.

—¿A qué unidad pertenecéis? —preguntó Hal Perkins a un sargento que desfilaba detrás de la segunda columna.

—A la Brigada de Zuavos de Louisiana, que forma parte de la división de Ewell —le respondió el sargento con claro acento francés—. Nos manda el general Richard Taylor, que es hijo de un presidente.

—No se dirá que van rezagados —comentó Hal en tono temeroso—. Cuando el general Jackson entró en New Market esta tarde, la brigada de Stonewall se había extendido cinco millas a lo largo del camino de barrera.

—¿Cuánto camino habéis hecho hoy? —preguntó Ed Mattox al sargento zuavo.

—Salimos de Keezletown Road. Veintiséis millas.

En ese momento, la banda comenzó a ejecutar un vals y, sin fallar el compás, una compañía de la columna empezó a dar pasos de baile.

—¡Bravo, bravo! —dijo un robusto irlandés de los Emerald Guards—. Buen ramillete de maestros de danza.

—He tenido oportunidad de ver el modo de luchar de esos tíos, sargento —dijo Ed Mattox—. Quien entra en un cuerpo a cuerpo con ellos se

encuentra con que tiene un pie en la cara antes de darse cuenta de qué es lo que le ha golpeado.

—Ya me puedo volver a casa —dijo el irlandés—. Puedo decir que lo he visto todo.

A la mañana siguiente, a corta distancia de New Market, cuando la niebla de la mañana aún permanecía en las cumbres de Massanutten Range, la cabeza de la columna dobló agudamente hacia el este, en dilección a Luray y a un pasaje montañoso que desemboca en un desfiladero, el cual divide el valle a lo largo de unas cuarenta millas. Pronto la columna atravesó el ramal del sur del río Shenandoah, rumbo al norte donde se junta con el Potomac en Harpers Ferry.

—Quisiera que me dijera adónde diablos nos encaminamos, David —dijo Mattox.

—Probablemente terminaremos en algún lugar situado entre General Banks, en Winchester, y General Shields, en Front Royal —respondió David. Pero también él estaba confundido por aquel cambio de dirección.

—O acaso atravesemos Blue Ridge para colocarnos detrás de McDowell, en Manassas, y así poder atacar Washington —dijo Mattox—. Apuesto por Washington.

—Y yo por la ruta del valle.

—Mi jefe en Richmond se caerá de espaldas cuando yo le envíe un comunicado diciéndole cómo Stonewall Jackson tomó preso a Abraham Lincoln y al secretario Stanton, finalizando así la guerra con un solo golpe de mano —dijo Mattox.

Al final del segundo día de dura marcha, la «caballería de a pie» había atravesado Massanutten Range, penetrando en el estrecho pero encantador valle Luray, que separa aquél de las imponentes alturas del Blue Ridge. La extensión más alta se interponía entre el ejército del Valle y Piedmont, en Virginia, donde el ejército federal al mando del general Irvin McDowell amenazaba Richmond. Entretanto, más al este, el ejército de la península al mando del general George McClellan, tenía la misma misión.

Fue aquí donde se reveló la maestría estratégica de Jackson, pues, mientras marchaba hacia el norte a través de Luray Valley, sus tropas resultaban ocultadas a las fuerzas del general Banks, que se retiraban en dirección al norte, hacia Winchester y hacia la principal base federal para toda la zona del valle de Shenandoah. Al mismo tiempo, Banks resultaba quedar a oscuras en lo referente a saber de dónde debía esperar el ataque que, sin duda, Stonewall Jackson estaba preparando. Al mismo tiempo, la caballería de

Ashby, cuyo comandante acababa de ser ascendido a la categoría de brigadier general, iba hacia adelante, desplegando la convencional pantalla, y los correos militares informaban periódicamente a Jackson y a su estado mayor sobre los lugares en que se encontraba el grueso de las fuerzas de Banks.

En Luray, la columna fue engrosada por el resto de la división del general Richard Ewell, que marchaba hacia el norte desde Elk Run, donde se hallaban las antiguas bases de operaciones de Jackson. (Concretamente en Conrad's Store, cerca de Swift Run Gap). Allí la columna torció nuevamente al norte y Ed Mattox tendió silenciosamente a David cinco dólares. Había perdido.

El ritmo de la marcha no se aminoró, pero resultó considerablemente más fácil a lo largo del río Shenandoah que a través de la zona montañosa de Massanutten Range.

El 23 de mayo, la Brigada Stonewall, que aún seguía a retaguardia de la larga columna, hizo veintiséis millas en dieciséis horas, hasta llegar a una posición que dominaba Front Royal, a unas veinte millas al sur de Winchester. La caballería de Ashby tomó el flanco izquierdo, cruzando el río Shenandoah y desplegándose para colocar una pantalla entre el general Banks, que estaba en Strasburg y las fuerzas de Jackson, situadas en Front Royal. Entretanto la cabeza de la columna de infantería de los confederados torcía hacia la derecha y subía por un sendero que rodeaba el lado oriental de la ciudad.

Fue allí donde tuvieron el primer contacto con el enemigo. Un grupo que intentaba una escaramuza y que formaba parte de la cabeza de la columna de Jackson se encontró al salir de un bosque con un piquete de federales, de manera súbita. Las fuerzas de la Unión retrocedieron a través de la ciudad de Front Royal luchando incansablemente para hacerse fuertes cerca del río, sobre una parte elevada, desde la cual descargaron su artillería pesada con dos cañones. Sin embargo, cuando la caballería de los confederados, moviéndose hacia el oeste desde la ciudad, comenzó a amenazar la retaguardia federal, las tropas de la Unión quemaron los puentes que cruzaban las dos ramas del río Shenandoah que se unen precisamente al norte de Front Royal y comenzaron a retirarse.

David se había precipitado hacia adelante al oír el fragor de la batalla, llegando justamente a tiempo para ver a los zuavos de brillante uniforme del general Taylor tratando de apagar las llamas en los dos puentes mientras se esforzaban en el ataque. Al mismo tiempo, Stonewall Jackson lanzó a la Sexta División de caballería de Virginia hacia el río para perseguir al enemigo que huía. Él mismo se mezcló a ellos, alentándolos. Con su inconfundible gorra

sobre los ojos, tan calada que visto por detrás parecía carecer de cabeza, Jackson recordaba al famoso Caballero Decapitado de Washington Irving.

La escaramuza —puesto que apenas fue eso— sólo duró un breve tiempo. Pronto la caballería retornó con unos seiscientos prisioneros, cien caballos tal vez, y suficiente ración para las bestias. También se apoderó de los cañones que habían entorpecido más que ninguna otra cosa el paso del Shenandoah. Al caer la noche, la derrota de los federales era completa en Front Royal. Cerca de setecientos cincuenta prisioneros, la mayor parte procedentes de Maryland (del regimiento del coronel J. R. Kenly) habían sido hechos prisioneros y todo el ejército había estado tan cerca de caer, que cabía la posibilidad de que el general Banks pudiese pensar que apenas poco más que la caballería o, mejor dicho, la pantalla formada por la caballería —la cual le había perseguido durante todo el camino hasta Harrisonburg— había bastado para derrotarle.

Bastante antes de la salida del sol, al día siguiente, todas las fuerzas fueron puestas de nuevo en movimiento hacia el valle Turnpike y Winchester. Grandes suministros de alimentos y de materiales habían caído en poder de las tropas de Ashby, que, al igual que las otras, habían recorrido vastos territorios a marchas forzadas y con raciones escasas. Cuando se detuvieron para tomar el botín y comer, el propio Jackson fue hacia ellos y los incitó a ponerse de nuevo a la obra. Pero era demasiado tarde. Varias compañías del ejército de la Unión que se encontraban en retirada consiguieron escapar, previniendo de la situación al general Banks, que se encontraba en Strasburg, y avisándole que su implacable enemigo Stonewall Jackson estaba pisándole los talones llevado por incontenible ira.

Cuando David Preston llegó al valle de Turnpike con su hospital móvil, un extraño espectáculo se presentó a sus ojos. Por cuanto se veía, el capturado ferrocarril federal de suministros corría por sus vías hacia el sur. Algunos de los vagones ardían; pero la gran mayoría habían podido ser tomados intactos. Como no era posible disponer de soldados que custodiaran aquella preciosa carga, puesto que tendrían que ser sustraídas al combate, civiles de todas clases, pero también militares se habían dedicado al pillaje. Los vagones estaban rodeados de personas que se llevaban el botín.

Más adelante, allí donde la rápida caballería de Jackson había detenido el tren, montones de cadáveres de hombres y de animales indicaban los puntos donde la pantalla de la caballería federal había pretendido inútilmente proteger sus suministros, presentando batalla a los atacantes antes de que éstos cortaran el tren. En cierto lugar, un par de vagones se habían colocado bajo una fila de robles gigantescos que estaba fuera del camino y un grupo de

bribones —que también se habían retirado de Harrisonburg pero cambiando de bando en el proceso —había instalado allí un prostíbulo provisional, ante el cual filas de hombres esperaban bajo los árboles.

—Ahí tiene una pequeña historia de esas que ustedes llaman de interés humano, Ed —dijo David Presión a Mattox cuando pasaban al lado de las filas. Iban a caballo. El periodista se había apropiado de uno perteneciente a la caballería federal y lo pensaba destinar a su propio transporte.

—No vale la pena dedicar tiempo a describir esa escena. Jefferson.

—Davis se opondría a su publicación —dijo Mattox.

—¿Por qué?

—Porque ha venido haciendo cuanto estaba de su mano para clausurar los burdeles en Richmond. Hay que decir, sin embargo, que uno nuevo se abrió casi enfrente al hospital pocos días antes de salir nosotros de allí. Uno de los médicos del hospital me dijo que había tenido que tratar más casos de gonorrea durante la semana siguiente a su apertura que en el curso de toda su vida profesional.

—Es que la vida continúa, ¿sabe usted? ¿Supongo que escribirá usted un libro una vez que todo esto finalice?

—No estoy seguro de creer en cosas que he visto con mis propios ojos —dijo Mattox—. Hasta que la división de Ewell se unió a Stonewall dudaba que el ejército del Valle tuviese más de quinientos hombres. Sin embargo Jackson ya ha derrotado a dos ejércitos federales compuestos de, por lo menos, el doble de ese número. Y eso en poco más de un mes. Empiezo a preguntarme si los federales serán capaces de detenerlo antes de que llegue al Potomac.

—Ya lo ha visto usted tomar Washington hace unos días —recordó David al periodista—. ¿Será que ya está perdiendo la confianza?

—Oh, no. Sólo me pregunto qué pasaría si Jeff Davis pusiera la guerra enteramente en manos de Lee y de Jackson.

La Brigada Stonewall se hallaba a la vanguardia del frente de acción contra Winchester. David estaba un poco detrás, prestando ayuda a los atareados cirujanos del regimiento allí donde se habían instalado centros de curación, es decir, en zonas cercanas al camino de portazgo. Pero, como la columna se movía con rapidez hacia adelante y pequeñas escaramuzas desataban batallas en miniatura a cada milla, corría el riesgo de que entretanto la acción se desplazara a veces hasta varias millas. No había manera de instalar un hospital en regla cerca del frente.

El domingo 25 de mayo de 1862 Winchester cayó en manos del ejército del Valle al mando de Stonewall Jackson. Fue ocupada al día siguiente. Mientras el resto del ejército celebraba el acontecimiento, sin embargo, David Preston estaba muy ocupado para hacerlo. La campaña relámpago del Valle no había sido llevada a cabo sin considerables bajas de ambos bandos. Aprovechando el hecho de que el ejército de Banks se desbandaba desordenadamente cruzando el Potomac y viendo que una unidad sanitaria podía funcionar normalmente durante unos días por lo menos y encargarse de atender a los heridos, David instaló el primer hospital de campo bajo una tienda de lona en los arrabales del sur de Winchester.

Como no quería que las tropas de Banks se reposaran cerca del Potomac, Jackson envió nuevas fuerzas persecutorias al día siguiente. Ed Mattox aprovechó para ir con ellas; pero sólo para encontrarse de vuelta dos días más tarde.

—Por fin he obtenido permiso de Jackson para escribir la historia de la campaña del Valle con destino a mi periódico —le dijo a David a quien encontró en el hospital—. Y verá usted qué historia será.

—¿Ya la ha puesto usted en el telégrafo?

—Aún no: demasiadas comunicaciones telegráficas más allá del valle Turnpike se encuentran por ahora en manos federales. Me propongo ir a caballo hasta Blue Ridge, cruzarlo y alcanzar el tren de Richmond en Gordonsville. Mañana a estas horas estaré en Richmond escribiendo como un desaforado.

—Recuerde que no tendrá muy sano el trasero.

Mattox se alzó de hombros.

—Ese remedio de Hal Perkins realiza maravillas con los pies, de modo que es probable que también las haga con el trasero. Una vez que llegue a Richmond y vea mi historia impresa, me prepararé un baño, echaré en él el remedio y me quedaré inmóvil durante un buen rato.

—¿Ha ido usted muy lejos hacia el norte con las tropas nuestras?

—La Brigada Stonewall llegó hasta Harpers Ferry. De camino ocupó Loudoun Heights…

—El 27.º Regimiento vivaqueaba allí cuando me uní a ellos hace más o menos un año. Mi primer trabajo consistió en evitar que el agua de los retretes continuara mezclándose con la que se usaba para beber.

—Algunas unidades persiguieron a Banks hasta Martinsburg, pero consiguió cruzar el Potomac —agregó Mattox—. Los cruces están muy protegidos, sin embargo, de modo que se vio obligado a llevar a efecto una

retirada estratégica tras destruir mucho material y los vagones que pudiesen ser traídos por nosotros hacia aquí. Ese telegrafista llamado Holbein Jeb Stuart pudo interceptar los telegramas —por lo menos algunos de ellos— que el general Banks envió a Washington explicando lo que había sucedido.

Mattox extrajo de un bolsillo de su chaqueta unas cuantas hojas de papel.

—Oiga esto. De Banks al Ministerio de Guerra:

Parte de nuestras tropas atravesó Winchester en cierta confusión; pero la columna fue prestamente rehecha y pudo continuar en orden la marcha. Mis hombres no han sido derrotados en el ataque. Han llevado a cabo una marcha "prevista" de cerca de sesenta millas de cara al enemigo, desbaratando sus planes y presentándole batalla allí donde lo encontraba.

Mattox detuvo la lectura y levantó los ojos.

—¿Cree usted que el secretario Stanton se creerá todo esto?

David movió la cabeza.

—No conozco a Stanton, pero algo sé de él. Tiene la reputación de ser bastante terco y por lo tanto realista. Es probable que adivine la verdad.

—Sería bastante difícil para cualquiera que no sea el general Banks ignorar la evidencia de las brillantes escaramuzas de Jackson cuando atacaron las colinas que están alrededor de Harpers Ferry, aunque no hayan llegado a tomarlas —dijo Mattox—. Tengo un viejo ejemplar de mi periódico que tomé cuando atravesamos Charles Town. Había en él una noticia anunciando que Jackson había cruzado ya el Potomac en ruta hacia Maryland con fuerzas considerables y que pensaba emprender rumbo a Philadelphia.

—Cualquier tonto sabe que es demasiado sensato para llevar a cabo eso, teniendo en cuenta que en el oeste está el ejército de Frémont y en el este el del general Shields, que aún no se halla demasiado mermado.

—Imagino que Frémont se halla aún dolorido después de lo de McDowell; pero lo que Jackson ha conseguido hacer durante las pocas semanas pasadas es suficiente para hacer de él un héroe. De mi parte haré todo lo posible para que así sea. Ya tengo escrito el principio de mi historia:

El arrojo y el misterio son las dos cualidades principales que distinguen al general Stonewall Jackson, héroe de la Confederación en la que ésta puede ciertamente confiar. Durante el período de unas tres semanas en que este corresponsal estuvo junto a Jackson, tuvo oportunidad de ver y de admirar ambas cualidades suyas en varias ocasiones. En ese breve período, el audaz Jackson no sólo confundió con sus enigmáticas tácticas a sus enemigos, sino incluso a sus soldados. Cruzó el Blue Ridge hacia el este desde Eík Run Valley en donde el general Banks pensaba tener acorralado

a su enemigo y embarcó sus tropas en la estación de Mechum River, cerca de Charlottesville. Pero de pronto volvió a cruzar el Blue Ridge, esta vez por ferrocarril y rumbo al oeste, en busca de Staunton y McDowell. Allí infligió una colosal derrota a los generales de la Unión Frémont y Milroy.

En los días que siguieron a la derrota de las tropas del general Frémont, Jackson se movió hacia el norte y, más allá del valle Turnpike, ocupó Harrisonburg antes de presionar sobre New Market. En este punto cruzó el Massanuttens hacia el este para enlazar con el ejército del general Ewell, engañando de este modo otra vez al enemigo, de donde avanzó rápidamente al norte para hostigar el flanco del ejército federal en retirada a cuyo mando estaba el general Banks. Tomó luego Front Royal. Desde allí, el general Jackson se desplazó hacia el oeste, llegando de nuevo al valle Turnpike y cortando el ferrocarril federal por la mitad. Así obtuvo un magnífico botín de guerra y suministros médicos de los que su ejército se hallaba críticamente escaso. Continuando su presión sobre el general Banks para impulsarlo al norte, Jackson derrotó de nuevo al ejército federal en Winchester, empujándolo hasta el Potomac y obligándolo a cruzar el río.

La hazaña de Jackson ha sido extraordinaria al derrotar al ejército del general Banks, mucho más numeroso, y desalojarlo del valle. Tanto que el secretario de Guerra de la Unión decidió formar un inmenso ejército puesto al mando del general Shields, que volvió a cruzar el Blue Ridge; pero Shields no ha podido afirmar al ejército de la Unión en Rappahannock. Entretanto, los jefes militares de la Unión se enfrentan a una difícil pregunta, que también se hacen el secretario de Guerra Stanton y el propio señor Lincoln: ¿Dónde golpeará la próxima vez este Napoleón sureño?.

—A Jackson le agradará eso de «Napoleón sureño» —dijo David— aunque nunca llegue a admitirlo en público.

—Estuvo muy amable cuando fui a despedirme de él esta mañana —dijo Mattox—. Y Sandie Pendleton me hizo ver la razón: una carta del general Johnston, que he copiado.

Mattox alisó con la palma de la mano otra hoja de papel y leyó:

Cuartel General de Virginia del Norte 27 de mayo de 1862

General:

Le envío mis felicitaciones por sus nuevas victorias y por los nuevos títulos que usted ha adquirido para merecer el agradecimiento de la nación

y del ejército. Si puede usted amenazar Baltimore y Washington, hágalo. Eso daría lugar a una importante maniobra de diversificación.

McClellan se halla cerca y McDowell, se me anuncia, avanza desde Fredericksburg.

Los movimientos que usted verifique se hallan, por supuesto, condicionados a las fuerzas enemigas que permanezcan en los alrededores. De ese hecho depende la viabilidad de su avance hacia el Potomac y el eventual cruce del río. No tengo noticias de tropas hostiles que puedan oponerse a ninguna de ambas operaciones.

Muy respetuosamente, S.S.S.

General J. E. Johnston

P.S. Ganaremos y ahorraremos tiempo si se dirige usted a mí personalmente y no a través del gobierno.

J. E. J.

X

EL 25 de mayo de 1862 pareció el del Juicio Final a muchos del Norte. El 30 de abril, al dejar Stonewall Jackson Elk Run Valley para emprender ahora su famosa campaña del Valle, los periódicos de Philadelphia, Nueva York, Boston y Washington anunciaban un rápido fin de la guerra. McClellan y su imponente ejército de la Península podían oír el doblar de las campanas de las iglesias de Richmond; Shields estaba en camino desde la zona de Winchester hacia Blue Ridge, donde pensaba ayudar a barrer a los confederados fuera de las estribaciones orientales de esa montaña; McDowell se preparaba para encaminarse hacia el sur a través de la parte superior del río Rappahannock y llegar hasta Richmond; Frémont también marchaba sobre Staunton desde Alleghenyes y poseía ya el enlace vital con el ferrocarril central de Virginia. Entretanto, el poderoso Banks se había adentrado en territorio sureño nada menos que hasta Harrisonburg, dispuesto a destrozar a Jackson y a su odiado ejército de Shenandoah.

Sin embargo, cuatro semanas más tarde Banks huía a través del Potomac para refugiarse en Maryland; Frémont trataba de recuperarse tras ser derrotado en McDowell; Shields se apresuraba a volver al valle y el general Irvin McDowell temía ahora avanzar hacia Richmond, puesto que la ruta de invasión tanto tiempo deseada por Stonewall Jackson hacia Maryland y Pennsylvania le resultaba ahora fácil de alcanzar, tras la derrota de Banks. En cuanto a la invasión de McClellan a través de la Península, debía postergarse: Lincoln pedía tropas para proteger a Washington y a Maryland contra los avances de Jackson. Aquel plan de campaña debía ser anulado.

Pero Jackson era un militar demasiado listo para dejarse llevar por excesivos entusiasmos. Ya había cometido ese error una vez, en Kemstown y (al menos a sus ojos) había resultado vencido. En esta ocasión no se dejaría atrapar en la trampa de sus propias ilusiones por tres poderosísimas fuerzas federales que tenían por objetivo Winchester y que hacia allí miraban desde el oeste, el norte y el este. Retiró pues a la Brigada Stonewall de Loudoun Heights, en Harpers Ferry y también a las unidades que vigilaban la margen meridional del Potomac. Inició luego una retirada estratégica que los periódicos del norte, en desesperada búsqueda de alguna noticia que contrarrestara el terror que se había apoderado del nordeste al enterarse la gente que Jackson estaba en la parte meridional del Potomac, calificaron

rápidamente de retroceso primero y de derrota después. Lo que olvidaron tener presente, sin embargo, fue que, mientras Stonewall Jackson frecuentemente usaba la táctica de replegarse para atacar más tarde en mejores condiciones, siempre lo había hecho tras conseguir victorias importantes. Por otra parte, nunca se había batido en retirada en el sentido estricto del término.

Y tampoco ahora lo haría.

De boca de agentes de la resistencia en la zona, Jackson había sabido que McDowell estaba precisamente en aquellos momentos esbozando un plan para alcanzarlo en Strasburg, es decir, a menos de veinte millas al sur de Winchester. Deseaba al parecer destruir al ejército de Jackson y también al propio general, quien así terminaría de infligir hirientes derrotas a la Unión. Veinte mil hombres al mando de Shields cruzaban ya las partes bajas del Blue Ridge hacia Front Royal, mientras Frémont, con quince mil soldados, se encaminaba a Strasburg desde el oeste. Otros veinte mil estaban siendo reorganizados y correspondían a las fuerzas de Banks que se habían dispersado al norte del Potomac.

Ante la perspectiva de enfrentar con dieciséis mil hombres confederados tres ejércitos que sumaban cincuenta y cinco mil yanquis, Jackson emprendió viaje al sur por el camino de portazgo, dejando a la Brigada Stonewall que hiciese marchas forzadas desde Harpers Ferry. Al mismo tiempo envió una pequeña fuerza al este para que hiciese una demostración engañosa a Shields y también despachó a la caballería de Ashby hacia el oeste para que tratara de detener al ejército de Frémont. La carrera por alcanzar Strasburg comenzó el 31 de mayo, aunque resultó embarazada por la necesidad de transportar a dos mil prisioneros y acompasar la marcha de lentos vagones de ferrocarril que transportaban suministros indispensables capturados al ejército vencido del general Banks poco menos de una semana antes. También era preciso llevar varios centenares de caballos sumamente necesarios y algunas mulas. Todos los animales debían ser alimentados en el camino al sur, con las consiguientes demoras.

Al llegar la noche del 31 de mayo, el ejército de Jackson acampó en Strasburg entre dos ejércitos federales: el de Shields y el de Frémont. Pero se hallaba fuera del alcance de los cañones de ambos, El primero de jimio, Ashby y Ewell se las ingeniaron para hostigar a las fuerzas de Frémont situadas al oeste, lo suficiente como para mantenerlas ocupadas durante todo un día, mientras los hombres de la Brigada Stonewall, con los pies llagados y agotados tras una penosa marcha desde Harpers Ferry sin comer, pudo unirse

al cuerpo de ejército principal. Ya muy tarde esa noche, Jackson de nuevo se puso en movimiento hacia el sur, dejando a los dos generales norteños, que tan seguros habían estado de cogerlo, con las manos vacías.

Por entonces ya era obvio para amigos y enemigos que el escurridizo Jackson se dirigía a su vieja guarida en Elk Run Valley, que se encontraba a unas quince millas de Harrisonburg. Tratando de interceptarlo, Shields envió una fuerza federal a Luray Valley, al este de Massanutten. Pero la caballería de montaña de Jackson quemó los puentes que cruzaban el empalme meridional del río Shenandoah, cerrándoles así el camino. A pesar de todo, los generales de la Unión pensaban que tenían a Jackson en una trampa: el 8 de junio, Shields escribió a Frémont para que «cayera como un rayo sobre la retaguardia de Jackson» desde Harrisonburg, ciudad que Frémont había alcanzado el 7 de junio. Ambos generales pensaban que Jackson se estaba retirando en plena desbandada. Pero en realidad estaba tendiéndoles otra celada.

Era una celada sorprendentemente simple: la división de Ewell contendría a Frémont, mientras el grueso del ejército de Jackson caía sobre Shields. Tras derrotar a éste, Jackson correría en ayuda de Ewell para aplastar a Frémont, eliminando de un solo golpe toda amenaza para los confederados en el valle, con excepción del timorato de Banks quien, atemorizado por su experiencia anterior, se dirigía cautelosamente hacia el sur. Para preparar los acontecimientos que se avecinaban, el comandante Jed Hotchkiss, que era el experto en mapas de Jackson, recibió la orden de escrutar cuidadosamente ambas áreas desde un puesto de observación situado en la Peaked Mountain, en la punta sur de la cadena montañosa de Massanutten.

Pero, tal como se presentaban las cosas, la puesta en marcha del plan no resultaba tan sencilla, en especial porque algunas de las fuerzas de Shields llevaron a cabo una escaramuza en Port Republic en la cual casi se apoderan del propio Jackson antes de que lo planeado comenzara siquiera a ponerse en práctica. Entretanto Frémont esbozó un tímido ataque que recibió rápida y contundente respuesta por parte de Ewell, de modo que al fin y al cabo los resultados permanecieron siendo los mismos. Lo que importa decir es que los dos ejércitos federales fueron derrotados en dos días de lucha en Cross Keys y Fort Republic y que de ese modo, la amenaza que pesaba sobre Jackson en el valle se terminó. Al menos por unos meses.

Además, el seco profesor de aspecto tímido se había transformado en el héroe de la Confederación por segunda vez. Había salvado a Richmond de ser capturada cuando el avance de McClellan a lo largo de la Península hubo de

ser detenido por el propio mando de la Unión con el fin de no desamparar la defensa de Washington. En cuanto a McDowell, se vio forzado a enviar a Shields de nuevo al oeste en una frenética carrera para alcanzar y destruir a Jackson. También esa maniobra iba a fracasar.

En todos los aspectos, el verano de 1862, que prometía aportar la victoria a los del Norte fue en realidad un verano negro para ellos.

XI

Weywr's Cave, Virginia
14 de junio de 1862

Mi queridísima Araminta:

Espero que no me consideres desaparecido porque no te he escrito desde que dejé Richmond en mayo. Sé que lees regularmente los periódicos, de modo que ya te habrás dado cuenta de que los acontecimientos aquí en el valle del Shenandoah se han venido sucediendo con pasmosa celeridad. Según creo, los reportajes y crónicas escritos por Ed Mattox tras las tres semanas que pasó con nosotros en calidad de observador, han aparecido ya en numerosos periódicos y pienso que será muy posible que los hayas leído.

En un lapso de tiempo de cinco semanas hemos viajado unas cuatrocientas millas de aquí para allí, batallando por lo menos un día sí y otro no. En cinco batallas importantes, el ejército del Valle derrotó a cuatro ejércitos enemigos, poniendo en fuga a dos de ellos. Hemos tomado cuatrocientos prisioneros y adquirido de ellos armas que necesitábamos con gran urgencia. Y todo eso a un costo muy bajo: mil hombres muertos, heridos o desaparecidos. Se trata, a no dudarlo, de un logro tan notable como cualquier victoria de Alejandro Magno o de Napoleón.

El valle del Shenandoah es maravilloso en cualquier época del año; pero nunca tanto como en estas primeras semanas de junio, cuando todo está en pleno verdor y florece el laurel de la montaña y los rododendros. En ocasión de la batalla de McDowell se nos unió un batallón de cadetes y, aunque me sorprendió que Jackson permitiera a muchachos tan jóvenes exponerse a peligros tan grandes, optó por destinarlos a la retaguardia, donde tenían pocas oportunidades de sufrir daños. Pero, como la Brigada Stonewall también fue mantenida en reserva, los estudiantes no advirtieron que se les negaba la participación en la batalla por causa de su juventud.

Tendrías ocasión de reír, sin duda, si pudieras ver al capellán de Jackson, que es el reverendo John L. Dabney, quien ostenta el grado de comandante. Usa en general un abrigo estilo Príncipe Alberto y se toca con un gorro de piel de castor. Prefiere ese atuendo al uniforme y lo completa a veces con un gran paraguas con el cual se protege del sol. A los soldados les agrada su exaltada oratoria y también al general. Todos hacen constantemente bromas a su respecto, aunque rara vez delante de él pues

temen incurrir en sanciones que les impondría Jackson. Acaso a éste se le ocurriera castigar a los burlones con el fuego de que a menudo habla el reverendo.

Bastante curiosamente, la guerra ofrece a veces momentos en que reina el humor, aunque supongo que nosotros nos reímos un poco más y mejor de lo que sería lo habitual y así ocultamos a los ojos ajenos y a la propia conciencia el miedo que nos asalta tan a menudo. La mayor parte del tiempo, sin embargo, se trata de ejecutar trabajos pesados. No siempre estamos en peligro. En el invierno lo peor es el frío. Los hombres casi se hielan, porque pocos de ellos poseen ropas de abrigo o zapatos aceptables. En verano hay otros problemas. La mitad del regimiento tiene tendencia a enfermarse en un momento u otro. Muchos cogen la malaria, que no podemos tratar siempre adecuadamente por falta de quinina. Ya es casi imposible obtenerla por aquí.

Cuando tomo la pluma para escribirte me siento completamente frustrado ante la evidencia de que soy incapaz de expresar mis sentimientos de gratitud por el inmerecido milagro de que gozo. Me refiero al milagro de ser amado por ti. Sólo puedo, ay de mí, expresarme en palabras ordinarias, pues soy un pobre escritor. Sólo puedo decirte que te amo más que a nada en este mundo y que anhelo, con una pasión que a veces me asusta con su fuerza, estrecharte entre mis brazos. Será el día en que todo esto haya concluido.

Hasta entonces, puedes estar segura de todo el amor de

DAVID

David echó al correo la carta para Araminta en Port Republic al día siguiente de escribirla y el 17 de junio el ejército del Valle levantó campamento, dirigiéndose a Brown’s Cap, localidad situada a unas cuantas millas al sur del excuartel general de Conrad’s Store. Marchando por el lado este de Blue Ridge en larga columna de hombres, vagones y artillería, llegaron a Piedmont, en Virginia, para encontrarse con un viejo enemigo: la lluvia torrencial.

Esta vez no era misterio para nadie el destino que llevaban, porque Jackson había cruzado el Blue Ridge delante de ellos unos días antes, tomando toda clase de precauciones para evitar que alguien le localizase. Planeaba la estrategia de la inminente batalla que salvaría a Richmond y la planeaba de acuerdo con el general Lee, ahora virtualmente al mando de todas las fuerzas confederadas que operaban en Virginia.

El 18 de julio, es decir, casi un mes más tarde, cuando estaban acampados en Hanover Junction, a menos de veinte millas al norte de Richmond, David recibió un ejemplar del Enquirer, periódico publicado en Richmond. Se lo dio Hal Perkins. En una página interior había una crónica breve, que había sido señalada con lápiz y le bastó una simple mirada para comprender por qué Ed Mattox deseaba que él le prestara atención.

JEFE CHEROKEE CAPTURADO POR LOS NORTEÑOS

Tahlequah —Territorio Indio— 15 de julio.

El Jefe John Ross, de la Nación cherokee, ha sido capturado hoy sin que opusiera resistencia, en su hogar de Park Hill, cerca de Tahlequah que es la capital de la Nación. El pequeño pelotón que tomó prisionero al señor Ross estaba mandado por el capitán H. S. Greeno y se componía de un grupo de hombres blancos y de cincuenta cherokees. Forma parte de una expedición india que opera bajo las órdenes del coronel William Weer y que fue organizada en Kansas hace unos seis meses con el propósito de preservar la parte norte del territorio indio dentro del ámbito de la Unión, si ello es posible.

Entre los capturados junto al señor Ross se hallan su esposa, cuyo nombre de soltera es Mary Stapler y que procede de Philadelphia, y su joven sobrina, la señorita Araminta Murrell. También fueron arrestados algunos servidores y varios ayudantes del jefe cherokee. El señor Ross, como se recordará, firmó un tratado con la Confederación hace cosa de un año, en virtud del cual su pueblo se mantendría ajeno a la guerra. Sin embargo se sospecha que siente inclinación por el bando de la Unión.

Se dice que el jefe Ross, quien ha estado enfermo estos últimos tiempos, será dejado en libertad bajo palabra en Philadelphia y que ha prometido no intervenir más en la política de las tribus indias en lo que se refiere al tratado con la Unión. La señorita Murrell y la señora Ross vivirán en Philadelphia junto con el señor Ross durante el término de su confinamiento en una casa que el jefe posee allí, la cual era anteriormente de propiedad de su esposa.

El pelotón de federales que llegó hasta Tahlequah para capturar al jefe cherokee, abandonó el lugar poco antes de que llegara hasta allí el coronel Stand Watle con su compañía india conocida bajo el nombre de Brigada Cherokee, la cual ha luchado hasta ahora para que el territorio quede unido a la zona del sur.

Debajo de la página, justamente al final del artículo, Ed Mattox había escrito precipitadamente:

«Mala suerte, David. Sin duda tras algunas victorias más del tipo de la librada en el valle, la guerra terminará. Mis afectos, Ed».

LIBRO QUINTO

ANTIETAM

I

LA BRIGADA Stonewall era feliz y también lo era su comandante, porque Stonewall Jackson encaraba por fin la aventura que había soñado emprender un año antes, al final de la batalla de Manassas.

Había sido preciso un largo verano de luchas contra los inmensos ejércitos que McClellan y McDowell habían lanzado contra Richmond y el ambiguo resultado de las batallas para convencer al vacilante ministerio de Guerra de la Confederación que a fin de cuentas sería necesario encarar algo más audaz que un juego múltiple de refriegas si se quería realmente obtener un vuelco de las cosas en favor de la causa sureña. Entonces, ¿quién se hallaba en mejores condiciones para montar la nueva estrategia que el general que, con sólo dieciséis mil hombres habían tenido en jaque a setenta y cinco mil yanquis? ¿Quién más indicado que aquel que había sembrado la confusión en las fuerzas federales, llevándolas de un lado a otro al azar y asegurado el fracaso de las ambiciones de McClellan de doblegar a Richmond y así aplastar a la Confederación como si se tratara de una nuez mediante el uso de un cascanueces compuesto por los dos ejércitos de la Península?

«Si sólo me dieran sesenta mil hombres, penetraría profundamente hasta Pennsylvania», había escrito Stonewall Jackson al congresista Boteler tras las batallas de Cross Keys y Port Republic, a principios de junio de 1862, cuando estaba casi destruida toda amenaza federal en el valle. «No bajaré al valle; no quiero que allí la gente sea presa del pánico. Si el Presidente me otorga cuarenta mil soldados, me dirigiré al este de Blue Ridge y en dos semanas podría hallarme en Harrisburg».

Pero el Ministerio de Guerra y el general Robert E. Lee (quien por fin había recibido la dirección general de la guerra) se habían preocupado demasiado a principios de aquel verano ante la amenaza de las fuerzas de McClellan, que habían llegado a situarse a quince millas de Richmond, para ver aquello con buenos ojos. En consecuencia no fueron capaces de comprender que la estrategia propuesta por Jackson constituía el único medio seguro de crear alarma y consternación en Washington, dando lugar a que abandonara la campaña de la Península que había conseguido colocar los cañones de la Unión casi a tiro de la capital de los confederados.

Sólo como cortina de humo, Lee había enviado dos divisiones al oeste. Aparentemente se trataba de refuerzos destinados a Jackson, pero la acción

sólo se proponía engañar a las fuerzas federales que aún permanecían en el valle, en especial a las de Frémont.

En una carta fechada el 17 de junio de 1862, Lee le había escrito a Jackson cuando éste se encontraba aún en el valle (en Weyer's Cave):

Según usted da cuenta de las posiciones del enemigo, pienso que resultará difícil llevarlo a una batalla por Richmond en la cual usted podría contar con las fuerzas de que ahora dispone y, además, de las que le envío. Sin embargo estimo que el momento es favorable para que se unan su ejército y el que ahora le mando. Si usted está de acuerdo conmigo, cuanto antes se disponga lo necesario para la reunión, mejor. Al desplazar sus tropas, podría dejar creer que lo que quiere es perseguir al enemigo en el frente de ahora. Dispóngalas como para proteger el valle, y así engañar al enemigo. Que la caballería luzca bien al frente. Luego, en el momento adecuado, descienda rápidamente sobre Pamunkey. Para que esto resulte eficaz será preciso que el movimiento se mantenga en secreto.

Como el Pamunkey era un afluente del río York, Jackson supo con toda exactitud cuál era el lugar donde Lee quería que él se situara. Obedeciendo al pie de la letra su solicitud de mantener las cosas en secreto, puso en acción toda la variedad de tretas que tan excelentes resultados le habían proporcionado en ocasión del cruce del Blue Ridge dos veces en dos días sucesivos aquella misma primavera, gracias a lo cual había podido atacar a la fuerza federal de Milroy en McDowell.

David Preston se había visto envuelto en un aspecto del engaño justamente al comenzar la operación. Antes de iniciarse la marcha hacia Richmond, el coronel T. T. Munford, quien, tras la muerte de Turner Ashby, había tomado la jefatura de la caballería de Jackson, vino a él en Harrisonburg. Hacía varios días que David se hallaba allí, organizando las cosas con el fin de que un grupo de médicos federales y ambulancias evacuaran los heridos federales con rumbo té norte, hacia Strasburg y Winchester, adonde las fuerzas de Frémont se habían replegado tras la perdida batalla de Cross Keys.

—¿Tendrá usted un rato para acompañarme a dar un pequeño paseo, comandante Preston? —le preguntó Munford.

—Naturalmente.

Munford le llevó a una casa que había requisado para instalar su cuartel general y en la cual estaban precisamente acuartelados loe médicos federales.

—Hace varias horas he dicho a los médicos yanquis que había enviado un correo militar al general Jackson para saber si desea que los heridos sean

enviados al norte —dijo Munford—. Pronto estará aquí la respuesta.

—Pero Jackson está en Port Republic, a unas quince millas de aquí. Al correo le llevará todo un día llegar allí y estar de vuelta.

—Nosotros sabemos eso, pero ellos no lo saben —dijo en tono confidencial el oficial de caballería—. Jackson quiere que lo envíe de vuelta con las manos vacías para que alarmen a Frémont previniéndole contra un ataque de Jackson que se haría en la parte más baja del valle, siguiendo el camino de portazgo.

David le miró inquisitivamente.

—¿Otra operación como la de Mechum's River Station, señor Munford?

—Puede usted llamarla así. Todos nosotros confiamos enteramente en usted, doctor, de modo que deseo que sea usted testigo. Pero es necesario que esté al corriente de lo que realmente sucede. De otro modo el engaño no funcionará.

Subieron las escaleras en dirección al cuarto de Munford, el cual estaba precisamente al lado de la habitación ocupada por los médicos federales. Sólo un muro delgado separaba las cámaras contiguas. Al llegar a la puerta del apartamento, Munford se detuvo y escrutó el interior del lugar donde estaban los médicos.

—Pronto tendré noticias del general Jackson, caballeros —dijo a los ocupantes de la habitación—. Confío que se les haya atendido solícitamente, aunque no es mucho lo que permite ofrecer esta situación que vivimos.

—Nos sentimos muy a gusto, coronel —dijo un médico barbudo con típico acento yanqui—, pero quisiéramos emprender el camino cuanto antes.

—No tardarán ustedes mucho, lo prometo.

Una vez dentro de la habitación de Munford, el coronel de caballería arrojó su sombrero emplumado sobre la cama y señaló una silla con un gesto a David.

—Quisiera saber lo que el general Jackson está preparando —dijo en voz alta—. Usted sabe lo reservado que es.

David no respondió, pues en aquel preciso momento ambos habían oído el ruido de unas espuelas pertenecientes a alguien que subía por las escaleras. Cuando quien las llevaba puestas entró en la habitación no se sorprendieron al ver que se trataba del señor William Gilmer un civil que se había hecho famoso por sus bromas. Gilmer estaba acalorado y se le veía cubierto de polvo. Parecía que acabara de hacer un largo recorrido a caballo y que apenas hubiese desmontado.

—Y bien, señor Gilmer —dijo Munford en voz tan alta que David comprendió estaba dirigida a los ocupantes de la habitación vecina—. ¿Qué ha dicho el general Jackson?

—Me encomendó le dijese que los heridos yanquis no deben salir de aquí —respondió Gilmer, hablando también en voz muy alta—. Los médicos han de ser devueltos llevando un mensaje por el cual se informará a quien corresponda que el general prefiere que los heridos enemigos sean atendidos en nuestros propios hospitales. Por otra parte, ya está en camino hacia aquí y esta vez cuenta con grandes refuerzos. La división de Whiting ya está pronta y la de Hood está en marcha. Todo el camino desde aquí hasta Staunton está cubierto por tropas y tanta gente hay que me ha costado lo mío cabalgar.

—Excelente —dijo Munford—: Doctor Preston, informe por favor a los médicos de la Unión de la decisión del general Jackson y tome las medidas necesarias para que abandonen este lugar de inmediato, bajo bandera de tregua.

Al cruzar el Blue Ridge cabalgando junto a los vagones que transportaban al primer hospital de campo unos días más tarde, David vio a un correo militar cubierto de polvo. Atravesaba la larga columna de tropas que recorría trabajosamente el camino. Reconoció a un hombre del coronel Munford. Un cuarto de hora más tarde, cuando los vagones-hospital coronaban la cresta del monte y emprendían el descenso, vio a Sandie Pendleton que hacía descansar a su caballo al costado del camino. Cuando Pendleton le vio, David se hizo a un lado y anduvieron unos cien pies apartados del resto, de modo que quedaron fuera de cualquier posible espionaje auditivo.

—Vuestro pequeño acto de comedia de la otra noche dio resultados fantásticos, David —aseguró Pendleton—. Acabamos de recibir un mensaje de Munford según el cual Frémont ha salido ya de Strasburg con rumbo al norte en espera de un empuje de nuestras tropas en dirección al Potomac.

—¿Tienes idea de dónde se halla ahora el general Jackson?

—En algún lado cerca de Richmond. Se adelantó para estudiar con Lee la estrategia de la batalla.

Aquel «en algún lado» resultó ser Nine Mile Road. Pero eso sólo se supo cuando el reforzado Ejército del Valle (que ahora pasó a ser llamado oficialmente Segundo Cuerpo de Ejército) llegó a los alrededores de Richmond. De hecho, Nine Mile Road se hallaba en las afueras de la capital confederada.

Entretanto, el general George B. McClellan, acampado casi a tiro de cañón de Richmond, en la ribera del río Chickahominy, reflexionaba sobre la campaña relámpago que había conducido Jackson. Ya tenía pronto un ambicioso plan de batalla y se hallaba por fin dispuesto para lanzar el más formidable ejército jamás reunido en suelo americano contra la capital de la Confederación. Sumaba más de ciento sesenta mil hombres y era, además, el ejército mejor equipado y entrenado que hubiese pisado un campo de batalla en todo el hemisferio occidental.

Sin embargo, el oficial de la Unión ya había cometido un error fundamental. Y eso antes de que la lucha realmente comenzara. Había dividido sus fuerzas, colocando a un sector —el más fuerte— al sur del río Chickahominy. Un solo cuerpo de ejército, el Quinto, a las órdenes del general Fitz-John Porter se había destinado al norte del río, en una zona de pantanos, a través de la cual corría aquél. Y era precisamente esa zona la que Lee había elegido para atacar, aceptando la estrategia de Jackson de dividir para vencer.

La Batalla de los Siete Días en torno a Richmond había aconsejado a McClellan hacer una pausa. Había perdido dieciséis mil hombres, cincuenta cañones y treinta y cinco mil mosquetes; pero, además, había tenido que sufrir la humillación de retirarse, poniéndose al amparo de la marina de los Estados Unidos, parte de cuyos barcos estaban anclados en el río James, al sudeste de Richmond.

La Brigada Stonewall había resultado prácticamente diezmada al finalizar la campaña del Valle y a lo largo de la Batalla de los Siete Días hubo de luchar usando refuerzos que entraban en la refriega cuando no estaban aún compenetrados de los métodos estratégicos de Jackson. El propio Jackson estaba enfermo y por lo tanto incapacitado para desenvolverse con sus proverbiales virtudes de frialdad y audacia.

Y esto no era todo: los generales de Lee, particularmente los dos Hill (A. P. y D. H.), Longstreet, Ewell, Magruder, Holmes, Stuart y Jefferson, no habían combatido juntos hasta entonces, de modo que, naturalmente, habían tenido lugar muchos malentendidos. Sin embargo, podía decirse que la victoria había sido de los confederados, puesto que McClellan tuvo que retirarse al James y Richmond quedó libre. A pesar de esto, las controversias sobre quién había resultado ganador menudearon por bastante tiempo en Richmond; y las culpas, cuando se consideraba que las había habido, recaían sobre aquel de quien más se esperaba, es decir, sobre Jackson.

Hospitalizado en Richmond, víctima de un fuerte ataque de malaria tras la Batalla de los Siete Días, que había durado del 26 de junio al 2 de julio de 1862, David sólo pudo enterarse de todo aquello por la prensa. Esta última, como era lógico, dramatizaba sobre las hazañas de Jackson, olvidando cuánto le había criticado antes por no ganar por sí solo las primeras etapas de la Batalla de los Siete Días.

Del lado federal, el general John Pope (que, debido a sus victorias en Mississippi, había sido llamado a mandar las fuerzas federales de los generales McDowell, Sigel y Bowles situadas al norte de Richmond, todas las cuales habían tomado ahora el nombre de Ejército Federal de Virginia) había llegado demasiado tarde para tomar parte decisiva en la Batalla de los Siete Días. Saludado como el salvador que castigaría al Sur por el desastre de la Península por vía de un gran ataque dirigido contra Richmond desde el norte, Pope anunció, al asumir el mando general, que sus tropas sólo podrían percibir las espaldas de sus oponentes confederados, puesto que sólo los verían desbandarse.

Lo primero que planeó Pope fue el desalojo de los defensores de Richmond, cortando así la relación entre Jackson y su base en el valle, puesto que se disponía también a tomar el ferrocarril de Manassas. Luego esperaba atacar Centerville, donde la Brigada Stonewall había pasado gran parte del verano. Pope pensaba también seguir hasta Gordonsville y Charlottesville, cortando así todas las comunicaciones entre Richmond y el valle.

En el nuevo ejército colocado bajo la dirección general de Pope figuraban los generales Banks y Shields, viejos enemigos de Jackson, que fueron enviados al este para ayudar a alejar a Jackson del valle.

Pero las cosas salieron muy mal para Pope. En Dedars Run y luego en Manassas Junction, Lee y Jackson (que formaban una formidable pareja luego de resultar herido el general J. E. Johnston a las puertas de Richmond) pudieron poner en práctica la técnica de marcha en flanco de Jackson, cortando así el avance de las tropas federales. Las fuerzas de Pope, que a su mando directo sumaban setenta mil hombres, resultaron derrotadas por el ejército de la Confederación, que contaba con menos de cincuenta mil, en la batalla que vino a llamarse Segunda Batalla de Manassas. Y en Chantilly, no muy lejos de allí, la humillación del ya no tan arrogante Pope resultó completada el primero de septiembre de 1862: de todos los generales de la Unión que habían desempeñado un papel en la sangrienta zona entre Richmond y Washington, él fue quien menos tiempo llegó a conservar sus

posiciones. Sólo las retuvo treinta y siete días, desde el 27 de julio hasta el 3 de septiembre de 1862.

II

LA felicidad reinante en la Brigada Stonewall, aquella mañana espléndida de septiembre, no se debía tan sólo a sus logros estratégicos y materiales. Más aún que eso importaba a todos que de nuevo podían dirigirse al amado valle del Shenandoah. En números eran menos que nunca; sus equipos resultaban aún insuficientes; sus uniformes no eran más que jirones, compuestos de ropa que un día perteneciera a soldados de la Unión, camisas rotas, pantalones de basta tela de algodón y, en algunos casos venturosos, zapatos. El suministro de zapatos había sido muy limitado desde el comienzo de la guerra porque las fábricas que se dedicaban a hacerlos estaban situadas en la parte occidental de Nueva York, alrededor de Binghampton. Fuera de esos centros, había pocos que fabricaran calzado en los Estados Unidos, de modo que los soldados de la Confederación rara vez podían obtener zapatos, a menos que se los quitaran a los prisioneros yanquis o a los muertos que yacían en los campos tras los encuentros.

Aunque acostumbrados desde tiempo atrás a recibir extrañas órdenes de su a menudo excéntrico comandante general, la Brigada Stonewall se había sentido completamente desorientada al iniciar la marcha. No tenía la menor idea de adonde se dirigía; y como el general rara vez hacía partícipe a alguien de sus planes, nadie podía saber que el general Lee había aceptado por fin probar la estrategia, tan a menudo sugerida por Jackson, respecto a un avance profundo dentro de Pennsylvania que cortaría el ferrocarril por el oeste, en Harrisburg, antes de atacar por el este para amenazar Philadelphia, Baltimore y Washington.

Se trataba de un plan audaz cuidadosamente calculado. Podía no dar resultados; pero aun así, obligaría al general McClellan (quién había sido nuevamente puesto a cargo de los ejércitos federales de Virginia tras el estrepitoso fracaso del pretencioso Pope) a perseguir a los sureños allí donde atacaban, con lo cual tendría que aflojarse la presión sobre Richmond. Al mismo tiempo, la maniobra de Lee buscaba astutamente causar diferencias y conflictos de carácter político en el Norte, adonde pronto se entraría en período electoral que renovaría los mandatos de los miembros del Congreso. De ese modo, era previsible que descendiera aún más el ya declinante apoyo del Congreso a favor de Lincoln.

Cruzando el Potomac para entrar en Maryland a través de Leesburg en Virginia, Lee dirigió su ejército hacia Frederick, en Maryland, haciendo allí un alto para permitir a los rezagados reunirse con las avanzadas y conceder a éstas un reposo. También necesitó tiempo para calmar los ánimos porque algunos de sus generales habían tenido disputas entre sí, particularmente Jackson y A. P. Hill. Además estaba el problema del general J. B. Hood, quien había sido arrestado por negarse a prescindir de algunas ambulancias tomadas al enemigo por sus hombres. Mientras el ejército se internaba más y más en Maryland, resultaba claro para el Segundó Cuerpo de Jackson y para la Brigada Stonewall que no se encaminaban hacia el relativo descanso de los cuarteles de invierno en el valle. En consecuencia las deserciones —problema siempre grave cuando se ha de contar con ejércitos en los que entra gran parte de civiles— aumentaron ostensiblemente.

Con su ejército ya internado muy adentro de Maryland, al norte del Potomac, Lee esperaba que los federales evacuaran Harpers Ferry. Pero el general Henry W. Halleck, quien desde el 23 de julio era General en Jefe de los ejércitos de la Unión, ordenó a sus hombres que permaneciesen allí. Como una fuerza de más de doce mil hombres no podía dejarse intacta a retaguardia del ejército confederado, Lee no tuvo otro remedio que enviar una división al mando del general Lafayette McLaws y una brigada más para acercarse a la vital vía de ferrocarril y al punto de unión de los canales desde el norte a través de las alturas de Maryland. La división del general J. G. Walker fue enviada a recorrer el río y destruir un importante acueducto de la C&O Canal, antes de emprender rumbo a Virginia para tomar Loudoun Heights. Entretanto las fuerzas de Jackson limpiarían de enemigos la parte oeste del Potomac, en Williamsport y se dirigirían luego al sur de Martinsburg, para obligar a la guarnición de allí a replegarse hasta Harpers Ferry. De este modo taponarían el cuello de botella del valle más adelante, aislando a la pequeña fuerza federal estacionada allí.

En lo referente a Harpers Ferry, el plan se desenvolvió como sobre ruedas: la fuerza de federales que allí había se rindió la mañana del 15 de septiembre. Pero, aunque se capturaron doce mil quinientos prisioneros, mil trescientas armas pequeñas, setenta y tres cañones y varios centenares de vagones de ferrocarril, un tiempo precioso se había perdido, durante el cual McClellan consiguió amasar un ejército y poner a punto un plan de transporte por ferrocarril al norte del Potomac. El presidente Abraham Lincoln no cesaba de exigir frenéticamente mayor celeridad. Por su parte, Lee había tenido que dividir su ejército con el cual pretendía atravesar la Maryland occidental y así

penetrar en Pennsylvania. Entre Frederick y Sharpsburg su avance hubo de hacerse a paso de tortuga, mientras esperaba los resultados del ataque a Harpers Ferry. Conviene decir que ese tramo es de apenas treinta millas en línea recta.

Débil aún después de su ataque de malaria que se había prolongado bastante, David Preston ayudó a tratar al casi centenar de heridos que resultaron del ataque a Harpers Ferry. Eran pocos porque el tal ataque fue llevado a cabo principalmente por medio de bombardeos de artillería, lanzados desde una altura que dominaba el río y el empalme ferroviario. Y cuando, alrededor del mediodía de la jornada en la cual cayó Harpers Ferry, David divisó a un hombre alto y muy moreno vestido de paisano, cubierto de polvo por el viaje, desmontar de su caballo al lado del centro de curaciones de la Brigada Stonewall, apenas pudo creer lo que sus ojos veían.

—¡Lachlan! —gritó, yendo hacia su amigo para darle un abrazo—. ¿De dónde vienes?

—Del oeste, naturalmente. —Lachlan Murrell dio la respuesta con su típica sonrisa burlona—. ¿Acaso no es hacia allí hacia adónde vosotros los blancos nos habéis empujado a los indios?

—¿Qué sabes de Araminta y los Ross? ¿Se encuentran a salvo?

—Recibí carta de Araminta justamente antes de salir de Tahlequah. Me dice que están viviendo en casa de la familia Stapler, en Philadelphia. Pero ya te contaré todo eso más tarde. Ahora, lo que quiero es ver a alguien que se halle cerca del general Jackson. En el viaje hacia aquí me he enterado de algunas cosas que, estoy seguro, deseará conocer.

—Te llevaré con el comandante Sandie Pendleton, que es el jefe de su oficina desde que Dabney renunció.

Encontraron a Pendleton en un cuarto del piso superior del edificio donde el general Jackson, había instalado su cuartel general.

—¿No nos hemos visto antes? —preguntó Pendleton cuando David le presentó a Lachlan.

—Estuve aquí hace unos dieciocho meses, junto con mi tío, John Ross. Nos encaminábamos hacia el territorio indio.

—Sí, ahora lo recuerdo —dijo Pendleton—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Se me ha ordenado que me reuniera a su ejército en calidad de ayudante independiente, comandante. Creo que tiene usted el grado de comandante, como yo. ¿De qué unidad procede?

—Del Segundo de Caballería Cherokee. —Lachlan puso en manos de Pendleton una hoja que contenía órdenes—. Aquí están mis órdenes, firmadas

por el coronel Stand Watle Pendleton levantó las cejas con gesto de gran sorpresa.

—¿De modo que ha estado usted en Pea Ridge?

—Sí; pero no arranqué ninguna cabellera, se lo aseguro —respondió Lachlan sonriendo—. Tres años en el ejército de los Estados Unidos me enseñaron que eso no es considerado elegante hoy en día.

Pendleton se ruborizó ligeramente. El otro le había dado una lección. Sin embargo, no le guardo rencor.

—Estaremos muy contentos de tenerlo entre nosotros, comandante Murrell. Acaso el comandante Preston le ayude a encontrar un uniforme y otras cosas que pueda usted necesitar.

—Tengo un uniforme en el saco que cuelga de mi montura. Al dejar Richmond se me dijo que la situación era un poco incierta al sur de Maryland, de modo que me pareció más seguro viajar vestido de civil. Fue gracias a eso como me fue posible enterarme en Frederick de que el general McClellan está en posesión de todo el plan de campaña que se propone llevar a cabo el general Lee en Pennsylvania.

A Sandie Pendleton se le cayó el lapicero que tenía en sus dedos.

—¿Qué dice usted, comandante?

—Casi me di de bruces con el cuartel general de los federales cerca de Frederick, hace unos días. Mientras esperaba entre unas matas la caída de la noche para escabullirme al amparo de las sombras de la noche, pude oír a dos oficiales del estado mayor de McClellan. Hablaban de cuestiones militares y así me enteré.

—Un momento, comandante. Quiero que el propio general Jackson oiga eso.

Pendleton salió y permaneció fuera de la habitación durante unos minutos, al cabo de los cuales volvió para conducir a sus visitantes a un cuarto adyacente. Jackson estaba sentado ante un escritorio repleto de papeles. Se puso de pie para estrechar la mano de Lachlan.

—De nuevo nos encontramos, comandante Murrell —dijo amablemente —. Y casi en el mismo sitio.

—Aunque en circunstancias muy diferentes, señor. Me alegra constatar que los años y una larga serie de campañas militares no han afectado su buen aspecto.

Jackson se sonrió.

—El Señor favorece nuestra causa. Me dice el comandante Pendleton que posee usted información de vital importancia.

Lachlan le hizo un rápido esbozo de su viaje desde Richmond y le contó cómo había oído por casualidad la conversación de los oficiales de McClellan.

—¿Recuerda usted algún detalle a que hubieran aludido los federales, comandante? —preguntó Jackson.

—No fue mucho lo que me fue posible escuchar, señor. Ellos charlaban mientras daban una vuelta a pie y yo no podía ciertamente moverme de mi escondite. Con todo, dijeron con claridad que el mando de ellos tenía en su poder la identidad de cada unidad de nuestro ejército señalada para participar en esa campaña y también que conocía los lugares en que cada una de ellas se encontraría día a día.

Jackson se dirigió hacia una ventana desde la cual se quedó contemplando la escena que se extendía a sus pies. Cuando se dio la vuelta, la mirada de preocupación de sus ojos mostraba cuán seriamente tomaba la información que venía a proporcionarle Lachlan Murrell.

—Si el general McClellan tiene una copia de nuestros planes, sabe que nuestras fuerzas tendrán necesariamente que dividirse con el fin de tomar Harpers Ferry; de modo que piensa sin duda separar bien a un ejército del otro, cortando sus comunicaciones. —El tono del general Jackson se hizo más vivaz—: El general Lee ha de tener en su poder esta información cuanto antes, comandante Pendleton. ¿Está el señor Douglas en nuestro campamento?

—Así lo creo, señor.

—Dé usted un caballo fresco al comandante Murrell y mande por el señor Douglas. Él ha nacido y ha sido educado en esta zona, de modo que conocerá el camino más rápido y corto hasta Sharpsburg.

—¿Oyó usted algo más, comandante Murrell? —preguntó Jackson cuando Pendleton se marchó.

—Sólo unos cuantos nombres… de lugares. Pero no me resultaban familiares.

—Trate de recordarlos.

—Uno de ellos hizo una referencia a South Mountain. Y creo que algo dijeron de dos abismos o brechas.

—¿Nada sobre otros nombres?

—Uno de ellos habló de Turner. De eso estoy seguro, Pero el otro…

—¿Podría ser Crampton?

—Sí. Exactamente.

—Venga conmigo, por favor.

Jackson se dirigió a la habitación donde Sandie Pendleton había estado trabajando. Sobre una pared había un gran mapa del área comprendida entre Harpers Ferry, Frederick, Martinsburg y Hagerstown, En el ángulo inferior derecho se leía el nombre de Hotchkiss, por lo cual David se había enterado que el mapa había sido trazado por el experto cartógrafo de Jackson, un hombre sumamente versado como revisor y delineante de mapas de campaña, que había estado con ellos casi desde el principio de la guerra.

—El general Lee ya se encuentra en Sharpsburg, pero se ha visto forzado a hacer un alto allí, mientras nosotros atacábamos a las fuerzas federales en Harpers Ferry.

Jackson iba señalando sobre el mapa los lugares a medida que se iba refiriendo a ellos.

—Aquí está South Mountain, entre Frederick y Hagerstown o, para ser más precisos, entre Catoctin y Antietam. Ésos son los nombres de dos arroyos que aquí ve usted. El general McClellan está avanzando hacia Sharpsburg desde Frederick; pero, para alcanzar una posición desde la cual combatir el flanco del ejército del general Lee, debe necesariamente cruzar South Mountain, sea a través de Tumer’s Gap desde el norte o de Crampton’s Gap desde el sur. Afortunadamente, el cuerpo de ejército del general Longstreet ya ha llegado a la zona de Hagerstown y podría defender esos puntos… siempre que él y el general Lee sean advertidos a tiempo. Eso es lo que deseo que usted y el teniente Douglas lleven a cabo: informarles de las novedades que nos ha traído, comandante Murrell.

—¿Piensa usted atacar la retaguardia del general McClellan, señor? —preguntó David.

—Estamos en demasiada inferioridad numérica para hacer eso. Según los últimos datos que tengo, el general McClellan cuenta con más de ochenta mil hombres, mientras nosotros apenas tenemos unos pocos miles, muchos de ellos descalzos y algunos sin armas. Pero le conozco, porque estuvimos juntos en la Academia Militar de West Point y luego en el ejército regular. McClellan avanzará a conciencia y con todo su poder, de modo que pienso que el general Lee quiere que me una a él en Sharpsburg, manteniéndose al mismo tiempo muy alerta para ver si advierte algún punto débil en filas federales.

—Esperemos que lo advierta, señor —dijo Lachlan.

—Si no lo encuentra él, tal vez lo encuentre yo. Para eso siempre tengo los ojos abiertos —dijo Jackson con gran seriedad—. Con la ayuda de Dios Todopoderoso, siempre los mantengo abiertos.

—¿Siempre habla como si Dios fuese su mano derecha? —preguntó más tarde Lachlan a David. Ambos se encaminaban hacia el vivaque de la Brigada Stonewall para comer algo antes de que Lachlar diera comienzo a su viaje a Sharpsburg.

—Muchas veces. Y al cabo de cierto tiempo uno empieza a pensar si no tiene razón.

—Ciertamente él así lo cree; y eso es ya como ganar media batalla.

—No has terminado de contarme cosas sobre Araminta y John Ross —dijo David a Lachlan, mientras éste comía—, ni de qué manera fueron capturados.

—El tío John nunca se mostró muy interesado en esta guerra y no está por ninguno de los dos bandos. Se limitó a firmar un tratado con la Confederación cuando resultó evidente que nuestro pueblo sufriría si trataba de permanecer neutral. Supongo que el principal propósito de la expedición del coronel Weer y del capitán Greeno contra Park Hill era el de capturar a John Ross. Lo han hecho; y personalmente me alegro de que de ese modo el tío haya quedado fuera de este asunto. Una vez finalizada la guerra…

—Pero, ¿cuándo será eso?

—Pienso que más rápido de lo que se piensa. El general Ulysses S. Grant que lleva en Mississippi la campaña de los federales, es un bull-dog. Cuando caiga Vicksburg, la Confederación se encontrará cortada en dos en lo que respecta al este y al oeste. Ése será el principio del fin.

Lachlan se dirigió más tarde al campamento para cambiar sus ropas de paisano por un uniforme militar de la Confederación que llevaba la insignia de comandante en el cuello. De la misma maleta extrajo un par de botas altas de caballería y se las puso.

—¿Algún herido en el acto de capturar a John Ross? —preguntó David.

—No. Las tropas yanquis se mostraron muy consideradas y permitieron incluso a Araminta que se quedara, si ella quería. Pero ya sabes cuánto quiere al tío John; de modo que prefirió ir con él, aunque sospecho que esto de hallarse a poco más de cien millas de ti habrá influido en algo sobre su decisión.

—En los hechos, podríamos hallarnos en lugares opuestos del mundo.

—Si el general Lee es capaz de llevar a efecto sus planes de invadir Pennsylvania, tal vez te veas cabalgando por las calles de Philadelphia dentro de una semana.

David movió la cabeza.

—Las tropas norteñas me recuerdan la historia mítica en la cual los dientes de un dragón, según se narraba, eran capaces de producir soldados de tal manera que cada vez que moría uno, diez salían de su boca para llenar el hueco. La Brigada Stonewall es una de las unidades militares más extraordinarias de toda la historia militar, pero cuenta hoy con la mitad de los hombres que la integraban hace un año. Y ya se sabe que ni el mejor soldado es capaz de luchar con el estómago vacío y con los pies hechos trizas porque carece de zapatos y ha de caminar sobre piedras. Agrega a eso que carece de armas si no puede tomarlas al enemigo.

—Vuestro oficial comandante no parece compartir tu pesimismo.

David sonrió.

—Como el rey David de la Biblia que los misioneros moravos te hicieron estudiar, Jackson cree ser el Elegido por Dios para ganar esta guerra.

—Pero David ganó; conviene no olvidarlo.

—Ése ha de ser Kyd Douglas —dijo David al oír unos cascos de, caballo que se oían desde la calle—. ¿Precisas algo más?

—No me vendría mal un trago de ese *whisky* medicinal que los médicos militares parecen tener siempre en cantidad. Tras cabalgar veinte millas desde Frederick desde la medianoche, la perspectiva de cabalgar otras diecisiete me provoca una sed terrible.

—Si conozco algo a Jackson —dijo David mientras le tendía la botella a su amigo—, estaremos en Sharpsburg a las doce horas de llegar tú y tendré mucho trabajo con las llagas de muchos pies durante el camino.

III

—VEO que llegaste, tal como lo habías previsto —dijo Lachlan Murrell a David cuando el médico llegó al campamento de los confederados en las afueras de Sharpsburg, en Maryland, cerca del mediodía del día siguiente—. No me extraña que llamen a la brigada de Jackson la «caballería de a pie».

—En estos momentos, media brigada está aún refrescándose los pies en el Potomac, cerca de Boteler's Ford —dijo David con acento agotado—. Pero mañana ya estarán prontos para continuar la lucha.

—Probablemente tendrán oportunidad de hacerlo —dijo el oficial de caballería—. Y supongo que si es preciso luchar, este lugar es tan bueno como cualquier otro.

—Estoy seguro que el general Lee nunca pensó que iba a ser detenido tan al sur; pero como el río está tan sólo a dos millas al sur y hay un buen riachuelo para el caso de que lo necesitemos, acaso tengas razón. ¿Sospechas algo de lo que el general Lee tiene en la cabeza?

—En primer lugar querrá barrer a McClellan. Una vez conseguido ese objetivo estará en condiciones de desencadenar un ataque sobre Baltimore con el fin de aislar a Washington por completo. Si eso no le sale bien, se dirigirá hacia el oeste para quemar los molinos de acero que se hallan en los alrededores de Pittsburg y tal vez haga todo el camino hasta Lake Erie para aislar la costa del nordeste.

—Estás robando sus sueños al viejo Jack —dijo David—, aunque tal vez se transformen en pesadillas si A. P. Hill no se encuentra aquí mañana con las tropas que hemos dejado atrás para limpiar Harpers Ferry.

—McClellan tiene fama de ser sumamente cauteloso. Tal vez resuelva esperar. Entretanto el general Lee piensa aparentemente que la cañada de Antietam es una barrera tan buena como otra que pudiese encontrar por aquí, de modo que está preparando una línea de ataque al oeste del riacho, a lo largo del camino de portazgo que lleva a Hagerstown. ¿Quieres saber dónde estará Jackson?

—En el centro, por supuesto, para así poder volverse hacia él punto en que la lucha sea más intensa. ¿Alguien sabe cuáles son nuestras posibilidades de ganar?

—En el cuartel general de Lee se estima que McClellan tiene alrededor de ochenta mil hombres, aunque acaso sólo lance sesenta mil de modo que guarde una cuarta parte de reserva. Es lo que habitualmente hace.

—Y tendrá a su frente tal vez a unos treinta y cinco mil, que serán por cierto menos si el general A. P. Hill no llega a tiempo. Con todo, no está mal. Hemos luchado en peores condiciones y hemos ganado. ¿Qué harás tú?

—Se me ha asignado al cuerpo de ejército de Jeb Stuart —respondió Lachlan—. Estaremos en una colina cercana a la llamada granja de Nicodemo, de modo que podríamos tener oportunidades de ejercitar un movimiento de flanco y golpear a McClellan por la espalda.

—Buena cacería —dijo David—. Iré a ver si duermo un poco mientras espero que llegue el resto de la Brigada Stonewall.

IV

TRABAJANDO bajo su tienda de campaña plantada al sur de los arrabales de Sharpsburg, entre la ciudad y Boteler's Ford, David no tuvo muchas oportunidades de seguir los avatares de la batalla, que comenzó en la madrugada del 17 de septiembre. Las tropas de Jackson habían recibido la orden de atacar hacia el norte, más allá de una pequeña iglesia, e internarse en los bosques del oeste, donde las fuerzas enemigas estaban concentrándose para rodear al ejército confederado por su izquierda. El distante tronar de la artillería que comenzó a poco de apuntar el día le dijo que el combate se libraba allí. La fila de heridos que pronto comenzó a aparecer, al venir de aquella dirección, confirmó sus sospechas.

Cuando el comandante Hunter McGuire llegó a la zona del hospital al cabo de varias horas de contienda, David le miró por encima de la pierna cuyo hueso estaba expuesto. La niebla que cubría toda la campiña en que se luchaba hasta una hora después de salir el sol ya se había disipado; pero McGuire estaba calado hasta los huesos de cabalgar a través de los bosques donde las tropas de Jackson estaban enzarzadas en combates feroces.

—La Brigada Stonewall está luchando en el campo de trigo que se halla al norte de la iglesia —dijo McGuire mientras se bebía una taza de café—. Nos superan en número, claro, como siempre. Esta vez se pelea en proporción de dos o tres por uno.

—¿Qué aspecto lleva la batalla por ahora?

—Si Dante estuviese aquí diría que esto se parece más al infierno que su propia descripción del lugar. Pero el general Jackson parece hallarse a sus anchas allí.

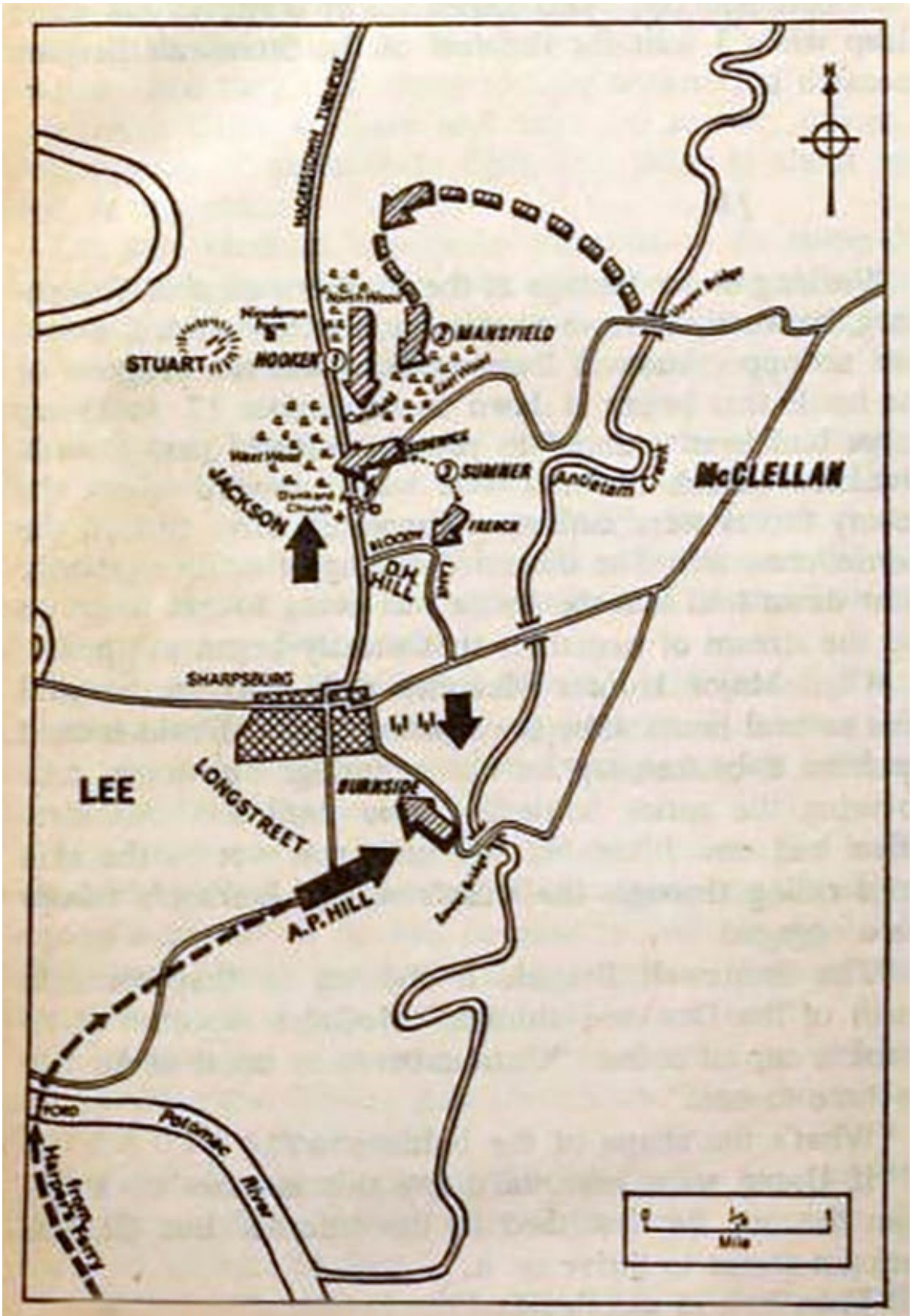
—¿Está pues en plena pelea?

—¿Y dónde, si no? Los federales están tratando de hendir nuestro flanco izquierdo, pero sin mucha suerte, por ahora. También hostigan nuestro flanco derecho a través del puente que cruza el Antietam al sur de la iglesia. De todos modos, si el general A. P, Hill llega aquí lo bastante pronto con sus tropas de Harpers Ferry, aún podría atacar con éxito el flanco derecho del ejército de McClellan.

—Eso suena como algo parecido a lo que sucedió en Manassas Junction.

—Sólo que es peor —dijo McGuire montando en su caballo—. A propósito: el soldado raso Robert E. Lee júnior está luchando; con la artillería

de Rockbridge. Me pregunto si un hijo del general en jefe puede ser un simple soldado en las filas del ejército de la Unión.



La batalla de Antietam o Sharpsburg
17 Septiembre de 1862

A lo largo de todo aquel día, David y los dos cirujanos que le ayudaban trabajaron en las mesas de operaciones. Como el hospital estaba instalado muy cerca de las líneas de combate, los heridos eran trasladados directamente desde el campo de batalla. No precisaba David un parte militar en regla para saber que la batalla era encarnizada y que las fuerzas de Jackson, en particular la Brigada Stonewall, cargaban con la peor parte. El número de heridos contaba esa historia con suficiente elocuencia y las palabras sobraban. A media tarde, el comandante McGuire volvió por allí en ronda de inspección. Esta vez su expresión era sombría.

—El general Ambrose Burnside y sus tropas de la Unión han cruzado el puente al sudeste de Sharpsburg —dijo—. ¿Cuánto tiempo tardarías en trasladar tu hospital si llegara a ser necesario trasladarlo?

—¿Trasladarlo adónde?

—A través del Potomac. Si esa fuerza de Burnside consigue hundir nuestro flanco derecho y rodear Sharpsburg, te encontrarías atrapado.

—¿Se repliega Jackson?

—Aparentemente no. —McGuire sonrió—. Hace un rato le di unos melocotones que había cogido de un árbol cercano a los arrabales de Sharpsburg y aproveché para decirle que estaba preocupado por la suerte de nuestro hospital; pero él me señaló el lugar donde estaba el enemigo diciéndome: «McGuire, Dios ha sido bondadoso con nosotros hoy. Han hecho lo peor que podrían haber hecho». Lo dejé coa una pierna cruzada por encima de su montura y comiendo su melocotón. Se hubiese dicho que estaba en un *picnic*.

—Cuando Jackson se repliegue pasaré el hospital al otro lado del río —dijo David.

McGuire se encogió de hombros.

—Eres tan terco como él; pero no soy yo quien te dará órdenes. Sólo te repito que si Burnside acierta en la maniobra que te describí, trata de escapar hacia el sur, hasta situarte detrás de su ejército. Luego, si puedes trata de cruzar el río por Boteler’s Ford.

McGuire se disponía a salir disparado en su caballo cuando una súbita descarga proveniente del sur le hizo retenerlo mediante un tirón de las riendas.

—Parece como si la batalla se intensificara en torno al puente que ha capturado Burnside —dijo.

Precisamente en aquellos momentos pasaba por allí un correo militar y McGuire le llamó, preguntándole qué estaba sucediendo.

—La división del general A. P. Hill ha cruzado el Potomac, señor. Están enfrentando a las fuerzas de Burnside en las calles de Sharpsburg. Llevo ahora esas noticias al general Lee y al general Jackson.

—¿Está usted seguro de que habla del general A. P. Hill?

—Estoy seguro, señor. Viste su conocida camisa roja de batalla y lucha como un diablo él mismo.

—¡Gracias a Dios! —dijo McGuire.

Pero cuando David se echó a reír a carcajadas le miró con el ceño fruncido.

—¿Cuál es el chiste?

—Oh, sólo pensaba que Dios debió decirle a Jackson que Hill ya estaba cerca. De otro modo, ¿cómo podía saber cuándo le diste el melocotón que McClellan ya había sido detenido?

—Sólo creeré lo que vea con mis propios ojos. Por cierto que será un hermoso espectáculo —dijo McGuire—. Pero todo cuanto he podido ver hasta ahora en el campo de batalla son filas de cadáveres, que a veces son tan nutridas que sería posible recorrer un largo trecho sin que los pies lleguen a tocar el suelo. De todos modos me ingeniaré. Buena suerte, David.

Atardecía ya y la noche empezaba a espesarse, de modo que David pidió a Hal Perkins que encendiera la lámpara de petróleo que iluminaba la tienda de campaña que servía de hospital, cuando un coro de gritos llegó desde el sur. A poco, los que portaban unas camillas desde esa dirección dieron cuenta que la división del general A. P. Hill habían empujado a las tropas de Burnside otra vez más allá del estrecho puente, eliminando, por el momento al menos, el peligro de que toda la parte sur de la línea de batalla de los confederados se hundiese. Al mismo tiempo llegaron noticias de que Jackson había logrado neutralizar un tercer intento de las fuerzas federales en el camino de portazgo de Hagerstown, entre la pequeña iglesia y la granja de Nicodemo.

David continuó trabajando toda la noche y parte de la mañana siguiente. Increíblemente, McClellan fracasó cuando quiso reasumir el ataque tras haber sido batido el día anterior, tal vez porque sus bajas habían sido muchas: se hablaba de veintisiete mil hombres muertos o heridos, es decir, casi la tercera parte de su ejército, caídos en un solo día en la zona del arroyo de Antietam. También el ejército de Lee había sufrido un tercio de bajas. Se hablaba ya de aquella jornada como la más sangrienta de la historia de la guerra entre la Confederación y la Unión. Los cadáveres, en cierto lugar llamado «el callejón sangriento», se apilaban a una altura que alcanzaba los quince pies.

Expedicionarios de caballería que habían recorrido las riberas del Potomac a retaguardia del ejército de McClellan al final de la tarde manifestaron que unos doce mil hombres de reserva se habían agregado al ejército federal, que venían a sumarse a los veintidós mil que McClellan había mantenido en reserva durante la batalla, en previsión de que Stonewall Jackson se alzara con otra victoria inexplicable arrancada a las puertas mismas de la derrota gracias a una de sus fulgurantes tácticas. El ejército confederado comenzó a replegarse atravesando el Potomac poco después de caer la noche y la Brigada Stonewall fue una de las últimas en cruzarlo. Su número había decrecido bastante tras aquella durísima refriega de un solo día.

David conducía una de las carretas que contenían su hospital mientras su propio caballo le seguía. Al llegar al arroyuelo vio al general Lee que, montado a caballo en medio de la corriente junto al general Jackson, observaba a sus tropas cruzar el puente. Ambos parecían muy cansados; pero cuando el último hombre (la mayor parte de ellos llevaban ahora zapatos, aunque el resto del uniforme dejara aún mucho que desear) entró en el riachuelo y, viendo a Lee y a Jackson, prorrumpió en gritos de adhesión y saludo, el general Lee se irguió sobre sus estribos y saludó marcialmente.

Sin embargo, si bien Robert E. Lee podía dar gracias a Dios de haberle permitido salir airoso de lo que pudo haber sido la mayor catástrofe de la guerra, la prensa del Norte no tenía los mismos motivos de agradecimiento. Un ejemplar del *Tribune* de Nueva York que trajo Lachlan Murrell, que cabalgaba con los expedicionarios de Jeb Stuart al norte del Potomac para conocer los movimientos del ejército de la Unión y que, durante su misión, pudo conseguir, podía dar crédito del descontento norteño.

Ante la hazaña de Lee, que había conseguido salvar su ejército, el *Tribune* descargaba sus iras contra el general George Brinton McClellan, cuya estrella parecía ascender tan sólo un año antes y que ahora resultaba vencido por dos generales llamados Lee y Jackson.

«Nos deja los desechos de sus campamentos, dos piezas inservibles de artillería, unos cuantos centenares de sus rezagados y aún más muertos sin sepultar. Ha dejado perder todas sus armas pesadas, sus furgones, ambulancias y vagones. No ha conservado una sola tienda de campaña, ni una caja de provisiones ni una libra de munición. Lee y Jackson se han llevado los suministros recogidos en Maryland y el rico botín de Harpers Ferry».

V

EN el campamento instalado cerca de Martinsburg, David cuidaba los heridos en Antietam y tomaba medidas para transportar a quienes podían serlo hasta los hospitales situados más allá del valle, cerca de Staunton, o bien hasta Richmond. En compañía de Kyd Douglas y de Lachlan Murrell (quién llevaba ahora el sombrero emplumado propio de los oficiales de Jeb Stuart) estaba sentado cierta noche ante un ponche de ron caliente que le había preparado Hal Perkins según una prestigiosa receta de su madre. Se hablaba de la reciente batalla y de sus posibles efectos sobre el futuro de la guerra.

Tres días más tarde de la retirada del ejército confederado a través del Potomac, el presidente Lincoln había emitido una primera Proclamación de la Emancipación de todos los Esclavos pertenecientes a los rebeldes. La medida se haría efectiva el día primero de enero de 1863. Dos días después, Lincoln volvió a golpear políticamente al suspender la vigencia del habeos corpus para todas las personas arrestadas por motivos militares.

—El Norte ha perdido realmente la batalla de Antietam —sostenía Douglas—. Si McClellan ha sido incapaz de destruir un ejército que no contaba con más de un tercio de sus propios efectivos (los cuales se hallaban por cierto en condiciones muy superiores, además) está terminado. Porque no era tan sólo eso: McClellan conocía de antemano la estrategia exacta que se disponía a seguir Lee.

—El Norte saldrá ganando si McClellan resulta terminado —dijo Lachlan levantando su vaso e inhalando la fragancia de su ponche. Tomó un largo trago y depositó el recipiente sobre la mesa—. Supongo que ya sabes que Hal Perkins es una mosca blanca en esto de preparar ponches, David. Ni en Nueva Orleáns es posible beberse algo tan bueno.

—Pues puedes decir que nunca has comido bien hasta el día en que hayas probado la trucha recién pescada envuelta en maíz y frita con tocino.

—¿Se trata de un plato propio de Virginia? Nunca había oído hablar de él.

—Es una especialidad sureña que puede competir con las mejores de Maryland y aún con la *bouillabaisse* de Nueva Orleáns.

—¿Dónde cree usted que se librará la próxima batalla, comandante Murrell? —preguntó Douglas.

—En las afueras de Richmond.

—¿En la ruta de la Península?

—Sólo hay una manera lógica de atacar Richmond: a través de Fredericksburg, directamente contra la ciudad.

—Eso ya se probó en Manassas… dos veces —le recordó David.

—El primer ataque en Manassas fue prematuro. La guerra no había hecho más que comenzar —dijo Lachlan—. Las tropas federales no estaban bien entrenadas y todo el mundo miraba la guerra como algo que apenas duraría tres meses.

—Sí: un pequeño rapapolvo para el hermanito menor que no se porta bien —asintió David Pero a esta altura ya saben que no resulta tan sencillo.

—Lo interesante —dijo Douglas— es que el Norte ha visto a una larga serie de sus mejores generales lanzarse contra el Sur y retirarse desprestigiados. McDowell, Pope y ahora McClellan… De seguir a ese ritmo, Lincoln se encontrará con que ya no le quedan generales.

—Creo que olvida usted a uno: el general Ulysses S. Grant —dijo Lachlan.

—Grant ha estado tratando de tomar Vicksburg durante alrededor de un año y, sin embargo, no parece poder conseguir lo que pretende —dijo Douglas.

—Y vuelve a insistir cada vez. En cuanto lo derrotan, se sacude de encima el polvo que le hicieron morder y resuelve volver al ataque. Sabe que cuando tome Vicksburg, todo el Mississippi y sus afluentes se encontrarán en manos del ejército de la Unión. Entonces habrá un indiscutido nombramiento para Grant: lo enviarán aquí, a Virginia. En ese caso impondrá su táctica favorita, que es la de pisar el terreno con la cautela y ciencia de una cabra para después atropellar ciegamente, como un *bull dog*. De todos modos, no cejará… hasta que tome Richmond.

—Pero la Confederación también continuará luchando —insistió Douglas, sin esperanzas —dijo el oficial *cherokee*—. He visto más acción en un día en Antietam que en casi un año y medio con las tropas de Stand Watle allá en el sur. Téngalo por seguro: la guerra se está librando aquí y aquí, en Virginia y Maryland, se decidirá.

—Espero que así sea, porque de ese modo podré asistir a ella desde la primera fila de butacas —dijo Douglas.

—Será una pieza con Thomas Jonathan Jackson como estrella, de modo que puede usted estar seguro que la representación será interesante —agregó David.

—Bien, será mejor que me vuelva al cuartel general —dijo Douglas poniéndose de pie y sacudiéndose algunas espinas de pino de su uniforme—.

Cuando el general Jackson necesita a uno de sus ayudantes no quiere esperar.

—Yo he prometido a algunos de los oficiales tomar parte en una partida de naipes que se prepara —dijo Lachlan—. ¿Vienes, David?

—Tal vez más tarde. Me ha dicho Hal Perkins que se han declarado algunos casos de viruela. Será mejor que los observe, no sea que se contagie a todos los demás.

—Tal vez cabalgue hasta territorio enemigo un poco más tarde —manifestó Lachlan con indiferencia—. Si quieres enviar una carta a Araminta, escríbela y ponle la dirección. La echaré en un buzón yanqui en algún punto del Norte.

—Le escribiré en cuanto eche un vistazo a esos nuevos enfermos —dijo David con expresión alegre—. No ganes demasiado a las cartas. Buena suerte.

—La necesitaré —afirmó Lachlan—. Desde que Farragut tomó Nueva Orleáns puedo ganar más dinero con las cartas que el que ganaba embarcando allí algodón que debía pasar por los riesgos del bloqueo.

En el campamento del 33 de Virginia no le costó gran trabajo a David hallar los enfermos que buscaba. Todos ellos habían sido reunidos en una sola tienda por el médico del regimiento, en un intento de evitar que la enfermedad se contagiara al resto de las tropas. Sólo necesitó David de una ojeada para advertir las llagas virulentas rodeadas por halos de piel oscurecida en la cara de los internados. Enseguida comprendió que, contra lo esperado, aquello era algo más que una simple aparición de viruelas benignas.

La viruela había invadido el campamento.

Dejando atrás la zona del 33, David fue inmediatamente en busca del comandante Hunter McGuire; pero el director médico no se hallaba allí sino en Richmond, donde debía acudir a una conferencia de médicos de división en las oficinas del jefe de las clínicas militares. Cuando daba cuenta a Sandie Pendleton de la aparición de u temible enfermedad, pasó cerca de ellos el general Jackson, quien retomaba de una visita al campamento del general Richard Ewell, donde un conocido predicador había hecho un sermón tan inflamado que había dado lugar a un gran renacer del espíritu religioso entre los hombres.

—No creo haberle visto a usted en el sermón, comandante Preston —dijo Jackson—. Es algo especialmente glorioso ser ministro del Evangelio del Príncipe de la Paz. Ningún cargo mundano puede igualarlo.

—He estado ocupado, señor. —David prefirió comenzar por verdades a medias—, tratando algunos casos de viruelas.

—No querrá usted decir viruelas graves, ¿verdad? Hemos tenido la buena suerte de recibir un número considerable de reclutas últimamente; de acuerdo con la última orden del día se trata de un contingente de diez mil, llegados después de la batalla de Antietam. Las enfermedades contagiosas siempre hacen estragos entre los soldados jóvenes.

—Tenemos ciertamente muchos casos de viruela absolutamente comprobados, señor. Yo mismo acabo de hacer una comprobación en varios pacientes.

—El asunto es serio, comandante.

—He pedido al capitán Preston que publique una orden sanitaria mañana por la mañana por la cual se obliga a todos los jóvenes reclutas hacerse examinar de inmediato por los médicos de cada regimiento. Si la suerte nos acompaña podríamos contener la epidemia antes de que sea demasiado tarde, a condición de que aquellos hombres que no se han vacunado en los últimos tres años se vacunen inmediatamente, señor.

—Dudo que haya suficiente número de vacunas para tal cantidad de personas —dijo Pendleton—. El mayor McGuire me pidió el otro día que encargara cierta cantidad.

—Pues cada recluta ha de ser vacunado enseguida —aseguró David—. En general, pocos de ellos se la aplican antes de alistarse.

—Telefonearé a Richmond para que se nos envíe tantas vacunas como humanamente sea posible por medio del comandante McGuire —prometió Pendleton.

Jackson se encaminó hacia su tienda y, una vez dentro, dejó caer la tela que cubría la entrada, pero, como una vela ardía sobre una mesa pequeña de campaña, su silueta podía verse delineada sobre la lona cuando se dejaba caer de rodillas para orar. Cuando David dejó a Sandie Pendleton, casi una hora más tarde, la silueta aún seguía en la misma posición, muy erguida y con la cabeza vuelta hacia el cielo, como si Jackson estuviera en completa comunicación con su Hacedor.

El examen de la mañana siguiente mostró cinco nuevos casos de erupciones que parecían ser debidas a la viruela. Se examinó la totalidad de los reclutas. Los cinco enfermos fueron juntados con los ya declaradamente enfermos y enviados a otra zona, bastante alejada del campamento principal. Allí, todos fueron atendidos por Hal Perkins y los enfermeros de la Primera Brigada del Hospital de Campaña, todos los cuales habían sido vacunados desde tiempo atrás, con buenos resultados, contra la terrible enfermedad.

En los suministros médicos disponibles sólo había una cincuentena de vacunas. David se dispuso a administrarlas cuanto antes a los jóvenes reclutas, aunque muy pronto ya no quedó ninguna. Sólo se dejaron unas cuantas como reserva. Pero al caer la noche media docena de pacientes más habían sido detectados, mostrando los síntomas clásicos: fiebre, dolor en los huesos, fuerte jaqueca y la toxicidad general que anuncia la aparición de la viruela. Y cuando el comandante McGuire volvió, a los dos días, con la escasa provisión de vacunas que te había sido posible conseguir en Richmond, la epidemia estaba ya en pleno desarrollo, con cincuenta casos declarados.

—El número de nuevas vacunas apenas alcanzará para inmunizar a los hombres que han debido ser asignados extraordinariamente para cuidar a los enfermos —dijo David en tono airado, cuando McGuire abrió delante suyo el paquete que había traído de Richmond.

—El hospital variólico de Richmond está registrando una entrada diaria de cien casos —dijo el médico jefe—. Si fuera posible, yo diría que la situación de ellos es peor que la nuestra.

—¿Y supongo que Jefferson Davis no está dispuesto a dejar salir vacunas de Richmond hasta estar seguro de que la ciudad esté a salvo?

—Así es.

Hal Perkins había estado escuchando hasta entonces. De pronto se dispuso a hablar.

—¿No podía probarse la inmunización con las costras de los enfermos que han sido vacunados, señor?

—Se podría, Hal —repuso David—, pero recuerdo una epidemia que se declaró hace dos años en un puesto del ejército en las afueras de Washington cuando hicimos precisamente eso. Es verdad que los vacunamos contra la viruela; pero sembramos la sífilis que a menudo padecían los donantes de costras. Aquí, con la «zona pecadora» tan cerca y la prostitución en pleno auge, hay ya bastante sífilis como para infectar ampliamente a todo el ejército.

—Recuerdo haber leído un artículo sobre la transmisión de la sífilis por vacunación, el año pasado —dijo McGuire—. En algún punto de Georgia, trescientos casos de algo que parecía ser sífilis fueron atribuidos a las costras de un soldado vacunado, a quien la sífilis le había sido a su vez transmitida por una mujer que poseía un prostíbulo en Augusta. Sin embargo, puesto que el gobierno, de Richmond no puede suministramos las vacunas que necesitamos, David, ¿qué podemos hacer?

—Lo mejor sería vacunar a cierto número de niños pequeños y tomar las costras de ellos para luego usarlas como vacunas sobre nuestros soldados —dijo David.

McGuire movió la cabeza.

—Ésa no es una solución práctica. La gente aún teme en gran parto a la vacunación. ¿Cómo podríamos obtener bastantes niños para probar el sistema?

—Algunos niños negros nacidos de madres esclavas han sido empleados para eso, contra la voluntad de sus padres —dijo David—. Nadie resultará perjudicado (ciertamente los niños no correrán peligro alguno). Pero imagínate lo que Horace Greeley diría en el *Tribune* si lo hiciésemos.

—Entretanto los soldados se irán muriendo —respondió McGuire—. ¿Cuántos soldados piensas que podrías vacunar con la costra de un solo niño?

—Tú acabas de decir que, según la revista que has leído, trescientos hombres resultaron infectados con la costra de uno solo. Contando con los niños, no tendríamos de qué preocupamos.

—Pero si usamos niños y luego enferman por culpa de la vacuna misma, se nos podría acusar de estar realizando experimentos con seres humanos —dijo McGuire.

Hal Perkins habló otra vez.

—Mi familia vive no lejos de aquí, en Strasburg, es decir, al sudeste de nuestra posición, comandante Preston, y mi hermana tiene tres hijos pequeños.

—¿Crees que aceptaría que los vacunásemos con las vacunas que hemos guardado en reserva para los hombres que nos ayudan de manera extraordinaria en el hospital? —preguntó David.

—Su marido está preso en Johnston’s Island, cerca del lago Erie, señor. Por cuanto uno oye sobre el trato que allí reciben los prisioneros, pienso que mi hermana hará cuanto sea, con tal de apresurar de algún modo el final de la guerra. Y, como acaba usted de decir al referirse a la vacunación de los niños negros, vacunarlos es en realidad hacerles un marcado favor.

—Toma mi caballo y corre esta noche a Strasburg con algunas vacunas, Hal —dijo David—. Si tu hermana lo permite, vacuna a sus hijos. Pero, por favor, asegúrate de que ella comprende exactamente lo que nos proponemos hacer.

Aquella noche, después que Hal Perkins había dejado atrás el campamento en su carrera hasta Strasburg, David se sentó ante la mesa de su tienda para escribir la carta a Araminta. Lachlan le había asegurado que la

franquearía en algún punto del Norte, más atrás de las líneas de la Unión durante alguna de las expediciones que las fuerzas de Jeb Stuart hacían dentro del territorio enemigo. Y como Lachlan le había dado la dirección de John Ross en Philadelphia, la posibilidad de hacerle llegar la carta parecía inmejorable. Esto fue lo que escribió:

8 de octubre de 1862
Cuartel General del Valle
Ejército del norte de Virginia, cerca de Winchester

Mi muy querida Araminta:

Lachlan me ha dicho que te ha escrito recientemente, franqueando la carta en el curso de una expedición llevada a cabo por un grupo del ejército de Jeb Stuart dentro de Maryland, de modo que aprovecho la oportunidad para que vuelva a hacer lo mismo y así esta carta te llegará del mismo modo. Lachlan parece pasársela muy bien por aquí y según creo ha tenido buena suerte con las cartas. Se juega mucho aquí, pero todos toman precauciones para que el coronel Jackson no los vea cuando hace alguna gira de inspección por el campamento. El general asiste a los servicios religiosos casi cada noche y se sienta —como ya he tenido oportunidad de verlo otras veces en la capilla del Instituto— muy tieso pero profundamente dormido. En realidad he llegado a verlo dormido de pie durante cinco o diez minutos en medio de una batalla y despertar justamente para emitir alguna orden sobre una de sus típicas maniobras que le han hecho ganar tantos triunfos.

Espero que tú y los Ross os encontréis bien en Philadelphia y que las autoridades federales os traten a todos con la consideración que merecéis. Si tienes dificultades para obtener digitalina para el jefe Ross trata de ponerte en contacto con el doctor Jesse Bayard, que tiene su consultorio en Philadelphia He oído decir que se ha desempeñado con éxito en el ejército Él y yo fuimos compañeros de clase en el Jefferson Medical College. Ahora él está encargado de los hospitales militares en la zona de Philadelphia. Jesse me debe el favor de haber arreglado las cosas para que pudiese ser cambiado por otros prisioneros tras la primera batalla de Manassas, cuando lo capturamos a él y también al hospital que he venido usando desde entonces.

Todo es encantador aquí en el valle. Las hojas han ido variando lentamente de color y las laderas montañosas son una cascada de tonos dispersos. Algunas hojas se han tomado rojas como la sangre y otras también, aunque no tanto. ¿Sabías que el clima y la vegetación varían de tal

modo que seiscientas millas hacia el norte equivalen a cien pies de elevación? El capitán Jed Hotchkiss, que es el experto cartógrafo del general Jackson así me lo ha dicho y no veo razón para ponerlo en duda.

El campamento que tenemos en Winchester está a unas doscientas millas de Philadelphia. Hoy es miércoles. Si el domingo tengo tiempo libre cabalgaré hacia el este y treparé hasta un tercio de altura en algún punto del Blue Ridge. La elevación máxima es de unos mil doscientos pies, de modo que estaré casi al mismo nivel de clima que tú en Philadelphia. Podré así permitirme el lujo de, al menos, soñar que estamos juntos y que esta terrible guerra ha terminado.

Es casi medianoche y Lachlan dice que debe tener en su poder esta carta de madrugada, pues sé que se va con Jeb Stuart para llevar a cabo otra de sus relampagueantes expediciones detrás de las líneas enemigas. Me dice que se ha puesto de acuerdo con cierta mujer al norte del Potomac (imagino que se trata de un antiguo amor suyo) para hacer de correo de ida y de vuelta, así que, a pesar de los pesares, espero tener algún día noticias tuyas. Hasta entonces, buenas noches, mi querida, y permanece segura del amor mío que va hacia ti con esta carta.

Tu

DAVID

VI

CUANDO la epidemia de viruela alcanzó su apogeo, dos semanas más tarde, Hal Perkins trajo suficiente materia extraída de las costras de los niños vacunados, que les habían aparecido en los brazos. Los niños no sólo eran los de su hermana. Oíros padres habían ofrecido los suyos, también, como sujetos aptos para este experimento humanitario, de modo que hubo suficiente material para inmunizar al resto de los reclutas. Como resultado de esta campaña de vacunación, la marea epidémica comenzó a declinar y pronto quedó controlada.

Entretanto, el 9 de octubre, el general Jeb Stuart y mil ochocientos hombres a caballo cruzaron el Potomac en el lugar llamado Black Creek. Penetrando en territorio de Pennsylvania unas treinta millas, alcanzaron Chambersburg y quemaron allí los almacenes militares. En los dos días que siguieron, la rápida caballería de Stuart capturó gran número de caballos antes de dirigirse hacia el este hasta Cashtown, que se encuentra en el camino entre Gettysburg y Baltimore. Rodeando por completo al ejército de casi ochenta mil hombres de McClellan, Stuart atravesó de un solo galope el valle del río Monocacy para volver a cruzar el Potomac a la altura de Frederick, haciendo una cuarta de narices al ejército de la Unión y enviando olas de temor a través de todo el norte hasta Washington.

Solamente un hombre resultó herido en la rápida expedición que, como la que Jeb Stuart hiciera en torno a McClellan poco antes ese mismo año, no aportó nada en sí misma si se exceptúa un buen número de caballos que los del Sur necesitaban con gran urgencia; pero la acción de Stuart tuvo un efecto tremendo sobre la moral de las tropas enemigas. Lachlan Murrell irradiaba felicidad al terminarse la expedición, cuando llegó al campamento de Stonewall Jackson en Bunker Hill. Venía del cuartel general de Stuart, situado en una propiedad que se encontraba a unas cinco millas. En honor de Lachlan, Hal Perkins preparó otro de sus famosos ponches de ron y David se sentó junto a su amigo frente a un buen fuego aquella noche. Ambos se pusieron a beber el ron, hablando de la ya legendaria expedición a través del sur de Pennsylvania.

—Una o dos veces me entraron ganas de descabellar a alguien —dijo incontenidamente el oficial *cherokee*—. Aunque sólo fuese para que esos malditos holandeses supieran que en la expedición iba un indio vivo.

—Mis antepasados por parte de mi madre vinieron al valle desde Germantown, en Pennsylvania a principios del setecientos. Llegaron a librar una verdadera batalla con algunos indios a lo largo del camino de Philadelphia…

—¿Qué era eso?

—Era el único camino que por entonces llevaba de Pennsylvania al valle. Muchos de los colonos que vinieron a Virginia Occidental e incluso a la parte oeste de Carolina del Norte, lo siguieron. La batalla con los indios tuvo lugar en un lugar llamado Cartmill's Gap no muy lejos al norte de Buchanan, en el condado de Botetourt.

—Esos indios eran *shaunis* y nunca se civilizaron como fue el caso con los *cherokees* y los *choctaws* —dijo Lachlan—. Eran Valientes. Por cierto mucho más valientes que algunos de los holandeses que nosotros acabamos de perseguir y que salían disparados en busca de refugio cuando atravesábamos la zona de sus cabañas. Tendrías que haberlos oído chillar cuando les cogimos los caballos. Estoy seguro que a estas horas ya le habrán pasado la factura al gobierno, pidiendo indemnización por sus pérdidas.

—¿Supongo que comprendes que la expedición que acabáis de llevar a cabo tendrá como efecto incitar a McClellan para ordenar una nueva invasión en la parte oriental de Virginia, no?

—El viejo Jack y Jeb Stuart lo han planeado así entre ellos, —le dijo Lachlan tranquilizándole—. Se requieren vituallas y municiones, además de una buena cantidad de forraje para los animales (caballos y mulas) para mantener en pie a un ejército. Jackson estima que los yanquis son sus mejores intendentes de ejército; y si puede incitarlos para que se muevan antes de estar preparados, tiene posibilidades de tomarlos fuera de forma. Ya has estado junto a él bastante tiempo y sabes que ése es uno de los secretos de su éxito.

—Cuando ha llegado a sobrevivir tras esas campañas destinadas a salvar Richmond, la idea de volver hacia atrás y luchar nuevamente por el mismo territorio (y será la tercera vez) mientras la gente enferma de malaria, no me resulta particularmente atractiva.

—Tomamos gran cantidad de equipos móviles en el Valle de Cumberland; deshicimos las líneas de ferrocarril de Hanover en Chambersburg y quemamos gran parte de todo eso —dijo Lachlan—. Pero antes de cortar las líneas de telégrafo, el sargento Walheim se las arregló para enviar un mensaje a Washington haciéndoles creer que era del propio McClellan, en el cual se decía que Jackson había cruzado el río al frente de

cincuenta mil hombres y que se disponía a marchar sobre Philadelphia. Apuesto que al viejo Lincoln se le mojaron los pantalones ese día.

Del bolsillo de su chaqueta Lachlan extrajo un cigarro largo y delgado, encendiéndolo mediante una pequeña vara que arrimó a los carbones enrojecidos del fuego de campaña. Cuando la fragancia del humo le alcanzó las narices, David se irguió súbitamente, porque aquel aroma le resultaba familiar, aunque había pasado año y medio desde el día en que lo oliera por primera vez. Sí, ahora recordaba: había sido en el apartamento de John Ross, en el Hotel Willard de Washington.

—Ese cigarro —dijo con voz velada—, ¿de dónde lo has sacado?

—Araminta me envió un paquete. Ya me imaginé que reconocerías el olor. El tío John siempre gustó de las mejores hojas de La Habana y ella los enrolla como nadie en el mundo.

—¿La has visto?

—No, pero puse tu carta en el correo precisamente cuando recogí estos cigarros que ella envió a mi amiga de Chambersburg. También me envió otras cosillas.

Buscando en el bolsillo pectoral de su chaqueta, Lachlan extrajo un sobre y se lo extendió a David. A pesar del aroma del cigarro que su amigo estaba fumando, aquél reconoció el perfume favorito de Araminta en el papel delgado y crujiente que estaba dentro del sobre.

—Es para ti.

David puso la carta en uno de sus bolsillos. Prefería leerla más tarde a solas.

—Esa amiga tuya…

—Tal vez sea mejor que no digas nada de ella —le interrumpió Lachlan —. Sospecho que hay por aquí tantos espías de ellos como nuestros en campo norteño. Ese tal Allan Pinkerton que el Ministro de Guerra de la Unión ha contratado parece tenerlos en todas partes.

—¿Cuándo crees que los yanquis desatarán su próxima ofensiva?

—En nuestra expedición obtuvimos plena evidencia de los preparativos en las vías del ferrocarril y en los caminos que llevan a Chambersburg y a Frederick; pero yo diría que les hemos destruido equipos suficientes como para retenerlos un poco. Stuart y Jackson están trabajando en el cuartel general en este preciso momento y creo que redactarán un informe para el general Lee. Hemos oído en Winchester, además, que Jefferson Davis ha pedido al gobernador Letcher que reclute a cuatrocientos o quinientos negros

para trabajar en las fortificaciones de Richmond. Creo que desea que nos contengamos un poco y no incitemos a McClellan al ataque.

Lachlan se puso de pie, desperezándose.

—Creo que será mejor que vea al general Stuart por si ya se dispone a volver a su campamento. Esta noche habrá un baile en su honor allí.

—Llévate el resto del ponche —le dijo David—. Además tengo por ahí media botella de ron que también puedes llevártela.

Cuando su amigo se marchó, David se introdujo en su tienda y encendió una lámpara que tenía siempre disponible por si se le llamaba en caso de alguna urgencia para visitar a algún soldado enfermo o muerto. En este último caso tenía que extender rápidamente el certificado de defunción para poder efectuar el entierro antes de la diana de la mañana. El espectáculo de muchos hombres que morían de la viruela, ahora felizmente controlada, y de otras enfermedades (todas las cuales en conjunto cobran más vidas que los mismos combates) a menudo lleva a los hombres a desertar. Ése es un permanente problema en las campañas militares.

A la luz de la lámpara desdobló la página que Araminta le había enviado y leyó:

Washington Square Sur, 708
Philadelphia, Pennsylvania
7 de octubre de 1862

Mi querido:

Te escribo desde Philadelphia, donde el tío John, la tía Mary y yo nos hallamos ahora internados (según creo se dice) por toda la duración del conflicto entre los Estados Unidos y los Estados Confederados de América, para citar el documento que se nos dio cuando fuimos enviados a Philadelphia desde Saint Louis, tras nuestra captura en Park Hill. No entraré en detalles sobre ese episodio porque Lachlan ha escrito diciendo que está contigo, de modo que sé que los conoces. Llegamos por barco a Wheeling, en el nuevo estado de Virginia Occidental que el señor Lincoln está en proceso de crear. Desde allí nos dirigimos por tren a Philadelphia. Afortunadamente, la tía Mary tiene una casa aquí, la cual no resultó dañada en los tumultos que se produjeron y que tuvieron por víctimas a los simpatizantes de la Confederación. La casa está en la Plaza de Washington y los tumultos de que te hablo tuvieron lugar en los primeros días de la guerra. Estamos bien situados y hasta contamos con la vieja aya que cuidó de la tía Mary cuando ella era pequeña, y ahora nos ayuda en las tareas de

la casa. El tío John se encuentra bien y hasta ahora me las he arreglado para conseguirle la digitalina que necesita.

Sin embargo, las noticias de Tahlequah no son buenas. Tras la captura de tío John, el capitán John Drew y las tropas cherokees que le son leales permanecieron en Park Hill con el fin de proteger los bienes de la familia Ross y los de los Murrell. Pero se nos ha informado —por una fuente mediante la cual Lachlan puede comunicarse a la vez con Park Hill y con nosotros, pero que yo no puedo mencionar porque perjudicaría a nuestros amigos en Pennsylvania— que Stand Watle y sus hombres se han transformado en bandidos.

En agosto se apoderaron de la tienda de suministros generales perteneciente a Daniel Ross y a Sam Gunter, leales ambos al tío John, en Fort Gibson. Watle quemó la tienda y desparramó por los suelos un centenar de bolsas de azúcar cuando muchos soldados del Sur están a media ración en el mejor de los casos y los niños cherokees se hallan casi muertos de hambre.

El 21 de agosto Stand Watle reunió un consejo cherokee y a punta de pistola se proclamó a sí mismo Gran Jefe. Sus hombres, por otra parte, mataron a dos leales cherokees en el huerto de nuestra casa familiar en Park Hill y, puesto que los Murrell y los Ross permanecían fieles al tío John, no sé lo que podrán llegar a destrozar más tarde.

El 15 de septiembre fui con el tío John a Washington. Le había invitado a ir el presidente Lincoln y entre ambos mantuvieron una larga conferencia al día siguiente. Sea cual fuere tu opinión sobre el presidente Lincoln y su resolución de invadir el Sur, se mostró muy comprensivo ante los problemas que enfrentaba el tío John y los cherokees que le siguen siendo leales. Nos atrevemos a esperar que cuando la guerra haya terminado por fin, el gobierno de la Unión no mantendrá el tratado que los cherokees firmaron con el Sur en contra de los intereses de nuestra nación.

Trato de ayudar siempre que puedo en los hospitales situados aquí en Philadelphia. Mis pacientes son a menudo prisioneros del Sur que se hallan enfermos o heridos. Unánimemente rezan y yo con ellos para que esta guerra termine cuanto antes.

Tal vez te resulte tedioso que constantemente te escriba para decirte que te amo. Cierta vez me dijiste que te gustaría ser poeta. Yo, por mi parte, quisiera ser una de las Bronte o tal vez Elizabeth Barrett Browning, cuyos poemas leí en Mount Holyoke. Si así fuera, podría describir el amor que por ti siento en frases poéticas. Pero, como tú, nada tengo de literata y las

palabras no me sirven. Cuando por fin me encuentre junto a ti podré probarte mi amor entre tus brazos.

Destroza por favor esta carta. Estoy segura que mucha consideraría que soy una persona poco delicada e incluso desvergonzada por escribirte eso. Pero tenía que escribírtelo por que a los cherokees se nos enseña desde niños a decir la verdad De modo que te lo repito: te amo.

Tuya

ARAMINTA

VII

A fines de octubre de 1862 se reorganizó el Ejército de Virginia del Norte, que fue dividido en dos cuerpos. Cada uno de ellos vino a resultar más efectivo que la previa reunión de ambos en varias divisiones cuyos jefes a menudo actuaban independientemente del comando general. El Primer Cuerpo, destinado al este de Blue Ridge, fue puesto al mando de un experimentado guerrero, el general James Longstreet. El Segundo, que de momento se envió al valle del Shenandoah, quedó bajo las órdenes del general Thomas J. Jackson.

Con la progresiva desaparición del brote de viruela y la eliminación del riesgo de una epidemia general, Jackson estaba ahora en condiciones de encarar una maniobra en la que había pensado a menudo: la de soldar fuertemente los reclutas nuevos e inexperimentados con el probado acero de sus veteranos de la Brigada Stonewall, haciendo del conjunto un arma de guerra compacta. En cuanto a David, estaba, como siempre, ocupado en la tarea de enseñar a nuevos hombres los principios sanitarios necesarios para controlar fiebres y disenterías y reducirlas al mínimo, aunque a decir verdad, los ejércitos del Sur nunca estuvieron libres de plagas, como tampoco los del Norte, a juzgar por las noticias de sus periódicos.

La caballería de Jeb Stuart hacía incursiones casi semanales cruzando el Potomac durante el mes de octubre y principios de noviembre. Lachlan volvió de una de ellas a principios de noviembre y, al ver a David que examinaba una capilla de troncos que las tropas habían levantado para el general Jackson, se detuvo a mitad de camino, pues iba rumbo al cuartel general del Cuerpo. Cuando el oficial *cherokee* desmontó, David pudo advertir que cojeaba.

—¿Estás herido? —le preguntó.

—No es nada, sólo un tirón muscular. Me metí en medio de un escuadrón de holandeses en Pennsylvania. Lo malo fue que sus caballos eran tan rápidos como el mío, así que tuve que saltar una cañada para ponerme a salvo. Mi caballo tocó tierra en la otra orilla cerca de unas matas y mi bota se enredó en ella6. Me torcí el tobillo.

—¿Cuándo me dejarás que lo vea?

—Supongo que ahora es un momento tan indicado como otro cualquiera.

Los dos amigos atravesaron un trozo de terreno del campamento ocupado por la Brigada Stonewall, donde una tienda hospital había sido levantada para

curar cortes, golpes y pies llagados no sólo de los veteranos, sino también de los nuevos reclutas, quienes habían aportado nuevo vigor a la brigada, llevándola a un grado de eficacia parecido al que tenía el año anterior, aunque inferior en número por comparación con la época de la primera batalla de Manassas.

Una cuidadosa inspección del tobillo reveló una gran magulladura en la pantorrilla izquierda de Lachlan y una considerable hinchazón de su tobillo. Las altas botas que llevaba le habían servido de protección y muy probablemente le evitaron la fractura de la pierna. También presentaba el *cherokee* otra magulladura a la altura de sus costillas inferiores del mismo lado; pero la piel no se le había rasgado en ninguna parte, de modo que no fue preciso aplicar ninguna medicación. Terminado el examen, Lachlan se vistió y se dirigió al cuartel general.

Cuando a su vez David iba a salir de la tienda advirtió que en el lugar donde Lachlan había dejado la chaqueta para prestarse al reconocimiento había un paquete pequeño de cigarros del tipo de los fumados por su amigo. Reconoció el experto enrollado de Araminta en ellos cuando recogió el pequeño paquete. En ese momento, el delgado cordel que los tenía sujetos entre sí se abrió y los cigarrillos cayeron al suelo. Y entre ellos David vio una hoja del papel peculiar que usaba Araminta para escribir. El papel estaba evidentemente escondido entre los cigarrillos. Una mirada a la letra mostraba a las claras —por si fuera necesario— que provenía de Araminta. Se trataba de un pequeño mensaje. David lo tomó y salió corriendo en dirección al camino que había tomado Lachlan, a quien pudo descubrir a lo lejos, cuando se dirigía al cuartel general a la luz de varías fogatas. Cuando el médico llegó al lado del *cherokee* y le tendió su paquete de cigarrillos, Lachlan los tomó y los puso en el bolsillo de su chaqueta.

—Se me debieron caer cuando me quité la ropa —dijo—. Araminta me los envió.

—También te envió esto —le respondió David alargándole la hoja de papel que parecía hallarse escondida entre los cigarrillos.

—¿Lo has leído? —le preguntó Lachlan rápidamente.

—Al ver su escritura pensé que era para mí… pero ya no lo pensé cuando leí el mensaje.

—Sería mejor que buscáramos algún lugar donde pudiésemos hablar sin riesgo de que alguien nos escuche. —Ahora no había liviandad en el tono de Lachlan.

—Podemos hablar en la capilla. No creo que haya nadie a esta hora de la noche allí.

La luna brillaba a través de las ventanas del pequeño reducto de leños, posibilitándoles la conversación sin necesidad de encender luz alguna, la cual habría atraído la atención de los acampados en las cercanías.

—Araminta ha estado recientemente en Washington con el tío John —explicó Lachlan—. Supo por un empleado de la oficina del ministro de la guerra que pronto se dictaría una orden relevando de su cargo al general McClellan y poniendo en su lugar al general Ambrose E. Burnside, quien quedaría así al mando del Ejército del Potomac. Pensó que esa información podría resultar útil al general Stuart, al general Jackson y, naturalmente, al general Lee.

—¿Por qué la orden no fue dictada enseguida?

—Mañana serán las elecciones para cargos del estado y para miembros del Congreso, de modo que supongo que a Lincoln le parece más sensato no anunciar ningún cambio importante en la estructura de las fuerzas armadas federales hasta que la votación haya pasado. Gran parte de la gente en el Norte está insatisfecha con la marcha de la guerra y cualquier cambio súbito podría provocar que el pueblo pensara que Lincoln está desorientado. Por otra parte se espera que los demócratas aumenten su poderío en el Congreso; si esto se hiciese público ahora, Lincoln correría el riesgo de que sus enemigos ganaran aún más bancos en el Parlamento.

—Si Araminta está enviando información secreta que ha podido recoger en Washington a través de las líneas de batalla, se ha transformado en una espía. ¿Cómo puedes permitir que ella corra esos riesgos, Lachlan?

—¡Ya conoces a mi hermanita! Si ella cree que su deber consiste en ayudar al Sur, ayudará al Sur. Por lo demás ya ha habido otras mujeres espías: mira a Rosa Greenhow y a Belle Boyd, por ejemplo.

—Ambas mantenían relaciones amorosas con oficiales federales —respondió tajantemente David—. ¿Quisieras que tu hermana hiciese lo mismo?

—Está claro que no. Pero si insiste en enviarme información, la mejor protección que puedo prestarle consiste en evitar que sus mensajes caigan en manos enemigas. Este mensaje podría ser muy importante.

—¿Por qué?

—Ya sabes cómo actúa Burnside: pudimos obtener una muestra en Antietam, cuando forzó su pasaje a través de aquel puente, y tuvo que retirarse ante la llegada de las tropas de A. P. Hill. Una vez designado en su

nuevo cargo seguramente tratará de intentar otra embestida hacia el sur contra Richmond. De hecho ya está haciendo construir puentes más abajo del Potomac con el fin de cruzar el Rappahannock.

—¿Cómo has sabido eso?

—Por Araminta. Me envió otro mensaje… que no perdí.

—Trata de no perder ninguno más —dijo David con aire enfadado—. ¿Estás tratando de meter a Araminta en el tipo de intrigas propio de Belle Boyd?

—Tranquilo, amigo. No me gusta oír eso, ni aun de mi futuro cuñado. Belle Boyd es una marrana, aunque una marrana excepcionalmente lista. La conocí personalmente en Washington. Pero la mejor sangre de Escocia y de la nación *cherokee* corre por las venas de Araminta, de modo que no tienes por qué pensar que no te será leal.

—No me preocupo en este momento por su lealtad, sino por su vida; y no puedo decirle eso en una carta, porque ésta podría caer en poder del enemigo. Sin embargo, cuando te comuniques de nuevo con ella, puedes decirle que le prohíbo formalmente seguir espiando.

—Es probable que tu orden le haga mucho bien, amigo mío; pero no le mandaré tu opinión por carta, sino verbalmente. Ahora será mejor que lleve esta información a Sandie Pendleton, para que pueda transmitírsela al viejo Jack.

—Eso significa que pronto cruzaremos el Blue Ridge de nuevo —dijo David—. Me pregunto qué camino seguiremos esta vez.

VIII

EL 4 de noviembre de 1862, como se esperaba, los demócratas obtuvieron ganancias considerables en la representación por partidos en el Congreso y también en los cómputos electorales para elegir representantes estatales, con lo cual Lincoln quedaba enterado de que el pueblo no estaba satisfecho con la conducción que se había impuesto a la guerra en los dos últimos años, es decir, desde las elecciones de 1860 que le habían elegido presidente. El 5 de noviembre la siguiente orden apareció en los periódicos de mayor tiraje, algunos de los cuales, como era habitual, llegaron a manos del cuartel general de Jackson al norte de Winchester:

Por deseo expreso del Presidente, se ordena que el mayor General George B. McClellan sea relevado del mando del Ejército del Potomac. El mayor general Ambrose E. Burnside pasará a mandar dicho Ejército.

Dos días más tarde, el general Fitz-John Porter, que era comandante de cuerpo bajo McClellan y que había sido acusado de desobediencia inexcusable por su comportamiento en la segunda Batalla de Manassas, fue reemplazado por el general Joseph Hooker; y el 7 de noviembre, un oficial de Washington llevó a McClellan la orden antedicha. McClellan se encontraba en Rectortown, en Virginia. De ese modo terminaba la carrera de una de las figuras militares más pintorescas (si bien excesivamente cautelosa) del Ejército de la Unión.

El mismo día, el general Braxton Bragg tomó nuevamente el mando del Ejército Confederado del Mississippi, colocando a un cuerpo del mismo a las órdenes de un exobispo de la Iglesia Episcopal, que era el general Leónidas Pope. El otro cuerpo quedó bajo el general William Hardee. Hacia los mismos días otra figura militar federal de relieve, el general William Starke Rosecrans, comenzó a desplazar el Ejército Federal de Cumberland desde Kentucky hasta Hashville, en Tennessee.

De nuevo, las gigantescas zarpas creadas por Ulysses S. Grant, cerrándose lenta pero firmemente, amenazaban a la vez el corazón político de la Confederación en Richmond y los escasos suministros de alimentos, que estaban en Mississippi y Louisiana, mucho más al sur. Entretanto, otras fuerzas federales se desplazaban por tierra y agua en un intento de reunirse en

Vicksburg para aislar al grupo occidental de belicosos estados confederados de los otros estados que se situaban más al este. Abraham Lincoln dejó perfectamente en claro esta intención en las órdenes que dio al general Nathaniel P. Banks, el viejo enemigo de Stonewall Jackson en el Valle de Virginia, a quien designó comandante supremo del Departamento del Gulf, perteneciente a la Unión. Banks vino así a reemplazar al general Ben Butler, quien había caído en desgracia por causa de sus excesos, cometidos cuando gobernaba militarmente la región de Nueva Orleáns.

«Este presidente —le escribía Lincoln a Banks— considera la apertura del río Mississippi como la primera y más importante operación militar y naval». Y del mismo modo pensaba evidentemente el bebedor de *whisky* y fumador de puros, general Ulysses S. Grant.

El domingo día 8 de noviembre, mientras el general Burnside esperaba a McClellan para que éste hiciera un discurso de despedida a las tropas, la caballería federal llevó a cabo una espectacular incursión hasta Fredericksburg, es decir, a algo más de cincuenta millas al norte de Richmond; y al día siguiente una avanzadilla federal atacó Charlestown, que no se halla a más de quince millas de Winchester.

Otras fuerzas del Norte llevaron a cabo operaciones a lo largo de los ferrocarriles de Orange y de Alexandria, en la parte norte de Virginia, al este del Blue Ridge y cuatro días después del relevo de McClellan, Abraham Lincoln aprobó la reorganización propuesta por el general Burnside, por la que se separaba en tres al Ejército Federal del Potomac. Habría ahora tres grandes divisiones: la de la derecha, bajo el general Edwin Vose Sumner; la central, al mando del general Joseph Hooker y la de la izquierda, que se ponía a las órdenes del general William B. Franklin. Al día siguiente, el Ejército Federal del Potomac comenzó su desplazamiento hacia Fredericksburg desde Warrenton, en Virginia. La operación apuntaba hacia el sur, es decir, hacia Richmond.

El 17 de noviembre, la Gran División de la Derecha de Sumner pudo cruzar el río Rappahannock desde Fredericksburg, mientras que tanto el Ejército Federal como el Confederado comenzaban a converger hacia la vital arteria de agua que cruza el camino que va de Richmond a Washington. El 19 de noviembre, el Cuerpo Confederado de Logitreet tomó posiciones en las alturas Cercanas a Fredericksburg y el 20, el general Robert E. Lee llegó para hacerse cargo del comando supremo de todas las fuerzas que allí se encontraban.

Jackson se encontraba aún en los alrededores de Winchester, en espera de ver si los federales pensaban lanzar nuevas incursiones por la parte norte del valle destinadas a inmovilizarlo allí, con lo cual se debilitarían las fuerzas que defendían Fredericksburg. Entretanto, el ardor religioso que se había apoderado de 1 Segundo Cuerpo de manera musitada hasta entonces, se vio coronado a mediados de noviembre, al quedar terminada la capilla.

Cuando Jackson convocó a una reunión general de sus hombres para consagrar con una plegaria colectiva la mansión de Dios, hubo gran agitación en el campamento. Miles de soldados escondieron cartas y dados en compañía de los cuales pasaban la mayor parte de su tiempo, cuando no combatían al enemigo o reñían entre ellos mismos, para juntarse a Jackson y a los miembros de su cuartel general.

David Preston estaba escribiendo a Araminta aquella tarde al ponerse el sol; pero cuando Hal Perkins le dijo que Jackson se dirigía hacia allí, dejó a un lado la pluma y el papel para unirse a los demás La capilla apenas tenía capacidad para los centenares de hombres que venían con Jackson, de modo que éste subió los dos escalones del pequeño porche que estaba ante la puerta del recinto, enfrentando al océano de rostros que le miraban. Era aquél un conjunto abigarrado y heterogéneo, mirado a la luz de los cánones militares; la mayoría de los uniformes estaban raídos y, como al menos la mitad de los equipos había sido capturada al enemigo, los grises que se veían aquí y allá sólo eran los azules que habían sido sometidos a un tratamiento de lejía para borrar el odiado color del norte.

Se veían muchas barbas y cabellos largos que habían sido echados hacia atrás y atados con un grasiento trozo de tela, con lo cual algunos hombres recordaban a quienes usaban pelucas en los tiempos coloniales. La Brigada Stonewall, en particular, presentaba un fiero aspecto y en ella había gente de muy distintas sangres, caracteres y modos de hablar, aunque todos comulgaran en la veneración del hombre que había hecho de ella un emblema de honor en todo el mundo a través de los dieciocho meses en que había estado a su frente.

El Stonewall Jackson que se arrodilló en el porche de la capilla para encauzar las plegarias de sus hombres no presentaba un aspecto muy distinto al de Tom el necio y al del viejo Jack de otros tiempos, pensó David. Su barba, es cierto, aparecía un poco más cargada de grises y los ojos azules brillaban con un fuego algo menos intenso; pero el uniforme era tan desaliñado como el de antes. Aunque Jeb Stuart le había regalado uno nuevo, sólo lo llevaba en los actos militares más formales.

Sin embargo sí que había una diferencia importante en él, aunque para advertirla era preciso conocer a Jackson muy bien. En los viejos tiempos, la palabra de Jackson había sido vacilante y poco confiada, particularmente cuando disertaba como profesor en la Escuela Militar o dirigía las plegarias de la Primera Iglesia Presbiteriana en Lexington. Tan tedioso era como profesor, que cierta vez sus alumnos habían pedido que se les asignara un profesor más versado y ágil que dictara las clases que hasta entonces estaban a cargo de Stonewall Jackson.

Pero cuando Jackson se comunicaba con su Dios, como ahora, su voz cobraba un especial vigor y un nuevo aplomo. Su timbre era más vibrante y claro que en tiempos de la Academia. Para los oyentes, cuando Jackson rogaba a Dios que protegiera a sus soldados en la próxima prueba y les deparara el triunfo sobre el enemigo; cuando le pedía para ellos la salud física, pero sobre todo moral, parecía que en realidad no hablaba con Dios, sino con una especie de asociado, el Padre Celestial, que sin duda reconocería la justicia de las peticiones de su amigo y, en consecuencia, otorgaría sin más la victoria a su Causa.

Al volver al campamento tras aquella celebración religiosa convocada por Jackson, David se encontró con el comandante Hunter McGuire, que era ahora Director Médico del Segundo Cuerpo, posición que le tenía muy atareado con detalles puramente administrativos, porque el general Lee insistía en que los comandantes de los diferentes cuerpos y organizaciones subalternas le entregaran informes regularmente.

—El general Jackson parece estar alegre estos días —observó David.

—¿No lo estarías tú si esperaras ser padre de un momento a otro?

—Estoy tan lejos de la idea de poder casarme algún día que eso no tiene sentido para mí.

—¿Cómo tratan a tu novia prisionera?

—Ni ella ni los suyos son exactamente prisioneros. Más bien se les considera como internados hasta que la guerra finalice. En realidad, John Ross pasa buena parte de su tiempo en Washington, por invitación del Presidente Lincoln y, según cuenta Araminta, él y el Presidente se han convertido en muy buenos amigos.

—Rara relación la de un jefe *cherokee* y el Presidente de los Estados Unidos.

—John Ross, y Araminta, por supuesto, está tan orgulloso de ser *cherokee* como tú y yo de ser virginianos.

—Lo que ya es decir —dijo McGuire sonriendo—. El predicador Stiles dijo en un sermón la otra noche que las penurias que todos sufrimos en esta guerra son en cierto modo un castigo de Dios infligido a los del Sur por ser tan absurdamente vanidosos en materia de ascendencia y regionalismo.

—Pues pienso que los virginianos tenemos que cargar con una culpa doble —asintió David—. ¿Has pensado ya dónde ejercerás después de la guerra?

—En Richmond, si es que de ella queda algo más que un montón de ruinas. Espero ser profesor en la Facultad de Medicina allí. ¿Y tú?

—El reverendo Stiles comparó a Richmond con el campo de Armagedón del Libro del Apocalipsis[12]. Las últimas batallas de esta guerra serán casi seguramente libradas allí; y si Burnside todavía se encuentra al frente de su ejército, Richmond será probablemente arrasada. Ya ha enviado un ultimátum al alcalde de Fredericksburg diciéndole que si no entrega voluntariamente la ciudad, ésta será bombardeada con cañones pesados y destruida.

—Hasta ahora ningún general de la Unión había amenazado con destruir una ciudad del Sur. Eso sería criminal.

—Burnside dio al alcalde dieciséis horas para evacuar a los enfermos y heridos, a las mujeres, a los niños y a los inválidos. El alcalde no parece haberse negado. Sólo pidió que se extendiera ese plazo.

—¿Qué dijo Jackson al enterarse del Ultimátum?

—Nunca le había visto tan furioso. Ya le acabas de ver encabezando la plegaria por la victoria. Tengo la impresión de que parte del fervor que puso al hacerlo le venía del anhelo de derrotar a Burnside. También creo comprender que Burnside espera usar el ataque de Jeb Stuart a la estación de ferrocarril de Chambersburg en octubre como pretexto para imponer el ultimátum a Fredericksburg.

—Pero Stuart no atacó a la ciudad. Lachlan Murrell estaba allí y me dijo con toda claridad que todo cuanto hicieron fue quemar la parte de la estación que pudieron quemar y que destrozaron los suministros que estaban en los vagones del ferrocarril.

—Tu futuro cuñado gusta mucho de cabalgar con Jeb Stuart, ¿no es así?

David sonrió.

—Lachlan tiene un alma romántica. Algo que le viene de sus antepasados, supongo. Exteriormente parece un indio; pero en muchos aspectos lo es mucho menos que John Ross o que su hermana Araminta.

—Sé que Jeb Stuart lo tiene en gran estima. La caballería de Stuart es bastante variada en sus componentes y a cada uno el jefe lo estima por

diferentes causas. Nunca va a ningún lado, por ejemplo, sin que su ejecutante de banjo le tenga que seguir por todas partes. En cuanto al comandante Von Borcke, apenas puede hablar el inglés…

—Recuerdo haber leído en algún lado que el barón Von Steuben sólo conocía dos palabras del idioma inglés cuando vino a Valley Forge para entrenar a las tropas de Washington allí. Esas palabras eran «maldito sea». Sin embargo, esa limitación no parece haberle impedido la preparación de un ejército capaz de luchar.

—Me han dicho que cuando el comandante Murrell va al combate, lanza lo que él llama un grito de guerra indio. Dice el capitán Pellman que es el único sonido en el mundo que puede llegar a ser más aterrador que el que lanza la Brigada Stonewall como signo de rebeldía.

Entretanto habían llegado a la tienda de David Preston.

—¿Quieres entrar un rato? —le dijo a McGuire—. Puedo ofrecerte un *brandy* tolerable.

—No, gracias. El general espera la orden para avanzar a través del Blue Ridge hacia Rappahannock. En cuanto llegue dicha orden, probablemente emprenderemos la marcha a mitad de la noche; de modo que veré si duermo algo. Buenas noches.

La oscuridad reinaba ya y pronto llegó la hora del «tatuaje», como se llamaba a la acción de redoblar tambores de unidad a unidad, comenzando por la Brigada Stonewall. Así se indicaba que era preciso apagar las luces. Aquélla era una hora que David había llegado a apreciar sobremanera, de modo que al sonar el primer tambor salió de su tienda para escuchar. Uno por uno, en rápida sucesión, otros tambores tomaron su tumo, hasta que todo el campamento fue recorrido por el Sonido atronador y rítmico que parecía hacer vibrar verdaderamente al aire. Sé le erizaba el cabello en la nuca con la excitación que le producía aquella percusión.

El último redoble no había muerto aún del todo cuando David oyó el primer grito rebelde. Luego, gradualmente, a la llamada de nuevos tambores, un coro de voces heterogéneas llenó el espacio de un ambiente animoso. De las tiendas salían hombres y más hombres rumbo al espacio que se extendía ante la tienda de Stonewall Jackson. Muchos llevaban antorchas atadas de cualquier manera a sus bayonetas, las cuales clavaron en la tierra. Como cuando se disponían las cosas para comenzar una partida de naipes.

Un verdadero mar de pequeñas luces se movía a través del campamento mientras el coro de gritos lo llenaba una y otra vez de animación. Las voces no cesaron hasta que el general Jackson salió de su tienda y fue hasta la

barrera de ferrocarril que servía de improvisado aislamiento al cuartel general, separándolo del campo de entrenamientos propiamente dicho. Con su barbilla descansando sobre una mano, gesto característico que resultaba muy familiar a todos aquellos soldados, el general esperó que el griterío amainara entre gritos de «¡Stonewall!», «¡Qué hable!», «¡Viejo Jack!».

Cuando reinó un relativo silencio, Jackson levantó en alto su puño cerrado en señal de victoria para agradecer el homenaje que le tributaban sus hombres, a la mayor parte de los cuales él había llevado una y otra vez ante las mismas garras de la muerte para extraerlos de ellas otras tantas. Cuando el coro de gritos se elevó de nuevo, se dio la vuelta dirigiéndose a su tienda, y se detuvo ante la entrada abierta para decir con voz casi ahogada por la intensa emoción:

—Es la mejor música, la más dulce de las músicas que he oído en mi vida.

David nunca le había visto tan conmovido.

IX

EL 25 de noviembre, la caballería de Stuart llevó a cabo una nueva incursión a través del Potomac para apoderarse de la oficina de telégrafos del gobierno federal que estaba en Poolsville, en Maryland. Allí el sargento Walheim pudo interceptar bastantes mensajes que revelaban que, como ya se venía murmurando, el general Burnside intentaba concentrar una fuerza federal de cerca de ciento veinte mil hombres en Virginia, para marchar contra Fredericksburg y el río Rappahannock.

Jackson y buena parte de su ejército se habían puesto en campaña unos cuantos días antes, desplazándose a través del valle hacia Strasburg y New Market, de donde pusieron rumbo hacia el este de Massanutten Range, en el valle Luray. Las informaciones recibidas desde Poolsville por correo militar era cuanto se necesitaba para que el general se sintiera libre y no atado al valle, como hasta entonces, en espera de un empuje de los federales en aquella zona, que nunca se producía. De modo que largas líneas de hombres vestidos de gris emprendieron otro viaje a Piedmont, en Virginia.

Moviéndose en dirección al este desde el valle Luray, las tropas de Jackson comenzaron a escalar el Blue Ridge hacia Fisher’s Gap, localidad que queda hacia el oeste de Culpeper, en Virginia. La marcha estuvo lejos de ser cómoda: los caminos estaban generalmente por las mañanas cubiertos de una fina capa de hielo. Sin embargo, pudieron cruzar esta vez el Shenandoah por puentes en lugar de verse obligados a vadearlo con el agua al cuello, como en otra ocasión, cuando habían acudido desde el este a liberar a Richmond. A pesar de los suministros capturados en Harpers Ferry, muchos de los integrantes de la Brigada Stonewall estaban aún sin zapatos. En cambio el número había aumentado gracias al servicio militar obligatorio y a la cooperación de algunos voluntarios.

Poco después de que el Segundo Cuerpo de Jackson abandonan su campamento cercano a Winchester, llegó la noticia de que una pequeña fuerza federal se encaminaba al sur desde Bolívar Heights en Harpers Ferry para conquistar la desguarnecida ciudad. Pero la amenaza principal para el Sur en Virginia estaba ahora en el río Rappahannock, de modo que no se hicieron mayores esfuerzos para mantener el dominio de la parte norte del valle del Shenandoah.

Descendiendo por la ladera oriental del Blue Ridge hacia el pie de las montañas y las ricas tierras aradas de Piedmont, en Virginia, David oía a los desharrapados, barbudos y a menudo descalzos hombres de la Brigada Stonewall cantar a voz en cuello su balada favorita, que festejaba los triunfos de su comandante. Las palabras, cuyo autor se desconoce, se habían encontrado en la ropa de un sargento de la Brigada Stonewall, muerto en plena refriega y decía así:

Venid, hombres fuertes, apilad los leños
Avivad el brillante fuego del campamento
No importa si la cantina está vacía
Haremos de esta noche una noche de fiesta.
Aquí el Shenandoah corre
Allá el fuerte Blue Ridge envía sus fuertes ecos
Para henchir el gran canto de la brigada
Que habla de la manera de Stonewall Jackson.

Podemos verlo ahora, con su gran sombrero
Ladeado desafiante sobre sus ojos
Con su sonrisa seca y astuta y su escasa labia
Tranquilo, fuerte, honrado.
El «Blue-Light Eider» le conoce bien
Dice Jackson: «Ése es Banks. Le gusta la metralla.
Que Dios se apiade de su alma porque vamos a darle duro».
Ésas son las maneras del general Jackson[13].

Silence! Ground arms! Kneel all! Caps off!
Old Blue-Ughfs going to pray.
Strangle the fool that dares to scoff.
Attention! It’s his way.
Appealing from his native sod.
In forma pauperis to God—
"Lay bare thine arm, stretch forth thy rod."
Amen! That's “Stonewall Jackson's way."
He's in the saddle now! Fall in!
Steady, the whole Brigade!
Hill's at the ford, cut off! We'll win.
Hit way out, ball and blade.
What matter if our shoes are worn!
What matter if our feet are torn!

Quick step! We're with him before dawnl
That's "Stonewall Jackson's way."

The sun's bright lances rout the mists Of morning and, by George!
There's Longstreet struggling in the lists.
Hemmed in an ugly gorge—
Pope and his Yankees, whipped before— "Bayonet and grape," hear Stonewall roar.
Charge, Stuart! Pay off Ashby's score!"
In "Stonewall Jackson's way!"

Ah, maiden! Wait and watch and yearn
For news of Stonewall's band;
Ah, widow! Read with eyes that burn That ring upon thy hand;
Ah, wife! Sew on, pray on, hope on,
Thy life shall not be all forlorn—
The foe had better ne’er been born.
Than get in "Stonewall's way!"

LIBRO SEXTO

CHANCELLORSVILLE

I

25 de diciembre de 1862
Cerca de Moss Neck, Virginia

Araminta querida:

Te escribo esta carta desde los cuarteles de invierno cercanos a Guiney Station, que es una parada de estación en la vía de ferrocarril que va a Richmond, Fredericksburg y el Potomac. Llegamos a este lugar unas dos semanas después de la batalla de Fredericksburg y estamos magníficamente situados para pasar el invierno, estación que nunca es del todo agradable. Los soldados han levantado chozas con troncos de árboles y yo comparto la mía con Lachlan, quien de nuevo está con nosotros. Ya habrás leído probablemente sobre la desastrosa decisión del general Burnside de emprender un ataque directo a través del río Rappahannock contra nuestras fuerzas, que estaban en condiciones muy superiores pues ocupaban las alturas de la ribera sur. Obtuvimos una gran victoria, pero, desafortunadamente, cada vez que obtenemos una, parece que sólo nos llevara a un punto en que no podremos seguir adelante por mucho tiempo más.

La Brigada Stonewall sólo luchó al final de la batalla, pero acusó gran número de bajas; tantas que ahora el censo que le corresponde sólo arroja cuatrocientos once soldados. En realidad, hemos perdido alrededor de un tercio de la brigada desde que cruzamos el Blue Ridge, hace un mes. Once de los quince oficiales que teníamos resultaron muertos o heridos y fuera de combate tras la batalla de Fredericksburg.

El general Jackson está muy contento por ahora, quizá p0r% que su esposa dio a luz una niña en Carolina del Norte. La han llamado Julia. Desgraciadamente, sin embargo, hay muchos desacuerdos entre los oficiales del campamento, incluso entre aquellos que están situados al más alto nivel. Por mucho que admiremos todos a Jackson, no hay duda de que se vuelve cada vez más empecinado a medida que la guerra dura y más intolerante ante cosas que la mayor parte de la gente admite como pequeñas miserias humanas. Está enzarzado en una querella con el general A. P. Hill, además; de modo que los ataques y contraataques están aquí a la orden del día. El general Lee hace cuánto puede para echar aceite sobre las

olas encrespadas pero hasta su especial capacidad se pone a dura prueba en la tarea de mantener los ánimos dentro de cierta paz.

Anteayer nevó por primera vez desde que estamos aquí y hubo mucha algarada en el campamento a cargo de quienes no podían ir a su hogar a pasar las Navidades. Hunter McGuire y yo tiramos al aire una moneda para echar a suertes la licencia y él ganó, de modo que aquí estoy, haciendo de médico de familia a un grupo de muchachos de todas las edades. Curiosamente, aunque muchos han tenido que arreglarse con sandalias improvisadas que hacen las veces de zapatos, o envolverse los pies con tiras de sábanas viejas para protegerlos y evitar que se les hielen, la moral guerrera de la Brigada Stonewall es excelente. Tampoco la afecta la falta de ropa adecuada para el invierno.

En cuanto a lo que el futuro nos tiene reservado, nadie puede profetizar nada, realmente, aunque sabemos que para la primavera las fuerzas del Norte desencadenarán sin duda un ataque frontal y macizo contra Richmond y que la Brigada Stonewall estará en la vanguardia de nuestro ejército, como siempre, para repelerlo. En lo referente a mi trabajo, te diré tan sólo que se me hace constantemente más duro, porque nuestras reservas de medicamentos merman sin descanso. La quinina es ya casi imposible de obtener y por eso me alegro de que se necesite escasamente durante el invierno, época en la cual la malaria es más rara. Yo tuve otro ataque durante el otoño, antes de que comenzara el frío y probablemente me esperan más escalofríos y fiebre en cuanto el tiempo vuelva a ser un poco caluroso. En mi misma situación están centenares de soldados nuestros.

Al caer la noche pienso mucho en ti y doy gracias a Dios de que estés sana y salva en Philadelphia, donde al menos habrá comida nutritiva para vosotros tres y medicamentos si llegáis a enfermar, que Dios no lo permita. Es terrible que un país se escinda tan hondamente como se ha escindido el nuestro y que los seres que se aman no puedan hallarse juntos.

Lachlan piensa que la guerra ya estaba perdida en el verano de 1861, cuando no se permitió a Jackson perseguir al ejército de la Unión hasta Washington tras la primera batalla de Manassas. El mismo error se cometió, dice, cuando nos detuvimos durante la invasión del Norte en Sharpsburg y Antietam. Acaso tenga razón, pues ciertamente el resultado, en lo que respecta a una victoria confederada, parece cada día más sombrío. Sólo un vuelco radical de la situación militar, del tipo que sólo un hombre como el general Jackson puede suscitar, podría darnos alguna esperanza, por débil que fuese. Tal vez se saque alguna maniobra de la

manga —estoy seguro de que en eso trabaja permanentemente— aunque el tiempo y las provisiones de toda clase disminuyen continuamente, mientras las deserciones y las enfermedades ralean las filas de los ejércitos del Sur.

En cuanto a lo que a mí respecta, sólo puedo orar para que al llegar las próximas Navidades haya terminado esta guerra y podamos estar reunidos tú y yo. Hazme el favor de decir a los Ross que les deseo a ambos unas felices Navidades. Lamentablemente, todo cuanto puedo enviarte a ti es mi amor, que, quiero decírtelo con alegría, crece a medida que pasan los meses, lo que no podría decir de mi estado de ánimo en este día de Navidad, aunque, para cambiar, el tiempo se transformara por aquí y volviera a reinar el sol y la tibieza.

Felices Navidades, mi querida.

DAVID

II

Washington Square
Philadelphia, Pa.
15 de marzo de 1863

Corazón mío:

Acabamos de retomar de Washington, donde el Presidente Lincoln ha dado al tío John seguridades de que, cuando esta horrible guerra termine, un nuevo tratado se negociará con la nación cherokee y que nuestro pueblo podrá retener sus tierras en paz, sin pagar compensación alguna. Como es natural, el tío John se siente muy satisfecho y ha procurado que los términos del arreglo con el señor Lincoln se publiquen a lo largo y ancho de toda la nación y que se haga saber especialmente a las otras cuatro tribus que han aceptado la civilización. Se trata de una gran victoria para el tío John porque ayudará mucho a que se arranquen los colmillos a quienes buscaban mediante engaños destruir todo cuanto él ha hecho a través de muchos años en bien de nuestro pueblo.

Desde mi retorno a Philadelphia he vuelto a desempeñar tareas en el hospital de la prisión. Algunos prisioneros tomados durante las operaciones del general Grant contra Vicksburg y otros, tomados por el general Sherman (quien parece tan obstinado y resuelto como Grant) dicen que una vez Grant tome y retenga Vicksburg, la guerra quedará virtualmente terminada. Muchos de nuestros muchachos se encontraban en condiciones físicas terribles al ser capturados y dicen que durante el invierno miles de hombres han muerto de frío, de enfermedad o de extenuación puesto que faltaba comida y equipos adecuados para mantener al ejército en condiciones de luchar.

Aquí en el Norte, según creo, se admira mucho a algunos de los generales de la Confederación, tal vez más que a muchos de los propios, como el general Pope, quien de acuerdo con la opinión general fracasó estrepitosamente, como también ha fracasado obviamente el general Burnside. Jackson es un héroe para todos; pero el general Jeb Stuart no le va muy a la zaga, como tampoco el general Longstreet. Debo ser cautelosa ahora con lo que escribo, porque estoy segura que los agentes del señor Allan Pinkerton —que nos espían continuamente cuando nos hallamos en Washington— nos tienen sujetos a estrecha vigilancia aquí. Si alguien le

pagara por ello lo suficiente, estoy segura de que Pinkerton sería capaz de falsificar evidencias contra nosotros, como ya lo ha hecho en otros casos, No es secreto para nadie que redacta sus informes de la manera necesaria para que cuadren con los deseos de quienes le pagan.

Mi querido David, ahora que la primavera ha llegado, me siento más sola y más necesitada de ti que nunca. Recuerdo como si fuera ayer aquellos días de Washington y anhelo ver la casita que tienes en el valle que tanto quieres. Ya la quiero yo también por la descripción que me haces de las flores que allí hay, los laureles salvajes y los rododendros que pronto estarán en flor.

En el Norte todavía hace frío y reina una gran humedad, siendo difícil conseguir suficiente carbón para tener cálida la casa, pues las fábricas y los barcos del bloqueo usan el combustible en abundancia. Esto no nos permite prevenir que el tío John coja un resfriado de pecho, el cual, según tú nos has dicho, podría resultar serio para él. Afortunadamente la digitalina no le falta, porque hemos podido lograr la cantidad suficiente, como también contamos con tabaco de Cuba para sus cigarrillos.

La gente de Philadelphia es muy bondadosa con nosotros, lo cual, según sospecho, se debe a la tía Mary, cuya familia tiene hondas raíces en esta ciudad, particularmente entre los cuáqueros. Pero yo ciertamente no echaré esto de menos cuando por fin pueda retornar al Sur, puesto que ese retorno significará volver a ti.

Con todo mi amor, para siempre

ARAMINTA

III

A la llegada de la primavera, el general Stonewall Jackson trasladó su relativamente lujoso cuartel general de Corbin Hall, cercano al Moss Neck, a una tienda de campaña situada en Hamilton Crossing, a unas diez millas más cerca de Fredericksburg. Cuando mandó llamar a David Preston cierto día de los inicios de abril, el médico se presentó en la tienda de Jackson y esperó hasta que el comandante del Segundo Cuerpo terminó de firmar ciertos papeles. Finalmente los puso a un lado dando un hondo suspiro.

—Me encuentra usted inmerso en una tarea que me desagrada profundamente, doctor Preston. Seis desertores fueron capturados el mes pasado y sometidos a la justicia militar. Ahora es a mí a quien corresponde aprobar o desaprobar los veredictos de la corte marcial.

Como David ya sabía muy bien, los tribunales militares del Segundo Cuerpo reflejaban con bastante exactitud la voluntad de su jefe, puesto que no beneficiaba al tribunal ni a sus miembros emitir un veredicto que luego sería anulado por la autoridad militar.

—En este caso las sentencias han sido severas pero justas, doctor Preston. Uno de los culpables tendrá que purgar su delito trabajando en tareas especialmente duras con una cadena y una bola de hierro en el tobillo. Otros dos serán públicamente azotados y los tres restantes, fusilados. —Jackson volvió a suspirar—. He tenido que cumplir con el desagradable deber de confirmar las sentencias.

—Mi tarea es la de preservar la vida, no de destruirla, señor. Por eso espero que nunca se me otorgue el mando que corresponde militarmente a mi grado.

—Comprendo que su carácter y su formación hagan difícil esa tarea, comandante —dijo Jackson mientras peinaba lentamente su barba con los dedos—. Sin embargo, si las deserciones no se castigan como es debido, nos encontraríamos en la posición de aquel Pobre Ricardo del almanaque, que decía: «Por culpa de unos cordones he perdido los zapatos, por culpa de los zapatos he perdido al caballo y por culpa del caballo se ha perdido el jinete».

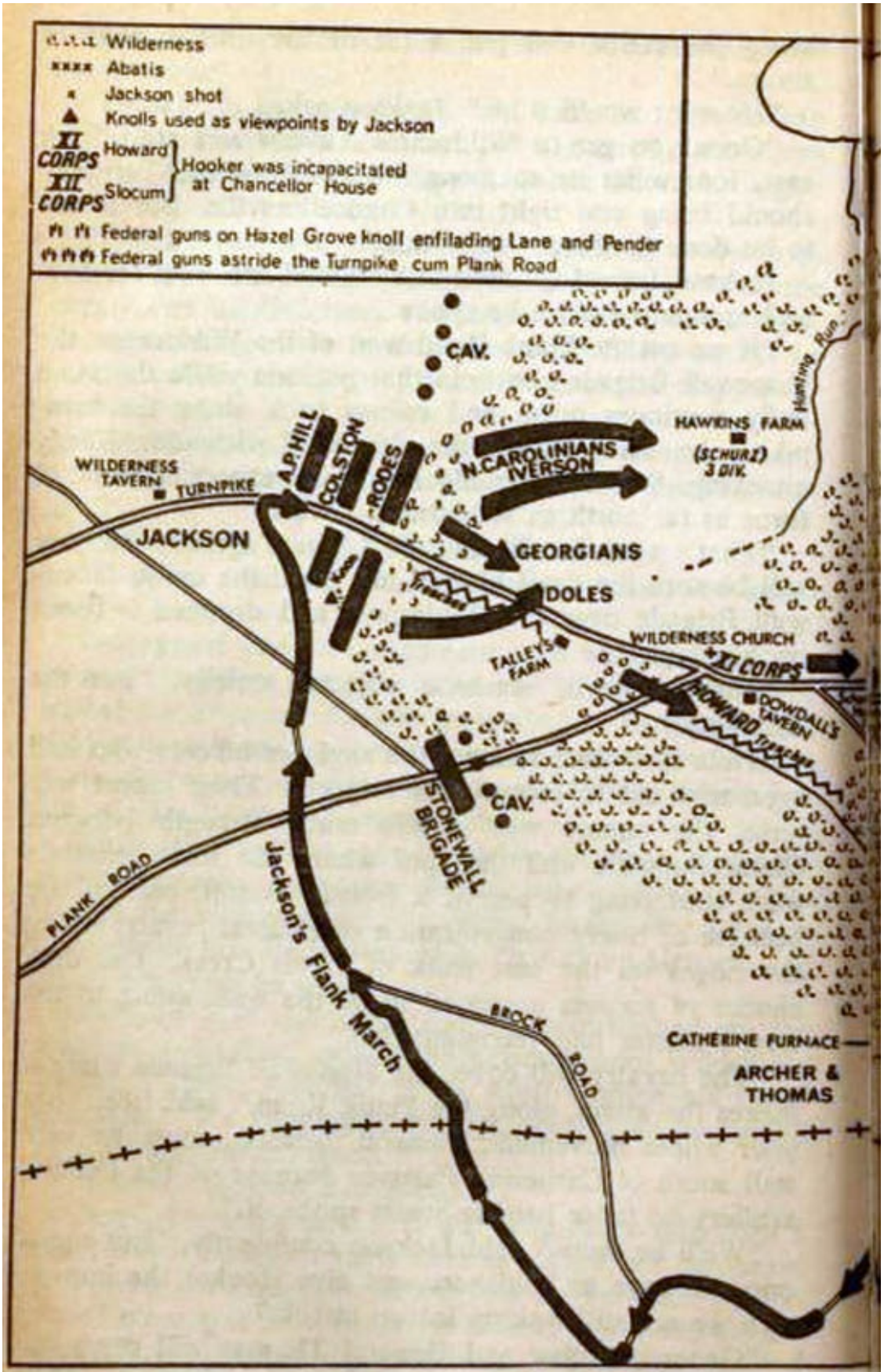
—No puedo discutir con usted esas cosas, señor.

—Estamos embarcados en una gran causa, doctor, Si así no fuese, el Señor no habría favorecido la suerte de nuestras armas como lo ha hecho. De

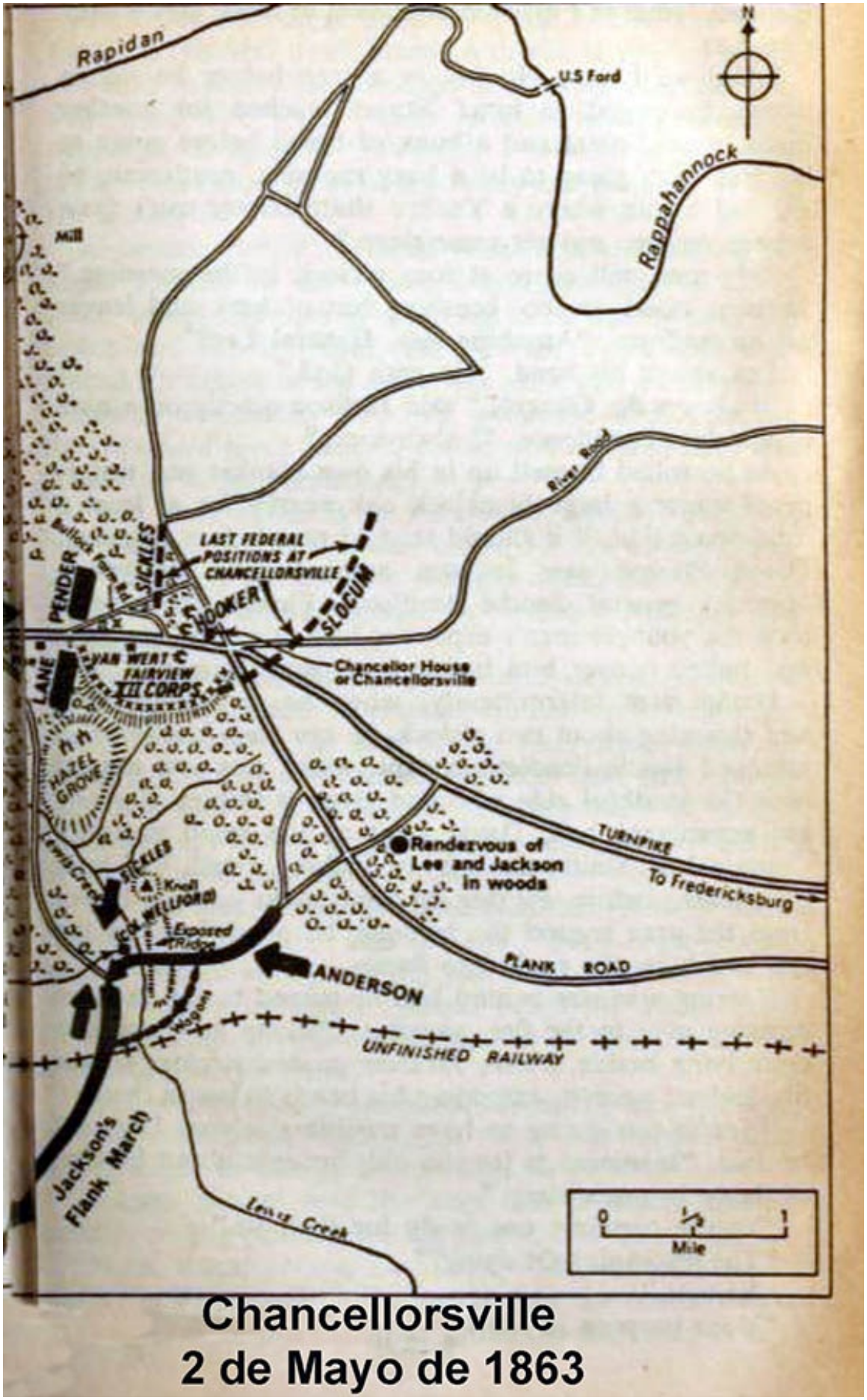
modo que no podemos admitir que algo se interponga en la prosecución de la guerra y la consiguiente derrota de nuestros enemigos.

—Algunos estiman difícil creer que Dios esté en favor de la esclavitud, señor.

—¡Pues que lean las Sagradas Escrituras! San Pablo ordenó expresamente a los sirvientes que obedecieran a sus amos.



Marcha del flanco de Jackson en la batalla de



Chancellorsville
2 de Mayo de 1863

Sabiendo que el general era muy rígido en todo lo concerniente a materias religiosas y que se irritaba extraordinariamente si alguien pretendía discutirlas con él cuando había tomado decisiones firmes, David permaneció en silencio.

—Sabemos de buena fuente —continuó Jackson— que el general Hooker se dispone a lanzar otra ofensiva contra Richmond. ¿Conoció usted al general cuando estuvo en el ejército de los Estados Unidos?

—No, señor. Creo que él había ya dejado el servicio cuando yo entré.

—Hooker es un hombre muy guapo y sumamente vanidoso. Le gusta mucho el sobrenombre de «el Belicoso Joe» que le han colgado, de modo que debemos esperar que tratará de confirmar que es cierto. ¿Cree usted que atacará en el valle, señor? ¿O aquí en Virginia del Norte?

—Ciertamente no en el valle. Hemos vencido al enemigo allí demasiado a menudo y Hooker es demasiado buen soldado para dividir a su ejército. Pero los grandes ejércitos tienen una debilidad particular, comandante Preston: encuentran dificultades para desplazarse con eficacia y rapidez. De ahí que yo prefiera siempre un ejército poco numeroso que sea capaz de moverse con vivacidad.

—En ese aspecto usted ha sobrepasado toda la teoría militar, señor. Los expertos militares opinan que ha destronado como estratega al propio Napoleón.

Jackson sonrió, complacido con la observación.

—El discípulo ha de tratar siempre de hacer las cosas mejor que su maestro. He estudiado la carrera de Napoleón como he estudiado la Biblia. Sin embargo se diría que los días en que los movimientos rápidos eran eficientes en esta guerra —por lo menos en lo que a Virginia se refiere— están por terminarse. Ni el señor Lincoln ni el Presidente Davis están dispuestos a arriesgar lo que tienen, de modo que puede decirse que hemos llegado a una situación estática, lo cual no cuadra a mi manera de hacer la guerra.

—Tal vez debiera usted encargarse de la campaña del Mississippi, señor. La Brigada Stonewall y gran parte del Segundo Cuerpo están compuestos por virginianos; pero le seguirían a usted a cualquier parte.

—Sí, así lo creo —dijo Jackson.

Su voz estaba colmada de orgullo y afecto por sus soldados, los cuales habían hecho de él un ídolo, a pesar de que aquel hombre vestido con un harapiento uniforme podría no armonizar con la idea que *a priori* se tiene de un héroe.

—El destino me ha asignado esta tarea —continuó Jackson— y, puesto que ella me permite servir a nuestra causa sin dejar de ver a mi esposa y a mi hija ocasionalmente, no me quejo. En especial cuando pienso que tal es el deseo expreso de Dios.

Jackson hizo una pausa y cuando volvió a hablar fue casi como si se hablara a sí mismo.

—Por otra parte, tal vez se nos presente la ocasión de enseñar al «belicoso Joe» un par de cosillas cuando se decida a atacar. La zona que creo elegirá para la próxima batalla será la llamada «el desierto».

Jackson se puso de pie y, yendo hacia una pequeña mesa de campaña, tomó de ella una Biblia. Mientras hojeaba el libro en busca de un pasaje para leer, David observó que el único otro libro que allí había era el que contenía las memorias de Napoleón.

—Aquí está —dijo Jackson llevando la Biblia hasta la lámpara que colgaba de un travesaño de la tienda—; y Oiga usted, doctor, las palabras de Moisés cuando los hijos de Israel se hallaban en camino de Egipto a la Tierra Prometida:

Pues si os tornáis contra Él, de nuevo os abandonará en el desierto y así destruirá a todo nuestro pueblo. Nuestros hermanos en Dios que se hallan en el Norte han desoído las instrucciones del Señor, atacándonos. Dios los castigará de seguro haciéndoles caer en nuestras manos.

Jackson recorrió de nuevo las páginas y pronto encontró otro pasaje que le resultaba obviamente muy familiar.

—Y aquí el Señor puso estas palabras en boca de Ezequiel; Te conduciré a través del desierto y contigo irán todos los peces de estos ríos; llegarás a los campos abiertos; no os reuniréis; te he dado carne, que tomarás de las bestias del campo y de las aves del cielo.

Con un gesto brusco de sus dedos, Jackson cerró el libro y lo puso nuevamente sobre la mesa.

—He ahí nuestra estrategia, comandante Preston. Me fue dictada hace miles de años y se encuentra en la Biblia. Con la ayuda de Dios, dividiremos al ejército del general Hooker como ya hemos dividido otros que el enemigo nos ha enviado. Luego destruiremos a sus hombres y abandonaremos sus cuerpos para que se pudran en el desierto.

IV

DOS mañanas más tarde, dejando tiempo al general Lee para que aprobara las sentencias refrendadas por Jackson contra los desertores, todo el Segundo Cuerpo del ejército de Virginia del Norte recibió la orden de congregarse en formación en un campo cercano a Harrison’s Landing. Cuando se dirigía a reunirse con el pequeño cuerpo de soldados afectados a los servicios médicos del l.er Hospital de Campaña del Segundo Cuerpo, David pudo ver tres tumbas ya cavadas en la zona que bordeaba una zona de montes a un lado del campo de formación y a tres hombres de pie, con los ojos vendados que estaban al lado de las tumbas.

Hal Perkins, vestido con un uniforme recién planchado que lucía las barras de sargento mayor en la manga prestó inmediata atención cuando se impartió la orden a todo el Segundo Cuerpo. Un completo silencio rodeó la atmósfera del campo donde formaban miles de soldados que observaban el ritual. Sólo podía escucharse la plegaria que en voz baja recitaba uno de los condenados.

De los bosques llegó el redoble de un tambor y el escuadrón de fusilamiento, compuesto de doce hombres de mirada sombría mandados por un teniente que presentaba el mismo grave aspecto, se pusieron en fila entre los condenados y el monte.

—¡Atención! ¡Alto!

Ante la orden, los hombres del escuadrón tomaron posición.

—¡Vuelta a la derecha!

El escuadrón, como un solo hombre, viró hacia la derecha y enfrentó a los tres condenados de ojos cubiertos. El teniente que mandaba el escuadrón miró rápidamente a la flaca figura vestida de gris herrumbroso que observaba la escena rígidamente sentado en la montura de su caballo a una docena de pasos más allá. La cabeza del general Jackson estaba desacostumbradamente erguida, de modo que era posible ver, por debajo de su típico sombrero, sus ojos que miraban inmóviles a los tres sentenciados que ahora se habían puesto de rodillas ante las tumbas recién cavadas. Viendo el teniente encargado del fusilamiento que no había ningún signo de cambio en la actitud del comandante general, volvió a mirar a los fusileros.

—¡Presenten armas!

El campo resonó con el ruido metálico de los rifles «Sharps» que eran puestos en posición.

—¡Listos para disparar!

Doce artefactos de muerte fueron puestos en posición de disparar.

—¡Apunten!

Doce ojos fueron dirigidos hacia los lustrosos caños de los rifles y centraron la puntería sobre el corazón de los condenados. Dos de ellos se habían puesto rígidos al oír la última orden; pero el tercero empezaba a caer hacia adelante antes de que la metralla le alcanzara.

—¡Fuego!

Mientras los chasquidos de los doce rifles volvían en ecos desde el monte, dos cuerpos se desplomaron en sus tumbas, instantáneamente sin vida. Pero el tercero, que en el momento de los disparos no se mantenía firme porque acaso sufriera un desvanecimiento, se agitó espasmódicamente, ya que las balas destinadas a su corazón le habían alcanzado en los hombros y en el cuello, provocando una inmediata y abundante hemorragia que manaba de varios sitios. Una media docena de reclutas se desvanecieron aquí y allá, mientras de la masa de hombres que observaban aquello salía el ruido propio de quien vomita. El teniente extrajo su pistola y, encaminándose hacia la, tumba del centro, encañonó la cabeza del desertor herido y oprimió el gatillo El disparo final rasgó el aire y, con la misma pistola, el oficial empujé el cadáver hacia atrás para que cayera en la tumba.

—Comandante Pendleton, tome el mando —ordenó Jackson y, dando un tirón a las riendas de su caballo, lo dirigió a un lugar apartado del campo. Extraña figura la de aquel desgarbado hombre, amo de la vida y de la muerte de unos veinte mil hombres.

V

LA señora de Jackson llegó de Carolina del Norte con su niña pequeña, Julia, el 20 de abril. Durante una semana, el general se dedicó enteramente a desempeñar con evidente delicia su papel de marido y padre. Pero el 27 de abril llegó un correo militar del general Jeb Stuart (quién se había encargado, con sus tropas, de vigilar las fuentes del río Rappahannock, alrededor del juzgado de Culpeter y Brandy Station, esta última localidad situada en línea férrea de Orange y Alexandria) diciendo que se había observado una sospechosa actividad en las líneas enemigas. De inmediato Jackson envió a su esposa y a su hija a Carolina del Norte y comenzó a hacer preparativos para contrarrestar cualquier acción que el general Hooker se dispusiera a emprender.

Cuando, ya avanzada la tarde, David Preston recibió la orden de sumarse a una reunión en el cuartel general que tendría lugar al rayar el día siguiente, en la cual se analizaría la situación militar, supo, porque la experiencia se lo hacía saber, que Jackson esperaba una rápida acción y que su trabajo consistía en localizar los terrenos donde pudiera plantarse el hospital de campaña cuando diera comienzo la verdadera batalla.

Una espesa niebla envolvía todo el campo en los alrededores de Hamilton Crossing, haciendo que la visibilidad fuera muy escasa cuando David se dirigía al cuartel general para reunirse con el general Jackson y media docena de sus oficiales aquella madrugada. Con ellos se encontraban cuatro mensajeros del correo militar, cuya misión sería volver con las respectivas órdenes a los lugares donde se encontraban los comandos subalternos. Un poco más tarde llegó a la junta el general Robert E. Lee, con unos cuantos oficiales más. De nuevo David se sorprendió ante la serena dignidad del marcial soldado, quien había dejado su cargo de general en jefe del ejército federal para ocupar, dos años más tarde, la más comprometida posición en las fuerzas militares confederadas: la de defender Richmond contra los repetidos asaltos de las tropas de la Unión, mucho más poderosas que las suyas.

Cuando la junta finalizó, los participantes salieron a un llano que dominaba Fredericksburg. Los caballos estaban listos. Mientras los hombres del correo sostenían las riendas de sus cabalgaduras, los oficiales se dirigieron a una altura rocosa desde la cual el río y las tierras que se extendían por detrás de él eran visibles, así como también la ribera opuesta. Tomando sus

prismáticos, David eligió un trozo de terreno rocoso donde, manteniéndose a prudente distancia de los oficiales, podría escuchar sus conversaciones.

Ante él, la actividad de la tropa era afiebrada, porque las tropas federales situadas en la margen opuesta al río Rappahannock trataban de sentar una cabecera de puente. Dos filas de barcas con quilla plana se extendían hasta la mitad de la corriente y una larga sucesión de hombres vestidos de azul transportaban grandes tablones y los aseguraban para hacer un camino flotante. A intervalos regulares, grandes cañones emplazados a una altura del otro lado del río, despedían balas de grueso calibre entre espesas nubes de humo. Los proyectiles cruzaban en forma de arco hasta caer en un lugar por donde las tropas confederadas podrían intentar pasar. Caía una ligera llovizna mientras los hombres ocupados en la construcción del puente proseguían su trabajo.

—Daré la orden pertinente si usted cree que un ataque al otro lado del río es practicable —oyó decir David a Lee. Pero Jackson no parecía estar de acuerdo.

—No. Esto es clarísimamente una maniobra de engaño —dijo—. Estoy seguro que el general Hooker sabe muy bien que podemos traer enseguida la artillería del capitán Poague hasta aquí y que, con ayuda de unos cuantos disparos, podemos hundir todo eso cuando queramos.

—¿No convendría hacer eso de todos modos, señor? —preguntó Sandie Pendleton.

—No. Le dejaremos creer al general Hooker que se está riendo de nosotros durante un poco más de tiempo —dijo Jackson •—El verdadero ataque federal vendrá del oeste, probablemente de algún sitio cercano a Chancellorsville. Y con parte del cuerpo de Longstreet distraído alrededor de Suffolk, adonde la ha enviado el Presidente Davis en busca de forraje, no podemos permitirnos el lujo de dejar que el enemigo hunda nuestro flanco. —Jackson se enfrentó a Lee—. ¿No lo cree así, general?

—Desde luego. —Lee observó un mapa que le tendía un ayudante—. Chancellorsville tiene que ser la clave de este asunto, puesto que el río Road y el Orange Plank convergen allí con el camino de portazgo que lleva a Fredericksburg. Sólo espero que podamos mantener nuestras posiciones unos cuantos días más, hasta que vuelva el grupo de Longstreet.

Los dos generales se inclinaron sobre el mapa, mientras el ayudante los protegía de la lluvia lo mejor que podía extendiendo por encima de ambas cabezas una sábana impermeable, de las usadas por la tropa para envolver sus enseres y su ropa de cama.

—El general Jubal Early puede contener ese intento federal de cruzar, con ayuda de la brigada del Mississippi y de unas pocas armas —dijo Lee.

—Early ya respaldó eficazmente a la Brigada Stonewall muy bien en la primera batalla de Manassas —dijo Jackson—. Mientras mantiene las alturas que dominan Fredericksburg, el general McLaws podría encaminar su división, a la que se unirían las que le quedan de la de Longstreet, hacia Chancellor House a lo largo del camino de portazgo de Orange.

—Bien. Queda resuelto, pues —dijo Lee.

VI

EL 28 de abril, las tropas federales fueron localizadas por la caballería de Jeb Stuart tratando de cruzar las fuentes del Rappahannock, cerca de veinte millas al noroeste de Fredericksburg y Hamilton's Crossing, donde Jackson y el Segundo Cuerpo esperaban para ver cuál sería la estrategia que se proponía seguir Hooker. Obviamente «el belicoso Joe» pretendía copiar los métodos de Jackson intentando un amplio movimiento de flanco.

Sin embargo, al día siguiente, Hooker dividió sus tropas, enviando a las tropas federales del general Oliver O. Howard y del general H. M. Slocum hacia el este, más allá del río Rapidan, un afluente importante del Rappahannock, hasta Germanna Ford. El otro cuerpo de ejército, al mando del general George G. Meade, cruzó el mismo río a unas cinco millas más al este, en el lugar llamado Ely's Ford. Ambas columnas se dirigían con toda claridad hacia Wilderness Tavern Tavern y Chancellor's House —a menudo llamada Chancellorsville, aunque no mereciera el nombre de ciudad, puesto que sólo había allí una gran casa de ladrillos y unos pocos edificios levantados en su tomo— en un intento de flanquear la posición confederada y las trincheras que Jackson había mandado cavar al sur del camino de portazgo y de Plank Road.

Cuando ese mismo día el Tercer Cuerpo Federal, al mando del general D. E. Sickles y el Segundo, bajo el mando del general D. N. Couch, aparecieron en U. S. Ford amenazando con dirigirse directamente al sur de Chancellorsville, llegó el momento en que Jackson y Lee tenían necesariamente que tomar decisiones. El ejército confederado tendría que mantenerse y luchar contra una fuerza numéricamente muy superior que lo atacaba por el flanco o bien replegarse hacia Richmond o a alguna posición menos favorable aún, con el fin de defender a la capital del Sur. Tendría que presentar batalla cerca del río North Anna o bien esperar que Longstreet volviese de la fútil expedición a Suffolk en busca de forraje. Que Hooker no abrigaba dudas acerca de la decisión que Jackson y Lee terminarían por tomar fue lo que se supo por boca de un prisionero perteneciente al mando de las fuerzas federales capturado por los hombres de la caballería de Jeb Stuart mientras llevaba a cabo una gira de inspección.

—Tengo a Lee en una mano y a Richmond en la otra —dijo el norteño que fueron las jactanciosas palabras de Hooker, el cual cierta razón tenía para

jactarse, puesto que en tres días había llevado a efecto un amplísimo movimiento de flanco en torno a todo el ejército de Lee sin encontrar resistencia.

Sin embargo Hooker aparentemente no había considerado que su ejército, compuesto de unos ciento treinta y cinco mil hombres (más del doble de los que Lee podía oponerle, los que sumaban unos sesenta mil) se encontraba en realidad dividido en tres partes. La más numerosa era la que avanzaba en dos puntas de lanza sobre Wilderness Tavern Tavern y la zona de planicies elevadas llamada «el desierto». La segunda, al mando de Sickles, estaba en dirección a U. S. Ford. En cuanto a la tercera, era la destinada a Fredericksburg, es decir, la que pretendía instalar la cabecera de puente que había estado observando y vigilando el general Jubal Early, quien estaba allí con su división, en la cual se encontraba el capitán W. T. Poague con su unidad de artillería y sus cañones capturados al enemigo apuntando al centro mismo del camino flotante por si los federales decidían cruzar el río y atacar.

Al observar a Jackson en su cuartel general instalado a varias millas de Chancellor House, David veía cómo la impaciencia de su comandante crecía firmemente a medida que las informaciones sobre los progresos de la marcha de Hooker en torno a su flanco le llegaban a través de los correos militares despachados por los expedicionarios de la caballería de Stuart que se infiltraban en la zona del desierto y por los caminos que llevaban a ésta desde el oeste, por los cuales avanzaban las tropas enemigas.

El primero de mayo, el principal cuerpo de ejército de Jackson comenzó a desplazarse hacia Chancellorsville. El 1.er Hospital de Campaña no tenía órdenes que seguir, por lo cual David dedujo que Jackson aún no se había decidido sobre las acciones futuras.

El propio David salió de recorrida con miembros de la oficialidad de Jackson y a eso de las diez y media, un correo, identificable a distancia como un miembro de la caballería de Stuart por causa de su amplio sombrero y sus botas altas, llegó hasta donde ellos se hallaban deteniendo su caballo para entregar a Sandie Pendleton un mensaje que éste extrajo de un sobre y leyó en voz alta.

—El general Stuart dice que está en camino desde Spotsylvania y que se cerrará sobre el flanco reteniéndolo cuanto pueda desde que el jaleo empiece.

—Es muy propio de Stuart eso de hablar de la batalla como si fuera un jaleo. Con suerte y la ayuda de Dios tendremos al general Hooker bailando al compás de nuestra gaita antes de que transcurra un nuevo día —dijo Jackson cogiendo un pequeño papel y un lápiz de sus bolsillos y escribiendo una breve

respuesta con su torpe mano. Cuando terminó se la extendió al correo—. Diga al general Stuart que espero que Dios nos deparará una gran victoria. Que permanezca firme en Chancellorsville.

Poco tiempo después, el general Lee llegó, rodeado por un pequeño grupo de oficiales. Él y Jackson conferenciaron durante unos minutos a solas y luego Lee prosiguió su camino hacia el sudoeste. Poco después, Jackson, con sus oficiales, emprendieron camino a lo largo de las vías de un ferrocarril inacabado, hacia Catherine Furnace, que así se llamaba una mina abandonada de hierro que estaba a unas siete millas de allí. Un camino sale de Catherine Furnace y lleva hacia el noroeste, a Plank Road y el camino de portazgo.

Cierto regimiento de Carolina del Sur estaba estacionado en una colina cercana y el grupo de Jackson se dirigió a la cumbre, para hablar con el comandante de la unidad, capitán Alex Haskell, un joven y guapo oficial. Cuando llegaron a su destino, David pudo ver desde aquella privilegiada posición a las inmensas fuerzas de Hooker, que ocupaban la escena como si de un mapa del experto cartógrafo Hotchkiss se tratara. Se extendían a través de una línea triple y se protegían mediante obras de ingeniería militar que hubiesen tomado cualquier ataque frontal en un verdadero suicidio.

Abstraído, Jackson estudió la posición del enemigo durante unos cinco minutos, pero nadie dijo una palabra. Acostumbrados a esos largos silencios dedicados a la meditación, en que solía incurrir su jefe, todos sabían que el genio militar que bullía en su cabeza estaba profundamente ocupado. Finalmente se alzó de hombros como si quisiera sacudirse de encima un gran peso invisible y se dirigió al hombre de Carolina del Sur.

—Mantenga esta posición a cualquier precio, capitán Haskell —dijo—. Será usted relevado a las nueve. —Luego, dirigiéndose a los demás, añadió con vivacidad—: Vamos en busca del general Lee, caballeros, y hagamos algunos planes para mañana.

Lee no se hallaba muy lejos de allí. Sentado sobre un gran tronco en una zona protegida por el bosque que se halla entre el camino de portazgo que lleva a Fredericksburg y a Plank Road desde Chancellorsville al sudoeste, reflexionaba hondamente mientras estudiaba el inevitable mapa, que esta vez se hallaba desdoblado y extendido sobre sus rodillas. Cuando vio a Lee, el jefe del Segundo Cuerpo desmontó y, dejando las riendas de su caballo en manos de uno de los hombres del correo, anduvo hasta donde se hallaba el general y se sentó a su lado.

—El general Hooker está tratando de mantenemos a lo largo de este frente, mientras él lleva a cabo alguna diablura —dijo Jackson sin preámbulos

—. ¿Por qué, si no fuera así, mantendría una fuerza de esa capacidad tras las trincheras cuando podrían situarse en posición de atacar?

—No es propio del estilo de Hooker retrasarse mucho —respondió Lee—. Pienso que atacará mañana y pienso que lo hará directamente al sur de Chancellorsville. De alguna manera tendremos que mostrarnos más listos que él.

—Hooker es sumamente precavido —dijo Jackson—. Si logramos atacarlo con vivacidad en un punto flaco mañana, replegará sus tropas al anochecer de mañana mismo, llevándolas otra vez al otro lado del río.

—Quisiera compartir su optimismo —exclamó Lee señalando algo en el mapa—. La zona alrededor de Chancellorsville es tan espesa que el enemigo apenas podría atacar entre los árboles que están aquí a la derecha, de modo que, fuera de ahí, nuestras tropas estarían seguras. Y Early informa que aún está conteniendo a las fuerzas federales que tratan de cruzar el Rappahannock.

—Lo cual prueba que esa particular amenaza no era más que un engaño y que Hooker está en realidad concentrándose sobre nuestro flanco izquierdo.

—¿Pero cómo podemos saber eso de manera segura? —preguntó Lee.

—¿Qué tal si enviamos a la zona algunos ingenieros para que estudien la situación?

Lee se mostró de acuerdo, de modo que dos ingenieros fueron enviados a recorrer las posiciones federales y estudiarlas desde una zona cercana. Mientras esperaban el informe, los dos generales y sus oficiales inmediatos comieron un poco de ración fría y se lavaron con agua fresca en un hilo de agua que desembocaba en un arroyo no lejos de allí, el cual a su vez atravesaba el desierto.

Mientras comían, un espectacular personaje llegó, desmontando con agilidad de su caballo. La pluma en su sombrero de ala ancha estaba intacta, aunque quien la llevaba había cabalgado a través de los árboles que bordean el desierto. Era el inconfundible general Jeb Stuart.

—Fitzhugh Lee y algunos de sus hombres han obligado a los yanquis a desplazar su flanco derecho entre los montes, hacia Wilderness Tavern Tavern —informó Stuart mientras devoraba un plato de carne con pan—. El flanco está en el aire, esperando ser cortado por una fuerza lo suficientemente fuerte.

—¿Cómo la suya? —preguntó el general Lee.

Stuart meneó la cabeza.

—No. Para eso se requieren más hombres que los que tengo. Pero si el flanco derecho de Hooker puede ser deshecho, podremos desplazamos hacia

el este por el camino de portazgo y cortarle el paso entre Wilderness Tavern Tavern y Chancellor House. Todos los cañones federales estarán apuntando hacia el sur; y antes de que Hooker comprenda lo que está ocurriendo podremos tomar las elevaciones a lo largo del arroyo y poner fuera del combate a gran parte de su artillería.

—¿A qué distancia de aquí sería el encuentro? —preguntó Jackson.

—Una vez que se llega a Wilderness Tavern Tavern, se vuelve hacia el este unas cuatro millas a lo largo de Plank Road. El camino de portazgo también podría llevar directamente a Chancellorsville. Pero sea como sea, todo ha de hacerse en secreto y cuanto antes.

Jackson se inclinó hacia adelante y estudió el mapa durante unos minutos antes de hablar.

—Si cortamos el Plank Road al este del desierto, la Brigada Stonewall puede retener esa posición mientras el grueso de las tropas continua hacia el norte y se vuelve de pronto a lo largo del camino de portazgo —dijo—. Como la Brigada Stonewall aún lo atacará con fuerza, el enemigo apenas acertará a pensar que otra carga se le viene encima desde un lugar tan distante como Wilderness Tavern Tavern.

—Se trata de un trabajo para la Brigada —asintió Stuart—. Hooker quedará convencido de que el propio diablo ha llevado por los aires a la Brigada Stonewall sobre el desierto, dejándola caer suavemente a su flanco.

—No el diablo —objetó el general Jackson serenamente— sino Dios.

Mientras habían estado conversando, los oficiales de ingenieros que habían sido enviados en misión exploratoria retornaron. El informe que ofrecieron fue terminante: el enemigo había concentrado demasiadas fuerzas entre Chancellorsville y el lugar donde los tres generales estaban conferenciando para que un ataque frontal resultase positivo, particularmente si se tenía presente que existía una gran concentración de caballería federal a lo largo de las cadenas montañosas de la ribera este del arroyo Lewis. La única posibilidad de éxito parecía estribar en el amplio despliegue hacia el oeste que Jackson patrocinara.

—La caballería cubrirá a la Brigada Stonewall cuando lleve adelante su ataque a lo largo del Plank Road —dijo el general Lee—, pero su movimiento principal, general Jackson, debe mantenerse bien al sur de Catherine Furnace, a causa de la presencia de la artillería federal en esas alturas de las que ha hablado Stuart.

—Allí estaremos —respondió el general Jackson confiadamente—. Pero alguien tendrá que defender esta zona y dejar creer a Hooker que estamos

esperando todavía su ataque en esta misma dirección.

—El general Archer y el general Thomas se encargarán de defender al enemigo alrededor de Catherine Furnace, mientras la división del general Jameson continúa su avance hacia el oeste —afirmó Lee.

—Y así haremos caer a Hooker en una trampa antes de que sepa qué es lo que está ocurriendo —dijo Stuart, echando mano a otro pedazo de carne y a un pan antes de ponerse de pie—. Será una mañana atareada, caballeros, de modo que me buscaré un lugarcillo donde ningún tirador yanqui pueda enviarme una bolita de plomo y trataré de dormir un poco.

—Mis hombres comenzarán a moverse a las cuatro de la mañana —dijo Jackson, levantándose también y sacudiendo de su uniforme trozos de corteza y hojas, que se habían adherido a él—. ¿Algo más, general Lee?

Lee hizo un gesto con la cabeza.

—Nada más. Vaya usted con Dios.

—Así voy siempre, general —aseguró Jackson serenamente, con actitud de absoluta confianza—: Siempre.

Mientras él mismo se envolvía en su manta cubierta a su vez de tela impermeable y se acostaba bajo un inmenso roble cercano que le diese al menos un poco de protección en caso de que comenzara a llover antes de la mañana, David Preston vio a Jackson discutiendo con su joven inspector general, Sandie Pendleton. Finalmente el general aceptó la manta del joven —puesto que no tenía una para sí— y se la echó por encima antes de ponerse a descansar.

David durmió mal y con intermitencias. Cuando despertó, helado y temblando a eso de las dos, vio que Jackson se había despojado de la manta de Sandie Pendleton, la cual envolvía ahora el cuerpo de su joven ayuda de campo que se la había dado a él tras mucho insistir. Dejando su cama improvisada, David se dirigió al sitio donde el capitán J. P. Smith, el más joven de los oficiales de Jackson, había encendido un pequeño fuego la noche anterior. Recogiendo algunas ramas y hojas secas de la zona donde se llevaba a cabo el vivaque, las echó al fuego y sopló con fuerza para suscitar alguna llama, por pequeña que fuese.

En eso estaba cuando escuchó un estornudo detrás de él y, al darse la vuelta, advirtió que el general Jackson venía, como él, al fuego, mientras bostezaba. Tomando un banquillo de madera que estaba bajo uno de los altos árboles, Jackson lo acercó al fuego y se sentó en él, extendiendo sus manos hacia la pequeña llama que David había logrado despertar de las brasas, para calentarlas.

Es usted demasiado joven para encontrar dificultades con el sueño, doctor —dijo—. El insomnio es para los viejos y tiene su causa en que los viejos temen que la muerte les pille mientras duermen.

—Pues entonces el insomnio tampoco es para usted, señor.

—¿El insomnio o la muerte?

—Ninguna de ambas cosas.

—Su misión en la vida radica en preservar la vida combatiendo a la muerte, de modo que no puede ver en la muerte nada de bueno Pero para alguien que confía en Dios y en su Hijo, la muerte no plica amenaza alguna. Si uno salva su alma, bien puede desear el privilegio de cruzar el fatídico río para estar junto a Él. —Jackson añadió luego como para sí mismo—: Aunque me hubiese gustado observar a mi niñita crecer hasta convertirse en una mujer tan encantadora y graciosa como su madre.

De pronto, un sonido metálico rompió el silencio de la noche. Sorprendido por el ruido, David se volvió en dirección de donde venía y vio que el sable de Jackson, que éste había dejado recostado contra un árbol, había caído a un costado, golpeando un trozo de roca en su caída. Se estremeció al pensar que la caída del sable podría ser una especie de mensaje del más allá.

También Sandie Pendleton se había despertado; y al advertir que la manta que él le había dado a Jackson estaba ahora sobre él, se quejó al jefe.

—Estaba usted temblando mientras dormía, mayor Pendleton; y es usted un oficial demasiado valioso para que yo corra el riesgo de perderlo —dijo Jackson, calmando al joven oficial como si fuera su padre—. Puede usted ayudar, sin embargo, si busca y encuentra algo donde calentar un poco de café.

Pendleton, envuelto aún en su manta, se puso a indagar por los alrededores en busca de lo que se le pedía y en ese momento una flaca figura vestida de paisano entró en el círculo de luz que brindaba el fuego. David reconoció en él al reverendo Beverly T. Lacey, un sacerdote de Richmond que había sido designado por Jackson como capellán tras la partida del comandante Dabney. Lacey tenía algunas propiedades por aquella zona y había llegado a caballo algo tarde la noche anterior.

—Siéntese, doctor Lacey. El comandante Pendleton ha ido en busca de un poco de café para ver si nos mantenemos despiertos —dijo Jackson—. Aunque espero que esté usted lo bastante despierto como para decirme si hay algún camino en las vecindades por el cual yo pueda alcanzar el Plank Road, por el cual pienso llevar a cabo un movimiento de flanco entre Wilderness Tavern Tavern y Talley’s Farm.

—Uno o dos caminos vecinales cruzan el camino de portazgo al oeste de Chancellorsville —dijo Lacey—. Si me deja usted echar un vistazo a tu mapa, podría señalárselos.

Jackson le entregó el mapa y extrajo el ya clásico lápiz pequeño del bolsillo de su chaqueta.

—Márquemelos usted, por favor, doctor Lacey.

Jackson observó cuidadosamente al sacerdote de Richmond cuando éste marcaba con el lápiz los caminos antes de devolver ambas cosas al general. Pero éste apenas echó una ojeada a las marcas.

—Ambos están demasiado cercanos al enemigo —dijo—. Debemos evitar en lo posible su artillería, que está en la cadena montañosa del norte, donde la vía inacabada del ferrocarril cruza el arroyo Lewis. ¿No había acaso otro camino por dónde se llevaba el mineral extraído de la mina de Catherine Furnace, doctor Lacey?

—No estoy seguro, general, pero el coronel Wellford en Catherine Furnace lo sabrá. Creo que está allí ahora.

El aroma del café que Sandie Pendleton había estado calentando en el pequeño fuego había despertado al resto de los acampados, de modo que el comandante Jed Hotchkiss fue encargado de ir en busca del coronel Wellford. Al cabo de una hora volvió, sin el coronel, pero con un mapa que el mismo Hotchkiss había trazado sirviéndose de las informaciones que Wellford le había brindado. En el mismo se veía un camino circular, bastante al oeste y fuera del alcance de la artillería de los federales, con excepción de un trozo, donde el camino cruzaba una altura expuesta, junto al arroyo Lewis.

VII

A las ocho de la mañana del 2 de mayo de 1863, todo el Segundo Cuerpo emprendió la marcha hacia el sudoeste MI una amplia operación de flanco alrededor del desierto. Para evitar ser bombardeados por la artillería federal, los carros, incluyendo los que transportaban al l.er Hospital de Campaña, hicieron una curva aún más amplia que quedaba fuera de alcance, pero David Preston, como era habitual en él, se incorporó al cuerpo de oficiales para localizar sobre el terreno la posición donde su hospital había de ser instalado la víspera de la batalla.

Siguiendo las instrucciones del general Jackson, los hombres caminaban a su gusto y no militarmente formados, lo cual era frecuente en el caso de la Brigada Stonewall. David no necesitaba que se le explicara la razón por la cual andaban de ese modo; a poco pudo vellos globos de observación de los federales flotando en el aire por encima de las cumbres, por el este, a la altura de Fredericksburg.

A media mañana, cuando la caravana estaba en el punto situado más al sur de su ruta desde Chancellor House, los carros de suministros fueron atacados brevemente por una partida federal de caballea destinada a efectuar escaramuzas. Algunos de los capturados revelaron que los observadores situados en los globos habían estado estudiando los movimientos de las tropas confederadas a través de sus prismáticos y de la niebla de la madrugada, llegando a la conclusión de que8J hallaban en retirada. Así lo habían informado a su comando. Al saber que el general Hooker presumía que ya estaba derrotado, el general. Jackson cobró una gran alegría.

—Esos globos sólo están llenos de aire caliente —dijo, sin embargo—. ¿Cómo es posible que revelen la verdad, o algo que se parezca, al enemigo?

Según la estrategia original, el principal ataque debía ser enviado a lo largo del llamado Plank Road, en cuanto la fuerza de flanco de Jackson llegara allí, al final de un cuarto de círculo de movimiento alrededor del borde accidental del desierto. Pero precisamente al sur del Plank Road se unió a ellos el general Fitzhugh Lee con su Segunda Brigada perteneciente a la caballería de Stuart. Por sugestión de Fitzhugh Lee, Jackson y su estado mayor caminaron cerca de las líneas enemigas, con el fin de observarlas de cerca. David Preston fue con ellos y la escena que sus ojos vieron fue de las que no se olvidan.

Una triple fila de trincheras, defensas y posiciones artilleras estaban ubicadas a lo largo del camino de portazgo, en las cercanías de Talley's Farm, a eso de una milla al oeste de la zona donde ellos estaban.

Y todo el armamento apuntaba al sur. Aparentemente los federales no habían tenido en absoluto en cuenta la posibilidad de un ataque confederado por el noroeste, de modo que se sentían a todas luces muy seguros de sus propias baterías… que apuntaban al sur. Los observadores confederados pudieron ver hasta carniceros que estaban ocupados preparando la carne que debía ser cocinada en los fuegos del campamento aquella noche.

Jackson no discutió con sutilezas a Fitzhugh cuando éste le sugirió que continuara aún más hacia el norte, a través del Plank Road a eso de una milla del camino de portazgo y bien al este de Wilderness Tavern Tavern Tavern y que atacara desde ambos puntos. Dejando que la Brigada Stonewall continuara su camino más al sur hasta que la señal de ataque fuera dada por la artillería, Jackson movió hacia adelante al resto del Segundo Cuerpo, al que agregó varias brigadas del Cuerpo de Longstreet que había participado en la expedición en busca de forraje hacia la región de Tidewater.

A esa altura David Preston tuvo que dejar al grupo de oficiales y a Jackson, pues él y el comandante Hunter McGuire habían decidido que el hospital se colocara junto al Plank Road, porque de ese modo sería más fácil la evacuación de los heridos hacia la retaguardia una vez que la batalla comenzara o, si fuera preciso, llevarlos hacía el oeste, a la altura de las estribaciones más bajas del Blue Ridge. Trabajando con Hal Perkins, David, ayudado por el resto de los hombres asignados a tareas hospitalarias, armaron rápidamente las tiendas entre árboles protectores al costado mismo del camino, donde un arroyuelo aseguraba el suministro constante del agua que pudieran necesitar.

Eran las cinco de la tarde del 2 de mayo cuando las tropas del general Jackson quedaron colocadas en posición para comenzar la fase final de la batalla de Chancellorsville. Para la Brigada Stonewall, escondida en los bordes del denso monte de robles y olmos que, junto con cierto tipo de pinos, se halla cerca del desierto, había comenzado la tensa espera. Cuando la batalla comenzara, la Brigada tenía orden de avanzar hacia las trincheras de los federales, cavadas a lo largo de la otra orilla del arroyo Lewis, buscando enseguida enlazar con el resto del Segundo Cuerpo, que avanzaría hacia el este, a lo largo del camino de portazgo de Fredericksburg. Entretanto se esperaba que la pantalla de la caballería llevara a cabo escaramuzas a la

cabeza de la brigada para despistar al enemigo. Sin embargo, hasta aquella hora no se había producido ninguna acción ni ningún tipo de contacto.

El súbito tronar de un cañón en el norte señaló el inicio de la batalla y unos minutos más tarde la Brigada Stonewall comenzó a presionar hacia adelante a lo largo del Plank Road en dirección Wilderness Tavern y Chancellorsville, donde esperaba el general Hooker, completamente fuera de guardia según pensaban los sureños, ante una gran marcha de flanco, la «Grand Flank March» como vino más tarde a llamarse. De momento hubo pocos heridos y durante una media hora la unidad sólo encontró una avanzadilla del enemigo que era poco más que un piquete, cuyos integrantes fueron aislados de su base y muertos antes de que pudiesen enviar información alguna a los jefes del Undécimo Cuerpo Federal que defendía el cruce de caminos constituido por el Plank Road y el camino de portazgo cercano a Wilderness Tavern Church y a un lugar llamado Dowdall's Tavern, entre éste y Chancellorsville. Los pocos heridos que le trajeron bastaron para mantener ocupado a David Preston, pero pensó que aquella cantidad estaba lejana de la oleada que habitualmente le llegaba tras un ataque frontal. Esto le mostraba que Jackson estaba empleando la estrategia de flanquear a quienes flanqueaban con sumo éxito y que todo se desarrollaba según lo planeado.

La noche empezaba a caer cuando David recibió la orden de trasladar el hospital a lo largo del Plank Road hasta su cruce con el camino de portazgo de Fredericksburg. Ya era noche cerrada cuando armaron el hospital en la zona indicada y los primeros heridos no tardaron en aparecer. No mucho después de que comenzara la gran batalla abierta, un fuerte sargento entró a la tienda llevando un brazo malamente herido, con la arteria casi expuesta, al cual le había sido aplicado un torniquete de emergencia.

—La batalla está ganada, comandante —informó— Supongo que deberá usted amputarme el brazo; pero aun así, siempre podré azotar a más yanquis con un solo brazo que dos de ellos, con sus dos brazos, a los nuestros.

—¿Cómo está el general Jackson?

—No sabe lo que quiere decir la palabra miedo, comandante. Le he visto cargar a cara descubierta a la cabeza de sus hombres y barrer a los yanquis, obligándolos a replegarse hasta Hunling Run. Las brigadas de los generales Lane y Pender están a media milla de Chancellor House.

—Quisiera que el general Jackson no se expusiera de esa manera.

—Eso es lo que le dice permanentemente el comandante Pendleton, señor; pero Dios está con nuestro Viejo Jack, sí, señor. Lo realmente malo es que, como se está luchando en los montes y allí la oscuridad es completa, no es

posible distinguir a una persona de otra, de tal manera que lo único seguro es disparar contra todo lo que se mueve.

Hal Perkins empapó abundantemente de cloroformo un algodón y lo aplicó a la boca y a la nariz del sargento. Hal tenía manos expertas para desarrollar esa labor, de modo que no había el sargento respirado aún tres veces cuando quedó completamente anestesiado. David comenzó a practicar la amputación. Era una operación que había realizado ya muchas veces y, sin embargo, siempre le resultaba profundamente desagradable. No podía acostumbrarse a realizarla fríamente. El afiladísimo bisturí cortó toda la parte delantera de la piel y de los músculos con sólo dos decididos tajos. Luego David cortó por detrás, haciendo un corte menor más abajo. A continuación fue preciso aserrar el hueso mediante un serruchillo que Perkins mantenía siempre muy afilado y que repasaba antes de cada batalla. Terminada la última fase, otro brazo inútil, de los tantos, cayó en el cubo que había sido situado junto a la mesa de operaciones. Hábiles ligaduras cerraron venas y vasos y el sargento fue enviado a un lecho.

La noche no trajo una disminución del número de heridos por causa del intenso batallar que ahora se desarrollaba entre el hospital de campaña y Chancellorshouse, que estaba más o menos a una milla de allí. Había sido un día caluroso y húmedo. David tenía que trabajar despojado de toda ropa hasta la cintura y lo mismo hacían sus dos ayudantes. Sus cuerpos y la poca ropa que llevaban estaban completamente manchados de sangre. Parecían tres carniceros. A medida que las horas transcurrían, la pila de brazos y piernas amputados llegó a ser tan nutrida que fue preciso transportar la carga hasta un roble cercano a la tienda. Posteriormente, dicha carga fue aumentando aún más. Al mismo tiempo, el dulce y desolador aroma de la sangre fresca y de la carne humana lacerada, mezclado con el punzante olor del cloroformo, crearon una atmósfera pesada, la misma que siempre los hospitales de guerra situados en las avanzadas, durante una batalla crucial.

Los heridos que llegaban del campo de lucha en que más intensa era la refriega informaron que Jackson se mantenía en la vanguardia de los atacantes, rehusando que nada retardara el movimiento hacia adelante que estaba empujando al enemigo hacia muy atrás, es decir, hasta Fredericksburg y el río. Según informaban también, el general Hoóker mismo había estado a punto de resultar capturado, casi todas las victoriosas tropas del general A. P. Hill avanzaron, siguiendo órdenes de Jackson, hasta los alrededores inmediatos de Chancellorsville. Las fortificaciones hechas con árboles cuyas ramas habían sido cortadas de tal manera que enfrentaran a los asaltantes y

que protegían muy especialmente al cuartel general del comando federal en Chancellor House, también habían sido rebasadas. Los informes unánimemente decían que el enemigo se batía en desordenada retirada en todos los frentes.

Poco después de las nueve, un correo militar que atravesó el hospital en busca del general Jeb Stuart, se detuvo un instante para gritar la sorprendente noticia de que el general Jackson había sido herido. David estaba practicando una amputación cuando Hal vino a transmitirle el informe.

—¿Irá usted hasta donde el general Jackson se encuentra para asistirlo, señor? —preguntó Hal mientras David terminaba su trabajo.

—El comandante McGuire está con el general. Aquí hay demasiado que hacer.

—Creo que tiene usted razón, señor —Hal dirigió una mirada general en torno suyo—. Pero me sentiría mucho mejor si usted en persona cuidara del general.

Durante las horas que siguieron, nuevas noticias sobre el estado del general Jackson fueron llegando, traídas por los heridos que ingresaban al Hospital de Campaña del Segundo Cuerpo. Las noticias, unidas y complementadas empezaron a mostrar lo que en realidad sucedía. Como siempre pasaba con los rápidos avances fulgurantes tan propios de la estrategia del general Jackson contra un enemigo que era tomado por sorpresa, había reinado en el campo de batalla una gran confusión. Regimientos y pequeñas unidades que avanzaban más rápidamente que otros cuerpos resultaban a veces aislados por el enemigo, al menos durante cierto tiempo, lo cual les obligaba a luchar desesperadamente para romper el cerco. De otro modo eran tomados prisioneros. Es cierto que algunos vacilaban en el fragor de la batalla, como ya David había tenido oportunidad de constatar, aun en los veteranos de la Brigada Stonewall; pero, por fortuna, estos casos eran relativamente raros.

Conociendo a Jackson como le conocía, David sabía que se había mantenido en la vanguardia misma de la refriega, alentando a sus tropas por aquí, ordenando la colocación de la artillería por allá, atento siempre a todos los detalles, aun los menos importantes en apariencia. Era eso lo que hacía de él la gran figura militar que realmente era. De modo que no se asombró al saber que en la oscuridad y la confusión del frente de batalla, el «Viejo Jack» había sido herido por una bala que provenía no de los federales, sino de las propias fuerzas confederadas. Algunos decían que el disparo que le había herido provenía del Regimiento 18 de Carolina del Norte.

En general, los informes aseguraban que el general Jackson estaba muy seriamente herido, que Hunter McGuire se hallaba a su lado y que se había intentado evacuarlo por ambulancia, la cual había sido retardada por el fuego del enemigo. Cuando un soldado, que había sufrido nada más que un rasguño en la cabeza por obra de una bala que le había rozado el cráneo, entró en la tienda del hospital para informar que la ambulancia que traía al general Jackson y al coronel Stapleton Crutchfield, jefe del Segundo Cuerpo de Artillería, no estaba lejos de allí, David envió a Hal Perkins para que despejara su propia tienda de campaña con el fin de alojar en ella al general y ordenó disponer suficientes mantas para cubrir al hombre herido en cuanto llegara.

Eran aproximadamente las once cuando una ambulancia, cubierta por una lona y tirada por un caballo apareció en escena, rodeada por hombres a caballo, en los cuales David reconoció a algunos oficiales del estado mayor de Jackson. A esa hora más o menos, llegó asimismo el doctor Harvey Black, cirujano de la tropa de Jeb Stuart, con quien se hallaba en el frente de la izquierda. Acompañando a Black venía un grupo de otros asistentes sanitarios. Cuando David levantó la tela en la parte posterior de la ambulancia, vio a Hunter McGuire que estaba sentado dentro, aplicando un vendaje al brazo del general.

—Su pulso es débil —dijo McGuire—. Necesita algún estimulante.

David asintió y personalmente tomó uno de los extremos de la camilla en la que yacía Jackson con el fin de ayudar a transportarlo fuera de la ambulancia. Mientras otros llevaban al coronel Crutchfield, quien estaba más preocupado por el estado del general Jackson que por el propio, al hospital, el general Jackson fue llevado a la propia tienda de David, donde fue envuelto en las cálidas mantas que Hal Perkins había preparado.

Cuando David vertió *whisky* en un vaso y lo acercó a los labios del general para que éste tomara un buen trago, el herido abrió los ojos e incluso se las apañó para sonreír mientras bebía agradecido.

—Pensará usted que soy un ebrio consuetudinario, doctor —dijo Jackson —. Pero este *whisky* parece ser más eficaz para calmar el dolor que la inyección que me puso el doctor McGuire.

—Le di morfina —murmuró McGuire al oído de David—. Tenía dolores muy agudos al principio.

—Hemos de dejar al general que descanse, caballeros —dijo McGuire quedamente a los asistentes médicos y doctores que llenaban prácticamente la pequeña tienda de campaña—. La hemorragia se ha detenido, de modo que el

calor y los estimulantes cardíacos serán más útiles ahora que cualquier reconocimiento médico.

—Estoy de acuerdo —aseguró David.

—Yo me quedaré con él para vigilarlo —dijo el capitán James P. Smith, que era el más joven de los ayudas de campo del general. Así se dispuso y el resto de los que se hallaban allí salieron para reunirse en torno al pequeño fuego del campamento.

Estaba muy húmedo y la temperatura había caído considerablemente con la llegada de la noche. Cuando David ofreció una ronda de su botella de *whisky*, casi nadie se negó a beber un buen trago.

—¿Puede usted decimos qué sucedió en realidad, doctor McGuire? —preguntó el doctor Black.

—El general Jackson ordenaba juntarse a todas las tropas que atacaban en dirección a Chancellorsville —respondió McGuire—. Pero estaba ya muy oscuro y los bosques eran por allí tan densos que los hombres apenas acertaban a verse entre sí. Yo no estaba en aquel momento con él, pero creo que el capitán Wilbourn, el teniente Morrison y el teniente Wynn, sí se hallaban a su lado.

David sabía que el teniente Morrison era el hermano menor de la esposa del general Jackson, en cuyo estado mayor figuraba, suscitando gran respeto como buen oficial que era.

—Creo que el general Jackson estaba buscando ansiosamente al general A. P. Hill para decirle que el enemigo estaba derrotado y que era preciso seguir atacando para evitar que pudiese reagruparse —pro_ siguió McGuire —. La confusión reinante era extraordinaria y general de modo que es fácil suponer que Jackson y su gente fueron confundidos con un piquete yanqui de caballería por parte de un grupo de hombres del Regimiento 18 de Carolina del Norte. Sea como fuere, mientras avanzaban, una descarga los tomó por diana. El general Jackson no resultó herido de momento. Sorrel iba a retaguardia y casi fue desmontado por una rama que no había podido ver, según narra el teniente Wynn. Al espantarse el caballo de Sorrel, los de Carolina del Norte volvieron a disparar, alcanzando al general Jackson esta vez.

—Siempre temo entrar en acción por la noche precisamente por miedo a ese tipo de errores —terció Black.

—El teniente Wynn estaba cerca del general y pudo detener al caballo —dijo McGuire—. A esa altura, el capitán Wilbourn también llegó junto a él y entre ambos pudieron llevar a Jackson y ponerlo al abrigo bajo un árbol.

Según me dijeron, el general Hill llegó cuando el capitán Wilbourn estaba buscando una ambulancia y llevó consigo al doctor Bart, quien se hallaba al frente de una unidad hospitalaria cercana. El doctor Bart estaba junto al general Jackson cuando yo llegué, unos minutos más tarde. Me dijo que Jackson presentaba tres heridas: una en el hombro izquierdo que necesitaba de inmediato un torniquete, otra en el antebrazo izquierdo y otra en la palma de la mano derecha.

—Ninguna de ellas parece que pueda resultar fatal —observó el doctor Black.

—No en sí mismas —asintió McGuire—. Pero mientras llevaban al general a la ambulancia acostado en una camilla, el grupo fue nuevamente ametrallado y uno de los hombres que la llevaban la dejó caer, de modo que la camilla se fue al suelo. El general sufrió entonces un golpe en un costado al dar contra una roca y de inmediato se quejó de un fuerte dolor. Pienso que puede haberse fracturado una costilla o más.

—Parecía mostrar los inicios de un resfriado, anoche —dijo David—. Y no es de extrañar: durmió al aire libre y era una noche muy húmeda. No quiso usar la manta ni el impermeable que le quisieron prestar.

—Para protegerme a mí —añadió Sandie Pendleton con amargura— Siempre estaba pensando en proteger a los demás antes que a sí mismo.

David pensó que solamente él había advertido que Sandie usaba al hablar el tiempo pretérito al referirse a su jefe; y aquél «estaba» se le antojó sonar como una nota de mal presagio.

—Yo llegué a su lado precisamente cuando quién llevaba la camilla la dejó caer y le oí quejarse del fuerte dolor —agregó McGuire—. Me dijo: «Estoy mal herido, doctor; me temo que esta vez moriré».

—En cuanto el general recobre la conciencia estoy seguro de que querrá saber cómo fue la batalla y qué ha sucedido desde que fue herido —exclamó Sandie Pendleton agachándose para levantar su impermeable del suelo y ponérselo por los hombros—. Será mejor que trate de ponerme en contacto con el general Stuart. El general Hill fue herido poco después de serlo el general Jackson y el general Stuart es el hombre más indicado para tomar ahora el mando.

Dos horas después de la llegada del general Jackson a su hospital, David Preston y el doctor Hunter McGuire decidieron que su condición debía ser un poco mejor antes de proceder a un examen médico en regla, el cual debía llevarse necesariamente a efecto bajo anestesia, ya que buscar los proyectiles que pudieran hallarse en su cuerpo podría provocarle sufrimientos muy

agudos. El doctor R. T. Coleman, que había pasado a ser médico de la antigua división de Jackson, fue el encargado de suministrarle la anestesia cuando se decidió proceder al reconocimiento; y David, en su calidad de jefe del hospital de campaña, asistió a McGuire.

La bala que Jackson había recibido en su mano derecha podía percibirse a simple tacto, pues estaba precisamente bajo la piel. Había entrado por la palma fracturando dos metacarpios antes de alojarse bajo la piel al lado opuesto. Cuando McGuire practicó una incisión donde se hallaba, el proyectil asomó enseguida y el cirujano lo observó a la luz de la lámpara.

—Es una pequeña Springfield… de las nuestras —dijo uno de los presentes.

—Han sido pues los de Carolina del Norte quienes le hirieron. Los soldados del Norte hace ya tiempo que no usan los viejos mosquetes que se sirven de este tipo de balas —dijo McGuire.

La que había herido a Jackson en el hombro había desgarrado de manera bastante delicada los músculos de esa zona y fracturado el largo hueso conocido como el húmero, en la parte superior del brazo. También había tocado la arteria principal que irriga el miembro, al pasar a través de la carne. Un poco más abajo, debajo del codo, otra bala se había abierto paso rasgando los tejidos, y atravesando el brazo para salir a la altura de la muñeca.

Al observar las heridas, McGuire miró a David con aspecto interrogador.

—¿Podrás salvarle el brazo bajo una buena anestesia? —preguntó.

—Tal vez, si la arteria no ha sido afectada. Pero hay peligro de gangrena debajo del hombro, de modo que si interrumpimos el paso de sangre por la arteria para operar aquí, las esperanzas de salvarle son pocas.

—Y ciertamente no vale la pena correr semejante riesgo —asintió McGuire—. De modo que adelante.

Con una operación rápida, el director del cuerpo médico amputó el brazo del general, a unas dos pulgadas más abajo del hombro, sin intentar siquiera cubrir con piel la parte amputada. Esto podría intentarse más tarde, cuando el estado general del paciente fuese mejor La operación llevó menos de media hora.

Cuando Sandie Pendleton llegó, varias horas más tarde, Jackson estaba dormido; pero despertó cuando el joven oficial, a quien trataba como a un hijo, penetró en la tienda.

—Bien, mayor —dijo Jackson, saludando al muchacho—. Me alegra verte. Pensé que te habían matado.

Pendleton le explicó que el general A. P. Hill había sido herido y que el general Stuart estaba ahora al frente de las operaciones militares. Stuart le había pedido que solicitara a Jackson sus puntos de vista para proseguir con éxito el ataque y, por unos momentos, Jackson pareció recobrar su viejo entusiasmo guerrero. Pero muy pronto el brillo se apagó en sus ojos y mandó decir a Stuart que obrase como le pareciera más indicado.

A la mañana siguiente, el domingo 3 de mayo, Jackson pareció encontrarse considerablemente mejor y preguntó acerca de las alternativas de la batalla, la cual estaba aún en pleno desarrollo. Cuando se le informó que el general Hooker seguía retirándose y que estaba cruzando el río Rappahannock hacia Washington, pareció muy contento.

—Aunque me vean ustedes mal herido, no me encuentro desanimado ni infeliz —aseguró Jackson a su capellán Lacey cuando éste se presentó en la tienda un poco más tarde—. Creo que todo ha sucedido de acuerdo con la voluntad del Altísimo y como tal acepto mi suerte. Aunque le parezca a usted extraño, nunca me habrá visto usted tan completamente satisfecho como en este momento. Y eso es porque estoy convencido de que el Padre Celestial así lo ha dispuesto por mi propio bien. Creo que, sea en esta vida o en la eterna, descubriré que lo que ahora considero algo muy malo ha sido en realidad una bendición. Puedo esperar hasta que Dios, según sus propias concepciones del tiempo, me haga saber el objetivo que Él perseguía cuando resolvió que me hiriesen. Si en mi poder tuviera la facultad de devolverme el brazo, no me arriesgaría a disponer esa devolución, a menos que estuviese seguro de que tal es el deseo del Padre Celestial.

—Posee usted una profunda fe, general —dijo el capellán con doliente acento—. Bien quisiera yo que la mía fuese tan fuerte.

—Para mí ha constituido una preciosa oportunidad ésta, en la cual he visto a la muerte de frente y encontrado que todo era por mi bien —aseguró el general Jackson—. He aprendido que quien goza de la gracia y es hijo de Dios puede, aun en medio de los mayores sufrimientos, fijar sus pensamientos en el Cielo y en todas las cosas celestiales, encontrando de tal modo fortaleza y paz de ánimo.

Los informes del frente durante la mañana del 3 de mayo hablaban de la caballeresca carga de la Brigada Stonewall, que había atacado gritando el nombre de Jackson y conseguido en ese mismo ataque, dar el golpe final a las fuerzas de Hooker, desalojándolas del campo.

—Bien propio de ellos el hacer eso, bien propio de ellos —dijo Jackson orgullosamente cuando se le informó de aquel hecho—. Los hombres de la

Brigada podrán algún día decir con orgullo a sus hijos: «Yo fui miembro de la Brigada Stonewall». Forman un noble cuerpo de hombres.

—Pero pertenece a la Brigada, no a mí —insistió cuando alguien dijo que el honor era para él, puesto que la Brigada llevaba el nombre de Stonewall—. Ha sido ella la que con su tenaz heroísmo se ganó el nombre en la primera Batalla de Manassas.

Aquella misma mañana, Jackson recibió un mensaje del general Lee, expresándole cuánto le había afectado aquel accidente del que había sido víctima. Para que el comandante Hunter McGuire pudiese permanecer a la cabecera del enfermo, David Preston se hizo caigo temporalmente del cargo de aquél, es decir, del de director médico del Cuerpo. De este modo tuvo que alejarse del hospital de campaña. Pero poco fue lo que vio, porque pocas cosas sucedían ya, aparte de algunas escaramuzas a cargo de la caballería de Stuart contra elementos de Hooker que se retiraban precipitadamente.

Fue durante la tarde del 4 de mayo, poco antes de que David regresase al campamento, cuando se supo que el general Jackson se quejaba de cierto dolor en el costado que se había golpeado cuando su camilla volcó dando con él en el suelo rocoso.

—¿Qué temperatura tiene? —inquirió David—. Buscad en el hospital; no llevé el termómetro conmigo, pues de poco sirve en el campo.

—Ya le hemos tomado la temperatura. Ha ido subiendo lenta pero constantemente durante todo el día —informó sobriamente McGuire—. Apreciaría mucho que examinaras al general juntamente conmigo.

Actuando con gran cuidado, pues el general estaba como atontado, excepto cuando un espasmo o un acceso de tos le despertaban del todo por el dolor que le provocaban, David se puso a auscultarlo con su estetoscopio a la altura de las costillas inferiores, en cuya zona parecía centrarse el dolor más agudo. La respiración del general era corta y ocasionalmente dolorosa, si un espasmo o un acceso de tos le llevaban a respirar más profundamente. Su color parecía haber mejorado, pero David bien sabía que aquello no era más que una consecuencia de la fiebre.

No se sorprendió por lo que pudo constatar con su estetoscopio, tras recorrer con él todo el pecho de Jackson. El fuerte sonido parecido a algo que se rasca contra otra superficie, escuchado con la aspiración y la respiración indudablemente provenía de la fricción de las dos paredes de la pleura, de las cuales la primera recubre la parte interior de la cavidad pectoral y la otra cubre los pulmones.

La pleuritis, o pleuresía, era por entonces un riesgo frecuente cuando se sufría un golpe fuerte en la zona de las costillas inferiores. El golpe afecta a los tejidos y a los órganos que yacen debajo, se fracturen o no las costillas. En el caso de Jackson, se diría que, por cuanto se constataba, no había fracturas y que la inflamación de la pleura parecía ser una reacción protectora, dispuesta por el organismo para producir un humor que separe las paredes inflamadas, con lo cual el dolor es menos agudo. Pero lo que David había escuchado por su estetoscopio era un sonido que sucedía cuando Jackson aspiraba y que se parecía al producido a un cuerpo sólido que se desplaza dentro de un frasco cuando éste es agitado con fuerza. Esto significaba que existía una inflamación de pulmón, lo cual era más grave.

Pidiendo a McGuire que se acercara, retuvo el estetoscopio en la zona reveladora y le pidió que escuchara. Cuando McGuire levantó la cabeza y miró a David, su expresión era sombría.

—¿Has oído la congestión? —le preguntó David, cuando ambos médicos salieron de la tienda para pasar revista al estado del enfermo.

McGuire asintió.

—¿Podrías decir qué porción del pulmón esté afectada?

—Oí los sonidos sintomáticos sobre una zona un poco mayor que mi mano, lo cual significa que gran parte o todo el espacio que cubre la porción inferior están inflamados.

—Es sin duda una pleuropulmonia. ¿Piensas que la causa fue el golpe?

—¿Quién podría decirlo? Sufrió un fuerte enfriamiento la noche anterior a la batalla, cuando renunció a cubrirse con la manta de Sandie Pendleton para que éste no quedara sin abrigo.

—Muy propio de él —dijo McGuire—. En la ambulancia se preocupaba más del estado del coronel Crutchfield que del suyo, aunque sus heridas eran mucho más graves que las de Crutchfield. El general Lee está muy ansioso por la salud de Jackson y desea que se le traslade cuanto antes de aquí. Gran parte de las tropas federales no tomó parte en la batalla, de modo que si el general Hooker organiza un contraataque, el hospital podría caer en sus manos.

—¿Qué te parecería si le lleváramos a Guiney’s Station?

—Creo que sería un excelente lugar, puesto que es accesible a la ambulancia. Se está poniendo húmedo y frío, pero podríamos transportarlo a primera hora de la mañana. Creo que debemos correr el riesgo.

Al llegar la madrugada del 5 de mayo, David se dirigió a la tienda donde estaba Jackson, encontrando que el general se sentía mejor. Los dolores

parecían haber disminuido algo y su temperatura no había subido durante la noche. Mientras David estaba allí, Hunter McGuire llegó a la tienda con un mensaje.

—Ha llegado una nota del general Lee, señor —dijo—. ¿Desea usted que se la lea?

—Sí, por favor.

El mensaje era breve. Le deseaba a Jackson una pronta mejoría y un rápido retorno a su puesto.

—El general Lee es muy bueno, pero debiera dejar a Dios la gloria de la victoria —observó Jackson ante el comentario de Lee sobre el éxito sureño—. Nuestra maniobra en esta zona ha constituido un enorme acierto; tal vez el acierto más grande de toda mi carrera militar. Sin embargo creo que se me está concediendo más gloria por él de lo que merezco.

El general hizo una pausa antes de proseguir.

—La mayor parte de la gente podría pensar que yo estudié con cuidado la estrategia previamente. Sin embargo no fue así. Sólo me aproveché de las circunstancias tal como se me presentaban por dato de Dios. Siento que ha sido Su mano la que me ha guiado. Concedámosle toda la gloria.

—El general Lee está ansioso porque sea usted trasladado de aquí señor —dijo McGuire—. Teme que el hospital resulte capturado.

—Si el enemigo viene, no le temo. Siempre ordené que se tratara bien a los heridos del enemigo y estoy seguro que también ellos tratarían bien. Sin embargo el general Lee es mi superior y cumplid sus órdenes.

—Una ambulancia vendrá hasta aquí mañana por la mañana las ocho, señor —dijo McGuire.

—¿Hay noticias del frente, doctor Preston? —preguntó Jackson.

—Sólo que el enemigo está siendo perseguido hasta el Rappahannock.

—El plan de batalla del general Hooker era, en líneas generales, un buen plan. Excelente, incluso. Pero no debió alejar a su caballería; ése fue su gran error. Si hubiese mantenido a su caballería con él, su estrategia podría haber sido inobjetable.

Durante la tarde del día en que Jackson fue trasladado a Guiney’s Station y alojado en una casa de los alrededores, David se encontró con Lachlan Murrell y con él y otros oficiales de la caballería de Stuart devoraron un plato de carne de conejo que Hal Perkins había preparado tras cazarlos él mismo. Les había quitado la piel y tras aderezarlos, los había cocido en el fuego del campamento.

—¿Hay noticias del general Jackson? —preguntó Lachlan tendiendo a David una pata de conejo.

—Ninguna desde esta mañana.

—¿Qué piensas de su estado?

—La amputación sigue un curso normal de curación, pero le temo a la neumonía. ¿Cómo está la situación en el campo de batalla?

—La caballería federal de Stoneman aún lleva a cabo escaramuzas a lo largo de la ribera sur del Rappahannock, pero el grueso de las tropas de Hooker ha cruzado casi por completo el río buscando protegerse en la ribera norte. Eso significa que la lucha está prácticamente concluida. En realidad, la operación de Stoneman está especialmente dirigida a cubrir la retirada de Hooker.

—Stonewall Jackson ha ganado otra batalla —dijo David—. Pero esta vez la Brigada Stonewall ha sufrido más bajas que en ninguna otra ocasión: cuatrocientos noventa y tres hombres, incluyendo todos sus oficiales importantes. La Brigada entera no es ahora más numerosa que un pequeño regimiento.

—¿Permanecerán unidos si el general Jackson no puede volver a asumir el mando?

—Sí, si el general Lee lo permite.

—La brigada es ya demasiado famosa y tiene demasiado orgullo para permitir que se la destruya en batalla, aun si Jackson no se halla al frente de ella por el resto de la duración de la guerra —dijo Lachlan—… Ahora se encuentra detrás de las fortificaciones que habían levantado los federales; y si éstos llegan a reunir otra vez fuerzas suficientes para contraatacar por Chancellor House, se encontrarán con que la Brigada Stonewall se halla nuevamente a la vanguardia de la acción de defensa.

Lachlan se puso pesadamente de pie, tirando a lo lejos el hueso de conejo que había estado mordiendo en busca de los últimos vestigios de carne.

—Será mejor que me marche. Tal como van las cosas, no me extrañaría verme cruzando espacios hasta llegar a Pennsylvania dentro de unos días. Para entonces tal vez Araminta tenga alguna información para nosotros sobre qué está sucediendo en campo enemigo desde que «el belicoso Joe» se encontró mordiendo el polvo.

—Sigo pensando que sería mejor que no corriera los riesgos que está corriendo.

—Es una *cherokee* y las mujeres *cherokees* siempre han seguido a sus hombres en el combate, aunque tengan que combatir a sus espaldas.

—Si sabes algo de ella, házmelo saber enseguida.

—De acuerdo. ¿Dónde estarás?

—En el frente, con las tropas, hasta que Hunter McGuire pueda dejar sin riesgos al general Jackson. Cuídate mucho, Lachlan.

—Soy indio. ¿Lo recuerdas? Podemos correr en torno de vosotros sin que os deis cuenta.

El 7 de mayo, visto que la aplastada fuerza del general Hooker se había replegado enteramente al norte del río Rappahannock, la agotada Brigada Stonewall fue retirada de sus posiciones. Se le ordenó volver atrás, hacia su campamento situado en Hamilton's Crossing. Sólo vagos informes había tenido David sobre la condición en que se encontraba últimamente el general Jackson, de modo que decidió cabalgar hasta Guiney's Station y averiguarlo por sí mismo. Le bastó una mirada al doctor Hunter McGuire, cuando éste vino a su encuentro en la sala de la pequeña casa que había sido requisada para servir de hospital privado a Jackson, para saber que no todo se desenvolvía bien.

—Esperaba que pasaría una crisis, pero esto no se comporta, como debiera comportarse una clásica pulmonía —dijo McGuire—. Se diría que la infección se ha extendido más en el pulmón derecho.

Jackson estaba consciente y reconoció de inmediato a David, pero en sus ojos había una luz ardorosa para mostrar que la fiebre que se había apoderado de él estaba haciendo estragos en su cuerpo, agotando sus reservas de energía. Por lo demás, a veces su mente desvariaba y se ponía muy excitado, como si pasara revista en su memoria delirante a los momentos álgidos de su carrera militar y a sus heroicas batallas.

El examen de David confirmó la creencia de McGuire de que la inflación del pulmón de Jackson se había extendido considerablemente. En todo el costado derecho de su pecho se podían oír ahora los silbidos intermitentes que señalan que un órgano ha llegado casi a solidificarse por causa de una inflamación. Muy pocas veces en la vida profesional de David había visto éste que un paciente se recobrara de una infección tan extensa del pulmón y, teniendo, en cuenta que el general había sufrido la amputación de un miembro y que había perdido mucha sangre, el pronóstico podía decirse que era sombrío.

Por la tarde se aplicó al general una cataplasma de mostaza sobre la parte derecha del pecho, por sugerencia de uno de los seis médicos civiles que habían sido llamados al lugar a efectos de celebrar consulta.

El remedio pareció dar algún resultado durante unas horas; pero durante la mañana del día 9 de mayo, Jackson abrió lentamente los ojos mientras uno de los consultantes estaba practicándole un reconocimiento y habló con lucidez por primera vez en varias horas.

—Por el número de médicos que me visitan —dijo— veo, que me encuentro muy grave. Pero, gracias a Dios, he de decir que si Él quiere, estoy pronto para emprender el gran viaje.

David tuvo que retornar a su puesto con las tropas aquella misma tarde. Pensaba, además, que debía poner en antecedentes de lo que ocurría al general Stuart, que estaba en aquellos momentos al mando del Segundo Cuerpo.

Pero ante todo, pensó que el general Lee debía ser informado sobre el estado de salud del general Jackson, de modo que se dirigió a su cuartel general acompañado por el capellán personal de Jackson, doctor Lacey.

Lee mostró una gran preocupación al ser enterado de las noticias según las cuales Jackson parecía hallarse moribundo.

—Dios se dispone a llevárselo precisamente ahora, cuando tanto lo necesitábamos —dijo conmovido—. Cuando retome usted junto a él, espero que lo encuentre mejorado. Y si se presenta una ocasión favorable, dígale que le envío todo mi cariño y que he rezado por él con más ardor y perseverancia anoche, que en ninguna otra ocasión de mi vida. Nunca había rezado tanto. Ni por mí mismo.

Lee apartó rápidamente los ojos, pero no antes de que pudiesen ver lágrimas en ellos. Y cuando de nuevo habló, fue para ordenar que se celebrara un servicio religioso al que asistiría todo el ejército y que tendría lugar el próximo día y el domingo. En él se rezaría implorando por el restablecimiento de Jackson.

—Oficiaré el servicio yo mismo, general —prometió Lacey—. Todos oraremos por nuestro amigo.

Pero el domingo por la tarde llegó un informe a la Brigada Stonewall, que estaba acampada en Hamilton’s Crossing, que su querido jefe había muerto.

«Que se cruce conmigo el río y se me sepulte a la sombra de los árboles», fueron, según se anunció, las últimas palabras del héroe.

Muchos ríos había cruzado la brigada a las órdenes de Jackson y muchos habían cruzado aquel mismo río final de que ahora él hablaba siguiendo sus órdenes de combate. Pero, hasta que llegara la hora para cada uno de librar la última batalla, los diezmados restos de la noble compañía de duros veteranos que habían llevado el nombre de Stonewall por su jefe, debían seguir la lucha.

Jackson fue sepultado en su amado Lexington con plenos honores militares, tras una velada de *corpore insepulto*. Durante ella, llevada a cabo en la sala de conferencias donde tantos candidatos a oficiales habían reído a sus espaldas y le habían llamado «el Viejo Jack» o «Tom el Loco», nadie rió.

De pie y descubiertos en el cementerio de Lexington, David y Lachlan (que, como antiguos cadetes a las órdenes de Jackson habían sido autorizados para acompañar al cuerpo, mientras el resto de la Brigada Stonewall, a pesar de sus calurosas protestas, era mantenido en sus posiciones del frente de batalla por peligro de una intentona de las fuerzas federales para recobrar algunas de las posiciones perdidas) miraban con tristeza marchar al regimiento de cadetes junto al ataúd con marcial dignidad. El disparar de rifles por parte de la guardia de honor y las altas y dulces notas del clarín marcaron el último réquiem para el entonces más famoso general de la Confederación. David y Lachlan pensaron que aquello constituía algo que nunca podrían olvidar.

—¿Qué supones que vendrá ahora? —preguntó David, mientras ambos volvían de vuelta a Richmond en el mismo tren que había traído desde allí el cuerpo de Jackson.

—«El viejo Jack» siempre soñó con llevar una invasión hasta muy adentro de Pennsylvania —dijo el oficial *cherokee*—. Ya trató de llevarla a cabo junto a Lee en Antietam y no pudo concretarla. pero con las tropas de Hooker cortadas y dispersas como se hallan tras la batalla de Chancellorsville, acaso haya llegado la oportunidad. Me pregunto si Lee se atreverá a intentarla.

—Tendrá que ser ahora o nunca. —David se mostraba de acuerdo—. De todos modos, pronto lo sabremos.

El tributo final a la memoria del general Stonewall Jackson llegó en una orden especial dirigida a la Primera Brigada de su vieja di visión, llamada con el nombre del héroe y perteneciente al Ejército de Virginia del Norte. Decía así:

Ayudante e Inspector
Secretaría de la Guerra
Richmond, 30 de mayo de 1863

Órdenes especiales. N.º 129. XVIII

La siguiente resolución ha sido sugerida al Secretario de la Guerra por parte de los oficiales y soldados de la brigada que en vida mandó el general Thomas J. Jackson.

Resolvemos que, de acuerdo con el deseo expreso del general Jackson y el nuestro de honrar su recuerdo de gran jefe militar, se solicite al Secretario de Guerra que ordene que la Brigada en cuestión sea designada oficialmente como «Brigada Stonewall». De este modo, dicho cuerpo adoptará formalmente un título que se halla inseparadamente vinculado a su nombre y a su fama. Nos esforzaremos por hacernos dignos de ese nombre, emulando sus virtudes y, como él, dedicando todas nuestras energías a la gran obra que se extiende ante nosotros, por la cual buscamos garantizar para nuestra amada patria la bendición de la paz y de la independencia.

El Departamento de Guerra admite con total entusiasmo la solicitud y ordena que la brigada arriba mencionada se designe desde ahora oficialmente con el nombre de Brigada Stonewall. Por dicha resolución, este Departamento se hace eco del espíritu que inspira la petición y manifiesta su confianza en que el celo y la devoción, la paciencia y el valor del héroe caído —cuyo título sus primeros compañeros de armas desean tan apropiadamente honrar y conservar— puedan animar no sólo a los hombres de la Brigada Stonewall, sino a todas las brigadas y a todos los hombres que integran el Ejército del Sur, que lucha en estos momentos para alejar de sus fronteras a un implacable y bárbaro invasor.

Por orden del Secretario de la Guerra

John O. Rivers
Asistente y Ayudante General del Ejército de la Confederación.

LIBRO SÉPTIMO

GETTYSBURG

I

EL 11 de junio de 1863, David Preston se hallaba ante uno de los carros pertenecientes al l.er Hospital de Campaña del Segundo Cuerpo, parte integrante del Ejército de Virginia del Norte. Observaba a los hombres de la Brigada Stonewall dirigirse a Chester Gap, situado en las montañas Blue Ridge. A unas veinticinco millas al sudeste de Winchester, en Virginia, el paso estaba a una elevación de algo más de doscientos pies. El terreno resultaba familiar, tanto para David Preston como para la brigada.

Unos mil cuatrocientos hombres aguerridos formaban la famosa unidad reconocida ahora oficialmente como la Brigada Stonewall. Estaba al mando del general Edward Johnson, llamado «el Viejo Allegheny» que había sido herido y curado por David en ocasión de la batalla de McDowell. A unas diez millas más allá, casi directamente hacia el oeste, se hallaba Front Royal y un poco más lejos el Valle Turnpike, que la Brigada Stonewall había cruzado tantas veces durante el decisivo verano de 1862, durante las rapidísimas campañas en serie del general Jackson.

Los hombres que componían la brigada eran de una clase humana muy especial y constituían en sí mismos una leyenda ya consagrada en sus propios tiempos: flacos, zancudos, tostados por el sol y el viento helado, de fuertes mandíbulas hechas para mascar tabaco cuyos paquetes abultaban aquí y allá en sus harapientas ropas. Tabaco y ropas eran habitualmente botín de guerra para ellos. Sus uniformes consistían por lo general en prendas tomadas a los federales j blanqueadas luego con lejía para borrar de ellas el odiado azul de las fuerzas del Norte, Muchas veces habían sido quitadas a los muertos.

El atuendo se completaba con camisas cortadas, cosidas y teñidas de gris por amorosas manos femeninas en los hogares.

Alrededor de la mitad llevaban rifles Enfield, tomados igualmente al enemigo junto con la munición que dichos rifles reclamaban. Los demás empuñaban los menos eficientes rifles Springfield o incluso mosquetes de caño ancho que se cargaban por la boca, con los que un montañero podía apenas cazar ardillas. Muchos iban descalzos. La escasez de zapatos duró para el Sur tanto como la guerra.

Desde la muerte del general Stonewall Jackson, un mes atrás, una especie de quietud se había extendido sobre el campo de batalla de Virginia del Norte. Las dos capitales, Richmond y Washington se encontraban incomunicadas

porque los dos ejércitos cortaban el camino por las carreteras que iban de una a otra. Se diría que aquella gran quietud era un homenaje a la memoria del general Jackson, el temerario jefe cuya vida le había sido arrebatada por sus propios hombres en Chancellorsville. Pero ahora, como obedeciendo a un deseo expreso de Jackson, la tregua estaba por terminarse.

El viejo Segundo Cuerpo de Jackson había sido puesto al mando del general Richard S. Ewell, quien había vuelto al servicio tras sufrir una seria herida en una rodilla en la segunda Batalla de Manassas que le había costado media pierna. El Cuerpo se alegraba de volver al Valle que tanto amaba, aunque el mismo presentaba ahora un aspecto peculiar que no constituía por cierto una ventaja: la brigada debía ir a caballo y, como muchos de sus hombres no sabían montar y estaban acostumbrados a ir a pie o en carretas, debían ser atados con correas a sus cabalgaduras.

Un gran grito de alegría partió de las gargantas de los hombres cuando divisaron el Valle del Shenandoah que se extendía ante ellos, verde y fecundo como prueba de que, a pesar de conocer durante dos años poco más que muerte y dolor, conservaba la capacidad de renovarse cada año al llegar la primavera.

—Doctor —dijo una voz perteneciente a uno de los integrantes de la Brigada; y David reconoció enseguida a Jed Burnet, el desertor que le había birlado el caballo exactamente dos años antes entre Martinsburg y Harpers Ferry—, mi pie está sangrando. ¿No podría encontrar para mí un par de zapatos? No podré continuar mucho.

—El general Milroy tiene ocho mil yanquis bien calzados en Winchester, Jed. Estoy seguro que si se los pides a él podrás darte el gusto.

—Espero que los haya a mi medida —dijo la voz de Burnet alejándose por la pendiente.

—He ahí una muestra del espíritu del Sur —dijo David a Hal, que estaba a su lado—. Ese tío desertó en Harpers Ferry hace dos años robándome el caballo. Ahora ha vuelto para ayudar a que termine la guerra.

—Y a caminar descalzo como casi todos los demás. Si esa columna federal que está en Winchester no cuenta con mucho material sanitario, nosotros nos veremos en aprietos análogos, señor.

Hal Perkins sólo tenía dos años más que aquel día en que se había presentado en Harpers Ferry, pensó David; pero, a los veintiún años era ya un soldado en todo el sentido de la palabra. La Brigada Stonewall se había ido transformando en un cuerpo de veteranos en aquel mismo período de tiempo y también en héroes de la Confederación. Como aquel cuerpo, el cuerpo de

Hal se había fortalecido en la aventura: se le veía fuerte. Sus mandíbulas le sobresalían y sus ojos miraban de frente y con confianza, como conscientes de conocer el deber y la manera de cumplirlo.

—Una cosa me preocupa, comandante —dijo Hal interrumpiendo las reflexiones de David—. Hace ya cinco días que hemos dejado el Rappahannock. Cuando el general Jackson estaba al frente de nosotros solíamos cruzar un par de montañas y entablar dos batallas en menos tiempo.

—Winchester ha de ser necesariamente liberada y el general Ewell no puede darse el lujo de permitir improvisaciones en esa misión. Por otra parte, nuestro oponente, el general Milroy, es un militar capaz.

—Sin embargo, supo lo que era una retirada en McDowell, comandante.

David asintió con la cabeza, recordando la noche en que él y el teniente ahora capitán Kyd Douglas habían estado observando desde la colina el campamento del enemigo situado en el valle que se extendía a sus pies. Al día siguiente, apenas había despuntado el sol, no quedaba un solo soldado federal en la zona. Sus recuerdos fueron interrumpidos por la presencia de un individuo alto, vestido con polvorientas y oscuras ropas de civil, quien llegaba hasta él cabalgando una mula. La detuvo y desmontó.

—¡Ed Mattox! —exclamó David—. ¿Qué está haciendo por aquí?

—Ésa es precisamente la pregunta que me estaba formulando a mí mismo al pie de la montaña. Cuando estábamos a mitad de la cuesta se la hice también a mi mula; pero ninguno de los dos pudo dar una respuesta aceptable.

Mattox estrechó las manos de David y de Hal y se puso enseguida a sacudir el polvo de su ropa.

—¿Pretende seguir haciendo trabajos periodísticos sobre las batallas? —preguntó David.

—Se me ha acreditado como periodista especialmente aplicado al Segundo Cuerpo, con credenciales firmadas oficialmente por el propio general Richard Ewell. ¿Le importaría a usted que me pegara a sus faldones como antes?

—Estamos muy contentos de tenerlo con nosotros —le aseguró David—. Supongo que ya sabe usted hacia dónde nos dirigimos: hacia Winchester.

Mattox extrajo de un bolsillo de su chaqueta un ejemplar arrollado de periódico, dándoselo a David.

—El *Intelligent* de Washington de ayer por la mañana dice que Lee está preparando un avance profundo y fulgurante dentro de Maryland para atemorizar a Washington y conseguir un alivio en la presión sobre Richmond.

—Parece sensato.

—Si Lee consigue que Lincoln y el Secretario Stanton se crean eso, sí. Pero si tienen una idea de cómo se han debilitado las defensas de Richmond, pensarán de otro modo. Y también pensará así, según sospecho, el Presidente Davis.

—¿De modo que usted cree que esta campaña es algo más que una maniobra de diversión para liberar a Richmond?

—Los otros dos cuerpos del Ejército de Virginia del Norte avanzarán hacia el norte, uno tras otro, en los próximos días —dijo Mattox—. Y el trabajo de Jeb Stuart consistirá en defender el flanco derecho y brindar información a Lee sobre la fuerza y la localización del ejército yanqui, que se nos echará encima en cuanto el general Hooker sepa que no queda prácticamente fuerza alguna entre él y Richmond.

Hal Perkins silbó por lo bajo.

—Usted no ve al general Lee como a un hombre que arriesga.

—No, cuando las apuestas son tan grandes —repuso David—. ¿Pero qué sucederá si el general Hooker resuelve tomar Richmond?

—No ganará gran cosa si Lee tiene a Washington, Baltimore y Philadelphia para entonces, por no hablar de Harrisburg —dijo Mattox—. Ésa es la razón por la cual no quise dejar pasar esta oportunidad de visitaros.

—¿Qué hay entre Harrisburg y nosotros en estos momentos, aparte de Milroy y sus ocho mil hombres? —preguntó David.

—Ha puesto usted el dedo en la llaga. Si el general Hooker es lo bastante alocado para ir contra Richmond, Jefferson Davis podrá mover al gobierno, llevándolo a Danville o a Lynchburg y arrancando tras su paso las vías del ferrocarril. Y cuando Hooker descubra que le han tomado por tonto y se dé la vuelta, Horace Greeley y el Partido de la Paz armarán un jaleo junto con el Congreso, que será de tal envergadura que obligará a Lincoln a entrar en negociaciones con el Sur en busca de una paz negociada, que es al fin y al cabo lo que nosotros buscamos desde el principio.

—Es un plan arriesgado —asintió David—, pero era lo que buscaba Jackson. Así me lo confió cierta noche del año pasado.

—Lleva la marcha de la inspiración de Jackson —dijo Mattox—. Pero he de decir que me sentiría bastante más contento si el Viejo Jack estuviese aún en la tierra discutiendo la estrategia y la posterior campaña para conquistar Winchester.

II

CONQUISTAR WINCHESTER fue precisamente lo que el Sur hizo t-es días más tarde.

Al segundo día del ataque, la Brigada Stonewall se encontró frente a toda la división del general federal Robert H. Milroy que se retiraba de Winchester hacia Charles Town y Harpers Ferry. En pleno entusiasmo guerrero, la Brigada Stonewall lanzó su grito rebelde de guerra como en tiempos de Jackson y las tropas sureñas acudieron para enfrentarse con piquetes federales. Obligando al enemigo a luchar cuerpo a cuerpo, las fuerzas de la Confederación aplicaron el *coup de grâce*, por decirlo así, a la división federal entera. Solamente el general Milroy y unos trescientos hombres de su caballería lograron escapar de la trampa que le tendieron los sureños, dejando tras ellos a más de tres mil hombres que fueron tomados prisioneros, muchos de ellos heridos. También se vieron obligados a abandonar grandes cantidades de suministros urgentemente necesitados.

Cuando la jubilosa columna confederada recorrió la calle mayor de Winchester, fue clamorosamente ovacionada por gran parte de la población, que cantaba el Bonnie Blue Flag, himno al cual la Brigada Stonewall había agregado alegremente las palabras de un viejo «negro espiritual» llamado *All God's Chillum Got Shoes* (Todos los Hijos de Dios llevan zapatos).

A la mañana siguiente, el Segundo Cuerpo, con el general Richard Ewell (a quien le faltaba una pierna) a su frente salieron hacia el norte por el camino de portazgo con intención de cruzar el Potomac a la altura de Shepherdstown y marchar sobre Hagerstown al día siguiente Allí encontraron una recepción contradictoria. Pero un irlandés fortachón que pertenecía al 33 de Virginia expresó el pensamiento de los soldados al responder a una observación procedente de una dama que estaba mirando el desfile:

—¡No se asuste, señora! —gritó—. Siempre nos ponemos ropa sucia cuando salimos a matar yanquis.

Avanzando penosamente hacia adelante en pleno calor del mes de junio a través de fértiles granjas en las cuales los cerezos estaban cargados de fruta madura (que sólo duró en los árboles hasta que las cabezas de la columna llegaron a éstos) la nutrida tropa gris acampó para pasar la noche en la zona donde había tenido lugar la batalla de Antietam. A la mañana siguiente cruzó la frontera de Pennsylvania y continuó hacia Chambersburg, atravesando el

fértil valle Cumberland más al oeste y al norte de lo que nunca había sido posible anteriormente para las tropas confederadas.

Siguiendo órdenes estrictas del general Lee, los invasores se abstuvieron de todo pillaje en las granjas, en las cuales había gran cantidad de granos y de patatas. Se buscaba así robustecer la simpatía en favor de los confederados que, según se suponía, era grande entre los pobladores de los estados de Maryland y Pennsylvania. Fuera lo que fuese lo que necesitaban, era escrupulosamente pagado por los oficiales encargados de los suministros con dinero confederado, que los granjeros de Pennsylvania —a menudo holandeses— aceptaban de no muy buen grado.

El 27 de junio, el general Robert E. Rodes, al mando de su división, —que pertenecía al Segundo Cuerpo mandado por el general Ewell dentro del cual se hallaba incluida asimismo la Brigada Stonewall— alcanzó Carlisle Barracks, localidad situada a unas treinta millas al norte de Gettysburg. Al mismo tiempo, el general Jubal A. Early «el viejo Jube», se adueñó de la ciudad de York, a treinta y cinco millas más al oeste, en un intento de capturar el puente de importancia vital que se tendía sobre el río Susquehanna, entre Rightsville y Columbia. Siempre deseoso de avanzar, el general Early estaba ansioso por cruzar el río y, caminando a lo largo de su ribera este por otras treinta y tantas millas, tomar Harrisburg, capital de Pennsylvania.

Entretanto, el general Robert E. Lee había instalado temporalmente su cuartel general en Chambersburg, a unas treinta y cinco millas al oeste de Gettysburg. Aunque podía tomar fácilmente Gettysburg cuando parte del ejército de Early pasó a través de dicha población en su camino hacia York, Lee prefirió concentrar sus tropas cerca de las estribaciones más bajas de los Apalaches y de los pasos que atravesaban South Mountain, que así se llama la pared este de los Apalaches. Allí contaba con ventajas en el terreno para desenvolverse en la gran batalla que ya empezaba a esbozarse, pues se sabía que el general Joe Hooker y parte del Ejército Federal del Potomac habían cruzado el río el 26 de junio persiguiendo al Ejército sureño que se desplazaba rápidamente. Se trataba, como se sabe, del Ejército de Virginia del Norte.

Encaminándose con rumbo al norte hacia Chambersburg a unos días de distancia por detrás del rápido avance de Ewell, iba el Primer Cuerpo, al mando del general Longstreet, el cual aún ejecutaba operaciones de flanco, porque Lee había preferido la estrategia de invadir Pennsylvania en lugar de acceder a lo aconsejado por el mismo Longstreet, que prefería llevar a cabo una operación en auxilio y apoyo del general Braxton Bragg en el sur, esperando arrancar uñas a la múltiple garra que Grant parecía extender sobre

Vicksburg. Detrás de Longstreet iba el Tercer Cuerpo, a las órdenes del general A. P. Hall.

Con el escenario tal como se presentaba y habiendo encontrado hasta el momento poca resistencia, Lee decidió esperar cerca de South Mountain alguna noticia de la persecución federal. Quien podía traérselas era el hombre cuya tarea consistía en resguardar el flanco derecho de las dos columnas confederadas que avanzaban y mantenerle informado por si alguna amenaza se presentaba: ese hombre era el general J. E. B. Stuart, quien, sin embargo, parecía haberse desvanecido en el aire junto con todos sus hombres. En realidad, en aquellos precisos momentos, la caballería de Stuart estaba hartándose con el botín contenido en un tren yanqui de suministros de ciento veinticinco vagones, capturado casi sin disparar un tiro en Reckville, Maryland, a unas cien millas al sudeste. Stuart estaba pues completamente aislado de Lee y nada podía saber de la fuerza federal que había sido lanzada a través del Potomac para contener un posible avance sureño.

Durante esos diecisiete días de importancia vital, Stuart había entablado una batalla sangrienta pero de inciertos resultados en Brandy Station, situada en la línea férrea de Orange y Alexandria, cerca de Culpeper el día 9 de junio, cuando sus tropas, que descansaban tras una vistosa revista seguida de un gran baile, habían sido sorprendidas durmiendo. Como Lee esperaba que Stuart escoltara el flanco derecho del Segundo Cuerpo de Ewell para el 21 ó 25 de junio, Stuart se había visto obligado a permitir que un gran ejército federal se reuniera con frenética premura durante esos cruciales diecisiete días, por insistencia del Presidente Lincoln y de su Ministro de Guerra, Edwin M. Stanton. Con ese ejército se esperaba proteger a Washington.

Algunas noticias del ejército federal que perseguía a los confederados, el cual estaba ahora al mando del general George G. Meade por haber sido relevado el general Hooker «el belicoso Joe» 22 tras una disputa sobre estrategia, llegaron a Lee por medio de un espía llamado Harrison, quien había sido enviado a Washington para averiguar lo que pudiese sobre los planes de Washington. En la noche del 28 de junio, Harrison informó que el numeroso Ejército Federal del Potomac acababa de cruzar dicho río y se encontraba en las cercanías de Frederick, en Maryland.

Como el nuevo comandante en jefe del Ejército Federal del Potomac parecía seguir una estrategia evidente y simple, Lee decidió tomar medidas para colocar al enemigo a la máxima distancia posible de sus propias líneas de suministro que le venían del oeste y del sur, a través de los valles de Shenandoah y Cumberland. El general A. P. Hill fue en consecuencia

encargado de llevar a su Cuerpo al este de los Apalaches. El general Longstreet debía seguirlo, mientras la división del general George E. Pickett permanecería en guardia en los alrededores de Chambersburg.

Los últimos días de junio marcaron un período de considerable tensión para el general Robert E. Lee, quien aún esperaba ansiosamente noticias del general Jeb Stuart y de su caballería, un Cuerpo en el que siempre se podía confiar. Pero una vez saciadas las tropas de Stuart con los suministros capturados, se movían parsimoniosamente hacia el norte, seguidas por unos cuatrocientos prisioneros que, como es natural, debían ser vigilados.

El 30 de junio, la caballería de Stuart entró finalmente en Pennsylvania, dirigiéndose hacia Hanover y tomando el camino de portazgo que llevaba de Baltimore a Gettysburg. Pero más de una semana se había perdido, durante la cual un inmenso ejército federal había podido prepararse para una confrontación final. La preparación había sido posible gracias al tipo de ataque superficial por el cual Jeb Stuart y su caballería se habían hecho famosos.

III

LA división de Stonewall, junto con la Brigada Stonewall y el l.er Hospital de Campaña, estaba acampada en Carlisle Barracks a finales de junio esperando órdenes para unirse a la división del general Jubal Early y emprender todos el ataque sobre Harrisburg. Había comida en abundancia gracias al ganado que habían arreado por delante de ellos al avanzar hacia el norte a través del sur de Pennsylvania. Pero una vez comenzada una campaña, lo que la brigada quería era luchar y ninguno de sus integrantes podía de momento darse ese gusto.

A unas ciento cincuenta millas al norte de su antiguo cuartel general situado en la ribera sur del río Rappahannock, en Harrison’s Landing, en pleno territorio enemigo y a un día de marcha del grueso de las fuerzas de Lee, la brigada se sentía solitaria y vacilante. Por experiencia sabían sus hombres que el enemigo no tardaría en atacar con toda su fuerza. Finalmente, el primero de julio llegaron órdenes de que la Brigada Stonewall y la división del mismo nombre se pusieran en marcha hacia el sur, aparentemente para unirse a Early en la defensa ante el esperado ataque federal sobre Harrisburg.

La línea de marcha pronto tomó una inclinación más aguda al sur, sin embargo, y a poco se encontraron con parte del ejército de Early, que escoltaba a un grupo de prisioneros federales hacia el sur. Por eso advirtieron que no se disponían a atacar Harrisburg, lo cual trajo como consecuencia un gran desánimo y con él un aumento en el número de rezagados, aunque, puesto que estaban hondamente metidos en territorio enemigo, las deserciones no fueron muchas.

Uno de los rezagados en la larga marcha resultó ser Jed Burnet. El montañero había conseguido por fin proporcionarse un par de botas, pero no las llevaba puestas. Por el contrario, ambas colgaban de su cuello sostenidas por los cordeles. Cojeaba y parecía de muy mal humor. La causa de todo aquello era fácil de advertir, porque Jed mostraba una ampolla del tamaño de un dólar de plata en su tobillo.

—Creo que me sentiría mucho mejor ahora si hubiese continuado descalzo, doctor —dijo—. ¿No puede usted hacer algo por mí?

—Te extraeré el agua de la ampolla —dijo David. Y empuñando una aguja extrajo el humor de la lesión, colocando sobre ella una venda.

—El sargento Perkins te dará un poco de alumbre para que lo pongas en agua y sumerjas en ella el pie —le dijo a Jed Burnet.

—Creo que debería meter en ella la cabeza también —dijo el otro—. Diablos, pensé que en el ejército el botín que podía conseguirse hoy en día era un poco mejor. Las cosas no van bien en casa.

—¿Piensas permanecer esta vez con nosotros, Jed, o desertar?

—Pues mire usted, se dice que si los yanquis ganan darán toda la tierra a los negros y harán trabajar a los blancos para ellos. Entieso y ser fusilado, no veo la diferencia.

—¿Pero tú no irás a creer eso, verdad?

—Pues es lo que todo el mundo cree —replicó mientras se jaba cojeando.

Viendo a los últimos miembros de la Brigada Stonewall pasar, Da vid Preston no pudo contener un temblor de orgullo. Estaban vestidos con harapos, el pelo y la barba de cada uno eran verdaderas marañas estaban muy sucios y llevaban en los bigotes manchas amarillentas de tabaco. Aquí y allá se veían hombres que andaban pesadamente, con sus zapatos muy grandes o muy pequeños atados por sus cordeles y colgándoles del cuello, tal como Jed Burnet. Otros arrastraban sus rifles. Sin embargo, todos ellos estaban rodeados de una indefinible atmósfera de orgullo, de una vitalidad que siempre había distinguido a los hombres de la Brigada Stonewall. Allá en el Cielo, en el que con tanto ardor creía Jackson, sin duda él estaría observando la escena con mirada aprobadora.

Poco antes de caer la noche, la Brigada Stonewall entró en Gettysburg y acampó a eso de una milla al sudeste del centro de la ciudad, Era el primero de julio. La caballería de Stuart, según se aseguraba, aún se hallaba a bastante distancia, hacia el sudeste, completamente aislada tanto del enemigo como de las fuerzas del general Robert E. Lee, quien trataba de sacar el mejor partido posible de la situación, aunque ignorando por completo lo que las fuerzas federales, que, según se pensaba, estaban en las cercanías de Taneytown, en Maryland, estaban haciendo, aunque sólo se hallaban a unas catorce millas al sur.

El pequeño colegio de Gettysburg albergaba, o podía albergar, a dos mil cuatrocientas personas. Era un edificio antiguo de cuatro pisos, coronado de cúpulas y filas de chimeneas, que estaba plantado en las colinas, unas millas al este de las estribaciones bajas de los Apalaches. Justamente más allá del borde sur de la ciudad había una elevación aguda llamada Cemetery Hill. Era

el lugar donde se enterraba a los muertos de la ciudad y continuaba hacia el sur por unas dos millas, hasta una zona de declives que terminaba en dos pequeñas elevaciones. A poca distancia al este del cementerio había una colina muy arbolada llamada Culp’s Hill, a los pies de la cual acampó por la noche la Brigada Stonewall.

IV

—¿DÓNDE diablos te habías metido? —preguntó Joe Stannard cuando entró cojeando en la zona de campamento del l.er Hospital poco después de quedar éste instalado. El que en un tiempo fuera vistoso uniforme del abogado estaba lleno de polvo y su cara se hallaba cruzada por las huellas que las gotas de sudor habían dejado al barrer la tierra que la cubría.

—Aquí estoy, para servirte, como siempre —le dijo David—. ¿Estás herido?

—Me torcí un tobillo tratando de subir a una colina cercana a la ciudad llamada Oak Ridge. Tuvimos una ligera refriega por allí esta tarde.

—Sí; se podían oír los tiros cuando llegamos a Gettysburg —dijo David —. Déjame quitarte el zapato de modo que pueda ver ese tobillo.

La lesión era bastante importante, de modo que el tobillo se veía muy hinchado y pálido.

—Te acostarás aquí y te pondremos un vendaje húmedo con sal de Epson sobre el tobillo esta noche para ver si reducimos la hinchazón —dijo David a Stannard—. ¿Quieres que te ponga en la lista de los heridos y en consecuencia se te releve de la acción?

—¡No, demonios! La verdadera refriega vendrá mañana. Lo de esta tarde no fue más que eso que los italianos llaman antipasto.

—¿Qué sucedió?

—Los yanquis ocuparon una posición sobre McPherson Ridge al noroeste de la ciudad. Parte de la división de Rodes, perteneciente a nuestras fuerzas llegó aquí desde Carlisle a la una.

—Partieron por la noche. El resto de nosotros llegamos poco después.

—Rodes desplegó a sus hombres a lo largo de Oak Ridge, al noroeste de Gettysburg para oponerlos a los yanquis del general Abner Doubleday. Hubo bastante jaleo en Oak Ridge, pero los federales fueron reforzados por el grueso del ejército de Meade, que subía hacia el norte desde Taneytown y Rodes estaba siendo repelido hacia atrás. Cuando el resto de nosotros llegó de York, el Viejo Jube usó su artillería y lanzó al mismo tiempo su infantería, y así pudimos arrollar 9 la fuerza federal de manera parecida a la que resultó cuando Jackson arrolló a Banks en el valle la primavera pasada. Se dispersaron y corrieron hasta Cemetery Hill. Por un momento aquello tenía

todo el aspecto de una derrota; pero pudieron reagruparse. A esa altura el Viejo Baldy Ewell encajó un tiro en la pierna… de palo.

—Gracias a Dios.

—¿No ve usted que ahora estoy en mucho mejores condiciones que antes para pelear?, —le dijo el Viejo Ewell al general John B. Gordon, que iba junto a él—. Y no duele absolutamente nada una bala en una pierna de palo.

—A menos que no se proyecte sobre la sana.

—Creo que Ewell se quedó un poco sobresaltado, con todo —manifestó Stannard—. Me dijo Sandie Pendleton que el general Lee le ordenó que presionara a eso de las tres sobre Cemetery Hill. Pero si el Viejo Ewell recibió la orden, no la obedeció: los federales están en posesión de esa parte ahora y también parte de Cemetery Ridge, aquí arriba. Lo cual significa, siempre según Sandie Pendleton, que los yanquis mantienen una línea de unas tres millas de largo que tiene la forma de un anzuelo. Y la mayor parte está en alturas, lo cual los coloca en excelente posición.

—Ya nosotros en una mala.

—En la peor posible.

Joe Stannard extrajo un pequeño mapa de uno de sus bolsillos y lo extendió delante de ambos para estudiarlo a la débil luz del fuego que había hecho Hal.

—El flanco derecho de la Unión está aquí, en Culp’s Hill, y el otro flanco sobre otra elevación situada al sur de Cemetery Ridge, en el lugar llamado Little Round Top.

—¿Cuál es nuestra posición?

—Estamos en este semicírculo que tiene seis millas de largo y se halla en la parte exterior del anzuelo. Nuestro flanco derecho está en Cemetery Ridge, lugar opuesto a Little Round Top. El izquierdo está desplegado en los arrabales de Gettysburg, a lo largo del arroyo.

—Lo que no puedo comprender es por qué el general Lee ha sido llevado a ocupar una situación tan adversa para sus fuerzas —dijo David.

—No tiene la culpa. Sólo puede sacar el mejor partido de lo que ha sido desde el principio un mal asunto. El general Jeb Stuart todavía está, según parece, en algún lado al este de aquí haciendo su pequeña guerra personal y el general Lee ni siquiera sabía a ciencia cierta dónde estaba Meade hasta que la brigada de Pettygrew vino hacia aquí desde Seminary Ridge a buscar zapatos para sus hombres y se encontró con los federales que se aproximaban por el este. Pettygrew se replegó para que el general Lee conociera la situación y

esta mañana la división de Heth fue enviada a ocupar Oak Ridge, justamente al noroeste de Gettysburg.

—¿Ya había decidido el general Lee luchar aquí?

—Todavía no. Pero cuando Heth se enzarzó con los yanquis, decidió que fuera así, de modo que trasladó su cuartel general a un punto situado al norte de Hagerstown Pike.

Stannard hizo correr su dedo por el mapa, siguiendo el curso de la cadena montañosa marcado en él.

—Lo que hace de Gettysburg un punto tan importante es el hecho de que se trata de una ciudad en la cual convergen diez caminos. Pienso que se podría decir de esta zona que es un campo de batalla natural.

—Con una serie de alturas adecuadas para una lucha. Es triste pensar que casi todas ellas están en manos federales. ¿Qué crees tú que haría el general Jackson en estas circunstancias? —preguntó David.

—Algo muy parecido a lo que está tratando de hacer Lee: flanquear a los federales por el norte de la ciudad, por la zona llamada McPherson’s Ridge y cortarlos en pedazos. Luego enfrentar al enemigo en Cemetery Hill y aplastarlo antes de que pueda utilizar su artillería.

—¿Por qué Meade no recibe orden de avanzar con sus tropas a través de Gettysburg y contraatacar desde el camino Carlisle? Parece raro.

—No lo es, porque no tendría seguridad de salir bien parado: la colina Culp está en poder nuestro y nuestra artillería podría inmovilizar a Meade en Cemetery Hill.

—¿Pero por qué, entonces, no nos situamos nosotros en esa elevación en lugar de permanecer aquí abajo?

Stannard se encogió de hombros.

—Lee deja esos detalles al cuidado de sus generales y la pierna le está causando de nuevo grandes sufrimientos al Viejo Baldy Ewell. Tal vez Lee quiera que se conserve esa posición hasta que A. P. Hill y el general Longstreet lleguen con refuerzos mañana. Acaso espere también que de una vez se presente Stuart. ¿Quién sabe?

—¿Has podido enterarte de lo que ha sucedido hoy?

—Mucho es lo que se dice por ahí, como es costumbre. En resumen parece ser que los ejércitos en cierta forma tropezaron uno con el otro en Gettysburg. Los federales llegaron primeramente, sin embargo; de modo que no tardaron en apoderarse de las posiciones estratégicamente más importantes. Esto es lo que da ventajas a Meade. Y lo peor de todo es que si Stuart ha hecho lo que se supone debía hacer y Longstreet está amoscado

porque el general Lee rechazó su plan de batalla para fortalecer nuestras fuerzas al este de Tennessee, de manera que Grant no pudiese apretar las tuercas sobre Vicksburg, podríamos haber ganado ya la batalla por Pennsylvania.

—¿Y tal vez la guerra?

—¿Quién podría decirlo? Pero, de todos modos, habríamos tenido una oportunidad. Tal como son las cosas, la caballería federal que avanzaba al frente del grueso del ejército de Meade se encontró de pronto con la división del general Heth que avanzaba hacia el este desde Sachtown, temprano por la mañana. En lugar de mantener posiciones y esperar que Lee decidiera el lugar donde quería entablar la batalla, los muchachos se pusieron a luchar. Entretanto, el general en jefe de las fuerzas de la Unión, aprovechaba la circunstancia para apoderarse de todas las alturas que estaban a su alcance y emplazar en ellas su artillería. Ahora tendremos que luchar con casi todas las ventajas del lado de los yanquis.

—¿Cuál es, entonces, el plan de batalla?

—Se supone que el general Longstreet atacará el flanco izquierdo de los federales mañana por la mañana, esperando moverlo y llevándolo a retirarse hacia el norte a lo largo del Taneytown Road o del camino de portazgo de Baltimore. De ese modo se habría cortado en dos las fuerzas enemigas. Ewell y Early, es decir, nosotros, se supone que se ocuparán del flanco derecho de los federales y también del central, e impedir así que Meade lleve tropas a su flanco izquierdo para ayudar a detener a Longstreet.

—Parece buena estrategia. Sobre el papel, al menos —dijo David.

—Pienso que lo es. Pero si Longstreet fuese Jackson, yo me atrevería a esperar que parte de sus fuerzas se enzarzara en una operación de retén por alguna zona cercana al Little Round Top, mientras el resto recorría en un amplio flanco el camino hacia el noreste para cortar el camino de Hanover y enseguida caer por el sur.

—¿Algo así como la Gran Marcha de Flanco del Viejo Jack, que Jackson llevó a efecto en Chancellorsville, cuando tomó a Hooker por la espalda?

—Exactamente.

—¿Dónde está Stuart?

—Lo último que hemos sabido de él es que está en los alrededores de Carlisle Barracks tratando de asustar a un grupo federal.

—Algo más que un grupo… y armados con buenos cañones, amigo —dijo una voz.

Los dos amigos se sobresaltaron, porque estaban rodeados por sombras más allá del pequeño fuego ante el cual se hallaban. La mano de Stannard corrió rápidamente en busca de su pistola, que tenía en la cintura, pero interrumpió el movimiento cuando una figura familiar, de la cual se oía el sonar del sable y las espuelas a medida que se acercaba y que llevaba un gran sombrero, penetró en el pequeño círculo de luz del fuego.

—¡Lachlan! —exclamó David—. ¡Lachlan Murrell!

—Buen par de soldados formáis vosotros —dijo el *cherokee*—. Si aún fuera un buen piel roja en lugar de oficial formal y un caballero cuyo título emana del Congreso, os quitaría a ambos la cabellera.

Lachlan nunca había tenido aspecto más extenuado ni atuendo menos inmaculado. Líneas muy marcadas de cansancio podían verse en su rostro oscuro, que estaba lívido ahora. Los pómulos le sobresalían extraordinariamente. Se dejó caer sobre una roca cercana al fuego. Sólo sus alegres ojos eran los de siempre.

—¡Demonios! ¿De dónde vienes, comandante?

—De Carlisle Barracks. Hemos corrido como si el propio diablo nos persiguiera. ¿Tienes algo que valga la pena, por aquí, David? ¿Y aunque sólo sea un trozo de pan? No me he detenido a comer ni beber desde esta mañana muy temprano.

David llamó a Hal Perkins, quien a poco trajo una botella de *whisky* intacta y un poco de carne y pan.

—Quisiera cocinar algo para usted, comandante Murrell —dijo Hal—. Pero no tenemos nada.

—Lo que yo necesito es *whisky*, comida y sueño, en ese orden —afirmó Lachlan—. De modo que si tienen algunas preguntas que hacer antes de que me caiga dormido, caballeros, háganlas cuanto antes.

—¿Cuándo llegará aquí Stuart con su caballería? —preguntó Stannard.

—Si tiene suerte, mañana. Es lo que vine a decir al general Lee.

—¿Qué estabais haciendo en Carlisle? —inquirió David—% Nosotros capturamos el *whisky* que estás bebiendo hace varios días.

Lachlan llevó la botella a los labios y bebió un largo trago.

—No me extrañaría que ya os quede poco.

—Aún no has contestado a mi pregunta.

—Ni a la mía —dijo Stannard.

—Supongo que podría decirse que el general Stuart cometió un pequeño error de cálculo —admitió Lachlan—. Pensó que si podía hacer un poco de

ruido cerca de Washington y Baltimore, los federales iban a dividir sus fuerzas.

—Eso me parece sensato —aseguró Stannard—. Pero en verdad pienso que en Washington y en Baltimore se sabía más de eso que lo que sabíamos nosotros desde aquí.

—Efectivamente, así era. Los periódicos de ambas ciudades reclamaban a Hooker…

—Ahora es Meade quien lleva el mando.

—Lo sé. Sin duda para no moverse a zonas muy distantes de Washington y llegar hasta aquí en Pennsylvania, el general Hooker pidió ser relevado en esta campaña.

—No creo que hayamos salido ganando. Según mis informes, Meade es tan obstinado como Grant.

—Tal vez. —Lachlan se puso de pie, desperezándose y bostezando—. Hace un par de días, el sargento Walheim se las arregló para intervenir el telégrafo entre Gettysburg y Baltimore y así nos enteramos de que parte del Ejército de Virginia del Norte estaba ya en Carlisle y York, de modo que Stuart pensó que Lee había decidido flanquear a Meade en Gettysburg y cruzar el Susquehanna en Wrightville.

—Lo hubiésemos hecho —dijo Stannard—. Pero los yanquis dañaron el puente al retirarse y no había tiempo para ponerlo nuevamente en condiciones de ser usado antes de que se nos ordenara volver a Gettysburg de nuevo.

—Eso lo supimos en York, de modo que nos trasladamos a Carlisle —añadió Lachlan—. Stuart pensó que el avance hacia Harrisburg aún podía intentarse desde Carlisle, así que avanzamos por la margen izquierda del Susquehanna esperando encontrar algún puente que pudiésemos retener hasta que el general Lee llegara con el grueso de sus fuerzas. Pero cuando llegamos a Carlisle, resultaba obvio que la batalla que estaba por librarse tendría lugar en Gettysburg, de modo que se me envió a decir al general Lee que Stuart estaría aquí mañana.

——¿A tiempo para decidir las cosas a nuestro favor? —preguntó David.

—¿Quién podría decirlo? —dijo Lachlan—. Pero si el viejo Stonewall Jackson fuera quien llevase a cabo este espectáculo, puedo aseguraros que las cosas serían de otro modo y la estrategia más flexible.

—Jackson deseaba ardientemente invadir el corazón del Norte mediante movimientos rápidos e imprevisibles —dijo David—. Tal vez su alma vigile las cosas, situada un poco a las espaldas de Lee.

V

CUANDO DAVID despertó, poco antes del alba, el tocino ya se estaba guisando en el pequeño fuego del campamento y había seis hueves sobre una piedra plana no muy lejos, lo cual probaba que Hal Perkins conservaba sus mágicas condiciones para preparar suntuosos platos en las más adversas condiciones. Pero al mirar David el lugar donde Lachlan había dormido, se encontró con que estaba vacío.

—¿Dónde está el comandante Murrell, Hal?

—Un correo militar procedente del cuartel general del comandante en jefe llegó aquí hace más o menos una hora para entregar órdenes al general Ewell, señor. Cuando dijo que se habían recibido informes de que el general Stuart estaba a unas cinco millas de aquí, hacia el este, el comandante Murrell montó a caballo, dirigiéndose hacia ese lugar.

—¿Dijo algo más el correo?

—Poco, señor. —Hal Perkins alcanzó a David un plato de lata en el que había tocino, huevos y un poco de pan tomado a una panadería de Gettysburg. También le sirvió una taza de café caliente—. Era un sargento mayor y venía sediento.

—¿De modo que te las arreglaste para enterarte de más cosas sobre lo que sucede en los altos mandos que lo que sabe un vulgar comandante de división, no es así? —dijo David—. No me sorprende que este hospital use más *whisky* que ningún otro en el Ejército de Virginia del Norte.

—El alcohol tiene usos diversos, señor —observó Hal—. A veces más importantes que los medicinales. El correo me dijo que el general Ewell probablemente había ocupado Cemetery Hill y Culp Hill ayer por la tarde, poco después que las tropas del general Rodes y del general Early llegaran a Gettysburg para apoyar la operación. Pero el general Ewell decidió esperar al general Johnson y a su Brigada Stonewall; y cuando éstos llegaron era ya tarde para tomar la colina.

—Hombre, eso no parece propio de Ewell.

—Lo último que se sabe es que el general Lee ha ordenado al general Ewell que ocupe Culp Hill y Cemetery Hill a primera hora de la mañana, cuando el primer ataque empiece desde el lado derecho de nuestras líneas. Pero, según parece, el general Ewell aún vacila, porque la orden de atacar Culp Hill aún no ha llegado del cuartel general.

Hal sirvió otra taza de café a David, tomando la zarandeada cafetera de los carbones ardientes.

—Anoche dijo usted que el espíritu del general Jackson podría estar protegiendo nuestras operaciones, señor; pero por cuanto he venido escuchando, se diría que lamentablemente no es así.

—Por cierto que no parece estar protegiendo o iluminando a Ewell.

—Ni tampoco al general Longstreet, señor. Se dice que ha estado en contra de esta operación desde el principio.

—¿Cómo has podido saber eso?

—El correo me dijo que el general Lee y el general Longstreet habían discutido largamente anoche. El general Lee sostenía que si el enemigo está en Cemetery Hill ha de ser atacado; pero el general Longstreet insistió en que si los yanquis están en Gettysburg la causa es que son ellos quienes quieren atacarnos. En consecuencia estimaba que el ataque nuestro no debía tener lugar.

David descubrió enseguida que tenía menos apetito del que pensaba y no continuó con su desayuno. No era ya secreto para nadie que, desde la muerte de Jackson, Longstreet se consideraba el igual de Lee… con cierta razón, a decir verdad. Mientras el general Longstreet había estado guerreando sin pausa durante los dos primeros años de la guerra, Lee había sido en gran medida un observador, en su calidad de consejero militar de Jefferson Davis en Richmond y aún más allá, en la parte oeste de Virginia. Sólo cuando advino la Batalla de los Siete Días en torno a Richmond y el consecuente combate en Chancellorsville, había tomado el general Lee el mando general en Virginia del Norte.

Y ahora Longstreet ponía mala cara ante la estrategia que le planteaba Lee. Lo más probable era entonces que el fogoso hombre de Carolina del Sur no atacara con el arrojo y empuje que se necesitaría para desalojar al ejército del Norte de las privilegiadas posiciones que habían ocupado de antemano la tarde anterior, tras casi resultar derrotados por el ejército confederado.

—El correo agregó que el general Longstreet quiere esperar hasta que la división del general Pickett llegue, de modo que todo hace pensar que los virginianos tendrán que luchar en esta batalla al modo nuestro —dijo Hal tomando el plato que David había dejado por la mitad—. A veces pienso, señor, que el general Stuart tenía razón cuando dijo algo en Chancellorsville.

—¿Qué dijo?

—En esos momentos los yanquis nos estaban dando un mal rato y alguien dijo que le gustaría enviarlos al infierno. Entonces el general Stuart dijo que

en tal caso el general Jackson los envolvería mediante un movimiento de flanco y se las arreglaría para llegar al infierno antes que ellos. Sin embargo, creo que en cierto modo se equivocaba, ya que el general Jackson ha de estar en el Cielo.

—Esperémoslo así —dijo David.

Sin embargo, no pudo impedir que una imagen muy nítida se dibujara en su memoria: la de tres hombres con los ojos vendados junto a tres tumbas cavadas de antemano, mientras un hombre vestido de gris miraba imperturbable cómo el pelotón de fusilamiento los enviaba a la muerte sin que él, que podía salvarlos, moviese un dedo en favor de los condenados. Y ahora, cuando dos generales discutían la estrategia que era preciso adoptar para obtener el triunfo en una batalla de crucial importancia mientras el tercero vacilaba, inseguro de sus propias acciones, muchos soldados podían morir mañana mismo porque aquellos que tenían la misión de conducirlos no lograban alcanzar la eficiencia necesaria.

VI

EN el Cuartel General del Segundo Cuerpo, cuando acudió a él en busca de instrucciones, David encontró al enfadado Ewell y al pensativo Early. El primero no estaba a todas luces convencido de que debía atacar Culp Hill la noche anterior y reflexionaba si debía o no ordenar un ataque aquella mañana, probablemente —pensaba David— porque temía que el enemigo ocupara aquellas alturas con fuerzas importantes. En cuanto a Early, habiendo conseguido una victoria parcial el día anterior por la tarde con el ataque que desató no más llegar de York, estaba ansioso por ocupar de cualquier manera la colina. Pero, dado que ninguno de los generales podían ponerse de acuerdo convenciéndose mutuamente, la situación estaba en un punto muerto. En ese momento, tremendas descargas de cañón se oyeron, provenientes del norte.

—Ésas han de ser las baterías de Benner's Hill —dijo Early—. Las de Latimer. Si le conceden media hora, silenciará a los cañones federales que están en Cemetery Hill y en Culp Hill y entonces podremos atacar y vencer a los yanquis antes de que las fuerzas de Meade lleguen hasta aquí desde Taneytown.

Ewell no hizo comentario alguno. Se limitó a salir del recinto cojeando con su pierna de palo.

—Yo tendría que volver a mi hospital —dijo David a Early.

—¿Dónde sugiere usted que lo emplace, señor?

—Sobre la ribera de Rock Creek, entre Benner's Hill y Culp Hill. Ésa es probablemente la mejor zona. —El viejo Jube rió—. Ewell no tiene más que su pata de palo para preocuparse. En cambio nosotros arriesgamos dos. Si un proyectil yanqui llega a alcanzarme necesitaré de alguien en quien pueda confiar cuando tiene un bisturí en la mano.

Cuando David llegó al lugar donde Hal Perkins y los enseres del hospital estaban a la espera, el ruido de los cañones hacia el norte se había intensificado, lo cual mostraba inconfundiblemente que los cañones yanquis replicaban. Y cuando a varias millas al sudoeste —a juzgar por el ruido— el ronco tronar de más cañones comenzó su tarea, se hubiese dicho que Longstreet había lanzado finalmente su ataque contra el ejército de la Unión que quedaba en la zona denominada Round Tops.

Apenas había quedado habilitado el hospital cuando los primeros heridos comenzaron a afluir. Se trataba especialmente de soldados que habían estado

efectuando escaramuzas de reconocimiento o de distracción, que habían resultado heridos cuando trataban de medir la capacidad de las fuerzas enemigas. Un poco más tarde, el sonido de la batalla que llegaba desde Benner's Hill calló, signo seguro de que las baterías allí situadas habían sido silenciadas por el enemigo.

Durante todo el día y hasta ya avanzado el atardecer, David y su unidad esperaron; pero no pudieron enterarse de casi nada de lo que estaba ocurriendo, con excepción de lo que decían los correos que pasaban en todas direcciones entre los dos separados flancos del ejército confederado que se hallaban al sur de Gettysburg. De pronto, poco antes de que la noche hubiese caído del todo sobre el campo, el súbito chasquido de rifles proveniente de la ladera de Culp Hill anunció que el ataque en esa zona había comenzado por fin… pero casi doce horas después de lo que era preciso.

Pronto los correos trajeron noticia de que se luchaba fieramente en el sudoeste, donde el grueso de las fuerzas de la Unión atacando hacia el norte desde Taneytown se había enfrentado de lleno a las tropas de Longstreet. Lo cual sólo podía significar que un ataque concertado de las fuerzas confederadas, que según la estrategia adoptada debía ser desatado por la mañana, había sido retrasado hasta casi las cuatro de la tarde, por obra seguramente de la vacilación de Longstreet, que estaba en uno de los extremos de la línea de batalla, y de la vacilación correlativa que, suponíase, experimentaba Ewell en el otro extremo.

A poco de terminar la lucha, los heridos comenzaron a llegar al hospital y desde entonces David estuvo en condiciones de conocer las alternativas de la batalla donde estaba situado el flanco izquierdo con bastante detalle. Pero casi todos los informes eran negativos para los confederados. Se hablaba de oportunidades perdidas, muy a menudo.

Y fueron las oportunidades perdidas las que caracterizaron la campaña de Gettysburg, al menos vista desde el Sur.

Cuando Ewell echó a la batalla a la Brigada Stonewall y a la división de Stonewall bajo el mando del general Edward Johnson, junto con la división al mando del general Jubal Early y entre todas buscaron tomar las alturas que estaban ocupadas por las tropas federales, las fuerzas sureñas lucharon con su habitual bravura. Las formaciones de Johnson ocuparon la cúspide de Culp Hill tras considerable refriega, Pero sólo atinaron a detenerse allí, sin advertir hasta mucho más tarde que el tren de suministros de la Unión había obstaculizado la marcha de las tropas por el camino de portazgo de Baltimore

tan sólo a unas millas de allí y a una distancia a la cual alcanzaban fácilmente las baterías confederadas.

Al atacar la ladera este de Cemetery Hill, los hombres de Early se encontraron con una cerrada resistencia; pero llevaron a cabo una fulgurante carga del más puro estilo jacksoniano, con la cual consiguieron alcanzar la cúspide de la colina. La división de Rodes estaba en la ciudad misma de Gettysburg, pero ni siquiera intentó facilitar las cosas al ataque de Early cargando por el oeste. De ese modo, la oportunidad de hundir el flanco extremo derecho del ejército de Meade se perdió; y, muy presionado en Culp Hill, el ahora furioso Viejo Jube se retiró finalmente a eso de las diez de su posición original, dejando de nuevo aquella vital posición en manos federales. Al fin resultó evidente que unas seis horas de brava pelea y de centenares de muertos y heridos no habían dejado ganancia alguna a los confederados situados a la izquierda.

Entretanto, al otro extremo del anzuelo, donde estaba el flanco derecho de los confederados, Longstreet había fracasado al intentar tomar Little Round Top y desalojar a los federales de su privilegiada posición en la parte sur de Cemetery Ridge. Y así el segundo día de dura batalla en Gettysburg terminó mucho después de entrada la noche sobre un campo sembrado de muertos de uno y otro bando, sin que los federales hubiesen tenido que abandonar ninguna de sus posiciones importantes. La caballería de Jeb Stuart había llegado a mediodía, pero ya demasiado tarde y demasiado cansada tras la marcha forzada desde Carlisle Barracks, para poder cambiar el curso de las cosas.

Durante una pausa en la batalla por Culp Hill, cuando la Brigada Stonewall llegó a la cumbre, David también tuvo una pausa para descansar y comer un poco de pan con una taza de café en el claro que se extendía junto al Rock Creek, donde estaba instalado el hospital de campaña. La pausa fue breve, sin embargo, y apenas había terminado su rápida comida cuando más gente llevando camillas apareció. El tercer herido resultó ser Jed Burnet.

—Creo que hubiese sido mejor para mí que me hubiese quedado su caballo y no me hubiese movido de Botetourt, doctor Preston —dijo Burnet mientras lo sacaban de la camilla para colocarlo sobre la mesa de operaciones.

David no había necesitado examinar cuidadosamente la herida de Jed. El lento silbido intermitente que la extensa herida que él hombre presentaba en el pecho dejaba escapar, le había bastado para hacer la diagnosis… y probablemente también la prognosis.

—No trates de hablar —le advirtió—. Voy a cerrarte la herida y si te doy cloroformo correremos más riesgos.

—Ya no me importan mucho las cosas, pero tomaría gustoso un trago de ese *whisky* suyo.

Hal Perkins alcanzó al montañero un vaso servido hasta la mitad y Burnet se lo bebió, con lo que le advino un acceso de tos espasmódica que le dejó jadeante. Le apareció enseguida un poco de sangre en un costado de la boca y David comprendió que el pulmón se había perforado. Trabajando con celeridad, David envolvió unas tiras de paño firmemente en torno a la herida. Un enorme proyectil le había pasado entre las costillas dejando un agujero en las paredes musculares del pecho y en el pulmón derecho.

La intervención fue bastante feliz. Lo que había que ver ahora era si Burnet podría sobrevivir con un solo pulmón, lo cual resultaba difícil. Las estadísticas muestran que los más mueren en esos casos.

—Siempre he dicho que usted me traía buena suerte, doctor Preston. Siempre. Desde aquel día que le robé el caballo entre Harpers Ferry y Martinsburg. —Ahora Burnet podía hablar con más facilidad, porque el aire no se le escapaba de adentro afuera y viceversa a través del abierto pecho—. Usted me ahorró por entonces una larga caminata hasta mi casa cuando me encontraba a tantas millas de ella. Y ahora le encuentro a usted, cuando tengo problemas con una bala yanqui.

—Será mejor que no te extenúes hablando, Jed. El sargento Perkins va a ponerte una inyección calmante y quiero que te duermas.

—Como usted diga, doctor. Pero no puedo dejar de pensar que si hubiésemos tomado aquella colina la noche anterior, cuando los yanquis aún no habían plantado en ella sus cañones, nada de esto hubiese sucedido.

—Tal vez tengas razón —dijo David, dándose la vuelta hacia otra camilla. Pero la voz de Jed se volvió a oír.

—Tuve mucha suerte de que me trajesen aquí, doctor Preston. Le pido que no me evacúe hacia otro sitio, donde podría encontrarme con alguno que no es tan capaz como usted. Mientras me sienta cerca suyo me siento seguro.

—Tranquilo, Jed, Aquí te quedarás.

—Y otra cosa, doctor.

—¿Sí?

—Si me muero, prométame que me hará enterrar como se debe. Nosotros, los de Botetourt, permanecemos siempre juntos. Que allá me lleven algún día.

—Te lo prometo, Jed.

El nudo que David tenía en la garganta le impidió decir más.

Hal Perkins dio al herido una inyección tomada a su cada vez más pobre reserva de morfina y David se dedicó a tratar una arteria abierta en otro soldado. Pero no podía dejar de pensar en la verdad que había dicho Jed sobre el error de cálculo cometido en las posiciones y la estrategia sureñas, Y dando eso por admitido, supo lo que el fogoso Jubal A. Early hubo de haber sentido cuando un general súbitamente asustado cuyo nombre era Ewell había resultado incapaz de tomar y mantener la elevación de Culp Hill la noche anterior.

Ed Mattox había estado ayudando en la medida que podía en las tareas del hospital de emergencia durante parte del día, pero luego había escalado el Culp Hill junto con las tropas que lo habían atacado aquella tarde. El periodista llegó de vuelta al hospital precisamente cuando Jed Burnet era traído en una camilla. Había oído la conversación entre éste y David.

—¿Un amigo? —preguntó.

—Pues podría usted decir que sí. Me robó el caballo para desertar en Harpers Ferry hace poco más de dos años y tuve que seguir a pie durante diez millas.

David se volvió para observar y comenzó a tratar a uno que tema roto el hueso en una pierna. Mattox le siguió.

—Eso no parece hablar mucho de amistad —observó.

—Jed Burnet es hombre del condado de Botetourt y está Orgulloso de ello, del mismo modo que la mayor parte de los integrantes de la Brigada Stonewall son de Virginia y se enorgullecen de ser virginianos.

—Veremos qué sucede con la brigada.

—Ya le han sucedido muchas cosas. En la primavera de 1861, en Harpers Ferry, la Primera Brigada contaba con más de cuatro mil hombres, es decir, que era más numerosa que nunca. En todas las batallas en que ha intervenido (y puede decirse que éstas son todas las batallas importantes libradas desde que la guerra comenzó, desde Manassas hasta Gettysburg) siempre ha estado a la vanguardia de los ataques. Ha perdido más hombres *per capita* que ninguna otra unidad.

—Eso no lo discuto.

—Eso es lo que el Norte nunca ha sido capaz de comprender: que hombres que saben a estas alturas que su causa está irremisiblemente perdida sigan luchando y muriendo.

David terminó de vendar la pierna a su paciente.

—Podría decirse que todo el Sur es una inmensa Brigada Stonewall que no quiere saber qué está perdida —concedió Mattox—. Tras cada refriega

unos pocos quedan, pero cada vez un gran porcentaje de voluntarios, o de reclutas, eligen la brigada antes que cualquier otra unidad, de modo que su fuerza vuelve a reponerse.

—Pero no llega en números a su poderío anterior —dijo David Supongo que así seguiremos la guerra, hasta que casi no quede ya nadie. ¿Estuvo usted en el cuartel general del general Lee esta noche?

—Sí. Como último recurso, Lee trata de decidir cuál es el punto más débil del enemigo para lanzarse contra él mañana y ver si puede partir al medio el ejército de Meade.

—¿Se sabe ya cuál será la decisión final?

Mattox movió la cabeza.

—Sospecho que sólo el general Lee sabe eso, de modo que veré si duermo un poco.

David estaba seguro que Mattox en realidad sabía más de lo que decía.

A la mañana siguiente, muy poco después del alba, un correo militar llegó al cuartel general de Lee, ordenando a David que se dispusiera a trasladar el hospital de campaña a una posición cercana al nuevo cuartel general de Lee, situado al lado del Seminario Luterano, que estaba sobre Seminary Hill.

VII

A media mañana, la unidad del l.er Hospital de Campaña, llevando a sus heridos, atravesó la ciudad de Gettysburg y llegó a la posición indicada. A poco más de una milla más atrás del cuartel general de Lee, se hallaba colocado en un lugar sumamente apropiado, por la facilidad de comunicaciones que guardaba con las tropas que luchaban, en especial con el ala derecha del ejército confederado. También contaba con una buena ruta para las evacuaciones por el camino de Hagerstown.

En Gettysburg David se enteró de que la caballería de Jeb Stuart había corrido aquella mañana en dirección al este con la aparente intención de hundir el flanco derecho de los federales y así aliviar la presión que sufrían los confederados por la izquierda, donde la batalla había quedado sin decidir el día anterior.

A su alrededor se movía gran parte del ejército, brigada tras brigada, dirigiéndose a tomar posiciones a lo largo de Seminary Ridge. Con las bayonetas listas y brillantes, los sufridos hombres estaban dispuestos a entablar lo que parecía ser el ataque decisivo contra el centro de la línea federal, centro que cubría la mitad o los dos tercios de una milla de las alturas de Cemetery Ridge. Dejando a Hal y a los asistentes médicos que se ocuparan de levantar la tienda del hospital de campaña, David devoró un rápido almuerzo y atravesó luego el terreno desigual que llevaba a la cumbre de Seminary Ridge, desde donde todo el campo de batalla podía verse claramente.

Tal como Joe Stannard había dicho, las líneas de la Unión recordaban la forma de un anzuelo, con la parte recta de éste extendida a lo largo de Cemetery Ridge hasta Little Round Top, donde las fuerzas del general Longstreet habían sido rechazadas la tarde anterior. La parte curvada del anzuelo se extendía desde el propio Gettysburg hasta Cemetery Ridge y la punta estaba en Culp Hill, donde el día anterior había tenido lugar un ataque infructuoso del Viejo Allegheny Johnson con la Brigada Stonewall y la división de Stonewall.

Al ver que un oficial se hallaba sobre una altura algo superior y estudiaba con sus prismáticos el duelo de artillería que continuaba teniendo lugar entre las baterías confederadas, que estaban sobre Seminary Ridge, y las de la Unión, cuyos cañones estaban situados en las alturas de Cemetery Ridge

hacia el este, David escaló terreno hasta llegar donde se hallaba el oficial. Se sorprendió al reconocer al excapitán —ahora coronel— E. P. Alexander, compañero con quién había compartido una altura aún mayor en una torre de señales (que de nada serviría ahora) poco menos de dos años atrás, al principio de la batalla de Bull Run, también llamada la Primera de Manassas.

—Ésta sí que es una sorpresa, comandante Preston —dijo el coronel mientras ambos se estrechaban las manos—. Yo pensaba que el Segundo Cuerpo se hallaba en el extremo izquierdo de la línea.

—Mi hospital estaba situado allí hasta hace sólo unas pocas horas El general nos ordenó venir hacia este lado y acabamos de acampar.

—Excelente ubicación ésta para un hospital. Ya tendrá usted trabajo. Será en cuanto el ataque principal se desate al norte de ese huerto de perales que usted puede ver allí.

—¿No me dirá usted que atacaremos a lo largo de ese llano, justo enfrente del enemigo?

—Longstreet lanzó la misma exclamación hace unas horas al enterarse de la estrategia escogida. Pero el general Lee cree que solamente una carga frontal tiene posibilidades de éxito. Quiere quebrar la línea enemiga y hacerla retroceder de modo tal que tenga que abandonar las elevadas posiciones que mantiene por ahora al este de aquí.

Alexander levantó sus prismáticos y, escrutando el área, la estudió durante unos momentos.

—Usted estuvo junto al general Stonewall Jackson durante un buen período, ¿no es así?

—Dos años. Hasta su muerte.

—¿No le parece éste el tipo de ataque arrojado que Jackson hubiese lanzado?

—¿Contra una posición dominante y bien provista de artillería? —David movió la cabeza—. Creo que la estrategia de Jackson hubiese sido la de correrse alrededor del flanco izquierdo del enemigo (o, al menos de lo que ayer era el flanco izquierdo) y atacarlo mientras el grueso de las fuerzas de Meade aún se trasladaban hacia el norte desde Taneytown.

—El general Lee esperaba que se hiciese precisamente eso; pero ayer. Si considera usted el desarrollo de esta batalla hasta ahora observará que muy poca de la estrategia asumida pertenece a Lee. Tal como están ahora las cosas, el general cree que el único remedio de la situación consiste en el ataque frontal de que le he hablado. De ese modo, si tenemos éxito, cortaremos en dos ese anzuelo.

—Es un tiro al aire —insistió David—. Y sumamente arriesgado.

—Las baterías federales parecen haber mermado en potencia y frecuencia.

De pronto Alexander izó los binoculares hasta sus ojos y recorrió el campo hasta detenerse en la cadena montañosa opuesta desde la cual habían venido los ataques de la artillería enemiga. Pero enseguida los bajó.

—Debo enviar un mensaje urgente al general Pickett —dijo con la voz alterada, mientras levantaba del suelo las banderas con las que, poco antes, había estado haciendo señales.

Oyendo a la artillería enemiga, David no quedó en absoluto convencido de lo que decía Alexander a propósito de su progresivo acallamiento. Con todo, pensó, Alexander era un artillero y debía saber de qué hablaba. Unos segundos más tarde se vieron a lo lejos unas señales de bandera.

Mensaje recibido —dijo Alexander—. Espero que la carga empiece muy pronto porque mis baterías se están quedando sin municiones. No podemos seguir la batalla apoyándonos en nuestra artillería. Tenga la bondad de excusarme, comandante. Iré a comprobar la elevación de mis cañones.

—Me quedaré aquí un rato —aseguró David—. El hospital no comenzará a recibir heridos hasta que la batalla realmente comience.

Por casi una media hora no hubo cambio alguno en la situación. La guerra de artillería continuaba intermitentemente por ambas partes. Una brisa pasajera barrió el humo que las explosiones lanzaban y que quedaba flotando en forma de pequeñas nubecillas en el pequeño valle que estaba situado entre las dos cadenas montañosas.

David pudo, gracias a esa brisa, ver a largas líneas de hombres vestidos con el uniforme gris de los confederados que avanzaban. Sus bayonetas centelleaban cada vez que el sol se abría paso entre el humo. A tal distancia, el ejército parecía un batallón de soldaditos de plomo; pero cuando lo enfocó con sus prismáticos pudo distinguir los rostros tensos de los hombres que se disponían a cargar de frente. Durante un minuto, la ola gris corrió sobre los campos como una ola marina corre sobre la arena al llegar a su destino. Luego, el tronar de la artillería llegó a los oídos de David y entonces comprendió por qué el coronel Alexander había hablado de una disminución en los ataques artilleros del enemigo.

Los artilleros de la Unión habían dejado aparentemente de disparar durante un rato, para apuntar sus piezas de tal modo que los proyectiles barrieran el campo abierto desde Little Round Top hasta el sur y desde Cemetery Ridge hacia el norte. Una abrumadora descarga de cañones cayó sobre los flancos del ejército confederado que avanzaba y, como la cebada cae

ante la hoz del labrador, las líneas grises de soldados sureños empezaron a desplomarse.

El sentimiento de orgullo que David había sentido al ver la gallarda carga que cruzaba el campo abierto se trocó de pronto en horror, mientras un grito de muerte escapaba del escenario de la batalla. Era como si la ola gris hubiese sido contenida por un dique de plomo. Pero a poco los sobrevivientes se reagruparon y una fila mucho más delgada siguió avanzando hacia los mismos dientes de la muerte.

Hasta aquí el fuego había corrido por cuenta casi exclusiva de la artillería de la Unión; pero al llegar los atacantes al muro de piedra que protegía las posiciones de los norteños, la infantería del enemigo que estaba emplazada en ese sitio lanzó ráfaga tras ráfaga de metralla en las mismas caras de los confederados. Contra semejante fortificación los hombres más valerosos del mundo hubiesen perdido toda esperanza; sin embargo, unos pocos sureños pudieron llegar hasta el muro e incluso algunos lograron cruzarlo.

Con sus prismáticos David podía divisar el jefe confederado, quien había envuelto su capa en su espada para improvisar una bandera y encabezar el cruce de la barrera. Le pareció incluso leer un grito en sus labios: «¡Seguidme!», en el preciso momento en que caía, víctima de la continua descarga federal. Luego, envuelto por la ola de fuerzas enemigas, lo que quedaba del ejército confederado que había llegado al muro de piedra tras cruzar una lluvia de fuego desapareció, tragado por el enemigo.

Hombres muertos, banderas de guerra, armas y toda clase de aparejos militares llenaban el campo de batalla donde momentos antes un ejército de hombres valientes habían lanzado un ataque que estaba condenado a fracasar antes de haberse iniciado, por culpa de la frágil estrategia de los encargados de conducirlo. Consciente de que acababa de presenciar una de las mayores catástrofes guerreras de sus tiempos, David se volvió, descendiendo lentamente por la ladera de la colina rumbo a su hospital, donde muy pronto el trabajo sería tan grande que sobrepasaría en mucho su capacidad.

Trabajando para reparar en lo que podía los efectos de la carnicería que había visto con sus propios ojos, David sólo podía cuidar de los hombres que podían ser salvados, los cuales llegaban en grandes cantidades a su hospital desde el campo de batalla. Los heridos pertenecientes a la caballería de Jeb Stuart comenzaron a volcarse poco después de entrada la noche, trayendo noticias de que sus hombres habían llevado a efecto un ataque desesperado, porque Stuart había concebido la posibilidad de atacar el flanco derecho de

los federales como medio de reducir el fuego en el centro, por donde venía atacando el grueso de las fuerzas confederadas según la estrategia de Lee.

Pero tras una intensa refriega con la caballería federal que las superaba en número, las tropas de Stuart habían tenido que replegarse. David preguntaba a los hombres de éstas que venían llegando si habían visto a Lachlan Murrell; pero nadie entre los heridos de su Cuerpo pudo recordar haberle visto durante la batalla.

La ola de heridos siguió durante la mayor parte de la noche, de modo que David no pudo dormir ni un instante. Trabajando sin cesar durante toda la mañana siguiente, podía oír constantemente los gritos y quejas de los heridos para quienes ya no había morfina y a los que sólo podía ofrecer un poco de *whisky*, que ya también comenzaba a terminarse. A pesar de hallarse muy atareado, David advirtió de pronto que una extraña quietud se había abatido sobre el campo de batalla, la cual acaso se debía a que ambos bandos se tomaban un reposo para lamerse las heridas y para enterrar a sus muertos. El pobre Jed Burnet había ido empeorando durante el curso de la noche pero, para sorpresa de David, cuando recorrió el hospital la mañana que había seguido a la batalla, Burnet seguía aún con vida.

Poco después del mediodía, John Imboden, que ahora era brigadier general de caballería, al mando de una considerable unidad irregular de hombres a caballo reclutados entre la gente del sector norte del valle, en las cercanías de Lexington, llegó a la zona del hospital y se apeó de su caballo.

—Tienes muy mal aspecto —le dijo a David—. ¿Cuánto hace que no duermes?

—¿Quién podría descansar en estos días? O trabajas hasta desvanecerte o nada.

—Tu trabajo ha terminado por ahora. El general Lee ha ordenado el repliegue de nuestras tropas y mi trabajo es vigilar el hospital y las vías de abastecimientos. ¿Cuándo podrán empezar a moverse tus carros?

—Hal Perkins los tendrá cargados y en línea dentro de una hora.

—Sería mejor que se apresurara. Espero poderos llevar muy al sur, hasta Fairfield, por la noche.

—¿Qué pasará con quiénes están tan mal que no pueden ser evacuados?

—Habrá que dejarlos. —Imboden le dirigió una mirada escrutadora—. Algo te pasa. ¿Qué es?

—¿Recuerdas a Jed Burnet?

—No puedo decir que… espera un momento. ¿No era ése el nombre de aquel desertor cuando aún estábamos en Harpers Ferry, hace dos años?

—Sí. Se está muriendo de una herida en el pecho.

—Deja que los yanquis lo entierren.

—Jed fue herido anteayer y estoy seguro que no resistirá un Viaje. En realidad, pensé al principio que no viviría veinticuatro horas. Sin embargo, sigue vivo.

—Los yanquis lo cuidarán. No son exactamente salvajes.

—Le he prometido no abandonarlo, John, hasta que se le entierre donde él quiere.

—Una promesa arrancada en esos momentos vale poco menos que nada. —Imboden se detuvo bruscamente—. ¿Pero para ti, sí que significa, no es eso?

David asintió con la cabeza sin decir nada.

—¿No te importaría decirme por qué?

—Jed me dijo: «Nosotros los de Botetourt debemos estar juntos».

—De todas las quijotadas que… —Imboden movió la cabeza—. Pero si yo estuviese en el pellejo de Jed Burnet (y bien podría hallarme en un caso similar antes de que la guerra termine) quisiera que tú hicieses lo mismo conmigo. El cambio de prisioneros se ha detenido, ¿lo sabías?

—Sí. Pero Jed haría lo mismo por mí. Y también tú, amigo.

—Bueno. Adiós. Si el Viejo Jack estuviese aquí conocería el versículo de las Escrituras adaptado a la ocasión. Sólo uno de ellos me viene a la memoria ahora: «Mayor amor que éste nadie lo tiene: dar uno la vida por sus amigos».

—No creo que tenga que dar la vida, John. No espero resultar herido. —David se las arregló para esbozar una especie de sonrisa—. Después de todo, soy médico.

—Y bien capacitado por cierto —dijo Imboden con expresión cortante y seca—. Cuídate, porque espero que vuelvas a la tierra de Dios una vez que haya terminado la guerra. Tras cuatro años de esto, quisiera tener un buen médico que cuidara de mí cuando sea viejecito.

Mientras empuñaba las dos riendas de su cabalgadura antes de montar, Imboden se volvió hacia John:

—A propósito: tengo un nuevo ayudante de campo como segundo. Es tu amigo Lachlan Murrell, que tuvo un gran jaleo con Stuart cuando éste cometió tantas imprudencias en esta última campaña. Stuart estuvo por someterlo a un tribunal militar. Pero al fin optó por transferírmelo.

—Gracias a Dios —dijo David con fervor—. Temía que ese chiflado piel roja se hubiese trenzado de tal modo en la batalla que se hubiese hecho matar.

El silencio que había envuelto el campo de batalla desde que las balas se fueran acallando la tarde anterior se asemejaba ahora a un clima de funerales. David se sintió muy solo mientras iba lentamente de aquí para allá, deteniéndose ante los heridos más graves, grises o azules, que habían sido confiados a él. Una hora antes, quien se había opuesto enérgicamente a que se les dejase allí, había recibido la orden formal de unirse al ejército en retirada, con el resto de los enseres hospitalarios. El camino hacia Hagerstown era el más corto y directo hasta el río Potomac, el cual debía ser cruzado; y el general Lee debía hacerlo cuanto antes o ver a su ejército destruido.

No mucho más tarde de una hora después, Jed Burnet, que estaba adormecido, fue despertado por un agudo dolor.

—La batalla ya ha concluido, ¿no es así, doctor?

—Sí, Jed; concluyó ayer por la tarde.

—¿Y de nuevo hemos perdido?

David asintió con la cabeza.

—Pero el enemigo tuvo muchas bajas.

El soldado herido hizo una mueca de dolor.

—Se diría que nosotros los virginianos debiéramos mantenemos al sur del Potomac. La tierra de los yanquis no es la mejor para los virginianos.

Jed volvió a mostrar el intenso dolor que debía sufrir.

—Lo siento, Jed; ya no me queda morfina ni *whisky* —le dijo David.

—No importa, doctor. Creo que el fin de mi vida ya está muy próximo. —Su voz era apenas un susurro—. Cuando vuelva usted a Botetourt quisiera que le dijese a mi mujer que he peleado bien.

—Así lo haré.

—Siempre me sentí orgulloso de pertenecer a la Brigada Stonewall. Cuando me muera, ¿no le importaría a usted mandar que me despidieran con una descarga? Un solo disparo alcanza.

—Trataré de que sea así —aseguró David al pobre hombre que se moría.

—Pienso que matar gente no sirve de nada, después de todo. —El susurro se hizo más débil y por un momento. David pensó que el fin había llegado para Jed Burnet. Pero pronto el débil susurro se reanudó—. Cuando vea al Viejo Jack, allá en el Cielo, le diré que aún puede estar orgulloso de la Brigada Stonewall. Ha hecho un bue…

El susurro se cortó. Cuando David le cogió el pulso, ya no latía.

VIII

MIENTRAS se hacían los preparativos de la marcha, David escaló la South Mountain, situándose aproximadamente en el sitio desde el cual había sido testigo de la carnicería que los gallardos hombres de la división de Pickett habían sufrido de manera totalmente infructuosa en una época que parecía ahora hallarse sepultada en lo más profunde del tiempo. Los cuerpos muertos de los caídos, la mayoría de los cuales no habían sido aún sepultados, yacían por todas partes formando un dibujo caprichoso del cual parecía emanar una especie de paz.

David cargaba con el cuerpo de Jed Burnet con objeto de enterrarlo allí, en el campo que se diría era el natural cementerio para aquellos bravos hombres que habían cargado de frente en un movimiento desesperado. Ya se ocuparía más tarde de que llevasen su cuerpo a su tierra natal. Por ahora, yacería junto a otros virginianos.

La visión de bandadas de cuervos que daban lentas vueltas sobre el campo dio nuevos ánimos a David mientras depositaba en el suelo el cuerpo inerte de Jed Burnet, que estaba envuelto en una sábana vieja del hospital. Eligió un lugar bajo un alto pino y comenzó a cavar la tumba, que venía de ese modo a quedar frente al campo de batalla. La satisfacción de encontrar un sitio en el cual un hombre de la Brigada Stonewall estaría contento de descansar junto a sus compatriotas de Virginia, le borró momentáneamente el agotamiento que sentía, tras tantas jornadas de intenso y febril trabajo en el hospital de campaña. Tampoco sentía cansancio por haber llegado hasta allí cargando el cuerpo de Jed. Pero cuando iba a detenerse para depositar al hombre en el suelo y coger la pala que llevaba consigo, una especie de vértigo se apoderó de él, consecuencia de la suma de trabajos que había cumplido ininterrumpidamente durante cuarenta y ocho horas seguidas.

Poco después, al cavar la tumba, su cuerpo empezó a bambolearse. No pudo oír el sonido de cascos de caballo que se aproximaban a él, ni el que hacía un hombre al desmontar. De pronto, sin embargo, tuvo conciencia de que alguien estaba a su lado. Levantando la vista pudo ver que se trataba de un soldado de aspecto rechoncho que llevaba uniforme de la Unión. Se trataba aparentemente de un comandante de caballería y tenía una pistola en la mano. Detrás de él se hallaban dos hombres más: un sargento y un soldado, montados ambos en sendos caballos.

—¡Eh, tú! —gritó el oficial—. ¿Qué demonios estás haciendo ahí?

—Enterrando a un amigo.

—¡Déjalo ahí! Los cuervos que por allí pueden verse ya te encargarán de él.

David continuó con su trabajo, sin prestar atención a los hombres ni al ruido de los gatillos que pudo percibir con toda claridad.

—¿Me oyes, rebelde? —gritó el oficial con voz áspera—. Si no dejas caer esa pala de inmediato te pondré una bala en la cabeza.

David se recostó en la pala y miró la cara roja del oficial.

—He servido a las órdenes del general Meade cuando era capitán del ejército de los Estados Unidos. Me hallaba en el Cuerpo Médico del Ejército, comandante —dijo con voz tranquila—. No creo que él apruebe su decisión de matar a un médico que se halla desarmado.

—¿Es su hospital lo que hemos visto al pasar junto al arroyo, comandante? —dijo el sargento.

—Era el l.er Hospital de Campaña del Segundo Cuerpo del Ejército de Virginia del Norte.

—¿Y qué diferencia hay entre un comandante que pelea y otro que cura? —dijo el comandante de caballería.

Pero su voz había perdido su insolencia.

—El Segundo Cuerpo era el del general Stonewall Jackson, señor; el mismo que había ordenado que se prestase a los heridos enemigos el mismo cuidado que a los propios.

—Si hubiesen ustedes mirado mi hospital, se habrían encontrado con hombres del Norte.

David tomó otra vez la pala e intentó seguir cavando, pero todo su cuerpo vaciló. El sargento desmontó con gran rapidez y se acercó a él.

—Siéntese usted allí bajo el árbol, y repose, comandante —dijo cogiendo la pala Parece usted necesitar un buen descanso.

David dejó caer la herramienta, consciente de que si intentaba seguir un momento más, caería en la tumba que aún no había concluido de cavar.

—¿Por qué no dijo usted enseguida que era médico militar? —dijo el oficial de la Unión con voz mucho más cortés—. ¿A quién está enterrando?

—Al soldado Jed Burnet, de la Brigada Stonewall.

—¿Un simple soldado? —dijo el comandante como si le costara creerlo.

—Provenimos del mismo condado en el sudoeste de Virginia —explicó David con cansancio.

Desmontando, el mayor de caballería de la Unión se encaminó al lugar donde se hallaba David, con la cabeza inclinada sobre el tronco del árbol y, extrayendo una botella pequeña del bolsillo situado en su cintura, se la extendió a David.

—Tómese un trago de esto. Creo que lo está necesitando —dijo.

—Discúlpeme por haber sido descortés con usted hace un rato, comandante; pero sucede que la caballería de Jeb Stuart enfrentó a mi escuadrón con fuego cruzado a unas tres millas al este ayer y en la refriega perdí la mitad de mis hombres.

—Supongo que todos hemos salido perdiendo, comandante —dijo David aceptando la botella de *whisky*, el cual era por cierto mucho mejor que el que los sureños podían adquirir para fines medicinales.

Entretanto el otro soldado había desmontado también y se había puesto a cavar para terminar la tumba que David había iniciado. Cuando terminó, levantó el cadáver de Jed Burnet y lo depositó en ella.

—¿Podría usted concederme un favor, comandante? —dijo David—. Le prometí a ese hombre que, una vez sepultado, se haría una descarga por él.

El sargento de la Unión no esperó a que el oficial accediera.

—Vemos que eran ustedes muy amigos, comandante. ¿No querría usted decir algunas palabras y arrojar a la tumba la primera palada de tierra?

—Una descarga bastará. Jed estaría muy orgulloso.

En silencio, el sargento tomó su pistola y la alcanzó a David para que hiciera el primer disparo. David se incorporó y, deteniéndose ante la tumba, empuñó firmemente el arma y, dirigiéndola al aire, disparó. Luego de devolver el arma a su dueño cogió la pala y echó la primera tierra sobre el cuerpo inerte de Burnet.

—¿No quisiera usted poner sobre la tumba alguna marca o señal que permitiera saber dónde fue enterrado para trasladarlo más adelante a su pueblo? —preguntó el oficial de la Unión mientras los otros dos hombres rellenaban la cavidad.

—Sí.

Miró mientras los dos hombres terminaban su faena y la coronaban colocando una cruz hecha con dos ramas cortadas sobre la sepultura. Puso luego la marca.

—Les agradezco mucho esto, en nombre mío y en el de Jed. Y ahora, comandante, comprendo que soy su prisione…

—No, David.

Era la voz de Lachlan Murrell. David se volvió rápidamente viendo a su amigo que salía de entre los árboles que bordeaban la tumba, con una pistola amartillada en la mano. Al mismo tiempo, cuatro hombres vestidos con el uniforme gris de la Confederación pertenecientes al grupo de caballería de John Imboden entraron igualmente en escena.

—Debemos marchamos, David —dijo Lachlan.

—¿Qué diablos…? —El mayor de la Unión hizo un movimiento, pero Lachlan le apuntó rápidamente con su pistola y la objeción se interrumpió.

—Si ustedes, caballeros, quieren dejar caer sus armas al suelo, no habrá víctimas —dijo Lachlan—. Tendremos que llevamos los caballos. Lo siento. El doctor Preston necesita uno y nosotros mismos estamos escasos de ellos.

Hizo un gesto a uno de los hombres de la Confederación que le habían acompañado.

—Recoja las armas, cabo, y apodérese de los caballos. El doctor Preston cabalgará en el del comandante.

—¿Cómo demonios…? —empezó a decir David, que apenas había recuperado el habla.

—Explicaciones más tarde, David —dijo interrumpiéndole—. Todo ese camino que ves hierve de yanquis.

—¿Qué hará con nosotros? —preguntó el oficial de la Unión.

Yo sólo he venido en busca del doctor Preston —le aseguró Lachlan—. Pueden ustedes marcharse en cuanto nosotros nos hallemos fuera de alcance.

David montó en el caballo del comandante federal y el grupo confederado se alejó de inmediato. David iba a decir algo, pero Lachlan le hizo signo de callar y movió la cabeza. David comprendió que, con el enemigo presente por todas partes, era mejor permanecer en silencio. Sólo cuando, media hora más tarde, tras haber hecho una larga vuelta, alcanzaron el camino de portazgo de Hagerstown rompió el prolongado silencio.

—¿De seguro que pensabas que iba a permitir que te tomasen prisionero, verdad?

—Pero…

—Tan sólo porque hiciste una promesa que no debiste hacer a un hombre que cierta vez te robó el caballo, el Sur no puede perder a su mejor médico. Yo estaba llevando a cabo algunas escaramuzas por esta zona para ver si los yanquis trataban de bloquear los pasos que llevan al valle Cumberland. He visto a John Imboden hace sólo una hora. Cuando me dijo que tú te habías quedado atrás, tomé un grupo de voluntarios y me puse a buscarte.

—Prácticamente todos se ofrecieron a acompañar al comandante Murrell, doctor Preston —dijo uno de los hombres que acompañaban a Lachlan—. De modo que el mayor escogió a cuatro de nosotros que habíamos sido alguna vez heridos y curados por usted.

—Gracias a todos —dijo David con gratitud—. ¿Cómo se desarrolla el repliegue?

—O Meade teme que el general Lee tenía algún recurso en la manga o los yanquis salieron de esta batalla con pérdidas muy superiores de lo que pensábamos —dijo Lachlan—. Hasta ahora puede decirse que no ha habido persecución de parte de ellos.

La noche encontró a David reunido con Hal Perkins y el resto del personal del hospital de campaña sobre el camino de Fairfield, al sudoeste de Gettysburg. Integraban una caravana de diecisiete millas de largo, vigilada por la caballería de Imboden. El reencuentro fue muy alegre, pero oscurecido por la idea general de que aún faltaba mucho camino en aquella operación de repliegue hasta Virginia y la amargura de saber que el más profundo avance hecho por tropas del Sur dentro de territorio federal había resultado un fracaso.

Para agravar las cosas, la lluvia, ese viejo enemigo, comenzó a azotar a la larga caravana cuando escalaba su ruta hacia el sur. Pero con su acostumbrada tenacidad, tropas y carros prosiguieron su repliegue. El 6 de julio, la caravana (y con ella el hospital) llegó a Williamsport, sobre el Potomac, para encontrarse con que el río se hallaba desbordado. Y por si eso no bastara, los derrotados encontraron un ejemplar del New York Times perteneciente al 5 de julio con un título impreso en grandes caracteres que decía:

GRANT TOMA VICKSBURG.

SE RINDEN VEINTINUEVE MIL REBELDES.

LIBRO OCTAVO

NEW MARKET

I

SÓLO un pueblo muy optimista podía encajar el doble desastre de la caída de Vicksburg y del fracaso de la campaña de Gettysburg, ocurridas prácticamente al mismo tiempo, sin gran dolor y sin intenso abatimiento. No era extraño, pues, que los habitantes de la Confederación de Estados de América se hallasen lejos de mostrarse optimistas durante el verano de 1863.

Tanto el Norte como el Sur habían reconocido e incluso aclamado la hazaña del general Robert E. Lee al llevar a efecto con gran maestría la retirada tras la derrota de Gettysburg. Las fuerzas de-la Unión al mando del general George G. Meade también habían sufrido considerables pérdidas en Gettysburg. Ésa había sido la causa por la cual no intentaron perseguir en su repliegue a los confederados del Ejército de Virginia del Norte cuando éste cruzó el Potomac desbordado bajo la protección de la caballería del general John Imboden, quien trataba de cicatrizar los sentimientos exaltados que el nombre del general Stuart suscitaba por causa de sus atolondradas maniobras al comenzar la batalla de Gettysburg.

A poco de retomar el Ejército Confederado a sus viejos cuarteles en la parte norte del valle del Shenandoah, pareció que Meade se disponía a impedir a Lee el paso a través del Blue Ridge que le daría acceso a la zona de Piedmont. Allí, nuevas tropas de la Unión se estaban concentrando de nuevo a la altura del terreno en que se había librado la primera batalla de Manassas, en los alrededores de Chancellorsville y en el desierto. Pero una serie de errores y desacuerdos entre los comandantes y jefes del ejército de Meade, permitió a Lee escabullirse y formar una nueva línea a lo largo del río Rapidan, en las fuentes del Rappahannock, restableciendo así en gran medida la equiparación de fuerzas en la prolongada disputa por la capital del Sur.

En el Sur, las cosas siguieron su curso. Grant, tras la captura de Vicksburg, llevó a cabo un ataque contra Chattanooga, en Tennessee, a fines de septiembre, solamente para encontrarse con una derrota bastante humillante en Chickamagua Creek, a pocas millas al sudeste de dicha ciudad. En una instancia más de las tantas que habían separado dolorosamente a las familias norteamericanas a lo largo de la cruenta guerra, Abraham Lincoln tuvo que lamentar la pérdida de su cuñado, Ben Hardim Helm, que era brigadier confederado, el cual cayó en esa batalla.

Sin embargo, en la última semana de noviembre, Grant se vengó de la derrota de Chickamagua Creek al derrotar al ejército confederado del general Braxton Bragg en Lookout Mountain y en Missionary. Ridge. En esa ocasión, Grant contó con un experto a su lado: el general William T. Sherman. Al neutralizar a Chattanooga, las fuerzas de la Unión comenzaron su avance hasta Atlanta, próxima meta de Grant en su intento por desarticular la parte sur de las posesiones confederadas.

Suministros y provisiones de todas clases habían comenzado a escasear peligrosamente en los ejércitos de la Confederación, particular mente después que Inglaterra proclamó oficialmente su neutralidad. Como consecuencia de ello, tos abastecimientos que de allá llegaban con rapidez a través de ávidos hombres de negocios, cesaron, en gran medida. Al principio de la guerra, el Sur se había aprovisionado también de suministros yanquis, porque mercaderes del Norte vendían sus mercaderías diversas en el puerto mexicano de Matamoros, que estaba junto a la línea sur de la frontera con Texas, en el Golfo de México. Las simpatías del gobierno mexicano estaban de parte de la Confederación, de modo que dejaba que ésta se proveyera de lo que necesitaba, comprándolo en ese país a través de agentes, y pagando con algodón, mercadería que no tardó luego en ser desviada hacia Inglaterra y hacia Nueva Inglaterra, zona ésta, que estaba en América y en plena posesión, desde el principio, del gobierno federal. Pero ahora también esa fuente se agotaba, porque la Confederación se hallaba desesperadamente falta de fondos.

Aunque prácticamente nada faltaba al norte de la línea Mason-Dixon a pesar de la guerra y al margen de que el Norte se perfilaba ya como el bando que en definitiva ganaría la guerra, no todo era color de rosa allí tampoco. Las listas del servicio militar obligatorio crecían y crecían, porque ejércitos más numerosos se requerían para responder a las campañas cada vez más extendidas de las fuerzas confederadas, y sucedió que la resistencia de los reclutados para luchar se hizo cada vez mayor. Y era lógico: la ley que establecía el reclutamiento permitía que aquellos que tuviesen dinero suficiente, pudiesen contratar a un sustituto, liberándose así de tener que hacer la guerra. El privilegio de no atender a la primera llamada a las armas y responder a la siguiente había de ser pagado y costaba trescientos dólares. Muchos compraban este privilegio con la esperanza de que al producirse la llamada siguiente, la guerra estuviese terminada.

Por causa de las injusticias en el reclutamiento, hubo asonadas en casi todas las ciudades del Norte; pero fue en Nueva York donde las mismas

adquirieron mayor frecuencia e importancia. Allí, un grupo airado de personas atacó una oficina de reclutamiento que se hallaba en esos momentos fichando a los hombres llamados a filas, y tras saquearla, cogió a unos cuantos negros con el propósito de colgarlos de las farolas de alumbrado de la Quinta Avenida. Sostenían que, puesto que la esclavitud era el fundamento de aquella guerra, la culpa de ella había de recaer sobre los negros. Mucha gente, además, no estaba de acuerdo con la dictatorial suspensión del derecho de habeos corpas decretada por el Presidente Lincoln ni con la censura implantada por el Secretario de Guerra Stanton, a quien el Presidente había concedido poderes de que nunca había gozado en América un Ministro de la Guerra.

El 19 de noviembre se consagró un cementerio militar en Gettysburg con grandes ceremonias, entre las cuales se contó un discurso de una hora de duración a cargo del celebrado orador de la Unión, Edward Everett. Tras él habló el Presidente Lincoln, quien pronunció unas breves palabras que la mayoría de los oyentes consideró muy poca cosa comparada con la caudalosa oratoria de Everett.

Cansado de la guerra y de las grandes pérdidas que resultaban tras muchas proclamadas victorias, el pueblo del Norte podía encontrar poco para alabar en la obra de gobierno de Lincoln. En el punto donde Lincoln y su política encontraba menos simpatizantes era en su proclamación de que todos los seres humanos, blancos o negros, eran iguales y hermanos; en consecuencia unos y otros tenían derecho a votar en las elecciones. Los enemigos políticos de Lincoln confiaban que esa decisión resultase fatal para el Presidente y se confirmara así su esperada derrota en los comicios de 1864. En cuanto a los moderados de aquella época de revueltas y de desaliento, elevaban su clamor por una paz negociada, aunque los radicales de ambas alas los denunciaban constantemente como traidores. Esto sucedía tanto en el Norte como en el Sur.

Entretanto, los periódicos de ambos bandos atacaban crudamente a sus respectivos presidentes.

El general George B. McClellan, que albergaba un profundo resentimiento contra Lincoln por causa de errores que al fin de cuentas eran suyos y no del Presidente, era el candidato casi definitivo de los demócratas para ocupar la Presidencia de la República a partir de 1864. El Partido Demócrata ya había comenzado su campaña presidencial bajo la dirección del exmiembro del Congreso Clement L. Vallandhigham, quien había sido condenado por un tribunal militar por «oponerse a la guerra que buscaba reprimir una rebelión

ilegal». Por causa de tal sentencia, el congresista no había podido presentarse a las elecciones para gobernador del Estado de Ohio. Vallandhigham odiaba a Lincoln más aún que McClellan y, según él, era preciso oponerse a la guerra. De todos modos objetaba el modo mediante el cual ésta era conducida. En un artículo periodístico expresaba los sentimientos de los enemigos de la guerra en estos términos:

Hagamos que la lucha cese. Que se firme un armisticio, no un tratado formal. Que Lincoln retire sus tropas de los estados del Sur, que se reduzcan ambos ejércitos a un nivel estricto propio de tiempos de paz. Que se declare la absoluta libertad de comercio entre el Norte y el Sur; que ambos compren y vendan. Que cese el bloqueo por agua. Que se reduzca la marina. Que se restauren las vías de comunicación. Que se restablezca el telégrafo. Que vuelvan a reunirse las compañías de transporte. Que se terminen los monitores y las armaduras. Que vuelvan a funcionar los vapores. Que se puedan visitar Norte y Sur y el Oeste. Que se intercambien periódicos. Que se reanuden las migraciones. Que la gente del Sur se case con la del Norte y viceversa. Que se deje a un lado el problema de la esclavitud. Que se lleven a cabo elecciones en las fechas fijadas. Cambiemos de Presidente en 1864.

Ninguna unidad del Sur ni del Norte estaba tan harta de guerra como la Brigada Stonewall. Acampada al borde del Plank Road, cerca del Juzgado de Orange, se encontraba a unas cincuenta millas al este de sus bases en el valle de Elk Run y a unas setenta y cinco millas al norte de Richmond. Cansada de luchas y viendo caer continuamente a sus veteranos, muertos, enfermos o desolados por la ausencia y la lejanía, la mayor parte de sus miembros hubieran podido suscribir las palabras que uno de ellos escribía a su mujer: «Creo que si por las armas iba a definirse la causa, ya hay suficiente para una definición; y si la lucha no iba a definir nada, no veo la razón para seguir con ella derramando sangre. Es creencia general entre quienes pelean y quienes miran, incluso desde otros países, que las batallas que sigan no arreglarán nada».

Ayudando a los soldados en el hospital —aunque muchos de ellos estaban cumpliendo solamente tareas de vigilancia en una zona en la que habían luchado más veces que en su propio valle del Shenandoah—, David volvió a sentir los síntomas de un fuerte ataque de malaria, lo cual era lo acostumbrado al llegar el verano. Presa del delirio que causa la enfermedad y falto de quinina, puesto que los suministros desde Richmond habían cesado, estuvo en

peligro de morir. Pero Hal Perkins se echó encima la tarea de conseguir toda la medicación necesaria para salvarle.

Con dinero que le suministró Lachlan Murrell —quien aún se las arreglaba para conseguirlo mediante ventas de algodón proveniente de territorio *cherokee* y cobrado en Matamoros—. Hal se puso en contacto con un hombre de Maryland con quien ya había hecho tratos Otras veces. Ese poco honesto personaje había hecho fortuna comprando suministros en Baltimore a los encargados federales de los depósitos, para venderlos luego a las tropas de los confederados. Transportaba las mercancías en barcos que pescaban ostras en Cheasapeake Bay, los cuales las llevaban desde Fredericksburg por el río Rappahannock. En cierto lugar eran desembarcadas para ser vendidas a aquellos que en el ejército sureño tuvieran los medios suficientes para adquirirlas.

Tras ser tratado con fuertes dosis de quinina, David estuvo en condiciones de hacerse nuevamente cargo del l.er Hospital de Campaña de la Brigada Stonewall, cuando Meade trató de hundir el flanco del Ejército de Virginia del Norte en Mine Run, un arroyo tributario del río Rapidan. En una refriega que tuvo lugar los días 26, 27, 28 y 29 de noviembre, los férreos veteranos del Sur rechazaron a los asaltantes, con lo cual pusieron fin a la amenaza de un ataque de los federales por largo tiempo.

Como era lo habitual, en la vanguardia de las tropas sureñas —que en total alcanzaban la cifra de veinte mil hombres contra cuarenta y ocho mil quinientos de los federales— se colocó la Brigada Stonewall, la cual sufrió la pérdida de veinte muertos y ciento veinticuatro heridos o desaparecidos. La alegría que sentían los confederados por la victoria, sin embargo, resultó inmediatamente ahogada por noticias llegadas desde el Sur.

Casi en los mismos momentos en que la Brigada Stonewall se estaba colocando en posición tras las fortificaciones preparadas para oponerse al esperado ataque federal en Mine Run, las fuerzas de la Unión, al mando del general Ulysses Grant y de otro jefe cuya estrella subía rápidamente en el Norte, el general William Tecumseh Sherman tomaban Lookout Mountain y Missionary Ridge. Corriéndose en flanco por Chattanooga, Sherman había conseguido neutralizar los efectos de la precedente victoria confederada en Chickamagua Creek, lugar que se encontraba precisamente al sur de aquella ciudad, unos dos meses antes. Y al tiempo que la aguerrida Brigada Stonewall, muy castigada, se dirigía a sus cuarteles de invierno cerca de las aguas del Rapidan otra vez, Sherman ya se movía hacia el sudeste, rumbo a Atlanta, con la evidente intención de tomar esa ciudad de fundamental

importancia y de cortar la más importante vía de comunicación ferroviaria con que aún contaba el Sur.

Entretanto, el general James Longstreet, en un desesperado intento de contener a Sherman y acudir en ayuda del comprometido Braxton Bragg, había llevado sus fuerzas hacia el sur, con dirección al este de Tennessee, en una clásica maniobra militar de movimiento por tren. Era el tipo de maniobra por la cual Longstreet había venido abogando desde antes de dar comienzo la batalla de Gettysburg, sin conseguir que la estrategia superior la aprobara. Lamentablemente, al ser puesta en práctica fracasó. Longstreet estaba en esos momentos sitiado en Knoxville por una fuerza federal muy superior a la suya, que se integraba dentro del plan de Grant de limpiar de tropas confederadas todo el Tennessee antes de organizar el gran avance contra Atlanta.

II

LAS NAVIDADES de 1863 constituyeron una triste conmemoración para David Presten, como para toda la Brigada Stonewall, inmovilizada en sus cuarteles de invierno, con el enemigo casi a la vista. No había escrito a Araminta desde las Navidades precedentes, cuando ella le había mencionado que estaba siendo vigilada por agentes de Pinkerton que estaban a las órdenes del servicio secreto de Lincoln. Sin embargo Lachlan había entrado ocasionalmente en comunicación con ella a través de su agente de Chambersburg —cierta señora llamada Ellen Porterfield— y le había asegurado que Araminta comprendía perfectamente por qué no recibía cartas suyas. Comprendía que las cartas podían ser interceptadas, llevando a Pinkerton a articular formales acusaciones de espionaje contra ella.

Alguna que otra carta de Araminta le llegaba en cambio a David a través de Lachlan, porque una de las tareas que debía cumplir la caballería de Imboden estribaba en vigilar la punta norte del valle del Shenandoah por si se advertían signos de que una nueva campaña de la Unión estuviese preparándose para atacar en el valle y diversificar así las fuerzas que siempre se oponían al empuje anual de los federales hacia Richmond.

El día de Nochebuena Lachlan llegó al campamento sobre el Rapidan y al desmontar olió en dirección al fuego donde se estaba preparando una comida frugal.

—Debí figurarme que si alguien era capaz de sacar de la galera una cena de Nochebuena, ese alguien era Hal Perkins —dijo—. Y no me digan que me equivoco porque para algo cuento con narices.

—Llega usted a tiempo, comandante —aseguró Hal—. Mi gente me ha enviado desde más allá de las montañas un pavo salvaje y también algunas cosillas para aderezarlo.

—Quisiera que me hubieses advertido a tiempo: hubiese organizado una pequeña incursión por el norte, para traer arándanos agrios.

De sus mochilas, el oficial *cherokee* extrajo una botella cuidadosamente envuelta.

—De todos modos me he encargado de las bebidas. Traigo un coñac auténticamente francés destinado originariamente a la mesa del comandante de un cuerpo federal con un nombre muy improbablemente americano. Se llama Franz Siegel.

—¿Cómo lograste apoderarte de la botella? —preguntó David Preston.

—Hicimos una pequeña incursión por el área donde se encuentra el general Siegel, la semana pasada en medio de la noche. No creo que haya imagen más divertida en el mundo que la de un general alemán vestido con su camisón y su gorro empuñando una espada en plena oscuridad.

—¿Significa eso que se reanudarán las acciones militares en el valle? —inquirió David mientras conducía a Lachlan a la cabaña de troncos que habíale servido de morada para el invierno, desde la batalla de Mine Run, librada el mes anterior.

—Recorremos esa zona al menos una Vez al mes —dijo Lachlan—. Aún no hemos visto ninguna concentración del enemigo por allí; pero necesariamente tendrán que agruparse antes de la primavera. Y esta vez estoy seguro que Meade piensa que las circunstancias están a Su favor si de nuevo se dirige contra Richmond.

—Entonces es probable que volvamos al valle.

—Lo dudo. Grant es el único general de la Unión que está de buenas en estos tiempos, de modo que pienso que la acción será cada vez más confiada a grandes masas de tropas enfocadas hacia un punto vital, que podrá conquistarse por la fuerza del número.

—¿A cualquier coste?

Lachlan asintió con la cabeza.

—Tienen los soldados, el equipo y los abastecimientos para llevar la operación a cabo. Dime: ¿tienes por aquí algo de lo necesario para bañarse?

—Los oficiales se las han ingeniado para armar una caseta al borde de un río. Tienen hasta agua caliente.

—Eso me suena a trompetas celestiales —dijo Lachlan.

Dirigió la mano hacia el bolsillo derecho de su casaca y la sacó con una carta.

—Puedes leerla mientras me baño. Luego, si te parece, nos tomaremos un poco del *brandy* del general alemán antes de probar las aptitudes culinarias de Hal una vez más.

David no necesitó que se le indicara la fuente de la carta. Con sólo mirar la familiar letra de Araminta y su característico papel, su pulso había redoblado la fuerza. Cuando abrió el sobre pudo incluso pensar que algo de su peculiar perfume escapaba de él.

Philadelphia, 15 de diciembre de 1863

Mi queridísimo David:

Sé que no me has escrito por temor de que me tome sospechosa para los agentes de Pinkerton que constantemente nos vigilan aquí. Pero no puedo dejar que pase otra Navidad sin arriesgarme a enviarte aunque sea una breve carta, para decirte que te amo más que nunca y que solamente espero el fin de esta terrible e insensata guerra para transformarme en tu esposa. ¿Te resulta crudo que te escriba en esos términos? Sé que muchos en el Sur me considerarán una traidora: pero a estas alturas ya debería resultar claro para todo el mundo que todo cuanto podemos esperar es que el precio que tiene que pagar la Unión por esta guerra sea tan elevado que ésta prefiera por fin permitir al Sur que se quede dónde está.

Aquí en el Norte hay un descontento generalizado por si señor Lincoln y su política; pero creo que el Presidente Davis es tan obstinado como él en el Sur. Sin embargo, si el Presidente Lincoln es derrotado en las elecciones que tendrán lugar dentro de diez meses (como parece probable) algo podrá intentarse para poner fin a la guerra de una vez para siempre.

Me disgusta sobremanera tener que darte malas noticias de tío John, pero la verdad es que no ha estado nada bien últimamente. El médico que ahora le atiende, el cual es muy competente y nos ha sido recomendado por tu amigo el doctor Jesse Bayard, sigue el tratamiento que tú mismo indicaste, pero le ha aumentado la dosis de digitalina y lo sangra una vez al mes para que disminuya su plétora. ¿Sabías que el doctor Bayard es ahora médico general asistente en el hospital de Washington? Le vi solamente una vez, pero tiene la apariencia de ser un hombre bondadoso y te está muy agradecido por enviarlo directamente al doctor McGuire después que capturasteis su hospital, y a él mismo, luego de la Batalla de Manassas. Después de eso pudo ser canjeado rápidamente.

Iremos nuevamente a Washington, tal vez a fines de febrero. Será por lo menos un cambio y así resultará bienvenido, aunque siempre que viajamos allí se nos vigila continuamente y muy de cerca. Yo misma escribo al National Hotel cada vez que planeamos el viaje allí y hasta ahora éste se las ha ingeniado para damos siempre las mismas habitaciones que ocupábamos cuando te conocí. No sólo es una suite muy cómoda, sino que me recuerda intensamente los maravillosos días que pasamos juntos en Washington.

Por lo menos una noche de las que pasamos en Washington cenamos en el restaurante de monsieur Crochet y siempre se acuerda de preguntarme por ti. Aunque yo siempre finjo ignorar por completo tu paradero, estoy segura de que monsieur Crochet, que como buen francés es hombre

romántico, puede advertir en el tono de mi voz y en el carmín que me sube a las mejillas cuando te nombra, que me da alegría simplemente porque pronuncia tu nombre.

Como el Presidente Lincoln se enfrenta por estos tiempos con una labor sumamente ardua, pensamos quedarnos en Washington no menos de un mes y acaso más, de modo que el Presidente recuerde con toda claridad la solemne promesa de que la Nación cherokee no sufrirá represalias cuando la guerra termine, por causa de su breve alianza con la Confederación.

Mi querido, podría seguir escribiéndote toda la noche; pero podrías llegar a cansarte de leer siempre la misma frase: Te amo, una y otra vez, de modo que será mejor que introduzcas la hoja en su sobre antes de que te aburras de mí. Sé muy bien que me porto como una desvergonzada cuando te expongo con toda claridad lo que siento. Dicen que es conveniente que una novia tenga en suspenso a su enamorado para que éste no cese de interrogarse sobre el grado de su amor. Pero yo no puedo hacer eso. ¡Tan felices y francos hemos sido siempre el uno con el otro! Sé que así seguirá siendo todo entre nosotros.

Tal vez no tengas más noticias mías hasta las próximas Navidades, pero entretanto ruego cada noche para que mucho antes de que aquéllas lleguen de nuevo, pueda encontrarme de nuevo en tus brazos.

Como siempre, tu enamorada

ARAMINTA

III

ED MATTOX, el periodista del *Enquirer* de Richmond, que era ahora corresponsal con la tarea exclusiva de informar sobre la guerra en aquella zona y cronista no oficial de las hazañas de la Brigada Stonewall, había hecho mucho por el renombre de la unidad desde que sus primeros telegramas aparecieron en el *Enquirer* tras la fulgurante campaña de Jackson del verano del 62.

También Mattox llegó al campamento hospitalario aquella Nochebuena. El larguirucho corresponsal dijo que había recibido encargo de su periódico de escribir con amplitud sobre las privaciones y penalidades que estaban pasando los hombres en las fortificaciones del Rapidan. Sin embargo David sospechaba que, encontrándose solo, su visita se debía más a la búsqueda de compañía aquella noche que al propósito de documentarse sobre las fortificaciones y sus celadores. De todos modos, todo el mundo se alegró de verle y el coñac que había traído Lachlan fue abundantemente gustado antes de que Hal interrumpiera las conversaciones para decir que estaba pronta la cena.

—¡Pavo con ostras! —exclamó Lachlan Murrell entusiasmado cuando Hal trajo el pavo, ave más bien flaca puesto que la comida no sólo escaseaba para la gente por entonces, por culpa del invierno, que estaba siendo muy frío —. Yo pensaba que toda la costa donde se encuentran las ostras estaba en manos de los yanquis.

—Nunca pienses cuando te enfrentas con la magia de Hal —le advirtió David—. A menos que el mago (de quién se sabe que siempre tiene escondida alguna botella de *whisky* entre los equipos hospitalarios) se niegue a cooperar.

—En realidad ese mago se llama Asa Blandings, señor. Y es propietario de una barca con la que pesca ostras —dijo Hal—. La barca se llama Belle of Annapolis y faena entre Baltimore y cierto lugar de la boca del Potomac. Al venir al Sur trae abastecimientos que proceden de los depósitos yanquis y también ostras, aunque parte de ellas las vende a los yanquis para mantener a los cañones del bloqueo lejos de su embarcación.

—Hal compró también quinina a Asa Blandings cuando casi me muero de un ataque de malaria el pasado verano —dijo David—. Me salvó la vida.

—Y el dinero 6alió del algodón *cherokee* vendido a las hilanderías de Boston a través del puerto mexicano de Matamoros —agregó Lachlan—. Ahí

tiene usted un artículo, Ed, aunque tendrá que esperar un poco antes de publicarlo.

—Esperará como tantos otros relatos que tengo ya esbozados sobre las hazañas de la Brigada Stonewall —dijo Mattox—. Pero en estos momentos lo que me; interesa es lo que sucede en el valle del Shenandoah y, en especial me atrae su fauna, un ejemplar de la cual está aquí, delante de nosotros. ¿Vino realmente de su familia, Hal?

—A todo lo largo del camino desde Reliance, que no está lejos de Strasburg —dijo Hal—. Pero puedo decirle que si es todo él tan duro como el pedazo que yo probé para ver si ya estaba guisado, usted jurará que en realidad vino volando y llegó extenuado.

Mattox había traído con él unos cuantos cigarros puros de La Habana, algunos de los cuales también habían salido de los depósitos yanquis de suministros y abastecimientos para pasar a manos de ciertos comerciantes de Richmond. Sentados alrededor de la improvisada mesa, una vez finalizada aquella cena regia, se pusieron a conversar los comensales; pero de pronto comenzó a caer en finos copos una nieve blanquísima que pronto se fue espesando. Se trasladaron entonces a la cabaña de David y la conversación giró, como no podía ser de otro modo, en torno a las alternativas de la guerra.

—¿Cuál ha sido la reacción en Richmond ante la proclama de Lincoln sobre amnistía y reconstrucción de hace quince días, pronunciada en la apertura del congreso federal, Ed? —preguntó Lachlan.

—Más o menos la que cabía esperar. Después de todo no era exactamente una invitación tipo *carte blanche* al Sur para abrazarse y olvidar todo.

—El párrafo que habla de negar el voto a todos quienes hayan renunciado a cargos en el ejército o en la marina de la Unión para pasarse a los confederados parece que quisiera legislar en asuntos que son exclusivamente nuestros —recordó David al oficial de caballería.

—Y también está dirigida a Jefferson Davis y a muchos excongresistas —dijo Mattox—. Si quieren ustedes saber lo que yo pienso les diré que el propósito más claro de la proclama es arreglar las cosas de tal modo que Lincoln, una vez terminada la guerra, pueda reorganizar a su antojo el país. Todo cuanto ha de hacer para conseguir eso en la práctica será pedir al diez por ciento de los que votaron en las elecciones sureñas de 1860 que pidan un nuevo gobierno bajo los auspicios de la Unión, tomarles luego el voto de lealtad y de adhesión a su política antiesclavista y enviarlos de nuevo.

—Eso es como abrir la puerta con una mano y cerrarla de golpe con la otra —dijo Lachlan.

—También, del mismo modo, piensa dar nuevas fronteras a los estados, en especial a los que están en la zona del Trans-Mississippi —añadió Mattox —. Seguramente allí serán muchos los que voten por Lincoln. Ya verán ustedes cómo McClellan y los demócratas se encontrarán en una trampa.

—¿Quiere usted decir que tal vez obtuviésemos un tratado de paz más favorable ahora que el que tendríamos que aceptar si Lincoln gana la elección y promulga una amnistía?

—La oferta de Lincoln parece en realidad ser la última baza de la Confederación. Una baza que le permitiría terminar la guerra antes de que todo el Sur resulte destruido y tratado como nación conquistada —dijo Mattox—. Pero si Thaddeus Stevens y algunos otros congresistas tienen sus planes sea cual fuese la paz que finalmente se firme, Lincoln se verá en aprietos para mantener los términos de su oferta. Y si resulta vencido, sólo Dios sabe en qué términos habrá que redactar la rendición. Podría ser que pasásemos a ser verdaderamente esclavos del Norte.

—Así las cosas, se diría que estaríamos mejor sin Jefferson Davis y con Lincoln —dijo Lachlan—. Pero si un informe de lo que acabo de decir aparece en los diarios de Richmond, Ed, le desafiaré a duelo con toda furia tratándolo de condenado mentiroso.

—¿Qué importancia tiene la repetición hasta el cansancio de algo que todo el mundo sabe pero que teme decir a menos que se encuentre entre amigos? —replicó Mattox—. ¿Cuál sería la indiscreción? Bien, quisiera examinar mañana las fortificaciones sobre el Rapidan.

—Me alegro por usted que haya traído sus botas, señor Mattox, —dijo Hal mientras entraba con unos troncos destinados a mantener el fuego que ardía en el hogar—. Ya hay un par de pulgadas de nieve afuera y es probable que mañana por la mañana sean cuatro.

Las predicciones de Hal resultaron ciertas en general, salvo que la nieve no tenía cuatro sino seis pulgadas al día siguiente. A poco de sonar la diana mañanera, la Brigada Stonewall y la Brigada de Louisiana de Stafford hicieron un desayuno compuesto de galletas y tocino, partiendo hacia el norte. La Brigada de Louisiana de Stafford había formado parte de la Stonewall desde 1862. Ambas cruzaron el camino del valle con la intención de tomar Front Royal y Winchester, pero se enfrentaron con una brigada de Georgia y otra de Carolina del Norte. Los georgianos encontraron dificultades en el campo nevado, para moverse en el cual no tenían experiencia. Pero tampoco los de Louisiana la tenían. La batalla quedó pronto entablada.

Los georgianos se acostumbraron con cierta rapidez a la nieve y repelieron a los de Louisiana rápidamente. La Brigada Stonewall se mantuvo al principio al margen, pero al ver su jefe, el general Walker, el repliegue de los de Louisiana, la hizo entrar en la lucha, lo cual hizo la Brigada tras lanzar su famoso grito guerrero. De ambas partes volaban con furia bolas de nieve, de las cuales fue especial destinatario el general Walker, quien, en ciertos momentos parecía un muñeco de los que hacen los niños en el invierno. La lucha alcanzó así aspectos divertidos. Hasta que los georgianos comenzaron a esconder gruesas piedras en las bolas de nieve, transformándolas en armas que podían llegar a ser mortales.

Sin embargo, casi enseguida, los de Louisiana, que estaban ocultos en el bosque cargando frenéticamente sus armas, entraron en acción y entre las dos brigadas consiguieron rechazar a los federales.

David tuvo faena en el hospital por una hora, después que el encuentro terminó, pues fue preciso curar a los heridos por las piedras. Sin embargo no hubo verdaderas bajas y la improvisada lucha sirvió de mucho para levantar los ánimos de los deprimidos soldados, que se habían visto obligados a permanecer en el campo durante las Navidades, lejos de sus familias que a veces no se encontraban mucho más allá de las cincuenta millas.

Después de aquel episodio volvió a reinar la calma. La batalla de las bolas de nieve fue el acontecimiento más destacado ocurrido en las líneas hasta el 8 de febrero, día en que la Brigada Stonewall y otra unidad fueron enviadas a controlar un pequeño grupo de yanquis, que llevaban a cabo operaciones de tanteo en la margen opuesta del Rapidan. El ataque, aunque no fue importante, mostraba que el general Meade estaba lejos de dejar aquella zona de operaciones completamente olvidada. Era obvio que tampoco había olvidado las críticas que se le habían dirigido en su momento por permitir que, en su repliegue, el general Lee cruzara de vuelta el Potomac en julio y se replegara a través de los pasos del Blue Ridge para alcanzar las actuales posiciones en la zona del Rapidan. La pequeña victoria (diecisiete muertos y cuarenta y dos prisioneros) constituyó un formidable tónico para la desalentada brigada, falta, como siempre, de raciones, equipos y municiones.

Pero no había alivio para el Sur en general. El general Ulysses S. Grant, según acababa de trascender, ese *bull dog* federal que había capturado Vicksburg, Chattanooga y Knoxville, dirigiéndose ahora hada Atlanta con intenciones de tomar también esa ciudad, había sido llamado a Washington y no solamente para consultas: allí se le había otorgado el mando general del

aparato militar de la Unión y se le había ascendido a teniente general, caigo creado especialmente para él.

IV

A mediados de marzo ya nadie podía dudar de que el general George Meade preparaba otra ofensiva pesada a través de Piedmont, en Virginia, que tenía por objeto final la ciudad de Richmond. Junto con esta convicción progresivamente más clara cada día, llegaron rumores de que un segundo ejército se estaba preparando en lo que ahora se llamaba Virginia del Oeste, bajo la dirección del general Franz Stiegel. Nadie pudo dudar que, en tal caso, lo que Stiegel intentaría era atravesar el valle y llegar a Staunton, importante centro ferroviario sin el cual no podrían abastecerse las fuerzas de Lee encargadas de la defensa de Richmond.

Como Lee no podía distraer a un solo soldado en las posiciones que enfrentaban a los federales al norte del Rapidan, Lachlan Murrell y un pequeño escuadrón de caballería fueron despachados hacia sus antiguas metas: Winchester y Martinsburg. Allí debían cumplir dos fines. Les era preciso descubrir qué fuerza tenía en realidad el nuevo Ejército Federal del Valle y destruir cuanta línea férrea estuviese en manos del Norte como fuera posible, a fin de evitar que las nuevas formaciones cobraran agilidad.

El día siguiente a la partida de Lachlan del campamento, John Imboden le trajo a David una carta dirigida al oficial *cherokee* y que llevaba el sello familiar de Chambersburg, Pennsylvania.

—Sé que el comandante Murrell tiene un corresponsal en Chambersburg a través del cual recibe información, David —dijo Imboden—. Y también sé que mucha de esa información le viene de su hermana, que está en Philadelphia. Pero, como estará ausente por más de una semana, tal vez debas leer la carta.

Estaba firmada por Ellen Porterfield, de la cual ya sabía David que era el contacto que Lachlan tema en Chambersburg, y contenía un breve mensaje:

Querido Lachlan:

Te escribo a las corridas, porque sé que los agentes de Pinkerton, quienes han estado vigilando estrechamente mi casa en estos últimos tiempos, piensan arrestarme hoy o mañana. Como ya sabes, Araminta y tu tío John están en Washington. Ayer, uno de nuestros emisarios fue aprehendido y, por supuesto, desconozco si los agentes de Pinkerton conseguirán que el capturado revele la relación de Araminta con nuestro trabajo, el cual queda, como es natural, suprimido desde hoy. Pero te

imploro, antes de que nuestra vinculación se interrumpa, que trates de poner en antecedentes de cuánto te digo a Araminta, con el fin de que, si le fuera humanamente posible, se escape de Washington antes de resultar arrestada.

Ésta es mi carta de adiós. No sé lo que me espera ni lo que os espera a vosotros. Salva a Araminta si puedes.

Tuya en la Causa.

ELLEN PORTERFIELD

David devolvió la carta a su viejo amigo y esperó mientras el general de caballería la leía a su vez. Cuando se la devolvió, su expresión era sombría.

—A menudo conseguimos diarios publicados en Washington cuando hacemos incursiones en terreno enemigo para tener idea de las fuerzas que están agrupando —dijo—. En todas las ediciones se habla de las crecientes actividades de Pinkerton en materia de contraespionaje y de persecución de los enemigos de la Unión en el Norte, de modo que tu novia podría hallarse en grave peligro, David.

—Si el emisario habla, la arrestarán; eso es seguro. Por otra parte, en las cartas que de ella he recibido últimamente, habla a menudo de que se encuentra muy vigilada por Pinkerton y su gente, que la vigilan a ella y a su tío, incluso cuando se encuentran en Washington.

—Bueno, aunque la arrestasen, podría ser objeto de un canje También nosotros hemos capturado algunos emisarios espías del Norte.

—No puedo aferrarme a esa posibilidad, John. Y como Lachlan no está disponible en estos momentos, tendré que ir a Washington y tratar de traerla conmigo atravesando como sea las líneas.

—Cuidado. La proclamación de Lincoln advierte que no habrá amnistía para los exoficiales del Ejército y de la Marina de los Estados Unidos que se hayan pasado a la Confederación. Y como ni siquiera te encontrarías allí en misión científica, podrías llegar a ser considerado como espía en caso de que fueras atrapado.

—Araminta me importa más que mi propia vida, John —respondió David —. Lo mismo harías tú si tu mujer estuviese a punto de ser arrestada.

—Supongo que sí. ¿Tienes alguna idea de cómo te las arreglarás?

—Cuando casi muero de malaria el verano pasado, Hal Perkins me trajo quinina procedente de un barco que pesca ostras cuyo patrón se dedica al contrabando entre ambas líneas, llevando su carga por el río Rappahannock. Pronto estará por aquí de vuelta y, si le pago bien, tal vez quiera llevarme al otro lado de las líneas.

—Creo que eso será lo mejor —dijo Imboden-4. Ni siquiera la gente de Pinkerton estará atenta a la posibilidad de que un oficial confederado viaje de Baltimore a Washington. Parece algo absurdo.

Pero cuando David llamó a Hal Perkins y le expuso la situación y el plan, surgió un obstáculo.

—Podría arreglármelas para que suba usted a bordo del Belle of Annapolis, doctor —dijo Hal—. Asa Blandings hace el recorrido entre Baltimore y Mundy's Point, que está cercano a las bocas de los ríos Rappahannock y Potomac, dos veces a la semana y las mercancías son traídas más tarde aquí por ferrocarril. Pero Asa no hace negocios si no se le paga por adelantado; y quiere dinero de la Unión.

—Me da la impresión de que tendrás que asaltar a un pagador del ejército del Norte. Es la única manera de obtener billetes de ésos por aquí —dijo Imboden.

—Y ya no nos queda tiempo para eso —dijo David volviéndose hacia Hal —. Sólo tu magia podría salvar esta situación, Hal.

—Esa especie de magia está más allá de mis posibilidades, señor —replicó Hal—. Fue el comandante Murrell quien proporcionó el dinero norteño para comprar su quinina.

—¿Dinero de la Unión?

—Sí, señor. Me dijo que aún obtiene ocasionalmente algún dinero procedente del algodón que se vende en el Norte cruzando el bloqueo.

—¿Podrías saber si Lachlan ha recibido algún dinero de allí últimamente, John?

—Hace una semana que no se recibe correo —contestó Imboden meneando la cabeza.

—Pues tendré que inspeccionar las pertenencias de Lachlan —dijo David —, acaso encuentre algún dinero que él ha escondido.

—Te enseñaré la cabaña que habita.

Siendo al menos parcialmente indio, Lachlan sabía cómo han de esconderse las cosas; pero David estaba resuelto a encontrar lo que buscaba si es que estaba allí. Con la ayuda de Hal Perkins, terminó por encontrar quinientos dólares en brillantes monedas nuevas acuñadas en la Unión. Estaban en una bota que Lachlan había echado a un costado como si no le interesara. Estaba llena de barro y sin duda había sido usada en una de las incursiones del *cherokee*.

—¿Pedirás una licencia en el hospital? —preguntó Imboden, mientras David depositaba cuidadosamente las monedas en un pequeño saco que Hal le

tendía.

—No tengo tiempo para eso. Tendría que correr los trámites de rigor y al llegar el consentimiento ya Araminta podría estar perdida. Sin hablar de que el consentimiento podría serme denegado. Debo irme.

—Le diré a Sandie Pendleton lo que te dispones a hacer, en privado. Tal vez pueda conseguir una orden que te haga pasar a mi compañía para un trabajo temporal. Para integrar una excursión de caballería con fines de inspección en la zona federal, por ejemplo —dijo Imboden—. Dentro de una semana, tal vez ya estés de vuelta o… ante un pelotón de fusilamiento federal. —El tono de voz de David era sombrío—. Si eso sucediera, dile a Lachlan que disponga lo necesario para que me lleven a Preston's Cove cuando la guerra haya concluido. El Cove y aquel lugarcillo donde enterré a Jed Burnet después de la batalla de Gettysburg me parecen los dos mejores lugares de este mundo para descansar eternamente.

—No te atrevas a permitir que los yanquis te fusilen —le advirtió Imboden—. Como ya te dije en Gettysburg, te quiero ver de vuelta en Botetourt para que cuides de mi salud cuando sea viejo. Adiós, David. Buena suerte.

V

DOS días después, por la mañana, adormecido sobre una banqueta dentro de la barca pescadora y envuelto en el olor dulzón de las ostras transportadas por la Belle of Annapolis, David fue despertado por el súbito ruido de lo que parecía ser un trueno. Se había dormido correctamente ataviado, con camisa de seda y botas que había tomado de la cabaña de Lachlan y que éste empleaba para entablar sus aventura amorosas. Subió a cubierta. Aún no había aclarado del todo y pudo ver las estrellas brillando serenamente en lo alto.

—¿Qué sucede? —le preguntó a una sombra que parecía corresponder a Asa Blandings.

—Nos persigue una cañonera federal, comandante —dijo el hombre de la barca—. En cuanto la vi, hace media hora, he tratado de acercarme a la orilla. Como esta barca tiene menos calado, podremos acercamos a tierra. Pero el viento que se ha levantado no me permite ir más aprisa. Lo tenemos en contra.

—¿Qué quiere decir?

—Que tendrá usted que ir a nado.

—¿En esta agua helada? ¿Está usted loco?

—Tal vez lo esté, sí, al arriesgar el pellejo tratando de ayudar a los del Sur. Pero no lo bastante para desear hallarme en una cárcel federal. Si esos tíos llegan a capturarme, tendré que decir que usted se embarcó en mi lancha diciéndome que quería comprar ostras en Reedsville y que pronto me encañonó con un arma.

—¡Pero estoy desarmado!

—No importa. Yo tengo un arma, comandante. Y cuando los federales suban a bordo ese arma estará en sus manos. Es claro que para entonces usted estará muerto, de modo que todos ignorarán quién extrajo primero el arma.

David estaba en un aprieto y comprendió que había perdido. Sin embargo, la perspectiva de vadear las aguas casi heladas del Cheasapeake por un trecho no inferior a la media milla con sus ropas puestas tampoco era muy prometedor. Mientras reflexionaba, otro disparo de la cañonera, que a la escasa luz parecía un fantasma que se avecinaba, y se decidió a obrar, en especial porque el proyectil disparado por los federales golpeó el agua a menos de cien pies de la barca.

—Tírese usted, comandante —dijo Asa Blandings; y David vio que esgrimía un arma de gran tamaño—. No tema ahogarse: el agua le llegará a la cintura.

Blandings hizo un gesto imperativo con el cañón de su pistola indicando con ésta la orilla, donde David percibió una débil luz, indicativa tal vez de que había alguna cabaña por allí.

—Ésa es la casa de Pete Williams, quien tampoco tiene simpatías para con los federales. También se dedica a la pesca de ostras. Dígale que tuve que echarlo a usted al agua y que trataré de volver cuando el viento y los federales me lo permitan.

David se acercó a la borda, que era muy baja, porque las embarcaciones de ese tipo son más cómodas cuando permiten izar la pesca casi a ras del agua. Se hundió en ella y comprobó que Asa le había dicho la verdad: no le llegaba más que a la altura de los hombros. Pero también él había acertado en cuanto a su temperatura. A pesar de todo se las apañó para moverse con cierta agilidad.

Cuando la cañonera llegó cerca de la Belle of Annapolis, David ya estaba a mitad de camino de la orilla, protegido por la oscuridad y en cierto modo por el esfuerzo de andar por el agua pisando un terreno pantanoso que le obligaba a esforzarse para hacer progresos, pero que le servía para combatir el intenso frío del agua. Se alegraba de haber tomado las finas botas de Lachlan, porque el fondo del río parecía estar cubierto de conchas de ostras y otros obstáculos que en alguna ocasión le hicieron tropezar hasta el punto de que hubo de hacer piruetas para mantenerse en equilibrio y poder proseguir el camino hasta la orilla.

En conjunto, pensó David, le había llevado una hora alcanzar el improvisado muelle que se encontraba frente a la cabaña de madera de Pete Williams, la cual había sido construida sobre una pequeña altura. La luz aún podía verse y, al parecer, procedía de la cocina. Se acercó a la casa y llamó a la puerta. Se sentía tan cansado y aterido que no se detuvo a pensar si encontraría una cálida bienvenida o un rápido despacho hacia un pelotón federal de fusilamiento.

Abrió la puerta una mujer muy alta que en cierto modo le hizo recordar a la amazona que se hallaba al frente de la revuelta de mujeres pidiendo pan, que había tenido lugar en Richmond en una época que parecía estar hoy muy alejada en el tiempo.

—Tuve que saltar de la Belle of Annapolis —explicó—. Asa Blandings me ha dicho que usted me acogería en su casa.

—Entre antes de que le vean —dijo Hanna Williams tomándole por el codo para ayudarle a cruzar el umbral.

Enseguida lo dirigió a la cocina, donde reinaba un maravilloso calor.

—¡Santo Dios! Parece usted una rata pillada por una tormenta.

—No le discutiré esa semejanza. Pero debo llegar a Washington cuanto antes para…

—Hay un tren para Annapolis a las dos y Pete debe cargar unas ostras en él —dijo la mujer—. Vaya a la habitación vecina, quítese sus ropas y envuélvase en esta manta. Luego vuelva aquí, que le daré pastel y un poco de café. Lo siento, pero no tengo otra cosa.

—Pues a mí me cae como el maná.

—¿Qué es usted? ¿Un predicador?

—Soy médico —dijo David mientras se dirigía a la habitación contigua —. Aunque en realidad le diré que en este momento me considero más bien como un paciente, tras la hora que he pasado en el agua helada.

—Ya le quitaremos el frío. Además lavaré sus ropas y se las secaré.

Cuando se despojó trabajosamente de las ropas empapadas que llevaba adheridas a su cuerpo y pudo envolverse en la manta, David, al volver a la cocina, se encontró con que su comida estaba lista. El café era por cierto muchísimo mejor que el bebido habitualmente por las tropas.

—Pete volverá con sus ostras a eso de las diez —le dijo su anfitriona—. Usted podrá ir con él hasta Annapolis y tomar allí el tren para Washington si persiste en seguir corriendo ese riesgo.

—Mi novia se halla en peligro allí. Debo traerla conmigo a nuestras posiciones.

—Trate de no tomar el mismo camino que ha elegido usted para ir, entonces. Esa cañonera yanqui que los ha interceptado en el río no hace otra cosa que detener barcas que suben y bajan por el río para inspeccionarlas y requisar medicamentos u otros suministros que puedan llegar a Richmond.

—Pudimos conseguir quinina de Asa Blandings el otoño pasado. Gracias a ella estoy aquí, porque me estaba muriendo de malaria.

—Pues ya tendrá suerte si no sufre dentro de poco otro ataque. No hay nada peor para la malaria que sufrir un gran frío.

Eso era precisamente lo que David había estado pensando.

—¿Usted no tendrá aquí quinina, verdad?

La amazona hizo un gesto negativo.

—Los yanquis han estado transportándola hacia el sur, donde Grant está luchando. Asa debe haber conseguido la que le vendió a usted en algún

almacén o depósito del ejército federal. Vaya ahora al cuarto de al lado y trate de dormir un poco, mientras aclaro y seco un poco en la estufa estas ropas tan elegantes que ha traído usted. Si entrara al tren vestido con ropas mojadas podría llamar la atención.

La noche había caído ya sobre Washington cuando David pagó al cochero que le había llevado al National Hotel desde la estación ferroviaria. Entró al hotel por la puerta trasera que daba a la Calle Sexta. Araminta le había escrito que cada vez que ella y su tío debían ir a Washington, ella llamaba con antelación al dueño del hotel, quien les reservaba las mismas habitaciones que ocupaban cuando ambos se conocieron. Había pues decidido entrar por la puerta de atrás y dirigirse directamente y sin ser visto hacia la *suite* de John Ross. De ese modo no correría riesgos de ser reconocido por alguien, porque el *hall* estaba habitualmente muy concurrido.

El viaje desde la casa de Pete, a orillas de la estrecha ensenada de Cheasapeake hasta Annapolis, que estaba a unas millas al sur, en Maryland, se había hecho sin inconvenientes ni sucesos dignos de ser destacados. Hanna le había aclarado y secado sus ropas, que poco habían resultado salir perdiendo tras sus cuidados y en consecuencia el aspecto de David era bastante respetable. Luego Pete Williams le había llevado hasta Annapolis y allí pudo coger sin dificultad el tren que lo había llevado a Washington.

Nadie le había hecho preguntas durante el viaje, ni pedido papeles, los cuales eran los falsos empleados por Lachlan en sus expediciones y que estaban extendidos a nombre de Preston Murrell. David los había encontrado junto con la chaqueta del *cherokee* que era precisamente la que llevaba puesta, habiéndola tomado de entre las ropas de su amigo. A todo lo largo del trayecto pudo observar que se alineaban largas caravanas de vagones cargados de material militar y abastecimientos. También vio ocasionalmente plataformas sobre ríeles en las cuales se hallaban dispuestos abundantes cañones y otras piezas de artillería salidas de las grandes fábricas de armamentos situadas en Baltimore, lo cual confirmaba el rumor de que una gran operación militar con vistas a poner fin a la guerra estaba siendo puesta en marcha en el Norte.

David llegó al corredor en el cual estaba situada la puerta que daba al apartamento de los Ross y tuvo la satisfacción de hallarlo desierto. Escrutó el pasaje desde la puerta a la cual había llegado tras subir por las escaleras de servicio y, al ver que no había peligro, corrió hasta la puerta que buscaba y

golpeó con los nudillos de su mano. Ya tenía preparada una historia para el caso de que otra persona acudiera a abrir. Diría en tal caso que, buscando la habitación de un amigo, se había confundido de planta. Pero fue Araminta quien abrió la puerta.

—¡David! —exclamó y fue hacia él.

Pero el médico la empujó rápidamente hacia dentro de la habitación, cerrando con no menos celeridad la puerta antes de estrecharla entre sus brazos.

Las efusiones fueron necesariamente de corta duración. Él le explicó enseguida las razones por las cuales debía seguirle de inmediato y ella no perdió el tiempo haciendo preguntas, sino que se apresuró a poner unas cuantas ropas y enseres en una maleta liviana, que permitiera rápidos desplazamientos. Entretanto David entró en la habitación de John Ross para saludar al jefe *cherokee* y a su esposa.

Enseguida advirtió que Ross se había desmejorado sensiblemente desde la última vez en que había tenido oportunidad de verle, es decir, tres años atrás, en Parkersburg. Su esposa Mary, que nunca había sido muy robusta, también parecía avejentada y poco saludable. Pero en sus ojos brillaba aún el espíritu resuelto que siempre la caracterizara.

—¡Gracias a Dios que has venido, David! —dijo Ross—. Desde que los periódicos de aquí publicaron la historia del arresto de Ellen Porterfield anteayer, hemos estado alarmados ante la idea de que los agentes de Pinkerton causaran algún daño a Araminta.

—Lachlan no estaba en el campamento cuando la carta de Ellen llegó. Se encontraba en Martinsburg explicó David Por eso me dieron la carta a mí; y en cuanto la leí quise venir a Washington para prevenir en lo posible cualquier peligro.

—Tratamos de persuadir a Araminta para que desistiera de hacer lo que hacía, cuando fuimos trasladados a Philadelphia —dijo Mary Ross—. Pero ella siempre decía que debía servir a la causa.

¿Tienes algún plan para poder escapar de Washington, David? —preguntó Ross.

—Llegué aquí desde Annapolis por tren y nadie me ha hecho preguntas ni pedido documentación alguna; pero no es posible volver allá sirviéndose de una barca dedicada a la pesca de ostras por el Rappahannock, que era lo que yo planeaba al principio. Las cañoneras federales están deteniendo a todas ellas en estos momentos. De modo que, según creo, lo mejor sería tomar el tren desde aquí hasta Reíais House y luego trasbordar a la línea principal de la

B&Q. Aunque ahora Martinsburg está en Virginia Occidental, conozco a gente por allí que podría facilitamos el transporte hacia el Sur. Afortunadamente conozco bastante bien los pequeños caminos que llevan a Virginia.

—¡Qué bueno! —dijo Araminta, que en ese momento penetraba en la habitación—. ¿Cuándo salimos?

—Vi en la estación cuando llegué que hay un tren para Relais House a les ocho, que conecta con el tren nocturno para Parkersburg —dijo David—. De modo que tendríamos que salir enseguida.

—No os preocupéis por mí —dijo Araminta a sus tíos al besarles para despedirse—. Mientras me encuentre con David ya sabéis que estoy segura.

—¿Adónde la llevarás, David? —preguntó Mary Stapler al médico.

—A mi casa, que está al sudoeste de Virginia. Preston's Cove está en el condado de Botetourt, a menos de un día a caballo de Lexington.

—¿Por qué no me llevas a Richmond, donde estaré más cerca tuyo? —dijo Araminta—. Puedo trabajar en el hospital.

—Porque el general Grant está por lanzar un imponente ataque sobre Richmond tan pronto como el tiempo mejore y en tal caso la propia capital tendrá que ser evacuada —le respondió David—. Casi no hay acciones militares en el valle en estos momentos y prefiero que estés segura en Preston's Cove.

Salieron siguiendo el mismo camino que David había usado para entrar, por las escaleras de servicio y la puerta trasera del hotel. Araminta estaba mucho más excitada que temerosa; pero David no se sentía en absoluto tranquilo. Sólo consiguió serenarse cuando llegaron a Relais House, que estaba entre Washington y Baltimore, e hicieron el cambio de tren a uno de la línea B&O que se puso a correr atravesando la noche rumbo a Martinsburg, desde donde, según esperaba David, podrían pasar tras las líneas en Virginia.

En el curso de la tarde del cuarto día de viaje, David y Araminta, sentados en un pequeño carro tirado por un caballo que David había podido comprar gracias a la ayuda de un simpatizante de los confederados en Martinsburg, llegaron a la granja habitada por la familia de Hal Perkins. Situada en el apacible valle por el cual la Brigada Stonewall había cruzado el Blue Ridge durante el verano anterior en viaje a Gettysburg, el lugar le resultaba muy conocido a David. Había recorrido casi cada palmo de él durante las marchas y contramarchas del ejército confederado en los veranos de 1861 y 1862 que habían consagrado al general Stonewall Jackson como una legendaria figura de la historia militar de todos los tiempos. Pero aquello era totalmente nuevo

para Araminta y no cesaba de maravillarse ante cada nuevo paisaje que descubría.

—Ahora veo por qué quieres tanto a este país, mi querido —exclamó—, y por qué te sentiste obligado a renunciar a tu puesto aquel primer año de la guerra para venir a luchar a Virginia.

—Espera a ver Preston's Cove y el resto del valle superior. Podrías jurar que te hallas en el cielo —le dijo David muy satisfecho.

—No, si tú no estás conmigo. Siento que los días que hemos viajado son los más ricos y pletóricos de toda mi vida. Y todo fe lo debo a ti.

—La guerra no durará más allá del verano próximo. En cuanto eso suceda, volveré a ti y juntos viviremos por el resto de nuestras vidas.

—Aún me alarma pensar en otro verano de guerra —dijo Araminta estremeciéndose y acercándose más a David—. Ahora que el general Grant ha venido a intentar poner término a las hostilidades, la matanza aumentará. Dicen que no vacila en echar a la batalla grandes masas de hombres, aunque eso signifique arrojarlos a las bocas de los cañones.

—Ésos son los méritos de Grant que el Norte aprueba. Estoy seguro de que una de las razones por las cuales yo pude entrar en Washington tan libremente y salir contigo, radica en el hecho de que el Norte ya no teme nada de la Confederación, puesto que Grant está al mando.

La familia de Hal dio una calurosa bienvenida a los viajeros, quienes descansaron allí un día para luego dirigirse de nuevo al valle, avituallados convenientemente por los Perkins para todo el trayecto de unas ciento veinte millas que aún les faltaba recorrer. Durante parte del camino siguieron por la ruta de portazgo del valle, puesto que las tropas federales parecían hallarse ausentes de él en aquellos días. Sin embargo, oyeron constantes rumores de que se estaba organizando un gran ejército al oeste de Winchester, en torno a la localidad de Romney, en Virginia Occidental.

Sólo un incidente desagradable tuvieron en el trayecto. Fueron azotados por uno de los vendavales propios de finales de marzo en aquellos parajes cuando estaban tan sólo a un día de viaje de su destino y recorrían un pequeño camino cerca de Bald Knob, que está a una altura de cuatrocientos pies. Como no era posible continuar el camino, puesto que comenzó a nevar copiosamente y las comunicaciones quedarían interrumpidas, David se vio obligado a refugiarse en una garganta de la roca para proteger no sólo a ellos, sino también al carro y al caballo.

Tras muchos fallidos intentos de hacer un fuego con ramas húmedas, desistieron; y, envolviendo al caballo con una de las mantas, usaron otras dos

para hacer lo propio ellos mismos. Así abrigados se acomodaron bajo el carro. Durante la noche, David fue despertado por Araminta que, en su sueño, gemía y temblaba de frío. Le puso la manta que él tenía por encima del cuerpo sin que ella lo advirtiera y empezó a andar dando fuertemente con los zapatos en el suelo y moviendo los brazos para evitar quedarse congelado. Al cabo de varias horas en esa situación llegó el alba.

Se pusieron nuevamente en camino pero, mientras recoman la relativamente corta distancia hasta Preston's Cove, David comenzó a sentir los ya conocidos síntomas de un ataque de malaria en su fuerte dolor de cabeza y de huesos. Ya Hanna Williams le había advertido de esa eventualidad, sin que él por cierto necesitara que ella le dijese nada, cuando, tras recorrer durante una hora las aguas heladas había llegado a su casa desde la Belle of Annapolis. Nada le dijo a Araminta, sin embargo, para evitar preocuparla. El viejo enemigo se había presentado tras aquella noche glacial; el viejo enemigo que le amenazaba desde el primer verano de la guerra.

Mientras seguían el tortuoso camino que bordeaba el río James y cuando sólo se hallaban a unas pocas millas de Preston's Cove aquella tarde, David fue presa de violentos escalofríos y de mucha fiebre. Cuando Araminta llegó, conduciendo ella misma el carro, al encantador paraje cercano al río donde sus antepasados habían levantado su hogar casi ciento cincuenta años antes, David ya desvariaba, presa del delirio.

VI

EL pequeño cuarto estaba lleno de una nube de vapor tan densa, que David Preston no pudo advertir al principio dónde se hallaba. Cuando su visión se aclaró un poco, comprendió que estaba dentro de algo que parecía ser una estructura de forma cónica hecha de zarzos entretejidos o de cañas. El conjunto debía estar recubierto por fuera, porque se encontraba en completa oscuridad. Apenas distinguía una débil línea que parecía indicar la presencia de una puerta. El vapor, a su vez, emanaba aparentemente del agua que se había colocado encima de una gran piedra calentada antes o acaso de carbones, porque creyó distinguir el débil fulgor de unas brasas.

Vio que su cuerpo descansaba sobre una sábana extendida sobre un piso sucio y que se hallaba completamente desnudo. Pero, aunque su cuerpo se hallaba bañado en sudor, no sentía sensación alguna de opresión por causa del calor y el vapor. Por el contrario, le parecía hallarse flotando y derivaba de esa sensación un gran relajamiento y una impresión general de bienestar. No quería saber cómo ni por que estaba allí ni lo que había sucedido desde lo último que recordaba; el camino y el carro que les llevaba entre vaivenes y pequeños saltos hasta la escondida ensenada donde había pasado su adolescencia.

Entregado a la delicia del calor en el cuarto lleno de nubes, David se estaba adormeciendo de nuevo cuando la puerta que había creído entrever en el pequeño recinto se abrió y una brisa de aire frío llego hasta él, la cual disipó un poco el vapor que le envolvía. Distinguí una figura vestida de blanco que se inclinaba para pasar por la estrecha y baja apertura, para entrar llevando consigo un cubo con agua. Se trataba de una mujer y era, sin duda, grácil y armoniosa. Cuando derramó más agua sobre la piedra caliente volvió a espesarse la nube que todo lo cubría; pero David pudo distinguir un brazo, un hombro… La figura dejó caer la túnica que la cubría y vio que se había quedado desnuda como él mismo.

Cuando se le acercó para posar una mano fresca sobre su frente y tomarle el pulso, trató de levantar una mano para tocarla, Pero, como su voz, sus músculos rehusaron de momento obedecer a su voluntad, Sin embargo, algo, la tensión acaso de los músculos de su brazo, sentida en la muñeca donde su visitante oprimía su pulso, hizo comprender a ésta que David estaba despierto y consciente. Dejó entonces su brazo y, tomando nuevamente el cubo, lo

vació sobre la piedra caliente. La nueva nube de vapor llenó nuevamente todo el lugar y ella, inclinándose, recogió la túnica con la cual había entrado y volvió a colocársela sobre los hombros.

—¿Hace rato que estás consciente, David? —preguntó la voz de Araminta con un dejo de acusación.

Trató David otra vez de hablar, pero de su garganta sólo pudo escapar un sonido confuso. Ella se arrodilló a su lado y le envolvió el desnudo cuerpo en la sábana sobre la cual estaba acostado; luego lo tomó en sus brazos y le abrazó de modo que su cabeza vino a reposar sobro la cálida y fragante tersura del pecho de ella.

—Ya has vuelto a recobrar conciencia, querido —dijo Araminta con voz alegre en la cual había, sin embargo, algo de sollozo mezclado con nerviosa risa—. Tan cerca has estado de la muerte que a veces no llegaba a advertir si estabas o no vivo aún.

—¿Dónde es…? —David trató de hablar, pero ella le puso un dedo sobre los labios y luego le besó.

Durante un largo y dulce momento no hubo necesidad de palabra alguna.

—Estás en Preston’s Cove —le dijo al fin Araminta—. Empezaste a delirar desde que comenzamos a descender la colina. Jack y Ellen me ayudaron a ponerte en la cama dentro de lo que quedó de la antigua ca…

—No comprendo.

Por fin había logrado encontrar las palabras.

—Desertores (Jack les llama «cuellos amarillos»). Unos desertores se llegaron hasta aquí dos semanas antes que nosotros. Cuando resultó evidente que los yanquis podían tomar esta parte de Virginia atacando por el oeste, mucha gente del Sur enterró su platería y todo cuanto tenía algún valor bajo los pisos de madera de sus casas. Llegaron por aquí unos desertores que buscan esos objetos y cuando levantaban los pisos de esta casa, ésta se incendió. Felizmente Jack y Ellen, ayudados por vecinos que no estaban en el ejército salvaron la cocina y parte de la edificación que no estaba unida a la casa.

—¿Y mi madre?

—El doctor Buxton dice que al perder su casa, el corazón le faltó. Murió unos días más tarde. Jack trató de hacértelo saber, pero cuando envió el mensaje tú estabas en Washington.

—Mi madre adoraba esta casa. Puedo comprender que al perderla se le rompiese el corazón.

—Jack tiene un daguerrotipo que muestra lo deliciosa que era. La reconstruiremos tú y yo una vez que termine la guerra.

¿Cuánto tiempo hace que estamos aquí?

—Dos semanas, creo. He estado tan atareada tratando de mantenerte con vida que he perdido yo misma un poco el sentido del tiempo.

David extendió una mano para tocar las paredes del recinto.

—¿Qué es esto?

—Una sauna *cherokee*. En cuanto llegamos aquí, Jack fue a buscar al doctor Buxton, que ejerce en Fincastle. Pero no tenía quinina. Dijo que no pensaba que pudieses recuperarte. Pero yo sí.

—¿Cómo has hecho para salvarme… sin quinina?

—Cuando Lachlan y yo visitábamos a nuestros parientes en Carolina del Norte durante el verano, siempre nos entreteníamos visitando a Tsali, que era el curandero de la tribu. Me permitía ir con él cuando salía a recoger hierbas y cortezas de árboles para hacer sus pociones. De él aprendí a hacer la «bebida negra» de los *cherokees* y también otras infusiones medicinales. De modo que fui al monte, busqué los ingredientes y te di a beberlos.

Rió, con la más adorable risa que David había nunca escuchado.

—El doctor Buxton dice que te he tratado con un brebaje de brujas, aunque admite que fue eso lo que te ha mejorado. Eso y los baños de vapor que te he preparado con el fin de que expulses el veneno de la malaria.

—Me parece que te debo la vida.

—Mientras temblabas como una vara verde con los escalofríos o te abrasabas en fiebres, pensaba que iba a perderte para siempre —confesó Araminta, mientras se inclinaba para besarle larga y amorosamente de manera que él sintió la vida correr de nuevo con fuerza por todo su ser.

Al fin, ella se apartó un poco de él.

—Mejoras a ojos vistas —dijo casi sin aliento—. Recuerda que por ahora sólo soy tu novia, no tu esposa.

—Remediaremos eso en cuanto me encuentre lo bastante fuerte como para salir en busca de un pastor.

—El doctor Buxton cree que ya estamos casados —dijo, riendo nuevamente con su risa clara y contagiosa; la misma risa que había enamorado a David en Washington tres años antes—. Cuando le expliqué cómo los *cherokees* usan sus saunas pareció escandalizarse un poco ante la idea de que hombres y mujeres tomasen juntos su baño de vapor, aun estando casados, de modo que tuve que mentirle un poco. Oh, sólo un poco, porque esta tarde me he casado contigo de acuerdo con el ceremonial *cherokee*.

—¿Cómo te las arreglaste para eso?

—Para los *cherokees*, la promesa de vivir juntos y enamorados es suficiente. Y por si no lo recuerdas, te diré que eso fue lo que me prometiste en el muelle de Parkersburg hace mucho tiempo.

—No lo he olvidado.

—De acuerdo con el ritual nuestro, el novio da a su desposada un trozo de carne de venado, con lo cual simboliza su compromiso de velar por su esposa y sus hijos, llevándoles los alimentos necesarios, que obtendrá en la caza del venado. La novia le da en cambio una oreja de cuerno, prometiendo ser una buena esposa y cuidar de la casa. La ceremonia se cumple en la «Casa Larga» que cada poblado *cherokee* tiene y luego el pueblo bebe y danza hasta caer agotado.

—Muy parecido a cualquier otra boda.

—Con la excepción de que en este caso tuve que ir yo misma a cazar el venado.

—¿Con arco y flechas?

—No. Jack me prestó su rifle. Me causó un gran dolor matarlo. Era un animal espléndido y bebía en el río, aquí, junto a la ensenada. Pero necesitábamos su carne y yo no estaba dispuesta a separarme otra vez de ti.

Se puso de pie.

—¿Te gustaría dar un paseo hasta lo que ha quedado de la casa? Sólo tendrás que dar unos pocos pasos. Yo te ayudaré.

—Quiero ver si tengo la fuerza suficiente para andar solo.

Las piernas le temblaban, de modo que Araminta le ayudó a dirigirse al edificio separado de la casa, en el cual había una habitación que servía a la vez de cocina y de comedor en Preston’s Core. Parte de una galería que en otro tiempo unía esa zona de la casa con el edificio principal se había salvado del fuego, también, al menos en gran parte. Al ver los cimientos calcinados de la casa y los ladrillos que en otro tiempo habían sido el hogar y la chimenea de la casa donde había nacido y pasado la infancia y buena parte de su juventud, David sintió un gran peso en su corazón. Pero, al mirar que a su lado estaba la muchacha que él amaba y que le había salvado la vida cuando la ciencia del hombre blanco se declaraba impotente, se sintió tan convencido como ella de que sería reconstruida con toda la gracia y la sencillez que antes la caracterizara.

El doctor Buxton, que era el médico de la familia desde hacía muchos años y que vivía en Fincastle, a unas doce millas de allí, vino a visitar a David dos días después, encontrando al enfermo sentado en un sillón de hamaca

puesto en lo que en un tiempo fuera la vieja galería de la casa y bebiendo el aire primaveral.

—Debo admitir que yo había dado el caso por perdido. Pero no había tenido en cuenta los méritos de tu experta esposa, David. Es a ella que le debes la vida —dijo el visitante—. Por lo menos en este caso ha resultado ser un médico superior a mí.

—Supongo que nosotros los médicos blancos tenemos mucho que aprender de la medicina india.

El viejo médico se puso a beber un poco del *whisky* que Jack había logrado esconder a los ojos de los desertores que habían saqueado el lugar.

—La quinina se extrae de la corteza de un árbol que primeramente se encontró en el Perú. Aún recuerdo los tiempos en que recetábamos la toma del polvo mismo en que la corteza era transformada en vez de la droga pura que hoy se extrae de ella —dijo el doctor—. Los curanderos indios probablemente conocían las virtudes de la *cinchona*[14] en el caso de ciertas fiebres y hacían uso de ella mucho antes de que los jesuitas llegaran a instalarse en Sudamérica. Fueron precisamente los jesuitas quienes llevaron el remedio a España. Hemos de creer que si hay quinina en la corteza de la *cinchona*, parece razonable que también se la encuentre en la corteza de otros árboles.

El doctor Buxton bebió otro sorbo de su vaso.

—¿Te ha dicho tu esposa que a petición de ella envié un telegrama al comandante Hunter McGuire, que está en Richmond, diciéndole que no estás capacitado para seguir cumpliendo con tus obligaciones militares?

—Sí. Iba precisamente a ir a visitarle a usted para agradecérselo Sólo esperaba a sentirme un poco más fuerte.

—Estoy ya viejo para andar recorriendo casas de esta zona visitando enfermos. En muchos casos, por otra parte, se trata de falsas alarmas. Muchas mujeres, por ejemplo, lo llaman a uno mandándole decir que se están muriendo cuando en realidad no sufren de nada Cuando te sientas en forma, espero que me reemplaces, David.

—Aún soy un oficial del Ejército de la Confederación, señor.

—Sin esta mujer que tienes no estarías aquí.

—Estoy de acuerdo.

—Pues entonces le debes tú más a ella que a la Confederación. ¿Qué te impide reemplazar a un viejo médico que está ya muy achacoso para seguir trabajando? Podrías traer a esta comarca un tipo de medicina mejor que aquél al que estaban acostumbrados.

—De eso no estoy tan seguro.

—No trates de halagarme, muchacho. Tu esposa me ha contado cómo le salvaste la vida a mi tío en Washington, cuando ese médico de la alta sociedad lo daba por muerto.

—Su opinión no es imparcial.

—Leo los periódicos y sé que lo que se aprende en las facultades de medicina europeas nos coloca a nosotros, viejos médicos rurales a la altura de unos vulgares enfermeros. —El doctor Buxton vació su vaso y se puso de pie con desgana—. Piénsalo, muchacho. No es preciso que me contestes enseguida. De todos modos, no le haría esta proposición a nadie más. Pero, de todos modos, has de pensar que un hombre que ha estado a las puertas mismas de la muerte en dos ocasiones (pues tu esposa me ha hablado de la otra) ya no debe nada al gobierno de Richmond.

VII

LA primavera llegó temprano aquel año a los valles del James y del Shenandoah, que amenizan la cadena montañosa de los Apalaches. Al finalizar el mes de abril de 1864, los árboles estaban en flor y los laureles mostraban sus capullos rojos o blancos con admirable generosidad y los recortaban contra el verde de las montañas. También las hierbas estaban florecidas y adornaban la ribera del río.

Delgadas y nerviosas, las truchas saltaban del agua como dardos oscuros entre las cascadas de Meadow Greek. El hielo se había fundido y con alegría burbujeante el alegre arroyuelo llevaba consigo el recuerdo de las nieves, que arrastraba desde lo alto de las montañas para que viniese a regar la fértil granja junto a la ensenada donde los antepasados de David habían detenido su marcha desde Pennsylvania para levantar su hogar. El camino se llamaba por entonces simplemente Carretera de Philadelphia; pero más tarde fue conocido como el camino de portazgo del valle. Aquellos antepasados suyos habían llegado en una de las migraciones hacia el sudoeste que 6e produjeron a principios del siglo XVIII. El lugar que habían elegido, junto al río James y no lejos de Fincastle, ofrecía sorprendente belleza y era sumamente feraz. Fincastle había sido sede del gobierno colonial en tiempo de los ingleses y desde allí se negociaban todos los asuntos administrativos del condado de Virginia, el cual, antes de quedar dividido en varias circunscripciones más pequeñas, se había extendido hacia el oeste hasta el Mississippi y hacia el norte hasta el poblado que más tarde llegaría a transformarse en Chicago.

Tan pronto como pudo hallarse en condiciones de viajar, David, acompañado de Araminta, se llegó hasta el pueblo de Eagle Rock. Allí se casaron sigilosamente en la iglesia presbiteriana para volver a la casa la misma tarde y encontrar al doctor Buxton sentado en la silla de hamaca de la galería, gustando un vaso de *whisky* con agua tomada a un gran manantial que había en cierto acantilado rocoso no muy lejos de la casa.

—Parecéis muy felices —observó el viejo médico cuando la pareja venía a su encuentro para saludarle.

—Hemos ido a Eagle Rock —le replicó Araminta—. David no estaba seguro de que nuestro casamiento de guerra fuera enteramente correcto en los detalles, de modo que el reverendo McIntyre nos casó nuevamente.

—Con un buen lazo presbiteriano —continuó David—. Nunca podrá desatarlo ella.

—He sido insultada —protestó Araminta con fingida irritación—. Y es por esa razón que no habrá fiesta de bodas… a menos que el doctor Buxton acepte quedarse a cenar.

—Imposible —dijo el viejo médico—. La hija mayor de Ezra Karnes está a punto de dar a luz y su marido está en el ejército. Como es su primer parto, tal vez se le haga largo. Precisamente por eso pasé antes por aquí a fortificarme un poco. Como Ezra es profundamente bautista y yo conozco a los bautistas porque también lo soy, sabía que en su casa no encontraría un solo trago.

—En tal caso, ¿por qué no beber otro conmigo? —sugirió David.

—Pues si insistes…

—Iré a preparar café por si fuera necesario devolveros más tarde la sobriedad —dijo Araminta.

El doctor Buxton esperó hasta que ella estuvo fuera del alcance de su voz y expuso la verdadera razón que le había llevado allí.

—¿Has pensado sobre la oferta que te hice en mi última visita David?

—Un poco, sí. Me atrae.

—Te daría libertad.

—Comprendo; pero hay otras consideraciones que es preciso tener en cuenta.

—¿Nada que ver con el ejército, verdad? Tu trabajo en él ha terminado.

David no respondió enseguida y cuando lo hizo fue para murmurar en voz baja:

—No podría amarte tanto, amor mío, si tanto como a ti no amara al honor —dijo como hablando para sí mismo.

—¿Qué has dicho?

David repitió la frase.

—Es parte de un poema, escrito hace más de doscientos años por un inglés llamado Richard Lovelace.

—¿Lovelace? Sí, conozco el poema; pero no veo qué relación tiene…

En ese momento volvió a aparecer Araminta, quien venía de encender fuego en la gran cocina de hierro que no sólo servía para cocinar sino también para entibiar la habitación donde pasaban gran parte del día. Se la veía resplandeciente por el calor que había recibido en la cara.

—¿Por qué tienen ambos esas caras tan solemnes? —preguntó.

—Tu marido me ha estado declamando una poesía, Araminta —dijo el doctor—. Una poesía de Richard Lovelace, un poeta inglés.

—El único poema suyo que conozco y recuerdo es aquel que dice: «No podría amarte tanto, amor mío, si tanto como a ti no amara al honor». —Su voz se quebró de pronto en un sollozo y la expresión de sus ojos hizo que David deseara tomarla en sus brazos para consolarla—. ¿No volverás al ejército, verdad, David?

El doctor Buxton se apresuró a depositar su vaso sobre la mesa.

—Será mejor que me vaya a casa de Ezra Karnes. Si no me apresuro, el niño es capaz de llegar antes que yo. Oh, lo olvidaba —agregó, tomando un periódico doblado de su bolsillo—. Aquí es la el *Enquirer* de Richmond. Es un ejemplar bastante reciente: no tiene más que una semana.

—Sabía que esto era demasiado bueno para durar —dijo Araminta con voz alterada mientras el viejo médico, encorvado y con aspecto cansado subía a su coche y movía las riendas sobre el loma de su caballo para ponerlo en movimiento—. ¿Por qué los hombres prestan tanto interés a su honor aunque deshagan el corazón de las mujeres que los aman?

—Porque si así no fuera carecerían del derecho a reclamar ese amor. ¿Alguna diferencia con el modo de pensar de los *cherokees*?

—En realidad, no —tuvo que admitir ella volviéndose hacia la cocina—. Un guerrero debe probar que merece el amor de la mujer que le elige. Eso forma parte de las antiguas leyes de nuestro pueblo.

—Entonces no puedes criticarme si me siento obligado a actuar, ¿verdad?

—Supongo que no. ¿Cuánto tiempo nos queda para estar juntos?

—Necesitaré varias semanas más para recobrar mis fuerzas.

—Pues tendrás que recobrarlas antes, porque a partir de hoy haremos el amor por lo menos una vez cada noche, hasta que llegue el momento de tu partida.

—Pero…

—Nada de peros. Las mujeres *cherokees* saben cuál es la mejor época para engendrar hijos; lo saben por los ciclos de la luna. Pero yo no correré riesgos de equivocación. Tenemos que estar seguros de que he quedado embarazada antes de que salgas de esta casa rumbo a tu hospital de campo. De ese modo, pase lo que pase, siempre tendré algo tuyo. Ahora siéntate y lee el periódico que te ha traído el doctor Buxton.

El diario era del 25 de abril de 1864 y en gran parte se dedicaba a describir los movimientos del ejército federal al norte de Richmond, donde el general Ulysses S. Grant estaba concentrando la fuerza militar más importante

y numerosa reunida hasta entonces, con objeto de lanzar una formidable ofensiva contra Richmond. La ciudad estaba defendida por el ejército de la Confederación bajo el mando del general Robert E. Lee.

En cierto espacio de una página interior se veía un artículo que de inmediato atrajo la atención de David. Se trataba de un despacho desde Staunton, en Virginia y decía así:

LAS TROPAS FEDERALES INVADEN DE NUEVO EL VALLE DEL SHENANDOAH

Staunton, Virginia, 24 de abril.

Informaciones llegadas a esta ciudad indican que un ejército formado por alrededor de seis mil hombres y protegido por nutrida artillería, está siendo parado en el nuevo estado creado por la Unión que lleva el nombre de Virginia Occidental. Dicho ejército estará al mando del general Franz Siegel, jefe militar en ese distrito. El propósito que él mismo persigue es indudablemente marchar rumbo al sur hasta alcanzar el valle del Shenandoah con vistas tomar Staunton y cortar la línea ferroviaria que se dirige a Richmond. Se entiende que la operación forma parte de la campaña que en estos momentos lleva a cabo la Unión para capturar la capital.

Un ejército confederado a las órdenes del general John C. Breckinridge, jefe militar sureño en el valle, se está desplazando hacia la zona con la intención de rechazar el ataque. La Caballería de Virginia, a las órdenes del general John D. Imboden se halla en estos momentos empeñado en una acción dilatoria en la zona cercana a Strasburg, la cual tiene por objeto retardar el avance federal. Se espera que el Batallón de Cadetes del Instituto Militar de Virginia reciba su bautismo de fuego en este importante movimiento. Según nuestros informes hay mucha excitación en el Instituto.

En Richmond, el general Lee ha informado que tiene presente la posibilidad de un ataque de la Unión en la parte alta del Valle, el cual no ha dado muestras de beligerancia durante la mayor parte de este año, porque dicho ataque podría implicar una seria amenaza para las defensas de la capital. De ahí la decisión de llamar a los cadetes del Instituto Militar de Virginia, para el caso de que la situación los tomase necesarios.

—No pueden enviar a esos niños a la guerra —protestó Araminta cuando más tarde David le enseñó el artículo del periódico—. ¿Cómo se puede ser tan insensible?

—Stonewall Jackson reclutó a los cadetes del Instituto Militar de Virginia en 1862, aunque los destinó a la retaguardia, donde permanecieron junto con las unidades de reserva. —David vaciló un poco y luego continuó hablando —. ¿Supongo que sabes que Lachlan está en la Caballería de Imboden, no es verdad?

Ella asintió con un gesto.

—Según me ha escrito, se siente muy a gusto con el general Imboden.

—John es un jefe sumamente capaz, pero carece de los hombres necesarios para detener mucho tiempo a un ejército como el de Franz Siegel. Todo dependerá ahora de qué tiempo pondrá Breckinridge hasta llegar al Valle.

El análisis de la situación esbozado por David tuvo su confirmación unos días más tarde, cuando el comandante Lachlan Murrell, cubierto por un uniforme muy manchado de barro y cabalgando un caballo exhausto, llegó hasta la semiderruida casa de Preston's Cove y desmontó, dando las riendas a Jack para que le alimentara y le diera de beber.

—Me parece que te tomas tu tiempo, amigo —le dijo bromeando a David mientras entraba en la galería—. De acuerdo con el telegrama que enviaste al doctor Hunter McGuire, esperaba que para estas fechas ya estuvieses de nuevo en tu puesto.

—El telegrama fue cosa de tu hermana. —David le sirvió a Lachlan una generosa dosis de *whisky*, agregándole un poco de agua procedente del cercano manantial—. Pero, como yo estaba en coma por obra de un nuevo ataque agudo de malaria, no puedo realmente mostrarme en desacuerdo con ella.

—¿Dónde está Araminta?

—En el arroyo, un poco más arriba, tratando de pescar algo para la cena de esta noche. Pero ya estará por regresar.

Lachlan sonrió.

—No me dirás que un pundonoroso personaje como tú vive pecaminosamente aquí con mi hermana.

—Oh, no. Ahora somos realmente cuñados —afirmó David—. Y en cuanto a estar aquí, de no ser por Araminta, ya me habría marchado. Cuando el médico de los alrededores me había desahuciado, me hizo un tratamiento médico a la manera *cherokee*. Ya sabes: la «Bebida Negra».

—¡Dios mío! ¡Te está convirtiendo en un indio!

—Haga lo que haga, me gusta. Hacia el momento en que llegamos aquí procedentes de Washington, hace unas semanas, el ataque me había

transformado en una especie de idiota delirante.

—Yo creía que la malaria sólo atacaba durante el verano.

—Eso es lo corriente. Pero yo me hallé hasta los huesos al andar con el agua al cuello durante una hora, desde el barco pescador de ostras hasta la orilla. Pero dejemos eso. ¿Qué es lo que te ha traído por aquí?

—Voy a integrarme en las fuerzas de John Imboden otra vez. Me había enviado al sudoeste de Virginia para que averiguase qué es lo que retiene al general Breckinridge.

—He leído en el Enquirer que un ejército federal al mando de Franz Siegel se dirige al Valle. ¿Qué hay de cierto en esa información?

—Siegel va en esa ruta, pero avanza con cautela. Las fuerzas irregulares sureñas le han dado tantos dolores de cabeza que aparentemente no quiere asumir riesgos. Hasta ahora le hemos estado complicando en lo posible las cosas con algunas escaramuzas de esas que tanto le molestan. Pero el problema sigue en pie, porque cuenta con fuerzas infinitamente superiores a las de Imboden. A menos que éste y Breckinridge se pongan de acuerdo para presentarle batalla en alguna parte al norte de Staunton, hasta un tonto perdido como Siegel es capaz de derrotarlos, poniendo al valle en manos de la Unión.

—Me imaginé que la situación era grave cuando Lee aprobó la idea de enviar al frente a los cadetes del Instituto Militar de Virginia.

Lachlan le miró sorprendido.

—¿Al fin se decidieron a tomar esa resolución? No sabía nada. Hace más de una semana que falto de aquí.

—Eso es lo que dice el Enquirer en un despacho. Supongo que el autor habrá confirmado la veracidad de lo que afirma en sus fuentes.

—John Imboden tiene a un hermano menor estudiando en el Instituto, de modo que imagino que estará en contra de esa medida. Por otra parte, cuando la guerra llegue a su término, el Sur necesitará la clase de personas que el Instituto está formando para integrarlas en su esfera política. Me disgustaría mucho ver a ese batallón de chiquillos morir al tratar de contener a un estratega de tercer orden como Siegel.

En ese momento entró Araminta a la galería con varios peces colgando de un cordel, los cuales dejó caer para ir a abrazar a Lachlan.

—¿Por qué no nos avisaste que venías? —le preguntó en cuanto pudo recuperar el aliento y tras mucho besarle las barbudas mejillas—. Hubiéramos matado al ternero más gordo en tu honor.

—Tu marido me ha dado esto, que vale por un ternero —dijo Lachlan enseñándole su vaso—. Estás magnífica, hermanita.

—Creo que estoy embarazada, Lachlan. Y creo que, si tengo un varón, le pondremos tu nombre.

—Me halagas, naturalmente; pero ¿estás tú de acuerdo con esa decisión, David?

—Acabo de enterarme de ambas cosas —confesó David—. Pero estoy en favor de las dos.

La velada se desarrolló demasiado rápidamente. Empezó con una cena espléndida a base de pescado, maíz, judías verdes y bizcochos.

—En tu favor es preciso reconocer algo, David —dijo Lachlan, cuando retiró un poco la silla hacia atrás al fin de la cena—. Que has sabido transformar a una frívola mariposa de sociedad en una verdadera ama de casa.

—El amor llevó a cabo esa transformación —intervino Araminta—. Te aconsejo que pruebes la receta.

—Tal vez la pruebe; pero antes he de ver terminada esta guerra. ¿Qué tal se hallaba el tío John cuando le dejasteis?

—Se está debilitando rápidamente, Lachlan —dijo Araminta—. Estoy feliz de hallarme aquí, porque aquí está mi mundo ahora; pero nuestro pueblo necesitará como nunca nuevas autoridades cuando la guerra acabe. El tío John ya no tiene fuerzas para llevar esa carga.

—La Confederación pierde terreno en todos los frentes —dijo el oficial *cherokee*—. Alguien debe comprender (alguien que no puede ser Jefferson Davis) que nuestra causa está irremediablemente perdida y debe intentar conseguir la mejor paz que pueda negociar. No hay tiempo que perder.

—Si comenzamos a enviar chavales de dieciséis y de diecisiete años a la guerra, el hecho sólo puede significar que estamos desesperados —dijo David.

—Muchos sureños duros de pelar hablan de emigrar a México cuando la guerra se pierda —dijo Lachlan.

—Supongo que tú te quedarás con tu pueblo —insinuó David.

—En el único lugar donde se me necesitará será donde se encuentren los *cherokees*. ¿Adónde más he de ir?

David prefirió seguir informándose.

—¿Qué me puedes decir de la Brigada Stonewall? —preguntó.

—Aún enfrentan al enemigo desde las fortificaciones que dan al Rapidan, aunque me temo que el mal tiempo en esta primavera ha sido especialmente duro para ella.

—¿Los hombres siguen sin zapatos, como siempre?

—Ni medias, hasta que las señoras de la familia del general Lee tejieron algunas y se las han enviado. De hecho, el Ejército de Virginia del Norte está falto de comida, ropa, municiones, elementos sanitarios, medi… —Lachlan se interrumpió—. Creo que he metido la pata.

—David ya ha resuelto volver a su puesto —le dijo Araminta—. Solamente yo lo he retenido para que recobrara las fuerzas y para que me dejara embarazada. Ahora que ambas cosas están en regla, supongo que nada le retendrá.

—Hazme el favor de enviar un telegrama a Hunter McGuire en mi nombre desde Staunton, Lachlan, cuando vuelvas a emprender la marcha hacia el Valle, diciendo que solicito se me readmita en el servicio activo.

—Muy bien, si eso es lo que ambos deseáis.

—No se trata de lo que deseamos —dijo Araminta— sino de lo que cree David que debe hacer.

VIII

EN los sótanos de una iglesia situada a unas diez millas al sur de New Market, se encontraba una importante ruta que corría hacia el este desde el camino de portazgo del valle hasta Richmond, pasando por el Blue Ridge, y el área virginiana del valle. En aquellos sótanos se encontraba David vendando el pie a uno de los chicos del Instituto Militar de Virginia. Caía la tarde del 14 de mayo de 1864. El joven formaba parte del regimiento de doscientos quince estudiantes del Instituto, que habían pasado a integrar las fuerzas confederadas con grado de oficial. A ellos se agregaban algunos hombres, pertenecientes a dicha escuela, más treinta y dos cadetes que prestaban servicios con los cañones de dos bocas que habían pasado a reemplazar, en algunas zonas, a las piezas de artillería anticuadas.

El cadete, que se apellidaba Battalion, iba en camino para juntarse a un ejército de cerca de cuatro mil hombres que avanzaban desde el sudeste de Virginia hasta Staunton para hacer frente a una fuerza militar de seis mil. El general Franz Siegel, que era el jefe de este cuerpo, buscaba evidentemente apoderarse de la estación del ferrocarril central de Virginia. Era claro que una vez en manos federales aquel punto vital de comunicaciones no sólo quedaría suprimido el abastecimiento de Richmond, sino que los soldados federales podrían trasladarse al valle por tren, lo cual agregaba rapidez a las maniobras y evitaba el cansancio de los hombres, que en tal caso podrían llevarse con celeridad a través del Blue Ridge para formar otro eslabón de la cadena de hierro que en torno a Richmond estaba tendiendo el general Grant.

Agresor, como siempre, el general Ulysses S. Grant se disponía a lanzar un ataque abrumador contra Richmond, con intención de capturar la capital confederada y ofrecérsela en bandeja al Presidente Lincoln, quien debía convencer a un electorado poco entusiasta en los ya próximos comicios de noviembre. Con típica tenacidad de *bull dog*, Grant estaba completamente resuelto a tomar Richmond mediante un ataque frontal a través de la zona del desierto.

Las órdenes recibidas finalmente por David se habían retardado, de acuerdo con los propios términos de su telegrama, que Lachlan Murrell había cursado. La respuesta aceptándolo y destinándolo temporalmente a la unidad sanitaria que se encargaría de los cadetes del Instituto Militar de Virginia le había llegado unas horas antes de que los chicos hubiesen comenzado su

marcha para unirse a las tropas del general Breckinridge en Staunton, la cual intentaría un ataque desesperado para detener al ejército federal.

Había llovido casi constantemente desde el momento en que el cadete Battalion dejara su escuela cuatro días antes entre aclamaciones y bandas de música. Iba en formación con otros cadetes que, como él, habían sido destinados a las tropas de Breckinridge y en el punto de partida habían desfilado, con los cañones de doble boca delante, bien engrasados de manera que no chirriaran sus ruedas. Todo el pueblo de Lexington había despedido a los cadetes elegantemente vestidos con sus vistosos uniformes. Espectacular y estimulante como había sido la despedida, puso ánimo en el pecho de los nuevos soldados de la Confederación; pero ahora, tras la lluvia incesante y el progresivo acercamiento a la zona donde sería preciso luchar con gran bravura, se habían atemperado un poco los entusiasmos de los chicos, algunos de los cuales apenas contaban dieciséis años.

Cuando David ya estaba concluyendo el vendaje, un mojado cadete de la avanzadilla entró en el sótano de la iglesia y saludó militarmente.

—Acaba de llegar un mensaje para usted, doctor. —Como tantos en el ejército del Sur, el cadete no estaba muy seguro de dar al médico su exacto rango militar cuando se dirigía a él—. El general Breckinridge quiere verle en su cuartel general cerca de New Market tan pronto como pueda usted llegar hasta allí.

David se apoderó de un trozo grande de pan y algo de tocino, envolviéndolos en un pedazo de tela impermeable y guardó la reserva en un bolsillo de su capote, para hacer uso de ella durante el viaje de diez millas que tenía por delante hasta llegar al cuartel general. Una vez hecho eso se puso de inmediato en camino. Cuando había andado durante unos noventa minutos se presentó en el cuartel general de la división, que se hallaba en una cabaña de madera de dos habitaciones, un poco al sur de la ciudad de New Market. Por la puerta entreabierta podía ver al general trabajando sobre un mapa que tenía ante su vista y, mientras esperaba ser recibido, se preguntaba por qué le había mandado llamar. Acaso se hubiese producido algún cambio en las órdenes que le habían asignado a la unidad sanitaria encargada de los reclutas del Instituto y se quería que pasase a las unidades médicas de la división durante la batalla que ya se avecinaba.

El comandante general John Cabell Breckinridge tenía entonces cuarenta y tres años y era un hombre extraordinariamente guapo que había sido ya vicepresidente de los Estados Unidos bajo el Presidente Buchanan. Se había presentado en las elecciones de 1860 contra el propio Presidente Lincoln, con

un programa político que sostenía las bondades del esclavismo y la necesidad de respetar los derechos de cada estado. Tras la elección consiguió alcanzar un escaño en el Senado en representación de su estado natal, Kentucky. Allí se quedó hasta diciembre de 1861.

Aunque Breckinridge había trabajado sin descanso para conseguir que los estados del Sur permaneciesen dentro de la Unión, sus, excolegas del gobierno de los Estados Unidos le expulsaron por traidor, aun cuando acababa de negarse a aceptar un cargo en el ejército confederado. Por esta razón, el ánimo de Breckinridge cuando del Norte se trataba, era el de un amargado.

David le había visto varias veces cuando ambos estaban en Washington. Al ser introducido en el despacho del general, a los diez minutos de su llegada al cuartel general, no encontró que Breckinridge hubiese cambiado mucho desde entonces. Sólo podía apreciarse un gesto más rígido alrededor de su boca.

—Tome asiento, mayor. Le atenderé a usted enseguida —dijo el general en jefe. Pero tardó varios minutos en terminar la lectura de las hojas que tenía ante sí, porque aparentemente se trataba de algo que debía estudiarse con cuidado. Al cabo de ese tiempo se inclinó y, poniendo los papeles sobre la mesa dibujó debajo su rápida firma.

—Tengo entendido que ha servido usted a las órdenes del general Jackson, comandante —dijo finalmente.

—Durante dos años, señor: desde Harpers Ferry hasta Chancellorsville. Era el jefe del l.er Hospital de Campaña del Segundo Cuerpo ya en la primera Batalla de Manassas y seguí en ese cargo hasta que un fuerte ataque de malaria me tuvo al margen, hace de esto poco más de un mes.

—¿Y ha estado ausente del servicio por causa de enfermedad?

—Estuve en coma por casi un mes, señor.

—He visto alguna malaria invernal en Baton Rouge —dijo el general Breckinridge levantando las cejas con gesto extrañado—. Pero pensé que eso no ocurría tan al norte en los meses más fríos del año.

—La enfermedad es, en efecto, menos frecuente en los meses invernales, especialmente en el norte —admitió David—. Pero yo la contraje con gran fuerza en el 62 y tuve una recaída el verano siguiente, también grave. A partir de entonces creo que he quedado propenso a las recaídas. De todos modos, me vi expuesto a un gran enfriamiento en marzo y estuve delirando durante bastante tiempo a partir de entonces.

—Me alegro de que se haya usted repuesto y de poder, en consecuencia, contar con su ayuda, comandante. Se me ha dicho que adquirió usted

especialización en Europa y que por tal causa el general Jackson lo tenía como consejero.

David sonrió.

—Nadie le daba muchos consejos al general Jackson, con excepción, tal vez, del general Lee. Pero es cierto que en algunas ocasiones me invitó a formar parte de un consejo de asesor amiento. En ocasiones en que trabajaba sobre alguna estrategia particular.

—Yo soy nuevo aquí y desconozco esta zona, de modo que quisiera que usted desempeñase a mi lado el mismo papel que al lado del general Jackson, comandante. Según me ha dicho el general Imboden, la próxima línea de defensas hacia el sur, después de New Market, se halla en Lacey Spring, por la zona donde usted acaba de dejar a los cadetes. ¿Está usted de acuerdo en eso con él?

—Totalmente, señor. Si dejamos que los federales tomen New Market…

—Ya lo han tomado, mayor. Me propongo ahora arrojarlos nuevamente de allí, impidiendo así que el general Siegel continúe hasta Richmond a través de Luray y Sperryville. La pregunta es ésta: ¿Cómo hacerlo?

—La técnica militar del general Jackson consistía en atacar siempre.

—¿Y usted sigue aconsejando esa técnica?

—Sí, señor. En absoluto. —David vaciló un momento—. Pero confío en que no irá usted a lanzar a los cadetes del Instituto Militar de Virginia al frente de batalla.

Breckinridge le dirigió una mirada dura, pero no pareció ofenderse por la brusquedad de David.

—Esos jóvenes representan lo mejor que el futuro puede dar a Virginia, en muchos aspectos, señor. El Sur los necesitará mucho cuando la guerra haya terminado.

—Pero nosotros también necesitamos una victoria que defienda las posiciones del general Lee contra el ataque de Grant y que mantenga en alto nuestra moral militar, comandante. ¿Sabe usted lo que significa cargar con el mando de fuerzas constantemente derrotadas?

—Creo que no, señor.

—Pues yo sí. Primeramente traté de evitar la guerra y para eso quise aferrarme al Congreso tanto tiempo como pudiese. Como recompensa me declararon, por votación, traidor a la patria. Luego fui derrotado en Shiloh, Chickamagua y Missionary Ridge. Ahora que cuento con un ejército equivalente a los dos tercios del que tiene el general Siegel, estoy resuelto a no dejarme vencer por un inepto general de la Unión.

Breckinridge volvió a inclinarse sobre la mesa sobre la cual se hallaban los planos y en la que había estado tomando unos apuntes.

—Pero estoy dispuesto a hacer una concesión, comandante: los cadetes se hallarán en la segunda línea del ejército. —Puso su nombre bajo una orden que se hallaba sobre la mesa y se la extendió a David—. Buenas noches, comandante. Lleve, por favor, esta carta al coronel Shipp que manda el regimiento de cadetes. Ha de adelantarse para juntarse conmigo de inmediato.

David saludó, retirándose. Era casi la medianoche cuando volvió al campamento de los cadetes para presentarse al oficial de guardia, que era un remoto pariente suyo y uno de los cuatro oficiales tácticos del regimiento. Le habían herido en los primeros meses de la guerra y como consecuencia de ello le faltaba un brazo. Más tarde le nombraron instructor de tácticas militares en el renombrado Instituto Militar de Virginia y ahora estaba junto a sus cadetes.

—De modo que mañana será el día —dijo el oficial de guardia f El general Breckinridge no pierde tiempo.

—Calcula que tenemos dos hombres por tres de ellos. Lo cual es bastante mejor que la situación que generalmente ha afrontado hasta ahora nuestro ejército en una batalla.

—¡Sargento de Guardia! —gritó el capitán Preston (pues llevaba el mismo apellido que David) llamando al oficial cadete que estaba a cargo de los piquetes que vigilaban el campamento—. Que el tambor mayor ejecute el redoble largo. Abandonaremos de inmediato este lugar.

Hacía ya meses que David no oía el atronador redoble de los tambores llamando a las unidades a prepararse para la acción, señal que se conocía en todo el ejército como el «redoble largo». En este caso, aunque los tambores estaban húmedos por causa de la ininterrumpida lluvia, pudo sentir la misma excitación a pesar de que el sonido era sordo. También comprobó que volvía a correr por él un súbito sentimiento de aprensión, que asimismo le invadía mezcladamente siempre que se acercaba la hora.

Faltaba aún media hora para que rayara el alba cuando los cadetes, tras una breve pausa para desayunar y una final inspección de los equipos, llegaron a un punto situado a casi una milla de New Market. Por mandato del general Breckinridge, se encaminaron hacia la izquierda del camino de portazgo del valle, formando una línea en ángulo recto con él, tras una baja cadena montañosa llamada Shirley’s Hill. Desde allí podían ver la línea de frente de la infantería desplegada un poco más atrás de la cúspide de la colina y, a lo lejos, alguna que otra escaramuza ocasional que probaba la fortaleza de

las retaguardias. Ligeros tiroteos provenientes de allá, podían oírse en el aire quieto.

La artillería confederada —compuesta, según se informaba, de dieciocho cañones— ya estaba emplazada a la altura del paraje llamado Bushong Hill; y los dos cañones de la división de cadetes fueron colocados de manera tal que respaldaran al grueso de las tropas, sobre el flanco derecho, en medio de las aclamaciones entusiastas de los cadetes. David, que iba a caballo, siguió a los hombres encargados de disponer el exacto lugar de tropas y cañones, esperando ver a John Imboden o a Lachlan Murrell antes de que diera comienzo la lucha. Encontró a la familiar y fortachona figura de Imboden ayudando a colocar uno de los cañones que formaban parte de la artillería confederada.

—Eres un buen augurio —le dijo el oficial de caballería dándole calurosamente la bienvenida—. Con tres veteranos de Jackson aquí, no podemos perder.

—¿Aunque luchemos dos contra tres?

—El Viejo Jack hubiese pensado que en tal caso nuestras posibilidades eran enormes. —Pero Imboden se puso bruscamente serio—. De todos modos, quisiera yo que contáramos con unos cuantos centenares de veteranos del viejo Ejército del Shenandoah y con la Brigada Stonewall en vez de los cadetes. Mi hermano pequeño se hallaba entre quienes ayudaban a colocar esa pieza de artillería.

—Sabía que estaba en el Instituto de Virginia. Lachlan me lo dijo.

—De modo que te has casado con la hermosa princesa, ¿no es verdad? He oído a menudo a Joe Stannard contar cómo se te movían los ojos el primer día de vuestro encuentro en Harpers Ferry, cuando atravesaron el río con los Ross y Lachlan Murrell. ¿Dónde está tu esposa ahora?

—En Preston’s Cove. Bueno, en lo que ha quedado de Preston’s Cove.

—No sabía que los yanquis hubiesen hecho incursiones por esa zona.

—No fueron los yanquis, sino los «cuellos amarillos» desertores de nuestro propio bando. Quemaron la casa y mi madre murió de dolor unas semanas más tarde.

—Lo siento mucho, David —dijo el oficial de caballería—. Recuerdo que la vi en Lexington antes de la guerra y —era una verdadera dama. Con todo, creo que muchas más casas arderán aún, cuando Grant descubra que el valle del Shenandoah ha sido hasta ahora nuestra mejor fuente de suministros y abastecimientos para el ejército que se halla en Richmond. Sabrás que ha

sembrado la destrucción a través del Mississippi con el fin de tomar Vicksburg.

—Estoy seguro que tratará de tomar Richmond a cualquier costo.

—En ese caso tal vez tengamos suerte de hallarnos en el ejército.

—Pedí anoche al general Breckinridge que no lanzara a los cadetes al frente de batalla…

—¿Y qué te respondió?

—Que comenzaría por ponerlos en segunda fila. Y yo espero que allí los mantenga.

—Quiera Dios que pueda. Breckinridge ha tenido que actuar en una larga serie de batallas perdidas, de modo que acaso vea en ésta una oportunidad para desquitarse y recobrar prestigio.

—Así me lo confesó él mismo anoche.

—No puedo decir que su actitud se presta a la crítica. Trató por todos los medios, siendo vicepresidente, de mantener al país unido y sin guerra para obtener a cambio que el Senado le declarara traidor a su país, que quiso defender preservándolo de la guerra. Eso tiene que haberle afectado profundamente. ¿Qué piensas del campo de batalla?

—No lo había visto desde la última vez que luchamos bajo Jackson.

—No estarías muy seguro si te asomaras a ese lado para mirar ante ti, ahora; pero puedo darte una idea de lo que será dentro de muy poco. —Inclinándose, el oficial de caballería tomó una vara, empezando a dibujar sobre el terreno un burdo mapa de las operaciones—. El camino de portazgo del valle corre entre North Fork y el río Shenandoah por un lado y un arroyuelo tortuoso llamado Swift’s Creek, por el otro. La ciudad de New Market está justamente delante de nosotros y esto es Shirley’s Hill, donde están localizados los cadetes.

Imboden trazó una cruz a la izquierda.

—La batalla comenzará sin duda cuando el general Breckinridge ordene a nuestros hombres descender por la ladera más apartada del Shirley’s Hill.

—¿De modo que los federales ocupan aún la ciudad?

—Con dos regimientos de infantería y cerca de trescientos hombres de caballería. Yo tuve que replegarme ayer por la tarde por orden de Breckinridge —• dijo Imboden—. Siegel tiene una fuerte batería un poco más allá, a la altura del cementerio; pero el grueso de sus fuerzas se halla más al norte, para proteger a su vanguardia de infantería.

—Parece un buen esquema para una marcha de flanco de aquellas que tanto gustaban al Viejo Jack.

—Es lo que trataré de hacer yo mismo. Si puedo hacer un amplio círculo con la caballería, que incluya el arroyo llamado Shirley’s Creek, tal vez consiga meter a Siegel en una trampa. —Imboden trazó otra línea sobre la arena—. Aquí hay un puente que cruza el río Shenandoah y no está muy lejos. Si puedo inutilizarlo, los federales se encontrarán en un callejón sin salida, con el río a las espaldas.

—A Jackson le hubiese gustado esa estrategia —dijo David—. ¿Pero no están esos arroyos propensos a crecer mucho con las lluvias?

—Atravesar el arroyo no será tarea fácil, es cierto. Deséame buena suerte —añadió Imboden—, porque, mi buen amigo, creo que la necesitaré.

IX

EL hondo tronar de la artillería de ambos bandos a poco de señalar los relojes las diez, marcó el principio de la Batalla de New Market; y poco después de las once las aguerridas avanzadas de la infantería confederada se dirigieron a la ciudad cruzando la colina y empujando el frente de los federales hacia atrás, contra el grueso del ejército de su enemigo que ocupaba unas alturas entre North Fork y Swift's Creek.

El general Breckinridge había separado a su pequeño ejército en dos líneas y presionó hacia adelante, temprano por la tarde, manteniendo a los cadetes en segunda línea, tal como lo había prometido. Mientras se encaminaban hacia abajo por la ladera de Shirley's Hill, hacia la ciudad de New Market misma, David siguió a los soldados, con la esperanza de servir de ayuda en caso de que ocurriera de inmediato algún caso que necesitara de su presencia. Pero no se produjeron de momento bajas. Para eso sería preciso que los confederados entraran en el ámbito de alcance de la artillería del general Siegel. Entonces, las descargas comenzaron a caer sobre los jóvenes soldados.

Cuatro cadetes y un oficial fueron alcanzados inmediatamente. Uno de aquéllos, llamado Merritt, sufrió una dolorosa herida que requirió toda la experiencia y los conocimientos de David. Los otros tres solamente resultaron heridos sin graves consecuencias previsibles. Tras vendarlos, los envió a la retaguardia. Un oficial de la Compañía «C» resultó gravemente alanzado por un proyectil y David lo envió de inmediato al hospital de campaña que, según se le había informado, se había erigido a una milla o algo más, en la retaguardia.

Mientras los confederados continuaban en su ataque, la batalla ganaba en ardor. Las piezas de artillería de la Unión fueron replegadas por el general Siegel hasta una nueva —y más poderosa— posición. Sin embargo, ya por entonces los cadetes estaban cerca de la línea, en una de las peores zonas de la refriega.

La condición de los dos arroyos (ambos lamentablemente demasiado crecidos por la lluvia para ser cómodamente vadeados) había impedido a la caballería de John Imboden completar el movimiento de flanco que había ideado. En consecuencia, el frente de batalla se había reducido para ambas partes a un pasaje relativamente estrecho, lo cual incrementó, como era

natural, la eficacia de las artillerías y de los tiradores con rifle largo. Cuando los confederados avanzaron tratando de desalojar a los federales de sus posiciones en las alturas y de capturar parte de su artillería que estaba bombardeándolos pesadamente, los cadetes quedaron expuestos a un fuego más nutrido proveniente de la artillería federal. Varios más resultaron heridos y uno muerto en el acto.

El coronel Scott Shipp, que mandaba a los cadetes, fue herido, y David, que estaba en las cercanías, acudió a prestarle los primeros socorros, antes de que llegaran las camillas para llevarlo a retaguardia. En consecuencia perdió contacto con sus muchachos y con el conjunto de la operación durante cierto espacio de tiempo. Entretanto, un escuadrón federal de caballería cargó contra la línea de los confederados, siendo rechazado con grandes pérdidas. Poco después de las tres y media, el regimiento de cadetes empezó a disparar su propio fuego contra el enemigo, más allá del campo de trigo, en el cual la mayor parte de la acción se desarrollaba.

El 62 de Virginia avanzó sobre la derecha de los cadetes que estaban en esos momentos protegidos por una barrera de maderas y sufrió tremendas pérdidas al quedar a la vista del enemigo. Sí Siegel hubiese podido usar su caballería en esos momentos, hubiese podido usar en su provecho esa brecha en las líneas confederadas y tal vez acabar allí mismo la batalla con un triunfo. Pero, afortunadamente para el Sur, las fuerzas federales se concentraron frente al flanco derecho de los confederados; y cuando las tropas de Breckinridge se reagruparon atacando de nuevo, dos de los regimientos federales cedieron. En esos momentos comenzó a tronar sobre el campo de batalla y a poco la lluvia bañaba todo el escenario de la lucha, transformando a la ya barrosa extensión en un lodazal casi infranqueable, porque, por causa de la especial tierra de allí, los zapatos se hundían en la superficie y resultaba fatigoso extraerlos cada vez.

A esta altura, y contra todos los obstáculos, los cadetes iniciaron una carga por orden de sus oficiales. Todos deseaban poner en alto la bandera del Instituto Militar de Virginia, que llevaba un retrato de George Washington y, por encima, el escudo de Virginia. Un oficial de alta talla era el encargado de llevarla y se puso al frente mismo del ataque. Despreciando la lluvia de balas que acogió su empuje, todos los cadetes se colocaron tras él y, arrollando las posiciones artilleras federales a punta de bayoneta, capturaron varios cañones obligando a quienes los empleaban a retirarse.

Cuando el alto portador de la enseña de la Escuela alcanzó uno de los cañones y sentado sobre él movió frenéticamente hacia los lados la bandera,

todos los cadetes se precipitaron tras las tropas de la Unión que se desbandaban en desorden, lo cual permitió a los muchachos hacer muchos prisioneros a diestra y siniestra. Lo hicieron jubilosamente y uno de ellos llegó a realizar veintitrés capturas.

Solamente cuando la batalla fue perdiendo intensidad y llegaron informes al cuartel general según los cuales las tropas federales estaban en retirada al norte de New Market, estuvo David en condiciones de obtener noticias concretas y veraces sobre lo que había ocurrido, pues hasta entonces sólo podía juzgar por lo que había visto mientras se llevaban a cabo los preparativos.

Ya era casi de noche cuando oyó decir que Lachlan Murrell había resultado herido en un brazo y, dado que en ese momento estaba cerca de uno de los regimientos de Virginia, había sido conducido a retaguardia de uno de esos cuerpos, donde se le habían practicado curaciones.

Profundamente preocupado por lo que hubiese podido acontecer a Lachlan, David resolvió trasladarse hacia aquella unidad sanitaria para reconocer él mismo el estado del *cherokee*. Llegó allí cuando anochecía casi totalmente. La unidad sanitaria estaba a cargo de una persona sumamente voluntariosa, pero a la cual evidentemente le faltaba experiencia.

—El comandante Murrell es mi cuñado —le explicó David—. Quisiera reconocerle brevemente antes de que usted le opere, si no encuentra usted inconveniente.

—Pero… es indio.

—Por cierto. Un *cherokee*. Su hermana es mi esposa. ¿Puede pasar a examinarlo?

—Como usted desee, comandante —dijo el otro alzándose de hombros—. Tiene una fractura de húmero causada por una bala de artillería; y, si no amputamos el brazo, creo que morirá.

—Ya he tenido oportunidad de ver y tratar algunas heridas de esa clase, capitán —dijo David Con cierta sequedad—. Fue durante los dos años en que estuve dirigiendo un hospital de campo con el general Jackson.

—Murrell está allí —respondió el capitán—. He dado instrucciones a mi ayudante para que le administre un poco de láudano tras darle a beber un vaso de *whisky*.

Lachlan, un poco pálido, pero completamente consciente, estaba sentado sobre una litera a un costado del improvisado hospital, que se levantaba cerca de una cabaña rural a la cual se agregaba un amplio establo. Su brazo

izquierdo mostraba un gran vendaje desde el hombro hasta la mano con grandes manchas de sangre.

—¿Te examinaron la herida cuando llegaste aquí? —le preguntó David.

—El médico de aquí me colocó este vendaje y me hizo una marca por donde haría el tajo para amputar el brazo. —La voz de Lachlan se entrecortó —. ¿Tendré que resignarme realmente a perderlo, David?

—No, si yo puedo evitarlo.

David echó un vistazo al hospital y advirtió que todo estaba en condiciones sanitarias deficientes. El forraje de los animales se veía por doquier y el ambiente estaba lleno de polvo.

—Si alguien viene a llevarte a la mesa de operaciones, niégate a ir —le dijo a Lachlan—. Veré un poco en qué condiciones está la casa. Probablemente aquello sea un lugar más apropiado que el establo para llevar a un hombre herido.

Sólo estuvo ausente el tiempo necesario para constatar que estaba en lo cierto. La habitación que allí vio era grande y estaba relativamente limpia. Y lo mejor era que, como resultaba habitual en las edificaciones de Virginia, una gran cocina estaba instalada a un costado de la habitación, en la cual era posible disponer de agua caliente en abundancia, puesto que podían verse por allí apilados un montón de troncos secos.

Cuando David volvió al establo, el encargado de la unidad sanitaria no estaba, de modo que ordenó a los asistentes suyos que trasladaran a los heridos a la casa. Cuando aquél vio que las literas y sus ocupantes estaban siendo trasladados, se puso rojo de indignación.

—No puede usted usar la casa —dijo— el general Breckinridge se dispone a instalar allí su cuartel general.

—No lo sabía y usted nada me dijo.

—Pues se lo digo ahora. Ya puede usted ayudar a traer los heridos de vuelta aquí.

—He resuelto instalar allí este hospital, capitán. Me dispongo a trasladar allí a la unidad y a sus ocupantes y espero su colaboración.

El hombre se volvió sin decir palabra y David pensó que se dirigía a dar cuenta de lo que sucedía al general Breckinridge.

—Le acabo de dar una orden, capitán —le advirtió David—. Si se niega a obedecerla haré un informe sobre su insubordinación.

El otro vaciló un momento más y luego miró a David. En su mirada, éste advirtió que se disponía a obedecer, pero que la cuestión no quedaría allí y que la capitulación sólo era pasajera.

—Que se terminen de llevar a los heridos a la casa —dijo David—. Entretanto veré cómo instalo la mesa de operaciones de emergencia. Varios de estos heridos necesitarán intervenciones inmediatas.

—Sigo sin entender sobre qué bases considera usted necesario el traslado.

—Seré breve, capitán —le replicó David mientras recogía el equipo quirúrgico qué necesitaba—. Un establo no es lugar apropiado para alojar a hombres con heridas abiertas. Si poseyera usted cierta experiencia en materia de hospitales de campaña, lo comprendería. Hace quince años, en Viena, el doctor Semmelweis comprobó que la materia orgánica en descomposición proveniente de los excrementos causaba fiebre puerperal e infectaba las heridas, provocando frecuentes gangrenas.

—No sé nada de ese Semel o como se llame la persona que usted acaba de citar.

—Pues yo me dispongo a llevar a cabo una operación en condiciones sanitarias aceptables, coopere usted o no.

Recogiendo más material necesario para las intervenciones, David salió del establo para la cabaña.

—He dado instrucciones a los que llevan las literas para que lleven a los heridos menos graves a los altos de la casa y allí los instalen —informó David —. De ese modo tendremos a quienes necesitan ser operados en la planta baja, donde es posible acomodarlos con mayor comodidad y menos riesgos. Uno de los ordenanzas está encendiendo la cocina y dispondremos así de agua caliente.

Durante las horas siguientes, David estuvo sumamente atareado disponiendo la colocación de los pacientes. En el caso de Lachlan, la circulación sanguínea no parecía hallarse interrumpida por la amplia herida que presentaba en su brazo izquierdo, la cual le había sido deparada por un rifle federal de la clase «Enfield». Esto podría indicar que las arterias más importantes no habían sido afectadas, de modo que el oficial *cherokee* hubo de esperar a que se trataran antes casos más apremiantes.

En una de sus correrías previas por la habitación, David se llegó hasta la puerta que se hallaba entre la cocina de la casa y el establo, observando que la pila de miembros amputados que se había juntado allí alcanzaba considerable altura. Entretanto, las reservas de cloroformo estaban prácticamente agotadas.

Al llegar Lachlan a la mesa de operaciones, David estudió la herida sin recurrir a la anestesia y se sintió muy aliviado al comprobar de que no era preciso cortar el brazo y que bastaría con un tratamiento bastante sencillo. La bala había interesado al húmero (que es el hueso largo del brazo que va del

hombro al codo) golpeándolo frontalmente y astillándolo mientras lo recorría por espacio de unas dos pulgadas; luego se había desviado, saliendo por el músculo desgarrando parte de éste en su trayectoria.

Pequeños trozos de la tela de su uniforme habían sido introducidos en la herida por la bala. David los fue quitando cuidadosamente y también extrajo algunas partículas de tejido muscular que entorpecían la correcta irrigación sanguínea del brazo. Hecho esto pudo enderezar el hueso, que se había curvado al producirse la astilladura y por fin vendó diestramente el brazo con tiras de tela mojadas en agua hervida de modo tal que el hueso no pudiese volver a su posición incorrecta y soldara adecuadamente.

David preparó luego una serie de tiras de género para que sirviesen a los operados a quienes no había sido preciso amputar brazos para mantener a los huesos en la posición correcta. En otros casos, las tiras fueron mojadas con abundante almidón con el fin de acentuar la rigidez requerida por los vendajes en esos casos.

—¿Dónde ha aprendido usted todas esas cosas? —le dijo el encargado de la unidad sanitaria mirándole con cierta admiración resentida.

—En Italia. Serví durante cierto tiempo con las fuerzas del general Garibaldi cuando fui a perfeccionarme.

—¿Dónde estudió usted medicina?

—En Philadelphia. En la Facultad de Medicina de Jefferson. Pero antes fui cadete en el Instituto Militar de Virginia —replicó David.

—Llegó a ser Primer Capitán de Cadetes allí —dijo Lachlan.

El hombre se dio la vuelta sin agregar una palabra más, pero, por su actitud, David comprendió que acaso se hubiese granjeado un enemigo irreconciliable. El hecho de que él hubiese trastornado el hospital no era asunto que el otro se dispusiera a perdonar sin más.

Eran pasadas las ocho cuando terminó de operar a los necesitados de intervenciones y estaba bebiéndose una taza de café proveniente de los abastecimientos capturados a los federales. Había plantado su asiento cerca de la puerta de la cocina, donde el vapor que sin cesar salía de ollas y cacerolas donde se hervía el agua contribuía a crear una atmósfera parecida a la de la sauna *cherokee* a la cual debía la vida. De pronto vio a su primo el capitán Preston que llegaba a la casa y que desmontaba, atando las riendas de su caballo a una estaca.

Mientras el oficial táctico cruzaba la explanada que se extendía ante la casa hasta llegar a la abierta puerta de la cocina, David pidió a uno de los ayudantes que estaban junto a la cocina que preparara otra taza de café. Antes

de aceptarla, sin embargo, su primo extendió a David una carta en cuyo sobre se veía el sello oficial perteneciente al Ministerio de la Guerra.

—Llegó para ti por correo militar anoche. Estaba dirigida al campamento que ocupábamos antes de instalarnos en New Market. En la agitación que precedió a nuestra marcha me olvidé de dártela cuando tú viniste al campamento. Discúlpame —dijo el instructor jefe de maniobras tácticas del Instituto.

—Han de ser mis órdenes oficiales —dijo David, guardándose la carta en uno de sus bolsillos—. Hasta ahora he trabajado fundándome tan sólo en órdenes telegráficas. ¿Cómo va la batalla?

—Ha terminado. —Sg Frank Preston se dejó caer en una silla y bebió con gran satisfacción su café—. La carga que llevaron a cabo los cadetes cambió radicalmente el curso de la batalla, porque lograron poner fuera de combate a un sector importante de los cañones enemigos. Los federales no pudieron sostener sus posiciones.

—Dudo que ahora los cadetes acepten de buen grado ser llamados chicos.

—Tal vez no. Sin embargo, dos de cada tres de ellos eran «ratones» (estudiantes de primer año) y dos de los que se lanzaron al ataque contra la batería apenas acababan de cumplir los quince años. Se mire por donde se mire, el día 15 de mayo de 1864 pasará a ser el más glorioso día en la historia de la Academia Militar de Virginia.

—¿Se sabe a qué número llegan nuestros heridos? Aquí solamente he podido ver a unos cuantos. No tengo una impresión general.

—Puedo decirte cómo han ido las cosas para los cadetes. Cinco fueron muertos y treinta o cuarenta resultaron heridos. El regimiento persiguió a los federales hasta Mount Airy, que está a cinco millas de aquí, pero los federales siguieron aún huyendo y se refugiaron tras North Fork, quemando los puentes tras ellos. La batalla ha terminado, al menos por ahora.

—Gracias a Dios.

—En esta ocasión, el general Breckinridge puede por fin proclamarse vencedor —dijo el capitán Presión—. Sentí mucho lo de Lachlan Murrell. Alguien me dijo en el campamento que de seguro perdería un brazo.

—Lo hubiese perdido de no intervenir yo a tiempo y a pesar de las protestas del capitán Duggan, que así se llama el encargado de la unidad militar que cubre esta zona —contestó David.

—Creo que el general Breckinridge es pariente de ese Duggan. Y no creo que apruebe del todo eso si Duggan le va con el cuento. Por lo demás, tema

pensado ocupar esta casa para transformarla en su cuartel general. Tengo entendido que había llegado hasta mandar colocar una cerradura especial.

—Yo la hice saltar. Tenía todo el derecho a pensar que la cerradura había sido puesta por los propietarios de la casa antes de abandonar este sitio.

—¿Y no te preocupa la actitud que pueda tomar el general Breckinridge?

—He servido bajo Stonewall Jackson, Baldy Ewell y Jubal A. Early. Dos de ellos aún están con vida, como también lo está el general Robert E. Lee. Cuando se tiene de parte de uno a hombres así, ¿por qué te has de preocupar?

—¿Piensas que podrás salvar el brazo de Murrell?

—Un médico militar francés llamado Ambroise Paré fue interrogado hace trescientos años acerca de sus métodos para tratar heridas de guerra sin recurrir a la cauterización ni al aceite hirviendo. Y Paré respondió: «Yo los vendo y Dios los cura». Yo te doy la misma respuesta. Es la mejor explicación que conozco sobre la faena de un médico militar.

X

A poco de terminar David su ronda de los hombres heridos o intervenidos quirúrgicamente en el improvisado hospital a la mañana siguiente, un correo militar llegó al lugar con una orden en virtud de la cual debía presentarse al cuartel general de Breckinridge situado en el ayuntamiento de New Market.

David se apresuró a cumplir las instrucciones y, al entrar en el despacho del general, lo encontró sentado a una mesa, con el general John Imboden a un lado y un soldado al que se le habían asignado tareas administrativas, al otro. En un costado, David vio que estaba el capitán Duggan sentado en una silla de las diez o doce que había en la habitación. Y al ver su ambigua sonrisa, David comprendió que de él le vendrían las muchas dificultades que iba a encontrar aquella mañana.

David saludó y el general Breckinridge le contestó con una marcialidad que no decía nada sobre un trato eventualmente amable de su parte. Sin embargo, la expresión de la cara de Imboden le dio a entender que contaba por lo menos con un amigo en aquella especie de tribunal.

—Se ha presentado contra usted una seria queja, comandante Preston —dijo el general Breckinridge sin más preámbulos—. Le he hecho venir para escuchar de sus labios lo que tiene para alegar de su parte en la controversia antes de elevar los antecedentes al tribunal militar. ¿Tiene algo que decir?

—Antes tendría que saber de qué se me acusa, señor —respondió David.

—Punto uno —Breckinridge se puso a leer un papel que estaba ante sí sobre la mesa—: se le acusa de haber tomado posesión de una unidad militar que estaba a cargo de otro oficial sanitario sin orden expresa mía o de mi estado mayor. Punto dos: se le acusa de haber hecho eso con el fin de tomar personalmente en manos el cuidado de un pariente y concederle asistencia preferencial. Concretamente se cita el nombre del comandante Lachlan Murrell, para el cual desoyó usted las previsiones que había tomado el oficial sanitario a quien estaba confiada la unidad asistencial, poniendo de tal manera en peligro su vida de manera innecesaria. Punto tres: se le acusa de haberse apoderado de una casa privada sin contar con la autorización requerida en estos casos, rompiendo la cerradura de la misma.

Breckinridge levantó la vista.

—¿Cuál es su respuesta contra tales acusaciones, comandante Preston?

—Creo tener respuestas para las tres acusaciones, señor. Comenzaré por la tercera. He de decir que en mi labor profesional siempre he tenido ante todo en cuenta las necesidades de los enfermos y los heridos. Encontré que el capitán Duggan había instalado la unidad sanitaria a sus órdenes en un establo. Esto constituye un error médico grave, puesto que se ha demostrado abundantemente que los excrementos de personas y de animales son particularmente peligrosos en casos de heridas de toda especie, puesto que, aparte de convertir la asepsia en algo imposible, los excrementos favorecen el desarrollo de las gangrenas.

—¿Quién ha probado eso, comandante?

—El doctor Ignaz Philip Semmelweis fue el descubridor, señor. Más tarde, sus teorías han recibido amplia aceptación en gran parte del mundo. En América, el doctor Oliver Wedell Holmes, uno de los médicos más eminentes del país, ha compartido por completo las ideas del doctor Semmelweis. De mi parte pude comprobar la veracidad de ese principio en el curso de la campaña que cumplí junto a las tropas del general Garibaldi, en Italia, en ocasión de la guerra que este país sostuvo recientemente con Austria. También tuve ocasión de comprobar la verdad del aserto en el tiempo durante el cual fui capitán en el Cuerpo Médico del Ejército de los Estados Unidos con sede en Washington. Observé la tesis del profesor austríaco en caso de partos y también al acudir a intervenciones quirúrgicas de otro tipo.

Breckinridge dirigió una furibunda mirada a su pariente, quien pareció encogerse en su silla.

—Siga, comandante.

—En cuanto al punto dos, el capitán Duggan estaba presente y en consecuencia podrá ratificar la verdad de cuánto digo; no atendí preferentemente al comandante Murrell, quien, en efecto, es cuñado mío, sino que presté atención preferencial a los heridos más graves. Como el comandante Murrell no estaba entre ellos, sólo me ocupé de él más tarde. En lo concerniente a autoridad, sólo diré que, según creo, soy el oficial de más alta graduación en este ejército.

—No ha sido usted designado con carácter permanente en ese cargo, comandante.

—Es cierto que esas instrucciones no me han sido conferidas por este comando, señor —admitió David—. Reconozco que no me he ocupado de refrendar mis poderes luego de haber sido readmitido tras mi enfermedad.

—¿Cuándo recibió usted las órdenes de que habla? —le preguntó Breckinridge.

—Mi readmisión fue dispuesta hace unos días, señor, por telégrafo. Sólo ayer el capitán Frank Preston me llevó las órdenes escritas procedentes de las autoridades del Instituto Militar de Virginia. Me fueron enviadas a través del coronel Shipp al Instituto y llegaron a los cuarteles de los cadetes la noche pasada.

—¿Antes de que yo hablara con usted, comandante?

—Después, señor. El capitán Preston olvidó entregarme la carta y me la llevó al día siguiente.

—¿Podría verla?

—Naturalmente.

De su uniforme, David tomó una hoja doblada y se la tendió al general, quien la leyó de cabo a rabo dos veces. Iba a devolvérsela, cuando David le hizo notar que al dorso parecía hallarse un *post scriptum*[15]. El general dio vuelta a la hoja, leyó las palabras allí escritas y devolvió la hoja a David.

—Dadas las circunstancias, aceptaré como válida la presunción de que sus instrucciones le autorizaban a actuar como médico jefe de este ejército, comandante Preston —dijo—. La audiencia ha terminado.

Una hora más tarde, David llegó al hospital nuevamente y a poco se presentó allí John Imboden, quien ató a su caballo por las riendas a un poste cercano y se acercó a la puerta. Sonreía y, sin decir palabra, David se dirigió a un armario del cual tomó una botella de *whisky* y dos vasos, poniéndolo todo en una mesa ante la cual ambos tomaron asiento. Levantando los vasos hasta tocarlos entre sí, los dos hombres brindaron solemnemente, hasta que Imboden se golpeó las botas ligeramente con su látigo, soltando una franca carcajada.

—Por nada del mundo me hubiese perdido la escena de esta mañana —dijo el oficial de caballería en cuanto pudo recobrar la palabra—. En cuanto el general dio la audiencia por concluida, el joven Duggan se escabulló como un ratoncillo. El mismo Breckinridge parecía haber visto a un fantasma. ¿Qué era lo que estaba escrito al dorso de la carta que le tendiste y que él no había visto?

—Sólo un *post scriptum*, según creo —dijo David tomando la carta de su bolsillo y alargándosela a Imboden, quien la tomó y se puso a leerla en voz alta. Decía:

Cuartel General del Ejército de Virginia del Norte.
10 de mayo de 1864

Al comandante David Preston, del Cuerpo Médico del Ejército de la Confederación de Estados de América.

Se confirman las órdenes anteriores por este cuartel general.

R. E. LEE, comandante en jefe.

El *post scriptum* estaba escrito de puño y letra por el propio general y rezaba así:

Me alegro de saberle de vuelta, comandante Preston. Necesitamos médicos experimentados como usted más que nunca en estos difíciles momentos.

R. E. LEE

LIBRO NOVENO

WASHINGTON

I

EL SPOTSWOOD Hotel de Richmond no había cambiado mucho desde que David había estado en él dos años antes, según pudo apreciar cuando tomó asiento en el bar una tarde de finales de mayo de 1864. Dejando descansar una bota bien lustrada sobre el caño de bronce que corría por debajo, pidió un *whisky* con agua.

Había llegado a Richmond unas cuantas horas antes, tras dejar a Lachlan Murrell en franca mejoría de su lesión en el brazo, en Preston's Cove, donde Araminta pudiera cuidar de él durante su convalecencia.

David ya no estaba asignado al hospital de cadetes del Instituto Militar de Virginia. Los chicos se habían transformado en los actuales héroes de la Confederación y como tales habían sido transferidos a Richmond junto con el general Breckinridge y su ejército tras la victoria obtenida en New Market. Ahora David se disponía a tomar a su cargo los heridos y enfermos de la Brigada Stonewall y de la división de Stonewall, como en los viejos tiempos. Y a su paso entre Preston's Cove y su nuevo destino, había cruzado por Richmond, donde tuvo la fortuna de obtener una habitación en el Spotswood Hotel.

Refrescado por un buen baño y ataviado con un uniforme bastante presentable, se preparaba a cenar amistosamente con Ed Mattox, el periodista, del cual pensaba obtener noticias sobre la marcha política y militar de la guerra, pues carecía de noticias generales sobre las cosas desde que había tenido oportunidad de verlo en Gettysburg poco antes de aquella decisiva batalla. Mirando en torno suyo mientras bebía lentamente su licor, David pudo apreciar que el hotel, a pesar de las adversidades, no había perdido del todo su tranquila y amable apariencia de antes. La misma abundancia de oficiales, políticos, vendedores y civiles en busca de contratos recorría sus salones, aunque en verdad la última especie citada había perdido gran parte de su actividad al decidir Inglaterra que no prestaría más ayuda a la Confederación a menos que se le pagara lo que había entregado rigurosamente al contado, o se canjeara por algodón. Esta decisión había puesto al gobierno del Sur a las puertas de la bancarrota.

Estaba terminando su bebida y se preguntaba si pediría otra, cuando Ed Mattox le golpeó el hombro antes de coger la bebida helada que el despensero

había puesto sobre el mostrador al ver a Mattox cruzar la puerta de entrada y dirigirse al bar cuando David estaba dándole la espalda.

—Recibí el mensaje que me dejó usted en la redacción del periódico avisándome que estaba en la ciudad —dijo el periodista mientras ambos se estrechaban las manos—. Tome usted el vaso y vayamos al comedor a fin de apreciar cómo se las arregla este hotel para satisfacer a sus huéspedes en estos complicados tiempos.

—Lo último que sabía de usted era que había sido relevado del servicio activo por causa de enfermedad —agregó Mattox cuando tomaron asiento en una mesa apartada del concurrido restaurante del hotel—. ¿Qué hace en Richmond?

Brevemente, David le narró sus últimas aventuras y lo sucedido en los meses anteriores.

—Ha sido valeroso de su parte vestir de nuevo el uniforme cuando se encontraba en uno de los pocos lugares apacibles del país en estos días —dijo el periodista—. Aunque creo que el hecho de haber salvado el brazo a su cuñado valió por sí solo haber tomado esa decisión.

—De sobras —replicó David—, porque mi cuñado ha resuelto volver a la Nación *cherokee* una vez terminada la guerra. Según parece, la Nación necesita gobernantes adecuados.

—La Confederación acaba de nombrar a Stand Watle brigadier general, de modo que la facción de Boudinot ha visto alzar el valor de sus acciones. ¿Ha visto usted a algún camarada de armas desde que volvió al servicio?

—Solamente a Hunter McGuire y a John Imboden. Este último estaba en New Market.

—El doctor McGuire ha estado atareado tratando de crear aquí un cuerpo de ambulancias, prácticamente para nada. Me he enterado un poco casualmente que habría podido obtener unas cuantas promociones si hubiera dado con el precio de Jefferson Da vis o de algunos de los paniaguados de Davis. Aunque, por cierto, nada habría conseguido de Lee.

—¿Es Lee tan incorruptible como parece?

—El general Lee es el símbolo de lo que el Sur pudo llegar a ser, sin serlo nunca. Pienso que es uno de los jefes militares más venerados en la historia y también uno de los más capaces.

—De acuerdo.

—¿Adónde se dirige usted ahora?

—A un lugar llamado Cold Harbor, a unas millas al nordeste de Richmond.

—Es el último cartucho de la Confederación —dijo Mattox con voz sombría—. En Spotsylvania, mientras ustedes estaban en New Market, Lee casi le hace tragar a Grant las estrellas que ahora lleva en el uniforme. Pero el precio fue abrumador. Al final de la batalla, la Brigada Stonewall, que está ahora a las órdenes del general Johnson, sumaba apenas los hombres necesarios para formar un pequeño cuerpo.

—¿Con cuántos hombres cuenta ahora la Brigada Stonewall?

—Al final de la batalla no creo que contara con más de doscientos hombres. Sólo dos oficiales de ella quedaron vivos. Catorce regimientos, incluyendo los cuatro del valle, apenas alcanzan a formar ahora una brigada.

—Se diría que el de Spotsylvania fue un triunfo a lo Pirro.

—¡Exactamente! —asintió Mattox—. Ahora Grant está tratando de avanzar junto al flanco derecho del ejército de Lee y empalmar sus fuerzas con un ejército que al mando de Ben Butler se halla en un lugar llamado Bermuda Hundred, sobre el río James, al sur de Petersburg. Y Beauregard…

—¿«El Bello Beauregard»?

—El mismo, aunque ahora no es tan bello. El afortunado Pierre ha debido hacer frente a ciertos acontecimientos lamentables desde Fort Sumter y la primera Batalla de Manassas. En estos momentos está observando al ejército yanqui en Bermuda Hundred y clamando por refuerzos.

—¿Qué es lo que busca?

—Si es capaz de mantener a Ben Butler ocupado en el río James, de forma que impida unirse a Grant al este de Richmond, la Unión no podrá terminar al círculo de hierro que está tratando de ceñir en torno a Richmond.

—¿Es cierto que el general David Hunter está tratando de agrupar una nueva fuerza de lo que ha quedado de las tropas federales que estaban al mando de Siegel y que se habían dispersado tras la batalla de New Market?

—Hunter ya está cerca: al sur de Staunton. Con la estación ferroviaria central de Virginia en sus manos, puede barrer el resto de valle en poco tiempo. No creo que necesite para eso de un gran ejército.

—¿Ha habido más revueltas en Richmond por la escasez de abastecimientos?

—Últimamente no. La gente no tiene fuerzas ya ni para eso. Especialmente cuando el ejército lucha en muy malas condiciones y que a menudo carece hasta de zapatos.

—Pocas veces la Brigada Stonewall los tuvo en su totalidad. ¿Quién ganará las próximas elecciones de la Unión? ¿Los enemigos de Lincoln?

—No lo sé. Pero, de ser así, no será de seguro McClellan quien derrote a Lincoln, aunque la Convención del Partido Demócrata parece tenerlo casi designado.

—De todos modos, me ha dicho Araminta que la oposición contra Lincoln es grande en Washington.

—En Washington y en muchos otros puntos de la Unión —concedió Mattox—. A los radicales no les ha gustado la proclama del Presidente y los demócratas están hartos de la guerra. Por otra parte, hay mucha gente en el Norte que no está de acuerdo con eso de permitir a los negros iguales derechos electorales que a los blancos. Sin embargo, una buena victoria militar podría transformar a Lincoln en un héroe nacional de la noche a la mañana. Y del modo, como Sherman parece cernirse sobre Atlanta, tal vez la consiga antes de que lleguen las elecciones, en noviembre.

II

DAVID dejó tras de sí a Richmond antes de la madrugada del 3 de junio. Cold Harbor, que era su punto de destino, estaba a unas quince millas del centro de la capital confederada. A medida que avanzaba, podía oír con creciente claridad el rugir de los cañones, prueba tangible de que la batalla se acercaba a su culminación.

En Richmond se sabía perfectamente que Lee estaba tratando de bloquear el obvio plan de Grant, consistente en aislar la capital mediante un anillo de tropas de la Unión; de ahí que ahora los norteños se afanaran por hundir el flanco derecho confederado, con el fin de operar la fusión del círculo en ese punto.

Al acercarse al escenario de la batalla, David empezaba a localizar con frecuencia creciente trenes de ambulancias que traían heridos desde el frente hasta la retaguardia. A poco instaló su hospital en Gaine's Mili y comenzó de inmediato a ayudar al sobrecargado personal sanitario que ya estaba en servicio.

A media tarde, a juzgar por informes incompletos llegados al hospital, se comenzó a vislumbrar la victoria del Sur en Cold Harbor. Al comenzar la batalla aquella misma mañana, Grant había lanzado un ataque frontal y macizo contra las fortificaciones confederadas de la zona, lo cual trajo como consecuencia lo que se ha llegado a considerar como la carnicería más grande de toda la Guerra de Secesión y tal vez la mayor de la historia. Ante el verdadero vendaval de plomo que el ejército de la Unión enfrentó —sin éxito, para colmo—, Grant tuvo que detener el ataque antes de la caída de la noche, habiendo perdido en el correr de breve espacio de tiempo a siete mil soldados, que habían caído bajo el fuego de artillería y los rifles de los confederados.

En total, las pérdidas arrojadas por los feroces combates en Spotsylvania y Cold Harbor sumaron cincuenta mil hombres en filas de la Unión y algo menos de treinta mil entre los confederados. Y todo eso en Una campaña que había durado menos de un mes.

El gran trabajo que tuvo el hospital de David, le retuvo en Cold Harbor hasta la tarde del 5 de junio, en que volvió a Richmond, encontrando allí a sus viejos camaradas virginianos del Segundo Cuerpo. Cuando se presentó al cuartel general de Early, situado en las trincheras que rodeaban a Richmond, Joe Stannard, que había sido ascendido a coronel, se le acercó cojeando, pues

una bala le había interesado la rodilla derecha en Gettysburg, y le saludó con gran afecto. Aunque tenía el cabello más blanco, no había perdido su buen humor ni su alegre descuido ante la disciplina militar en el mundo extrañamente violento en que debía moverse.

Stannard escoltó a David al pequeño l.er Hospital de Campaña, donde Hal Perkins se volvió a ingeniar para ofrecerle un vaso de ron y una porción de jamón frito.

—Cuando nos enteramos de cómo te habías enfrentado al general Breckinridge en New Market hace tres semanas, supimos que habías vuelto a ser el de siempre, David —dijo Stannard—, y nos alegramos muchísimo.

La conversación se extendió durante horas, porque ambos amigos tenían innumerables cosas que contarse, las cuales no siempre resultaban gratas. David se enteró de que Jeb Stuart había resultado muerto en Yellow Tavern el 11 de mayo y que Dick Ewell, aunque vivo, se hallaba incapacitado y en ese momento dirigía un trabajo administrativo de rutina en la defensa de Richmond. En cuanto a la Brigada Stonewall, aunque reducida a números sumamente bajos, formaba aún parte de las tropas de Virginia que tan bizarramente se habían desempeñado desde el principio de la guerra.

En realidad todo el Segundo Cuerpo estaba muy raleado de gente, como David pudo advertir al día siguiente cuando el ejército se formó. Pero los desharrapados miembros de la gloriosa brigada, con el pelo revuelto y las barbas hirsutas, vestidos de muchos tonos de gris por obra de las distintas lejías usadas para borrar el azul de los uniformes tomados a los muertos federales y muchas veces descalzos, eran fácilmente perceptibles a distancia.

—¿Crees que el Viejo Jube ha cambiado mucho? —le preguntó Stannard cuando ambos observaban al general Jubal Early (recientemente ascendido a teniente general) mientras hacía un alto frente a sus tropas.

—Parece cansado.

—Pues no creo que lo esté. Pero algo sucede cuando ha hecho formar a todo el ejército.

—Hombres del Segundo Cuerpo, tengo buenas noticias para vosotros —gritó con voz aguda y un poco temblorosa el Viejo Jube—. Volvemos al Valle.

El anuncio arrancó grandes aclamaciones que Early no trató de contener. Cuando amainaron siguió:

—Sin embargo, no vayáis a pensar que se trata de un paseo. Se nos ha informado que el general Grant ha ordenado a Hunter que ataque a fondo en Virginia.

Early hizo una pausa mientras abucheos y gritos hostiles escapaban de los pechos de los soldados.

—Eso significa que Grant intenta suprimir el paso a todos los abastecimientos dirigidos a la capital de la Confederación —dijo Stannard por lo bajo.

—En estos momentos, los yanquis avanzan hacia Lynchburg —continuó Early—, de modo que el general Lee ha confiado a nuestras fuerzas y a las del general Breckinridge la tarea de detenerlos. Nos marcharemos de inmediato.

El ánimo de la Brigada Stonewall y de los virginianos que completaban el ejército era excelente cuando las largas filas grises torcían hacia el oeste en aquella soleada mañana de junio. En dos días de marcha fueron cubiertas sesenta y cuatro millas de camino, con lo cual se actualizaban las largas marchas de la «caballería de a pie» que había hecho la gloría de Jackson. Se detuvieron a comer en el juzgado de Louisa, que esté sobre la ruta de Charlottesville, y allí te les informó que un tren les esperaría al día siguiente para transportarlos más allá de las montañas. La noticia había sido recibida con lógica alegría; pero como tan a menudo sucedía con los ferrocarriles de la Confederación, se supo más tarde que el transporte no podría tener lugar porque la locomotora había sufrido desperfectos.

La marcha continuó en consecuencia a pie, mientras llegaban informes de que las tropas federales habían recibido refuerzos provenientes de otras unidades venidas de Virginia Occidental y de Tennessee. También se supo que los del Norte habían efectuado una pausa en Lexington para quemar los edificios del Instituto Militar de Virginia, noticia que hizo arder de indignación a los cadetes que seguían afectados a las unidades mandadas por el general Breckinridge. Pero resultó que la pérdida de tiempo que aquella operación torpe había provocado costó cara al ejército federal, que se retrasó mientras las fuerzas confederadas alcanzaban a marchas forzadas las alturas al este del Blue Ridge. Así, en una reñida batalla al día siguiente, los confederados repelieron a los yanquis hacia el oeste a lo largo del río James.

Asegurado de este modo el sector alto del Valle, los hombres de Early se detuvieron para distribuirse las primeras raciones tras dos días de marcha continua y feroces refriegas. No consistía de mucho: un cuarto de libra de tocino y una libra de maíz. Los capturados soldados del ejército de Hunter no pudieron comer nada.

El 23 de junio, tras un breve descanso, el Segundo Cuerpo entró en una ruta que le era familiar: la del camino de portazgo del Valle, testigo de tantas

maniobras fulgurantes del Viejo Jack. De allí, la columna se dirigió hacia el norte, rumbo al Potomac.

III

AL llegar a Lexington, encontraron la ciudad parcialmente destruida. Ante la tumba de Stonewall Jackson, la larga columna gris se detuvo para saludar con reverencia a quien fuera un símbolo de arrojo y maestro de estrategas.

Dos días más tarde, aprovechando el hecho de que todos los ejércitos federales de aquel distrito habían recibido orden de dirigirse a los alrededores de Richmond con el fin de prepararse para el asalto final contra la capital confederada, las tropas de Early llegaron al Potomac, cruzándolo por Williamsport.

Ya en las fértiles tierras de Maryland, las desharrapadas y hambrientas tropas encontraron alimentos en gran cantidad por primera vez en meses; pero enseguida le llegó a Early la noticia de que un ejército federal al mando del general Lew Wallace había sido despachado urgentemente por Washington para detener su avance.

Ambos ejércitos se encontraron a la altura del río Monocacy, donde una áspera refriega tuvo lugar el 9 de julio.

En lo más álgido de la lucha, la Brigada Stonewall avanzó en una marcha de flanco muy del estilo de Jackson y gracias a ella, los federales fueron rechazados. La noticia llegó a Washington, donde apenas se podía creer que un ejército confederado compuesto por veinte mil hombres (cuando en realidad apenas contaba con la mitad de ese número) pudiera abatir todos los obstáculos y amenazara directamente a la capital de la Unión.

Poniendo en uso el único carro médico que quedaba en condiciones de ser usado, la unidad sanitaria de David se convirtió en hospital volante. A veces intervenía quirúrgicamente a algún herido en pleno campo de batalla y otras hacía mover el carro para atender otros sectores.

Entretanto, el Segundo Cuerpo, aunque soportando bajas terribles de las que nunca ya podría recuperarse, llegó a los arrabales de Washington, sembrando el pánico y la confusión entre sus habitantes, que pedían la cabeza del Presidente Lincoln y del general Grant. Los titulares de los diarios que pudieron capturar los sureños del ejército del Viejo Jube estaban dedicados a denunciar los errores políticos y militares a la vez de los jerarcas civiles y militares de la Unión.

Pero el ejército confederado fue retenido durante un día en el río Monocacy y ese tiempo fue febrilmente aprovechado por los federales para reforzar los fuertes que rodeaban a Washington y organizar milicias, que se despacharon a toda prisa a defender la entrada a la capital. Muchas de éstas se integraban con funcionarios civiles de la administración y carecían por completo de experiencia. Si Early hubiese sido capaz de lanzar el ataque contra Washington el domingo 10 de julio, hubiese podido tomar la capital sin disparar un tiro. Pero gran parte de su ejército había quedado rezagada y lejos de la vanguardia que estaba en condiciones de lanzarse al ataque, aunque no en tan pequeño número.

El 11 de julio el grueso de la fuerza confederada llegó a Silver Spring, en los alrededores de Washington. Jubal Early instaló su cuartel general en la magnífica mansión de un coronel, mientras sus tropas se aprestaban a atacar Fort Stevens, que era el punto más fuerte de las defensas que protegían a la capital de la Unión.

El Presidente Lincoln, en vez de llamar tropas del oeste, como lo hiciera en la ocasión anterior, para proteger a Washington, colocó la defensa en manos del general Halleck. Entre éste y el Ministro de Guerra Stanton, se tomaron rápidas medidas para enfrentar al ejército confederado. Por lo demás, Grant no hubiese estado en condiciones de acudir con la rapidez necesaria.

Cuando Jubal Early se acercaba a Washington, el Presidente Lincoln se encontraba en Soldier’s Home, su habitual residencia de verano. El Ministro de la Guerra envió, pues, transportes que lo volviesen a la Casa Blanca y tropas para defenderlo durante su viaje. Entretanto el general Halleck buscaba por todo Washington elementos capaces de constituir un verdadero ejército que hiciera frente a la amenaza que se cernía. El momento era dramático: el movimiento hacia el sur de los confederados podría dar por resultado la más espectacular hazaña llevada a efecto por un militar confederado: la toma de Washington.

Una línea de hombres destinados a llevar a cabo escaramuzas se movía ya en campo abierto ante Fort Stevens, defendido hasta ese momento tan sólo por un piquete de hombres, que se habían adelantado mucho, con el riesgo consiguiente para el fuerte. A partir de entonces, una vez emplazadas las piezas, comenzó la artillería a disparar. El estruendo de los cañones podía oírse en el Capitolio, situado a menos de diez millas del lugar.

—Muchos peces gordos estarán temblando en estos momentos —dijo Joe Stannard alegremente.

—Pero no el Ministro de Guerra —dijo David—. No creo que el mismo diablo le haga temblar.

Los que llevaban a cabo la escaramuza fueron enfrentados por una fila de federales armados de rifles. Por ambos bandos los soldados comenzaron a caer, heridos o muertos. De pronto Joe Stannard, que había estado observando las fortificaciones artilleras federales con sus prismáticos dejó escapar un sonido de sorpresa.

—¿Qué sucede? —dijo David.

—¡Aquel hombre alto que está sobre ese punto, cerca de nosotros! ¡Míralo! ¡Es Abraham Lincoln en persona!

David observó, sirviéndose de los lentes de Stannard.

—En efecto, es Lincoln. Y está haciendo lo que su deber le ordena hacer.

—Por cuanto se ve, no sólo el Ministro de Guerra no le teme ni al diablo. Ya son dos. Bueno, ya se va. Por lo visto le han convencido para que bajara antes de quedar en el radio de tiro de nuestros rifles.

En esos momentos llegó hasta ellos Lachlan Murrell. Su brazo estaba prácticamente curado y había resuelto unirse a la caballería de Imboden. Cuando insistió en retornar al servicio, David no pudo oponerse.

—Detrás de nosotros, todo el estado de Maryland está desierto —dijo Stannard—. Sin embargo, las fuerzas del general Wallace tienen que haberse dirigido hacia aquí luego que las rechazamos desde el Monocacy.

De pronto, nuevos soldados comenzaron a dividirse en el bando federal.

—Ésos son veteranos —dijo Stannard, que había estado observando con sus prismáticos—. Puedo verlo por sus insignias. Las llevan bien visibles.

—Bien; pero ¿de dónde? —preguntó Lachlan.

—Son del 29 de Caballería de Nueva York y también del 150 de Guardias de Ohio —respondió Stannard.

—Eso significa que han llegado refuerzos desde Petersburg —dijo el oficial *cherokee*—. He oído a Jubal Early decir a John Imboden que han llegado correos militares con la noticia de que Grant controla los ferrocarriles de Richmond, Fredericksburg y el Potomac.

—Un prisionero yanqui que mis hombres capturaron esta mañana dice que parte del Cuerpo Sexto es esperado por vapor proveniente de City Point en cualquier momento —aseguró Stannard—. Se trata de hombres bien equipados y preparados y su presencia hará mucho más sólida a la defensa de Washington.

—Pues el Viejo Jube tendrá que tomar rápidamente una resolución —dijo Lachlan—. ¿Apostamos a cuál será?

—Pareces estar muy seguro de lo que hará —le respondió David—. ¿No será que estás en posesión de informes que nosotros desconocemos? Sería la primera vez que un vulgar indio le toma el pelo a un hombre blanco.

—Te aseguro que corro sin ventaja alguna. Veamos: ¿Toma o no toma Washington el Viejo Jube?

—Una cosa es cierta —dijo Stannard—. Stonewall hubiese tomado la ciudad… ayer. ¿Lo pones en duda, comandante Murrell?

—En absoluto. Pero ahora lo que importa es sacar partido a esta absurda situación. Y creo que ha llegado el momento de llegar a un acuerdo negociado que contenga términos razonables. Debiéramos aceptar, por ejemplo, renunciar al esclavismo y reunimos con los Estados Unidos.

—No estoy tan seguro de que la gente que apoya a los demócratas y más concretamente a McClellan, estén de acuerdo con Lincoln para entablar una negociación conjunta —dijo David.

—De todos modos, afirmo que si el Viejo Jube pudiese ponerse en comunicación con Lee, éste le diría de permanecer en esta posición, pero aprestándose a volverse atrás antes de que Grant le corte la retirada.

Las fuerzas confederadas situadas frente a Fort Stevens siguieron con sus escaramuzas ante Fort Stevens durante todo el día 11 y capturaron varios trenes que se dirigían hacia Washington. Sembrando el miedo en esta ciudad y también en Baltimore, ciudad con la cual cortaron toda comunicación, se transformaron, aunque por un breve espacio de tiempo solamente, en los héroes de la Confederación.

Pero los cañones pronto dejaron de tronar en la zona, devolviendo en cierto modo la tranquilidad a la capital, en la cual se elogió la sangre fría de Lincoln y de su estado mayor inmediato, aunque el dólar bajase de precio en un treinta y nueve por ciento en los mercados financieros y tanto los demócratas como los liberales levantaran olas de protesta contra Lincoln.

Entretanto, el *bull dog* Grant se preparaba para el ataque final a Richmond, comenzándolo por un sitio por hambre. Los abastecimientos que llegaban a la capital confederada por Carolina del Norte fueron interrumpidos de golpe. Desafortunadamente para el Sur, las cosas no iban tan bien en Richmond ni en Atlanta como en Washington.

El mismo día en que Early se retiraba de Washington ante el temor de quedar él mismo prisionero de los refuerzos que ya estaban llegando a la capital, Jefferson Da vis le escribía desesperadamente al general Lee:

El general Johnston ha fracasado y hay fuertes indicios de que se verá obligado a abandonar Atlanta.

IV

LA fuerza federal urgentemente reunida para defender a Washington de un eventual ataque confederado no se quedó de brazos cruzados cuando Early abandonó sus posiciones, sino que le persiguieron. A ella se sumó el ejército de Wallace, que había llegado hasta la capital a marchas forzadas. Sin embargo, el Viejo Jube era un buen discípulo de Stonewall Jackson. Presentando batalla a ciertas porciones del ejército federal y retirándose rápidamente para atacar en otra dirección, logró retirarse hacia el Valle del Shenandoah, aunque era previsible que allí podría encontrarse con las fuerzas del general Hunter a las que había derrotado cuando iba rumbo a Washington y que, probablemente, se disponían a cortarle la retirada hacia sus bases.

Fue un largo juego de liebres y sabuesos el que se entabló enseguida, y semillero de anécdotas para los miembros de la Brigada Stonewall y también para David Preston. Las liebres se escabullían por doquier; pero cada vez eran más débiles. En cuanto a los sabuesos, les sucedía precisamente lo contrario. Entretanto, el general William Tecumseh apretaba cada vez más firmemente el cerco de Atlanta. Un nuevo jefe confederado, el general John Bell Hood, había reemplazado a Johnston.

En una batalla librada en sus alrededores, en Beach Tree Chéeck, una carga de casi veinte mil confederados contra un ejército federal algo superior fue rechazada con graves pérdidas: los confederados perdieron más de cuatro mil hombres por dos mil de los federales.

Por su parte, Early, en su retirada, había conseguido éxitos parciales bastante notables, alcanzando en ciertos casos la brillantez del propio Stonewall Jackson. Por de pronto, tuvo más suerte que él cuando envió al enemigo más allá de Bunker Hill, cosa que no había logrado Stonewall Jackson dos años antes, en marzo del 62.

Pero para los sobrevivientes de la Brigada y para David Preston, las pequeñas victorias ya no aportaban auténtica alegría, ya que sabían estar luchando sobre terrenos que habían estado en poder de la Confederación ya en julio de 1862, menos de tres meses después de iniciarse la guerra con la caída de Fort Sumter, en Charleston Harbor.

Entretanto, el hospital de campaña era poco más que un mero nombre. Privado de lo más elemental, David sólo hacía lo que era posible, que era ampliamente insuficiente.

—El día que este carro hospital caiga definitivamente al Potomac, espero que podamos hacerle un funeral militar, señor —dijo Hal Perkins.

—Estoy seguro que se lo merece, Hal.

—Con creces, señor. Me pregunto cuántas millas habrá recorrido desde que lo capturamos en Bull Run.

—Por el momento me preocupa lo que deberemos recorrer aún nosotros, Hal. ¿Adónde iremos?

—¿Es verdad que el general Philip Sheridan se ha apoderado del Valle y que tiene orden federal de destruir cuanto sea capaz de arder, señor?

—Lo cierto es que Sheridan ha sido puesto al frente del ejército de la Unión en esta zona. Así se lo notificó el general Lee al general Early hace unos días. Y los yanquis han venido amenazando con destruir todo en el Valle desde que perdieron en New Market.

—Pero eso es una reacción de bárbaros.

David sabía que Hal estaba pensando en la granja, que quedaba no muy lejos hacia el sur, cerca de Strasburg, donde parte de su familia vivía y donde él mismo había sido cordialmente recibido cuando había llegado hasta allí con Araminta.

—Algunas veces la barbarie se desata cuando las guerras se acercan a su final. Nada es recto y honesto en una guerra, Hal. Tal vez las barbaries (que también nosotros estamos cometiendo) aceleren la paz.

Desde los piquetes que estaban más allá del campamento les llegó en esos momentos el ruido de disparos, lo cual venía a demostrar que las escaramuzas federales habían sido descubiertas probando evaluar las fuerzas confederadas que acampaban allí.

V

EL primero de agosto de 1864, el general Philip Henry Sheridan, hombre, joven ya marcado por el destino para ocupar altas posiciones, fue puesto al frente del Ejército Federal del Valle, al cual dirigió hacia el norte, desde, el sector de Petersburg, para encargarse de cubrir nuevas posiciones. El Ejército Confederado de Virginia del Norte había quedado en posición difícil porque se veía rodeado, en virtud de esa circunstancia, por una fuerza muy superior en hombres y armamento.

Atlanta, también, estaba estrechamente sitiada y el general Hood no había conseguido mayores éxitos que los alcanzados antes que él por Johnston: el ejército de Sherman seguía presionando implacablemente y la ciudad ya no podría resistir mucho más.

En consecuencia, todo el Sur entró en un período de parálisis al llegar el otoño. Aturdido por la sucesión de derrotas y por las privaciones de todo género que debía soportar, en nada levantaban los ánimos confederados las rápidas y a menudo felices escaramuzas de les tropas de Early.

En el Norte, los radicales y los demócratas continuaban sus ataques contra la administración de Lincoln, quien parecía mostrarse curiosamente sensible ante todos los ataques, ahora que se entraba en pleno período electoral: menos de tres meses faltaban ya tan sólo para el día de los comicios.

Sin embargo, a pesar de las derrotas infligidas a la Confederación, el ejército de Grant no había logrado aún tomar Richmond ni Petersburg, fracasos que los opositores de Lincoln no dejaban de agitar constantemente como material electorero contra el Presidente. Nadie, en el Sur ni en el Norte, esperaba que la guerra pudiese ya extenderse mucho tiempo; pero lo cierto era que tampoco se veía una salida al conflicto porque los dos Presidentes, Jefferson y Lincoln, permanecían inconmovibles en sus respectivas posiciones.

El 7 de agosto se confirió a Sheridan el comando de una nueva división que incluía una serie de fuerzas hasta entonces desorganizadas, la cual fue más conocida enseguida con el nombre de Ejército del Shenandoah; con él esperaba Sheridan terminar con las fuerzas de Early.

Para medir las posibilidades de su oponente, Sheridan lanzó en seguida un ataque hacia Winchester, donde se hallaban en ese momento las fuerzas de Early, agotadas pero atrincheradas en fortificaciones que Early había hecho

construir en espera de un ataque. Early estaba deseoso de entrar en batalla contra Sheridan para conocer hasta qué punto éste merecía los grandes elogios que por entonces se le dirigían en el Norte.

En su primer empuje, sin embargo, Sheridan demostró no ser tan audaz como los atrincherados esperaban. Tras algunas escaramuzas se retiró con el fin de asegurarse una línea mejor de abastecimientos para su ejército. Aprovechando esa oportunidad, Early salló tras él; pero en una áspera refriega librada junto a Winchester fracasó al intentar dañar seriamente a las fuerzas de Sheridan.

Tampoco pudo Early desgastar al ejército de Sheridan en otros intentos posteriores. Sin embargo en el Norte, Lincoln precisaba una auténtica victoria antes de las elecciones y ésta continuaba sin producirse. En un diario capturado por una patrulla de Early a tropas federales podía leerse el memorándum que el Presidente había presentado a su gabinete, pidiendo a cada uno de sus integrantes que lo firmara sin leerlo. Decía así:

Esta mañana, y en realidad antes ya de que esta mañana amaneciese, resulta extremadamente probable que la presente administración no llegue a ser reelegida. En tal caso, es mi deber cooperar con quien resulte presidente electo en la tarea de salvar a la Unión en el período comprendido entre el acto de la elección y la toma efectiva del gobierno por el Presidente que me suceda, porque su elección habrá tenido lugar gracias a un tipo de ofertas que no podrá seguir manteniendo una vez en ejercicio de sus funciones como Presidente.

Lo último estaba directamente dirigido a McClellan, que era el más fuerte de los candidatos que se oponían a Lincoln hasta entonces; pero también resumía las propias ideas de Lincoln sobre las implicaciones políticas de la guerra en la próxima elección.

El miércoles 24 de agosto de 1864, en un último intento de lograr la paz, Lincoln autorizó al editor Henry J. Raymond a buscar una conferencia con Jefferson Davis para discutir un acuerdo, notificando a Davis que la guerra terminaría «sobre el restauración de la Unión y la *autoridad nacional*». El presidente, por supuesto, se negó a aceptar.

El 21 de agosto, Jubal Early, todavía jugando al tábano, había conducido a su ejército, incluida la Brigada Stonewall y! los otros regimientos de Virginia, que ahora contaban con poco más de cuarenta y cinco hombres cada uno, en un nuevo movimiento hacia Shepherdstown, West Virginia, con la intención de cruzar una vez más el Potomac hacia Maryland y Pennsylvania. Esta vez,

sin embargo, los vados del Potomac estaban bien vigilados y Early se vio obligado a retirarse.

El 29 de agosto, mientras se dirigía al Partido Demócrata Na! Convención Nacional en Chicago, embriagado ahora con la convicción de que podrían nominar a un candidato para derrotar a Lincoln y poner fin a la guerra de inmediato, August Belmont dijo a los delegados reunidos:

Cuatro años de desgobierno por parte de un partido compuesto por varias secciones independientes, fanático y clandestino han llevado a nuestro país al borde de la ruina.

Y al día siguiente, los demócratas adoptaron la plataforma para poner fin a la guerra y proponieron para presidente, para sorpresa de nadie, el general de división Georg B. McClellan, con Thomas H. Seymour, ex gobernador de Connecticut, como vicepresidente.

El 30 de agosto, los demócratas adoptaron una plataforma destinada a terminar la guerra y designaron como candidato del partido al general McClellan, lo cual no constituyó sorpresa para nadie. La plataforma electoral decía así:

La justicia, la humanidad, la libertad y el bienestar público exigen que se lleven a cabo de inmediato esfuerzos eficaces que pongan fin a las hostilidades. Posteriormente habrá de celebrarse una convención de todos los estados y buscarse todos los medios pacíficos para que la paz pueda restaurarse sobre la base de una unión federal en todos los estados.

Esto no era nada nuevo, puesto que insistía sobre algo que el propio Lincoln venía propugnando desde hacía ya bastante tiempo. Pero la situación cambió radicalmente cuando el propio Presidente recibió un telegrama del general Sherman desde Atlanta, en el cual le comunicaba que la batalla por la ciudad estaba «limpiamente ganada». En la misma fecha, Lee, en Richmond, ordenaba a Early que se dirigiera a reforzar las defensas de Richmond y de Petersburg, lo cual mostraba a las claras que estimaba imposible e inútil toda acción contra el Ejército de Sheridan que rápidamente incrementaba sus fuerzas en el Valle. Con palabras que parecían marcar la sentencia de muerte para la Confederación, Lee urgía también a los que se encontraran licenciados a unirse a las fuerzas y lanzaba una solemne llamada para que aumentara los nuevos enrolamientos. La proclama decía:

Nuestras filas son cada día menos numerosas por obra de las pérdidas y de las enfermedades. Y como son pocos los nuevos reclutados, las consecuencias parecen inevitables.

El 19 de septiembre, el ejército de Sheridan, compuesto por más de cuarenta mil hombres, batió sin remedio a la dividida fuerza de Early que por entonces ya sólo sumaba doce mil, en la tercera Batalla de Winchester, obligando a las unidades confederadas a retirarse hacia el sur, hasta el camino de portazgo del Valle. Más tarde, en otro, encuentro cerca de Fisher's Hill el 22 de septiembre, Sheridan insistió en el ataque, desalojando a los confederados de esa posición y llevándolos hasta más lejos, en el Valle. Fue en esta última batalla donde Sandie Pendleton, quien había permanecido junto a la Brigada Stonewall como David, Joe Stannard y John Imboden, resultó herido.

Una hora más tarde fue llevado por una ambulancia hasta el improvisado hospital de David Preston, compuesto ya de un solo carro, plantado junto a un camino. A David le bastó una mirada al joven oficial para comprender que su estado era grave. Estaba mortalmente pálido. Su uniforme mostraba grandes manchas de sangre y llevaba colocado un torpe vendaje en torno a la cintura y en el abdomen. Dirigiéndose a un lugar que mantenía cuidadosamente secreto, extrajo de él una de las muy pocas dosis de morfina que aún le quedaban. Sirviéndose de una aguja hipodérmica, inyectó a Sandie una fuerte cantidad del narcótico, antes de dedicarse a practicar el siempre doloroso reconocimiento de las heridas. Sandie abrió los ojos cuando sintió el pinchazo de la aguja.

—Nunca uses un caballo blanco en una batalla nocturna, David —dijo el joven oficial, quien había alcanzado el grado de jefe del estado mayor de Jubal precisamente antes de resultar herido. Ya me lo había advertido Kyd Douglas; pero yo quería que los hombres supiesen que sus comandantes no sentían miedo.

—Trata de no hablar, Sandie. Quiero ver bien el estado de tus heridas.

—Creo que son mortales. Pero al menos no se dirá que me han matado mis propios hombres, como sucedió con el general Jackson.

La herida en la cintura había interesado una arteria vital y continuaba sangrando, aunque no en demasiada cantidad. Para controlar la hemorragia hubiese sido preciso abrir la herida y buscar la arteria, lo cual, como David sabía muy bien, hubiese significado aumentar la hemorragia. Y aun cuando hubiese estado en condiciones de suturarla —eventualidad muy remota, puesto que trabajaba a oscuras y sin cloroformo, el cual se había acabado— la pierna hubiese quedado sin la correcta irrigación y la gangrena no hubiese tardado en aparecer.

Trabajando con el mayor de los cuidados, David envolvió la cintura de Sandie con largas tiras de género, para presionar los vasos de toda esa zona, aunque sabiendo hasta qué punto heridas como aquélla eran graves y conociendo los terribles sufrimientos que esperaban a Sandie. Casi se vio tentado por la idea de no hacer nada por conservarle la vida, dejando que la misma se apagase tranquila y misericordiosamente.

Hal Perkins tenía ya la suficiente experiencia para no solicitar explicaciones sobre el estado del joven oficial. Fue de otra grave situación de lo que habló:

—Si fió abandonamos este lugar, seremos capturados, señor. Los yanquis están avanzando.

—¿Cómo dejar a un moribundo?

—Conozco muy bien esta parte de valle, señor. El doctor Murphy vive en Woodstock, localidad que está a unas millas de aquí y se ha encargado ya de cuidar heridos de guerra. El coronel Pendleton estará mucho mejor con él que dentro de una ambulancia en fuga.

—¿Y si es tomado prisionero?

—Los yanquis avanzan demasiado rápido para prestar atención a los heridos.

—Creo que tienes razón, Hal. Lleva al coronel a Woodstock y pide al doctor Murphy que cuide de él. Llévale asimismo la morfina que ha quedado. Probablemente no tiene y puede servirle para aliviar los dolores de Sandie.

De nuevo se presentaron las habituales confusiones en la retirada rápida que los sureños tuvieron que improvisar. Cuando, al día siguiente, se dirigían hacia el sur, David, Joe Stannard, John Imboden y Lachlan Murrell (cuyo brazo había cicatrizado perfectamente y estaba tan bien como antes) se detuvieron en Woodstock para asistir al funeral de Sandie Pendleton, que había muerto la noche anterior.

Los amigos vieron en el sol de octubre un pequeño grupo de hombres que llevaban rifles y que se aproximaban. Casi todos ellos habían formado parte de la Brigada Stonewall cuando Sandie Pendleton había llegado para incorporarse a ella y acudían a disparar una descarga para despedirlo. Al retirarse todos del pequeño cementerio pudieron ver los fuegos federales que ardían en numerosos campamentos situados por todo el Valle, muda evidencia de que Sheridan estaba llevando a cabo el plan de Grant, por el cual todo el Valle debía quedar para siempre libre de tropas confederadas.

Sin embargo, el general Jubal A. Early aún no se había dado por vencido en el Valle del Shenandoah. El 19 de octubre lanzó una ofensiva a cuya

vanguardia iba la Brigada Stonewall y lo que quedaba de los otros regimientos de Virginia, logrando derrotar a una fuerza yanqui sorprendida mientras acampaba en las cercanías de New Market. Sin embargo, al replegarse sus enemigos no quiso perseguirlos por temor a quedar aislado, aunque quizá también el Viejo Jube comenzaba a cansarse de luchar por una causa que estaba absolutamente perdida.

—Al quedar destruidas las viejas legiones de Jackson, el fin ya era sólo cuestión de tiempo —dijo un extenuado oficial confederado.

El 6 de diciembre, los alicaídos veteranos de la Brigada Stonewall se despidieron de su querido Valle del Shenandoah y se dirigieron por tren a Petersburg. Detrás de ellos quedaba, ya sin defensa, el Valle, que pronto sería escenario de pillajes y destrucciones, tras las rápidas y contundentes campañas de limpieza llevadas a efecto por Sheridan por orden de Grant.

—Nuestros hombres suman cada día menos —dijo Joe Stannard con voz inerte mientras el tren que llevaba a parte del ejército de Jubal Early entró en la ladera este del Blue Ridge, camino a Richmond.

Seis meses antes, el general Early había usado esa ciudad como una especie de plataforma para penetrar profundamente en campo enemigo, en campañas que en un caso le llevaron hasta las puertas mismas de Washington. Ahora ya se disponía a abandonar todo. Se acababa la retención del Valle del Shenandoah por parte del ejército confederado, retención que había desempeñado un papel fundamental en la determinación de las estrategias, tanto federal como sureña, encaminadas por un lado a tomar Richmond y por el otro a defender la capital. Pero, al menos la batalla por Richmond aún estaba por librarse definitivamente. Era la batalla que había comenzado en realidad con el encuentro en Manassas Junction y en Bull Run, durante el verano de 1861.

—Tal vez el Viejo Jack haya resultado afortunado cuando la suerte se lo llevó en la cúspide de su carrera —dijo Lachlan Murrell—. Murió tranquilo, creyendo obedecer la voluntad de Dios, tal como él la interpretaba. Así se ahorró el espectáculo de una bien amada Causa que se derrumba, aunque el derrumbe se deba en gran parte a las estrategias erradas y a los sucios manejos de la política.

—Tengo la impresión de que aún nos espera lo peor —dijo sombríamente Joe Stannard.

—No a mí —replicó David—. Ahora comprendo lo que quiso decir Jackson con sus últimas palabras, que fueron: «Crucemos el río y descansemos bajo los árboles». Hay una pequeña ensenada en el condado de

Botetourt, donde el rencoroso Congreso de los Estados Unidos no podrá hallarme. Y hacia allí escaparé en cuanto la lucha termine.

—Sigue mi consejo y vete ya —le dijo Stannard—. Ya sé que volviste al ejército por causa de la Brigada Stonewall; y como ya vamos quedando tan pocos, no vale la pena que te sacrifiques.

—Los virginianos nos presentamos a luchar entre los primeros en esta guerra —replicó David—. Y nos quedaremos para ver el final.

—Ruega a Dios entonces para que la agonía no se prolongue demasiado —dijo John Imboden, quien estaba de acuerdo coa Stannard—. Cuando recuerdo cómo era este Valle cuando lo atravesamos camino a Manassas Junction aquel primer verano y veo cómo ha quedado ahora, comprendo qué horribles dimensiones ha alcanzado la guerra en todas las zonas en que se ha luchado como aquí.

—Siempre que pienso en Sandie Pendleton lo veo como un personaje de historias de caballería —dijo David, recordando la recién llenada tumba de Woodstock—, pero, aunque anacrónico, el personaje aún puede despertar un espíritu como el del caballero español… al recuerdo la letra de la canción.

—Yo la recuerdo —dijo Joe Stannard.

Y empezó a cantar en voz baja:

The Spanish cavalier stood in his retreat
And on his guitar played a tune, decur,
The music so sweet, we'd oft-times repeat,
The blessings of my country and you, dear[16].

—A Sandie le cuadraba aquella canción. Por eso es tal vez mejor que haya muerto cuando aún quedaba de la guerra un dejo propio de un antiguo romance caballeresco —dijo John Imboden—. Sospecho que los señores Ulysses S. Grant y Philip Sherman se encargarán de que todo eso camine para siempre hacia el olvido.

LIBRO DÉCI8MO

APPOMATTOX

I

LAS NAVIDADES de 1854 fueron muy duras en todo sentido para 3a Brigada Stonewall, que se hallaba en las trincheras que defendían Petersburg, a unas veinte millas al sur de Richmond. Había llegado allí el 9 de diciembre para enterarse de que el fuego y la destrucción sembrados por el general Philip Sheridan en el Valle del Shenandoah sólo podía compararse a la que el general William Tecumseh Sherman derramara a manos llenas al abrirse paso a sangre y fuego desde Atlanta hasta el mar a través de Georgia.

El Congreso Federal y el Presidente Lincoln (éste había ganado finalmente con cierta holgura las elecciones de noviembre de 1864) recibieron con entusiasmo la noticia de que Sherman había llegado a la ciudad de Savannah, en Georgia. Eso significaba, ni más ni menos, que los Estados Confederados de América habían sido divididos de oeste a este por la marcha de Sherman desde Atlanta, cuando ya estaban divididos de norte a sur desde la batalla de Gettysburg, ocasión en la cual Grant había capturado el bastión ribereño del Vicksburg. Ahora, según se informaba, se estaba preparando Sherman para quitar otro pedazo al Sur, moviéndose hacia el norte a lo largo de la costa marítima del este.

Con el enemigo a menos de un tiro de piedra de las trincheras de Petersburg, la cabeza que osara asomar por encima de ellas podía estar prácticamente segura de recibir una bala; y, aunque se habían practicado aperturas por las cuales pasar un rifle por ellas, la protección que eso brindaba a quienes allí debían estar noche y día era relativamente escasa, porque los federales bombardeaban las fortificaciones con artillería pesada.

Un hecho terrible había agregado un poco de vitalidad a las acciones militares del verano. Los zapadores federales, que en su mayoría eran mineros, habían logrado excavar un extenso túnel detrás de las defensas de Petersburg, el cual sirvió para que se hiciesen explotar bombas de gran poder con el objeto de crear una brecha en las trincheras. Las fuerzas de la Unión encargadas de pasar por la brecha con el fin de penetrar en la ciudad sitiada, habían vacilado, sin embargo, porque la detonación había abierto un verdadero cráter en la tierra y no sabían si pasar a través de él o rodearlo. Ese instante de vacilación fue aprovechado por la artillería confederada para descargar sobre ellos una lluvia de fuego, que envió a una inmensa tumba colectiva a más de cuatro mil hombres del ejército de Sherman.

En las trincheras, los que quedaban de los regimientos de Virginia no guardaban ya gran respeto por la disciplina. Jugaban a las cartas, predicaban, oraban, cantaban y esperaban que el tiempo transcurriese. Entretanto, las condiciones de vida se tornaban día a día más duras. Según un testigo, la mayor parte corrían el riesgo de morir de inanición, de frío o de enfermedades diversas. Los resfriados rápidamente solían transformarse en altas fiebres, éstas en neumonías y así hasta la muerte, que no siempre era mal acogida.

Las provisiones médicas ya casi no existían. David Preston y Hal Perkins veían en consecuencia su trabajo reducido casi a la nada, como no fuese vendar alguna herida o diagnosticar algún mal que, de todos modos, no podían generalmente curar. De los accesos a Petersburg sólo los del sudoeste quedaban aún abiertos. La comunicación con Richmond se hacía a través del camino de Boydton Plank y por el ferrocarril del South Side. Tales eran las dos vías de comunicación dejadas al movimiento de abastecimientos y de entrega de municiones que pudieran llegar desde el sur, todo lo cual era ampliamente insuficiente y cada vez en mayor grado.

El 6 de febrero de 1865, la Brigada Stonewall se vio envuelta en un activo fuego, cuando las tropas federales trataron de extender su garra hasta Hatcher’s Run, al sur de la ciudad, con vistas a cortar las dos vías de comunicación que aún eran posibles entre Petersburg y Richmond. La Brigada se batió con bravura, aunque algunos veteranos se rindieron. La baja más notoria fue la de Joe Stannard, quien fue llevado al raquítico hospital de David con su brazo izquierdo seriamente herido.

Pálido por el dolor y el *shock*, pero con la hemorragia momentáneamente interrumpida por un apresurado torniquete que el mismo Stannard se había hecho con su pañuelo y un trozo de palo, el herido llegó a donde David estaba, por sus propios medios.

—Espero que, al menos, tus bisturíes corten bien —dijo Stannard a David cuando éste le examinaba el brazo.

—Están afilados; pero no nos queda cloroformo, Joe —replicó David.

—¿Y *whisky*?

David dirigió la mirada a Hal, quien asintió con la cabeza.

—Sí.

—Pues alcánzame la botella, Hal —dijo Stannard—. Hace tiempo que buscaba una excusa para embriagarme bien. Y ahora se ha presentado.

Cuando David estuvo pronto para iniciar la intervención, Stannard ya iba rumbo a su embriaguez. Su voz era pastosa y mal articulada.

—No te apiades de mí, doctor —dijo—. En Lexington me considerarán un héroe, de modo que sacaré mucho partido a esta amputación del brazo. Por otra parte, todo cuanto un abogado debe hacer es dar vuelta a las páginas de los libros y echar firmas a los escritos y a los *otrosíes*[17]. Para, eso, al fin y al cabo, una sola mano basta. Salgo así de la guerra de un modo honorable. Si mi herida no me hubiese llegado ahora, de seguro obedecería órdenes de romper de algún modo el cerco que nos rodea y, ciertamente, me hubiesen matado.

II

EL 16 de febrero de 1865, el Quinto de Virginia solicitó al Presidente Davis, que estaba enfermo, que lo que quedaba de los cinco regimientos de Virginia se fundiesen en una sola fuerza que pasaría a llamarse el Regimiento de Stonewall. La solicitud no obtuvo respuesta, pues el Presidente de la Confederación estaba demasiado atareado tratando de mantener cierta unión entre los fragmentos de territorio sobre los cuales aún ejercía una autoridad tambaleante.

A fines de febrero, la brigada del general William R. Terry, compuesta de unos mil doscientos hombres y a la cual se adscribió el hospital de David, fue enviada a la zona situada frente a la gran excavación provocada por los federales en la mina previamente practicada por sus zapadores. Durante la mayor parte del tiempo, no había habido actividad militar por allí e incluso podía decirse que se había establecido una tregua informal entre los soldados enemigos.

El 25 de marzo, la división mandada por el general John B. Gordon, que incluía a lo que quedaba de la Brigada Stonewall y de los regimientos de Virginia, llevó a cabo un último ataque contra los federales. Convencidos de que los confederados no estaban ya en condiciones de intentar nada, los ejércitos yanquis estaban descansando, de modo que muchos de los soldados fueron alertados del avance cuando dormían. Al oír el grito de guerra de la Brigada (que acaso lo lanzó por última vez en esa ocasión) apenas tuvieron tiempo de agruparse, de modo que los sureños barrieron las líneas enemigas al principio del ataque.

Pero a poco, tal como tantas veces había ocurrido, todo comenzó a salir mal. El avance se interrumpió y los yanquis tuvieron tiempo para ordenar un poco su estrategia, con lo cual la brigada tuvo que abandonar el campo, replegándose hacia Petersburg. En cuanto al Quinto de Virginia —aquel que había pedido al Presidente Davis la fusión del ejército— sufrió el deshonor de perder su bandera.

Apenas contaba ya la brigada con unos doscientos hombres, cuyo estado de ánimo puede resumirse en lo que uno de ellos escribió a su familia: «Ya no podemos hallar coraje ni en la propia desesperación. Todo está perdido… El futuro no parece ya tener dirección. Sólo la muerte y la tumba nos parecen bienhechoras».

En los últimos días de marzo y los primeros de abril, el general Lee comenzó a hacer los preparativos necesarios para replegar su ejército hacia el oeste, a lo largo del río Appomattox, mientras los federales comenzaban a estrangular definitivamente a Petersburg, cuya caída les abriría la ruta de Richmond. Cuando Grant golpeó con furia a Petersburg, en la mañana del 2 de abril de 1865, hundió por completo a las líneas confederadas. El mismo día comenzó la retirada de los sitiados hacia Richmond, que ahora había quedado sin ninguna defensa.

En ancas de un caballo del cual se había apoderado en las horas finales de confusión, David marchaba detrás del carro en el que iba el casi fantasmal hospital que había estado a su cargo, el cual era conducido por Hal Perkins. Ninguno de los dos estaba en condiciones de responder que las ruedas llegaran hasta Carolina del Norte; pero seguían adelante. En cuanto a Joe Stannard, se hallaba, afortunadamente, fuera de peligro e iba al lado de Hal. El carro hospitalario llevaba la señal amarilla que distinguía a los servicios asistenciales, y los federales habían respetado siempre su inviolabilidad. Por lo mismo, David se sentía relativamente seguro.

III

EL sol brillaba cálidamente sobre Richmond la mañana del 2 de abril de 1865. Las gentes se apiñaban en las iglesias para asistir a los servicios religiosos y algunos llegaban a sentirse optimistas ante las posibilidades de Lee de tomar la derrota inminente en victoria. Al fin y al cabo, el cañoneo había sido mucho más nutrido dos años antes, cuando el general McClellan había llegado a situarse al lado de la ciudad; y Richmond aún no estaba en manos federales.

Pero ahora Richmond estaba prácticamente sola. Cuando las fuerzas de Lee iniciaron la evacuación de Petersburg, el general Sheridan, siguiendo órdenes expresas de Grant, se dedicó a evitar que las mismas llegaran a Richmond. En consecuencia, con una ferocidad extrema, buscó dispersarlas del modo más rápido y eficiente sin prestar atención a las bajas, pues no sólo era preciso evitar que los defensores de Petersburg llegaran a la capital o a Carolina del Norte, sino volver hacia donde estaba Grant para engrosar el ejército de éste en la etapa final de la guerra.

Cortadas en pequeñas unidades, las fuerzas de Lee se negaron a desertar, sin embargo, mientras se replegaban. Y como Grant ya sabía cómo luchaban los sureños, era preciso hostigarlos permanentemente para evitar que se reagruparan y se uniesen a las tropas del general Johnston, que era el único cuerpo de ejército con que contaban ahora los confederados.

Mientras oraba hincado en la iglesia de Richmond, el Presidente Jefferson Davis sintió que alguien le daba leves golpes en el hombro. Un ayuda de campo le tendió un telegrama que decía: «Creo absolutamente necesario que abandonemos nuestras posiciones esta noche». Davis no necesitaba leer la firma al pie y también sabía lo que aquel mensaje significaba. Por otra parte, ya no tenía fuerzas para discutir con Lee, cuyo valor, devoción y sabiduría guerrera habían hecho posible prolongar la resistencia de la Confederación cerca de un año más de lo que parecía posible.

A las once de la noche de aquel día, Davis y la mayor parte de su gabinete, dejaban Richmond para dirigirse a Danville, en Virginia, donde llegaron el 3 de abril. Entretanto Grant no se había detenido a festejar la caída de Petersburg en sus manos. A galope tendido, él y su estado mayor, que estaban a unas doce millas de la ciudad tomada, habían corrido a juntarse con las tropas de Sheridan.

Mientras Joe Stannard conducía el carro con los restos de lo que fuera el hospital de David Preston, ambos amigos pudieron advertir claramente que los signos de descomposición en el Sur eran evidentes. Armas, municiones y todo cuanto impidiera una marcha rápida podía verse a lo largo del camino, dejados por los desertores, que trataban de huir buscando refugio donde fuese, con el fin de escapar a la batalla final que se avecinaba y a una completa destrucción. Mientras tanto, los grupos que aún osaban agruparse en pequeños núcleos y luchar eran barridos rápidamente por los federales.

En Sayler's Creek, el 27 de Virginia perdió su bandera en la lucha.

Y allí mismo (se trataba de un pequeño pueblo sobre el río Appomattox), en lo más encarnizado de la batalla, estaba el general Richard Ewell.

Colocado a cierta altura que dominaba el campo de batalla de Sayler's Creek, se dice que el general Robert E. Lee dijo volviendo la vista: «La mitad de lo que quedaba de nuestro ejército ha sido derrotada».

El resto de la fuerza confederada siguió batiéndose en retirada a lo largo del Appomattox, tras cruzarlo y quemar los puentes. Así protegido (pues era demasiado profundo y caudaloso para que lo cruzaran los federales a nado o a pie) siguió, con sus enemigos situados en la otra orilla. Pero ya entrada la tarde, los yanquis lograron llegar a un puente que aún no había ardido demasiado y, apagando el fuego, consiguieron ponerlo de nuevo en uso. De inmediato una oleada se desbocó hacia la ribera del norte donde se hallaban los confederados (es decir, el moribundo gigante de lo que un día fuera el orgullo del Sur, es decir, el Ejército de Virginia del Norte) y lo atacaron por la retaguardia.

Esa misma noche, al llegar a Farmville, Grant envió un mensaje al general Lee invitándolo a rendirse para, según palabras del propio Grant, «deslindar responsabilidades en lo que ya era un inútil derramamiento de sangre». Pero las tropas de Virginia resolvieron presentar una última batalla en el camino de Appomattox. Cuando el 9 de abril, en Appomattox, sólo ocho mil soldados confederados se formaron para el pase de revista de rigor, era evidente para todos que la derrota era inevitable.

El carro hospital de David fue, como siempre, con las tropas enviadas al oeste, junto con lo que había pasado a llamarse la «Brigada Ligera», un cuerpo compuesto por los restos de muchos otros, comandado por el coronel Kyd Douglas, quien había sido propuesto para el cargo de brigadier general por el general Breckinridge, recientemente nombrado Ministro de Guerra en el gabinete de Jefferson Davis. Sin embargo, Douglas no había recibido aún la notificación de su ascenso.

Tanteando terreno por el oeste sin advertir particular resistencia, las tropas de Douglas, entre las cuales se hallaban la Brigada Stonewall y el resto de los regimientos de Virginia, llegaron a un punto en que se ordenó hacer un alto. El carro hospital se inmovilizó en espera de recibir instrucciones. Y mientras David y el herido Joe Stannard miraban la escena, el coronel Kyd Douglas llegó hasta ellos y desmontó.

—He oído que el general Lee está en el juzgado de Appomattox conferenciando con Lee sobre los términos de una rendición —dijo enseguida —. Esperaremos.

Joe Stannard miró hacia el oeste, viendo a un grupo de federales a caballo que atravesaban el campo.

—Espero que ellos sepan eso —dijo, señalando con el brazo que le quedaba al grupo de jinetes—. Lo que queda de la Brigada Stonewall, y el resto de los ejércitos de Virginia están por esa zona y sería terrible que alguno de sus integrantes muriera si la guerra está realmente por terminarse.

—Será mejor que vaya por allí y vea lo que está ocurriendo —dijo Douglas.

—Iremos con usted —aseguró David—. Si tuviera lugar alguna batalla, sería necesariamente al oeste de aquí y será allí donde habrá heridos.

—¿Pensaste acaso que esto terminaría un día así cuando ambos observábamos el campamento federal aquella noche en Sitlington’s Hill, en McDowell? —preguntó Joe Stannard a Douglas mientras cabalgaban junto al carro.

—Ciertamente nunca pensé que un día sólo quedarían ocho mil hombres en el Ejército de Virginia del Norte —respondió Douglas.

—Quisiera que esta vez los yanquis se evaporaran del campo como aquella noche —dijo Stannard—. Pero eso no sucederá esta vez.

Frente a ellos una súbita descarga se oyó y la pequeña caravana apretó el paso por la cuesta por la cual en ese momento ascendían. Pero al llegar a la cumbre retuvieron a caballos y mulas. Delante de ellos se veía una sólida falange de tropas vestidas de azul con cerca de una docena de expedicionarios confederados pertenecientes a la «Brigada Ligera» y al ejército del Valle que se enfrentaban con ellos. Cuando el ataque azul parecía inminente, no se produjo. Como un ejército fantasma, la fuerza federal de pronto se volvió y se perdió de vista.

—Tal vez tu deseo se ha cumplido, Joe —dijo Douglas por lo bajo—. Parece que el enemigo se evapora.

—¿Pero qué demonios está sucediendo? —exclamó Stannard.

Nadie podía responder a la pregunta.

De pronto Hal Perkins que miraba desde el carro, logrando en consecuencia ver más lejos, señaló algo.

—Un oficial a caballo viene por la retaguardia, comandante Presión —dijo—. Parece el comandante Murrell. Según creo ha sido adscrito al estado mayor del general Gordon.

—¿Qué sucede aquí, coronel Douglas? —dijo el oficial *cherokee* deteniendo su caballo a unas yardas del grupo—. El general Gordon desea saber si está usted al mando del ejército o si el general Lee está aun a su cabeza. Porque Lee se ha rendido.

Los otros tres hombres se miraron solemnemente, como si les costara creer lo que acababan de oír.

—El Viejo Jack hubiese preferido que las cosas sucediesen así —dijo—. La Brigada Stonewall ha cumplido su misión en esta guerra.

IV

AL día siguiente se publicó la última orden del general Lee a sus tropas. Decía así:

Tras cuatro años de duro servicio en los cuales quedó de relieve el insuperable valor y la fortaleza moral de nuestras tropas, el Ejército de Virginia del Norte se ha visto obligado a ceder ante el número abrumadoramente superior de sus oponentes. No necesitaré decir a los bravos sobrevivientes de tantas duras batallas que han permanecido en sus puestos hasta el final, que no he cedido por falta de confianza hacia ellos. Lo he hecho porque comprendo que el valor y la devoción a la causa nada pueden ya conseguir que compense las pérdidas que una prosecución de la lucha nos acarrearía. Por eso he resuelto evitar ulteriores e inútiles sacrificios a aquellos que han merecido por sus servicios pasados el respeto de sus compatriotas.

Siguiendo las cláusulas de la rendición, hombres de tropa y oficiales pueden retomar a sus hogares, permaneciendo allí. Con ellos irá la satisfacción que emana del deber cumplido. Hago fervientes ruegos para que Dios Misericordioso les otorgue su bendición y amparo.

Con incesante admiración por vuestra constancia en la devoción por la patria de que habéis hecho todos vosotros gala y reconocido por vuestra amable y generosa consideración hacia mi persona, os doy a todos mi afectuosa despedida.

Sólo quedaba una ceremonia: la del desfile final del miércoles.

12 de abril. Por una vez, no llovía, aunque la jornada era fría y el cielo estaba cubierto. De los cinco regimientos que habían compuesto en su día la Brigada Stonewall, sólo quedaban doscientos diez hombres. Como tributo final a su bravura, fue a la brigada que se le encargó encabezar la división del general John P. Gordon cuando ésta cruzó el río Appomattox rumbo a las filas de tropas federales ante las cuales debían depositar las armas.

Muchos de los hombres cojeaban; otros se apoyaban en muletas improvisadas. Joe Stannard iba a pie con David Preston, junto al carro hospital conducido por Hal Perkins. Al marchar la famosa brigada junto a sus captores para depositar sus armas, una orden fue emitida desde las filas azules

de tropas de la Unión que habían combatido contra ella durante los cuatro años de la guerra. La orden era la de presentar armas en homenaje a los vencidos.

Ante este reconocimiento a su valor en aquel momento de derrota, los miserables restos de la Brigada Stonewall se cuadraron. Sus hombres estaban flacos y desvalidos; pero se las apañaron para levantar la cabeza respondiendo al saludo. Luego, siempre guardando filas, se dirigieron hacia el lugar donde debían dejar caer para siempre sus armas.

La guerra había terminado y la Brigada Stonewall pasaba a ser leyenda como una de las más reverenciadas unidades en la historia militar americana. Desarmado, como correspondía a su misión, David Iba con ellos, sintiendo que su garganta se apretaba con la emoción y el orgullo que le embargaban.

Si puede haber alguna gloria en la guerra, pensaba, ésta ha de ser: la del valor de los vencidos ante el rostro de sus vencedores.

V

DOS días más tarde, al atardecer del 14 de abril de 1865, el Presidente Abraham Lincoln fue asesinado por un actor llamado John Wilkes Booth, mientras asistía a una representación teatral en el Ford's Theatre. Lincoln murió a la mañana siguiente y con él las esperanzas de la Confederación de que se cumpliesen los generosos términos sobre cuyas bases el general Lee había depuesto las armas tras la batalla de Appomattox, en el juzgado de la pequeña ciudad, tres días antes.

El vicepresidente Andrew Johnson, al asumir la Presidencia anunció, mientras solicitaba al gabinete del expresidente que continuara junto a él: «La conducta que he seguido en el pasado en lo que tiene que ver con la rebelión, ha de considerarse como una garantía de futuro». Y nadie osaba esperar que Johnson fuera capaz de controlar a los elementos radicales del Congreso que clamaban por un duro castigo contra los antiguos estados confederados.

David se enteró de la muerte del Presidente Lincoln por un periódico del domingo, hallándose en Lynchburg, por donde pasaba en su camino hacia el oeste, pues se dirigía, como es natural, a Preston's Cove. Lachlan Murrell, de su parte, se había encaminado directamente adonde se encontraba la Nación *cherokee* para conocer cuál era allí la situación tras la firma que sellaba la derrota del Sur.

Al día siguiente, cuando cabalgaba a través del paso que daba acceso a la ensenada, David se detuvo a observar la serena belleza del paisaje que se extendía ante él.

Podía ver lo que había quedado de la casa de sus padres: la cocina y parte de lo que otrora fuera el comedor estaban en pie, así como la galería. Los árboles, con sus hojas nuevas y las flores que por doquier crecían, dulcificaban en cierto modo aquella desolación. Un hilo de humo escapaba de la chimenea.

Al acercarse más, una graciosa y bella figura de mujer vino corriendo hacia él y se detuvo luego para mostrar a David un pequeño bebé. El corazón de David comenzó súbitamente a cantar. Araminta le había visto desde lejos, porque millares de veces había posado fijamente la vista en el paso que daba acceso a la ensenada con la esperanza de divisar a David. Éste, al ver a su esposa y al niño, hincó las espuelas en su caballo en el cual venía desde Appomattox tras las ceremonias de la rendición. Gritando su felicidad

mientras acuciaba a su cabalgadura, pronto llegó a donde estaban ella y su hijo.

La guerra había terminado para David Preston y para la Brigada Stonewall.

EPÍLOGO

A principios de agosto de 1866 el sol brillaba cálido y brillante sobre el verde campo mientras un pequeño grupo de personas abandonaba el cementerio de Brandywine, en Wilmington, Delaware. Tras ellos los sepultureros ya habían comenzado a llenar la fosa en la cual el cuerpo de John Ross yacía ahora junto al de su esposa Mary Stapler Ross, hasta que la Nación *cherokee* dispusiera el destino final de sus restos.

—Creo que preferiría que el cuerpo de tío John se quedase aquí —dijo Araminta mientras pasaba su brazo junto al de David para dirigirse al carruaje.

Detrás de ellos iba Lachlan Murrell, ya serenamente consciente de sus deberes y responsabilidades frente a la Nación *cherokee*, que le había designado como su jefe.

Ross había muerto el primero de agosto de 1866 en la ciudad de Washington, a los quince meses y medio de la rendición de los estados confederados en el juzgado de Appomattox. El general *cherokee* Stand Watle había logrado la distinción de ser el último general confederado que admitió la derrota.

Los meses que habían seguido al final de la guerra le resultaron difíciles a John Ross, ya enfermo, quien consideró como verdaderamente trágico el asesinato del Presidente Lincoln. La muerte de su esposa, un año antes, había significado ya una pérdida irreparable para el jefe *cherokee*. Sin embargo, consideró su deber intentar una paz tan honorable como fuese aún posible, con la cual pretendía, además, evitar que su pueblo se escindiese en dos bandos irreconciliables.

En la casa de Lachlan Murrell había sufrido un desvanecimiento a poco de asistir a un consejo celebrado en Park Hill, en territorio indio. En dicho consejo, un delegado de Washington había propuesto la unión de todas las tribus indias en una sola nación a cuya cabeza se colocaría un gobernador blanco. Esto era algo contra lo cual Ross había luchado durante gran parte de

su vida. Sin embargo, no había sido definitivamente resuelto y los *cherokees* permanecían unidos, al menos de momento.

El tratado final con los *cherokees* fue firmado en julio de 1866 y sus cláusulas contenían lo mejor que John Ross, a menudo desde su lecho de enfermo, pudo obtener del gobierno de Washington. Por él se anulaba enteramente el tratado con la Confederación de 1861, se abolía la esclavitud (como en todos los Estados Unidos) y se concedía una amnistía para aquellos que habían empuñado las armas contra la Unión.

NOTAS DEL AUTOR

EN una novela de estas dimensiones, que cubre los cuatro años de la Guerra Civil Americana en Virginia, Maryland, Pennsylvania y Distrito de Columbia, a más de la crónica casi diaria de una de las unidades militares más famosas del mundo, luchando en combates que se cuentan entre los más sangrientos de la historia, sería imposible detallar los centenares de fuentes consultadas. Quisiera, sin embargo, reconocer mi deuda por ciertos estudios especializados, que me resultaron invalorables al tratar de recrear los grandes acontecimientos sucedidos en las campañas del general Stonewall Jackson y de la brigada oficialmente designada con su nombre.

Entre ellos se encuentran: Four Years in the Stonewall Brigade, de John O. Casler (Edición privada, Gutrhie 1893); Stonewall Jackson and the Old Stonewall Brigade, de John Esten Cooke (University of Viriginia Press, Charlottesville 1954); They Called Him Stonewall de Burke Davis (Holt, Rinehart & Winston, Nueva York 1954); I Rode with Stonewall, de Henry Kid Douglas (University of North Carolina Press, Chapel Hill 1940); Lee's Lieutenants, de Douglas Southall Freeman (Charles Scribner's Sons, Nueva York 1944); Reveille in Washington, de Margaret Leech (Harper & Brothers, Nueva York 1941); The Civil War Day by Day, de E. B. Long y Barbara Long Doubleday & Co. Inc., Garden City 1971; The Cherokees, de Grace Steele Woodward (University of Oklahoma Press, Norman 1963).

También quisiera dejar sentada mi deuda para con el libro Stonewall Jackson as Military Commander, de John Selby (B. T. Batsford, Londres y D. Van Nostrand Co., Nueva York 1968). Se trata de un análisis magistral y probablemente el más profundo de los dedicados a analizar las campañas más importantes de Jackson. Igualmente deseo citar The Stonewall Brigade, de James I. Roberston, Jr. (Louisiana State University Press, Baton Rouge 1963), estudio muy detallado de la Brigada Stonewall, desde sus comienzos hasta su dispersión tras la batalla de Appomattox. También me resultaron invalorables

los variados trabajos sobre la Guerra Civil, editados por la Serie Histórica del Servicio Nacional de Parques.

De los personajes que desempeñan papeles importantes en esta novela, sólo David Preston, Araminta, Lachlan Murrell, Joe Stannard, Ed Mattox, Hal Perkins y unos pocos más son seres de ficción. Los otros son en realidad históricos.

Todas las batallas y campañas se han ordenado, tan cuidadamente como era posible, según el orden cronológico de los acontecimientos. La asonada por pan, de Richmond, ocurrió tal como se ha descrito, aunque aproximadamente con un año de diferencia. Los datos están tomados de A Rabel War Clerk's Diary, de John B. Jones, publicado en Philadelphia en el año 1866.

Pero más que a nadie debo este libro al más grande de los estrategas militares de su tiempo: al general Thomas Jonathan Jackson júnior, y a los bizarros virginianos que empezaron la Guerra como la Primera Brigada en Harpers Ferry, en 1861, contando con más de cuatro mil hombres, para terminarla en Appomattox, Virginia, con el nombre de Brigada Stonewall e integrada por doscientos diez.

Frank G. Slaughter
Jacksonville, Florida
8 de julio de 1974.



FRANK G. SLAUGHTER (1908-2001), escritor norteamericano famoso por sus *best seller*, fue uno de los autores norteamericanos de más éxitos vendiendo más de sesenta millones de ejemplares de sus novelas.

Ejerció la medicina como cirujano en el Hospital Riverside de Jacksonville de 1934 a 1942. Luego participó como médico en la Segunda Guerra Mundial. Acabada la contienda volvió a ejercer como médico compaginando su carrera de medicina con la de escritor. Destacó tanto como escritor de novelas de médico (*La espada y el bisturí; Nadie debería morir; Hombres de blanco; Esposas de médico; Epidemia*), así como las de temas históricos, especialmente recuperando personajes bíblicos (*María de Magdala; El velo sagrado; Jezabel, el precio del pecado; Camino de Bitinia*).

Notas

[1] *jayhawkers*: guerrilleros del Estado libre de Kansas que se oponían a los forajidos proesclavistas de la frontera en los años anteriores a la Guerra de Secesión de los Estados Unidos. (*N. del Ed.*) <<

[2] *digitalis folia*: es apreciada como ornamental, además de por el valor medicinal de su principio activo. El órgano de la planta utilizado por sus virtudes medicinales son las hojas. Presentan escaso olor, aunque característico y un sabor amargo. Son hojas grandes, ovalanceoladas y con un limbo irregularmente dentado. Son de un color verde oscuro y glabro por el haz y de un verde blanquecino y muy pubescente en el envés. Presentan nervadura reticulada y muy prominente (característico). (*N. del Ed.*) <<

[3] ¡He aquí, una chica incomparable!. (*N. del Ed.*) <<

[4] *Cofitachequi* era un jefe supremo fundado alrededor del año 1300 d.C. y encontrado por la expedición de Hernando de Soto en Carolina del Sur en abril de 1540. *Cofitachequi* fue visitado más tarde por Juan Pardo durante sus dos expediciones y por Henry Woodward en 1670. (*N. del Ed.*) <<

[5] *bona fide*: de buena fe. (*N. del Ed.*) <<

[6]

Los años pasan lentamente, Lorena,
la nieve cubre de nuevo la hierba;
el sol desciende por el firmamento, Lorena,
brilla la escarcha donde estuvieron las flores. (N. del Ed.) <<

[7]

Poco entes de la batalla, madre,
yo estaba bebiendo el rocío de la montaña.
Cuando vi a los yanquis avanzando
rápido corrí hacia la retaguardia. (N. del Ed.) <<

[8] *hush puppies*: deliciosas bolitas fritas hechas de maíz molido (cornmeal) amarillo que a menudo, se sirven como acompañamiento de mariscos. Estas delicias fritas son un clásico en los hogares del sur de Estados Unidos. (*N. del Ed.*) <<

[9] Es decir, stone wall, sobrenombre posteriormente de la brigada y de Jackson. (*N. del T.*.) <<

[10] Como se recordará, «muro de piedra». (*N. del T.*.) <<

[11] Bebida hecha con *whisky* o aguardiente, y la adición de unas hojas de menta. (*N. del T.*.) <<

[12] Armagedón es la denominación del lugar en el que se supone que se librará la batalla entre el bien y el mal en los últimos días del mundo, según el libro bíblico del Apocalipsis. Se emplea en ocasiones con el sentido figurado de «catástrofe o conflicto apocalíptico y devastador». (*N. del Ed.*) <<

[13] A partir de aquí figura la continuación del poema que no está en la edición española. (*N. del Ed.*) <<

[14] *cinchona*: Algunas especies de este género, como la *Cinchona officinalis* también denominada quina, producen quinina, un alcaloide con propiedades antipiréticas, antipalúdicas y analgésicas. El descubrimiento de sus propiedades supuso una revolución en medicina, y aún, hoy en día, sigue siendo utilizada la quinina con fines médicos. (*N. del Ed.*) <<

[15] *Post scriptum* es una locución latina que significa «después de lo escrito». Usualmente abreviado P. S., se emplea para añadir algo posterior a un texto cuando este ya ha sido dado por concluido, siendo una alternativa a su corrección o enmienda. En muchos casos es intercambiable con la posdata1 (P. D., posdata. (*N. del Ed.*) <<

[16]

El caballero español se detuvo en su retirada

Y de su guitarra arrancó un cantar, mi querida.

Aquella música tan dulce, a veces repetida

Que habla de las bendiciones de mi tierra y de las tuyas, mi querida. (N. del Ed.) <<

[17] *otrosíes*: Petición o pretensión que se expresa después de la principal.. (*N. del Ed.*) <<